This is a digital copy of a book that was preserved for generations on library shelves before it was carefully scanned by Google as part of a project to make the world's books discoverable online.

It has survived long enough for the copyright to expire and the book to enter the public domain. A public domain book is one that was never subject to copyright or whose legal copyright term has expired. Whether a book is in the public domain may vary country to country. Public domain books are our gateways to the past, representing a wealth of history, culture and knowledge that's often difficult to discover.

Marks, notations and other marginalia present in the original volume will appear in this file - a reminder of this book's long journey from the publisher to a library and finally to you.

Usage guidelines

Google is proud to partner with libraries to digitize public domain materials and make them widely accessible. Public domain books belong to the public and we are merely their custodians. Nevertheless, this work is expensive, so in order to keep providing this resource, we have taken steps to prevent abuse by commercial parties, including placing technical restrictions on automated querying.

We also ask that you:

+ *Make non-commercial use of the files* We designed Google Book Search for use by individuals, and we request that you use these files for personal, non-commercial purposes.
+ *Refrain from automated querying* Do not send automated queries of any sort to Google's system: If you are conducting research on machine translation, optical character recognition or other areas where access to a large amount of text is helpful, please contact us. We encourage the use of public domain materials for these purposes and may be able to help.
+ *Maintain attribution* The Google "watermark" you see on each file is essential for informing people about this project and helping them find additional materials through Google Book Search. Please do not remove it.
+ *Keep it legal* Whatever your use, remember that you are responsible for ensuring that what you are doing is legal. Do not assume that just because we believe a book is in the public domain for users in the United States, that the work is also in the public domain for users in other countries. Whether a book is still in copyright varies from country to country, and we can't offer guidance on whether any specific use of any specific book is allowed. Please do not assume that a book's appearance in Google Book Search means it can be used in any manner anywhere in the world. Copyright infringement liability can be quite severe.

About Google Book Search

Google's mission is to organize the world's information and to make it universally accessible and useful. Google Book Search helps readers discover the world's books while helping authors and publishers reach new audiences. You can search through the full text of this book on the web at `http://books.google.com/`

Acerca de este libro

Esta es una copia digital de un libro que, durante generaciones, se ha conservado en las estanterías de una biblioteca, hasta que Google ha decidido escanearlo como parte de un proyecto que pretende que sea posible descubrir en línea libros de todo el mundo.

Ha sobrevivido tantos años como para que los derechos de autor hayan expirado y el libro pase a ser de dominio público. El que un libro sea de dominio público significa que nunca ha estado protegido por derechos de autor, o bien que el período legal de estos derechos ya ha expirado. Es posible que una misma obra sea de dominio público en unos países y, sin embargo, no lo sea en otros. Los libros de dominio público son nuestras puertas hacia el pasado, suponen un patrimonio histórico, cultural y de conocimientos que, a menudo, resulta difícil de descubrir.

Todas las anotaciones, marcas y otras señales en los márgenes que estén presentes en el volumen original aparecerán también en este archivo como testimonio del largo viaje que el libro ha recorrido desde el editor hasta la biblioteca y, finalmente, hasta usted.

Normas de uso

Google se enorgullece de poder colaborar con distintas bibliotecas para digitalizar los materiales de dominio público a fin de hacerlos accesibles a todo el mundo. Los libros de dominio público son patrimonio de todos, nosotros somos sus humildes guardianes. No obstante, se trata de un trabajo caro. Por este motivo, y para poder ofrecer este recurso, hemos tomado medidas para evitar que se produzca un abuso por parte de terceros con fines comerciales, y hemos incluido restricciones técnicas sobre las solicitudes automatizadas.

Asimismo, le pedimos que:

+ *Haga un uso exclusivamente no comercial de estos archivos* Hemos diseñado la Búsqueda de libros de Google para el uso de particulares; como tal, le pedimos que utilice estos archivos con fines personales, y no comerciales.

+ *No envíe solicitudes automatizadas* Por favor, no envíe solicitudes automatizadas de ningún tipo al sistema de Google. Si está llevando a cabo una investigación sobre traducción automática, reconocimiento óptico de caracteres u otros campos para los que resulte útil disfrutar de acceso a una gran cantidad de texto, por favor, envíenos un mensaje. Fomentamos el uso de materiales de dominio público con estos propósitos y seguro que podremos ayudarle.

+ *Conserve la atribución* La filigrana de Google que verá en todos los archivos es fundamental para informar a los usuarios sobre este proyecto y ayudarles a encontrar materiales adicionales en la Búsqueda de libros de Google. Por favor, no la elimine.

+ *Manténgase siempre dentro de la legalidad* Sea cual sea el uso que haga de estos materiales, recuerde que es responsable de asegurarse de que todo lo que hace es legal. No dé por sentado que, por el hecho de que una obra se considere de dominio público para los usuarios de los Estados Unidos, lo será también para los usuarios de otros países. La legislación sobre derechos de autor varía de un país a otro, y no podemos facilitar información sobre si está permitido un uso específico de algún libro. Por favor, no suponga que la aparición de un libro en nuestro programa significa que se puede utilizar de igual manera en todo el mundo. La responsabilidad ante la infracción de los derechos de autor puede ser muy grave.

Acerca de la Búsqueda de libros de Google

El objetivo de Google consiste en organizar información procedente de todo el mundo y hacerla accesible y útil de forma universal. El programa de Búsqueda de libros de Google ayuda a los lectores a descubrir los libros de todo el mundo a la vez que ayuda a autores y editores a llegar a nuevas audiencias. Podrá realizar búsquedas en el texto completo de este libro en la web, en la página `http://books.google.com`

THE GIFT OF
Sociedad Española

Teatro español, 21
860.S
T26

ADMINISTRACIÓN
LÍRICO-DRAMÁTICA.

EL DESHEREDADO

COMEDIA EN TRES ACTOS, EN VERSO

ORIGINAL DE

D. VALENTÍN GÓMEZ

REPRESENTÓSE POR PRIMERA VEZ EN EL TEATRO ESPAÑOL
EL 18 DE NOVIEMBRE DE 1884.

MADRID
IMPRENTA DE A. PÉREZ DUBRULL
Flor Baja, núm. 22.

1884

Pablo. ¿Quién la ataca?
Elena. La calumnia,
Y usted, que, al venir, la afirma.

Esta obra es propiedad de su autor, y nadie podrá, sin su permiso, reimprimirla ni representarla en España y sus posesiones de Ultramar, ni en los países con los cuales haya celebrados ó se celebren en adelante tratados internacionales de propiedad literaria.

El autor se reserva el derecho de traducción.

Los comisionados de la Administración Lírico-Dramática de D. EDUARDO HIDALGO, son los exclusivamente encargados del cobro de los derechos de representación y de la venta de ejemplares.

Queda hecho el depósito que marca la ley.

Sociedad Española
226339
8-3-33

Tributo de justicia es declarar aquí que debo á la ejecución de esta obra una buena parte del éxito que ha obtenido.

Antonio Vico, flexible, inspirado ó grandioso, según la situación requería, se propuso dominar al público, y acabó por hacerlo esclavo de su voluntad: privilegio únicamente reservado al genio. La Sra. Tubau, que tantos triunfos ha conquistado en la comedia, demostró que su talento es capaz de vencer todas las dificultades. En algunos momentos se elevó á la altura de las más insignes actrices que han honrado la escena española. El Sr. Catalina, á cuya buena amistad debo el desempeño de su poco simpático papel, lo caracterizó tan maravillosamente, que si los aplausos de los entendidos se oyeran siempre, en cada escena hubiese alcanzado una ovación. El veterano Fernández, regocijo tradicional del Teatro Español, probó que sabe hacer llorar tanto por lo menos como sabe hacer reir. La incomparable característica Sra. Zapatero, la señorita Casado y los señores Cirera y Balaguer, dieron al cuadro los toques necesarios para que resultara perfecto.

Reciban todos el testimonio de mi más profunda gratitud, y de mi cordialísima amistad.

Cándido. Con que me pinches.

Rita. ¡Qué lástima!

¡Si fuera yo!.... *(Como amenazándole en broma.)*

Cándido. *(Alargando el brazo para darle en la cara á Rita.)*

¡Tú!.... Lo creo:

Como que eres más remala....

Elena. Pero ¿te estás quieto?

Cándido. Es ella

Que me insulta.

Rita. ¡Tarambana!

Cándido. Vieja.

Elena. Vamos.

(Haciendo que se esté quieto y acabando de coser.)

Cándido. Se acabó.

Elena. ¡Justo! Te irás sin corbata. *(Se la pone.)*

Cándido. ¡Es verdad! ¡Buena está ya ella!

Elena. ¡Qué quieres, hijo! Se gasta
(Mientras se la pone)
Mucho, y papá, aunque es muy bueno,
Y sin descanso trabaja,
No logra que de sus manos
Corran arroyos de plata,
En vez del agrio y copioso
Sudor que su frente baña.

Rita. Porque es tonto.

Elena. ¡Rita!

Rita. Quiero
Decir que el señor se pasa
De bueno, y en este mundo
Al que es bueno lo machacan.

Cándido. Entonces voy á ser yo
Más malo que una pedrada.

Elena. Lo que has de hacer tú es traer
Buena nota. No te vayas
Á aturdir en el examen;
Que si te dan calabazas,
Para mí será disgusto,
Para tu papá desgracia.
Ya sabes lo que es....

Cándido. De sobra.
Pero el caso es que son tantas
Las asignaturas.... ¡Y
Vete ahora á recordarlas!
El grado de bachiller
En Artes es una papa;
Créelo, mamá.

Elena. ¡Bah! No digas
Simplezas.

Cándido. ¡Simplezas! ¡Vaya!
Todos los chicos lo dicen....

Rita. ¡Los chicos! Razón que aplasta.

Cándido. Quien va á aplastarte soy yo,
Si me llevas la contraria.

Elena. De todos modos, á ver
Si cumples como Dios manda.
¿Oyes?

Cándido. Sí; sí.... pero, mira;
Papá tiene cosas raras.
¿Por qué no me recomienda
Como hacen otros? Bien maula
Es Carlitos, y bien pigre,
Y ya ves qué notas saca.
No hay miedo que lo suspendan,
Aunque no conteste nada.
¡Y es natural! Don Fernando
Con los profesores habla;
Ó busca quien los conozca,
Y allá va con dos mil cartas;
Y al cabo, si una no pega,
Siempre hay otra que no falla.

Elena. ¡Bonito es papá!

Rita. Sí; vete
Á él con esa serenata.

Elena. Aborrece de tal modo
Todo aquello que no vaya
Por el camino derecho,
Que ni la vida aceptara,
Si, agonizando, debiera
Á una injusticia esa gracia.

Cándido. Pues luego que no se queje
De lo que ocurra.

Elena. Faltaba
Sólo que hoy á tu abuelito,
Que va á llegar, le obsequiaras
Con un suspenso.

Cándido. Por mí....
(No voy á decir palabra;
Lo estoy viendo.) ¡Ea! Hasta luego.

Rita. Como salgas bien....

Cándido. ¡Qué!

Rita. Nada.

Cándido. ¿Vas á hacerme algún regalo?

Rita. He echado el ojo á una tarta
De almendras....

Elena. *(Con dulce reconvención.)* ¡Mujer!

Cándido. *(Abrazándola.)* ¡Ay, Rita!....
(Me quedaré con las ganas.)
(Va á salir, y entran Fernando y Luisa.)

ESCENA II.

DICHOS, FERNANDO y LUÍSA.

Cándido. ¡Don Fernando!
Fernando. ¡Hola, estudiante!
¿Estás todavía en casa?
Cándido. Ahora me voy. ¿Y Carlitos?
Fernando. Salió hace media hora larga.
Cándido. Tiene número más bajo
Que el mío. ¡Adiós!
Elena. ¡Adiós! Calma,
Y no te aturdas.
Cándido. Veremos.
Fernando. Buena suerte.
Cándido. Muchas gracias.
(Vase por el fondo con Rita.)

ESCENA III.

ELENA, FERNANDO y LUÍSA.

Fernando. Estos hijos....
Luísa. ¿Y el pequeño?
Elena. Ayer nos lo trajo el ama
De Hortaleza: está muy gordo.
Fernando. ¡Por milagro! ¡Son tan zafias
Las nodrizas de la tierra,
Y sobre todo en su casa!
Comen mal: no beben vino,
Abren puertas y ventanas,
Dejando á las criaturas
Entre aires: luego trabajan
Como bestias.... ¡Ay, Elena!
Nodrizas, de la montaña,
Y junto á los padres.
Elena. Cierto.
Pero, amigo, son muy caras,
Muy exigentes....
Luísa. ¿Qué importa,
Si crían bien?
Elena. Al que nada,
Como tú, en oro....
Fernando. ¡Pamplinas!

Si Ricardo se empeñara,
¿Qué digo empeñarse?, sólo
Con que le diera la gana,
Tendría lo que yo tengo,
Y aun más; pero él está en Babia,
Pone á todo inconvenientes,
Á cualquier cosa le llama
Picardía, indignidad,
Bajeza, abuso ó estafa,
Y es claro: así están ustedes:
Con dignidad.... y sin blanca.

Elena. Tendrá usted razón, Fernando:
¿Mas qué quiere usted que le haga?

Luísa. ¿Qué has de hacer? Plantarte.

Fernando. Justo.

Luísa. Y hablarle gordo.

Fernando. Y al alma.

Luísa. Decirle que es mal esposo.

Fernando. Que es un padre sin entrañas.

Luísa. Que lo primero es vivir
Con decencia, como cuadra
Á vuestra clase.

Fernando. Evidente.

Elena. Pero....

Fernando. ¡Mire usted qué sala!
¡Qué muebles! ¡Y cuarto bajo!
Estará lleno de ratas;
Chiquitín, sin luz, sin aire....

Elena. Y con todo eso no es ganga.
Diez reales diarios.

Fernando. ¡Bueno!
Él lo quiere: santas Pascuas.
¿Y adónde ha ido ese simplote?

Elena. Hoy llega su padre.

Fernando. ¡Cáscaras!
¡Otra boca más!

Elena. Por fuerza;
Al pobre viejo le faltan
Los recursos: está enfermo:
¿Qué ha de hacer? Venirse á casa,
Junto al hijo por quien tanto
Se desveló.

Fernando. Sin sustancia.

Porque el hijo, que ha hecho ahora
Oposición á una cátedra,
Y acaso puede obtenerla
Si no se duerme en las pajas,
Ni hace hincapié en el decoro
Ni en todas esas bobadas
Que le están volviendo el juicio
Como al héroe de la Mancha,
No dará un paso siquiera
Para inclinar la balanza
En su favor, y á la postre
Se quedará como estaba;
Muy íntegro, muy honrado,
Muy caballero.... y muy mandria.

Elena. Será como usted lo dice,
De seguro.

Luísa. ¿Y tendrás calma
Para aguantarlo?

Elena. ¿Qué harías
Si en mi lugar te encontraras?

Luísa. Contéstale tú, Fernando.

Fernando. ¡Bonita es ella! Buscaba,
Como golondrina errante,
Otra atmósfera más grata,
Y aquí dejaría el hielo,
Y la ventisca y la escarcha
Para los demás.

Elena. ¿De veras?

Luísa. ¡Pudiera ser! *(Riéndose.)*

Elena. ¡Virgen Santa!
Así te juzga y te juzgas:
¿Y vivís en paz?

Fernando. Y en gracia
De Dios.

Elena. Lo dudo.

Luísa. ¡Qué tonta!
El que vive en la abundancia
Es dichoso.

Elena. No lo niego;
Pero es que no se me alcanza
Que nudo que el amor hizo,
La pobreza lo déshaga.

Luísa. Donde no hay harina, dice

El refrán....

Elena. Refrán que falla
Muchas veces. Reconozco,
Porque es verdad muy amarga,
Que el resplandor del dinero,
Como el sol que el mundo baña,
Fecunda hasta el yermo estéril
De la estúpida ignorancia;
Con ropaje de virtud
Á la iniquidad disfraza;
Sepulta á la fealdad
Bajo deslumbrantes galas;
Da á veces vida al enfermo,
Incienso á la cortesana,
Dignidad al vil, y acaso
Honor y gloria á la infamia;
Pero que el amor se extinga
Al peso de la desgracia;
Que el dolor no estreche más
Á corazones que se aman,
Como unir suele el peligro
Á los hijos de una patria,
Eso lo dirán tus labios,
Pero no lo siente tu alma.

ESCENA IV.

DICHOS, RICARDO, D. ÁNGEL y PABLO.

Ricardo. *(Dentro.)*
Por aquí.... ¡ Elena !

Elena. Ellos son.
(Dirigiéndose á la puerta del foro.)

Fernando. *(Á Luisa.)*
Esta nueva lotería
Que les cae. *(Salen.)*

Elena. *(Abrazando á D. Ángel.)* ¡ Padre !

D. Ángel. ¡ Hija mía !

Elena. ¿Qué tal? *(Cogiéndole del brazo y llevándolo á una mala butaca que hay en un costado.)*
Aquí.... en el sillón.

D. Ángel. ¿El viaje? Bien. Demasiado
Largo; aunque es de sospechar
Que el deseo de llegar

Me lo haría más pesado.

Ricardo. *(Presentando á Fernando y Luisa.)*
Fernando Gil; su señora;
Vecinos y amigos tales,
Que no los hay más leales.

D. Ángel. Séanlo míos desde ahora.

Fernando. Así será.

Ricardo. *(Presentando á Pablo y Elena recíprocamente.)*
Mi mujer....
Pablo, antiguo camarada
De colegio.

Elena. *(Dándole la mano.)* Muy honrada....

Pablo. Más que lo es no puede ser.

D. Ángel. ¿Y Candidito, mi nieto?
Quiero verle; que le llamen.

Ricardo. Hoy le tenemos de examen:
Será un bachiller completo.

D. Ángel. ¡Pobre muchacho!.... ¡Tan pronto
Metido en esa Babel
De librotes!.... Y eso que él
No tiene nada de tonto.

Ricardo. No lo tomaba usté á exceso
Respecto á mí.

D. Ángel. Es diferente.

Ricardo. Sí; yo era hijo solamente,
Y él es nieto.

D. Ángel. Pues será eso.

Fernando. ¿Y de dónde viene?

D. Ángel. ¿Quién?
¿Yo? De la Montaña.

Fernando. Aquello,
Según dicen, es muy bello
En el verano.

Elena. Un Edén.

Fernando. ¿Usted lo conoce?

Elena. ¡Oh! Sí.
Allí mi infancia pasé,
Allí á mi Ricardo amé,
Y espero morir allí.
(Á D. Ángel.)
Aún veo, padre, aquel prado
Que está de la iglesia á espalda,
Como manto de esmeralda

De flores mil matizado;
Aquellos anchos nogales,
Aquellos robles añejos
Que parecen aún más viejos
Junto á los tiernos maizales;
Y abajo el cauce sombrío
Por donde, en hilos de plata,
Entre guijarros desata
Sus puras ondas el río;
Lugares todos risueños
Bañados con la fragancia
De recuerdos de la infancia
Y de amorosos ensueños;
Allí pienso vegetar
Con mis amores á solas,
Libre y lejos de las olas
De este turbulento mar;
Y á través del aéreo tul
Que entre las brumas se pierde,
Ver abajo.... ¡todo verde!
Ver arriba.... ¡todo azul!

Fernando. ¡Poesía!

D. Ángel. No: realidad.

Ricardo. Y exacta.

Pablo. Y encantadora.

Luisa. Harás muy buena pastora
De aquella Arcadia.

Fernando. Es verdad.

Ricardo. *(Á Pablo.)*
Pablo, ya sé que te pesa;
Pero, pues te hallé en el tren,
Hoy, aunque no almuerces bien,
Vas á honrar mi humilde mesa.

Pablo. ¡Imposible!

D. Ángel. Yo repito
El ruego por cuenta mía.
Va usted á hacer compañía
Á mi excelente apetito.
Los dos solos, ¿no es verdad?
Y cuanto antes.

Elena. Sin demora.

Pablo. Yo suplico á usted, señora....

Ricardo. ¿Desdenes á la amistad!

Pablo. Si tengo el tiempo tasado....
¡Si lo sabes!

D. Ángel. No es perdido
Cualquier tiempo bien comido,
Sino, al revés, muy ganado.
Conque....

Ricardo. ¡Justo! Al comedor.

Fernando. *(Á Luisa.)*
Eran pocos....

Luísa. *(Id. á Fernando.)* ¡Pobre Elena!

Fernando. Mira á ver si en su alacena
Falta algo, y....

D. Ángel. *(Por Fernando.)* Si este señor....

Fernando. Mil gracias. Tengo que hablar
Con Ricardo.

Luísa. *(A Elena.)* Y yo contigo.

D. Ángel. Pues ¡ea!: en marcha. *(A Elena.)*
Te digo
Que voy con gusto á almorzar.
(Vanse, derecha. D. Angel del brazo de Elena. Pablo ofrece el brazo á Luisa.)

Pablo. *(Á Luisa.)*
Sírvase usted conceder....

Luísa. Muchas gracias, caballero.
(Aparte.)
Es galán el forastero.)

Pablo. *(Idem.)*
(Es muy bella está mujer.)

ESCENA V.

RICARDO y FERNANDO.

Fernando. Por la nueva obligación
Que te impones, es preciso
Que, más que nunca, sumiso,
Escuches hoy mi opinión.

Ricardo. Escucharla, como escucho
Tus consejos siempre, es poco.

Fernando. Pero dejar de ser loco
Quizá te parezca mucho.

Ricardo. Con arreglo á tu sistema

Quizá.

Fernando. Si mi voz amiga
No te convence....

Ricardo. Que siga
Cada loco con su tema.

Fernando. Ricardo, ¿quieres ganar
La cátedra?

Ricardo. Por supuesto.
El tribunal me ha propuesto....

Fernando. Ya lo sé: en primer lugar.
Mas no alcanza el que no ruega;
Y así importa poco que
El tribunal te la dé,
Si el ministro te la niega.

Ricardo. Dices muy bien: mas yo espero
Que no me la negará.

Fernando. ¿Por qué?

Ricardo. ¡Por qué! Claro está;
Pues porque soy el primero.
Y aunque es libre en la elección,
Tal es la ventaja mía,
Que desairarme sería
Escarnecer la opinión.
Todo el mundo ha presenciado
Los ejercicios....

Fernando. De modo....

Ricardo. Que de mí lo espero todo,
Pues todo me lo he ganado.

Fernando. Nada: tu eterno registro.

Ricardo. ¿Qué quieres?

Fernando. Que me concedas
Que sin cátedra te quedas
Como no hablen al ministro.

Ricardo. ¡Ca!

Fernando. ¿Te pasma?

Ricardo. Harto sé yo....
Mas repugna á mi conciencia
Que se otorgue á la influencia
Lo que á la justicia no.

Fernando. Siempre igual: ¡siempre don Justo!
¿Pero querrá este mancebo
Que se corte un mundo nuevo
Por el patrón de su gusto?

Tus doctrinas serán bellas,
Mas no te hagas ilusiones:
Buscar recomendaciones
Es lo derecho: sin ellas
No anda expediente ninguno,
Ni se da á nadie un destino,
Ni se concede un camino
Á un contratista importuno;
Ni te escucha un Director,
Ni te absuelve un tribunal,
Ni llegas á concejal,
Diputado ó senador.
Y, en fin, pues me apuras tanto
Considera que hasta al cielo
Hay que pedir con anhelo
Por mediación de algún Santo.
Luego bien se me figura
Que sin recomendación,
Ni aun la eterna salvación
Puedes darla por segura.

Ricardo. De modo que Belcebú
Debe estar muy bien conmigo.

Fernando. Probablemente.

Ricardo. ¿Y yo digo
Que no me protejas tú,
Y otro cualquiera también
Que se interese por mí?
Mas, confiésame: ¿es así
Como se vence el desdén
Del ministro?....

Fernando. ¡Hombre! Confieso....

Ricardo. ¡Si estoy ya de todo al cabo!
Él quiere hacerme su esclavo,
Y yo no nací para eso.
Ayer me hablaste otra vez
Del mismo asunto, y querías
Demostrar que son manías
Las dudas de mi honradez.
Y, á vuelta de mil razones,
Adiviné—hablando en plata—
Que aquí de comprar se trata
La fe de mis convicciones.

Fernando. Que él trabaje cuanto pueda

Por lograr que tu talento....

Ricardo. ¿Cree él que mi entendimiento
Es alhaja en almoneda?
Pues dile que no se estilan
Esas ventas en mi plaza;
Que los hombres de mi raza
Ni se venden, ni se alquilan.

Fernando. Quijotismo, necedad,
Orgullo....

Ricardo. Eso de mi cuenta.
Pero de la vuestra, venta,
Corrupción, indignidad....
Compara....

Fernando. Tu posición
Con la mía: eso has de hacer;
Y luego que tu mujer
Haga igual comparación;
Y tu chico, si se muere
De hambre, y tu....

Pablo. *(Saliendo.)* ¿Qué es eso?

Ricardo. ¡Ay, Pablo!
Que hace el oficio de diablo
Un amigo que me quiere.

ESCENA VI.

DICHOS y PABLO.

Pablo. Eso es grave.

Fernando. No haga caso.
Este es un loco de atar,
Y es necesario sacar
Á este loco de un mal paso.
Ayúdeme usted.

Pablo. ¿Pues no?
Si usted se sirve explicarse....

Fernando. Que dice que es humillarse,
Pues que ya le concedió
Su cátedra un tribunal,
Ver al ministro, ofrecer
Sus servicios.... ¡vaya!.... hacer
Lo que hace cualquier mortal.

Pablo. No es este arranque el primero *(Riéndose)*

De su vida.... Siempre ha sido
Un caballero cumplido....

Fernando. Y un tronado caballero.

Ricardo. Aún haréis que me desate....

Fernando. Explicándonos teorías
Que son puras tonterías.

Pablo. ¡Pues! De un tonto de remate.

Ricardo. ¡Conque tonto!.... Por Dios vivo,
Que mi amor propio ofendéis,
Necios, porque no sabéis
Cómo el bien y el mal concibo,
Cómo lucha mi razón....
Arrancad mi fe de aquí, *(Dándose en el pecho)*
¡Y á ver quién me gana á mí
Á desleal y á bribón!

Pablo. ¡Ja! ¡ja! ¿Nos harás creer
Que la cosa es para tanto?

Ricardo. Bueno so[illegible]nque no santo:
Mas sé bien lo que hay que hacer.
¿Tienes fe? Quema tu templo.
¿Honor? Quebranta tu escudo;
Á toda maldad sé mudo,
De toda vileza ejemplo:
Al débil, capirotazo;
Con el fuerte, reverencia;
Silenciosa la conciencia,
Y flexible el espinazo.
Que tu mano se desmande
Y dé al prójimo un disgusto....
Mas, ¿vences? Tú eres el justo,
El sabio, el ilustre, el grande.
Y habrá lo que siempre ha habido
En este mundo traidor:
Laurel para el vencedor,
Calvario para el vencido.

Fernando. Como pasa en cualquier lidia.
Todo en la vida es igual:
Una batalla campal,
Y el que pierde, se fastidia.

Pablo. Eso es, y así el mundo acata
De cada cuál el destino.

Ricardo. Y castiga al asesino
Que á un solo individuo mata;

Y al que hace mil atropellos,
Porque la historia los cuente,
Á ese le ciñe la frente
Con inmortales destellos.
Y más aún : cambia hasta el nombre,
Según sea lo ultrajado :
El que mata á uno, ¡malvado!
El que mata á mil, ¡grande hombre!
Así es el mundo: eso pasa.
Ya estáis viendo que lo sé.
Mas no es ese el mundo que
Será huésped de mi casa.

Fernando. ¡Y que estos sabios no entiendan
Que entre ser lobo ó cordero,
Hay que elegir!

Ricardo. Pues no quiero
Ser lobo.

Fernando. Pues te meriendan.

Ricardo. Ó no.

Fernando. ¡Vaya! Y en adobo.

Ricardo. ¿Por qué?

Fernando. ¡Por qué! Muy sencillo.
¿No estás siendo un corderillo
Porque no quieres ser lobo?
¿No pasas angustias mil?
¿No te encuentras apurado
Á veces por un puñado
De duros, que un zascandil,
Sin méritos ni talento,
Ni fortuna conocida,
Con una mujer perdida
Se gasta á cada momento?
¿No te ahoga?....

Ricardo. ¿Callarás?

Fernando. ¿Este modo de vivir?
¿Qué es esto sino servir
De merienda á los demás?

Ricardo. ¡Pablo! *(Como pidiéndole auxilio.)*

Pablo. La verdad : todo eso
Que te dice don Fernando,
Me está, chico, demostrando
Que tienes muy poco seso.
Bien está que la conciencia

A toda virtud respete;
Mas no tanto que sujete
Con grillos nuestra existencia.

Ricardo. Corriente. Ya se acabó.
No sé qué es mal ni qué es bien.
Soy un imbécil en quien
La desgracia se cebó.
Y en medio de tanto alarde
De concienzuda inquietud,
Resulta que es mi virtud
Escrúpulos de cobarde.
Pero al cabo hemos de ver
Quién mejor ha de salir:
La desgracia en combatir,
Ó mi constancia en vencer.

Fernando. ¡Se acabó! ¡Voy á buscar
Á mi Luísa, y la del humo!
Que en esta casa presumo
Que nos vais á contagiar,
Y tengo mucho interés
En no aprender, ni el camino
Que lleva á San Bernardino,
Ni el que va hacia Leganés. *(Vase por la derecha.)*

ESCENA VII.

RICARDO y PABLO.

Ricardo. ¡Siempre así! Su corazón,
Generoso cual ninguno,
Mas quiere verme hecho un tuno
Que no en mala posición,
Y en esta riña constante,
Él me arguye y yo replico:
«Que tienes que hacerte rico.»
«Que no he de hacerme tunante....»
Con lo cual, y esta virtud
De la que dice él horrores,
Yo le debo mil favores,
Y á mí él sólo gratitud.

Pablo. Parece bueno.

Ricardo. Y merece
Mi afecto, y á él me acomodo;
Porque es, en medio de todo,

Mejor de lo que parece.
Sería un hombre cabal
Si á su alma noble y hermosa
No le faltara una cosa

Pablo. ¿El qué?

Ricardo. Sentido moral.

Pablo. Porque á tu opinión me asocio
Respecto de ese sentido
Que siempre en ti he conocido,
Voy á fiarte un negocio.

Ricardo. ¡Negocios á mí! Medrado
Quedarás, si en mí lo fías.

Pablo. Tan fácil es, que podrías
Encomendarle á un criado.
Es cuestión de buena fe.

Ricardo. Aun así....

Pablo. No te defiendas.
Necesito que me vendas
Estos créditos. *(Saca unos papeles.)*

Ricardo. ¿Por qué
No los vendes tú?

Pablo. Porque hoy
Es imposible.

Ricardo. Mañana
Puedes hacerlo.

Pablo. Una anciana
Me está esperando, y me voy.

Ricardo. ¿Tu madre?....

Pablo. Me llama ansiosa;
Tal vez se siente morir.
¿Necesitaré decir
Que no pienso en otra cosa?
Pongo el endoso al momento....
(Se acerca al secreter, donde hay tintero y pluma, y empieza á endosarlos mientras habla.)
Fué una herencia....

Ricardo. Mas....

Pablo. Procura
Vender bien. Se me figura
Que están á veinte por ciento.
No tengo por muy seguros
Mis informes. Tú verás.
Calculo que sacarás

De cuatro á cinco mil duros.

Ricardo. Le preguntaré á Fernando,
Que de estas cosas entiende.
Él, que en Bolsa compra y vende,
Y está siempre *aconsejando*
Á sociedades y empresas
Como eterno *consejero*,
Reducir podrá á dinero
Estas palabras impresas.

Pablo. Cuando cobres....

Ricardo. Te lo advierto
Por telégrafo, y te giro.

Pablo. ¡Hombre, por Dios! ¿Es un tiro
Tal asunto?

Ricardo. Sí, por cierto.
El oro....

Pablo. Como te cuadre.
Bien que volveré en seguida,
Si lo permiten la vida
Y la salud de mi madre;
De modo que es necedad
Manifestar esas prisas.
Vendes el papel, me avisas,
Y guardas la cantidad.

(Fernando y Luisa cruzan por el foro, como para salir de casa y marcharse á la suya.)

Ricardo. ¡Ah, Fernando! *(Llamándole.)*

Fernando. *(Desde el foro.)* ¿Qué hay? ¿Al cabo
Logró convencerle usted? *(Á Pablo.)*

Ricardo. Es de los que en la pared
(Á Pablo, refiriéndose á Fernando)
Meten con la frente un clavo.
Se trata ahora....

Fernando. ¡Y que no empalen
Á hombres de tales ideas!

Ricardo. De que estos papeles veas
Y me digas lo que valen.

Fernando. ¡Ah! ¡Ya! Luego los veré.
(Se los guarda en el bolsillo.)
Ahora voy al ministerio
Á decir que un hombre serio
(Con afectación burlesca)
No pone en venta su fe:

Que no sacrificarás
Al interés el honor;
En fin.... que eres el mayor
Memo que he visto jamás.

(Vase con Luisa, después de meter los papeles en el bolsillo.)

Ricardo. ¡Implacable!

Pablo. ¡Delicioso!

Ricardo. ¿Te hace gracia?

Pablo. Es buen amigo.

Ricardo. Di más bien que es enemigo
Sitiador de mi reposo.

Pablo. *(Mirando su reloj.)*
¡Oh! ¡Qué tarde! ¡Adiós!

Ricardo. Espera.
Te acompañaré.

Pablo. ¡Tú! Quita.
Voy á hacer una visita
De cumplido, á la carrera;
Luego un encargo, y después
Á la estación sin demora.

Ricardo. Pero....

Pablo. *(Abrazándole.)* ¡Adiós! Queda una hora;
El tiempo justo.

Ricardo. ¡Adiós, pues!

(Le abraza, y le acompaña hasta la puerta, saliendo al pasillo, donde vuelve á despedirse.)

¡Que esté bien tu madre!

Pablo. Gracias.

Ricardo. Te giraré.

Pablo. Me importunas.

(Vase. Ricardo vuelve hacia el proscenio, y va á dirigirse á la habitación donde se supone que están su mujer y su padre, y entran por el foro Cándido muy triste, y Rita que lo trae medio abrazado.)

ESCENA VIII.

CÁNDIDO, RITA y RICARDO.

Cándido. Para él todas las fortunas,
Y para mí las desgracias.

Ricardo. ¿Qué es eso?

Rita. Nada, señor.

Que usted es muy bueno.... ¡Claro!
Y á todo pone reparo,
Y estima en mucho el honor;
Y usted no ceja, aunque ceje
El mundo, ni en un tantico....

Ricardo. ¿Y qué?

Rita. Pues nada; que al chico
Lo han partido por el eje.

Ricardo. ¡Eh!

Cándido. ¡Si mi suerte es más mala!....
Me tocó de Tiko-Brahe....

Rita. Las calabazas que trae
No caben en esta sala.

Ricardo. ¡Mentira! *(A Cándido.)* Di tú que miente.

Cándido. ¡Si! ¡Mentir!

Rita. No dé usted gritos,
Porque en cambio....

Ricardo. ¿Qué?

Rita. Á Carlitos
Le han dado sobresaliente.

Ricardo. ¡Esto más!

Rita. No se descuida
Su papá, y toca el teclado....

Ricardo. No es eso: es que este malvado
Me quiere quitar la vida.

Cándido. No, señor; si sé más que él.
¡Si ha contestado muy mal!
¡Si ha dicho que el lago Aral
Estaba junto á Teruel!
¡Si á Aníbal lo ha hecho romano,
Y de Amílcar Barca suegro;
Y ha dicho que era muy negro
Escipión el Africano!

Ricardo. ¡Disculpas de tu torpeza!

Cándido. Son verdades.

Ricardo. Ya haré yo
Que entre, si la ciencia no,
Esta silla en tu cabeza.
(Amenazándole con una silla.)

Cándido. Pero, papá.... *(Huyendo.)*

Rita. *(Amparándolo con su cuerpo.)* ¡Señor!.... ¡Anda!
Tras de suspenso, garrote.

Ricardo. Al que es duro de cogote

Con el palo se le ablanda.

(Cándido huye de Ricardo, dando gritos de auxilio, y salen Elena y D. Angel por la puerta derecha.)

ESCENA IX.

DICHOS, ELENA y D. ÁNGEL.

Cándido. *(Gritando.)*
¡Mamá!
Elena. ¿Qué pasa?
Cándido. *(Refugiándose tras de Elena y D. Angel.)*
¡Ay de mí!
D. Ángel. ¡Hijo mío! *(Abrazando á su nieto.)*
Ricardo. He de matarle.
D. Ángel. Si te atreves á tocarle,
Verás tú quién manda aquí.
Ricardo. Usted no sabe....
Cándido. ¡Ay, abuelo!
Han sido injustos conmigo.
Elena. ¿Suspenso?
Cándido. Sí.
Ricardo. ¿Qué castigo
No merece ese pilluelo?
D. Ángel. ¿Por eso? ¡Vaya una cosa!
El miedo....
Cándido. ¡No! La fortuna.
D. Ángel. El miedo. Habrás dicho alguna
Barbaridad horrorosa.
Cándido. Tanto....
Rita. ¡No!
Ricardo. ¿También tú vas
Á decir?....
Rita. Porque se entere, *(A D. Angel)*
Diré que el señor no quiere
Recomendarlo jamás.
Y así que al pobre lo atacan
Como á una cosa perdida;
Y á poco que se descuide....
¡Es natural!.... Lo machacan.
Cándido. Eso es, abuelo.
Elena. Y yo abundo
En vuestro modo de ver.

D. Ángel. *(A Ricardo.)*
Hijo mío, hay que tener
Un poquito más de mundo.
Si exageras....

Ricardo. No exagero,
Padre mío.

D. Ángel. Quizá sí.

Ricardo. Lo que de usted aprendí;
Justicia en todo: eso quiero.
Dócil soy á la enseñanza
Que usted me dió.

D. Ángel. ¿Y yo decía
Que todo así se debía
Llevar á punta de lanza?
Ni yo era tan indiscreto,
Ni me cupo en la mollera
Que mi enseñanza sirviera
Para reprobar á un nieto.

Ricardo. Como estudia él, yo estudié.
Nadie me recomendó.
¿Usted recuerda si yo
En algo le disgusté?

D. Ángel. ¡Nunca, eso no! Por ningún
Concepto. Eras tú, en verdad,
Mi orgullo y mi vanidad....
¡Y sigues siéndolo aún!
(Le abraza con gran efusión.)

ESCENA X.

DICHOS y FERNANDO.

Fernando. ¡Firme! ¡Firme! *(D. Ángel y Ricardo se separan.)*
¡No! ¡No! Insistan
En el achuchón.

Ricardo. ¡Fernando!

Fernando. *(A D. Angel.)*
¿Le está usted felicitando
Porque se queda *per istam?*

Ricardo. ¿Qué dices?

Fernando. Lo regular,
Lo lógico, lo esperado.

Ricardo. ¿Mi cátedra?....

Fernando. Se la han dado

Al que iba en tercer lugar.

(Rita tira de un brazo á Candidito para llevárselo; pero el muchacho se resiste, poniendo atención á lo que se habla.)

Ricardo. ¡Al tercero! Es un horror.

Fernando. ¡El horror de los horrores!

Ricardo. ¡Si de los opositores
Precisamente era el peor!

Fernando. Pero se dió buenas trazas,
Y la ha pescado.

Rita. ¡Ahí está!

Cándido. *(Que se ha separado de Rita, y se acerca al abuelo para decirle de modo que lo oigan todos.)*
Ya ve usted cómo á papá
Le dan también calabazas.

Ricardo. ¡Bribón! *(Amenazándole.)*

Elena. ¡Vete! *(Á Cándido, que se va con Rita.)*

ESCENA XI.

ELENA, RICARDO, D. ÁNGEL y FERNANDO.

D. Ángel. Se desquita.
Le injuriaste....

Ricardo. Y me ha humillado.
¡Este golpe inesperado
Toda autoridad me quita,
Hasta con él!

Elena. Ten más calma.

Fernando. La culpa es....

Ricardo. Es de mi suerte.
Que en deshojar se divierte
Las ilusiones del alma.
En mi estudio, en mi trabajo
Toda mi fortuna estriba.
El me está diciendo ¡arriba!
Y la suerte dice ¡abajo!
¡Y abajo siempre!.... Es cruel
Por noble escala buscar
La manera de llegar
De la fortuna al cancel;
Y al tocar en el peldaño
Que era toda mi ilusión,
Interponerse el burlón

Espectro del desengaño:
Y llega el vil, y conquista
Lo que quiere,... ¡Á tal contraste
Ya no hay paciencia que baste,
Ni virtud que se resista!

Fernando. ¿Al fin lo vas viendo claro?

Ricardo. Del infortunio á la luz.

Fernando. ¿Quieres arrojar tu cruz
Sin necio monjil reparo,
Y á mi amistad verdadera
Dando inefable alegría,
Ganar en un sólo día
El pan de tu vida entera?

Elena. ¿Qué dice usted?

D. Ángel. ¿Cómo es eso?

Ricardo. Habla.

Fernando. Y todo en tu interés.
Mas no me digas después
Si en el fiel está ó no el peso.
Podría hacer por mi cuenta
El negocio.... y lo mereces.
Mas ver prefiero mil veces
Á tu familia contenta.
Que próspero y sonriente
La vida pases tranquilo,
Y no te tenga de un hilo
La necesidad pendiente.

Ricardo. ¡Acaba!

Elena. ¡Dios Soberano!
¿Será verdad?

Fernando. Yo lo digo,
Y basta. Pablo, tu amigo,
Te pone el oro en la mano.

Ricardo. ¡Sus papeles!....

Fernando. Aquí están. *(Los saca.)*
Te habrá dicho que darían
Por ellos, si se vendían,
Cinco mil duros? *(Ricardo hace signo afirmativo.)*
Darán
Veinticinco mil.

Ricardo. *(Encogiéndose de hombros.)* Mejor
Para Pablo.

Fernando. Para ti.

Tú le darás el *vendí*....

Ricardo. ¡Sí! Por todo su valor.

Fernando. ¡Estúpido! ¿No me entiendes?

Ricardo. *(Con sorna.)*
Puede ser. ¡Soy tan cerril!....

Fernando. Tú compras por cinco mil,
Y luego á mí me los vendes....

Ricardo. ¿Á ti?

Fernando. Por medio millón
Que te entregaré al contado.
¡En tu vida has sospechado
Tan hermosa operación!

Ricardo. Ni á comprenderla del todo
Alcanzo, ni en ti me explico....

Fernando. Mas si voy á hacerte rico,
¿Á ti qué te importa el modo?

Ricardo. Tu criterio....

Fernando. Ya volvemos....
(Á Elena y D. Ángel.)
Díganle ustedes, por Dios,
Que no sea atún.

Elena. Los dos
Ni voz ni voto tenemos.

D. Ángel. Bien estará lo que él haga.

Fernando. ¡Si el negocio es evidente!
Él compra al precio corriente,
Y al precio corriente paga.
Sólo que yo, porque veo,
Que.... así la cuenta me sale,
Le doy más de lo que vale,
Y se hace rico, y *laus Deo.*

D. Ángel. Yo no hallo en eso baldón
Ni ofensas á la moral.

Elena. Parece muy natural
Y justa esa operación.

Fernando. ¿No ha de ser?

Elena. *(Aparte.)* (¡Virgen María!)

Ricardo. *(Aparte.)*
(¡Si fuera lo que asegura!....
Es demasiada ventura
Para que pueda ser mía.)

Fernando. ¿Conque vamos á endosar?....

Ricardo. Espera un poco, ¡pardiez!,

Que si suerte y honradez
Hoy se van aquí á encontrar
Unidas por lazo fuerte,
No vendrán con tal llaneza
La honradez por su nobleza,
Por huésped nuevo la suerte.

Fernando. Bien.

Ricardo. Tu proyecto repruebo
Si á perjudicarte vas,
Pues no he de deberte más
De lo mucho que te debo.

Fernando. ¡Ah! No: no te cause apuros
Mi generosa arrogancia,
Porque sobre tu ganancia
Gano yo cinco mil duros.

Ricardo. Entonces resultará
Que á Pablo no le conviene
El valor que el papel tiene,
Sino el valor que tendrá.
Tú sabes que va á subir
De seguro.

Fernando. ¡Soy yo bobo!

Ricardo. ¿Y acaso no es también robo
El robo del porvenir?

D. Ángel. ¡Robo!.... ¡Hijo mío!

Elena. Eso no.
Mira lo que haces.

Fernando. ¡Qué diablo!
¿Por qué hemos de darle á Pablo
Lo que él nunca imaginó?
La sociedad franco-hispana,
Cuyas son estas acciones,
Litiga por diez millones
Que le deben. Si los gana,
Es de absoluta evidencia
Que multiplica el valor....
¿Los ganará? Sí, señor:
¡He visto yo la sentencia!
He aquí el secreto del cual
Depende que este papel
Suba á ciento y más. ¿Tiene él
Que ver en esto?

Ricardo. Sí tal.

¿La subida es cierta?

Fernando. ¡Es
Infalible!

Ricardo. *(Aparte.)* ¡Honra tirana!
—¿Y cuándo?

Fernando. En esta semana.

Ricardo. Luego es robo: ya lo ves.

Fernando. Di negocio.

Ricardo. Venga acá
Ese crédito endiablado.... *(Lo coge.)*
Hijo soy de padre honrado;
Honra sólo en mí verá.

D. Ángel. ¡Bravo, hijo!

Elena. *(Aparte.)* Desprecia el oro....
¡Pobres hijos!

Ricardo. *(Encerrando los papeles en un cajón del secreter.)*
Al encierro.
¡Y aun parece poco el hierro
Para guardar mi decoro!

Fernando. ¡Pero hay tal!.... Conque me avengo
Á que este negocio lo hagas
Sólo tú.... ¿y así me pagas
El cariño que te tengo?

Ricardo. ¡Fernando del corazón!
¡Tuya es mi sangre.... mi vida!
Pero que tu amor no pida
Al mío una mala acción.

Fernando. Eso es soberbia, ó marcada
Insensatez, no heroismo.

Ricardo. Sofismas del egoismo
Contra mi conciencia honrada.

Fernando. Pues, hijo, siguiendo así,
Te morirás de hambre.... y de honra.

Ricardo. Morir de hambre no deshonra:
¡Vivir de la infamia sí!

Fernando. ¡Mentecato! ¿Eres capaz?....

Ricardo. ¡De todo, sí! ¡No me aterra,
Estar con el mundo en guerra,
Si estoy con mi honor en paz!

(Fernando se va muy contrariado. Ricardo abraza á su padre y á su mujer, y cae el telón)

FIN DEL ACTO PRIMERO.

ACTO SEGUNDO.

La misma decoración.

ESCENA PRIMERA.

RICARDO y ELENA.

(Ricardo entra de la calle, y contempla á su mujer trabajando junto á la reja.)

Ricardo. ¡Trabajando sin reposo
Como una esclava, sujeta
De la escasez fementida
Á la indomable cadena!

Elena. ¡Qué remedio! Más angustias
Tu corazón noble estrechan,
Que, sobre el trabajo, sientes
Lo ruín de la recompensa.

Ricardo. No sabes bien....

Elena. Lo que ignoro
Me lo dice la sospecha,
Y en siendo desagradable,
De seguro nunca yerra.
¿Qué te han dicho?

Ricardo. Nada en suma.
Que traduzca más novelas
Y más libros sin sustancia,
Y más odiosas simplezas,
Si quiero ganar mil reales
Más al año.... ¡Honra á cualquiera
Que es doctor, como yo soy,
En filosofía y letras,
Tener cuatrocientos duros
De sueldo anual!

Elena. ¡Es miseria
Ciertamente!

Ricardo. Y entre tanto,
El que explota por entregas

Todo lo vil que produce
La frivolidad francesa,
Se está haciendo millonario.
Ya tiene hotel, carretela,
Casa de campo, un negrito,
Secretario y cocinera
De primer orden.

Elena. ¿Y entiende?....

Ricardo. ¡Vaya si entiende de letras!
¡Las ha llevado á la espalda
Cuando era mozo de imprenta!
Dentro de dos ó tres años
Será ministro de Hacienda,
Ó senador vitalicio,
Ó título con grandeza.

Elena. Así es el mundo.

Ricardo. Ya veo
Que el mundo es de una manera....

Elena. Yo he visto, en cambio, cruzar
Por delante de mi reja,
En un landó que arrastraban
Dos potros de raza inglesa,
Á una mujer entre pieles
De nutria y armiño envuelta,
Despidiendo de sus ojos
Relámpagos de soberbia,
Tales que más que miradas
Parecían desvergüenzas.
La he conocido. Era una
De esas mil aventureras
Que el vicio opulento alquila,
Y el impudor lisonjea,
Llenando de oro y perfumes
Su corrompida existencia.
Su vista produjo en mi alma
Tal amargura, que hubiera
Perseguido aquel carruaje,
Lanzando gritos de hiena
Contra el mundo que no arroja
De su seno esas vilezas,
Contra el ocioso magnate
Que en eso gasta sus rentas,
Y contra la misma suerte

Que á gente tal da riquezas.

Ricardo. ¡Tienes razón! Hay horribles
Injusticias en la tierra
Que, bien miradas, parecen
Escarnio de la conciencia.
Fernando á veces arguye
Con tanto vigor....

Elena. Que aterra,
Porque le ayudan los hechos
Con espantosa elocuencia.
En estos días amargos
Más la memoria recuerda,
Cómo á mi padre un amigo
Le robó vida y hacienda.
Y el criminal opulento
Quizá dejó pingüe herencia
Con que gozarán sus hijos
De los bienes de la tierra. *(Pausa.)*

Ricardo. ¿Y mi padre?

Elena. Á Misa.

Ricardo. ¡Pobre
Viejo! Al llegar á la meta
De su vida, cuando más
Cuidados el cuerpo anhela,
Y el espíritu más calma,
Menos cuidados encuentra
Y menos paz.

Elena. Hasta ahora
No sabe, aunque lo sospecha,
Cuántas cosas hay que hacer
Porque no falte en la mesa
Ni lo que el gusto le pide,
Ni lo que el doctor le ordena.

Ricardo. Privándote tú....

Elena. De nada.

Ricardo. ¡De todo!

Elena. ¡No! ¡Si supieras
Lo que el más pequeño exceso
Hecho de continuo, cuesta!

Ricardo. Y á Cándido hay que buscarle
Un profesor.

Elena. Y á Hortaleza
Hay que mandar el importe

De dos meses.

Ricardo. ¿Dos se adeudan
Á la nodriza?

Elena. Y van cuatro
Que nuestra honrada sirvienta,
La pobre Rita, no cobra
Ni un real.

Ricardo. *(Paseándose nervioso y agitado.)*
¡Pues es lisonjera
Nuestra posición sin duda!
¡Y el porvenir se presenta
De color de rosa y nácar,
Salpicado de oro y perlas!....
¡La cátedra!.... Era mi sueño....
Mi ilusión, mi recompensa....
Trabajé con tanto ahinco,
Tantas noches pasé en vela
Devorando libros, tantas
Esperanzas puse en ella,
Que el desengaño me ha herido
Como si en noche serena
El cielo sobre mi frente
Desprendiese una centella.

Elena. No te amilanes por eso;
¡Valor, Ricardo, y paciencia!
Dios es bueno, y no abandona
Á los suyos.

Ricardo. Pero deja
Que la astucia y la perfidia,
La audacia y la desvergüenza,
Monopolicen las altas
Dignidades de la tierra,
Y da al orgullo palacios
Y chozas á la modestia.

Elena. ¿Y acaso van siempre unidas
La ventura y la riqueza?

Ricardo. Es verdad: Dios justiciero
Todo lo mide y compensa,
Y este amor de que gozamos,
Á muchos ricos les niega.
Dicha que el oro no compra....

Elena. Que á veces el oro ahuyenta.

Ricardo. Eso no; porque te juro

Que poseerlo quisiera,
No por mí, ¡ Dios es testigo !
¡ Por vosotros ! ¡ Por mi Elena !
Si por eso cabalmente
Mi corazón se rebela
Contra la suerte enemiga
Que me persigue y me cerca ,
Desbaratando mis planes,
Ó amargando más mis penas !

ESCENA II.

DICHOS y D. ÁNGEL.

D. Ángel. ¿Qué hablas de penas?
Ricardo. ¡ Hay tal !
¿ Qué penas puede aquí haber ?
Las que siempre ha de tener
El cuidado paternal.
D. Ángel. ¿Alguna de las trastadas
De Cándido?
Elena. No, señor.
Ricardo. Justificado temor
De que vuelva á las andadas.
Si el verano no aprovecha,
Ni lo perdido recobra....
D. Ángel. Para calabazas sobra
Con la reciente cosecha.
¿Y eso no más os apura?
Ricardo. Y es bastante.
D. Ángel. No me fío :
Pues veo aquí en torno mío,
Mirar triste, frente oscura,
Tal cual lágrima furtiva,
Tal cual sofocado anhelo;
Hondas huellas de desvelo,
Señales de inquietud viva....
Y el recelo, que es ladino,
Ha llegado á imaginar,
Que me queréis ocultar
Algo que quizá adivino.

Ricardo. ¡Ocultarle! ¿De qué suerte?
Ó son ó no son antojos
El llanto de nuestros ojos,
Las señales que usté advierte
De la inquietud en que estamos.
¿Son antojos? Nada son.
¿Son verdad? Pues no hay razón
En decir que la ocultamos.
Porque si es fácil leer
En llanto, mirada y frente,
Fuera ocultar neciamente
Lo que todos pueden ver.

D. Ángel. Tu argucia se desbarata
Por sí misma. Nadie ignora
Que el alma á veces traidora
En el rostro se delata;
Y aunque ocultarse pretenda,
Porque sospechas recele,
Casi nunca evitar suele
Que un simple gesto la venda.
Y esconde mal sus enojos
Detrás de una carcajada,
Pues el alma desgarrada
Se asoma entera á los ojos.

Ricardo. ¡Ilusión!

D. Ángel. ¿También dirás
Que me oye Elena con calma?
(Observando que Elena se lleva el pañuelo á los ojos.)
(Á ella.)
Las madres tenéis un alma
Más franca que los demás.
Habla tú: di con franqueza
Si estoy soñando ó despierto;
Afirma que sólo es cierto
Que he perdido la cabeza;
Jura que es antojo vano,
Aunque de fijo vacilas,
La perla de tus pupilas
Que me ha caído en la mano.

Elena. ¡Señor!

Ricardo. ¡Padre! Si nosotros....

D. Ángel. Ya vuestro pesar sospecho....
Mas me negáis el derecho

De sufrirlo con vosotros.
Y esto es una picardía,
Una infamia.... Sí, señor....
¡Para ellos todo el dolor,
Y para mí la alegría!
¿Quién ha visto?....

Elena. ¡Padre amado!

D. Ángel. Lo sé todo, hija querida.
Estáis pasando la vida
Que pasa el desheredado;
No el obrero, el menestral,
Que con poco se contenta,
Sino el que vive y alienta
De la vida intelectual:
El que su virtud no doma
Ante ofertas de villanos,
Y en sociedad de milanos
Hace oficio de paloma.
Y cuando es la casa escombros,
Llega un viejo miserable
Á ser carga insoportable
De vuestros débiles hombros.

Ricardo. ¿Y usted piensa?....

Elena. ¿Quién le dijo?....

D. Ángel. Pienso que vine á aguardar
El momento de espirar
Entre los brazos de mi hijo.
Y que á este dulce consuelo
De una vida triste y larga,
Se opone la prueba amarga
Con que os aquilata el cielo.

Ricardo. ¿Pero usted ha sospechado?....

D. Ángel. No sospecho: cierto estoy
De que, á pesar vuestro, soy
Un estorbo harto pesado.

Ricardo. ¡Padre!

D. Ángel. No hay nada que hablar.
¡La pobreza!.... No me extraña....
Me volveré á la montaña,
Á mi solitario hogar....
¿Hambre? No la he de sentir.
Vacas y hazas me darán
Rica leche y tierno pan

De borona...., ¡ y á vivir!
Nada me causa temor,
Sino estar solo otra vez;
Que si es mala la vejez,
Estando solo es peor.
Pero....

Ricardo. ¡Basta! No consiento
Que siga usted, padre, hablando,
Porque me está desgarrando
El corazón con su acento.
¿Usted carga? ¿Usted estorbo?
¿Y de un hijo? ¡Padre mío!
Ni el alma perdió su brío,
Ni la dura espalda encorvo
Ante el trabajo y la lucha
Contra la fortuna loca.
¿Que hoy la recompensa es poca?
Pero la esperanza es mucha.
Ni hay motivo ni ocasión
De apurarse y cavilar.
Usted á pedir, yo á dar;
Porque esa es mi obligación.
¿Que trabajo, y lucho? Así
También usted trabajó.
¿Qué menos he de hacer yo
Que lo que hizo usted por mí?

D. Ángel. ¡Hijo!

Ricardo. ¡Si la sangre fuera
Mercancía, yo le fío
Que por usted, padre mío,
Toda mi sangre vendiera!

D. Ángel. *(Abrazándole.)*
¡Bendito seas!

Elena. *(Aparte.)* Señor,
¿No premiarás su honradez?

D. Ángel. Dulce será mi vejez
Mientras conserve tu amor.

ESCENA III.

DICHOS y CÁNDIDO, por el foro.

Cándido. Buenos días.
D. Ángel. Ven acá
Descastado rapazuelo.
Hoy no te he visto.
Cándido. *(Con frialdad.)* ¡Hola, abuelo!
Ricardo. ¿Qué es eso de hola?
Elena. ¡Ya, ya!
Entras de un modo....
Cándido. *(Volviéndose hacia Elena.)* ¡Psché!
Elena. *(Reparando en él.)* ¡Á ver!
¿Qué tienes aquí? *(Señalando la nariz.)*
Cándido. ¡Yo! Nada.
Elena. La nariz ensangrentada....
¡Mírale! *(A Ricardo).*
Ricardo. ¡Sí! ¿Qué ha de ser?
Cachetina ó coscorrón.
¡Son de oro estos angelitos!
Cándido. Cachetina con Carlitos,
Porque me ha llamado *hambrón*.
Ricardo. ¡Hambrón!
Cándido. Y otras cosas.
Elena. ¡Sí!
Cándido. Pero lleva una....
Ricardo. ¿Qué dices?
Cándido. Él me ha dado en las narices:
Yo le he puesto un ojo así.
(Señalando la hinchazón.)
¡Pues no faltaba más que eso!
¿Porque él tenga cuanto quiera
Va á insultarnos?.... Ni que fuera
El hijo de un *principeso*.
Ricardo. Y en resumen....
Cándido. En resumen,
Ha dicho que su papá,
De ti y de todos está
Hasta aquí. Que le consumen
Lo que él con arte ha ganado

Tu soberbia y tu altivez.
Que es muy buena tu honradez
Para vivir de prestado.
Que es muy grande impertinencia
Ser voluntarios mendigos,
Y moler á los amigos
En nombre de la conciencia.
Que, en fin, por tu culpa, todos
Pasamos horribles hambres,
Y somos unos pelambres
Que nos comemos los codos.
¡ Y más airado me puso,
Que de ello dió fe completa
El codo de esta chaqueta,
Comido ya por el uso! *(Enseñando un codo roto.)*

Elena. *(A Ricardo, que ha oido todo esto con demostraciones de ira y de vergüenza.)*
¡ Ah! ¡ Ricardo!

Ricardo. Ya colijo
Lo que me dice tu afán.
Que tu alma abrasando están
Las palabras de nuestro hijo.
Si mi rabia adivinó
Cuánto te hace esto sufrir,
¿Para qué me has de decir
Lo que estoy sintiendo yo?

D. Ángel. Pero hacéis caso....

Ricardo. De nada,
Padre mío. ¡ Niñerías!
Sólo que hay algunos días
En que parece cargada
La atmósfera de un vapor
Que se dilata y transforma,
Y toma á veces la forma
De un demonio tentador.
Y la razón más tranquila
Se perturba y oscurece,
Y el corazón se ennegrece
Y la voluntad vacila.
Y como el sol se apresura
Á huir si la sombra viene,
Huye la virtud, que tiene,

Como el sol, su noche oscura.

D. Ángel. La virtud, hija del cielo,
Debe ser perpetua aurora.

Ricardo. El corazón, cuando llora,
Busca en la noche consuelo.

D. Ángel. ¡Ah! No quiero adivinar
Tu pensamiento....

Ricardo. ¿Por qué?
Que he tenido mucha fe,
Y que me empieza á faltar:
Que otras ideas oprimen
Mi cerebro ardiente y loco,
Y, en fin, que ya poco á poco
Voy comprendiendo.... ¡hasta el crimen!

. Angel. ¡Doblar la frente á la dura
Adversidad!.... ¡Fementido!
El alma honrada ha nacido
Para mirar á la altura.
* ¿Hay tormenta? Pecho fuerte
Á una y otra sacudida;
Que el combate de la vida
Lo acaba pronto la muerte. *
¿Triunfa el malo? No lo siento;
Porque yo sé que consigo
Lleva siempre su castigo....

Ricardo. ¿Cuál es?

D. Ángel. El remordimiento.
* Y menos que nadie puede
Ser infame el buen cristiano,
Porque en este mundo insano
Ya sabes lo que sucede;
Cuando se cuenta ó se ve
La infamia de algún creyente,
¡Qué alborozo entre la gente
Honrada, pero sin fe!
Y es que en tal contradicción
Se supone este argumento;
Honrado el descreimiento,
Infame la devoción. *

Ricardo. Todo es verdad, y, á mi ver,
Si de algo en esto he pecado,
Es de haber exagerado

Cumplimientos del deber.
Usted lo sabe; usted mismo
Me lo ha echado en cara.

D. Ángel. Es cierto.

Ricardo. Pues si ya con gusto advierto
Que á mis pies se abre el abismo,
Y busco en su oscuridad
Consuelos á mi inquietud,
¿Qué asaltos á mi virtud
No dará la iniquidad?
Y ya ha oído usted; la gente
Aprecia allá á su manera
Mi virtud.... Porque quisiera
Que no fuese ni indigente,
Ni mendiga de un hermano....
¡Mártir siempre; eso he de ser;
Que no puedo ni tender
Al transeunte la mano!

D. Ángel. ¿Ya te exaltas? Se acabó.
Exageras. *(Á Cándido.)* Ven acá;
Lo que dice ahora papá
No se lo he enseñado yo.
Que fuese leal, y honrado,
Y caballero: eso sí;
Y he de enseñártelo á ti,
Si es que no lo has heredado.
Pero no que trae perjuicio
La virtud siempre y sin tasa,
Aunque ponga mesa y casa
Á sus adeptos el vicio.
No, hijo mío; al que parece
Más dichoso, á aquel tal vez
Le reserva la vejez
Todo el mal que él se merece.
Y el que millonadas cuenta,
Tiene, como aguda espina,
Un hijo que le asesina,
Ó una mujer que le afrenta.
Porque todo está, en rigor,
Compensado por el cielo,
Y no hay dolor sin consuelo,
Ni hay ventura sin dolor.

¿Lo olvidarás?

Cándido. ¡Por supuesto!

D. Ángel. Siempre honrado, aunque te apene.

Elena. ¡Siempre honrado!

(D. Angel y Elena tienen en medio á Cándido, mientras Ricardo está á un lado luchando con sus pensamientos.)

D. Ángel. *(Cogiendo á Cándido por un brazo y poniéndolo junto á Ricardo.)* Á ver si tiene
Que decir tu padre á esto
Alguna cosa....

Ricardo. ¡Oh! ¡Por Dios!
¡Antes muerto que malvado!
(Abrazando á su hijo.)
Honrado él. *(Por D. Angel.)*
Como él yo honrado....
¡Sé tú digno de los dos!
(Fernando aparece en la puerta del fondo.)
(Ricardo á Elena, D. Angel y Cándido.)
¡Dejadnos!

Elena. ¡Es él! *(A Ric.)* Ten calma.

D. Ángel. Sé prudente.

Ricardo. Nada teman.

(Los conduce suavemente hasta la puerta derecha, por donde se van.)

ESCENA IV.

FERNANDO y RICARDO.

Fernando. Chico, me miras de un modo,
Que si no te conociera,
Más que tomar la palabra
Me harías tomar la puerta.
¿Qué te sucede?

Ricardo. Yo mismo
Quizá decirlo no sepa,
Porque estoy viéndote, y dudo,
Por lo que el alma recuerda,
Si tu presencia es favor,
Ó es agravio tu presencia.

Fernando. Si tienes en la epidermis

La misma delicadeza
Que en el honor, es posible
Que agravio, y profundo, veas
En lo que yo considero
Que es no más justicia seca.

Ricardo. ¿Justicia vienes á hacerme?
Traerás dogal.

Fernando. Como quieras.
¡Tú has de ser quien te lo pongas!

Ricardo. Pero tú me traes la cuerda.

Fernando. Fácil te será cortarla
Si el orgullo no te ciega.

Ricardo. ¿Por qué has de llamar orgullo
Á mi honradez?

Fernando. Ó soberbia;
No riñamos.

Ricardo. Honradez:
Este es su nombre.

Fernando. De guerra.

Ricardo. ¿No lo admites?

Fernando. No lo admito.
¿Qué he de admitir? ¡Bueno fuera
Que yo te diera patentes
De honradez, cuando con ellas
Podías dármelas tú
De bribón de siete suelas!
¿Reconozco tu honradez?
Pues me declaro gatera.
Y como yo no me tengo
Por tal, que te juzgue es fuerza,
Ó víctima del orgullo,
Ó enfermo de la cabeza.

Ricardo. Eres lógico.

Fernando. Mediano;
Pero sé dónde me aprieta
El zapato.

Ricardo. Ya presumo
Que en eso tu saber llega
Hasta el *non plus*.

Fernando. No exageres,
Porque ofendes mi modestia.
Puedo probarte que soy,

Aun en esa misma ciencia,
Una humilde medianía,
Que á veces da en torpe y necia.

Ricardo. ¿Á veces?

Fernando. ¿Pues tú lo ignoras?

Ricardo. ¿Lo dirás?....

Fernando. Vamos á cuentas.
Con todas las picardías
De un hombre tan sin conciencia
Como yo, por ti, Ricardo,
He hecho cosas que no hiciera
Por un hermano quizá
Algún santurrón de pega.
¿Es cierto?

Ricardo. Cierto.

Fernando. Esperaba,
Si he de hablarte con franqueza,
Que tu mérito, auxiliado
De enérgicas influencias,
Te hubiese hecho profesor,
Abriéndote una carrera
Excelente y compatible
Con toda clase de empresas.
Falló el cálculo; tú sabes
Por culpa de quién; primera
Decepción que á mis proyectos
Dió tu altivez quijotesca.
Vino en seguida el negocio
De tu amigo Pablo. *(Ricardo mira al secreter.)*
Observa
El mueble donde encerraste
Tu fortuna. Allí te espera,
Ofreciendo á tu familia
Pan, sosiego y dicha cierta.
¿Qué haces tú? Noble y honrado,
Rechazas esas ofertas,
Porque tu decoro es antes
Que el pan de tus hijos. ¡Mengua
Para tu virtud! Yo llamo
Á eso egoismo, pues cuenta
Con satisfacciones propias
Á costa de las ajenas.

Ricardo. ¡Fernando!
Fernando. Nada me arguyas.
Cada cuál ve á su manera
Lo que es bueno y lo que es malo
Lo que da honra y lo que afrenta
Y yo digo que quien todo,
Hasta su propia conciencia,
Sacrifica por ahorrar
Á los suyos hambre y penas,
Es bueno, y honrado, y noble,
Por más que á ti te parezca
Que es mejor dar á los hijos
Una ración de entereza,
Dos varas de dignidad
Para calzón y chaqueta,
Y para sus diversiones
Cuatro duros de vergüenza.
Ricardo. ¡Sáciate bien!
Fernando. ¡Todavía!
Ricardo. ¿Todavía?
Fernando. Sí; me queda
El rabo por desollar.
Ricardo. ¡Pues continúa y desuella!
Fernando. Por amistad, porque admiro
Tu preclara inteligencia,
Porque esperé que llegases
Á la alta cima con ella,
Y, en fin, porque soy un hombre
Que quiere y odia de veras,
Ha puesto siempre en tus manos
La llave de mi gaveta.
En tus apuros más graves
Yo he sido tu providencia,
Y aun á ellos se adelantaba
Mi solicitud sincera.
Ricardo. No lo olvido.
Fernando. Yo creía
Que sí.
Ricardo. ¿También me motejas
De ingrato?
Fernando. La gratitud
Jamás convence sin pruebas.

Ricardo. ¿Cómo probarte?....
Fernando. Es muy fácil.
Ricardo. Á ver.
Fernando Pagando tus deudas.
Ricardo. ¿Qué dices?
Fernando. Obligación
Tan grave y sagrada es esa,
Como otras que tú te impones
Haciendo del mundo befa.
Ni contestes que por ahora
No puedes cumplir con ella,
Porque está allí tu fortuna *(Señalando el secreter)*
Que te desmiente y protesta.
Ricardo. ¿Pero seriamente dices?....
Fernando. ¡Pues no! ¡La cuestión no es seria
Que digamos! Mil quinientos
Duros te he cargado en cuenta.
Los necesito. Veamos
Qué responde tu conciencia.
Ricardo. Venías á hacer justicia,
Y ya has sacado la cuerda....
Pero entiendo. Tú pretendes
Apurarme la paciencia:
Que la ira del corazón
Se me suba á la cabeza,
Y sea yo al fin y al cabo
Lo que tú quieres que sea.
¿No es esto?
Fernando. Pido lo mío.
Lo demás no me interesa.
Tengo un derecho: lo ejerzo.
Tú un deber: cúmplelo.
Ricardo. ¡Sea!
Fuiste amigo; fuiste hermano....
Nunca exigí á tu largueza
Lo que por su propio impulso
Quiso darme.... Hoy ya me lo echas
En cara. Los privilegios
De la amistad, las ternezas
Del cariño se acabaron,
Y ya frente á frente quedan,
Un acreedor que reclama

Y un deudor que no te niega
Su deuda. Me es imposible
Pagarla en el acto. Apela
Al tribunal; haz que embarguen....
Estos pedazos de estera,
Mis libros, mis pobres muebles,
El sueldo vil con que apenas
Puedo dar pan á mis hijos,
Y á mi padre y á mi Elena;
Arrójame á los más hondos
Abismos de la miseria,
Y pon encima una losa
Donde el mundo entero lea
Esta inscripción: «Aquí yace
La honradez, sitiada y muerta
Por la mano de un amigo.
¡Escarmentad, y huid de ella!»
Esto hacer puedes, Fernando:
Hazlo al punto.

Fernando. ¿Y consintieras
En ello ¡mal padre!...., y tienes
En tus manos la riqueza?

Ricardo. Sí tal.

Fernando. ¿Y amas á tus hijos?

Ricardo. Por ellos la vida diera.

Fernando. ¿Y á tu mujer y á tu padre?

Ricardo. Iría de puerta en puerta
por ellos.

Fernando. Mientes, Ricardo.
No hay en la naturaleza
Quien ame así. Por sus hijos,
Todos los seres que pueblan
La creación, se acometen
Con recíproca fiereza;
Y matan, si es menester,
Y mueren....

Ricardo. También muriera
Yo por ellos.

Fernando. ¡No! Lo harías
Escrúpulo de conciencia.

Ricardo. ¡Oh! ¡Vete ó calla!

Fernando. Veremos

Adónde tu virtud llega.

Ricardo. ¿Pero eres capaz?

Fernando. De todo.

Ricardo. ¡Tú.... mi amigo!

Fernando. No me tengas
Por tal. De hoy en adelante
Seré lo que más te aterra;
Tu acreedor.

Ricardo. ¡Mi verdugo!

Fernando. Tu verdugo. Como quieras.

ESCENA V.

RICARDO y ELENA.

(Ricardo queda un momento como devorando toda la amargura de su alma, y al volver el rostro, se encuentra con su mujer, que ha salido por la puerta derecha.)

Ricardo. ¡Elena!

Elena. ¡Ricardo! ¡Noble
Mártir! Ven.
(Abriendo sus brazos. Ricardo se arroja en ellos.)

Ricardo. ¿Tú sabes?

Elena. Sé
Que es como el hierro tu fe,
Y tu virtud como el roble.
Alza tu frente serena,
Y ya que padeces tanto,
Da expansión á tu quebranto
En los brazos de tu Elena.

Ricardo. ¡Mi bien!.... Del deber esclavo
Soy; de la suerte capricho....
Hierro es mi fe; tú lo has dicho;
Pero el hierro, al fin y al cabo,
Dócil y blando se entrega,
Aunque de duro presume,
Al fuego que lo consume
Y al yunque que lo doblega.
Así para el alma son,
Cercada de iniquidad,
El yunque la adversidad,

El fuego la indignación.

Elena. ¡ Te ha humillado, y por tu amigo
Se vendía !....

Ricardo. En mí se ceba....
Esta es la última prueba,
Ó es el último castigo:
Porque ya no sé, en verdad,
Tan confuso y loco estoy,
Si soy un mártir, ó soy
Un monstruo de iniquidad.

Elena. ¡ Mártir eres !

Ricardo. ¡ Mártir !.... Sí,
Que á vosotros os inmola.
¡ Si fuese mi dicha sola
La sacrificada aquí !....
Pero es la vuestra....

Elena. Seremos
Tus auxiliares.... : ¿qué importa ?
Á la larga ó á la corta,
¡ Ya lo verás !.... venceremos.

Ricardo. ¡ Luchar siempre ! Bien está.
¡ Á luchar ! Siento en mi pecho
Sangrar la herida que ha hecho
El que fué amigo, y es ya
Mi acreedor. De tal modo
Le quiero satisfacer,
Que estoy dispuesto á vender,
Menos la conciencia, ¡ todo !
De nuestras madres los dos
Algo que vale guardamos:
Crimen es que lo vendamos;
¡ Mas que nos perdone Dios !
Yo un retrato, prodigiosa
Obra de arte. Tú escondido
Un medallón guarnecido
De diadema primorosa
De brillantes. ¡ Prenda amada !
Venderemos sin reparo
Hasta el recuerdo más caro
De nuestra vida pasada.

Elena. ¡ Imposible !

Ricardo. Con razón

Mi proyecto te atormenta,
Que es duro poner en venta
Pedazos del corazón.
Pero lo exige la suerte,
Y es preciso.

Elena. ¡Es imposible!

Ricardo. ¡Si el sacrificio es horrible!
¡Si es un insulto á la muerte!
¿Crees tú que mi insensatez
Llega hasta desconocerlo?

Elena. ¡Es que yo no puedo hacerlo,
Porque lo hice ya otra vez!

Ricardo. ¡Otra vez!.... ¡Tú! ¿Cómo? ¿Cuándo?

Elena. Seis meses.... aún no los ha hecho....
Yo extenuada.... tú en el lecho....
Nuestra niña agonizando....
Dios al fin se la llevó,
Y otro ángel en su lugar
Vino en la cuna á ocupar
El sitio que ella dejó....
¿Recuerdas?

Ricardo. ¡Oh! ¡Sí!....

Elena. ¿É ignoras,
¡Ay!, que muertes y dolencias,
Y largas convalecencias,
Y deudas abrumadoras
Que el endeble caudal minan
Y sacrificios exigen,
Si espantan por lo que afligen,
Asustan por lo que arruinan?

Ricardo. Bien.... ¿y qué?

Elena. Todo faltaba....
La necesidad crecía:
El dolor nos consumía;
La miseria amenazaba;
Por miedo á ingratos y esquivos
No pedí de puerta en puerta
Un nicho para la muerta,
Y pan ¡ay! para los vivos:
¿Qué hacer, dime, en tanto afán?
El medallón.... ¡Fuí cruel!
¡El alma vendí con él;

Pero dió nicho y dió pan!

Ricardo. ¡El alma!.... ¡Tienes razón,
Elena! Yo reverencio
Más tu heroico silencio
Que admiro tu abnegación.
Remedio pusiste al mal:
Es cierto: ¿mas tú podías
Callarte cuando vendías
Hasta el cariño filial?
¿Cómo ni doliente grito,
Ni amarga queja exhalaste,
Cuando al mercado arrojaste
Aquel recuerdo bendito?
¡Elena....! Del pecho sube
La sangre á la airada frente,
Como del mar el hirviente
Vapor que forma la nube.
Tanta angustia, tanto amor
Tan estériles.... ¿Qué es esto?
¿Qué monstruos se han interpuesto
Entre mi dicha y mi honor?
¡Y aun me humillan!.... ¡Pues que venza
Ese mundo que me ultraja!

Elena. ¡Ricardo!

Ricardo. Queda otra alhaja
Que vender.

Elena. ¿Cuál?

Ricardo. ¡La vergüenza!
Conservó este bien precioso
El alma donde reside,
Y hoy el mundo me la pide
Para hacerme poderoso.
Negarla fuera locura
Desde el punto en que he mirado,
Vuestra desdicha de un lado,
Del otro vuestra ventura.
¿Que á la conciencia no cuadre
Tal solución!.... ¿Y qué hacer?
Que dé pan á mi mujer,
Á mis hijos y á mi padre.
¡Honor! ¡rectitud! ¡decoro!
Con ellos siempre he vivido,

Y hasta ahora nunca han sabido
Cómo se fabrica el oro.
* ¿ Su compañía embaraza
Y hasta es bárbara y cruel ?
Pues salgan , como papel
Que se cotiza , á la plaza !
¡ Mercancías al mercado !
(Elena se enjuga el llanto.)
¡ Necia de ti ! ¿ Por qué lloras ?
¡ Si ya me pesan las horas
Que he perdido en ser honrado !
No te dé pena ninguna ;
Desde hoy quedarán abiertas
De par en par esas puertas
Á la insolente fortuna. *

Elena. ¡ Ricardo mío !

Ricardo. El infierno
Me está prometiendo á gritos
Horizontes infinitos
Bañados de un sol eterno ;
Placeres, felicidad ,
Auroras llenas de encanto....
¡ Hasta las gotas de llanto
Serán perlas.... de verdad !
¡ Poner á esta dicha valla !
¿ Por el alma ? ¿ Y quién la estima ?
¡ Que grita ! Pues oro encima :
¡ Verás cómo al fin se calla !

Elena. Me espantas.

Ricardo. ¿ Por qué ?

Elena. Por todo....
Por ti.... Por mí.... Es que no quiero
Que en este combate fiero
Arrojes tu honor al lodo.

Ricardo. Lo exige así nuestra vida,
Nuestra misma salvación.

Elena. Eso es desesperación
De tu conciencia suicida.
Peleaste : ha sido infiel
La fortuna á tu heroismo :
Huyes ciego : hay un abismo,
Y te sepultas en él.

¡ Eso pasa !

Ricardo. ¡ Necio afán !
Si en ese abismo que dices
Están los seres felices,
Vamos donde ellos están.

Elena. ¿ Te olvidas de Dios, que aquí
Mil veces nos amparó ?

Ricardo. ¿He de pensar en Él yo,
Si Él se ha olvidado de mí ?

Elena. ¡ Blasfemo! Tu fe acrisola,
Pues con el dolor la prueba.

Ricardo. Es una ola que me lleva,
¿Y va á salvarme esa ola ?

Elena. ¡ Ricardo!

Ricardo. *(Se lanza al secreter, y abre el cajón.)*
Aquí la salud,
La dicha, el goce, el encanto....
Sal, fortuna, y seca el llanto
Que hace correr la virtud.
De escrúpulos y temores
Fuiste aquí ruin prisionera.
Rompe el hierro y sal afuera
Á lucir tus esplendores.
¿Á qué mirar con desdén
Tus halagos y tus bienes?
Cortejo de infamia tienes,
Pero lo pagas muy bien.
* Le das al triste alegría,
Color sano al macilento,
Al estúpido talento,
Al deforme gallardía.*
Surja, pues, de estos papeles
El oro en raudal fecundo,
Único rey en el mundo
De cristianos y de infieles.
¡ Yo le acato! Tú verás *(Á Elena)*
Si me da honor, dicha y nombre....
Ya soy vil ; ya soy un hombre
Como todos los demás.
(Se va por el foro con los papeles.)

ESCENA VI.

ELENA.

¡Se fué! El vértigo le empuja....
(Escuchando.)
Anhelante, atropellado
Devora los escalones,
Que crujen bajo sns pasos....
¡Ya llegó! Le siento arriba....
Percibo su fatigado
Respirar.... Ya suena el timbre....
Le abren.... La voz de Fernando....
La de Luísa.... Cierran.... Vienen
En dirección del despacho....
(Como si por las pisadas del techo conociera lo que hacen las personas que se supone están arriba.)
¡El crimen que se consuma!
¡El robo!.... ¡Oh!.... ¡Ladrón Ricardo!....
De pena murió mi padre
Porque le arruinó un malvado.
¿Causará mi esposo ahora
En su amigo tal estrago?....
¡Oh!.... ¿Quién piensa?.... Lo que él haga
Por hacerlo él, ya no es malo,
Pues la perfidia no cabe
En quien vivió siempre dando
Á la maldad sus desprecios,
Y á la virtud sus halagos.

ESCENA VII.

DICHA y RITA.

Rita. ¡Señora!
Elena. ¿Qué hay?
Rita. Que preguntan
Por el señor.
Elena. No ha bajado
Todavía.
Rita. Es un amigo
Que hará un mes, si no me engaño,

Estuvo aquí.

Elena. No recuerdo....
¿Cómo se llama?

Rita. Don Pablo
Marín.

Elena. ¡Don Pablo! (¡Dios mío!)

Rita. Es aquel señor tan guapo
Que vino de viaje....

Elena. ¡Sí!....

Rita. Y almorzó luego....

Elena. Ya caigo.

Rita. Y á quien tanto agasajaba
La esposa de don Fernando....

Elena. *(Sin oirla.)*
¡Marín! ¡Marín!

Rita Y por cierto
Que ella y él se han encontrado
Casi á la puerta, y que estaban
Tan obsequiosos y....

Elena. *(Siguiendo el curso de sus ideas.)*
¡Vamos,
Que extrañas coincidencias
Hacen efectos extraños!
Ese apellido despierta
Recuerdos tristes y amargos....
¡Marín! Que pase.

Rita. Al momento.

Elena. (Denme los cielos su amparo.)
(Luisa se va por el foro, siguiéndola Pablo con la vista hasta que desaparece.)

ESCENA VIII.

ELENA y PABLO.

Pablo. ¡Señora!....

Elena. Tanto placer
En que nos honre de nuevo.
(Indicándole una silla.)

Pablo. Nunca podré como debo
Su bondad agradecer.

Elena. ¿Llegó usted?....
Pablo. De madrugada;
Y como en mi vida errante
Es un siglo cada instante
Y gran quehacer no hacer nada,
Vengo, importuno quizá,
Á saludarles ahora,
Pues tal vez la nueva aurora
No me halle en la corte ya.
Elena. No.... ¡Importuno!.... (¿Por qué siento
Tan crüel agitación?
Lo que hay en mi corazón,
¿Es odio ó remordimiento?)
Pablo. (Sospecho que mi presencia
No es de su mayor agrado.)
Elena. Con que usted.... *(Se para.)*
Pablo. ¿La he molestado
Quizá con la impertinencia
De mi visita?
Elena. No á fe.
Pablo. Harto sé yo lo que pasa....
Cuando esté Ricardo en casa, *(Levantándose)*
Por la noche.... volveré.
Elena. Vendrá al punto. Si está arriba
En el principal....
Pablo. Con todo....
Elena. Perdóneme si en el modo
De recibirle, algo esquiva,
Displicente ó contrariada,
Le he podido parecer.
Fuera de que soy mujer,
Soy madre, y no afortunada,
Y apenas se pasa día
Sin que por varios azares
No reciba mil pesares
Á cuenta de una alegría.
Conque así, vuelva á ocupar
Su silla....
Pablo. Á tales extremos.... *(Se sienta.)*
Elena. Y á Ricardo aguardaremos,
En plática familiar
Y amistosa entretenidos.

Pablo. Yo me rindo á discreción :
Porque es la conversación
Deleite de los sentidos,
Cuando los mueve y provoca
El irresistible acento
De un gallardo entendimiento
Que habla por tan dulce boca.

Elena. Esa flor de cortesía,
Por el aroma que encierra,
Dice que nació en la tierra
Del genio : en Andalucía.

Pablo. Andaluz soy.

Elena. (Será.... ¡ Cielos !)
¿ De Cádiz ?

Pablo. Allí nací.

Elena, Pues á alguien conoció allí
Mi padre.... (¡ Si mis recelos
No eran falaces !)

Pablo. ¿ Á quién ?

Elena. Lo recuerdo en este instante :
Era un rico comerciante
Que se llamaba también
Marín.... , como usted.

Pablo. ¿Su nombre?

Elena. José Antonio.

Pablo. Exactamente :
Mi padre.

Elena. Su.... (¡ Dios clemente !)
¡ Usted hijo de aquel hombre ! *(Se levanta.)*

Pablo. Ese tono....

Elena. ¿ Es agresivo ?

Pablo. Presumo que sí.

Elena. Mal hecho,
Porque ahora siento en el pecho
Un placer tan hondo y vivo,
Que no sabría decir
Cuánto debo agradecer
Qué me cause este placer
Quien tanto me hizo sufrir.

Pablo. No comprendo....

Elena. ¿ Qué más da
Con tal que lo entienda yo.....

Una historia que pasó,
Y otra historia que vendrá.
Desventuras y traiciones,
Virtudes sin esperanzas,
Y repentinas venganzas
Ó justas compensaciones....
¡Qué sé yo!

Pablo. (¡Está delirando!)

ESCENA IX.

DICHOS y RICARDO.

Ricardo. ¡Elena!

Elena. ¡Gracias á Dios!
¡No hace poco que los dos
Te estamos aquí esperando!

Ricardo. Pablo, perdona.... Mi padre
Me entretuvo.... *(A Elena.)* (Vete afuera.)
(Elena se sonríe y no obedece.)

Pablo. ¿No me preguntas siquiera
Por la salud de mi madre?

Ricardo. Tu madre.... Sí. (Vete.) *(A Elena.)*

Elena. ¡No!

Pablo. (¿También éste?.... ¿Será enredo?)

Ricardo. (Delante de ella no puedo
Hacer una infamia yo.)
Te suplico.... *(Alto, é insistiendo en que se vaya.)*

Elena. ¡Qué tenaz!
Rarezas de mi marido,
Señor don Pablo. Ha creído
Que soy mujer incapaz
De entender en sus negocios,
Y piensa echarme, sin ver
Que el marido y la mujer,
Á cierta edad, son dos socios.
La prueba. Agentes leales,
(Con gravedad afectada)
Hoy hemos enajenado
Su crédito, que ha importado
Cien mil....

Ricardo. *(Interrumpiéndola con energía.)*
Quinientos mil reales.
Pablo. ¿Qué dices?
Elena. Está demente.
Pablo. Me lo figuro hace rato.
Ricardo. ¡Quinientos mil! *(Con firmeza.)*
Elena. ¡Insensato!
¿Cuál es el precio corriente?
Dígalo usted. *(Á Pablo.)*
Pablo. El papel
Está á veinte; y son cabales
Cien mil reales.
Elena. *(Á Ricardo.)* ¡Cien mil reales!
(Á Pablo.)
¿Ve usted si entiendo más que él?
(Vuelve á mirar á Ricardo, que está como atónito.
Ricardo. Pero....
Elena. ¡Calla! Y no te asombres
De que en varios pareceres,
Alguna vez las mujeres
Sepamos más que los hombres.
¡Ja! ¡ja! ¡ja! No vuelve en sí
De asombro y de confusión,
Por la elocuente lección
Que acabo de darle aquí.
Pablo. ¡Tiene gracia! *(Se ríe.)*
Elena. ¡Ya se ve!
Ricardo. ¿Quieres dejarme?....
Elena. ¿Qué? ¿Hablar?
Nos volverás á probar
Que ignoras lo que yo sé.
¡Nada! *(Impidiéndole hablar.)*
En vano te atormentas,
Hijo, por justificarte.
Ya ves que puedo enseñarte,
(Á Pablo)
¿Verdad? á echar bien las cuentas.
Conque *(Á Pablo)* suba al principal;
Fernando, que es hombre exacto,
Le pagará á usté en el acto
La cuenta justa y cabal.
Él se ha encargado....

Pablo. Mil veces
Debo á usted agradecer....
(Elena le empuja suavemente hacia la puerta.)
(Á Ricardo.)
Aprende de tu mujer,
¡Infeliz! ¡No la mereces.
Elena. ¡Ya se ve! ¡Si el majadero
Ni siquiera me conoce!....
¡Conque adiós!.... Y que usted goce
Muchos años su dinero.
(Empujándole hacia la puerta, para evitar que Ricardo le hable de nuevo.—Vase Pablo.)

ESCENA X.

RICARDO y ELENA.

Ricardo. ¿Qué repentina mudanza
Es esta? ¿Qué te ha pasado?
Elena. Que mi alma ha carbonizado
El rayo de la venganza.
Te venció á ti la injusticia
Del mundo: á mí la de un hombre:
Ha habido cambio de nombre:
Lo que era robo es justicia.
Ricardo. ¡Nueva angustia, y más cruel!
Pablo.... á ti....
Elena. ¡Qué desvarío!
Fué su padre; robó al mío
Más que nosotros á él.
Y no la fortuna sólo
Y todo inseguro bien,
Sino la vida también
Costó á mi padre aquel dolo.
Ve, pues, cómo en la partida
Es él en ganar primero,
Porque él me da mi dinero,
Mas yo le dejo la vida.
Ricardo. ¡Robos, crímenes, maldades,
Se eslabonan de mil modos;
Y así van formando todos

Cadena de iniquidades!
¿Conque, en fin, es un rebaño
De fieras la humanidad,
Donde reinan la maldad,
La vileza y el engaño?
¿Y en la puja de cinismo
Se ha de dar, cual ley constante,
La gloria al que va delante,
Al que atrás queda el abismo?
¿Y en tanto gime y se apoca
La virtud siempre escondida,
Como humilde flor nacida
En las grietas de una roca?
Pues si esto es así, ¿quién trata
De redimir á esas fieras?
¡Dispón de mí como quieras,
Genio del mal, roba y mata!
¡Bien has hecho, esposa mía!
Nos saca el diablo en su coche
De las sombras de la noche
Á la luz de un nuevo día.
¿Falta que el ministro vea
Mi adhesión.... mi servilismo?....
¡Los verá mañana mismo!
¿Que seré un vil? ¡Que lo sea!
Vengan oro, aplausos, gloria;
Que, puestas en parangón
La victoria y la razón,
Lo importante es la victoria.

ESCENA XI.

DICHOS, CÁNDIDO y RITA, que traerán medio desvanecido á D. ÁNGEL por la puerta lateral izquierda.

Cándido. ¡Papá!
Rita. ¡Señor!
D. Ángel. ¡Ah!
Ricardo. ¡Ese grito!
Elena. ¡Tu padre!
Rita. Está accidentado.
Cándido. No sé lo que le ha pasado;

Mas se muere.

Ricardo. ¡Dios bendito! *(A Rita.)*
Vuela: ¡un médico!

(Ricardo y Elena sientan á D. Angel en un sillón, donde queda aplomado, como quien sufre un ataque cerebral.)

Rita. ¡Corriendo! *(Se va foro.)*

Ricardo. ¡Padre mío!.... ¡Horrible pena!

Elena. ¿Muerto?

Ricardo. No digas, Elena,
Lo que está el alma temiendo.
¿Qué es lo que el cielo me advierte
Al dar este primer paso?
¡Fortuna, serás acaso
Mensajera de la muerte!

(Cae el telón.)

FIN DEL ACTO SEGUNDO.

ACTO TERCERO.

Sala elegante. Puertas laterales y en el fondo. Muebles de buen gusto, aunque no de gran valor. Á un lado un entredós, y encima algunos objetos de adorno, con juego de reloj, candelabros, etc. Á otro, un elegante secreter y recado de escribir. Espejos, cortinajes, en relación con el tono general de la pieza.

ESCENA PRIMERA.

D. ÁNGEL y RITA.

(D. Ángel sentado en un sillón. Habla y anda con algún trabajo, como quien está convaleciente de un ataque á la cabeza.)

Rita. ¿Quiere usted que ahora le sirva
Un caldito?
D. Ángel. ¡No!
Rita. ¡Qué empeño!
¿Va usted á morir de hambre
Por hacer caso del médico?
D. Ángel. Déjame.
Rita. ¿Vaya una copa
De Jerez?
D. Ángel. ¡No!
Rita. (¡Pobre viejo!
No es el mal: es la tristeza
Lo que le está consumiendo.)
D. Ángel. ¡Ay!
Rita. Señor: ¿le duele á usté algo?
(D. Ángel se lleva la mano al corazón.)
El corazón: lo comprendo.
¡Yo también siento una angustia,
Una desazón...., un peso!
D. Ángel. ¡Pobre Rita!
Rita. ¡Claro! Estoy
Tragando tanto veneno....
¿Que me calle? Harto he callado:

Pues un año de silencio
Para una mujer es más
Que quince siglos de infierno.
Es que no hay trazas, señor,
De mejora, ni de arreglo.
Usted pasa aquí los días
Casi impedido y enfermo,
Sin más consuelo que yo....
¡Que ya ve usted si es consuelo!
El señor, siempre ocupado,
Y distraído é inquieto;
Como se acuesta con sol,
Se levanta con luceros,
Y una vez por la oficina,
Y otra vez por el Congreso,
Y otras porque don Fernando
Se lo lleva á esos consejos
De sociedades ó empresas,
Ó diablos, que yo no entiendo,
Ello es que no come en casa
Sino allá de Pascua á Adviento,
Y hasta para ver á ustedes
Le falta una hora de tiempo.
La señora, por su parte,
Se deja llevar del celo
Con que doña Luísa busca
Distracciones y festejos,
Y por no aburrirse aquí
Con este par de estafermos,
Usted perdone, señor,
Nos llaman así á los viejos,
Se va donde bien le place,
Ó donde se aburra menos.
Y entre tanto el señorito....

D. Ángel. ¡Ese, ese!

Rita. Ya está buen nieto.
No estudia ni una palabra;
Pero sabe el rapazuelo
De cosas que no debiera,
Más que Briján.

D. Ángel. ¿Juega?

Rita. Juego,

Café, fonda, toros.... ¡vamos!
No hay ya por dónde cogerlo.
Es de perlas el mocito
Desde que tiene dinero.
¡Mal haya, mal haya la hora
En que cambiaron los vientos,
Y vino aquí la fortuna
Como llovida del cielo!

D. Ángel. ¡Llovida del cielo!.... ¡Vaya!
Ricardo es hombre de mérito,
Y llegó á subsecretario
Por el camino derecho.
Esto me habéis dicho todos,
Y claro que esto es lo cierto.
Pues la suerte al fin se cansa
De perseguir á los buenos.

Rita. Si no digo lo contrario,
No, señor; pero sostengo
Que estos cambios repentinos,
Como los cambios de tiempo,
Cuando no matan, trastornan
La maquinaria del cuerpo.
* Ya lo decía mi hermano
Que murió de cura en Viesgo;
Dinero que cuesta poco,
No da de sí nada bueno;
Y aun el que cuesta sudores
Tiene sus más y sus menos. *

ESCENA II.

DICHOS y CÁNDIDO por el foro, con un puro en la boca, y con maneras algo achuladas.

Cándido. ¡Olé!
D. Ángel. ¡Cándido!
Cándido. Abuelito.
¿Qué tal va?
D. Ángel. Mejor.
Cándido. Me alegro.
Tiene usted muy buen color,
Y empieza usté á andar más suelto,

¿No es verdad? Sí, ¡poco á poco
Se volverá á poner bueno,
Y sano, y fuerte!.... Un cigarro....
(Ofreciéndole un puro.)
Es de la Habana; veguero.

D. Ángel. ¡Quita allá!.... Puede servirte
de bastón.

Cándido. ¡Ja! ¡ja!

Rita. (¡Arrapiezo!)

Cándido. Mamá, ¿no ha venido?.... ¿No oyes,
Vieja incivil?

Rita. Como tengo
Este quehacer á mi cargo,
En los demás no me meto.
Supongo que ha ido de tiendas
Como siempre.

Cándido. (¡Y sin dinero!....
Ese imbécil de Carlitos
Me va á dejar sin pellejo.
Maneja el taco de un modo....
¡Calla! ¡Y ahora que recuerdo!
Me ha dado él con cierta sorna
Este número del *Trueno*.... *(Lo saca.)*
Mientras echo una ojeada,
Voy á ver si lo entretengo....)
(Refiriéndose á D. Angel.)
Abuelito.

D. Ángel. ¿Qué te ocurre?

Cándido. Usted que es un hombre experto
En cosas de mundo....

Rita. ¿Quieres
Dejarle en paz?

D. Ángel. Que es mi nieto,
Rita, y al fin me hace gracia....

Cándido. No sabes ni entretenerlo,
¡Gruñona!

D. Ángel. Habla.

Cándido. Este papel
Es el número primero
De un periódico en que escriben
Muchos brillantes ingenios,
Unidos bajo este lema:

«Garrotazo y tente tieso.»
De modo que al que le cogen
Por su cuenta....

D. Ángel. Ya comprendo:
Lo dejan en cueros vivos....

Cándido. No, señor; en cueros muertos.
Pues bien; Carlitos, que es ya
Un literato tremendo,
Según él afirma....

D. Ángel. ¡Qué oigo!
¿Literato el picaruelo,
Y no sabe una palabra
De nada?

Cándido. ¡Toma! Por eso.
Digo, pues, que él me ha entregado
Este papel, y riendo,
Con esa risa cargante
Del que sorprende un secreto,
Y quiere darlo á entender
Con vaguedad y misterio,
Ha añadido: «Que circule;
Sale el número soberbio;
Verás ahí un parrafillo
Que vale cualquier dinero.»
Este. *(Señalando en el papel.)*
El párrafo, en verdad,
Es feroz; mas no lo entiendo.
¿Quiere usted?

Rita. Quita allá. ¡Estamos
Para lecturas y cuentos!

Cándido. Y luego dices que nadie
Más que tú cuida al enfermo,
Y nunca le proporcionas
Distracciones.

Rita. ¡Trapacero!
¿Te atreverás?

Cándido. ¡Calla! Y ponle
Los anteojos.... *(Se los pone él mismo.)*
Así; veo
Que soy más útil que tú.
Yo haría un gran enfermero,
¿No es verdad?

D. Ángel. ¡Si tú quisieras
Darme gusto con ser bueno!
Cándido. ¿Quién ha dicho que soy malo?
Rita. Yo lo digo, y lo sostengo.
Cándido. Díjolo doña Remilgos....
¿Porque me gustan los toros
Y saludo á los toreros?
¿Porque voy á los teatros
Á dirigir los pateos
De las comedias que escriben
Los amigos? ¿Porque juego?....
¡En cambio soy un legista
Que va á saber más derecho....!
Ya ve usted que saco notas
Brillantes; ya no hay suspensos....
D. Ángel. Tu padre es subsecretario;
Habla mucho en el Congreso,
Y recoges tú una parte
Del fruto de su talento.
Cuando era él pobre y oscuro,
¡Qué poco caso te hicieron!
Hoy que triunfa, y suena, y charla,
¡Ya eres muchacho de mérito!
¡Justicia humana!
Cándido. (Chochea.)
Pues busque usted el remedio
Para esas cosas.... (Y en tanto
Veré si por aquí encuentro....
(Mirando por encima de los entredoses mientras D. Angel lee el periódico.)
¡Quiá! Será al fin mi reloj
El que me saque de aprietos.
¡Como siempre! Ya se va
Solo á la casa de empeños.)
D. Ángel. ¡Válgame Dios! ¡Á él aluden!
Rita. Señor, ¿qué pasa?
Cándido. ¿Qué es eso?.
¿Le da á usted algo?
D. Ángel. No es nada.
Este periódico....
Cándido. *¿El Trueno?*
D. Ángel. ¡Una infamia!.... ¡una calumnia

Horrible.... atroz!

Cándido. Por supuesto:
¿Pero quién es?....

D. Ángel. No te importa.

Rita. ¡Si no has de hacer nada bueno!
¿Quién te manda á ti traerle
Papelotes ni embelecos?
Sosiéguese usted.

D. Ángel. (¡Es claro!
Como he estado tan enfermo,
Entre la vida y la muerte,
No he sabido nada.... ¡oh cielos!
Si es verdad lo que aquí dicen,
¿Por qué, por qué no me he muerto?)

Rita. ¡Señor!

Cándido. ¡Abuelito!

D. Ángel. Digo
Que no es nada....

Cándido. (No lo entiendo.
Alguna chochez.... Mas juro
Que si hay aquí algún enredo
del tal Carlitos, nos vamos
Á ver las caras muy presto.
Yo haré que me explique hoy mismo....)

Rita. Vamos, don Ángel, adentro,
Y arroje usted.... *(Quiere quitarle el papel.)*

D. Ángel. ¡Quita allá! *(Guardándolo.)*
¿Qué sabes tú lo que es esto?

Rita. *(Á Cándido.)*
¡Por ti!.... ¿Lo ves?

Cándido. ¡Calla! Viene
Mi papá.

D. Ángel. ¿Solo?

Cándido. No creo....
(Mirando.)
Con don Fernando. Me escurro
Por este lado. *(Se va por la puerta derecha.)*

D. Ángel. No quiero,
Delante de gente extraña,
Pedirle cuentas....
(Se dirige á la puerta izquierda, y entran Ricardo y Fernando por el fondo.)

ESCENA III.

RICARDO, FERNANDO, D. ÁNGEL y RITA.

Ricardo. No hay cuerpo
Ni espíritu que esta vida
Soporten en paz y en calma.
Fernando. ¡Siempre igual!
Ricardo. ¡Si hasta del alma
Parece que uno se olvida!
(Hacia dentro.)
No recibo á nadie ya:
(Á Fernando.)
Ni voy á comer contigo.
Fernando. ¡Pues no faltaba!....
Ricardo. Te digo
Que estoy hasta aquí.
Fernando. ¡Agua va!
Ricardo. ¿Ni un momento de reposo,
Ni un minuto de espansión
Obtendrá mi corazón
De hijo, de padre y de esposo?
Fernando. Aún guardas la levadura
De pasados quijotismos.
No se deben á sí mismos
Personajes de tu altura.
Está tu dicha presente
En subir sin descansar.
¿Te irías ahora á parar
En mitad de la pendiente?
Ricardo. *(Viendo á su padre.)*
¡Oh! ¡Mi padre!
(Yendo á él con efusión.)
D. Ángel. Ni siquiera
Tienes ojos para mí.
Ricardo. Perdón, si al entrar no vi....
D. Ángel. ¡Qué triste es esa ceguera!
Ricardo. Diariamente pregunto
Por usted.
D. Ángel. Es de rigor.
Te dicen que voy mejor....
Ricardo. Cierto.

D. Ángel. Y pasas á otro asunto.
Ricardo. Los negocios....
D. Ángel. Pero aunque es
Mi mejoría verdad,
Tengo ahora otra enfermedad
De que he de hablarte después.
(Vase apoyado en Rita.)

ESCENA IV.

RICARDO y FERNANDO.

Ricardo. ¿Ves, Fernando?....
Fernando. Que es un niño
Setentón: eso se ve.
¿Le falta algo?
Ricardo. Quizá cree
Que le falta mi cariño.
Y á su inflexible virtud,
Y á su viril entereza,
No le espanta la pobreza,
Pero sí la ingratitud.....
Fernando. ¿Qué ingratitud?
Ricardo. Yo te digo,
Por la fe del alma mía,
Que el perder su amor sería
Para mí el mayor castigo.
Y que estoy sufriendo advierte
Tales amarguras ya,
Que esto sólo faltará
Para maldecir mi suerte.
Fernando. Descontentadizo y loco,
¿Qué habrá que te satisfaga?
¿Dinero? Ya no te halaga:
¿Poder? Te parece poco.
Ricardo. Es el corazón humano
Sima que jamás se llena;
Y está en su fondo la pena
Como en la flor el gusano.
Fernando. Es que el más inadvertido
Ve negra sombra en tu frente,
Que está diciendo á la gente:
«Aquí va un hombre aburrido.»

Ricardo. Y dice bien, ¡sí, por Dios!
Pues mi espíritu comprimen
Remordimientos de un crimen
Que otros de sí trajo en pos.
* Y ni esta existencia activa,
Ni el fulgor que la rodea,
Arrancan de aquí la idea
De la infamia primitiva.*
Además.... ya lo estás viendo;
Desde que al ministro hablé,
Y en su fracción ingresé,
Y empecé á subir, mintiendo
Doctrinas y convicciones
En que jamás he creído,
Soy un hombre de partido;
Hombre de odios y pasiones.
Por eso mi habilidad
Hace, con torpe malicia,
Defensa de la injusticia
Y escarnio de la verdad.
Nunca siento lo que digo;
Nunca digo lo que siento:
Soy veleta: sopla el viento
Del interés, y le sigo.
Voto y hablo sin concieneia,
Como el más ruín mequetrefe:
¿Mi criterio? El de mi jefe.
¿Mi moral? La conveniencia.
* Si de uno y otro empleado
Anda el interés por medio,
Sacrifico sin remedio
Al bueno por el malvado.*
Y como á lo alto subí,
La envidia se desató,
Y, es natural, se arrojó
Como un tigre sobre mí.
Así mi ilusión se acaba,
Ahogándose en esta vida
Mi razón envilecida
Y mi voluntad esclava.

Fernando. ¡Oh suprema insensatez!
De cualquier cosa te asombras:

¿ Quieres volver á las sombras
De tu pasada estrechez ?
Recuerda, si eres prudente,
Lo que has sufrido y llorado.

Ricardo. El infortunio pasado
No consuela del presente.

Fernando. Pero comparar es cuerdo
De un tiempo y otro el valor.

Ricardo. La pena de hoy es dolor :
La de ayer sólo es recuerdo.
Y aunque valga menos oro,
Al fin, que es más noble advierte
Combatir contra la suerte
Que contra el propio decoro.
* Por eso ¡ ay ! harto de mí,
Harto de todo, ya voy
Echando de menos hoy
Algo que ayer hubo aquí.
Interior satisfacción,
Reposo de la conciencia,
Dignidad de la existencia
Y altivez del corazón.
Bienes casi inadvertidos
Por amor de otros cuidados,
Y nunca bien estimados
Sino cuando están perdidos. *

Fernando. Pues, hijo, vuelve hacia atrás :
Sacrifica la materia,
Y otra vez á la miseria
Dale aquí albergue.

Ricardo. ¡ Jamás !
Si á costa del torcedor
Que me agobia en torno mío,
Ya no hay hambre, ya no hay frío,
Ni lamentos, ni dolor;
Reine la perfidia aquí,
Siendo, por distintos modos,
El bienestar para todos
Y las penas para mí.

Fernando. ¡ Bien !

Ricardo. ¿ Y Pablo ?

Fernando. ¡ Pobre diablo !

Le he conocido después,
Y hombre no vi más cortés,
Ni más bonachón que Pablo.
Ha poco en Saturrarán
Le hallamos, y no sabía
Separarse en todo el día
De nosotros. Te dirán,
Si á Elena y Luísa preguntas
Por él, que Pablo es modelo
En quien poner quiso el cielo
Todas las bondades juntas.

Ricardo. ¡Si sabe!....

Fernando. Es rico, y no entiende
De negocios, ni él se cuida
Más que de comprar la vida
Como el placer se la vende.
Cara ó barata, es igual,
Como le sea agradable.

Ricardo. Pero está aquí, y es probable
Que circunstancia casual
De mi pérfido contrato
Le dé la razón oculta,
Y si la sabe, me insulta,
Y si me insulta, le mato.

Fernando. ¡Echa!

Ricardo. ¡Pues no! Consecuente
Con tu modo de juzgar:
No se debe uno parar
En mitad de la pendiente.
¡Tras de un crimen, ciento y mil!
¡La bola que siempre rueda!
Logre el triunfo quien más pueda,
Y puede más el más vil.

Fernando. Basta de locuras, ¿eh?
Que el tiempo pasa volando,
Y nos están esperando
En los Cisnes.

Ricardo. ¿Para qué?

Fernando. ¡Hombre, por Dios! Mis consocios
Los del canal del Oeste.
La concesión.... ¡Ay, qué hombre este
Para dirigir negocios!

Si la alcanzas, redondeas
Tu fortuna....

Ricardo. Sí; ya estoy.
Y tú te libras por hoy
De la ruína.

Fernando. *(Alarmado.)* No lo creas.

Ricardo. Has perdido un dineral
En Bolsa....

Fernando. No con exceso....

Ricardo. ¡Has perdido!

Fernando. Pues por eso
Me hace más falta el Canal.

Ricardo. ¿Para ahogarte en él?

Fernando. ¡Bromitas!
¡Bueno! ¡Ea! En casa aguardo.
Y considera, Ricardo....

Ricardo. ¡Ya sé! Que me necesitas.
(Se va Fernando por el foro.)

ESCENA V.

RICARDO y D. ÁNGEL.

D. Ángel. ¿Sólo estás?

Ricardo. ¡Padre!

D. Angel. Ya es hora
De que un momento te vea
Sin gente.

Ricardo. Bendita sea
Esta ocasión bienhechora
Que me permite anudar
De mi amor los dulces lazos,
Porque no hay como estos brazos,
Señor, para descansar.
(Quiere abrazarle, y D. Ángel le detiene.)

D. Ángel. No tan presto.

Ricardo. *(Asombrado.)* ¡Qué! ¿Rechaza
De mi amor filial?....

D. Ángel. No tal:
Es que hasta al amor filial
Le sienta bien la cachaza.
Porque siempre sucedió

Que exija correspondencia
Ese amor.... cuando en conciencia
Puede merecerla.... ó no.

Ricardo. ¿Qué dice?

D. Ángel. De razón lleno
Exigiste mi cariño,
De niño.... porque eras niño,
De hombre ya, porque eras bueno.
¿Quién sabe si esta razón
Ya á persuadirme no llega,
Y hoy su cariño te niega
Mi paternal corazón?

Ricardo. ¡Usted.... á mí! ¡Lindo paso!
¿Se figura que le olvido,
Y está agriado y resentido
De mi ingratitud, acaso?
¡Oh! por Dios, padre del alma;
Considere que me encuentro
Como fuera de mi centro
Sin un instante de calma;
Que estos deberes impíos
Me obligan á ser quizás
Esclavo de los demás
Y tirano de los míos,
Y aceptará mis disculpas;
Y, al menos por esta vez,
No serán para tal juez
Irremisibles mis culpas.

D. Ángel. Me duele, sí, verte lejos,
Siempre lejos de mi lado,
Que son amor y cuidado
Nueva vida de los viejos;
Pero por más que afligido
Me dejaseis todo el día
En un rincón, no saldría
De mis labios ni un quejido,
Teniendo yo la certeza
De que eras digno heredero
De quien ante el mundo entero
Nunca dobló la cabeza.

Ricardo. ¿Pues no soy?....

D. Ángel. Eso es preciso

Que me digas sin demora:
Que es la calumnia traidora
La que mancillarte quiso,
Sin pretexto ni razón,
En este papel infame.... *(Saca el periódico.)*
Y que es un vil quien te llame
Públicamente ladrón.

Ricardo. *(Aterrado.)*
¡Ladrón!.... ¿Con mi nombre?.... Á ver....

D. Ángel. ¿Tu nombre en buscar te empeñas?
Cuando se dan bien las señas,
El nombre no es menester.
(Indicándole en el periódico lo que éste dice.)

Ricardo. *(Leyendo por encima.)*
«Orador.... alto empleado....
Pobre ayer.... desconocido....
Que amaneció enriquecido
Con un capital robado
Á un amigo generoso
Que en su honradez confió....»

D. Ángel. ¿No eres tú? Dilo.

Ricardo. ¡Yo!.... ¡Yo!
¡Deshonrado!.... ¡Dios piadoso!
(Devorando el periódico con los ojos.)

D. Ángel. ¡Aún hay más!

Ricardo. Viéndolo estoy,
Aunque apenas leerlo puedo.

D. Ángel. ¿De indignación?....

Ricardo. No: de miedo
De verme tal como soy.

D. Ángel. ¡Qué dices!.... ¿No es falsedad?....

Ricardo. Déjeme usted que lo lea,
Porque aún puede ser que sea
Menos cruel la verdad.
(Leyendo con febril agitación.)
«Dicen que el amigo, empero,
Se venga del burlador,
Reintegrándose en amor
Á cuenta de su dinero.
Y que á la mujer le halaga
Restitución tan oculta,
Porque así el robo resulta

Adelanto de la paga.»
¡Oh! ¡Qué infamia!

D. Ángel. ¿La de quién?

Ricardo. ¡La de todos!

D. Ángel. ¡Dios bendito!

Ricardo. Manto de sombra infinito
Que oscurece todo bien....
Cedí del mundo á la idea,
Cansado de angustia tanta,
Y hoy contra mí se levanta
Y el rostro me abofetea.
Y es conmigo tan cruel,
Que está mi honra vinculada
En una frase estampada
Sobre un mezquino papel.

D. Ángel. ¿Mas?....

Ricardo. ¿Qué hacer, si me condena?

D. Angel. Ahogar la calumnia impía.

Ricardo. Si no lo es la traición mía,
¿Por qué ha de serlo la ajena?

D. Ángel. ¿No es calumnia tu traición?

Ricardo. ¡No, padre!

D. Ángel. ¡Desventurado!
Tuve un hijo, que era honrado....
¡Lo perdí!....

Ricardo. ¡Por compasión!
¡He aquí el dolor más acerbo!

D. Ángel. Déjame.

Ricardo. No; aunque merezca
Que la opinión me escarnezca
Después que me hizo su siervo;
Aunque me sienta morir
Entre pérfidos amaños,
De celos y desengaños,
Todo lo podré sufrir;
¡Falacia, escarnio, desvío,
La muerte, si es menester;
Todo, en fin, menos perder
Su amor de usted, padre mío!

D. Ángel. Que á este amor ceda y se doble
Mi entereza lograrás;
Pero en cambio perderás

Mi estimación, que es más noble.

Ricardo. ¡Si por ustedes caí!....
Busqué pan con loco afán.

D. Ángel. Honrado te di yo el pan;
Dámelo honrado tú á mí.

Ricardo. Pedí al cielo, como un hijo
Pide á un padre; en vano fué.

D. Ángel. ¿Y quién le pone á la fe
Condición ni plazo fijo?

Ricardo. La injusticia de los hombres.

D. Ángel. Se la afronta.

Ricardo. No se puede.

D. Ángel. Pues de lo que hoy te sucede,
Ni te quejes ni te asombres.

Ricardo. Con sangre del mal nacido
La injuria he de reparar.

D. Ángel. ¿Con sangre quieres lavar
Honor que está ya perdido?

Ricardo. ¡Padre!

D. Ángel. *(Con lágrimas.)* Recuerda que un día
Dejar quise esta morada,
Por no ser carga pesada,
De un hijo que yo tenía.
Hoy de nuevo me despido,
Y al pan negro he de volver,
Porque no quiero comer
Pan blanco mal adquirido. *(Vase por la derecha.)*

(Ricardo, agobiado, oculta la cara entre las manos, hasta que oye la voz de Elena, que le saca de su abatimiento.)

ESCENA VI.

RICARDO y ELENA por el fondo, hablando con un criado y con Rita.

Elena. *(Al criado.)*
Á Luísa que esperaré
Impaciente su visita,
Pues tanto le importa. Rita,
Lleva esto adentro. *(Entra Elena.)*

Rita. Bien. *(Vase.)*

Ricardo. *(Volviéndose con rapidez como movido de un resorte.)*
¡Qué!

Elena. *(Viéndole.)*
¡Ricardo!
(Se contemplan un instante. Ricardo á Elena del modo que su situación requiere: con odio, con ardiente curiosidad, con altivez indefinible. Elena á Ricardo con extrañeza mezclada de temor, en cuanto observa la actitud de Ricardo.)
Tus ojos rojos....
¡Me aterran!

Ricardo. Y á mi tu calma.
¡No es verdad! No sale el alma
Toda entera por los ojos.
Porque si esto fuera así,
Tu espanto sería tanto,
Que no hallaría tu espanto
Donde ocultarse de mí.

Elena. ¡Jesús! ¿Qué es esto? ¿Á mí agravios?
¿Tal lenguaje?

Ricardo. ¡Fementida!

Elena. Primera vez en la vida
Que me escarnecen tus labios.

Ricardo. Hay razón.

Elena. Mucho ha de ser
Que á los veinte años de unión
Encuentres una razón
Para poderme ofender.

Ricardo. ¡Veinte años! Sale la aurora,
Y anochece en solo un día.
Para hacer una falsía
Sobra el día: basta una hora.

Elena. *(Pausa.)* Te miro, y en vano lucho
Por saber, en conclusión,
Si tú me hablas en razón,
Ó yo sin ella te escucho;
Pues dicen esos extremos
Que, ó yo sueño, ó tú estás loco,
Ó es que ya nos vemos poco
Y apenas nos conocemos.

Ricardo. Cierto que sueño ó locura
Es que yo en el alma herido
Haya tan bajo caído
Desde que estoy en la altura.

¿No sabes?

Elena. Claro se ve
Que te agobia un dolor fiero:
Que estás sufriendo.... que quiero
Sufrir contigo: eso sé.

Ricardo. Háblame así, por piedad,
Aunque me engañe tu amor:
Que todo engaño es mejor
Que una impúdica verdad.

Elena. ¡Yo engañarte! Calla, y piensa
Que de ultrajarme otra vez,
El silencio y la altivez
Serán mi única defensa.

Ricardo. ¡Eso! Altiva, airada, ruda:
Pídele á tu corazón
Volcanes de indignación,
Para que abrasen mi duda.
Pues con la fama perdida,
De mi padre despreciado,
Si de ti soy engañado,
¿Para qué quiero la vida?

Elena. Cálmese, por Dios, tu pena
Y esa fiebre que te abrasa,
Y dime al fin lo que pasa,
Y fía en tu honrada Elena.

Ricardo. Honrada.... ¿verdad?.... ¡honrada!
Mira que ya, por tu honor,
Pido que vuelva el horror
De mi existencia pasada.
Este papel.... di que miente:
Di que el cieno que te arroja
Ni siquiera te sonroja,
Porque no llega á tu frente.

Elena. Pues ¿qué dice?....

Ricardo. Eco sonoro
Que en ondas mil se derrama,
Ladrón á gritos me llama
Y marido sin decoro.

Elena. ¡Ladrón!.... ¡Oh! *(Leyendo.)*

Ricardo. ¡Sí! ¡Quién diría
Que me llegase á halagar,
Saber que no hay en mi hogar

Más infamia que la mía!

Elena. ¡Poder de Dios! ¡Tal ultraje
Sólo el infierno lo inspira!
¡La verdad y la mentira
Dentro del mismo engranaje!

Ricardo. Luego ese papel mintió.

Elena. Para tu tranquilidad.
Mas para el mundo es verdad
Que soy una infame yo.

Ricardo. *(Con desdén.)*
¡El mundo!....

Elena. ¿No ves que entiende
Que, como lobo sin loba,
Nunca hay marido que roba
Sin esposa que se vende?
Anónimo acusador, *(Al papel)*
¿Quién eres?

Ricardo. ¿Quién ha de ser?
El olvidado deber
De sí mismo vengador.
La centella que fulgura
Del trueno al ronco estampido,
Que perdona al escondido
Y mata al que está en la altura! *(Pausa.)*
Mas ¡qué idea! ¿No podría *(De pronto)*
Ser autor de nuestro daño
Pablo, que venga su engaño
Con tu infamia y con la mía?

Elena. ¡Pablo!

Ricardo. Quizá nos deshonra,
Vengativo ó justiciero,
Para cobrar su dinero
En pedazos de nuestra honra.

Elena. No puede ser....

Ricardo. Mas si eso es,
Yo te juro que ha hecho mal
Poniendo á su capital
Mi infamia por interés.

Elena. ¿Qué intentas?

Ricardo. Que si en mi mengua
Por vengarse no repara,
Le voy á azotar la cara

Con su dinero y su lengua.
¡Providencia bienhechora,
Que al cabo me quiso oir!
Ya tengo en quien esprimir
El rencor que me devora.

ESCENA VII.

DICHOS y LUÍSA, por el fondo.

Luisa. ¡Elena!
Ricardo. *(Al ver á Luisa.)* ¡Luisa! (¡Ah! Él podrá
Buscar á ese hombre....) ¿Fernando?....
Luisa. Le estaba á usted esperando
Impaciente.
Ricardo. Corro allá. *(Vase por el foro.)*

ESCENA VIII.

ELENA y LUÍSA.

Luisa. ¡Elena mía! *(Con gran inquietud.)*
Elena. ¡Oh! ¡Qué á punto
Piadoso el cielo te envía!
Es la amistad el rocío
De las almas afligidas.
Luisa. *(Retirándose.)*
Yo no debo....
Elena. ¡Virgen Madre!
¿También me juzgas indigna?....
Luisa. ¡Al contrario!
Elena. ¿También dudas?....
¿Tan por el suelo y perdida
Anda mi fama, que todos
Me rechazan y abominan?....
Luisa. ¡Dudar yo! ¡Si tú supieras!....
Elena. Que es una calumnia inicua
Que se propaga creciendo
Á impulso de la malicia;
Que nadie la pondrá en duda,
Porque sabe hacer la envidia
De los más vanos indicios

Las pruebas más fidedignas;
Que ahora me saldrán al paso
La burla con sus sonrisas,
La virtud con sus desprecios,
El vicio con sus caricias;
Que el deshonor de mi esposo
Mi deshonor justifica;
Todo esto sé: ¡ya ves cuánto
He aprendido con ser rica!

Luísa. No exageres, y dé treguas
Tu dignidad ofendida
Al enojo. Lo que importa
Es que esa infame noticia
No dé ocasión á Ricardo
Para aumentar tu desdicha.

Elena. ¡Aumentarla! No es posible.

Luísa. ¿Sabe?

Elena. ¡Todo! É imagina
Que Pablo es quien me calumnia
Por vengarse.

Luísa. ¿Y qué?

Elena. Salía
Con ánimo de arrancarle,
Donde le encuentre, la vida.

Luísa. ¡Jesús!

Elena. Si estoy por decirte
Que hará bien: y que yo haría
Lo mismo que él si pudiera....

Luísa. Elena, ¡por Dios! ¡Deliras!
Pablo ignora lo que pasa.

Elena. ¿Qué sabes tú?

Luísa. *(Turbada.)* Se adivina....
Quien le conozca....

Elena. También
Así pensaba yo misma
Hace poco, y ahora dudo
De todos.... y de ti, Luísa.

Luísa. ¡Elena!

Elena. Si ya comprendo
Que Ricardo dude, y pida
Que esté mi inocencia clara
Como el sol del Mediodía....!

Cuando se salta en el cieno,
Hasta al armiño salpica.

Luísa. ¡Sosiégate! Y reflexiona
Que lo que hoy más necesitas
Es evitar cualquier lance
Entre Pablo y....

Elena. ¡Qué porfía!
¿Por qué ese nombre en tus labios....
Y el carmía en tus mejillas?
¿Á qué has venido? Responde.

Luísa. Á consolarte.

Elena. ¡Mentira!
Temes un duelo. Una muerte
Va á amenazar á dos vidas.
¿Cuál de ellas te importa?

Luísa. ¡Elena!

Elena. Ya lo has dicho. No prosigas.
Ni te atreves á mirarme,
Como la inocencia mira,
Cara á cara.... ¡Oh cielo santo!
Si acaso tú sorprendida
Por Fernando.... ¡Es imposible!
¡Tal maldad!

Luísa. ¿Pero imaginas?....

Elena. ¡Qué sé yo! Todo lo temo
De una disculpa egoista....
Luísa, si me has calumniado;
Si tu esposo le confirma
Á Ricardo la calumnia;
Si eres tan falaz amiga....

Luísa. Calla, y sabrás.... *(Pablo aparece en la puerta.)*
¡Él....!

Elena. ¡Don Pablo!
¡Usted aquí! ¡Dios me asista!

ESCENA IX.

DICHAS y PABLO.

Pablo. Ruego á usted....

Luísa. (Mis pasos sigue.)

Elena. Cuando clava la malicia

Sus ojos en esas puertas,
¿Las cruza así su osadía?

Pablo. Mal recibe usté al amigo
Que fué en otro tiempo víctima....

Elena. Del de usted lo fué mi padre:
Hay faltas que son justicias.

Pablo. Nunca las faltas ajenas
Nuestras faltas justifican.

Luísa. Grave es la de usted, sin duda,
Al venir aquí.

Pablo. No, Luísa.
Me atrae....

Elena. El deseo inicuo
De venganza. Usted me priva,
Al entrar aquí, de toda
Defensa de la honra mía.
Salga usted....

Luísa. Antes que llégue
Ricardo....

Pablo. ¿Por cobardía?
¡Eso no!

Luísa. Yo se lo ruego....

Pablo. *(Aparte á Luísa.)*
(Á condición....)

Elena. ¡Y aún vacila!....
¡Y se precia de hombre honrado!....

Luísa. *(Á Pablo.)*
(Salga usted....)

Pablo. ¡Adiós! *(Va á salir.)*

Ricardo. *(Por el foro.)* ¡Justicia,
Castigo de la impudencia!
¡Atrás!

ESCENA X.

DICHOS y RICARDO.

Elena. (¡Mayor desventura!)

Ricardo. *(Á Pablo.)*
Lo que Fernando asegura
Lo confirma tu presencia.

Pablo. *(Con sorpresa.)*
¡Fernando!

Ricardo. ¡Solos aquí!

¡ Idos! *(Á Ellas.)*

Elena. (¡ Ay !)

Luisa. *(Á Elena.)* (¡ Salvarte espero !)

(Váse Elena por la izquierda y Luisa por el foro.)

ESCENA XI.

RICARDO y PABLO.

Pablo. ¿ Me explicarás ?....

Ricardo. El acero
Te lo explicará por mí.
Ni atenuación ni disculpa
Para encubrir tu falsía.
Ten al menos la osadía
De aceptar toda tu culpa,
Que el rencor que en mi pecho arde
Se podría amortiguar
Si se llegase á encontrar
Frente á frente de un cobarde.

Pablo. No he vuelto el rostro jamás
Ni á los hombres ni á las fieras.
Pero quiero....

Ricardo. Lo que quieras ,
En siendo sangre , tendrás.
* Que la tuya necesito
Lo dicen mi odio y mi honra,
Por autor de mi deshonra
Ó fiscal de mi delito. *

Pablo. Bien está : mas me importuna
Que así mi paciencia pruebe
Quien á mi dinero debe
Casi toda su fortuna.
Y es notable insensatez
Pretender, por lo que veo,
Que pase yo aquí por reo,
Cuando puedo ser el juez.

Ricardo. ¿ Sabes ?

Pablo. Que fuiste traidor.
¿ Quién lo ignora ?

Ricardo. Nos juntamos

Dos que por igual robamos :
Yo el dinero : tú el honor.

Pablo. ¡ Yo !

Ricardo. Pero en esta jornada
Sólo un ladrón aquí habrá.
(Va á su secreter y firma un talón.)
Esta es mi firma. Ten. Ya
Queda mi deuda pagada.

Pablo ¿ Quién te lo exige ?

Ricardo. Es razón
Dejarte así satisfecho.
¿ No ves que compro el derecho
De partirte el corazón?
No te seré ahora importuno
Con mis quejas y razones.
¿ Había aquí dos ladrones ?
Pues ya no queda más que uno.

Pablo. Ó te engañan, ó te engañas.
Mira....

Ricardo. No seas villano ,
Que está ya ardiendo mi mano
Por llegar á tus entrañas.

Pablo. ¡ Obcecación !

Ricardo. ¿ Ni el ultraje
Te exalta ?

Pablo. ¿ De ti ? Lo arrostro.

Ricardo. Pues te azotaré en el rostro
Para encender tu coraje.

Pablo. ¡ Oh ! Basta, juro á los cielos,
De torpes baladronadas ;
Yo te curaré á estocadas
Tu necedad ó tus celos.

Ricardo. Pero al punto.

Pablo. Sí ; y á muerte.

Ricardo. Fernando será testigo.

Pablo. Llevo la razón conmigo.

Ricardo. Y yo el odio , que es más fuerte.
(Váse Pablo por el foro.)

ESCENA XII.

RICARDO.

Al fin respiras, honor,
Después de tanto luchar.
Ya me puedo presentar
Á mi padre sin rubor.
Ya mi conciencia se estima
Como luz de un hombre honrado.
Parece que me he quitado
Un mundo entero de encima.
¡Padre! ¡Elena!.... ¡Ella!

ESCENA XIII.

RICARDO, ELENA y D. ÁNGEL, que salen por distinta puerta.

Elena. (Me abrasa
La impaciencia.)
D. Ángel. ¿Qué sucede?
Ricardo. Que un hombre de bien ya puede
Vivir tranquilo en mi casa.
D. Ángel. ¿Cómo? ¿Has hecho?....
Ricardo. Padre mío,
Mi obligación; dar á ese hombre,
Con un crédito á su nombre,
Un cartel de desafío.
Que si el mundo me arrastró,
Y hoy ladrón y vil me llama,
Al volver hoy por mi fama
Me vengo del mundo yo.
D. Ángel. ¡Mi sangre es!
Ricardo. Por ella exhalo
La luz del bien generosa.
D. Ángel. ¡Si el que tiene un alma hermosa
No aprende nunca á ser malo!
Ricardo. Eso no es siempre verdad.
(Mirando á Elena con severa dignidad.)

D. Ángel. *(Comprendiendo.)*
Dices bien. (¡Baja la frente!) *(Mirando á Elena.)*
Ricardo. Aún se respira aquí ambiente
De impureza y liviandad.
La opinión, de su traición
Ha dictado la sentencia.
Elena. Si me absuelve mi conciencia.
¿Qué me importa la opinión?
Ricardo. Ella es juez. *(Elena quiere hablar.)*
¡Silencio! Inmolo
Mi fortuna á mi honradez;
Desheredado otra vez,
Virtud quiero aquí tan sólo.
Muerte daré al mal amigo
De su torpe amor en precio;
Á la mujer....
Elena. El desprecio.
¿No es este el mayor castigo?
Mas ¿por qué muerte violenta
También no ha de merecer?
Ricardo. Mata más á la mujer
La soledad de su afrenta.
Elena. ¡Es cierto, cruel! Ni aun quieres
Con mi muerte demostrar,
Cómo saben castigar
Los que aman á sus mujeres.
¡Me desprecias!.... Pues confieso
Que ni esa injuria me exalta.
Estoy yo demasiado alta
Para irritarme por eso.
Ricardo. ¿Alarde?
Elena. Lo puedo hacer.
No hay falta en mí.... Sí que hay una;
Creer, cual tú, que la fortuna
Es todo dicha y placer.
Calumniada y perseguida,
Sólo un dolor me devora;
Ver que se pierde en una hora
Amor de toda una vida.
¡Adiós!
D. Ángel. *(Á Ricardo.)* Será por ventura
Inocente?

Ricardo. ¡ Ay ! No.
D. Ángel. Hijo, mira...
Ricardo. Roba á veces la mentira
Su emoción á la ternura.
D. Ángel. Mas....
Ricardo. ¡ Ay, si de su traición
No hubiese una y otra prueba !
¿ No ve usted que se me lleva
Entero mi corazón ?

ESCENA XIV.

DICHOS y CÁNDIDO.

(Al salir Elena, entra Cándido, que la detiene.)

Cándido. ¡ Madre !
Elena. ¡ Hijo mío !
Cándido. *(Enterándose de lo que pasa.)* ¿ Qué es esto ?
Elena. Me ultrajan.... ¡ Me voy !
Cándido. ¿ Adónde ?
Elena. Donde la virtud esconde
Rubor de un crimen supuesto :
¡ Donde halle amparo de Dios !
Cándido. No, madre : si ya he sabido
De quién el rayo ha partido
Que os hiere en la honra á los dos.
Ricardo. ¡ Oh ! ¿ De quién ?
Elena. Claro lo infiero.
¿ De Luísa ?
Cándido. Ella lo ha forjado,
Y su hijo lo ha divulgado,
Y hoy lo sabe el mundo entero.
Ricardo. ¿ Cómo pudo ser capaz
De inferir tan grave ofensa ?....
Elena. Pues será ella mi defensa.

ESCENA XV Y ÚLTIMA.

DICHOS y FERNANDO por el fondo.

Fernando. La mía es más eficaz.
Elena. (¡ Él !)
Ricardo. ¡ Fernando ! Habla. Ya anhelo

Noticias de mi enemigo.

Fernando. Que tú serías testigo
Y yo actor en ese duelo,
Á no huir aquel traidor
Llevándose entre sus brazos
Mi decoro hecho pedazos
Y hecho escarnio vil mi amor.

Elena. ¡Ah! *(Con natural satisfacción.)*

Ricardo. ¿Qué dices?

D. Ángel. ¡Que esto pasa!

Fernando. *(Mostrando una carta á Ricardo.)*
¡De mi mujer!

Ricardo. ¿Y ella cuenta?....

Fernando. La escribió, por más afrenta,
De Pablo en la propia casa.
Calumnió, por explicar
Una carta y una cita.
Quien honras ajenas quita,
Mal la propia ha de guardar.
Os causó breve perjuicio;
Mas mi ruína al ver segura,
Se va á buscar la ventura
En el lodazal del vicio.

Ricardo. *(Lee.)*
«Adiós; Pablo á huir me obliga;
Y aunque el honor me condena,
Que soy, le dirás á Elena,
Mala esposa y buena amiga.»

(Fernando, con la cabeza baja y agobiado de dolor. Ricardo, al concluir la lectura, quiere arrojarse á los pies de Elena, que le detiene, indicándole con la mano á Fernando.)

¡Elena!

Elena. ¡Calla!

Ricardo. Es razón.
Sea el infortunio ajeno
Triste y compasivo freno
De nuestra justa expansión.

Fernando. ¡Oh! ¡Gracias!

D. Ángel. ¡Pobre!

Fernando. Es verdad
Que todo está compensado.

¡Yo también desheredado
De toda felicidad!

Ricardo. ¿Y dónde ese bien se encierra
Que cuesta tantas batallas?

D. Ángel. Pues si en la virtud no lo hallas,
No lo busques en la tierra.

Ricardo. Es la virtud perseguida....

D. Ángel. Ya lo sé: pero ¿es dichoso
Quien busca y goza afanoso
Los placeres de la vida?

Ricardo. ¡No á fe!

D. Ángel. Pues entonces.... ¡ea!
Busquemos el bien posible;
La paz dulce y apacible
De mi cantábrica aldea.
¿Os place?

Elena. Al punto: á gozar
De nuestro amor allí á solas.

Ricardo. Á huir lejos de las olas
De este turbulento mar.

Elena. Y á través del aéreo tul
Que entre las brumas se pierde....

Ricardo. *(Interrumpiéndola con efusión.)*
Ver la tierra ¡toda verde!
Ver el cielo ¡todo azul!
(Cae el telón.)

FIN.

LA
DESOBEDIENCIA.

DRAMA ORIGINAL EN TRES ACTOS Y EN VERSO

DE

D. RAMON LON DE COMPAÑA,

PREMIADO EN EL CONCURSO DE PRODUCCIONES DRAMÁTICAS
ABIERTO POR LA EMPRESA DEL TEATRO

CIRCO BARCELONÉS.

BARCELONA.

ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO DE NARCISO RAMIREZ.
calle de Escudillers, n.° 40, piso principal.

1862.

Personas.

—

DOLORES.
D.ª ISABEL.
JULIANA.
RAFAEL.
CARLOS.
RICARDO.
D. JUAN.

Primer acto, en Cádiz; los dos siguientes en Madrid.

ACTO PRIMERO.

Sala de recibimiento en una fonda. Puertas al fondo y una á cada lado.

ESCENA PRIMERA.

DOLORES y despues JULIANA.

DOLOR. (*Besando un pensamiento.*)
Si, ya sé lo que me dices,
aunque callas, bella flor.
Toma otro beso; del alma,
florecilla, te lo doy.

JULIA. (*Entrando por la izquierda.*)
¡Ya está aquí la señorita!
Cumpliré mi obligacion. (*Sale foro.*)

DOLOR. Dí: me ama Cárlos de veras?
¿Podrá olvidarme? ¡No! ¡No!
¡Dejó en tus hojas, su labio,
un juramento de amor!

ESCENA II.

DOLORES, CARLOS y JULIANA.

JULIA. (*Señalando á Dolores.*) Allí.....

CARLOS. Toma! (*Dándola dinero.*)

JULIA. (Cinco duros!)
Mil gracias. (Viva el amor!)
Cárlos se acerca á Dolores de puntillas.

DOLOR. Por mensajera de amores
te pondré en mi corazon,
mas, antes, toma otro beso.

CAR. ¡Qué dichosa es esa flor!

DOLOR. ¡Ay! ¡Cárlos!

CAR. ¡Dolores mia!

DOLOR. ¡Creí estar sola!

CAR. ¡Por Dios!

¡No te ofendas! El que adora,
siempre busca una ocasion.

DOLOR. Si viene mamá!.. ¡Juliana!

JUL. No hay cuidado, alerta estoy.

DOLOR. Vete pronto, Cárlos.

CAR. ¿Temes?

DOLOR. ¡Y es fundado mi temor!
Esta mañana, mamá,
de ti, un gran rato, me habló.

CAR. ¿De veras? ¿Y qué te dijo?

DOLOR. ¡Consejos de madre!

CAR. (¡Ay Dios!)
¿Pero ha observado?

DOLOR. ¡Sus ojos
penetran mi corazon!
Allá en Madrid, mamá algo
de nuestro amor sospechó,
y al encontrarte hoy en Cádiz
mas se alarma, con razon.

CAR. No sé porqué; es natural
que tambien me bañe yo;
y haber elegido á Cádiz,
puede ser casual.....

DOLOR. ¡No! ¡No!
¡Cádiz, y una misma fonda!.....
Coincidencias raras son!
Yo la hubiera confesado
esta mañana mi amor;
¡porque es tan buena mamá,
que no merece ficcion!
Pero estuvo tan severa.....
¡Y no estrañes su rigor!.....
Que en verme feliz, mi madre,
cifra toda su ambicion.....

CAR. Feliz conmigo serás.

DOLOR. Mamá lo duda, y su amor
justifica sus recelos.

CAR. ¿Recelas tú tambien?

DOLOR. ¡Yo!
¡Pregunta á la mariposa
si tuvo á la luz temor!
Yo, cual ella confiada

te entrego mi corazon;
si tú con tu amor lo secas,
¡que te lo perdone Dios!

CAR. ¿Mas, tu madre porqué duda?

DOLOR. Allá en Madrid se informó.....
no lo estrañes, porque es madre!
Y alguien, con mala intencion
sin duda, dijo de ti.....

CAR. Cuentos, chismes, como el sol
es puro mi proceder;
recta y noble mi intencion.

DOLOR. ¡Ay! ¡Cárlos! ¿Te has ofendido?
Perdona; culpable soy:
yo no he debido decirte.....

CAR. Dolores, cuando al honor
atacan los alevosos.....

DOLOR. ¿Y qué te importa? Los dos
nos bastamos en el mundo!

JULIA. ¡La señora!

DOLOR. ¡Vete!

CAR. ¡Adios!

ESCENA III.

DOLORES, JULIANA y despues D.ª ISABEL.

JULIA. Señorita, ahora conviene
que hable V. mucho conmigo,
y así disimularemos.....

DOLOR. No, Juliana; ¡mortifico,
fingiendo, mi dignidad!
Retírate

JULIA. (*Humildemente.*) ¡Me retiro!

D.ª ISAB. ¡Dolores!

DOLOR. ¡Mamá!

D.ª ISAB. Te traigo
noticias de un buen amigo.

DOLOR. ¿Quién es, mamá?

D.ª ISAB. Rafael;
nuestro valiente marino.

DOLOR. (¡Cielos!)

D.ª ISAB. En Cádiz está,
y viene á vernos hoy mismo.....

¡Dolores! Poco te alegra
esta noticia!

DOLOR. (¡Dios mio!)
Al buen Rafael, mamá,
yo..... muy de veras estimo.

D.ª ISAB. (*Con tierna amargura!*) ¡Dolores mia!

DOLOR. ¡Mamá!

D.ª ISAB. ¡Cuantas penas adivino!

DOLOR. ¡Penas!

D.ª ISAB. ¡Sí! Mi corazon,
traidor puñal me lo ha herido!
Tú eres toda mi ventura,
mi solo amor, mi delirio.....
¡cómo no sufrir al verte
hoy presa de un libertino!

DOLOR. ¡Mamá!

D.ª ISAB. ¿Te ofendes? ¡Lo veo!
Esa palabra que he dicho,
Dios la coloca en mis labios
para avisarte el peligro.

DOLOR. ¡Ay!

D.ª ISAB. ¿Lloras, Dolores mia?
¡Por piedad! Yo te suplico.....
¡Yo! ¡Tu madre casi anciana!
¡Que olvides tu desvarío!

DOLOR Me rasga V. el corazon!

D.ª ISAB. Pobre corazon sencillo,
que en el cáliz de una flor
bebe veneno escondido.

DOLOR. Voy allá dentro un instante;
si V. quiere.....

D.ª ISAB. ¡Te fatigo!
¡Compadéceme, Dolores! (*La besa*)
¡Te quiero tanto, ángel mio! (*Se retira Dolores llorando.*)

ESCENA IV.

D.ª ISABEL, despues RAFAEL.

D.ª ISAB. ¡Señor! ¡Señor! ¡Por piedad!
¡Iluminadla, Dios mio!
¡Su débil planta coloca

al borde de un precipicio,
y vendas de amor la ocultan
los horrores del abismo!

RAF. (*Desde la puerta.*) ¡La señora de Guzman?

D.ª ISAB. ¡Rafael! (*Yendo á él*)

RAF. Mi buena amiga.....
¡una lágrima en los ojos!

ISAB. ¡Si, Rafael! ¡Son desdichas
que á las madres suelen dar
por pagos de amor las hijas!

RAF. ¡Dolores....! ¡Me asusta V.!
Siempre en Madrid la veia,
modelo de amor filial,
dulce, virtuosa, digna....

ISAB. Hoy de mi temor la causa
es tal vez su bondad misma.
Pura y noble, no sospecha
que cabe en amor perfidia.

RAF. ¡En amor! (¡Ay! llegué tarde)

ISAB. (El la amaba....! Lo sabia!) (*Observándole.*)

RAF. Señora, con que Dolores?

ISAB. Temo que pueda ser víctima
de los halagos de un hombre
de inclinaciones malignas.

RAF. ¡Dolores! Es imposible.
En su noble orgullo altiva,
no puede á un amor mezquino
dar en su pecho cabida.

ISAB. Por desgracia, Rafael,
bajo un esterior que brilla,
ocultan algunos hombres,
la bajeza y la mentira.

RAF. ¡Es verdad!

ISAB. Y mi Dolores
hoy sobradamente rica,
puede ser para un malvado
objeto de su codicia.

RAF. ¡Ay, señora! ¡Esas palabras
la dignidad mortifican!
Será verdad, pero es fuerza
que un alma noble resista,
el creer que todo un hombre

ante un vil metal se humilla,
y rey de la creacion
hace al alma mercancía. (*Juliana atraviesa el teatro.*)

ISAB. (¡Qué noble y qué generoso!
¡Cuánto pierdes, hija mia!)
Juliana, avisa al instante,
que salga la señorita.

RAF. Tal vez estará ocupada.

ISAB. No lo está; vendrá en seguida;
y si V. triste la encuentra
es que ha poco la decia
cuanto el corazon padece
con los temores que abriga.

RAF. ¡Y ella que quiere á V. tanto,
pena amarga sentiria...!
Pero, ¿quién es ese hombre,
que aquellas tiernas caricias
con que gozaban dos almas,
tiene en dolor convertidas?

ISAB. Tal vez V. lo conozca.
Es de muy buena familia;
tiene escelentes modales
y figura distinguida....
Pero despues, sus costumbres....
Seguiré; viene mi hija

ESCENA V.

DICHOS y DOLORES.

DOLOR. ¡Rafael! (*Le dá la mano.*)

RAF. ¿Cómo vá?

DOLOR. Mal;
y presumo que los baños
son científicos engaños.

RAF. ¿Siempre nerviosa?

DOLOR. ¡Fatal!
Desde que á Cádiz llegué,
muy pocos son los instantes
que me siento bien.

ISAB Pues antes,
bien te burlabas....

DOLOR. Si á fé.
Yo decia que eran mimos
los accidentes nerviosos.
RAF. ¡No siempre somos piadosos
con el mal que no sufrimos!
DOLOR. ¡Ay! ¡Es verdad, Rafael!
RAF. Por eso nunca me quejo.
ISAB. Curar puede un buen consejo.
RAF. ¡Que á veces es muy cruel!
Porque si el padecimiento
llegó á hacerse ya invencible,
pretendiendo un imposible,
solemos dar un tormento!
DOLOR. (¡Dile que sí, corazon!)
ISAB. Si el alma es la que padece,
invencible el mal parece;
mas, lo cura la razon.
RAF. (*Con la mano en el corazon.*)
¡Hay aquí dentro un poder.,..
ISAB. Pero, de Dios la clemencia,
puso aquí la inteligencia,
para poderlo vencer.

ESCENA VI.

DICHOS y CARLOS.

CAR. ¿Se sirve V. permitir...? (*Desde la puerta*)
ISAB. (¡Cielos!)
DOLOR. (¡Cárlos!)
ISAB. ¡Adelante!
CAR. Voy á marchar al instante,
y me vengo á despedir.
ISAB. ¿Va V. á marchar?
DOLOR. (¿Será cierto?)
CAR. Voy á buscar en Valencia
movimiento, concurrencia;
¡aquí poco me divierto!
Gozar en Cádiz creí
placeres y diversiones;
eran vanas ilusiones,
señoras, y las perdí.

Por eso, en Cádiz ya triste,
la valenciana alguería
busco para mi alegría.

DOLOR. (¡Algun misterio aquí existe!)
¿Y es muy pronto?

CAR. Sí; esta tarde.

DOLOR. ¡Qué prisa por viajar!

CAR. Quiero á Cádiz olvidar.

DOLOR. ¡Entonces, no lo retarde! (*ofendida.*)

RAF. (Me parece algo insolente.) (*mirándole*)

ISAB. ¿A qué hora sale el tren?

CAR. A las tres.

ISAB. ¡Que vaya bien! (*saludándole*)

CAR. Muchas gracias; igualmente. (*saluda y váse.*)

ISAB. (¡Gracias! Gracias, Vírgen mia!)

RAF. (¡Dios mio! ¡Cuánta afliccion
en su pobre corazon!)

DOLOR. (¡Dime qué es esto, alma mia!) (*cayendo en una silla*)

ISAB. ¡Ay! ¡Ni aun me atrevo á mirarla!
A su amistad la confio: (*á Rafael*)
¡tal vez torpe el labio mio,
no supiera consolarla! (*sale*)

ESCENA VII.

RAFAEL y DOLORES.

RAF. ¡Consolarla y por él llora!
¡Rumbo ciego de la vida!
¡Amor para quien olvida!
¡Y amistad para el que adora!
¡Vamos!.... Probemos. ¡Dolores!

DOLOR. Rafael!....(¿Qué dirá, cielo?)

RAF. Difícil es el consuelo
para amargos sinsabores.
Pero si mi amistad fiel
merece á V. confianza...

DOLOR. ¿Puede V. darme esperanza....?
¡No puede V., Rafael!
Le confieso mi pasion,
¡bien su amistad lo merece!
¡sepa V. cuanto padece

este pobre corazon!

RAF. ¡Tanto amor....!

DOLOR. ¡Es estremado!
Sí, mis labios no lo ocultan!

RAF. (¡Cielos!.... Hay hombres, que insultan
con su dicha al desdichado!)

DOLOR. Por su amor perdí la calma,
y hoy lloro al verle cruel;
porque este amor, Rafael,
es el culto de mi alma!

RAF. ¡Y él tan dichoso.... ¡Dios mio!
¡Riendo...! de V. se aleja....

DOLOR. Tal vez.... una injusta queja... (*meditando.*)

RAF. (Quejas de un ángel.... Impío!)

DOLOR. Mi amor, á mamá disgusta;
yo se lo indiqué, y su honor
sacrifica nuestro amor
á una repugnancia injusta.

RAF. Si fuera tan delicado,
yo tal vez le perdonara...

DOLOR. ¿Cómo?

RAF. El que hoy á V. causara
un dolor tan estremado.

ESCENA VIII.

DICHOS y JULIANA.

RAF. (Le veré; sí; mi lealtad
sofocará mi dolor;
¡y si es digno de su amor,
Dios le dé felicidad!)

JULIA. Don Rafael, la señora
desea que si V. puede,
á comer aquí se quede

RAF. Con mucho gusto. ¿A qué hora?

DOLOR. Siempre á las cinco comemos,
mas si V. tiene que hacer.....

RAF. Antes pienso yo volver.

DOLOR. Y si nó le esperaremos.

ESCENA IX.

DOLORES y JULIANA.

JULIA. Señorita, ¿qué hay de nuevo?
Muy triste encuentro el semblante.
DOLOR. ¡Mas triste está el corazon!
JULIA. ¿Qué hay, señorita? (*Curiosidad*)
DOLOR. Pesares! (*Entra en su cuarto*)

ESCENA X.

JULIANA y despues CARLOS.

JULIA. ¡Pesares!..... ¡Qué reservada!
No hay miedo que la sonsaquen!.....
Ni yo que soy su doncella
y sirvo de lleva y trae,
puedo pescar un secreto
de esos gordos. ¡Qué coraje!
Dicen que es de muy mal gusto
tener ciertas libertades
con las criadas. ¡Caramba!
Si su correo nos hacen
siempre que les acomoda,
no es justo que despues guarden
esa orgullosa tiesura;
lo uno ú lo otro. ¡Cabales! (*Cárlos se asoma á la puerta con recelo.*)
CAR. ¡Juliana!.....
JULIA. ¿Quién es? ¡D. Cárlos!
Entre V.
CAR. Temo.....
JUL. No hay nadie.
CAR. ¿Donde está la señorita?
JULIA. Allá dentro.
CAR. ¿Con su madre?
JULIA. Sí señor.
CAR. ¿Y el caballero
que estaba aquí poco hace?

JULIA. Ahora mismo salió,
y viene á comer mas tarde.
CAR. ¿Y quién es?
JULIA. ¡Un capitan
de navio!..... ¡Y elegante!
¡Y rico! ¡Y jóven! ¡Buen mozo!.....
CAR. Chiquita, no te entusiasmes;
con que me digas su nombre
mi pregunta satisfaces.
JULIA. Se llama don Rafael
Ponce de.....
CAR. Basta; no acabes;
el *de*, ya mé lo figuro.
Escúchame; es importante
que sin perder un momento
con la señorita hables;
y así, con mucho talento,
como cosa tuya ¿sabes?
dila que me has visto aquí:
y si viene bien, añades,
que estoy de un humor fatal.
JULIA. ¿Tiene V. tambien pesares?
CAR. ¡Ay! ¡sí, Juliana, los tengo! (*Fingiendo.*)
JULIA. Están Vds. iguales,
la señorita tambien.....
CAR. ¡Ay! ¡Los mios son muy grandes!
JULIA. ¡Pero D. Cárlos! ¿Qué pasa?
CAR. Ya te lo diré mas tarde.
Ahora vé; pero cuidado;
es preciso que remaches
que yo no te he dicho.....
JULIA. ¡Ya!
Estas son tretas de amantes. (*Entra en su cuarto.*)
CAR. Pues señor, ¡golpe de Estado!
Hago bien, era preciso.
Su madre tiene talento
y sus ojos en mí fijos.....
Cortemos la retirada
con un golpe decisivo;
que mucho puede una madre,
si la ven llorar sus hijos.

ESCENA XI.

DOLORES y CARLOS.

CAR. ¡Dolores!
DOLOR. ¡Cárlos!
CAR. ¡Aquí!
DOLOR. ¿Te causo tal vez pesar?
CAR. No: mas, pensaba marchar
sin despedirme de tí.
DOLOR. ¡Pensabas bien! Porque al verme,
hombre tú, de educacion,
una vaga esplicacion
tendrias que concederme.
Mas, no te importe el deber
de un hombre que es delicado,
¡que aquí queda ya esplicado, (*al corazon,*)
¡buen Cárlos, tu proceder!
CAR. ¡Dolores! ten compasion
de quien hoy mucho padece.
DOLOR. ¿Qué tú padeces?
CAR. ¡Y crece
al mirarte mi afliccion!
De mi suerte los rigores,
podré, sin verte, arrostrar;
mas... si té llego á mirar,
¿cómo dejarte, Dolores?
DOLOR. Pero, si ha poco te ví...
CAR. ¡Mostrando mentida calma,
por deber!
DOLOR. ¡Cárlos del alma! (*corre hácia él.*)
¡Y yo dudaba de tí!
Mis palabras....¡ya lo veo!
hirieron tu pundonor....!
CAR. Y sacrifiqué mi amor!
DOLOR. ¡Te creo, Cárlos, te creo!
Mas, tu sacrificio horrible!
¿no ves que me mataria?
CAR. ¡Es mi deber....!
DOLOR. ¿Todavia?
No, Cárlos; es imposible.
CAR. ¡No hay dicha que bien me cuadre

sin tus ojos adorados!
Mas..... ¡son para mí sagrados
los deseos de una madre!

DOLOR. ¡Cárlos!..... (*Profunda amargura*)

CAR. En mi soledad
viviré pensando en tí;
¡y ojalá! que deje aqui
mi ausencia, felicidad.

DOLOR. ¡Felicidad!..... ¡No comprendo
esa manera de amar!
Sin duda sabeis jurar
amor los hombres, ¡mintiendo!
¿Cómo quereis que en el alma
donde infiltrais la creencia
del amor, ¡que es su existencia!
quepa, sin su amor la calma?
Mentiras son los amores
que nos pintais, engañosos;
juramentos alevosos
los que nos jurais.

CAR. ¡Dolores!

DOLOR. ¡Y la mujer, que suspira
por ese divino aliento,
rinde culto á un sentimiento,
que en vosotros es mentira,

CAR. No es mentira mi pasion;
y son injustas tus quejas

DOLOR. ¿Amas y de aquí te alejas?

CAR. ¡Dejo aquí mi corazon!.....
¿No amas á tu madre?

DOLOR. Sí;
¡con toda el alma la quiero!
Mas..... ¡si yo morir prefiero
á separarme de tí!

CAR. ¿Y si en la prueba desmayas?

DOLOR. ¡Desmayar!..... ¡Vanos temores!

CAR. ¡Tú me haces débil, Dolores! (*Con ternura*)

DOLOR. ¡Cárlos mio!..... ¡No te vayas! (*Juliana atraviesa el teatro y sale por el fondo*)

CAR. Pues vence la oposicion
de tu madre.

DOLOR. ¿Cómo, dí?

CAR. ¿Tienes confianza en mí?
DOLOR. ¿No te dí mi corazon?
CAR. Pruébame pues generosa
la fé de tu labio puro.
Ven conmigo.
DOLOR. ¿Yo? (*Asustada.*)
CAR. Lo juro;
mañana serás mi esposa.
DOLOR. ¡Pero hija ingrata sé!
¡Mi madre que me ama tanto!.....
¿Quién enjugará su llanto?
CAR. ¡Tienes razon! ¡Quédate! (*En accion de irse.*)
DOLOR. ¡Cárlos! ¡Cárlos! ¡Por piedad!
¡En qué terrible martirio
me colocas!
CAR. Un delirio
era mi felicidad!
Yo la soñé confiado
en tus palabras de amor!.....
Era sueño..... y el dolor
de la verdad me ha dejado.
¡Quédate!...
DOLOR. ¡Nó!... ¡Qué agonía!...
¡Cárlos! haré lo que quieras!...
(*despues de un momento de lucha*).
CAR. (¡Ah! Ya he vencido!...) ¿De veras?
DOLOR. (¡Perdóname, madre mia!)
CAR. Dolores mia, en mi honor
ten completa confianza.
DOLOR. Si perdiera esa esperanza
me mataria el dolor!

ESCENA XII.

DICHOS y JULIANA.

JUL. He visto bajar de un coche
al señorito Rafael. (*Entra precipitadamente.*)
CAR. ¿Serás á tu oferta fiel?
DOLOR. ¡Sí! ¡Lo seré!...
CAR. ¡Hasta la noche!
(*Cárlos al salir, hace seña á Juliana que sale hablando con él. Dolores queda muy consternada.*)

ESCENA XIII.

DOLORES y despues RAFAEL.

Dolor. ¡Hasta la noche!... ¡Dios santo!
tengo un abismo á mis piés;
y como el mirarlo espanta,
¡los ojos cierro al caer!...
¡Pensamiento, no me acuses!
¡Razon mia, déjame!
¡Ven, corazon, con tu fuego
á cegar mis ojos, ven!...

(*Queda un instante en consternada afliccion y entra Rafael*)

Raf. A mi pesar me he tardado...
¡Ay!... ¡Dolores!... ¿Llora V.?

Dolor. ¡Rafael! Mi buen amigo,
no estrañe mi padecer;
porque amo... ¡y esta palabra,
palabra de dolor es!

Raf. ¡No todos asi lo esplican!...
¡Mas, yo lo comprendo bien!
V., por amor derrama
un llanto, que habrá de hacer
feliz al hombre, que inspira
tan elevado interés.
¡Ser amado así, Dolores,
dicha grande debe ser!

Dolor. ¡Suelen los hombres por dichas
desventuras devolver!

Raf. Su vida, á la que le mata,
ofrece el hombre tambien!

Dolor. ¡Si la lucha que padezco
pudiera V. comprender!

Raf. Si á mi amistad la confia
quizás consuelo le dé,
¡que es grande ya la esperiencia
que tengo en el padecer!

Dolor. Sí, sí; su amistad será...
mi guia y mi amparo fiel;
que al borde de un precipicio
tengo colocado el pié.

RAF. ¡Un precipicio!... ¡Dolores!
¡Cuidado!... porque al caer
es la vida de una madre
la que peligra...

DOLOR. ¡Lo sé!
Por eso mi pena es grande:
porque el corazon se ve
colocado en lucha horrible
entre el amor y el deber.

RAF. ¡Que venza el deber, Dolores!

DOLOR. ¡Ay! Por piedad, Rafael!
¡Tengo una oferta empeñada!...
¡No puedo retroceder!

RAF. Si ese empeño es una falta
¿quién puede exigirlo, quién?

DOLOR. ¡El hombre á quien idolatro!...

RAF. ¿Pero esa oferta cuál es?

DOLOR. ¡Marchar con él esta noche! (*con timidez*)

RAF. ¡Dolores!

DOLOR. Pero seré
mañana mismo su esposa.

RAF. ¡Dolores! ¡Me asusta V.!
¡Es cierto!... Sobre un abismo
tiene colocado el pié,
pero está á su lado un hombre
que la sabrá sostener.

DOLOR. ¡Pues á morir resignada
sin Cárlos... me quedaré!

ESCENA XIV.

DICHOS y DOÑA ISABEL.

RAF. (*Contemplándola*).
¡Morir!... ¿Y no he de poder...?

ISAB. Vamos, vamos que ya es hora.

RAF. Sí, vamos... (¡Ay cómo llora!)
¿Qué hacer, Dios mio, qué hacer?

ISAB. Dolores, que es tarde ya.
(*Va poco á poco hácia el foro.*)

RAF. Hablar á Cárlos espero. (*Bajo á Dolores.*)

DOLOR. ¡Ay! ¡Si él se ausenta yo muero!

RAF. Si ama á V., se quedará.
Que por salvar el abismo,
que amenaza esa pasion,
obtendré la bendicion
de un sacerdote aquí mismo.

DOLOR. ¿Es de veras? (*alegre*)

RAF. Si, Dolores.

DOLOR. Me devuelve V. la calma.

RAF. (¡Si nace el amor del alma
No lo matan los rigores!)

ACTO SEGUNDO.

Gran salon iluminado y adornado con profusion y elegancia. A menudo atraviesan criados con objetos de servicio, y convidados formando animados grupos. Música á lo lejos.

ESCENA I.

CARLOS y RICARDO.

RIC. Eres el rey de la noche,
chico, has producido efecto;
las damas te dan sus guiños;
sus halagos los banqueros.
CAR. Déjame pues los segundos,
y toma tú los primeros.
RIC. Me acomoda, y en justicia
yo solo me los merezco;
porque si las damas gozan
esta noche el embeleso,
de ese aire tan confortable,
ese perfume arabesco,
esas flores, esa luz,
esos lánguidos acentos....
CAR. ¡Chico! ¡Chico!... que te elevas!...
¡Vas á hacer algun soneto!
RIC. ¡Ay! ¡Ojalá....¡Cuánto diera
por hilvanar cuatro versos!
Entonces me lloverian
las conquistas....
CAR. ¡Ui qué necio!
Hazte rico, y aunque escribas
peor que un alcalde lego,
y digas mas disparates
que un sacristan en un rezo,
conquistarás mas muchachas,
que protestantes Lutero.
RIC. Pues entonces, tú eres, Cárlos,

escepcion de tu precepto.
Há tres años, no tenias
en verdad mucho dinero;
vas á Cádiz, y te casas
con un ángel, que al regreso
te entrega su buena madre
un capitalazo inmenso.
Juegas, derrochas, negocias
con malditísimo acierto,
y á los tres años cabales
estás tronado....

CAR. ¡Silencio!

RIC. Nadie escucha. Y sin embargo,
tronado y todo, yo creo
que no andas tan despreciado
de las Evas....

CAR. ¡Majadero! (*mirando por todas partes*)
Si Dolores ó mi suegra
llegasen á oir....

RIC. No hay miedo.
La cuestion de los honores
las ocupará allá dentro.
Aunque tu suegra es un lince
de ojos y oidos tan diestros,
que es fuerza no descuidarse,
porque las recoge al vuelo.

CAR. Está siempre prevenida
contra mí.

RIC. ¡Pues yo lo creo!
No olvidará fácilmente
el lance del casamiento.

CAR. Ella, al fin, nos abrazó....

RIC. Cuando no habia remedio.
Dada ya la bendicion,
eran vanos sus esfuerzos.
Ella idolatra á su hija,
y aquel amigo tan bueno,
pudo al fin reconciliaros....
Y ahora que hablamos de eso,
¿qué se hizo el buen marino?

CAR. ¡Qué sé yo! ¡Vaya un recuerdo! (*de mal humor.*)

RIC. ¡Hombre! ¡Tú le debes tanto...!

CAR. Le pagaré en padre nuestros
si sé que algun temporal....
RIC. ¡Cárlos! (*sorprendido.*)
CAR. ¡Ricardo!...¡Qué necio!
mañana dirás lo mismo
tú de mí.
RIC. ¡Qué pensamiento!
CAR. Hoy vives á mis espensas,
y cuando nos separemos,
repetirás el refran....
Si te he visto no me acuerdo.
RIC. (*Con dignidad*) Tus palabras son indignas,
del labio de un caballero.
Si yo vivo á tus espensas
es porque accedí á tus ruegos.
CAR. Vaya, chico, no te amosques.
RIC. Me insultas, y me defiendo.
Quisiste que te ayudara
á salir de tus enredos....
CAR. Que hoy están mas embrollados....
RIC. Por culpa de tus escesos.
Y si aun estoy á tu lado,
¡á tus espensas viviendo!
es por si puedo evitarte
el triste fin que preveo.
CAR. Pues pelillos á la mar;
¡si tú conoces mi genio!
RIC. Pero dices unas cosas....
CAR. Las digo cuando no pienso.
Vamos á animar el baile:
ya sabes tú lo que intento.
RIC. Con mentidas apariencias
deslumbrar los usureros:
mas, en camino escabroso
al fin, Cárlos, se dá el vuelco.
CAR. Veremos. Si yo consigo
que Dolores, á mis ruegos,
llegue á firmar la escritura
de los molinos, de cierto
dará D. Juan por mi firma
con plena fé su dinero.
RIC. ¡Y esas fincas son ya solo,

de un caudal tan grande el resto!
Y tu hija!.... Pobrecilla....!

CAR. Déjate de sermoneos.
Para salir adelante
lo que importa es ganar tiempo.

ESCENA II.

DICHOS y D. JUAN.

D. JU. Señores, beso la mano...

CAR. ¡Señor D. Juan de Vinuesa!

D. JU. Aunque V. no me invitó,
como tenemos franqueza,
me hablaron hoy de este baile,
y dije.... Voy, ¿qué me cuesta?

CAR. Ha pensado V. muy bien.

D. JU. Y si un poco mas me aprieta
la chica, tambien la traigo.

CAR. Debió V. hacerlo.

D. JU. Es tarea,
la de andar cuidando niñas,
mas grande que mi paciencia.
Y además, hoy no merece
que me afane en complacerla.

CAR. ¿Algun disgustillo?

D. JU. Sí,
mas si la niña se empeña
en seguir con su capricho
yo la ajustaré la cuenta.

RIC. Qué, ¿la ronda algun galan?

D. JU. No, que ronda mis talegas.
Mas si se descuida un poco
yo se las daré en las piernas.
Tengo aun guardada la vara
con que medía en la tienda,
y si la coge este puño,
no le ha de saber á almendras.

CAR. Pero, D. Juan, ¿es delito
el que los hombres la quieran?

D. JU. Los hombres no : los canallas,
que dan de acera en acera

sin mas oficio ni estudio
que oler ricas herederas (*Cárlos muestra enfado.*)
Para esa plaga, D Cárlos,
un garrote es la receta.

RIC. (¡Pobre Cárlos!.... ¡Qué castigo!)

D. JU. ¡Es cosa que desespera....!
Un pobre padre cavila,
suda, sufre y se desvela,
y cuando ya ha conseguido
asegurar la existencia
de la hija á quien adora
viene un quidam, la requiebra
y pone en juego ese arte
que ellos tienen por carrera,
y la fortuna y la dicha
de una familia se lleva
para despues.... ¡Asesinos!
Jugarla al treinta y cuarenta!

CAR. Vamos, D. Juan, no se enoje,
ya sabrá su inteligencia
buscar para la muchacha
marido que la convenga

D. JU. Marido trabajador,
honrado, aunque pobre sea,
esto es lo que yo deseo,
y esto ha de ser, á la fuerza,
ó yo sabré poco á poco,
mis millones y mis rentas,
de una manera legal
ceder á Beneficencia;
que no ha de tirar el vicio
lo que falta á la indigencia.

CAR. Y por fin, ¿cuándo es la marcha?

D. JU. Ha quedado ya suspensa.

CAR. ¿No va V. á Cádiz? (*sorpresa*)

D. JU. No;
porque quiero estar alerta
de esas cosas de la niña.
¡Vaya!....¡A mí no me la pegan!
Ya mandé al corresponsal,
para el cobro aquellas letras.

CAR. ¿Las mandó V.? (*sobrecogido*)

D. Ju. Pues es claro: (*mirándole fijo.*)
¿qué habia de hacer con ellas?
Car. Lo decia.... por .. (*reponiéndose*)
D. Ju. ¿Pensaba (*con desconfianza*
V. tal vez recogerlas?
Car. Quizás.... hoy me sobran fondos....
Ric. (¿Qué borrasca será esta?)
D. Ju. Las mandé hace cuatro dias.
Tal vez el aviso venga
de la aceptacion mañana.
Car. (Mañana....!) (*con amargura*)
D. Ju. (Algo le inquieta!) (*observándole*)
¿Si la noticia que dieron
en la Bolsa, será cierta?)
Ric. (Algo le pasa.) (*observando á Cárlos*)
D. Ju. Don Cárlos,
está V. triste, ¿en qué piensa?
Car. Yo triste....? No; distraido. (*reponiéndose*)
D. Ju. ¿Pensaba V. en esas letras?
Car. ¡Ca...! No señor....! V. dijo,
que guardaria en cartera
los fondos que sobre Cádiz
cómodamente le dieran,
y....
D. Ju. Al suspender el viaje
cosa muy natural era
negociar aquel papel
que no tenia ya cuenta.
Car. Muy natural, sí señor,
¿y quién otra cosa piensa?
D. Ju. Me parecia que V.....
Car. ¿Lo sentiria?..... ¡Qué quimera!
Vamos, Ricardo, acompaña
al señor, para que vea
la animacion, la alegría
que por los salones reina.
Ric. Con mucho gusto.
D. Ju. Mil gracias.
(¡Aquí hay algo. ¡Juan, alerta!)

ESCENA III.

CÁRLOS, y despues DOLORES.

CAR. ¡Mañana!..... ¡Si!..... ¡Estoy perdido!
¡Malhaya mi negra suerte!.....
¡Cómo escapar de este trance!.....
¡Si las horas son tan breves!..... (*Pausa.*)
No hay remedio, la escritura
es necesario que quede
firmada esta misma noche,
y que mañana la entregue,
antes que venga el correo
y ese usurero se entere. (*Dolores se acerca pausadamente.*)
Y aun es fácil que aceptar
la equivalencia se niegue.....
¡Maldito juego! ¡En qué lances
tan apurados me metes!
DOLOR. ¡Cárlos!..... ¿Quién al verte así,
que hoy das baile pensará?
CAR. ¿Por qué?
DOLOR. ¡Tan triste!.....
CAR. Será
que estaba lejos de tí.
DOLOR. ¡Cárlos! ¡Cárlos! Todavía
puedes hacerme dichosa.
CAR. ¿Todavía?..... ¿Qué otra cosa
quiero yo, Dolores mia?
DOLOR. ¡Sin embargo!.... ¡No lo soy!
CAR. ¿En qué te pude ofender?
DOLOR. ¡En hacerme comprender
lo que va de ayer á hoy!
CAR. ¡Pues qué! ¿Existe?.....
DOLOR. No te asombres:
te ha estudiado el alma mia.
CAR. Te amo como el primer dia.
DOLOR. ¡Qué saben de amar los hombres!
Llaman amor al afan
que en su mente se despierta!
¡Llama vil, que nace muerta!
Cenizas que al aire van!

CAR. Nuestras palabras....
DOLOR. ¡Engaños!
CAR. ¿Y las pruebas?....
DOLOR. ¡Fingimientos!
CAR. Verdades son.....
DOLOR ¡Los tormentos
que nos dan los desengaños!
¡Ay! no te enojes; ten calma,
no me quejaré jamás,
esto ha sido nada mas.....
¡un estallido del alma!
CAR. Mas, Dolores, ¡por piedad!
¿Qué puedo hacer por probarte
que deseo rodearte (*Asoma D.ª Isabel por el fondo y baja lentamente*)
de dicha y felicidad?
DOLOR. ¡Felicidad!..... No la labra
el estudio ni el talento;
frágil como el pensamiento,
la destruye una palabra!
¡Ay! ¡Mi madre! ¡Cárlos, ven,
si adivina mi dolor
se muere..... ¡Qué adulador!
¿Con que te parezco bien?
CAR. Esta noche, con razon
los hombres me envidiarán.
D.ª ISAB. (¡Dios mio! ¿Me engañarán?)
DOLOR. Pues ven conmigo al salon.
¡Ah! ¿qué es eso? En retirada! (*Hace que ve á D.ª Isabel.*)
D.ª ISAB. La confusion me molesta.
CAR. Es brillante nuestra fiesta.
D.ª ISAB. Sí, Cárlos, muy animada.
CAR. Voy con Dolores, á dar
cuatro vueltas por allí.
D.ª ISAB. Muy bien.
DOLOR. ¿Se queda V. aquí?
D.ª ISAB. Quiero un rato descansar.

ESCENA IV.

D.ª ISABEL

D.ª ISAB. Será posible, Señor! (*Mirándoles al salir.*)
que eso sea fingimiento.....

¡Ay! ¡Qué lucha! Ni un instante
de tranquilidad encuentro.....
¡Siempre leyendo en sus ojos!
¡Siempre disgustos temiendo!.....
¡Hacedla feliz, Dios mio!
¡Con toda el alma os lo ruego!

ESCENA V.

RAFAEL y D.ª ISABEL.

RAF. (*Sin reparar en doña Isabel.*)
Un baile ¿Serán felices?....
¡Sí, Dios mio, protegedla!... .
D.ª ISAB. No me engaño .... es Rafael.
RAF. ¡Doña Isabel! (*Corriendo á ella.*)
D.ª ISAB. ¡Qué sorpresa!
RAF. ¡Y Dolores!..... ¿Es feliz?.....
¿Qué es esto? ¡Ay Dios!..... ¿Tiene penas?
D.ª ISAB. Yo no lo sé, Rafael.
Si juzgo las apariencias,
todas dicen que es feliz.
Su marido la rodea
de atenciones y cuidados;
por mas que mi amor observa,
jamás fundado motivo
á sus recelos encuentra.....
RAF. Entonces.....
D.ª ISAB. Yo no me esplico
la causa de mis sospechas;
pero dudo, Rafael;
y en una lucha tremenda,
sus halagos no me halagan,
su alegría no me alegra.
RAF. ¿Será quizás prevencion?
D.ª ISAB. No sé; tal vez eso sea.
RAF. No olvide V., amiga mia,
que la prevencion altera
la misma verdad, y dice
un gran hombre al hablar de ella,
que es el crimen del honrado,
maldad de las almas buenas.

ISAB. Y diga V., Rafael,
¿cómo es que en Madrid se encuentra?
RAF. Señora, mi historia es larga.
ISAB. Pero mucho me interesa.
RAF. Estaba en España triste
y me embarqué para América;
enfermo caí al llegar,
y ví la muerte tan cerca
que acordándome de ustedes
no creí volver á verlas.
El peligro venció al fin
mi fuerte naturaleza,
y con afan trabajé
fiel á mi Patria y mi Reina.
Su augusta bondad premió
mis servicios con largueza
y ascendí á jefe de Escuadra.
ISAB. Reciba mi enhorabuena,
y... ¡Rafael! una madre
con mas verdad no la diera
¡que le quiero como un hijo!
RAF. (¡Como á un hijo!)
ISAB. (¡Si lo fuera!)
RAF. Mi buena madre perdí,
y otra buscaba en la tierra!...
ISAB. ¡La suerte nos separó!
RAF. ¡El corazon nos acerca!
¡En nombre de Dios seremos
unidos, su Providencia!
ISAB. Dios desde el cielo, hijo mio,
nuestra santa union acepta.
Ahora ya soy mas fuerte.
Dos velaremos por ella.
RAF. Mi tio al morir en Cádiz
me ha dejado sus riquezas;
pero á mi.... ¿de qué me sirven?
¡Las olas del mar me esperan!
ISAB. ¿Nos deja V. otra vez?
RAF. Vengo á Madrid con licencia;
y aunque otra vez aquí estuve,
ya nadie de mí se acuerda.
Solo pues vine á la corte

por ustedes; y quisiera
al separarme de aquí
que todos felices fueran.

ISAB. No hablemos en este instante
de dolorosas ausencias.
Nosotros procuraremos
que aquí mucho se detenga
y Dolores y su hija...

(Aparecen D. Juan y Ricardo y van bajando distraidos en su conversacion.)

RAF. ¿Su hija?...

ISAB. ¡Tengo una nieta!
¡Y es preciosa como un ángel!

RAF. ¡Hija suya!... Quiero verla.

ISAB. Antes iremos...

RAF. No, no;
primero la niña.

ISAB. Sea.

RAF. Antes de llegar al cielo
quiero contemplar sus puertas.

(Entran por la puerta izquierda.)

ESCENA VI.

D. JUAN y RICARDO.

D. JU. Debe ser un millonario
el que tira así el dinero.

RICAR. El gusto tambien.....

D. JU. No quiero
gusto tan estrafalario.
¿Yo habia de ver á todos
trinchando pavos, jamones,
á costa de mis doblones?
¡Ca! Que se coman los codos.
Pero en fin, si el hombre es rico
y en eso goza, bien hecho;
á él le gusta, buen provecho.....
¿Y es grande el caudal?

RICAR. No es chico.
(Se equivoca, aquí no caza.)

D. JU. ¡Oh! ¡Su crédito se afirma!

¡Sí señor!..... ¡Vale su firma
mucho dinero en la plaza!
Ya ve V. ¡veinte mil duros,
por ella dí yo al contado!
¡Oh!.... ¡Y estoy muy descansado!
¡Sus giros son muy seguros!.....
¿Qué dice V., D. Ricardo?

RICAR. Yo nada. D. Juan.

D. JU. No es mucho. (*Con enfado.*)
(Este mozo está muy ducho;
y esto me huele á petardo.
Pues como yo llegue á oler
que el hombre marcha en derrota,
antes de la bancarota,
los huesos le he de moler.
¡Pues qué! ¿Somos aquí primos?.....)
Digo, señor D. Ricardo.....

RICAR. ¿Qué, D. Juan? (*Dignidad*)

D. JU. Nada.... Que aguardo.....
¡Veremos cómo salimos!..... (*Se retira.*)

ESCENA VII.

RICARDO.

RICAR. Ese hombre desconfía.....
y hace bien; algun enredo
hay fraguado en esas letras;
yo de ellas no tengo asiento
en los libros..... ¡qué desórden!.....
Algun apuro del juego
le obligó, y huyó de mí.....
No mas, no mas; yo no quiero
partir con él la deshonra
de sus instintos perversos:
quiero vivir con honor
allá en mi rincon modesto.
Allí vienen..... ¡Pobre víctima!
¡Tan buena!..... ¡La compadezco!.....

ESCENA VIII.

CARLOS, DOLORES y RICARDO.

CAR. ¡Hola, Ricardo!..... ¿Tan solo?
¿Pues y D. Juan?
RICAR. No lo sé.
Andará por allá dentro.
DOLOR. Y ese buen hombre, ¿quién es?
CAR. Un comerciante muy rico;
amigo mio.
RICAR. Pues él (*bajo á Cárlos*)
salió bufando de aquí.
CAR. ¿Salió enfadado? ¿Por qué? (*bajo á él.*)
RICAR. Yo creo que desconfia.
CAR. Pues vé tú, Ricardo, vé.....
RICAR. ¿Yo?.....
CAR. ¡Por Dios! ¡No me abandones!
¡Eres mi amigo! Háblale,
Ricardo, y esas sospechas
procura desvanecer.
RICAR. Voy á hablarle, mas te advierto
que yo no le mentiré.

ESCENA IX.

DOLORES y CARLOS.

DOLOR. Secretos á todas horas
y en todas partes teneis.
CAR. ¿Secretos, Dolores mia?
No lo creas, solo fué
hacerle unas advertencias
sobre.....
DOLOR. No quiero saber
las advertencias que haces
á tu confidente.
CAR. ¿El?
¿Mi confidente? ¡Dolores!
¿Por qué dudas de mi fe?.....
En fin, te seguiré hablando

de aquel negocio. ¿Si?

DOLOR. Bien.

CAR. Pues verás, es una empresa
de gran resultado; tres
somos ahora los socios;
pero en cuanto la olfateen
adquirirán las acciones
crecidísimo interés.

DOLOR. Puedes, Cárlos, emprenderla
si tan ventajosa es.
Ya sabes que yo no entiendo.. ..

CAR. Pero yo tengo el deber,
muy grato, de consultar
contigo estas cosas; ¿quién
podiera aconsejarme
con un deseo mas fiel?

DOLOR. Eso en verdad, me sorprende,
por ser la primera vez
que de estas cosas me hablas;
mas te lo sé agradecer.

CAR. Además, era preciso
que de esto te hablase, pues
necesito que me firmes
un documento.

DOLOR. ¡Eso es!.....
¿Por qué, dí, no has empezado
por donde concluyes?

CAR. ¿Qué?
No comprendo.....

DOLOR. Nada, Cárlos:
cuando quieras firmaré.
Todo cuanto tengo es tuyo.
¡Ay! quién pudiera tener
arenas de oro en montañas
y ponerlas á tus piés!

CAR. Yo quiero tu corazon.

DOLOR. ¡Mi corazon!..... ¿Para qué? (*Sonrisa amarga.*
La riqueza que él contiene
poco te puede valer;
que en el mundo es mala prenda
la prenda que no se ve.

CAR. Me hablas con tanta amargura.....

DOLOR. No me hagas caso; ¿no ves
que en mi locura de amor
ni lo que me digo sé?
CAR. Pues voy á entrar en mi cuarto
á buscar ese papel.
DOLOR. ¿Tanta prisa corre?
CAR. Sí;
temprano debo tener
una junta con mis socios
y quisiera.....
DOLOR. Vé por él. (*Entra Cárlos.*)
En algun conflicto Cárlos
se encuentra: ¿qué podrá ser?.....
Mas ¿qué importa?..... Mi tesoro
toda mi ambicion es él;
que arruine mis riquezas.
pero que en cambio le dé
creencias al alma mia;
ilusion, ventura, fé.
CAR. Dolores, aquí está ya.
DOLOR. Venga.
CAR. Lo puedes leer.
DOLOR. Dame una pluma. (*Se acerca para firmar en una mesita y en el instante que coge la pluma salen D.ª Isabel y Rafael.*)

ESCENA IX.

DOLORES, D.ª ISABEL, CARLOS, RAFAEL.

D.ª ISAB. Aquí están.
¡Dolores!
DOLOR. ¡Ah! ¡Rafael! (*Al ver Dolores á Rafael tira la pluma y se dirige á él dándole las manos: D.ª Isabel se queda junto á la mesita mirando la escritura.*)
CAR. (El infierno es quien le trae.)
RAF. ¡Cárlos!
CAR. Un abrazo. ¡Bien!
Así el corazon esplica
solamente su placer.
D.ª ISAB. ¡Una escritura de venta! (*Leyendo.*)
DOLOR. Supongo que estará V.

muchos dias con nosotros.

RAF. Tengo licencia de un mes.

DOLOR. ¡Eso es tan poco!.....

CAR. (Es un siglo.)

DOLOR. ¿No habrá próroga?

RAF. Tal vez.

D.ª ISAB. No será mientras yo viva. (*Rompe la escritura.*)

DOLOR. ¡Mamá! ¿qué es eso?

D.ª ISAB. Romper
un documento que es nulo.

CAR. ¿Nulo, señora?

D.ª ISAB. Lo es.
No es posible que en España
pueda permitir la ley
que las madres deshereden
á sus hijos al nacer.

DOLOR. ¡Mi hija!..... ¡Cielos!..... ¡Es verdad!

CAR. Yo soy su padre y sabré
cual cumple á la conveniencia
su fortuna defender.

D.ª ISAB. Ya no creo en sus palabras,
que me esplica ese papel
cómo ha defendido el padre
los bienes que le entregué.

RAF. Vaya, Cárlos, ya hablaremos.
Yo ruego, D.ª Isabel,
se suspenda este incidente
para arreglarlo despues.

DOLOR. ¡Mamá!..... ¡Cárlos! Gente llega,
¡que no puedan comprender!.....

ESCENA XI.

DICHOS, D. JUAN y RICARDO

D. JU. ¡Hola, D. Cárlos! Parece
que el sarao ya le cansa.

CAR. ¿Cansarme? No, no señor.

D. JU. Como veo que se escapa...

CAR. Un instante de familia...

D. JU. ¿Es la señora? Su cara
diciendo está que es muy buena.

DOLOR. ¡Caballero! muchas gracias.
D. JU. Yo no gasto cumplimientos,
señora, franqueza rancia,
lo que me gusta me gusta,
la hipocresía me enfada.
DOLOR. Pues no es eso de estos tiempos.
D. JU. ¡Es verdad!... ¡Hay cada trampa! (*Mirando á Cárlos*).
Mas, conmigo los tramposos
que no gasten muchas chanzas,
porque yo, nada de pleitos,
el que la hace me la paga.
DOLOR. ¡Qué hombre tan original! (*á Rafael.*)
RAF. Algun sentido le falta
ó no tiene educacion.
CAR. ¿Qué tienes? (*Bajo á él.*)
RICAR. Desconfianza.
CAR. Vamos. ¿Y qué le parece,
D. Juan, del baile?
D. JU. Una jaula
de gorriones que pican
batiendo todos las alas.
En mis tiempos, de otro modo
las señoritas bailaban.
(*Aparece un criado con un pliego en la mano.*)
CRIADO. ¿El Sr. D. Juan Vinuesa?
D. JU. Yo soy: ¿qué es eso? ¿una carta?
CRIADO. Del telégrafo... (*Se retira.*)
D. JU. ¡Diablo!
Algo muy urgente pasa. (*Abre y lee.*)
CAR. ¡Del telégrafo!... ¡Ricardo!
¿Qué será?
D. JU. ¡Me lo pensaba!...
Es V. un hombre infame.
(*A Cárlos: movimiento general, los convidados se agrupan y se acercan.*)
CAR. ¿Yo?...
DOLOR. ¿Qué dice?
CAR. Esa palabra...
D. JU. Señor mio, está bien dicha.
DOLOR. Mucho su orgullo le engaña;
que es torpe y grosero el labio
que no respeta á las damas.

D. Ju. Y es un infame, señora,
aquel que da letras falsas.
Dolor. ¡Cielos!
Isab. ¡Dios mio!
Raf. (¡Es posible!)
Car. V. se equivoca.
D. Ju. Vaya,
que decidan los señores
si la cosa está bien clara.
Yo entregué veinte mil duros
con completa confianza
al señor, que me dió letras
contra un D. Pedro de Vargas,
residente en Cádiz; mando
para el cobro las libranzas,
y al recibirlas me dicen
que no se encuentra en la plaza
el tal señor. ¿Eh?... ¿Qué es esto?
Car. Voy á esplicar...
D. Ju. ¡Buena farsa!
Dolor. ¡Ay! Dios mio! ¡qué vergüenza!
Raf. (Todo por ella.) Soy Vargas. (*Colocándose al frente de D. Juan.*)
Anoche llegué de Cádiz.
Cobre V. esas libranzas. (*Le da una cartera.*)
D. Ju. No hay duda, sí, son billetes (*examinándolos.*)
de nuestro Banco y de Francia...
Caballero, V. perdone.
Car. (*Mirando á Dolores y su madre.*) (¡Ay! ¿Que dirán?
Isab. (¡Desdichada!)
Ricar. (Pero ¿qué es esto?)
Dolor. (*Mirando á Rafael.*) (¡Dios mio!
Es el ángel de mi guarda!)
Raf. (La amistad vela en la tumba
de los amores del alma.)

ACTO TERCERO.

Sala amueblada con elegancia. Dos puertas á derecha é izquierda, en primer término. Otra al fondo.

ESCENA PRIMERA.

DOLORES y D.ª ISABEL.

(*Dolores sentada y llorando. Isabel de pié.*)

DOLOR. ¡Ay!.... Esas palabras rasgan
el pobre corazon mio!....
ISAB. Dios que colocó en mis labios
los maternales avisos,
hoy nos dá tambien, Dolores,
la amargura por castigo.
Tu pobre madre, llorando,
á tu corazon decia:
«¡pobre corazon sencillo (*llorando*)
»que en el cáliz de la flor
»hebe veneno escondido!»
DOLOR. ¿De qué sirven, madre mia,
esos recuerdos?.... Martirios
son, que redoblan crueles
los dolores que sufrimos!....
Y.... ¡Dios lo sabe!.... No lloro,
madre, por el dolor mio,
¡lloran mis ojos el llanto
de esos ojos tan queridos!
ISAB. No llores mas, hija mia; (*besándola*)
yo por tus penas me aflijo,
porque daria mi sangre
para evitarte un suspiro.
No llores; resignacion;
arrostremos del destino
los rigores, con firmeza:
tenemos un buen amigo,
benéfica Providencia

que alivia nuestros conflictos.

DOLOR. Pero sus favores pueden,
sin él sospecharlo, herirnos.

ISAB. ¿Herir, hija?

DOLOR. V. no sabe
un secreto que adivino
y que entre amargos dolores
está en su pecho escondido.
El me ama.

ISAB. ¡Es verdad!

DOLOR. ¡Sin duda,
lo habrá V. conocido!

ISAB. Sí, Dolores, mas su amor
no te herirá; yo lo fio.

DOLOR. Ya sé que no ruboriza
el amor que yo le inspiro;
que él ama sin esperanza
de verse correspondido.
Mas, sus favores recaen
de Cárlos en beneficio,
y hay algo en mí que me dice
que no debo permitirlos.

ISAB. ¡Ay!.... Es verdad, hija mia;
nobles son esos instintos;
y aunque severos parezcan,
tú no dudes en seguirlos;
que en las materias de honor
es la esperiencia un delito.

DOLOR. Por eso, mamá, deseo
que Cárlos devuelva hoy mismo
á Rafael el dinero
que anoche de él recibimos.

ISAB. ¡Veinte mil duros!.... ¿Y cómo?
¡En despilfarros y vicios,
nuestra envidiable fortuna,
tu Cárlos ha consumido!

DOLOR. Ese préstamo me quema
y devolverlo es preciso.

ESCENA II.

DICHOS y D. JUAN.

D. Ju. ¡ Señoras !.... Si me permiten....
Dolor. Señor D. Juan !.... Adelante.
D. Ju. ¿ Ustedes han descansado ?
Dolor. Gracias.
Isab. Tal cual.
D. Ju. Que me place.
Yo he dormido mal anoche,
y soñé mil disparates.
Señora, por mas que hacia
siempre tenia delante
de mis ojos esa cara....
Ruego á V. que no lo estrañe ;
porque yo anoche veia
tanta pena en su semblante
que no lo pude olvidar
despues de pasado el lance.
Dolor. La sorpresa....
D. Ju. Soy muy rudo.
¡ Qué quiere V !.... Mi carácter
es áspero, lo conozco.
Yo no quiero que me engañen ;
ese es todo mi prurito.
Con honradez, de mí hacen
cuanto quieren mis amigos.
Tengo apego á mis reales,
eso sí, que mi fortuna
me ha costado mis afanes.
Mas, si llega la desgracia
á mis puertas, no va en balde :
para mí entonces la plata,
señora, muy poco vale.
Isab. (¡ Oh ! qué hermoso corazon !)
Dolor. ¿ Quiere V. su mano darme? (*alargándole la suya.*)
D. Ju. Apriete V. que aunque es áspera
corre en ella buena sangre.
Dolor. Hoy mismo, de su amistad
quiero una prueba.

D. Ju. Al instante.
Dolor. Quiero vender unas fincas.
D. Ju. ¿Y son casas?
Dolor. Olivares,
en el término de Córdoba.
Isab. (¡Los molinos!....)
D. Ju. Muy distantes
están de mi vigilancia;
pero no importa; y me hace
muy buena cuenta el comprarlos;
tengo, ya hace tiempo, planes
de adquirir algunas fincas;
porque si mis onzas caen
en manos de un perillan,
muy pronto las dará al aire;
y las fincas á lo menos
podrán tal vez conservarse.
Con que vamos al negocio;
V. dirá cuanto valen.....
Pero ¿qué es eso?.... V. llora. (*A Isabel.*)
Dolor. ¡Mamá!....
Isab. No es nada.
D. Ju. ¿Hay pesares?
Isab. Tengo cariño á esas fincas.
D. Ju. Pues que de ellas no se trate.
Isab. No señor; lo hago con gusto.
D. Ju. Ya yo no entiendo este lance;
¿vende con gusto llorando?
Dolor. Oigame V. un instante
porque en V. se descubren
sentimientos tan leales,
que seria poco digno
nuestras penas disfrazarle.
D. Ju. Si no hay franqueza, señora,
¿á qué son las amistades?
Despues de darme la mano,
si sus penas me ocultase
yo llamara á ese apreton,
trampa para falsedades.
Dolor. Empresas muy desgraciadas
y gastos considerables,
hoy nos causan el conflicto

de un compromiso muy grande.

D. Ju. ¡Ah!.... ¡Ya!.... D. Pedro de Vargas
sin duda por reembolsarse
de los veinte mil que dió
aprieta porque le salden.....

Dolor. No, no, D. Juan, ni él es Vargas,
ni desea que le paguen.

D. Ju. ¿Que no es Vargas?

Dolor. No señor.
Ya sabrá V. estos detalles.
Ahora, si de su amistad
quiere V. una prueba darme,
puede recibir los títulos
de esas fincas al instante.

D. Ju. Si en esta ocasion, señora,
fuera solo comerciante,
yo podria fácilmente
de su apuro aprovecharme.
Mas soy su amigo y no quiero
por unos cuantos reales,
apretar mas el dogal
en la garganta de un ángel.
Yo tambien tengo una hija,
y podrá un dia encontrarse
en apuros como estos.

Isab. ¡Ay!.... ¿tan amargos?

D. Ju. ¡Quién sabe!....
¡Ojalá encuentré un amigo
que de su afliccion la salve!....
Vamos..... vamos al negocio.
Yo compro esos olivares
por toda su tasacion.

Dolor. Pudiera perjudicarse,
y nosotros no queremos.....

D. Ju. Yo soy rico, Dios es grande,
otros negocios haré
en que pueda desquitarme:
que aunque es el tanto por ciento
la vida del comerciante,
tiene tambien corazon,
y si se llega á tocarle
se acuerda que Dios le manda

que ausilie á sus semejantes.....
Vamos, señoras, llorando,
nada puede adelantarse.
¿Hace falta hoy el dinero?

DOLOR. Hoy, si señor, pero antes
iremos al escritorio
por los titulos.

D. JU. Mas tarde.
¿V. cuánto necesita?

DOLOR. Veinte mil duros. (*Con timidez*)

D. JU. Cabales
los tengo en una cartera;
voy por ellos al instante.

DOLOR. ¿Pero así, sin documento?....

D. JU. Lo tengo en ese semblante;
que es el honor para mí
la firma mas respetable.

ESCENA III.

D.ª ISABEL y DOLORES.

DOLOR. ¡Ay! ¡Qué hombre tan bondadoso!

ISAB. ¡Dios ilumine á su hija,
y él no sufra la amargura
de verla infeliz un dia!

DOLOR. ¡Mamá! ¡Siempre esos recuerdos!

ISAB. Tú eres madre, y necesitas
afirmarte en el consejo
que habrás de dar; pues si olvidas
que fué tu desobediencia
la causa de tus desdichas,
has de llorar como madre
lo que yo lloro, hija mia.

DOLOR. ¡Mi hija! Voy á besarla,
ella mis penas alivia. (*Entra izquierda*)

ESCENA IV.

D.ª ISABEL.

ISAB. ¡Bésala; que ese consuelo (*mirándola marcharse*)
es el que Dios te destina,

para poder soportar
con valor tu pobre vida !. ..
Allí viene..... ¡ infame !.... vamos,
hoy su vista me horroriza.
(*Entra precipitadamente por la puerta izquierda.*)

ESCENA V.

CARLOS y RICARDO.

CAR. Sobradamente moral
estás, chico, y te confieso
que no es lo que me hace falta
tu sermon, sino dinero.
RIC. Si no lo hubieras tirado.....
CAR. Lo tendria, ya lo creo;
pero es el resultado,
mi amigo, que no lo tengo,
y que sin él es la vida
para mí un enorme peso.
RIC. ¡ Un peso ! ¡ Sí, es la palabra !
Cuando apurais los escesos,
cuando entre vicios y orgías,
alegres pasais el tiempo,
llamais á la vida humana
leve soplo, pero es cierto
que servís con vuestra vida
al cuerpo social de peso,
pues sois pedazos podridos
que estorbais su movimiento.
CAR. Gracias, chico.
RIC. Es la verdad.
Y si tuvierais al menos
firmeza para sufrir
la pobreza, y de escarmiento
(*Dolores aparece en la puerta y escucha los últimos versos de Ricardo*)
sirvieran las privaciones
hijas de aquellos escesos,
el mundo os perdonaria:
mas, como arrepentimiento,
os cansa de las familias

la dulce paz y sosiego,
y en vez de buscar ansiosos
su bienestar y sustento,
á la vida, que es su vida,
cobardes, la llamais peso.

CAR. ¡Oh! la vida de familia
está llena de embelesos!

ESCENA VI.

DICHOS y DOLORES.

DOLOR. ¡Está llena de amarguras
y desengaños horrendos!....

CAR. (Esto es lo que me faltaba!) (*Con disgusto*)

RIC. ¡Dolores! (*Saludándola.*)

DOLOR. V. es bueno.
A mi pesar escuché
lo que estaba V. diciendo,
y yo tengo que pedirle
perdon por mis pensamientos.

CAR. Así en todo te equivocas;
creias que sus consejos.....

DOLOR. Al oirlo, mis creencias
he cambiado, y lo confieso.

RIC. Yo, Dolores, sus sospechas
con grave pesar comprendo;
mas, crea que tiene en mi
un amigo verdadero. (*Saluda*)

CAR. ¡Ah! no te vayas ahora. (*Bajo á Ricardo*)

RICAR. Con tu esposa, bien te dejo.

ESCENA VII.

DOLORES y CÁRLOS.

DOLOR. ¡Cárlos!.... ¿Qué tienes?

CAR. Dolores,
mal humor.

DOLOR. Pues yo quisiera....

CAR. Que de continuo estuviera

requebrándote de amores.

DOLOR. ¿Quién te ha dicho?.... (*Con dignidad*)

CAR. Yo lo sé.

DOLOR. Pues muy mal que lo has pensado;
del labio que me ha engañado
mentiras no codicié.

CAR. ¿Lo ves?.... Quejas.

DOLOR. No lo son;
nada ya mi amor pretende;
mas, al sarcasmo que ofende
contesta mi indignacion.

CAR. ¡Hola! ¡hola! ¡Tienes brios!

DOLOR ¡Mi amargura me los dá!

CAR. Pues ten presente que ya
me cansan los desvarios.

DOLOR. ¿Desvarios?

CAR. La verdad;
¿cree tu mente estremosa
que es matrimonio otra cosa
que una sincera amistad?

DOLOR. Si por el mio juzgára,
yo que desdichada soy,
al oirte, Cárlos, hoy,
vil engaño le llamara.

CAR. Me insultas....

DOLOR. Tú abres las llagas
que hiciste en el alma mia;
¡consuelos á dar venia
y con injurias me pagas!

CAR. ¡Si para verte contenta,
es preciso que mi amor
te cante cual trovador
que en sus ¡ayes! se alimenta!
Es fuerza ya comprender,
aunque bajes de tu cielo,
que el amor remonta el vuelo
para despues descender.
Y ya en la tranquila calma
que nos dá la bendicion,
habla fria la razon,
y deja quieta el alma.
(*Marcha con desenfado por el foro y queda Dolores*

manifestando en su semblante su dolorosa sorpresa.)

DOLOR. ¿Y es este por quien ingrata
los consejos desprecié
de mi madre, y la causé
ese dolor que la mata?
¿Es este por quien... ¿qué digo?
¡Pensamiento criminal!...
Aunque él sea desleal
mi amor vivirá conmigo.

ESCENA VIII.

RAFAEL y DOLORES.

(*Rafael entra pausadamente observando á Dolores, y ella al verle procura disimular su dolor sonriéndose.*)

RAF. ¡Qué pensativa, Dolores!
DOLOR. ¡Ah!... ¡Rafael! Sí... pensaba...
en un vestido... y casaba
en mi mente los colores.
RAF. (¡Sufriendo está!) El pensamiento
es por demás ingenioso;
tal vez por eso, dudoso
me parece.
DOLOR. ¿Con que miento? (*Sonriendo.*)
RAF. Mentir, no; mas, desfigura
lo que está en el corazon;
¡tambien las sonrisas son
recursos de la amargura!
DOLOR. Soy feliz...
RAF. Verdad es esa
que sirve al dolor de ultraje!
¡Tiene la pena un lenguaje,
que riendo, se confiesa!
DOLOR. (¡Alerta, decoro mio!)
Yo no sé porqué le estraña
mi sonrisa.
RAF. ¡Porque engaña!
DOLOR. No; de veras me sonrio.
RAF. (¡Qué insistencia!)
DOLOR. Lo que es hoy,
V. no acierta.
RAF. Tal vez...

(¡Alerta! ¡Alerta, honradez!)

DOLOR. Como nunca feliz soy.

RAF. Reciba la enhorabuena (*dignidad*)
de mi cariño profundo.
¡Dolores! Nadie en el mundo
como yo siente su pena.
Y si en creer he insistido
que V. misma se engañaba,
al hacerlo, no olvidaba
mis deberes.

DOLOR. (¡Le he ofendido!)
¡Rafael! Si V. comprende
la pena del alma mia,
¿porqué la falsa alegría
que llevo al rostro le ofende?
¿No es simpático el delirio
que entre las sonrisas crece?
¡Pues qué!... ¿Usted no compadece
al que rie en el martirio?

RAF. Yo lo sé compadecer;
y si descubrirlo anhelo
es para darle consuelo.

DOLOR. ¡Consuelo!... ¡No puede ser!
Su buena amistad no alcanza
á mitigar mi afliccion.
¿Quién consuela un corazon
que adora sin esperanza?

RAF. ¡Ay! ¡Es verdad! Lo olvidé,
¡y olvidarlo no debia!...
perdone V., amiga mia,
si su dolor aumenté.
Yo bien sé que es invencible
ese dolor que devora
el alma, cuando se llora
por un amor imposible.

DOLOR. ¿Usted?

RAF. Dejemos, Dolores,
esa cuestion que entristece,
y hablemos, si le parece,
de bailes, música y flores.

ESCENA IX.

DICHOS y RICARDO.

DOLOR. ¡Ah! Ricardo, venga V.
Rafael, yo le presento
en el señor un amigo
á quien de veras queremos.
RAF. Favorecido seré
si me concede su afecto.
RIC. Aunque no he tenido el gusto
de tratarle, ya hace tiempo
que le conozco y le admiro
por sus nobles sentimientos.
RAF. Muchas gracias.
DOLOR. Rafael,
voy un instante allá dentro.
RAF. Yo tambien voy á salir.
DOLOR. Mas volverá?
RAF. Sí.
DOLOR. Hasta luego.

ESCENA X.

RAFAEL y RICARDO.

RAF. ¿Y Cárlos? Hoy no lo he visto.
RIC. Aquí estaba hace un momento
con Dolores.
RAF. (¡Ah! sin duda
algun disgusto tuvieron.
Esos eran los colores
en que ella pensaba ¡esos!)
RIC. (Está muy triste... ¡Qué idea!...
¡El!... ¡Dios mio!... ¿Será cierto?)

ESCENA XI.

DICHOS y D. JUAN.

D. JU. Caballeros, buenas tardes.
¿Por dónde está la familia?

RAF. ¡Hola! ¡El señor de Vinuesa!
D. JU. Servidor...
RAF. (Hoy mi mentira
preciso es justificar.)
D. JU. ¿Lo tendremos muchos dias
por la corte?
RAF. Sí, señor,
algunos.
D. JU. Pues yo creia
que negocios del comercio
poco aquí le entretendrian.
RIC. El señor no es comerciante.
D. JU. ¡Ah! ¿No? Pues me maravilla.
RAF. ¿Acaso las letras, solo
á comerciantes se giran?
D. JU. Es verdad.
RIC. ¿Usted queda? (*A Rafael.*)
RAF. Sí, un instante.
RIC. Hasta la vista;
voy á ver si encuentro á Cárlos.
D. JU. Y á echar cuatro guiñaditas
á los balcones.
RICAR. D. Juan,
no busco herederas ricas.

ESCENA X.

RAFAEL y D. JUAN.

RAF. Me alegro de verle á solas,
D. Juan, el deber me obliga
á darle una esplicacion...
D. JU. ¿Sobre el nombre?... Lo sabia,
el Vargas no es su apellido.
RAF. ¿Y quién pudo?
D. JU. Mis amigas
las señoras de esta casa.
RAF. Yo creí que guardarian
cierta reserva...
D. JU. ¿Conmigo?
Se equivoca: depositan
en mí toda confianza.

Y hacen muy bien... ¡Pobrecillas!
¡Con qué amargura lloraban
al ofrecerme sus fincas!

RAF. ¿Qué es lo que dice, buen hombre?
¿Que lloraban y ofrecian?

D. JU. En venta unos olivares;
¡pues qué!... ¿V. no lo sabia?

RAF. Si lo hubiera sospechado...

D. JU. Cometí una tontería,
mas como yo le ví anoche
tan unido á esta familia...

RAF. Soy su amigo mas leal.

D. JU. Su cara lo garantiza.

RAF. Pues no me guarde reserva;
los hombres de bien...

D. JU. Confian...
y mucho mas, que la compra
al fin ha de ser sabida.

RAF. Pero ¿V. compró?

D. JU. Al contado:
mas, compré con hidalguía;
que aunque una venta apurada
era lo que me ofrecian,
yo olvidé mi profesion
al frente de sus desdichas.

RAF. ¡Muy bien, D. Juan! Y otra prueba (*apretándole la mano.*)
permítame que le pida.

D. JU. ¿Y qué es ello?

RAF. Que ahora mismo
me venda V. esas fincas.

D. JU. ¿A V.?

RAF. A mí: y no reparo
en el precio.

D. JU. (¡Cuánta prisa!
¿Querrá despues obligarlas?)

RAF. (Pobre hombre! Desconfia...)
¿Qué dice V.?

D. JU. Caballero,
anoche yo presencié
una accion que fué muy digna;
pero al fin esas señoras
que deben ser sus amigas...

RAF. ¡Acuden á V. llorando,
y de mi amistad se olvidan!
D. JU. Y como ellas son tan buenas,
eso me da mala espina.
RAF. ¡Caballero!
D. JU. ¡Señor mio!
la franqueza es mi divisa.
Yo ni sé quién es V...
RAF. Un general de marina. (*Enseñándole el fajin.*)
D. JU. ¡General!... Ya es otra cosa,
que aquel que una faja ciña,
debe ser en sus acciones
tan noble como su insignia.
¿Qué quiere V.? ¿Los molinos?
Suyos serán en seguida
que los títulos me entreguen.
RAF. ¿No lo han hecho todavía?
D. JU. No señor, yo conocí
que hoy necesidad tenian
de dinero; fuí por él
y á traérselo venia.
RAF. Es V. un hombre honrado.
D. JU. En eso cifro mi dicha.
RAF. Procure V. averiguar,
D. Juan, lo que necesitan,
y ofrézcaselo al instante;
yo abonaré cuanto pidan
y cuente con mi amistad. (*Dándole la mano.*)
D. JU. Disponga V. de la mia.

ESCENA XIII.

D. JUAN y despues DOLORES.

D. JU. ¡Vaya un hombre campechano!
¡Y ya general!... ¡Tan jóven!...
¡Digo!... ¡Qué linda pareja
harian él y Dolores!...
DOLOR. ¡Aquí, D. Juan, y tan solo!
D. JU. Estaba aquí con un hombre,
señora, que me ha hechizado.

DOLOR. ¿Y quién es?
D. JU. No sé su nombre,
el general.
DOLOR. ¿Rafael?
D. JU. Ese será. ¡Vaya un porte!
Señora, si V. enviuda...
DOLOR. ¡Jesus!... ¡D. Juan!
D. JU. No se asombre;
lo mismo lleva la muerte
á los viejos que á los jóvenes.
Pero no hablemos de eso.
Aquí la traigo en talones
contra el banco ese dinero.
DOLOR. ¡Cuánta bondad!
D. JU. (Ya no es mia,
pues tengo quien me lo abone.)
DOLOR. Ahora Cárlos no está ahí,
tiene los títulos...
D. JU. Tome
V. el dinero ahora;
y ya habrá tiempo que sobre
para arreglar lo demás.
A mamá, mis espresiones,
y hasta luego.
DOLOR. ¿Vuelve V.?
D. JU. Puede que vuelva, Dolores.
¡Me gusta tanto su trato!
DOLOR. Pues vuelva un ratito entonces:
yo procuraré un instante
olvidar mis aflicciones.

ESCENA XIV.

DOLORES y despues CARLOS y RICARDO.

DOLOR. ¡Qué honradez!.... Estas personas
son ángeles en la tierra,
son los médicos del alma
que mitigan nuestras penas.
(*Cárlos aparece con Ricardo y demuestra mal humor en su semblante. Dolores se dirige á su encuentro. Un criado coloca luces en las mesas.*)

DOLOR. ¡Cárlos!....
CAR. (¡Vamos con la cruz!)
DOLOR. Cárlos, estoy muy contenta.
CAR. ¿Sí, Dolores?.... ¡Qué milagro!
No sueles tú.....
DOLOR. Mi imprudencia (*con amargura*)
me hace á veces declarar
de mi corazon las penas.
CAR. Bueno, bueno, no empecemos
con altisonantes quejas.
DOLOR. ¡No me quejaré, descuida!
RIC. (¡Dios mio! ¡Qué diferencia!
¡pobre Dolores!)
DOLOR. Yo creo (*con dulzura*)
que hoy, Cárlos, te desesperas
porque no puedes pagar
con exactitud tus deudas.
CAR. Pero yo las pagaré; (*con enfado*)
tengo aun negocios, empresas;
y me ha de sobrar dinero
para saldar esas cuentas.
DOLOR. Sí, mas tú, pundonoroso,
estarás sufriendo mientras;
y yo, como es mi deber,
quiero ayudarte.
CAR. ¿De veras?
¿Acaso puedes aun?
DOLOR. Sí, (*toma los billetes de la mesa*)
darte lo que me queda.
Toma.
CAR. ¿Qué es esto?.... ¿Billetes?
DOLOR. He realizado la venta
de los molinos.
CAR. Dolores! (*con alegría*)
¡Qué buena eres! ¡Qué buena!
DOLOR. ¡Cárlos! ¡Me haces mucho daño!
CAR. Perdóname mis rarezas.
RIC. (¡Ay! ¡Cómo degrada el vicio!)
DOLOR. Cárlos, tienes una deuda
que considero sagrada.
CAR. ¿Y cuál es?
DOLOR. La de las letras.

CAR. ¡Ah! Sí, pero Rafael
es rico y tendrá paciencia.
DOLOR. No, Cárlos, ese dinero (*con ansiedad*)
es preciso que devuelvas.
CAR. ¡Pero si nos quiere tanto!
DOLOR Por eso.
RIC. (¡Ah! ¡Mi sospecha!....
Sin duda su honor la dicta.....)
CAR. Yo no sé porqué te empeñas.....
DOLOR. Págale, yo te lo ruego.
CAR. Corriente.
DOLOR. No lo detengas.
CAR. Bien, descuida.
DOLOR. Gracias, Cárlos.
(¡Qué peso de aquí se aleja!)

ESCENA XV.

CARLOS y RICARDO.

CAR. Ciento..... doscientos..... (*contando en la mesa*)
RIC. ¡Qué ansia! (*contemplándole*)
Estos hombres se deleitan
con la vista del dinero,
y ese mismo afan los lleva
á arruinarse en el vicio;
porque en su ambicion, desean
dejar hambrienta y desnuda
á la humanidad entera.
CAR. ¡No hay mas que veinte mil duros!
¡Y justamente es la cuenta
pendiente con Rafael!
RIC. Pues le pagas y te quedas
por ese lado ya libre.
CAR. Está claro. Mas, no piensas
en que tengo otros boquetes
que tapar.
RIC. Por ese empiezas.
CAR. Empiezo y acabo, chico.
Esto es todo lo que queda
de mi caudal; si lo doy.....

RIC. ¡Cárlos! ¡Por Dios! No detengas
ese pago que Dolores
con tanto interés desea.
CAR. Ella es mujer y no sabe.
RIC. (Quizá es él el que no sepa....)
CAR. Y tal vez con media hora
de buena suerte pudiera.....
RIC. ¡Cárlos! ¿Qué dices?
CAR. ¡Ricardo!
¡Ahí enfrente!..... Está tan cerca!....
¡Media horita de fortuna!....
RIC. Quizá con menos te pierdas
para siempre!
CAR. O me desquito.
RIC. ¡Cárlos! ¡Por Dios! ¿En qué piensas?
CAR. (¡Qué oficioso!)
RIC. A Rafael
busca al instante y entrega
ese dinero.
CAR. Bien, voy.
RIC. ¿Sí? Cárlos, ¿sí? ¿vas de veras?
CAR. ¡No te he dicho ya que sí!
RIC. Te acompañaré.
CAR. No ofendas
mi decoro con tus dudas.
RIC. Bien, no insisto.
CAR. Hasta la vuelta.

ESCENA XVI.

RICARDO, despues RAFAEL y D. JUAN.

RIC. ¿Irá?.... ¡Quiera Dios que sí!
Ya muy poco de él me fio;
¡lo ha llegado á dominar
de tal manera ese vicio!....
Pero irá, sí, no lo dudo;
está en su interés..... ¡Dios mio! (*viendo á Rafael*)
Los ha debido encontrar.....
¿Viene Cárlos?
RAF. Lo hemos visto

al entrar; iba de prisa.

RIC. ¡Y qué! ¿nada les ha dicho?

D. JU. Nos saludó y siguió al trote.

RIC. ¡Voy! (*sale corriendo*)

D. JU. ¿Está loco ese chico?

RAF. Tal vez Cárlos se olvidase
de algun encargo precioso.....
Aquí vienen las señoras.

ESCENA XVII.

DICHOS y DOLORES y D.ª ISABEL.

DOLOR. ¡Oh! ¡Nuestros buenos amigos!

D. JU. Buenas noches.

ISAB. ¡Rafael,
en todo el dia le he visto!

RAF. Aquí he estado.

ISAB. Yo allá dentro
con mi nieta.....

D. JU. Los mimitos
de los abuelos; ¡caramba!
¡Si tuviera un nietecillo!

RAF. ¿Hay hijas ya casaderas?

D. JU. Una sola hemos tenido.

DOLOR. Y deseo conocerla.

D. JU. No vendrá, porque la envio
á viajar con su madre.

RAF. ¿Y V. se queda?

D. JU. Preciso;
mis negocios no me dejan
ir con ellas, y afligido
me quedo, créanlo ustedes,
porque mis placeres cifro
en sentarme junto á ella
y que me lea algun libro,
que muchas veces no entiendo,
porque estoy entontecido,
sin pensar mas que en mirarla,
sin ver mas que sus hechizos.

DOLOR. Entonces ese viaje.....

D. Ju. El diablo lo ha querido.
Isab. ¿Lo motiva algún pesar?
D. Ju. No es muy alegre el motivo.
Mas, lo tengo por su bien.
Raf. ¡Ah! ¡Ya caigo! Habrá amoríos.....
D. Ju. Algo hay de eso, general;
me la ronda un lechuguino,
comerciante del amor,
que pretende hacerse rico
vendiendo palabras tiernas,
juramentos y suspiros.
(*Dolores permanece muy triste durante estos parlamentos.*)
Isab. (¡Ay! ¡El retrato de Cárlos!)
D. Ju. Ya yo hubiera concluido
ese negocio, á mi modo;
pero mi esposa me dijo,
y no le falta razón,
que era mas fácil camino
poner leguas de por medio.
Isab. Una ausencia, amigo mio,
suele tambien, no lo dude,
apresurar el peligro.
Dolor. ¡Mamá, por Dios! (*Bajo.*)
Isab. Sobre todo,
si V. quiere estar tranquilo,
¡no se quede V., D. Juan!
Como amiga se lo aviso,
que vence á una pobre madre
la trama de un libertino.
D. Ju. ¡No lo echaré en saco roto!
Raf. Señora, yo la suplico
que dejemos esas cosas.
D. Ju. Sí, vamos á hablar. . del Circo
de los caballos... ¡Caramba!
¡Cómo me gustan los brincos
que dan aquellas muchachas!
¡Eh! ¿general?... ¡Qué prodigio!
Raf. Me gusta poco el talento
en los piés, amigo mio
Dolores, si V. quisiera
tocar un poco...

D. Ju. Preciso:
¿no ha de querer, si es tan buena?
Dolor. No me siento bien.
Raf. No insisto.
Isab. Sí, Dolores, toca un poco.
D. Ju. V. me tiene ofrecido
olvidar sus aflicciones.
Dolor. Es verdad.
D. Ju. Pues un ratito
de música, vamos, vamos.
(*Se dirigen todos á la puerta de la izquierda, pero Dolores ve entrar á Ricardo y va á su encuentro: los demás entran.*)
Dolor. ¿Y Cárlos?
Ric. De aquí ha salido,
y no he podido encontrarle.
Dolor. ¿Dónde estará?
Ric. No adivino...
Dolor. Si vuelve, dígale V.
que quiero verle ahora mismo.
Ric. Bien: se lo diré, Dolores.
Dolor. No lo olvide, amigo mio. (*Entra.*)

ESCENA XVIII.

RICARDO.

Ricar. ¡El corazon se me parte
al mirarla! ¡Pobrecilla!
¡La miseria y deshonor
premios de su idolatría!
¡Infeliz! ¡Tan confiada!
De aquí se marchó tranquila
creyendo que su marido
sus deberes cumpliria.
¡Y él mientras tanto en un naipe,
la honra de su familia
depositará, riendo
cuando la vea perdida!
(*Aparece Cárlos, con el semblante demudado y caida la cabeza sobre el pecho.*)

¡Allí viene!... Dios piadoso!...
Es segura su ruina.
(*Un instante de pausa mientras Cárlos baja lentamente á la escena.*)

ESCENA XIX.

CARLOS y RICARDO.

RIC. Dí, Cárlos, ¿de dónde vienes? (*Con timidez.*)
CAR. De jugar. (*Secamente.*)
RIC. ¿Y perderias?
CAR. Sí; todo lo que llevaba.
RIC. ¡Cárlos! ¿Qué has hecho?
CAR. Queria
desquitarme, y he perdido.
RIC. ¿Ya, qué te queda? (*Con amargura.*)
CAR. (Mi vida;
la jugaré en un albur
que es seguro...)
RIC. (¡Me horroriza
esa calma!...)
(*Se oyen melancólicos sonidos en el piano.*)
CAR. Dí, ¿qué es eso?
RIC. Es Dolores.
CAR. (Despedidas
parece que esté tocando!...
Pues voy á darle la mia.)
(*Entra precipitadamente en la puerta de la derecha y cierra.*)
RIC. ¡Cárlos! Dí, ¿qué vas á hacer?
¡Ha cerrado!... ¡Vírgen mia!...
¡Cárlos!... ¡Cárlos!... No le veo...
(*Mirando por la cerradura.*)
¡Y esta puerta! ¡Ah! una silla! (*Mirando.*)
¡Sobre ella pone los piés!...
¡Oye, Cárlos! ¿Qué meditas?
¡Piensa un instante en Dolores!
(*Cesan los sonidos del piano.*)
¡Piensa, Cárlos, en tu hija!...
¡Cárlos! ¡Cárlos! ¡Piensa en Dios (*con grito amargo*)

que condena al suicida!...
(*Empujando.*) La puerta está mal cerrada!...
Tal vez con fuerza consiga...
(*Hace esfuerzos por abrir la puerta que va cediendo lentamente. Entran Dolores y todos los demás.*)

ESCENA XX.

DOLORES, D.ª ISABEL, D. JUAN, RAFAEL, RICARDO.

DOLOR. ¿Qué hace V.? (*A Ricardo.*)
RIC. ¡Dolores!... Nada...
DOLOR. ¿Y Cárlos?
RIC. Yo no lo sé.
DOLOR. Quizá en su cuarto... veré... (*Se dirige á él.*)
RIC. Está la puerta cerrada.
DOLOR. ¡Cerrada!... (*En accion de abrirla.*)
RIC. ¡Por Dios, señores!
¡No permitan que aqui venga!
DOLOR. Nadie habrá que me detenga.
(*Se dirige á la puerta y empuja con fuerza.*)
RIC. ¡Esta es su tumba, Dolores!
DOLOR. ¡Su tumba! ¡Ah!
(*Gran grito y cae en brazos de Rafael. La puerta se abre.*)
ISAB. ¡Cielo santo!
D. JU. ¡Qué horror! ¡Dios mio! ¡Qué horror!
(*Mirando al cuarto.*)
ISAB. ¿La habrá muerto su dolor?
RAF. No, que ya veo su llanto.
ISAB. ¡Dolores!... ¡Ven, hija mia!...
(*Dolores se desprende de los brazos de Rafael, y desatentada y tropezando se dirige, poniendo las manos por delante, hácia el lado opuesto de donde vió á Cárlos muerto.*)
DOLOR. ¡Luces! ¡Luces!.... ¿Dónde está?
ISAB. ¿Luces?
RAF. ¡Dios mio!.... ¿Será?
DOLOR. ¡Quiero verle!.... ¡Qué agonia!....
¿Porqué la luz apagaron? (*restregándose los ojos*)
¡Jesus! ¡Y qué horrible velo!

RAF. ¡Está ciega! (*grito amargo*)
DOLOR. ¡Ciega! ¡Cielo!
(*Cae en brazos de Rafael*)
RAF. ¡Ya mis temores llegaron!
¡Y Dios en su omnipotencia,
para cumplir su juicio,
allí ha castigado el vicio,
y aquí la desobediencia!

FIN DEL DRAMA.

Habiendo examinado este drama, no hallo inconveniente en que su representacion sea autorizada.

Madrid 20 de mayo de 1862.—El censor de teatros.—*Antonio Ferrer del Rio.*

2 X 4

Al distinguido actor Don F.
derico Augusto de Ortega
su afmo
R. Reven

M Q

DE SOPETÓN.

GRAN ARCHIVO

MANUEL QUEIRO

M Q

DE SOPETON

JUGUETE

EN UN ACTO Y EN PROSA

ORIGINAL DE

RICARDO REVENGA.

Estrenado con éxito en el Teatro LARA el Jueves 20 de Octubre de 1887.

MANUEL QUEIRO

M Q

MADRID.
IMPRENTA DE JOSÉ RODRIGUEZ.
Atocha, 100, *principal*.

1887.

PERSONAJES.		ACTORES.
MERCEDES.....	SRTA.	D.ª MATILDE RODRIGUEZ.
JOAQUINA.....		N. SANZ SEVILLA.
RAFAEL.....	SRES.	D. JOSÉ RUBIO.
DON TERENCIO.....		N. DIAZ.

Esta obra es propiedad de su autor, y nadie podrá, sin su permiso, reimprimirla ni representarla en España ni en sus posesiones de Ultramar, ni en los paises con los cuales haya celebrados ó se celebren en adelante tratados internacionales de propiedad literaria.

El autor se reserva el derecho de traducción.

Los comisionados de la Administración Lírica-Dramática de DON EDUARDO HIDALGO, son los encargados exclusivamente de conceder ó negar el permiso de representación y del cobro de los derechos de propiedad.

Queda hecho el depósito que marca la ley.

2 x 4
M Q
MANUEL QUEIRO

ACTO ÚNICO.

Gabinete tocador de una señora. Á la derecha un balcón; á la izquierda puerta que se supone ser de una alcoba. Puerta al foro. Sillas, sillones, un tocador, un velador con servicio de té, un quinqué encendido. Es de noche.

Al levantarse el telón aparece Joaquina sentada en un sillón y durmiendo. Transcurrido un breve momento sonará un campanillo.

ESCENA PRIMERA.

JOAQUINA.

JOAQ. Calle, me he dormido, no tiene nada de particular, ya debe ser muy tarde; y los señores sin venir. (Suena un campanillazo.) Gracias á Dios, ya están ahí. (Sale llevándose el quinqué y dejando á oscuras la escena.)

ESCENA II.

JOAQUINA y RAFAEL.

Óyese ruído de voces como si disputaran.

JOAQ. Le digo á usted que no puedo, estas no son horas de recibir.

RAFAEL. Todas las horas son santas y buenas para recibir

cuarenta reales. (Dándoselos.)

JOAQ. Para eso si señor, (Tomándolos.) pero yo no puedo consentir... Yo no le conozco á usted; no sé si es...

RAFAEL. ¿Un ladrón? No debe serlo quien se presenta con semejantes tarjetas; y además, por ventura, digo, no; por desventura, ¿tengo yo cara de ladrón?

JOAQ. No digo eso; pero veamos qué pretende usted en esta casa y á hora tan intempestiva.

RAFAEL. ¿Qué pretendo? ¡Ah! joven simpática; busco la paz del corazón, la felicidad!

JOAQ. ¿Aquí busca usted eso?

RAFAEL. Y lo encontraré. Yo diré á tu señora...

JOAQ. Usted dirá lo que quiera, y ella le pondrá de patitas en la calle, como hago yo; advirtiéndole que si no se marcha alboroto y chillo, y...

RAFAEL. Tranquilízate niña. Promete ayudarme y te lo referiré todo. Has de saber amabilísima y graciosa María. ¿Te llamas María?

JOAQ. No señor, Joaquina.

RAFAEL. Es igual. Has de saber, repito, amabilísima Joaquina, que la felicidad de tu señora depende de que yo hable con ella esta misma noche. ¿No se casa mañana?

JOAQ. Sí, señor, pero...

RAFAEL. Yo vengo á impedir ese matrimonio.

JOAQ. ¡Pues vaya una gracia! y á usted quién le mete...

RAFAEL. Mucho deseas saber. Bastan esos cuarenta reales para que me permitas esperar la llegada de tu señora escondido en cualquier parte?

JOAQ. No, señor, ni mucho menos.

RAFAEL. Pero sí algo más. Ahí van cien reales. (Dándoselos.)

JOAQ. Tampoco bastan. (Tomándolos.)

RAFAEL. ¡Joaquina! ¡Joaquina! Eres insobornable, pero te guardas mi dinero. ¿Qué es preciso hacer para ablandarte?

JOAQ. Marcharse.

RAFAEL. Quedándote con mis siete duros. No me marcho. (Se sienta.)

JOAQ. Considere usted que me compromete.

RAFAEL. ¡Oh! qué idea tan feliz! Juro no comprometerte; me esconderé en el balcón y diré que he saltado desde el de la casa próxima. Están muy juntos y fácilmente...

JOAQ. Ni aún así.

RAFAEL. ¡Cómo! ¿ni saltando?

JOAQ. No, señor, ó se vá. usted ó pido socorro. (Suena un campanillazo.) ¡Ay! ¡Ya están ahí!

RAFAEL. Lo ves, ya no hay tiempo. La Providencia quiere que salve á tu señora.

JOAQ. ¡Estoy perdida, qué va á ser de mí! Escóndase usted, por Dios, y no diga que yo...

RAFAEL. Soy mudo. (Se esconde en el balcón.)

JOAQ. ¡Qué compromiso, Dios mío! Estoy temblando. (Sale.)

ESCENA III.

JOAQUINA, MERCEDES y D. TERENCIO.

TERENC. ¿Cómo has tardado tanto en abrir?

JOAQ. Me había dormido, señor.

TERENC. Está bien; retirate.

JOAQ. ¿La señora quiere que la ayude á desnudarse?

MERC. No, me desnudaré sola. Vé á descansar, que bien lo necesitas.

JOAQ. Por eso no se prive la señorita de mis servicios.

MERC. Gracias. Retírate te digo.

JOAQ. (¡Jesús, Jesús! ¡qué vá á pasar aquí!) (Vase.)

ESCENA IV.

MERCEDES y D. TERENCIO.

TERENC. Las cuatro y media, poco tiempo nos queda para descansar... Á las cinco tienes que estar dispuesta para que lleguemos á San Luis á las seis. Qué cariño tengo á la iglesia de San Luis. Allí me he casado tres veces; y tú ya vás con la segunda, y quiera Dios que no sea la última.

MERC. ¿Tío, qué dice usted? piensa usted ya en que se muera Isodoro.

TERENC. No, pero no quiero verle viudo; y no le veré: en nuesta familia los matrimonios han tenido siempre un término feliz. ¡Pero me parece que no estás todo lo alegre que debías! ¿Acaso no te satisface tu matrimonio con Isidoro? Es un buen muchacho, un poco así... ¿Cómo diré?

MERC. ¡Tonto, y además tan inexpresivo! ¡Parece que siempre esta durmiendo!

TERENC. No sólo lo parece, sino que se duerme efectivamente. Esta misma noche en el baile he tenido que despertarle.

MERC. No es un marido lo que me ha proporcionado usted, es una marmota.

TERENC. ¿Y de eso te quejas? Las marmotas se dice que duermen durante seis meses del año. Esto te asegura un semestre feliz.

MERC. ¿Cuál, tío?

TERENC. Ese; el que duerme no molesta.

MERC. Puede usted creer que si me caso, es únicamente por complacer á usted. Isidoro es tan superficial, tan poquita cosa; es un cero.

TERENC. Pónle á tu derecha y valdrá diez. Tú harás de él mangas y capirotes, ¿qué más puedes pedir? Un marido así es una ganguita, y yo te lo he buscado, ingratona. ¡Ah! y se me olvidaba la mejor condición que tiene; es tan enclenque y tan flacucho, que con razón espero que no será tu último marido.

MERC. ¿Pero tío, qué teorías; está usted en su juicio?

TERENC. Ya lo creo, y en mis glorias, viendo que las gentes se casan. Yo soy así, muy belicoso; gozo viendo luchas intestinas.

MERC. ¡Pero eso es cruel! Yo debía demostrar carácter; casarse sin amor...

TERENC. ¡Dèjate de tonterías y además ya no es tiempo de retroceder. ¡Ánimo! Á la tercera va la vencida, el otro

será mejor. Conque (Levantándose y dirigiéndose hacia la puerta.) ten esperanzas y buenas noches.

MERC. ¿Dígame usted tío; hace algún tiempo no le pidieron, á usted mi mano?

TERENC. ¡Náturalmente, Isidoro!

MERC. No me refiero á él, sino...

TERENC. Ah, sí. Un perdido, un cualquiera.

MERC. Nunca quiso usted decirme su nombre.

TERENC. Ni te interesa.

MERC. Sin embargo; la curiosidad...

TERENC. Es hermosa condición cuando significa limpieza, pero...

MERC. Sea usted amable.

TERENC. ¡Qué empeño! en fin, te complaceré para que me dejes ir á descansar. Piedrahita, ese comicucho calaverón tuvo el atrevimiento de...

MERC. ¡Pedrahita!

TERENC. Sí, un hombre como una piedra que hubiera hecho imposible tu tercer matrimonio. Ya estás satisfecha, á dormir y mañana á las cinco...

MERC. Buenas noches, tío.

TERENC. Hasta mañana, digo, hasta luego. (Váse.)

ESCENA V.

MERCEDES quitándose las flores de la cabeza y poniéndose sobre el vestido un peinador.

MERC. ¡Qué particular es mi tío y cuán débil soy yo! ¿Por qué consentiré en casarme con Isidorito de mis pecados? No le amo, es verdad; pero también lo es que no amo á nadie, lo cual ya es una ventaja para él que dentro de pocas horas tendrá derecho á llamarme suya... ¿Cómo será ese Pedrahita? Dicen que es hombre de talento y que tiene gran partido entre las mujeres. Solo por esto quisiera haberle conocido; pero ya es tarde. Mañana no tendré ni aún el derecho de alimentar

este deseo. (Suenan los cristales del balcón.) ¡Ay¡ ¿qué ruído es ese? El balcón que está abierto. Joaquina se ha olvidado de cerrarlo. ¡Qué frío! (Se dirige á cerrar el balcón.)

ESCENA VI.

MERCEDES y RAFAEL.

MERC. ¡Ay! ¡Ladrones! ¡Socorro! ¡Soco.....

RAFAEL. ¡No grite usted, señora, por favor! (Rafael aparece sin sombrero ni gabán, sucio y descompuesto el traje como si hubiera escalado el balcón.)

MERC. ¡Socorro! ¡soco... ¡ah! (Cae desvanecida en un sillón.)

RAFAEL. Buena entrada. ¡Señora! ¡señora! No vuelve en sí. ¿Qué la daría yo? Aquí... en el tocador. Opoponax, Heno, Vinagrillo... Con esto la rociaré. (Hace lo que dice.) Ya vuelven las rosas á su cara. ¡Qué linda es!

MERC. ¡Ay!

RAFAEL. Nada tema usted. Tranquilícese, señora. Confieso que la manera de entrar es un poco rara, pero deseche usted el miedo, soy inofensivo, una palomita sin hiel, créalo usted...

MERC. ¡No puedo! ¡no puedo! ¡Estoy temblando. ¿Quién me asegura que no es usted?...

RAFAEL. Un desgraciado, señora. Un desgraciado que ha tenido la desventura de que un marido llegara inoportunamente. Si como un atrevido gimnasta no salto á ese balcón, precioso asilo para mí, el honor de una señora se hubiera perdido y yo quizá no tendría alguna costilla sana.

MERC. Esa aventura...

RAFAEL. Yo no he sido, yo no he sido. ¡Soy inocente! Una víctima de la amistad y de...

MERC. Pero...

RAFAEL. ¡Chist! ¡Cállese usted! (Se acerca al balcón.) ¡Gracias á Dios! (Dejándose caer en un sillón.)

MERC. ¡Caballero! ¿se sienta usted?

RAFAEL. ¡Me ahogo, señora, me ahogo! (Ahora creo que me tocaba á mí desmayarme.)

MERC. Aquí no puede usted permanecer un instante más.

RAFAEL. Es verdad; pero permita usted que tome alientos. ¡Ha sido tan grande mi susto!

MERC. Le ruego á usted que cuanto antes se tranquilice, y sobre todo, que...

RAFAEL. ¿Que me vaya? Al punto, pero no sin pedir á usted mil perdones, excusar una y cien veces mi conducta y rogar á usted que crea que siento en el alma...

MERC. Está bien, caballero, apresúrese usted.

RAFAEL. ¿Pero no me perdona usted? ¿ni siquiera me dice que me compadece?

MERC. Sí, sí, todo lo que usted quiera; le perdono y...

RAFAEL. ¡Ah! Entonces, ya será usted tan amable que me consienta que arregle un poco mi traje antes de salir. (Al decir esto coge un cepillo, se cepilla mirándose al espejo y se arregla la corbata.) ¡Y ahora que caigo! He perdido mi sombrero. ¿Cómo voy á salir sin él? ¿No tiene usted ninguno que prestarme? Cualquiera, una cachucha, una gorrilla.

MERC. ¿Se está usted burlando?

RAFAEL. De ningún modo. ¡Burlarme yo que soy el hombre más galante del mundo, de una señora tan distinguida y tan hermosa! Porque usted es muy distinguida, y sobre todo muy hermosa.

MERC. (¡Pues no me echa flores! Este hombre está loco, y es lástima, tiene distinción y es guapo.) ¿Concluye usted? (Con ironía.)

RAFAEL. En seguidita. Un instante más y me pone usted de patitas en la calle.

MERC. Y una vez en ella, espero...

RAFAEL. ¡Ah! Puede usted contar con mi discreción.

MERC. Es una suerte para mí.

RAFAEL. ¡Ea! Ya estoy. ¡Hola! ¿Parece que ha estado usted de baile? Elegantísimo traje, precioso color, muy *chic*.

¡Bonito! ¡bonitísimo!

MERC. Espero á usted, caballero.

RAFAEL. Crea usted que si hubiera podido encontrar otra salida...

MERC. Abusa usted de mi paciencia.

RAFAEL. ¡Señora! (Saludando y dirigiéndose hacia la puerta. Antes de llegar á ella suenan dos golpes.)

MERC. ¡Ay, Dios mío!

ESCENA VII.

DICHOS y D. TERENCIO desde fuera.

TERENC. ¡Mercedes! ¡Mercedes! ¿Estás visible?

MERC. No, tío; ¿qué quiere usted?

TERENC. Acabo de leer en *La Correspondencia* que anoche hubo un robo en esta calle. Ten cuidado y echa el pestillo.

MERC. Sí, tío.

TERENC. Para mayor seguridad te encierro con llave. (Cierra.)

MERC. ¡Cielos!

RAFAEL. ¡Nos encerró! (Me alegro.)

TERENC. Si necesitas algo, llama. ¡Buenas noches!

ESCENA VIII.

MERCEDES y RAFAEL.

MERC. No, esto es imposible. ¡Tío! ¡tío!

RAFAEL. ¡Por favor, no le llame usted! Va en ello el honor de una señora.

MERC. ¿Y el mío, caballero?

RAFAEL. Bueno; será el honor de dos señoras.

MERC. Pero es que usted no puede permanecer...

RAFAEL. Lo que es por poder, sí señora. Pero en fin, dígame usted una salida y...

MERC. Si no la hay.

RAFAEL. Entonces, ¡qué remedio! Esperaremos á que llegue el día.

MERC. Pero si me caso á las seis.

RAFAEL. ¿Y eso qué importa para que llegue el día? Darán las seis y usted se casará. ¡Qué desgracia! Y yo á las seis menos cuarto me esconderé en cualquier parte. Poco sitio me basta; sé hacerme el chiquito.

MERC. ¿Pero hasta entonces?

RAFAEL. Hasta entonces, figúrese usted que hago una visita. Me invita usted á que tome asiento. Yo lo tomo, (Se sienta.) y para distraerla, refiero anécdotas, historietas, chismes del gran mundo.

MERC. No estoy para chismes ni cuentos.

RAFAEL. Bueno; pues no se los refiero á usted. Quiere usted que recite versos:

Una tarde de verano,
cuando pájaros y flores...

MERC. ¡Jesús! Hágame usted el favor de callar.

RAFAEL. ¿Tampoco le gustan á usted los versos? ¡Ah! vamos, quiere usted que esta visita tenga el corte habitual, que hablemos del tiempo. ¡Pero ha visto usted qué tiempo tan frio, y esto no es natural! ¡Qué viento! ¡qué lluvias!

MERC. ¡Qué chaparrón es usted! Me ha puesto usted nerviosa. ¿Quiere usted decirme qué necesidad tenía yo de verme en este compromiso?

RAFAEL. Ninguna, señora, ninguna.

MERC. Confiese usted...

RAFAEL. Confieso y comulgo con lo que usted desee.

MERC. ¡Verme á estas horas, y la víspera de mi matrimonio, encerrada con un desconocido!

RAFAEL. ¡Oh, señora! perdón, perdón mil veces, por un olvido que al punto voy á subsanar. Tengo el gusto de presentar á usted á mi más querido amigo Rafael Piedrahita.

MERC. ¡Piedrahita! ¿Usted es?...

RAFAEL. Piedrahita, sí, señora, actor eminente, según dicen.

¿Quiere usted que la recite alguna escena de mi repertorio? ¿Desea usted que cante? ¿En español ó en francés? (Canta.)

Je venais d'entre dans ta chambre,
Minuit finissait de sonner.

MERC. Mejor hubiera sido que no hubiese usted entrado.

RAFAEL. Para usted, sí, y también para mí, que saldré impresionado por su belleza y... ¿Por qué se casa usted, señora?

MERC. ¿Y á usted qué le importa?

RAFAEL. ¡Es verdad; pero qué lástima, tan joven, tan hermosa y viuda! Porque usted debe serlo, ¿verdad?

MERC. Sí, señor.

RAFAEL. Entonces para qué repetir. La viudez es el apogeo de la gloria. ¡Una viuda, es una capitana generala!

MERC. Sin embargo, un marido...

RAFAEL. Es un trasto incómodo, cuando no se le ama, y usted no debe amar al que lo va á ser suyo.

MERC. Esa suposición...

RAFAEL. No es suposición, es seguridad. El mundo anda tan revuelto, que los matrimonios sin amor son muy frecuentes. Por eso no me caso yo. Hace poco pensé hacerlo. Un amigo pidió en mi nombre la mano de cierta deliciosa viuda; pero su tío, siempre ha de haber un tío por medio, me la negó.

MERC. ¿Y por qué?

RAFAEL. Porque soy cómico, porque soy un artista. ¿Pero qué saben los tíos de arte, ni de nada?

MERC. Quizá no fuera esa la razón. Si lleva usted una vida de aventuras, como la que aquí le ha traído.

RAFAEL. ¡Oh, no, señora, no! Sólo el arte me ha dejado soltero. ¡Compadézcame usted, señora!... ¡Yo amaba y amo á esa colega de usted en viudez con toda el alma, con!...

MERC. Y diga usted, ¿esa señora se llama?...

ESCENA VIII.

DICHOS y D. TERENCIO, dentro.

TERENC. ¡Mercedes! ¡Mercedes!

MERC. ¡Otra vez mi tío!

RAFAEL. ¿Pero ese señor es sonámbulo?

TERENC. Veo luz en tu cuarto. ¿Por qué no has apagado? ¿Estás ya acostada?

MERC. Si, señor; pero estoy leyendo.

TERENC. ¡Qué imprudencia! Vas á prender fuego á las cortinillas.

RAFAEL. (Excelente idea.)

TERENC. Si no apagas en seguida, voy yo mismo.

MERC. Pero tío...

RAFAEL. (Apagando la luz.) Nada tema usted, señora.

MERC. ¡Ah! ¿Qué ha hecho usted?

RAFAEL. Es preciso no contrariarle.

TERENC. Vaya, muchas gracias. Duérmete y descansa.

ESCENA IX.

MERCEDES y RAFAEL.

MERC. ¡Dios mío, qué noche! Yo así no puedo estar.

RAFAEL. Pues yo empiezo á acostumbrarme á las sombras.

MERC. ¡Oh, caballero! ¡Sálveme usted! ¡Váyase!

RAFAEL. ¿Pero á dónde?

MERC. Al balcón.

RAFAEL. Señora, sea usted caritativa. La mañana es muy fría y sin sombrero, y muy constipado.

MERC. Entonces, ¿qué hacer? Así no podemos seguir.

RAFAEL. ¿Por qué? Una luz apagada no estrecha las distancias. Yo soy todo un caballero con luz ó á oscuras, y para probarlo voy á colocarme lejos, en el otro extremo de la habitación. (Caminando á tientas tropieza con el velador y rompe una taza.)

MERC. ¡Ay, Dios mío! ¿Qué es eso?

RAFAEL. Nada, nada; una taza rota.

MERC. ¡Mi servicio de té! ¡Un regalo de mi marido!

RAFAEL. Lo reemplazaré, señora; no el marido, sino el servicio. Compraré á usted lo que he roto y lo que pueda romper en adelante. (Se sienta en un rincón de la sala.) En verdad, señora, que...

MERC. Le ruego á usted que no me hable, porque no pienso contestarle.

RAFAEL. Entonces hablaré solo. ¡Oh desgraciado de mí, y cuán feliz podía haber sido si don Terencio no me hubiese negado la mano de Mercedes, de esa mujer, de ese ángel tan hermoso y tan!...

MERC. ¡Caballero!

RAFAEL. ¡Y la amo, sí, más que pueda amarla ese imbécil del...

MERC. No guardará usted silencio.

RAFAEL. Imposible, una vez tomado el hilo, soy una carretilla. Continúo.

MERC. No, no; dígame usted. Si tanto ama usted á esa señora, dejando farsas á un lado, si tanto me ama usted, ¿cómo se explica la aventura de esta noche?

RAFAEL. Esa aventura es una comedia más sobre las muchas que hago, el oficio...

MERC. ¿Entonces cómo entró usted aquí?

RAFAEL. Por la puerta.

MERC. ¿Podría usted probarlo?

RAFAEL. ¿Tiene usted interés en ello?

MERC. Quizá.

RAFAEL. Sí puedo, sí; puedo probar á usted eso y también que la adoro. (Se levanta y se acerca poco á poco á Mercedes.)

MERC. Caballero, se me figura oir su voz más cerca.

RAFAEL. No; es que levanto la voz para que usted me oiga.

MERC. Falso. Usted ha dejado su sitio.

RAFAEL. Si; pero no tenga usted miedo, no romperé nada.

MERC. ¡Vuelva usted á su rincón, ó...

RAFAEL. ¡No sea usted cruel! (Se acerca hasta ponerse á su lado y se arrodilla ante ella.) ¡Déjeme que la diga cuánto la amo,

escúcheme usted, oígame!...

MERC. (Se levanta, corre al balcón y lo abre. Es de día.) ¡Ah! ¡Al fin!

RAFAEL. (Deslumbrado.) ¿Eh? ¿Qué pasa? ¿Qué es esto?

MERC. El sol.

RAFAEL. Sol indiscreto.

MERC. ¡Ay, Dios mío! ¡Las seis!

ESCENA X.

DICHOS y D. TERENCIO, dentro.

TERENC. ¡Mercedes! ¡Mercedes!

RAFAEL. ¡El tío! ¡Pero ese señor es un posma!

TERENC. Las seis. ¿Estás dispuesta? ¿Puedo entrar?

MERC. En seguida, tío. ¡Por favor, escóndase usted!

RAFAEL. ¿En dónde, señora? ¿Aquí? (En la alcoba.)

MERC. No, esa es mi alcoba.

TERENC. Dáte prisa, mujer.

MERC. Aquí, en el balcón... Pronto, pronto. (Se esconde Rafael.)

TERENC. ¿Puedo entrar?

MERC. Sí, entre usted. (Entra D. Terencio.)

TERENC. Vaya una calma. ¿Pero hija, aún estás así?

MERC. Iba á vestirme ahora mismo.

TERENC. ¿Pero cómo demonio llevas el traje de anoche?

MERC. Es verdad; distraidamente me lo he vuelto á poner.

TERENC. Estás turbada, emocionada, pues si esto es á la segunda.

RAFAEL. (Dentro.) ¡Atchís! (Estornudando.)

MERC. (Torpe.)

TERENC. Dios te ayude.

MERC. Gracias.

TERENC. Hoy es un gran día para tí. Vas á jurar en los altares.

RAFAEL. ¡Atchis!

TERENC. ¿Te has constipado, sobrinita?

MERC. (¡Ay, Dios mío! ¡ese hombre quiere perderme!)

RAFAEL. ¡Atchis!

TERENC. Me parece sobrina, que esta vez no has sido tú.

MERC. Si, tío; la emoción me hace estornudar. Esto es muy

frecuente.

TERENC. Emociones que obran como el rapé, no lo creo; antes bien se me figura haber oido en el balcón...

MERC. ¡Ah, sí, habrá sido el loro.

TERENC. ¡Un loro que estornuda!

MERC. ¡Habrá aprendido de oirme! Toda la noche estoy ¡Atchís! ¡Atchís!

TERENC. No me convenzo, quiero verlo por mis propios ojos. (Dirigiéndose al balcón.)

MERC. No, tio, deje usted.

TERENC. ¡Caracoles! Un hombre. No es mal loro.

RAFAEL. (Saliendo.) ¡Atchis!

TERENC. Dios le... ¡Un cuerno! ¿Qué hace usted aquí? ¿Se puede saber?

RAFAEL. ¡Qué inconvenientes son los constipados de cabeza!

TERENC. Responda usted, pero pronto. ¿Qué hacía usted en el balcón?

RAFAEL. Perdóneme usted, soy muy caprichoso, y se me había antojado un clavel que...

TERENC. No sea usted embustero: ni en el balcón hay claveles, ni siquiera es tiempo de ellos.

RAFAEL. Por eso no los he encontrado.

TERENC. Bromitas á mí, ¿eh? Ya adivino, usted debe ser el ladrón que anda por estos barrios. Si, sí; usted tiene cara de ladrón.

RAFAEL. ¡Señor mío!

MERC. ¡Sálveme usted, no le desmienta!

RAFAEL. ¡Señora! ¿quiere usted que vaya á parar á la cárcel-modelo.

MERC. Sea usted generoso, mi honor...

RARAEL. Voy á salvarlo. Escúcheme usted, señor de Marín.

TERENC. ¡Si seré conocido! hasta los ladrones saben mi apellido.

RAFAEL. Yo no soy ladrón, sino Rafael Piedrahita, actor, y...

TERENC. Falso.

RAFAEL. Puede usted convencerse de ellos. (Dándole una cartera.) Examinando los documentos que encontrará en esa cartera. Ya en otra ocasión pedí á usted por conducto

de un amigo, la mano de esta señora, y hoy vuelvo á repetir mi petición.

MERC. Y yo contesto por mi tío, diciendo que no puedo conceder mi mano á quien entró en mi casa huyendo de un marido celoso.

TERENC. ¡Canario! ¡Conque así las gastaba Isidorito! No es extraño que se duerma, y que esté tan... Explíqueme usted estas cartas.

RAFAEL. Son una correspondencia entre el futuro de esta señora, y su vecinita de ustedes. Llegaron á mis manos de un modo difícil de contar, y si ustedes me lo permiten, voy al punto á devolvérselas, rogándoles que por el honor de esa señora, no divulguen la aventura.

TERENC. ¡Vaya, vaya; con Isidorito!

RAFAEL. Señora. (Despidiéndose.)

MERC. ¿Se va usted?

RAFAEL. Sí, la esperan á usted en la iglesia.

TERENC. ¿Cómo en la iglesia? mi sobrina ya no se casa, y á fé que lo siento.

RAFAEL. ¿Lo siente usted? Todo tiene remedio, concédame usted la mano de su sobrina, y...

MERC. Si la concede, yo...

TERENC. ¿Os casais DE SOPETÓN? ¡Bravísimo! Los malos tragos pasarlos pronto. ¿Te decides?

MERC. Veremos... Si estos señores. (Al público.) Me ofrecen el regalo de boda que deseo...

RAFAEL. Yo lo perdiré. (Al público.) Señores, Doña Mercedes Marín y don Rafael Piedralíita, participan á ustedes su próximo enlace, y les ofrecen su casa en la calle de..... Teatro de Lara.

FIN.

M Q

EL DESQUITE

JUGUETE EN TRES ACTOS Y EN VERSO

ORIGINAL

DE

CEFERINO PALENCIA

ESTRENADA

EN EL TEATRO DE APOLO LA NOCHE DEL 5 DE JULIO DE 1881.

MADRID:
Imprenta de La Iberia, á cargo de José Blasco.
LOPE DE VEGA, 23 Y 25, BAJO.
1881.

PERSONAJES	ACTORES
ADELA	Señora Tubau.
ANA	Señorita Rodriguez.
DOROTEA	Señorita Menendez.
MIGUEL	Señor Zamora.
EMILIO	» Guerra.
TORCUATO	» Riquelme.
SIMON	» Liron.

EPOCA ACTUAL.

Esta obra es propiedad del autor, y nadie podrá, sin su permiso, reimprimirla ni representarla en España y sus posesiones de Ultramar, ni en los paises con los cuales haya celebrados ó se celebren en adelante tratados internacionales de propiedad literaria.

El autor se reserva el derecho de traduccion.

Los comisionados de la Galería Lírico-Dramática, titulada EL TEATRO, de los HIJOS de A. GULLON, son los exclusivamente encargados de conceder ó negar el permiso de representacion y del cobro de los derechos de propiedad.

Queda hecho el depósito que marca la ley.

ACTO PRIMERO.

Sala elegantemente amueblada. Puertas al foro y laterales. Balcon á la derecha segundo término.

ESCENA PRIMERA.

ANA y EMILIO. Este sentado en un sillon ó butaca sin reparar en Ana, haciendo números en una cartera. Ana sentada en una silla junto á un velador, leyendo unas tarjetas que va dejando sobre dicho mueble.

ANA. «Luis Ordoñez.—José Iglesias.—
Las de Vega.—El Doctor Pardo.—
El Coronel Castro.—Nuñez.—
Merceditas Ruiz.—Milagros».—
¡Todos, todos, menos él!
(Dejando de leer y con abatimiento.)
¡Menos mi esposo adorado,
todos hoy me felicitan
dia de mi cumpleaños!
¡Ni un recuerdo, ni una frase
ha salido de sus labios!
¡Es natural!... su memoria,
asuntos mucho más altos
la tienen preocupada:
¡los números! **(Con amarga ironía.)**

EMILIO. (Llevo cuatro.) **(Para sí.)**

ANA. (¿Eh? ¿Qué tal?)

EMILIO. ¡Hola! ¿Ahí estabas?
(Reparando en su mujer.)

No te he visto... (Sin dejar de hacer números.)

ANA. No es extraño:
¡hace tiempo que estás ciego!

EMILIO. (¡Qué torpe soy! ¡Al contrario!)

ANA. ¿Luego no digo verdad?

EMILIO. (Eso es: aquí.) (Sin oirla y abstraido en lo suyo.)

ANA. ¿Con quién hablo
yo?

EMILIO. ¿Eh? ¿Qué decias?

ANA. Decia... Nada. (¡Dios santo!) (Pausa corta.)
¿Has visto cuántas tarjetas
mis amigos me han mandado?
Pasan de veinte.

EMILIO. Sí, *negro*.

ANA. ¡Emilio!

EMILIO. (Poniendo el *cuadro*
y despues á la *docena*...)

ANA. ¡Emilio!

EMILIO. ¿Qué?

ANA. ¡Por los clavos
de Cristo!...

EMILIO. Di cuanto quieras.

ANA. Pero si te estoy hablando...
¿Recuerdas qué dia es hoy?

EMILIO. ¿No es viérnes?

ANA. ¡Sábado!

EMILIO. (Procurando ayudar á su memoria.)
¿Sábado?
(Siguiendo distraido y contestando maquinalmente.)
¡Me alegro! (Estaré de buenas.)

ANA. ¿No caes?...

EMILIO. La verdad, no caigo...

ANA. Pero hombre, ¿en qué mes vivimos?

EMILIO. En... Febrero.

ANA. Si es en Marzo...
y estamos á veintisiete.

EMILIO. ¿Y qué? (Despues de quedarse un momento parado.)

ANA. ¡Ingrato!

EMILIO. ¿Eh?

ANA. ¡Ingrato!

ESCENA II.

DICHOS.—Miguel.

MIGUEL. ¿Eso es por mí?
ANA. Nó, señor,
es por tu entrañable hermano.
MIGUEL ¿Sí? ¿Pues qué?...
EMILIO. (Que continúa como en la escena anterior.)
No sé qué tiene
ni por qué se ha incomodado.
MIGUEL. Siempre habrás dado motivo...
EMILIO. ¡Mira, déjame!
ANA. Me marcho. (Medio mutis.)
MIGUEL. Pero oye...
ANA. ¿Qué?
MICUEL. Aún no me has dicho
qué te parece este cuarto.
¿Te gusta?
ANA. Sí.
MIGUEL. Ya lo creo;
como Adela y yo habitamos
el de enfrente, y de ese modo
vives de tu hermana al lado...
ANA. Igual que nosotros dos;
aunque sospecho que el cambio
de inquilinos, para tí
no ha sido muy de tu agrado.
La viuda que aquí habitaba...
MIGUEL. No hagas juicios temerarios:
es una señora... (viuda),
me consta, puedo afirmarlo;
sólo que Adela, tu hermana
—que es la que te habrá enterado,—
tiene celos de su sombra;
pero créeme, infundados,
porque yo... (Lo cierto es que
no ha sido por no intentarlo.)
Ana. Sí, sí; tanto tú como éste
¡jamás habeis roto un plato!

¡Ea! Hasta luego.

MIGUEL. ¡Y felices!

ANA. ¡Felices!... Eso á tu hermano.

MIGUEL. Pues ¿no es hoy tu dia?

ANA Cierto;
pero el que tiene el encargo
de hacer felices mis dias
se cuida tan poco...

MIGUEL. ¡Ah! Vamos...

ANA. ¡Adios! ¡Que almorzamos juntos!

MIGUEL. Sí, ya sé.

ANA. Solos los cuatro.

MIGUEL. Nó, yo no sé si podré,
y á decirte eso he pasado.
Tengo una cita...

ANA. ¿Una cita?...

MIGUEL. Quiero decir... (¡Soy un sándio!)
que almuerzo hoy...

ANA. ¡Eso es escusa!
¿Con quién?

MIGUEL. Con un candidato
á senador; la política
le convierte á uno en esclavo...
Tengo que ir luégo á las Córtes
á ver á dos diputados...
y desde allí al Ministerio,
y... ¡Te digo que estoy harto!
Pero otro dia cualquiera...
Quizá me escape hoy un rato.

ANA. ¡Solas! (Muy afligida.)

MIGUEL. ¡Vamos, no te apures!...

ANA. ¡Apuesto á que ese inhumano
se va tambien!

MIGUEL. ¿Por qué causa?
¡Él no está tan ocupado
como yo!

ANA. ¿Ves? Ni aun me oye.
¡Me voy de aquí! (Váse.)

EMILIO. (¡Dí en el clavo!)

ESCENA III

EMILIO.—MIGUEL

EMILIO (Loco de contento y para sí.)
Una peseta á esta *línea*,
dos duros á este *caballo*,
ocho pesetas á *nones*
y otras ocho al *encarnado*.
¡Ya hallé la combinacion!
Voy ahora mismo...

MIGUEL. ¡Despacio!

EMILIO. ¡Déjame, que estoy de prisa!

MIGUEL. Tambien yo.—Pues es el caso...

(Deteniéndose al ver que su hermano se ha entrado en el cuarto de la derecha. Emilio sale y entra cuando el actor lo tenga por conveniente y á la par está trocando el traje de casa por el de calle.)

Pero hombre...

EMILIO. Sigue, que te oigo.

MIGUEL. Nó; ¡ven aquí!

EMILIO. ¡Qué pesado!
¡Si te oigo perfectamente!
Continúa. (¡Soy un sábio!)

MIGUEL. Pues bien; yo, por impedírmelo
un asunto reservado
que reclama mi presencia,
hoy no puedo acompañaros
á comer. ¿Me has entendido?

EMILIO. Sí, que te vas. ¡Bribonazo!...
haz lo que gustes.

MIGUEL. Es que...

EMILIO. ¿Qué?

MIGUEL. Si los dos nos marchamos
y las dejamos solitas,
hoy que es dia señalado...

EMILIO. ¿Señalado?... ¿Pues qué es hoy?...

MIGUEL. ¡Hombre, si es el cumpleaños
de tu mujer!

EMILIO. ¿Eh?

MIGUEL. Lo que oyes.
EMILIO. ¡Toma!... ¡pues ya está explicado
su enojo conmigo!
MIGUEL. ¡Pues!
La manera de enmendarlo
es que ahora mismo, al momento,
hecho un borreguito manso,
vayas á su gabinete
y confieses tu pecado.
EMILIO. ¡Eso es; y quedarme en casa
y no salir ahora!...
MIGUEL. Es claro.
EMILIO. ¡Pues es turbio!
MIGUEL. ¡Bah! Despues
que la pobre me ha rogado
con lágrimas en los ojos!...
Sobre todo...
EMILIO. ¡Voto al chápiro!
MIGUEL. ¿Qué se diria de tí?
¡Horror! ¡No quiero pensarlo!
¡Un marido que abandona
así á su objeto más caro
en un dia como el de hoy!...
EMILIO. ¡Miguel!...
MIGUEL. ¡Si tal! (Le he aplastado.)
EMILIO. Pero bien, ¡si tú te quedas!...
MIGUEL. ¿Quién, yo? ¡Me están esperando!
Tengo que ver al ministro
para un negocio...
(Pugnando por marcharse. Emilio le detiene.)
EMILIO. Eso es falso.
¿Qué negocio es ese?
MIGUEL. Uno...
EMILIO. De faldas, eh?
MIGUEL. ¡Calla! (Todo asustado.)
EMILIO. Callo;
pero has de quedarte aquí.
MIGUEL. Hombre, si estás engañado.
EMILIO. ¿Sí, eh? ¿Piensas que soy tonto?
¿piensas que no estoy al cabo?
¿que yo no sé bien tu vida

y no sé todos tus pasos?
¿Crees que á mi se me oculta
que en la calle de los Caños?

MIGUEL. (Muy sobresaltado y temiendo que le oigan.)
¡Eso era ántes!

EMILIO. Antes y ahora:
y sé hasta el nombre.

MIGUEL. ¡Más bajo!...

EMILIO. Como tu mujer: Adela.
¿Qué pensaste, mentecato?
Yo soy tu hermano mayor
y tengo el deber sagrado
de velar...

MIGUEL. ¿Vas ahora á echarme
un sermon? ¿Y si yo canto?
¿Y si yo digo que tú,
fingiendo estar ocupado
en cosas de abogacía,
pasas las horas jugando
á la ruleta y perdiendo
hasta el pelo?

EMILIO. Te engañaron.

MIGUEL. ¿Engañar? Estos no engañan. (Por sus ojos.)
¡Si te he visto! ¡Un abogado
(Se han cambiado los papeles.)
jóven, rico y de talento
perder su tiempo buscando
combinaciones!...

EMILIO. Y al fin
di con una.

MIGUEL. ¡Visionario!

EMILIO. Me han ganado mucho, ¡mucho!
¡Oh! Pero he de recobrarlo,
¡y hoy mismo! (Disponiéndose á salir.)

MIGUEL. Bueno, tú vete;
yo tambien.

EMILIO. ¡Alma de cántaro!...
Si yo gano, ¡tú no pierdes!
¿Transigimos?

MIGUEL. ¡Transijamos!

EMILIO. ¿Juegas á pares ó nones

el que se queda?

MIGUEL. Aceptado.

EMILIÓ. Si acierto te quedas tú.

MIGUEL. Pide. (Sacando unas monedas del bolsillo.)

EMILIO. (¡El Espíritu Santo
me ilumine!) Pares, nones;
digo... (Queriendo decir las dos cosas á la vez.)

MIGUEL. ¡Ea! ¿en qué quedamos?

EMILIO. Pues... pares.

MIGUEL. Bien: está dicho.
A ver.—Nones, te he ganado.
(Contando las monedas.)

EMILIO. ¡Los nones! ¡Siempre los nones!

MIGUEL. ¡Adios!

EMILIO. Pero escucha, hermano.

MIGUEL. No hay tio pásame el rio.
Vuelvo. (Saliendo sin hacerle caso.)

EMILIO. ¡Lucido he quedado!

ESCENA IV

EMILIO solo.

¿Y qué hago yo? Si me voy
provoco aquí mil cuestiones!
Pero ¿y mis combinaciones,
por qué no ensayarlas hoy?
¿Por qué hoy mismo no tocar
sus felices resultados?
(Cogiendo el papel ó cartera donde ha estado haciendo números.)
Nada, los tengo amarrados;
no se pueden escapar
por ningun lado, ¡ninguno!
Yo nunca pierdo: ¡eso es!
Que son pares, gano tres.
que son nones, gano uno.
Mucho me teneis allá,
¡banqueros sin corazon!...
Pero esta combinacion
de todos me vengará.

¡Cómo me voy á reir
al mirar vuestros semblantes!
¡Ea! marchemos cuanto antes.
¡Demonio! (Al ver á su mujer.)

ESCENA V

Dicho. ANA.

ANA. ¿Vas á salir?
EMILIO. Sí, ya estoy haciendo falta:
tengo que ver á un cliente
ahora mismo.
ANA. ¡Justamente
ahora mismo!...
EMILIO. El tal Peralta
me tiene vuelto el sentido.
Conque ¡adios!
ANA. ¡Adios!
EMILIO. ¡Ah!
ANA. ¿Qué?
EMILIO. (Ya me iba.) Perdóname,
hija, soy un aturdido.
Ya sé por qué ántes de aquí
te fuiste tan enojada.
Esta memoria endiablada...
ANA. ¡Hola!... ¿ya caiste?
EMILIO. Sí:
y te quiero yo vengar
de mi proceder injusto.
¿Qué usarías tú con gusto?
ANA. Nada.
Emilio. (Como he de ganar
la compro cualquier prendido.)
Vamos, dí; y cese tu encono.
Ana. Yo otra joya no ambiciono
que el amor de mi marido.
EMILIO. Ese seguro le tienes.
ANA. ¿Seguro?
EMILIO. Sí, te lo juro.

ANA. Pues si le tengo seguro,
ya no ambiciono más bienes.
EMILIO. Como prueba, sin embargo...
ANA. ¿Cómo prueba? En el momento
puedes darme una.
EMILIO. Consiento.
ANA. ¡No te vayas!
EMILIO. Hazte cargo
de que esperándome están;
que es mi presencia precisa..
ANA. Sí, sí.
EMILIO. Mira, tengo prisa;
creo me dejarán
muy pronto; y si así no es,
id comiendo y no esperarme.
¡Adios! (¡Voy á desquitarme!
Que son pares; gano tres.)

(Sale apresuradamente y tropieza con Adela que viene por la puerta del foro.)

ESCENA VI.

ANA.—ADELA.

ADELA. ¡Ay!
EMILIO. ¡Perdona!
ANA. ¡Hermana mia!

(Llorando y arrojándose en brazos de su hermana.)

ADELA. ¿Vas á llorar? ¡Esta es buena!
ANA. ¡Si me está ahogando la pena!
Ni siquiera en este dia
se ha podido reprimir,
por más que se lo he rogado.
Ya lo has visto; ¡se ha marchado!
ADELA. ¿A jugar?
ANA. ¿Dónde ha de ir?
Si ya no tiene otro oficio,
ni otra ilusion, ni otro sueño;
¡si hoy es tan sólo su empeño
ese malhadado vicio!

¡Aficion torpe y maldita
que con él acabará!
¡Qué vida lleva y me da!

ADELA. ¡Dártela, nó: te la quita!

ANA. Ya nada le hace sentir,
ya todo le importa nada,
y su esposa desgraciada
tiene que mirarle ir,
como un ciego, al precipicio,
causa de tantos tormentos;
¡y es que ya sus sentimientos
se los ha secado el vicio!
—Escúchame: el otro dia
entré en su cuarto, y estaba
todo que lástima daba:
él, en un sillon dormia,
¡ay hermana! y como un hielo.
Las sillas, la mitad rotas;
aquí el chaqué, allí las botas;
los papeles por el suelo,
medio cojo el velador,
un tintero en él volcado,
¡el sombrero apabullado!...
en fin, Adela, un ¡horror!
Le desperté, abrió los ojos,
y al verle tan descompuesto
le dije:—pero, ¿qué es esto?
¿Quién ha estado aquí?—«Los rojos,»
—contestó lleno de ira,
quedándose en mí muy fijo.

ADELA. ¿Los rojos?

ANA. Sí, eso dijo.

ADELA. ¿Es que juega ó que conspira?

ANA. Yo no sé ni estoy segura
si ambas cosas le traen ciego;
¡sólo sé que en este juego
he perdido mi ventura!
En fin, cuanto yo te diga
acerca de su extravío
resulta pálido y frio;

y á tanto el juego le obliga,
que en números y barajas
cifra toda su ambicion.

ADELA. ¡Qué vergüenza!

ANA. El muy bribon,
hasta me ha empeñado alhajas.

ADELA. Terrible es, hermana mia,
cuanto llevas referido:
pero... aquello tan sabido
«Cuentan de un sábio que un dia»...
viene de perilla aquí,
y calmar puede tu duelo:
si quieres hallar consuelo,
oye, y compárate á mí.
Tu esposo al vicio se entrega
y de su vicio es esclavo,
es muy cierto, pero al cabo
si un dia, que siempre llega,
viendo ya su error patente,
vuelve, pecador contrito,
y el beso de paz bendito
quiere estampar en tu frente,
podrás su halago aceptar
llena de amor, y segura
de que tu frente tan pura
sus lábios no han de manchar.
Que aunque t naz y ambicioso,
no es á tu cariño infiel.
Pero, hija mia, ¿y Miguel?
¿y mi *carísimo* esposo?
Ese á la fea y la hermosa
siempre se halla persiguiendo,
y á todas ellas vendiendo
amor que roba á su esposa.
Él á todas las iguala,
pues lo mismo hace la córte
á la dama de alto porte
que á la humilde menestrala.
¡Y así se pasa las horas
y los meses pasa así!

ANA. ¡Oh!

ADELA. La otra noche le ví
dando el brazo á dos... *señoras.*
¿Piensas que se avergonzó
al verse de mí delante?
¡Nada! siguió tan campante;
y al interrogarle yo
cuando á casa hubo venido,
me contestó el bribonazo
que las llevaba del brazo
porque se habian perdido.

ANA. ¡Perderse!...

ADELA. Sí tal. ¿Te olvidas
del sugeto que es Miguel?
¡Quién duda que al ir con él
estaban ya bien perdidas!

ANA. Pero bien, ¿y tú qué has hecho
para que ese Belcebú
se enmiende?

ADELA. Pues lo que tú:
ahogar el llanto en mi pecho.

ANA. ¡Qué pruebas de amor! ¡Qué pruebas!
¿Habrá en el mundo otras dos
más desgraciadas? ¡Ay Dios!

ADELA. No te aflijas ni conmuevas;
nada de llantos, no tal;
muestra tus ojos serenos:
¿será que yo sufra ménos
siendo más grande mi mal?
Rie y habla por los codos,
que es lo que debes hacer:
el llanto de la mujer
se traduce de mil modos;
y no son lágrimas, nó,
lo que aquí necesitamos,
es menester que algo hagamos.

ANA. Bien, ¿y qué hacer?

ADELA. ¿Qué se yo?

ESCENA VII

Dichos. DOROTEA.

DOROTEA. Señorita, un caballero
espera y pide permiso
para entrar.
ANA. ¿No lo conoces?
DOROTEA. Nó; yo aquí nunca le he visto.
ANA. Bueno, pues dile que vuelva,
porque no está el señorito.
DOROTEA. Pregunta por la señora,
ANA. ¿Por mí? ¿Quién será?
ADELA. No atino...
ANA. Sea quien quiera, no estoy
ahora para cumplidos.
DOROTEA. Bien.
ADELA. Dorotea, que pase. (Váse Dorotea.)
Verás cómo descubrimos
algo que no sea bueno;
y si me engaño en mis juicios,
con despacharle en seguida
es asunto concluido.

ESCENA VIII

Dichas. TORCUATO. (1)

TORCUATO. Si ustedes dan su licencia... (Desde la puerta.)
ADELA. ¡Adelante!
TORCUATO. (¡Qué prodigios
de belleza!... Pero ¡tate!
¿á cuál de ellas me dirijo?
¿cuál será la que yo busco?)
ADELA. Usted dira...

---

(1) Este personaje debe representar un tipo extremadamente nervioso, y efecto de ello son los gestos y guiños de que se hace mencion en el diálogo. Al buen talento del actor queda confiado la oportunidad de las referidas contracciones, procurando que el carácter no resulte recargado.

TORCUATO. Pues yo digo...
(Esta debe ser...)
ADELA Sepamos...
(¡Ay qué jestos y qué guiños!)
TORCUATO. (¡Caramba, ya estoy nervioso!)
Soy Torcuato Riotinto
y Rioclaro.
ADELA. Está usted
fresco con sus apellidos.
TORCUATO. Qué quiere usted, mis abuelos
tuvieron ese capricho...
ADELA. ¿Y bien?
TORCUATO. Soy el encargado...
más claro; yo soy el íntimo
de las señoras de Grande.
ADELA. ¿De Grande?
TORCUATO. Un señor muy chico
que se apellidaba así.
ADELA. ¡Ah, vamos!...
TORCUATO. Contrasentidos
de este mundo. (¡Es de primera!) (Haciendo gestos.)
ANA. (Esto no es hombre, es un mico.)
TORCUATO. (Qué aspecto tiene esta viuda
tan francote y expansivo.)
Pues bien, como usté ya sabe,
la otra noche en el tresillo
que ustedes jugaron...
ADELA. ¿Eh?
TORCUATO. Perdió usted, y me lo explico,
porque...
ADELA. Caballero, usté
se engaña.
TORCUATO. (Caracolitos!)
ANA. Pero ¿qué dice este hombre?
TORCUATO. (Qué apostamos que erré el tiro!...
pero como no está sola...)
ADELA. Hable usted claro, y repito...
TORCUATO. Nó, nada; me he equivocado:
soy bastante distraido
y...

ANA. ¡Me gusta!

TORCUATO. Mil perdones...
(De primera, de primíssimo!)
Ya usted sabe demasiado...
pero como soy muy listo
comprendo su situacion.

ADELA. Pero si es que...

TORCUATO. Sí, entendido.
Ya vendré otro cualquier dia
á recoger ese pico:
no corre prisa ninguna...
¿A qué hora?

ADELA. ¡Señor mio!...

TORCUATO. Estoy á los piés de ustedes. (Váse.)

ESCENA IX

ADELA, ANA y despues DOROTEA.

ADELA. ¡Toma!... y se va sin decirnos...
Pues quedamos enteradas:
y lo que es esto no es lio
de los otros.

ANA. ¿Lo estás viendo?...
Mejor nos hubiera sido
no recibirle.

ADELA. Es un necio. (Mirando por el balcon.)
¡Calla! mi esposo *amantísimo*.
¿Cómo volverá tan pronto?
Algun percance imprevisto
le hará venir.—¡Dorotea! (Llamando.)
(La doncella se presenta enseguida.)
Si vienen los señoritos
y preguntan por nosotras,
dice usted que hemos salido.

DOROTEA. Muy bien. (Váse.)

ANA. ¿Piensas que salgamos?

ADELA. Nó, sígueme; aunque es un vicio
muy feo, voy á espiar
á Miguel, porque imagino

que hoy va á ser dia de prueba.

ANA. ¿Quién sabe?

ADELA. Ya va á servirnos
la puerta que hemos mandado
abrir con el fin sencillo
de comunicarnos todos
sin que nos sea preciso
el salir á la escalera;
y como nuestros maridos
aún no saben nada de esto,
gracias á lo repulsivo
que á los dos les es su hogar...

ANA. Pero...

ADELA. Haz lo que te digo:
pasemos ahora á mi casa,
y despues yo... con sigilo... (Vánse por la derecha.)

ESCENA X

MIGUEL. DOROTEA.

MIGUEL. ¿Y no está en casa mi hermano?

DOROTEA. Nó, señor.

MIGUEL. (Habrá bandido!...
no ha podido contenerse.)
¿Y la señora?

DOROTEA. Lo mismo:
salió con la señorita
Adela.

MIGUEL. (¿Dónde habrán ido;
en un dia como el de hoy
y sin nada habernos dicho?
En fin...) Puede usted marcharse.

ESCENA XI

MIGUEL. Despues ADELA.

MIGUEL. Pues, señor, ¡estoy lucido!
Salgo de casa llevando

cien duros en el bolsillo,
espero á que baje Adela,
baja; y *pian, pianino*
nos lleva un simon de plaza
al restaurant del Retiro.
Empezamos á comer,
y al trinchar un solomillo
la digo viendo su mano:
«Ay qué manojo tan lindo
de azucenas!—¡Lisonjero!
¡Adulador!...—¡Nó, mi hechizo!
¡Y qué garganta!—¿Te gusta?
¡Oh! qué medallon he visto
tan precioso el otro dia...
—¿Dónde?—¡Cállate, aturdido!
¿A que piensas regalármelo?
—Pues claro está.—No lo admito.
—Dime dónde. Te lo ruego.
—¡Ay, Jesús!—¡Te lo suplico!...
—¿Ha sido en casa de Marzo?—
—Sí.—Y apenas citó el sitio,
me planto en la joyería
en ménos que ahora lo digo.
Veo el medallon; me piden
dos mil reales; no replico
y los pago á *toca teja*:
pero ¡ay Dios! en el camino
me acuerdo de que la fonda
me va á costar un sentido,
y no me ha quedado un céntimo.
Vengo aquí á buscar á Emilio
y se ha marchado á la timba.
¿Qué hacer? ¿A quién me dirijo?

ADELA. (Que ha entrado de puntillas por la derecha.)
¿Qué le pasa que habla solo?

MIGUEL. (Y es un regalo bonito.
(Se ha sentado en una butaca y está mirando el medallon.)
¡Ya lo creo! esmalte negro,
con su inicial y un cintillo
de brillantes.)

ADELA. (¡Hola, hola!
(Mirando por encima de Miguel y sin ser vista de este.)
¿Será para esa?...)

MIGUEL. (¡No vivo!...) (Impaciente.)

ADELA. (Como asaltada por una idea y arrebatando el medallon á Miguel.)
Muchas gracias.

MIGUEL. ¿Eh? (¡Dios santo!)

ADELA. ¡Qué elegante y qué sencillo!...
Y con mi inicial y todo!...

MIGUEL. (Sumamente contrariado y procurando quitárscle.)
Sí, pero mira...

ADELA. ¡Qué lindo!
¡Ay, Miguel!... ¡tú no comprendes
todo el placer que recibo
al recibir de tu mano
esta prueba de cariño!

MIGUEL. (¡Yo sudo!)

ADELA. Esta es la primera
desde que al altar subimos.
¡Gracias, Miguel de mi alma!
¡Gracias mil, te lo repito! (Mucha ironía.)

MIGUEL. ¡Nó, no hay de qué!...

ADELA. ¡Con qué orgullo
le ostentaré, suspendido
de mi cuello, como prueba
del amor constante y fino
que me profesa mi esposo!...

MIGUEL. (¿Y ahora cómo se le quito?)
Bien, sí; dame acá.

ADELA. (¡Te veo!)

MIGUEL. Trae.

ADELA. Déjamele; imagino
lo que me vas á pedir:
que me lo ponga ahora mismo.
Pues bien, te daré ese gusto. (Intentando ponérscle.)

MIGUEL. (¡Ya escampa!) ¡Nó, nó, trae!

ADELA. ¡Niño!
Lo que se da no se quita. (Con cierta coquetería.)

MIGUEL. Sí, no niego ese principio;

pero yo no te le he dado.

ADELA. ¿Nó?

MIGUEL. Me le has quitado.

ADELA. (Inícuo!)
¿No es para mí?

MIGUEL. Nó, señora.

ADELA. Bien; de ese modo...
(Alargándole aunque sin intencion de soltarle.)

MIGUEL. (Respiro!) (Al ir á cogerle.)

ADELA. Antes dí para quién es. (Retirándole.)

MIGUEL. Para...

ADELA. (Ya no hay duda.) Dilo.
¡Ah! ¡Ya! Nó, no me lo digas.
(Me he de divertir contigo.)
Es para mi hermana.

MIGUEL. (Atiza!)

ADELA. Como hoy es su dia... ¡Pícaro!...
¡qué callado lo tuviste!

MIGUEL. Mujer... (¡Estoy divertido!)

ADELA. Mira, pues te le agradezco
mucho más.

MIGUEL. ¿Sí, eh?

ADELA. ¡Muchísimo!
La tiene en tal abandono
el bribon de su marido,
que... ¡voy corriendo á llevársele! (Disponiéndose á salir.)

MIGUEL. ¡Nó, nó!

ADELA. ¡Ay, hombre... qué gritos!...

MIGUEL. Si es que no me pertenece
esa joya.

ADELA. ¿Nó? ¿Es de Emilio?

MIGUEL. Sí.

ADELA. ¡Pues mejor que mejor!...

MIGUEL. Nó... sí... (¡Soy un beduino!)
Dámele y te explicaré...

ADELA. ¡Cá! (¡Qué torpe es el delito!)
Voy á darla el alegron.

MIGUEL. Pero...

ADELA. (Toma regalitos!)
(Escapándose por la segunda izquierda.)

ESCENA XII

MIGUEL solo.

¡Adela!—¡Que se le lleva!
—¡Oye?—¡Que se le llevó!
Y me está bien empleado;
lo merezco, sí señor!
¿Quién me manda á mí sacarle
aquí, en esta habitacion,
y estarme hecho un papanatas
contemplándole!... ¡Gran Dios!
y la otra estará esperando...
Si tuviera un *chiripon*
Emilio.—El cielo te envia.

(Al ver entrar á su hermano que viene muy alicaido.

ESCENA XIII

Dicho. EMILIO.

EMILIO. ¡Di el infierno, y es mejor!
MIGUEL. ¡Dios mio!... ¡le han desplumado!
Ya sí que no hay salvacion.

(Pausa corta durante la cual los dos se han sentado con cierto abatimiento.)

Pero ¿lo has perdido todo?
EMILIO. Todo, ¡ménos el honor!
¡Veintitres *negros* seguidos!
MIGUEL. ¿Veintitres?
EMILIO. O veintidos.
MIGUEL. ¡Eso es casi una partida
de insurrectos!
EMILIO. ¡Maldicion!
MIGUEL. ¿No era tu juego infalible?
EMILIO. Lo sostengo, ¡sí, señor!
MIGUEL. Entonces ¿cómo has perdido?
EMILIO. ¿Cómo? Se me concluyó
el dinero antes de tiempo

porque estaba en un error.
Yo creí que el diez y ocho
era *pasa*.

MIGUEL. ¡Y resultó
higo!

EMILIO. ¡Mira, no te burles!...
Pues tengo bonito humor!...

MIGUEL. ¡Burlarme! ¡Si tú supieras
en qué compromiso estoy!...

EMILIO. Nó, no quiero saber nada! (Pausa.)
¡Ah! (Al ver el secretaire.)

MIGUEL. ¿Qué es ello?

EMILIO. ¿Y por qué no?
(Contestándose á sí mismo.)
Mira, en aquel *secretaire*
que está junto á aquel balcon,
(Se supone que dicho mueble está en la habitacion de la dederecha.)
tiene mi mujer el gato;
por suerte aún no la ocurrió
quitar la llave...

MIGUEL. Comprendo.
¡Vas á ser tú el *tomador*
de lo tuyo!

EMILIO. Nó, al contrario;
vas á serlo tú.

MIGUEL. ¿Quién, yo?

EMILIO. Sí tal.

MIGUEL. ¡Y cómo me arreglo
estando ahí mismo las dos!

EMILIO. Yo me las traeré á esta sala,
y con cualquier relacion
procuraré distraerlas:
tú mientras...

MIGUEL. Dí, ¿no es mejor
que te las lleves más léjos?

EMILIO. ¡Nada de eso!

MIGUEL. ¿Por qué nó?

EMILIO. Porque Anita está escamada,
y si advierte la intencion

lo echamos todo á perder.

MIGUEL. El negocio es tentador:
pero, la verdad... ni Caco...

EMILIO. ¡Eh! ¡no tengas aprension!...
sal airoso de tu empresa,
que aquí queda el editor
responsable.

MIGUEL. Mas...

EMILIO. ¡Que vienen!...
aprovecha la ocasion.

ESCENA ULTIMA

Dichos. ANA y ADELA.

ANA. No esperaba tal sorpresa. (Muy contenta á su hermana.)

ADELA. Pues tu esposo le ha traido.

EMILIO. Vamos, ¿ves cómo he venido,
tontuela mia?... Confiesa
que antes, al verme marchar
sin hacer caso de tí,
me echaste una fama...

ANA. Sí.
¿Por qué te lo he de ocultar?

(Durante esta escena Emilio no cesa de dirigir miradas á su hermano, indicándole que pase á la habitacion del secretaire. Miguel procura obedecerle, pero le detienen las miradas de Adela, que muy recelosa procura adivinar algo en los semblantes de los hermanos, hasta que el diálogo lo indique. El autor deja al buen juicio de los actores la repeticion de este juego.)

EMILIO. (¡Jem!) (A su hermano.)

MIGUEL. (¡Ya voy!) (Id.)

ANA. Y no te extrañes
si esta vez fuí mal pensada.
¡Estoy tan acostumbrada
hace tiempo á que me engañes!

EMILIO. ¿Quién, yo? ¿engañarte tu esposo?
Desecha juicios tan vanos.

ADELA. (¿Qué traerán ahora entre manos...
porque en su acento meloso
se ve clara su falsía.)

Pues sí, querido... pariente, (Irónica á Emilio.)
tienes un gusto excelente,
y á esta se lo decia
viendo el rico medallon
con que hoy la has obsequiado.

EMILIO. ¿Eh? ¿que yo la he regalado? (Muy sorprendido.)

MIGUEL. (Chit, que me pierdes!)

ANA. Accion
que está grabada en mi pecho,
y estará por siempre.

EMILIO. ¡Amen!

ANA. Tú no sabes todo el bien
que en este dia me has hecho.

EMILIO. (Pero oye...) (A Adela.)

ADELA. ¡Es joya muy rica! (Desentendiéndose.)

ANA. Para mí de gran valor,
porque la estima mi amor...

ADELA. Justo, en lo que significa.

EMILIO. ¿Pues qué te habias creido?
(Procurando sacar partido de la situacion.)

MIGUEL. (¡Aquí yo soy el que pierdo!)

EMILIO. ¿Que hoy no tendria un recuerdo
para tí tu fiel marido?

ADELA. (¡Bribon!)

EMILIO. No te ocultaré,
francamente, que ignoraba
hasta en el dia que estaba;
pero apenas me enteré,
salí de aquí por la posta
y fuí á casa del joyero.

MIGUEL. (¡Qué cinismo!)

ADELA. (¡Habrá embustero!)

MIGUEL. (¡Cómo se luce á mi costa!)

EMILIO. Así, pues, cese el enojo
que nublaba tu semblante,
y... (¿Qué hace ese tunante?)

MIGUEL. (Nada, no me quita ojo
mi mujer!)

ADELA. Yo sí que espero
tener un recuerdo igual

en mi dia.

ANA. Es natural.

ADELA. ¡Vaya! Este es muy caballero
y me quiere...

EMILIO. Con locura;
y yo á su defensa acudo.

ADELA. Si lo sé; si no lo dudo,
¡hombre, si estoy muy segura!

EMILIO. Adela, eres inclemente
y muy injusta: ¡óyeme!
Más cerca. ¿Sabeis por qué
(Procurando atraerla é interesarla en lo que dice.)
se muestra algo indiferente
Miguel?

ADELA. ¿Tiene celos?

EMILIO. Sí;
¡y unos celos horrorosos!

ANA. ¿De quién?

EMILIO. Hija, los celosos
de todo dudan.

ADELA. ¿Y á tí
te lo ha dicho?

EMILIO. Sí, señora.
Yo trato de disuadirle,
pero... ¡Da lástima oirle!

ANA. ¡Pobre!

EMILIO. Hay veces que llora,
y si así sigue se muere.

ADELA. Pero bien, ¿por qué está así?

EMILIO. Porque... atiende, ven aquí,
que no quiero que se entere.
(Emilio procura estrechar más el grupo. Adela oye lo que este dice con curiosidad, pero sin creer en e lo.)
La marquesa de la Encina
dió un thé,—brillante por cierto,—
porque á su sobrino Alberto
le hicieron guardia marina.
Los dos fuimos invitados;
pero... Miguel...

MIGUEL. (¡Cómo suda!)

EMILIO. Como él es así... ó sin duda
por sus múltiples cuidados,
se olvidó del dicho thé.
Yo iba solo,—aunque era un feo,—
cuando ya en la puerta, veo
á tu es esposo.

ADELA. Bien: ¿y qué?

EMILIO. Sube conmigo, le dije.
—No puedo,—contestó al punto;—
me importa más un asunto
que ahora mi presencia exige.
Ni vengo vestido yo
como la etiqueta manda...
—¿Y eso qué? ¡Anda, hombre, anda!
¡Entra!
(Muy impaciente y procurando que su hermano le entienda.)

ADELA. ¿Y él?...

EMILIO. ¡Por fin entró! (A tiempo que el otro pasa.)
Subimos, y en el thé aquel
perdió Miguel su alegría,
pues todo el mundo decia
al verle:—¡Pobre Miguel!

ADELA. ¿Y eso le tiene aburrido?

EMILIO. Ya ves que aunque calma sobre...

ANA. Cierto.

EMILIO La palabra «pobre»,
tratándose de un marido...

ADELA. Bien, yo curarle prometo;
y eso que su enfermedad
es ya crónica. (Mucha intencion.)

EMILIO. (Verdad.)

MIGUEL. (Que ha salido de la habitacion y al oido de Emilio:)
(Conseguimos nuestro objeto.)

EMILIO. Pues vámonos. (Sin poderse contener.)

ANA. ¡Cómo! ¿os vais?

ADELA. (¡No digo!)

EMILIO. Sí; mas descuida,
que volvemos en seguida:
entre tanto os arreglais
y...

ADELA. (¿Dónde irán estos dos?)

ANA. Quien te espere que se aguarde.

(Muy contrariada y en tono de súplica.)

MIGUEL. ¡Que es tarde, Emilio, que es tarde!

ADELA. No le ruegues. (A Ana.)

EMILIO. Vámonos.

ADELA. ¡Vete! y tú tambien: ¿qué tardas?
si ese es el plan combinado.

EMILIO. Adela, esto es demasiado.

MIGUEL. Pero sígueme; ¿qué aguardas?

ADELA. ¡Sí, que esperan!

ANA. Oye; oid...

EMILIO. Mire usted que suponer...

(Fingiendo mucha indignacion y alejándose sin hacer caso á su esposa.)

ADELA. ¡Ah! ¡Abierto el *secretaire!*

(Entra precipitadamente en la habitacion.)

EMILIO. (¡Bravísimo! ¡eres un Cid!)

MIGUEL. (Yo compro otro medallon.)

EMILIO. (¡Me traigo hasta los tapetes!)

(Vanse por el foro del brazo y locos de alegría.)

ADELA. (Saliendo muy indignada.)
¿No tenias dos billetes
guardados en tu cajon?

ANA. De cuatro mil reales, sí.

ADELA. ¡Pues se llevan uno!

ANA. (Corriendo á la puerta para llamarles.)
¡Infames!

ADELA. Nó, ven aquí, no les llames.

ANA. ¡Oh!

ADELA. Nada de eso.

ANA. ¡Ay de mí!

ADELA. No llores ni hagas extremos.

ANA. ¡Infiel!

ADELA. Nada de afligirse.
¿Ellos van á divertirse?
¡Todos nos divertiremos!

FIN DEL PRIMER ACTO.

ACTO SEGUNDO.

Gabinete. Balcon al foro. *Secretaire* á la izquierda del balcon. Tres puertas laterales. Una á la derecha y dos á la izquierda. Chimenea.

ESCENA PRIMERA.

EMILIO y MIGUEL.

EMILIO. Ha sido por un azar,
porque mi plan es muy cierto.
Me encontré en la calle á un tuerto,
¿cómo habia de ganar?
Luégo, cuando allí llegué,
al sentarme en mi sillon
¡paf! me veo á don Simon;
y es natural, me azaré.
Ya ves que todo usurero
tiene mala sombra.

MIGUEL. Sí.

EMILIO. No miento: apenas le vi
me echaron el primer cero.

MIGUEL. ¿Qué hay que esperar de un judío?

EMILIO. ¿Y sabes con qué entremés
vino? Pues los pagarés
que se cumplen hoy.

MIGUEL. ¡Dios mio!

EMILIO. Y que si no le pagamos
nos lleva á los tribunales.

MIGUEL. ¡No es nada, veinte mil reales
en la situacion que estamos!
EMILIO. Yo, porque en paz me dejara
y de mi lado se fuera,
le dije que se viniera
por aquí.
MIGUEL. ¿Quién nos ampara?
EMILIO. Yo.
MIGUEL. ¿Tú?
EMILIO. Yo mismo: sí tal.
Dame veinticinco duros
y acaban estos apuros.
MIGUEL. ¡Hombre, si no tengo un real!
EMILIO. ¿Que nó?
MIGUEL. ¿Yo qué he de tener?
EMILIO. ¡Bribon! ¿En qué has invertido
lo que te ha pertenecido?
¡Dos mil realazos!
MIGUEL. ¡A ver!
Medallon, fonda...
EMILIO. ¡Bah! ¡bah!
¡Eres un derrochador!
MIGUEL. ¿Hubiese sido mejor
que tú lo perdieras?
EMILIO. ¡Ca!
Si vieras cuán se admiraban
al ver mi juego infalible
los banqueros...
MIGUEL. ¿Es posible?
EMILIO. ¡Te digo que tiritaban!
Claro, soy su perdicion,
su constante pesadilla:
pero yo, terne en mi silla,
les trato sin compasion.
MIGUEL. Sí, ya lo he visto.
EMILIO. Nó; atiende.
MIGUEL. (¡Está loco!)
EMILIO. Yo ya sé
que he perdido mucho.
MIGUEL. ¿Y qué?

Chico, perdiendo se aprende.

EMILIO. ¡Pues eso es lo que yo digo!

MIGUEL. En fin, hoy hay que minar
el mundo, para callar
á ese feroz enemigo.

EMILIO. ¡A don Simon!

MIGUEL. ¡Claro es!
¡Oh dicha! (Fijándose en el *secretaire*)

EMILIO. ¡Nó! Está cerrado.

MIGUEL. ¿Y tu mujer?

EMILIO. Se ha marchado
con la tuya.

MIGUEL. ¡Hola! ¡Y van tres!

EMILIO. ¿Vas á dudar de tu esposa?

MIGUEL. ¡Hombre, nunca falta un *bú!*

EMILIO. ¿Si será ella como tú?

MIGUEL. ¡Es que yo soy otra cosa!

EMILIO. Vaya, tú eres un pedazo
de tonto, que por andar
así, te vas á ganar
el mejor dia un trancazo,
si das con uno de génio...

MIGUEL. ¡Soy muy prudente!

EMILIO. ¡Bobada!
Dí, la de ahora ¿no es casada?

MIGUEL. Sí, ¡pero tiene un ingenio!...

EMILIO. ¡Oh!

MIGUEL. Y un marido celoso
que de su poder abusa.

EMILIO. ¡Ya!

MIGUEL. La tiene cual reclusa.
Pero, chico, lo chistoso
es que, á pesar del rigor
con que guardarla ha querido,
hasta hoy solo ha conseguido
ser él nuestro...

EMILIO. ¡Horror! ¡Horror!

MIGUEL. Y ella ha inventado ese ardid...

EMILIO. ¿Sí?...

MIGUEL. ¡Si es lo más ingeniosa!...

Verás, oye: es muy golosa,
¡mucho!

EMILIO. ¿Hija de Madrid?

MIGUEL. Nó, señor, es de Almería.
Su esposo, que es de los lelos,
la compra unos caramelos
de cierta confitería
donde yo concurro mucho,
casi cuotidianamente.
¿Me entiendes?

EMILIO. Perfectamente.

MIGUEL. Como el hombre es poco ducho,
no se le ocurre pensar
que entre aquellos papelitos...

EMILIO. ¡Pues! van algunos escritos
en cifra, para evitar...

MIGUEL. ¡Sí! sí. Pues ¿y la manera
(Celebrándose la gracia.)
que tiene de contestarme?

EMILIO. Pero, hombre, ¿vas á contarme?...

MIGUEL. ¡Si eso enamora á cualquiera!
¡Si es lo más lista!...

EMILIO. ¡Lo creo!
Mas...

MIGUEL. ¡Es para que te rias!
A las tres, todos los dias
recibo yo mi correo,
y ¡asómbrate!

EMILIO. ¡Ya me asombro!

MIGUEL. Me lo entrega en propias manos
uno de esos italianos
que con la música al hombro
se ganan por ahí la vida
tocando un mal organillo.

EMILIO. Pero ¿cómo?

MIGUEL. Es muy sencillo.
A la hora convenida
se planta bajo el balcon
mi hombre: suena una tocata,
que suele ser *La Traviata*,

y ella, con gran precaucion...

EMILIO. *¿La Traviata?*

MIGUEL. ¡Nó: no tal!
Adela, que ese es su nombre,
se asoma: ve si es nuestro hombre,
y en perros le arroja un real
bien envuelto en un papel.

EMILIO. Papel que estás tú esperando.

(Miguel hace signos afirmativos.)

¡Lo que se va adelantando
en ciertas cosas, Miguel!

MIGUEL. ¿Qué quieres?

EMILIO. La gran cuestion
es ver ahora de pagar...

MIGUEL. Yo me tengo que marchar...

EMILIO. Huyendo de don Simon,
¿no es cierto?

MIGUEL. (¡Pues claro es!)
Nó: voy á ver si realizo
un empréstito al Suizo,
donde me espera Valdés.

EMILIO. ¿Eso es verdad?

MIGUEL. ¡No que nó!

EMILIO. Oye...

MIGUEL. Si me da dinero,
pagamos al usurero,
¡y á vivir! (Vase.)

EMILIO. ¡Eh!... Se largó.

ESCENA II.

EMILIO.

¡Pues lo que es yo no me aguardo!
Pero... ¡si soy un gallina!
Una vez que el campo es mio
y ahora no hay quien me lo impida,
¿por qué no probar á abrir?
Al momento.—En su mesilla
creo que tiene unas llaves...

(Vase, primera puerta izquierda.)

ESCENA III.

ADELA y ANA que salen por la segunda puerta izquierda muy quedito.

ADELA. ¡Oiste! ¡La puertecita
va á servirnos de mucho!
ANA. ¡Oh!
¡Dios mio! ¡Cuánta perfidia!
ADELA. ¿Conque mi señor marido
recibe todos los dias
un papel de una manera
tan *ingeniosa* y *artística*?
¡Yo le daré caramelos,
y Traviatas y cartitas!
¿Te sabes bien la leccion?
ANA. Saberla, sí; pero mira
que yo no voy á poder
fingir bien.
ADELA. ¡Qué tontería!
ANA. ¡Y nos exponemos mucho
en este juego!
ADELA. Pues, hija,
¿es poco lo que ganamos?
ANA. ¿Y si perdemos?
ADELA. ¿Te olvidas
de que hasta hoy han sido inútiles
las lágrimas, las sonrisas,
las súplicas, los desdenes,
y en fin, hasta las caricias?
¡Pues vamos á ver si, hiriéndoles
del corazon otras fibras,
tornan luego al buen camino
ese par de almas perdidas!
¡Ah! ¿Dónde has puesto la llave
del *secretairè?*
ANA. Aquí encima,
en este joyero
ADELA. Nó:

ponla aquí más á la vista.

(Adela la pone sobre el mueble en que esté el joyero.)

Cuando vuelvan á la carga,
que estoy de ello segurísima,
verán qué buenos *billetes*
se encuentran.

ANA. ¡No estoy tranquila!

ADELA. ¡Calla, que vuelve tu esposo!

ANA. Pero...

ADELA. ¡Ven, no seas niña! (Vanse por la derecha.)

ESCENA IV.

EMILIO: despues ANA.

EMILIO. Por poco encuentro las llaves.
A ver si alguna... Esta es chica.

(Probando las llaves que trae en su llavero.)

ANA. (¡Adela no me engañaba!
¡Dios mio, qué villanía!)

EMILIO. Ninguna ajusta. (Sin verla.)

ANA. (Si estoy
por confundirle!...)

EMILIO. ¡Por vida!...
Quizá con unas tijeras...
Voy á... (¡María Santísima!) (Al ver á Ana.)

ANA. ¿Te causa ya miedo el verme?

EMILIO. Nó... es... que... como creia...
que... habias salido...

ANA. ¡Ya!

EMILIO. Y no oí la campanilla
ni...

ANA. ¿Me esperabas?

EMILIO. ¡Es claro!
(¿Me habrá visto?)

ANA. ¿Qué decias?

EMILIO. Nó, nada. (Señor, ¿hay duendes
en esta casa maldita?)

ANA. ¿Supongo que pensarás
salir?...

EMILIO. Nó: ahora no tenia...
ANA. ¡Gracias á Dios que una vez
se te puede hablar sin prisa!
EMILIO. ¿Pues de qué quieres hablarme?
ANA. De algo que el sueño te quita.
EMILIO. ¿Y qué es ello?
ANA. No te enfades;
y perdona si, atrevida,
pretendo darte un consejo,
más que de esposa, de amiga.
No juegues más á *docenas*,
ni á los *cuadros*, ni á las *líneas*.
EMILIO. ¡Anita!
ANA. No seas tonto
y juega á la *repetida*.
(El asombro de Emilio debe ser creciente.)
¿Que salen pares? A pares
hasta que quiebren. ¿Que tiran
nones? Pues te vas á nones
sin vacilar.
EMILIO. ¡Pero chica!...
(¡Dios mio, qué estoy oyendo!)
ANA. La jugada es muy sencilla. (Medio mutis.)
¡Ah! No juegues martin-galas
porque son una engañifa:
para uno que sale bien...
EMILIO. ¡Yo estoy en Bábia!
ANA. ¡Medita
mi consejo, y buena suerte!
(¡Cumplí mejor que creia!)

ESCENA V.

EMILIO.

¿Pero oye?... ¡Yo estoy soñando!
¿Esto es verdad ó mentira?
¿Quién la ha enseñado esos términos
ruletescos, que se estilan
solamente en ciertos *círculos?*...

«No juegues cuadros ni líneas.»
¿Si tendrá razon? ¿Qué es esto?
(Reparando en la llave que ha dejado Ana.)
¡La llave de ahí! ¡Oh dicha!
¡Se la ha dejado olvidada!
¡A ver antes si me expian!...
(Mirando por la puerta que se ha marchado su mujer.)
¡No está, no está! ¡El mundo es mio!
Cometo una accion indigna;
¡pero el caso es explotar
sin perder tiempo la mina!
(Se dirige al *secretaire*, le abre y comienza á registrar los salones.)
A ver... Aquí nó... Tampoco
en este. Guantes, horquillas...
¡Domonio! Si no hay un céntimo,
á lo ménos á la vista!...
¿Calle? ¿Qué esto que asoma
debajo de esta tablilla?...
¡Un papel! ¡Nó, que son dos!
¡Una carta con la firma
de Adela! ¿Cómo?—«A las siete»...
¿Qué es esto? ¡Ah, fementida!
¿A ver? ¡Y una papeleta
de empeño! Y que esta no es mia
estoy cierto.—«Medallon
con esmalte y piedras finas.»
¡Será el medallon que... ¡Ana!
¡Adela! ¡Qué significa!...

ESCENA VI

Dicho. TORCUATO.

TORCUATO. Caballero...
EMILIO. ¡Eh! (Sorprendido y muy incomodado.)
TORCUATO. Servidor...
EMILIO. Muy señor mio. ¿Podria saber?...
TORCUATO. ¿A lo que venia?

EMILIO. Sí; si me hace usté el favor...
(Que contraste la dulzura de Torcuato con el carácter ágrio y fuerte de Emilio.)

TORCUATO. (¡Dios mio! Este ¿quién será?
Segun dijo doña Inés,
era viuda.)

EMILIO. (¿Qué entremés?...)

TORCUATO. ¿La señora no estará?

EMILIO. ¡Cómo!

TORCUATO. (¿Será algun amante?)

EMILIO. ¿Buscaba usté á la señora?

TORCUATO. Justamente.

EMILIO. Pues ahora
no se halla aquí; mas, no obstante,
yo...

TORCUATO. Nó, no tal: es distinto.

EMILIO. ¿Cómo distinto?

TORCUATO. (¡Me escamo!)

EMILIO. ¿Quién es usted?

TORCUATO. Yo me llamo
don Torcuato Riotinto.

EMILIO. ¿Y qué?

TORCUATO. (Mala cara tiene;
mas si paga...)

EMILIO. Sin pretextos;
¿quiere usted no hacer más gestos
y decir á lo que viene?

TORCUATO. Pues yo... La señora sabe
quién soy. Antes vine...

EMILIO. (¡Hola!)

TORCUATO. Mas como no estaba sola...

EMILIO. (¡Caracoles, esto es grave!)
¿Y ha de ser sola tambien
como usted pretende verla? (Procurando dominarse.)

TORCUATO. Yo por no comprometerla...

EIMILIO. Es claro, hace usted muy bien.
(¡A este le rompo el bautismo!)

TORCUATO. La cosa no es casi nada,
y ya estará acostumbrada,
porque otras veces lo mismo

le ha solido acontecer.
Amigo, el juego es así:
hoy á tí, mañana á mí...

EMILIO. ¿Cómo?

TORCUATO. La tocó perder
en la última reunion.

EMILIO. (¿Qué dice?)

TORCUATO. La suerte es loca:
tuvo que jugar de *boca*.
«Azares del juego son.»

EMILIO. ¿De qué juego?

TORCUATO. (¡Este me pega!)

EMILIO. ¡Hable usted pronto! (Muy incomodado.)

TORCUATO. (¡Ay de mí!)

EMILIO. Porque sepa usted que aquí
¡yo solo soy el que juega!

TORCUATO. Y la seño...

EMILIO. ¡No es verdad! (Sin dejarle terminar la frase.)
¡Eso es falso!

TORCUATO. ¿Cómo? ¿qué?

EMILIO. (¿Jugar Ana?) ¡Salga usté
ó hago una barbaridad!

TORCUATO. Lo pide de tal manera...
(Señor ¿dónde me metí?) (Medio mútis.)

EMILIO. (¡Ah! qué idea! ¡Es mejor, sí!)
Oiga usted: ¡soy una fiera!
(Trayéndole al proscenio cogido por las solapas de la levita.)

TORCUATO. Lo creo.

EMILIO. Gran tirador
de sable y pistola.

TORCUATO. (¡Atiza!)

EMILIO. Escoja usté: una paliza
ú obedecer.

TORCUATO. (¡Pues, señor,
la eleccion no es muy dudosa!)
Bien: ¿qué quiere usté de mí?

EMILIO. Poca cosa. Entre usté ahí
sin replicar.

TORCUATO. (¡Qué graciosa
situacion!) Pero...

EMILIO. ¡No admito
escusas!

TORCUATO. (¡Ay qué Neron!
Me va á salir sarampion
del disgusto!)

EMILIO. ¡Y si da un grito,
si álguien llega á sospechar
de que está usté ahí encerrado!...

TORCUATO. Nó, nó; yo estaré callado.

(Lo encierra en la primera habitacion de la izquierda, aunque sin quitar la llave.)

EMILIO. ¡Pronto lo he de averiguar!

ESCENA VII

EMILIO. despues MIGUEL.

EMILIO. ¡Ana!—¡Si no puede ser! (Llamando.)
Pero... ¿y esta papeleta?
(Se ha guardado la carta y la papeleta la tiene en la mano.)
¿Y la leccion de ruleta?
¿Y este hombre?... ¡Voy á perder
el juicio!...

MIGUEL. ¿Qué te sucede?

EMILIO. Nó, dí mejor: ¿qué nos pasa?
(¡Qué idea! Voy á esta casa
de empeños, y que ese se quede
encerrado.) (Por la casa de préstamos que indica la papeleta.)

MIGUEL. ¿Vas á hablar?...

EMILIO. Me quiero antes persuadir.
Sólo te puedo decir
que haces bien en sospechar
de Adela.

MIGUEL. ¿Te burlas?

EMILIO. Nó.

MIGUEL. ¡Explícate!

EMILIO. Tengo pruebas...

MIGUEL. ¡Cielos!

EMILIO. De aquí no te muevas
hasta que regrese yo.

MIGUEL. ¡Perjura!

EMILIO. ¡Paciencia! ¡Calma!

(Deteniendo á su hermano que quiere ir en busca de su mujer.)

¡Ni una palabra, ni un gesto
hasta mi vuelta!

MIGUEL. ¡Es que esto,
chico, le llega á uno al alma!

EMILIO. ¡Oh! ¡y tanto!

MIGUEL. ¿Ana tambien?...

EMILIO. ¡Tambien: tambien me la pega!

MIGUEL ¡Horror!

EMILIO. ¡Me consta que juega,
y que pierde!...

MIGUEL. Pero ¿quién
ó quiénes?...

EMILIO. ¡No has de decirlas (Sin hacerle caso.)
ni tanto así de este asunto!

MIGUEL. Si puedo...

EMILIO. Yo vuelvo al punto.

(Vase segunda puerta derecha.)

MIGUEL. ¡Pronto, para confundirlas!

ESCENA VIII

MIGUEL: despues ADELA.

MIGUEL. «Piensa mal y acertarás,»
dice un refran que yo sé.
Yo pensé mal... y acerté.

ADELA. (¿Sí? ¡Pues tú lo pagarás!) (Que le habrá oido.)

MIGUEL. (¡Ella!)

ADELA. (¡Valor, y adelante!)

MIGUEL. (¡Qué mal me reprimo! ¡Ingrata!)

ADELA. Miguel.

MIGUEL. (¡Cómo se retrata
la traicion en su semblante!)

ADELA. ¿Qué tiénes? ¿Qué te ha pasado?

(Con extremada solicitud.)

MIGUEL. Nada.

ADELA. Mejor que mejor.

(Se sienta en el confidente, saca un caramelo de los que traerá en el bolsillo y arroja el papel cerca de su esposo, con el fin de que éste se fije en ella. Miguel no hace caso.)

¿Quieres hacerme un favor?

MIGUEL. ¡Cuál?

ADELA. Ven: sentarte á mi lado.

MIGUEL. ¡Me encuentro muy bien aquí!

ADELA. No me extraña lo que escucho.
Hace mucho tiempo, mucho,
que advierto que huyes de mí.

MIGUEL. (¿Y se atreve á provocarme?)

ADELA. Soy, no obstante, de las tercas;
y ya que tú no te acercas,
tendré yo que aproximarme.

(Coge una silla y se sienta al lado de Miguel. Al mismo tiempo que está hablando, procura dar vueltas al caramelo que tiene en la boca.)

MIGUEL. ¡Qué cinismo! (Levantándose.)

ADELA. ¡Hombre, por Dios, (Haciéndole sentar.)
no te vayas: sientate!

MIGUEL. (¡Señor: paciencia!)

ADELA. ¿Por qué
no hemos de charlar los dos
un rato aquí, sin testigos?
¿O es que á mí me negarás
lo que, de seguro, das
al peor de tus amigos?
¿Qué tienes? ¡Algo me oculta
ese pecho en este instante!
¿Qué sientes?

MIGUEL. ¡Ay qué cargante!
¡Nada!

ADELA. ¡Bien!

MIGUEL. (¡Es que me insulta
al mostrar tal interés!)

ADELA. Callaré si te incomodas.
¡Te amo tanto!...

MIGUEL. (¡Lo de todas!)

ADELA. ¡No te enfades!
MIGUEL. (Cierto es!) (Estúdiese esta frase.)
ADELA. ¡Alza la vista del suelo,
que pueda yo verme en tí!
MIGUEL. ¡Adela! ¡Adela!
ADELA. ¡Así, así!
MIGUEL. ¿Qué comes?
ADELA. Un caramelo.
MIGUEL. (¡Dios mio!)
ADELA. ¿Qué, quieres uno?
MIGUEL (¡Qué casualidad!) Sí, dame...
(¿Qué apostamos que esta infame?)
ADELA. Este es hoy mi desayuno.
MIGUEL. ¿Sí?
ADELA. No he tomado otra cosa,
y eso que es tan tarde.
MIGUEL. (¡Oh!)
Mira: no sabia yo
que fueses tú tan... ¡golosa!
(Al tomar el caramelo que le ha dado Adela, lo desenvuelve y procura ver si el papel tiene algo escrito.)
ADELA. Nó, pues no soy mucho.
MIGUEL. (¡Infiel!)
ADELA. ¿Qué haces, hombre? ¿Tú estás lelo,
ó es que en vez del caramelo
vas á comerte el papel?]
¡Ay qué cara!
MIGUEL. (¡No reposo!)
ADELA. ¡Ah! ¡Necia! Pues si sé ya
lo que tú tienes... ¡Ja! ¡ja!...
¡Siempre has sido tan celoso!...
MIGUEL. ¡Mira que esto es inaudito!
ADELA. ¿Conque usted de mi recela?]
MIGUEL. ¿Y es sín razon?
ADELA. ¡Ja! ¡ja!
MIGUEL. ¡Adela!
ADELA. ¡Vaya otro caramelito! (Mucha coquetería)
¡Mira, y de guayaba!
MIGUEL. ¿Sí?
ADELA. ¡Sí: para tí lo guardaba!

MIGUEL. (¡Dios mio, me da guayaba!)
¡Ah! (Al desenvolverle y mirar el papel.)
ADELA. (¡Ya dió con ello!)
MIGUEL. Dí:
¿qué es esto? ¡Nó! ¡Calla! ¡Vete,
vete de mi lado!
ADELA. ¡Ay, hijo! (Mostrándose sorprendida.)
MIGUEL. ¡Dámelos todos: lo exijo!
ADELA. ¡Bien, hombre: toma el paquete!
(Dándole el paquetito de caramelos que traerá en el bolsillo. Miguel los arroja sobre un velador, y muy colérico y convulso comienza á desenvolverlos.

MIGUEL. ¡A ver!...
ADELA. (Mucho le exaspero;
pero ese ardor le redime.)
MIGUEL. ¡Una ka! ¡Una jota! Dime:
¿esto es una *o* ó un cero? (Mostrándola un papelito.)
ADELA. ¡Ay, yo no sé; soy tan lerda!...
MIGUEL. ¡Es cero, no hay duda, nó:
como diciendo que yo
soy aquí un cero á la izquierda!
¡Mas ya lo veremos!
ADELA. ¡Hombre!
MIGUEL. Dime; ¿dónde se han comprado?
ADELA. Si me los han regalado.
MIGUEL. ¿Quién?
ADELA. ¿Quién?
MIGUEL. ¡Su nombre! Su nombre!
ADELA. ¡Cálmate!
MIGUEL. ¡Que así me vendas,
infiel!
ADELA. ¿Yo infiel á tu amor?
MIGUEL. ¡Sí, señora!
ADELA. ¡Nó, señor!
MIGUEL. ¡No me insultes!
ADELA. ¡No me ofendas!
MIGUEL. ¿Conque no amas?
ADELA. ¡Con locura!
MIGUEL. ¿Y lo confiesas?
ADELA. ¡Pues sí!

MIGUEL. ¡Qué descaro!
ADELA. ¡Si es á ti!
MIGUEL. ¡Perjura!
ADELA. ¡Miguel!
MIGUEL. ¡Perjura,
aparta!
ADELA. (¡Voy viento en popa!)
Escucha.
MIGUEL. ¡No!
ADELA. ¡Pues adios!
MIGUEL. ¡Nos veremos!
ADELA. ¡Sí! (Los dos
van apurando la copa!)

(Vase por la primera puerta derecha.)

ESCENA IX.

MIGUEL: despues TORCUATO.

MIGUEL. Pero, señor, ¿es posible?
¡Pues claro! ¿No lo estoy viendo?
Yo necesito saber
quién es el vil que trae esto. (Por el paquete.)
¡Si le cojo entre mis manos!...
TORCUATO. ¡Caballero! (Llamando dentro.)
MIGUEL. ¿Eh?
TORCUATO. ¡Caballero!
MIGUEL. Pero ¿quién diablos me llama?
TORCUATO. ¡Aquí!
MIGUEL. ¿Dónde? Si no veo...
TORCUATO. ¡Aquí en este gabinete!
Hágame usted el obsequio
de abrir, estoy encerrado.
MIGUEL. (¡Un hombre aquí! ¡Dios eterno!
¿Será esta la prueba que
Emilio?... Ahora lo veremos.)
¡Salga usté!...
TORCUATO. ¡Un millon de gracias!
MIGUEL. No hay de qué.—Mas sin rodeos:
¿qué hacia usted en ese cuarto?

TORCUATO. Diré á usted...
MIGUEL. ¡Sin cumplimientos!
TORCUATO. Soy Torcuato Riotinto.
MIGUEL. Al grano.
TORCUATO. (¡Uy! ¡qué mal génio!)
He venido aquí á cobrar...
MIGUEL. ¿De parte del usurero
don Simon?
TORCUATO. No tal: de parte
de unas señoras...
MIGUEL. ¡No es cierto!
TORCUATO. ¿Eh? (¡Qué afan de desmentirme
tienen estos caballeros!)
Le juro á usted que es verdad
cuanto le digo.
MIGUEL. ¡Acabemos!
¿Conoce usté este paquete? (Mostrándoselo.)
TORCUATO. ¿Cómo?
MIGUEL. ¿Y estos caramelos?
TORCUATO. ¿A ver?—«La colmena de oro». (Leyendo.)
¡Sí, señor; y son muy buenos!
Doy fé, porque compro muchos.
MIGUEL. Sí, si estoy en el secreto.
(¡No sé como no le ahogo!)
Oiga usted, yo soy de hierro:
¡tengo el corazon de bronce!
TORCUATO. ¡Ay Dios!
MIGUEL. ¡Y entrañas de acero
colado!
TORCUATO. Es usté una mina
sin explotar.
MIGUEL. ¡So embeleco!
¿Es que piensa usted burlarse?
(Cogiendo una silla para tirársela.)
TORCUATO. ¡Nó, no tal! ¡Socorro! ¡fuego!
(¡Ah! ¡qué idea! ¡Así me escapo!)
¡Señor mio, este atropello
de que yo estoy siendo víctima,
ni es justo ni le tolero!
MIGUEL. ¿Eh? ¿qué quiere usted decir?

TORCUATO. ¡Ahí tiene usted, y hasta luego!
(Alargándole su tarjeta que Miguel rechaza, deteniéndole al mismo tiempo.)

MIGUEL. ¡Cá, nó! ¡Si usted no se vá!
¿Duelitos á mí?

TORCUATO. ¡Eso quiero!

MIGUEL. Sí, yo lo mato á usted;
pero ha de ser como á un perro.

TORCUATO. Pero, hombre, ¿por qué?

MIGUEL. ¿Por qué?
¿Acaso no ha dado en ello?
¡Yo soy su esposo!

TORCUATO. ¿Mi esposo?

MIGUEL. (¡Este es un pillo ó un necio!)
¡Esposo de esta señora!

TORCUATO. ¡Dios mio! ¡Qué estoy oyendo!
¿Pues no es viuda?

MIGUEL. Demasiado
sabe usted que nó.

TORCUATO. (¡Yo muero!)

MIGUEL. ¡Hácia aquí viene! (Mirando)

TORCUATO. ¡Que venga,
que venga es lo que deseo!

MIGUEL. ¡Cá, nó! ¡si va usté á decirla
que yo he salido!

TORCUATO. Comprendo.

MIGUEL. Y va usted á hablar con ella,
mientras yo en este aposento...

TORCUATO. Ese recurso es muy pobre
y además muy violento.

MIGUEL. Bien: será lo que usted quiera.
Pero es el único medio
de probarme su inocencia.
¡Y si hace usté un solo gesto!...

MIGUEL. Hombre, de eso no respondo:
soy un manojo de nervios,
y...

MIGUEL. Pues bien: ¡si ella sospecha
que yo les estoy oyendo...
salgo y lo estrangulo á usted!

TORCUATO. ¡Pero hombre!...
MIGUEL. ¡Lo dicho!
(Entra en la primera puerta izquierda, quedándose entre las cortinas.)
TORCUATO. ¡Cielos!
¡Y lo hará como lo dice!
¡De aquí salgo sin pellejo!

ESCENA X.

TORCUATO, ADELA, MIGUEL oculto tras las cortinas.

ADELA. ¡Oh, señor de Riotinto!
¿Usted por aquí otra vez?
TORCUATO. Yo... sí... (¡Qué cara de juez!)
El actor encargado de este papel comprenderá perfectamente lo crítico de su situacion. Toda la escena debe hacerla temblando y sin apartar la vista de la habitacion en que está Miguel.)
¡Ya voy!—(¡Tengo un laberinto
(Contestando á las señas que le hace Miguel para que hable á su esposa.)
de ideas en mi cabeza!...)
Señora, debo advertir
que yo...
ADELA. (Se va á divertir
el que escucha en esa pieza!)
Siéntese usted.
TORCUATO. (¡Sí, al momento!)
ADELA. Y hable cuanto guste ahora.
TORCUATO. Muchas gracias; nó, señora.
ADELA. ¿Cómo? ¿qué?
TORCUATO. ¡Que no me siento!
ADELA. ¿Tanta prisa tiene usté,
ó tan mal se halla á mi lado?
TORCUATO. Nó, mas... (Bien, ya estoy sentado.
(Miguel le hace señas.)
Verdugo!)
ADELA. ¡Pero hombre!
TORCUATO. ¿Qué?
ADELA. ¡La ocurrencia es peregrina!
TORCUATO. Nó, pues yo no he dicho nada.

ADELA. Sí, si ya lo sé.
MIGUEL. (¡Taimada!)
ADELA. Mas yo no tengo bocina;
y aunque así podemos vernos,
para el caso no es igual,
porque á una distancia tal
es imposible entendernos. (Mucha intencion.)
TORCUATO. (¡Qué lenguaje, santo Dios!)
MIGUEL. (¡Acérquese usted!) (A Torcuato.)
TORCUATO. ¡Corriente!
ADELA. Aquí en este confidente
hay sitio para los dos.
(Torcuato se sienta al lado de Adela. Las figuras deben estar colocadas de modo que Torcuato y Miguel se vean de frente, y Adela de espaldas á su esposo.)

TORCUATO. (¡Esto se pone muy serio!)
ADELA. ¡Ajajá!
TORCUATO. (¡Y el otro allí!)
ADELA. Ea, empiece.
TORCUATO. (¡Desde aquí
me llevan al cementerio!)
ADELA. (¡Veremos si te resistes
á esta leccion!)
TORCUATO. (¿Y que digo?)
Su esposo de usté...
(Queriendo indicarle con los ojos que Miguel escucha. Adela no le entiende.)

ADELA. ¡Ay, amigo!
¡no hablemos de cosas tristes!
TORCUATO. Iba á decir que salió...
ADELA. Bien: ya volverá...
TORCUATO. (¡Y al punto!)
ADELA. Hábleme usted de su asunto
y dejémosle en paz.
MIGUEL. (¡Oh!)
ADELA. El pobre anda por ahí
ajeno de que aquí estamos...
TORCUATO. ¡Sí; muy ajeno! (Apostamos
que se ha prendado de mí!
¡Y es preciosa!)

ADELA. Vamos... ¿qué?
TORCUATO. Temo dar á usted enojos...
(¡Ay! ¡qué ojos, señor, que ojos!) (Por los de Miguel)
ADELA. ¡Cómo!
TORCUATO. ¡Qué ojos tiene usté!
ADELA. ¡Já! ¡Já!
TORCUATO. (¡Se alegra! ¡Yo muero!...)
Señora...
ADELA. ¡Nó, si me rio!...
Ante todo, amigo mio,
¿usté es casado ó soltero?
TORCUATO. Lo que á usté le agrade más.
Digo, nó, me he equivocado:
soy casado y muy casado,
y con hijos además.
Adoro á mi esposa, ciego,
y Dios nuestro amor bendice;
así que, como quien dice,
estoy ya fuera de juego.
(¡A ver si ese tigre hircano
cesa ya de sospechar!
¡Miento; mas en mi lugar
mintiera el mejor cristiano!)
ADELA. Pues me resisto á creer
ese amor que usted proclama:
si tanto á su esposa ama,
¿por qué dice á una mujer
lo que antes á mí me ha dicho
lleno de amoroso afan?
¿Por qué, moderno don Juan?
TORCUATO. ¡Ahí verá usted, por capricho!
porque me obligan... á ello
las gracias que usté atesora;
por eso mismo.
ADELA. ¿Sí?
TORCUATO. (¡Ahora
me ahogaban con un cabello!)
ADELA. Ciego dice usted que está,
y el que está ciego no ve.
TORCUATO. (¡Y tanto!)

ADELA. Más claro; que
usted para sí dirá:
«Mujer que por su marido
se ve tan abandonada
y sin piedad relegada
al más humillante olvido,
por fuerte y santa que sea,
es tanto lo que padece,
que si otro su amor la ofrece.. »

TORCUATO. (¡Ay, Dios mio, que flaquea!)

ADELA. «Sólo por dar que sentir
al infiel que la maltrata,
es capaz...

TORCUATO. (¡Ahora me mata!)

ADELA. ¡Jesús! ¡lo que iba á decir!

TORCUATO. Sí, sí; no diga usted más:
lo que resta lo adivino.

ADELA. ¡Mi esposo es un libertino!...

TORCUATO. ¡Nó, nó!

MIGUEL. (¡Ya me lo dirás!)

ADELA. ¡De esos que al crimen incitan
con su infame proceder!

TORCUATO. Consuele á usted el saber...

ADELA. Sí, que hay muchos que lo imitan
y exigen de sus esposas
amor y fidelidad.

TORCUATO. Señora, ¡por caridad,
no me diga usté esas cosas!

ADELA. ¡Usted me ama, de fijo!

TORCUATO. ¡Yo, nó! (Levantándose muy asustado.)

ADELA. Y aunque bien no cuadre
á...

TORCUATO. ¡Chist! ¡chis!... (Creo en Dios padre!)

MIGUEL. ¡Infames!

TORCUATO. Creo en Dios hijo.
(Al decir esto cae medio desmayado en el asiento.)

ESCENA XI.

Dichos. MIGUEL: despues ANA.

ADELA. Pero ¡estás loco!
MIGUEL. ¡Traidora!
TORCUATO. (¡Qué situacion tan cruel!)
MIGUEL. ¡Te he escuchado!...
ADELA. ¡Si!...
ANA. ¡Miguel!
(Entrando muy azorada.)
¡Abajo está una señora
que pretende verte!
MIGUEL. ¡A mí!
ANA. Y grita que se las pela.
Dice que se llama Adela...
MIGUEL. (¡Dios mio!)
TORCUATO. (¡Adela!)
ANA. Y que si
no la obedeces muy listo...
ADELA. ¡Quién te manda de tal modo!
ANA. Sube, atropella por todo
y arma la de Dios es Cristo!
ADELA. ¡Qué mujer es esa!
MIGUEL. Voy...
(Sumamente contrariado y sin saber qué responder.)
TORCUATO. Diga usted, ¿qué señas tiene?... (A Ana.)
MIGUEL. Una señora que viene...
ADELA. ¡Abuscarte; sí; ya estoy:
esa es alguna querida!...
¡Yo quiero verla!...
MIGUEL. ¡Nó! (¡Cielos!)
ADELA. ¡Y tú de mí tienes celos!
MIGUEL. Déjame: vuelvo en seguida.
(Pero... este se escapará...)
Pase usté á esa habitacion...
TORCUATO. ¡Otra vez!
MIGUEL ¡Sin dilacion!

TORCUATO. (¡Si será!... ¡Si no será!)

(Miguel encierra á Torcuato en la misma habitacion de que le sacó, guardándose la llave y corriendo además un pestillo.)

ADELA. ¡Esos son necios estremos:
el señor es inocente!

MIGUEL. Bien: vuelvo al punto.

ADELA. Corriente:
¡mal esposo!

MIGUEL. ¡Ya hablaremos!

(En tono de amenaza y saliendo precipitadamente por la segunda derecha.)

ESCENA XII.

ADELA y ANA.

ADELA. ¡Oh! ¡no hay tiempo que perder!

ANA. ¡Esto es provocarles mucho!

ADELA. Animo, no me abandones,
que falta poco; lo último.

ANA. No dirás que no fuí exacta
en venir.

ADELA. Sí; muy á punto.
¿Y ese hombre?

ANA. ¿El usurero?
¡Ahí está hecho un energúmeno!
Como ha venido tres veces
y no ha encontrado á ninguno
de los dos...

ADELA. Dile que venga.
¡El cambiazo va á ser chusco!

ANA. ¡Dorotea, trae á ese hombre!

(Llamando. La criada aparece y vuelve á salir enseguida.)

ADELA. Se le darán sus mil duros;
pero antes ha de ayudarnos
á conseguir nuestro triunfo.

ESCENA XIII.

Dichas. D. SIMON, DOROTEA.

ADELA. Pase, pase usté adelante.
SIMON. ¿No están? ¡Esto es un abuso!
¡esto no se hace con nadie!
¡Esto es estafarle á uno!
Ya he venido siete veces
y otras que vengo y no subo
y me estoy en el portal
acechando: son recursos
de que tengo que valerme...
ADELA. Bien; mas...
SIMON. Su esposo... nó, el suyo...
(Dirigiéndose alternativamente á las dos.)
me ha mandado que viniera
y aún no le he visto: presumo
que fué por desentenderse
de mí.
ADELA. ¡Por Dios!
SIMON. ¡Mas les juro!...
ANA. Bien: ¿usted querrá cobrar?
SIMON. ¡Me parece que es muy justo!
ADELA. Pues yo le prometo á usted
que cobrará.
SIMON. ¡Oh! ¡de seguro!
ADELA. Y hablará usted con los dos.
SIMON. Ese es mi deseo único.
ADELA. Pronto, acompaña al señor. (A Dorotea.)
DOROTEA. Venga usted.
SIMON. ¿Qué es lo que escucho?
¿Es así como se paga?
ADELA. Yo lo que prometo cumplo.
Quiero que usted les sorprenda.
SIMON. Bien: de ese modo... mas dudo...
ADELA. Entran ustedes por casa, (A dorotea.)
dan la vuelta...
SIMON. (¡Con qué gusto

les echaria á presidio!)

DOROTEA. Vamos...

ADELA. Si el otro hace escrúpulos,
con un engaño cualquiera...

DOROTEA. Descuide usted.

(Vase con don Simon, por la segunda puerta derecha.)

ADELA. ¡Ay! ¡yo sudo!

ESCENA XIV

Dichas: luego TORCUATO.

ANA. ¡Dios quiera que tanta farsa
no nos dé serios disgustos!

ADELA. ¡Encerrarle en ese cuarto!...
¡Oh, sí! ¡el cielo lo dispuso!
¡Bendita puerta secreta
y quien tal idea tuvo!
¡Cómo se van á quedar
mi buen marido y el tuyo
al ver salir á...

TORCUATO. ¡Respiro!
¿No está su esposo el verdugo?

ADELA. ¡Nó!

TORCUATO. ¡Mi baston, mi sombrero! (Cogiéndolos de donde los haya dejado)
¡No estoy aquí ni un minuto!

ADELA. Es que estarán á la puerta;
y al verle salir...

TORCUATO. ¡San Bruno!
¡No importa, por la boardilla
me marcho: yo más no sufro!

ANA. ¡Pobre! Deja que se marche.

ADELA. Nos hace aún falta.

TORCUATO. ¡Qué escucho!
¡Oigo voces! ¡Ellos son!
¿No hay por ahí un baul mundo?
¡Un armario, en cualquier parte!

ADELA. ¡Aquí!

TORCUATO. ¡Nó, no estoy seguro!

ADELA. ¡Que llegan!

TORCUATO. ¿Tiene cerrojo?
ADELA. ¡Sí!
ANA. (¡Yo tiemblo!)
ADELA. (¡Disimulo!)

ESCENA ÚLTIMA.

Dichas. EMILIO, MIGUEL y TORCUATO entre las cortinas. Emilio y Miguel, ciegos de furor, se dirigen cada cual á su mujer y las llevan al proscenio. Todos quieren hablar á un tiempo, pero procurando que lleguen bien al público todas las palabras. Esta escena debe ser un relámpago.

EMILIO. ¡Venga usted, señora!
MIGUEL. ¡Responda usté, ingrata!
EMILIO. ¿Conque usted empeña?...
MIGUEL. ¿Conque usted me engaña?
EMILIO. ¿Conque *caballitos*?
MIGUEL. ¿Conque la *guayaba*?
ADELA. ¡Yo!
ANA. ¡Yo!
EMILIO. ¡Que vergüenza
jugar una dama!
MIGUEL. Admitir piropos
de un quidam, de un mándria!...
TORCUATO. (¡Creo que me nombran!)
EMILIO. ¡Esto es una infamia!
ADELA. ¡No es cierto!
MIGUEL. ¿No es cierto?
EMILIO. ¿Me engaño?
ANA. ¡Te engañas!
EMILIO. ¿Miguel, oyes esto?
ADELA. ¿Oyes esto, Ana?
EMILIO. ¿Aún niegas?
ADELA. ¡Aún niego!
MIGUEL. ¡Pues basta!
EMILIO. ¡Pues basta!

(Los dos se dirigen al cuarto donde dejaron encerrado á Torcuato, que es el primero de la izquierda. Ana y Adela se reunen celebrando el triunfo que van á conseguir.)

TORCUATO. (¡Oh qué par de tigres!
¡Si allí me encontraran!...)
EMILIO. Oye: ¿tú qué buscas
aquí en esta estancia?

MIGUEL. Eso te pregunto.
TORCUATO. (¿A que ahora se agarran?)
EMILIO. ¿Dónde está esta llave?
MIGUEL. ¡Aquí!
EMILIO. ¿Y quién te manda?...
¡La vida de este hombre
es mia!
MIUEL. ¡Caramba!
¡Pronto lo sabremos!
¡Que salga!
EMILIO. ¡Que salga!
LOS DOS. ¡Salga usté al punto!

(Han abierto la puerta y se presenta D. Simon, que con muy bruscas maneras dice:)

SIMON. Pero ¿se me paga?
LOS DOS. ¡Don Simon! ¿Qué es esto?
EMILIO. ¿Y el que aquí se hallaba?
SIMON. ¡Basta de encerronas!

(Se oye en la calle un organillo que toca *La Traviata*.)

MIGUEL. ¡Cielos! *¡La Traviata!*
ADELA. ¿Quién es este hombre?
TORCUATO. (¡Dios mio, qué casa!)
ADELA. (Asomándose por el balcon y envolviendo unos cuartos en un papel, que le arrebata su esposo, conforme lo marca el diálogo.)

¡Ay! ¡es el que viene
todas las mañanas!
Le echaré unos cuartos...
SIMON. Voy al juez de guardia.
MIGUEL. ¡Traiga usté eso, infame!
ANA. Y ahora ¿por qué callas?
TORCUATO. (¡Igual hace Adela!
¡Esto ya me escama!)
MIGUEL. «Mañana al Retiro...» (Leyendo.)
SIMON. ¡No valen palabras!
EMILIO. ¡Dios mio!
MIGUEL. ¡Dios mio! (Tirandose sobre unas butacas.)
ANA. ¡Nos aman!
ADELA. ¡Nos aman!

FIN DEL ACTO SEGUNDO.

ACTO TERCERO.

La misma decoracion del acto segundo.

ESCENA PRIMERA.

MIGUEL y EMILIO, ambos sentados en butacas y dormidos.

EMILIO. ¿Eh? ¡Demonio!... ¡Me he dormido!
¡Y qué sueño, Santa Tecla!
Soñaba que mi mujer
daba impulso á una ruleta.
y que yo estaba jugando.
¡Sólo el pensarlo me altera!
¿Habrán venido? ¡No hay nadie!
(Levantándose y registrando toda la escena.)
¡Y son ya las cinco y media!...
«Dormid tranquilos: estamos
(Leyendo un papel que habrá sobre el velador.)
en casa de la Condesa.»
¿Se jugará allí? Pues nó,
y se bailará sin tregua,
y habrá buffet, y habrá pollos
y con tomates... ¡pérfida!
y estará allí el Riotinto,
y ella, infiel, falsa y coqueta...
¡Bah! ¡Nó, la estoy ofendiendo!...
¡Imposible!... ¡Tan modesta,

tan amorosa, tan santa!...
¡Oh! desde que sé que juega
creo que oculta en su pecho
cuanto hay de malo en la tierra.
¡Dios mio! ¡Si ya amanece! (Asomándose al balcon.)
¡Miguel!... ¡Pero, hombre, despierta!

MIGUEL. ¡Ah! ¿Eres tú?

EMILIO. ¡Yo! ¡Cuidado
que se necesita flema!...

MIGUEL. ¿Para qué?

EMILIO. Para dormir
en situacion como ésta.

MIGUEL. Hombre, me quedé traspuesto;
pero he soñado con ella,
con mi mujer.

EMILIO. ¡Como yo!

MIGUEL. ¿Y te extraña que me duerma?

EMILIO. Es que yo sueño despierto...

MIGUEL. Bien. ¿No han venido?

EMILIO. Ni piensan,
por lo visto.

MIGUEL. ¡Yo no aguanto
más; no tengo paciencia:
¡me voy!

EMILIO. Pero ¿dónde vas?

MIGUEL. A casa de esa condesa...

EMILIO. ¿Y sabemos por ventura
qué título es el que lleva
dicha señora, si hasta hoy
ignoramos que tuvieran
tales relaciones?...

MIGUEL. Cierto.

EMILIO. ¡Valiente noche!

MIGUEL. ¡Soberbia!
¡Mira que estar esperándolas
aquí siete horas enteras!...
A mí se me han hecho años.

EMILIO. ¡A mí siglos!

MIGUEL. ¡Y ese pécora,
ese mono con levita,

estará allí dando vueltas!
Pero lo que aún no me explico
es cómo, de qué manera
se escapó.

EMILIO. Yo le encerré
y dejé la llave puesta.

MIGUEL. Y yo le volví á encerrar,
y hasta tengo la certeza
de haber corrido el pestillo.

EMILIO. Menuda fué la sorpresa...
¡hallarnos con don Simon!...

MIGUEL. ¡No me le nombres siquiera!
¿Le pagaron?

EMILIO. Le pagaron.

MIGUEL. Porque yo no me doy cuenta
de lo que pasó despues.
En fin, ménos mal. ¡No llegan! (Muy impaciente.)
¡Ah! Ya me habia olvidado...
¿No dices que tienes pruebas
de que mi esposa es culpable?

EMILIO. Las tengo.

MIGUEL. Vamos á verlas.

EMILIO. Tengo una carta.

MIGUEL. ¿Una carta?

EMILIO. Que con una papeleta
de empeño, estaba escondida
en el *secretaire*: espera... (Registrándose los bolsillos.)
¡creo que la llevo aquí!

MIGUEL. ¿Qué dice?

EMILIO. Dice á la letra... (Lee.)
«Mañana, á las siete en punto,
bajo para ir á la Perla.
Mi honor á tu honor lo fio.»

MIGUEL. Cielo santo, ¡qué sospecha!
(Todo asustado por el recuerdo de la carta.)
¿Tiene un borron el «honor?»

EMILIO. Sí le tiene.

MIGUEL. Pues es de ella.

EMILIO. ¿De qué ella?

EMILIO. ¡De la otra!

EMILIO. ¿De qué otra?
MIGUEL. ¡Qué torpeza!...
De mi...
EMILIO. ¡María Santísima!
MIGUEL. ¡Ay! ¡Y habrá visto esta esquela
mi mujer!...
EMILIO. ¡Pues está claro!
Pero ¿tienes la evidencia?
MIGUEL. ¡Sí, hombre! ¡Si en cuantas cartas
me ha mandado hasta la fecha
ha echado en el mismo sitio
un borron! ¡Oh! ¿Con qué fuerza
moral, ahora á mi mujer
me atrevo á pedirle cuentas?
EMILIO Si no fueras imprudente...
Esos papeles se queman.
Mas no importa; aquí estoy yo.
¡Chist! que creo que se acercan.

ESCENA II.

Dichos. ADELA y ANA. Vienen con trajes de baile y con abrigos, riéndose y fingiendo no reparar en sus maridos hasta que lo marque el diálogo

ADELA. ¡Ja, ja! ¡Vamos, aún me rio!
El lance ha sido extremado.
Mira que haber *desbancado*
á la condesa...
EMILIO. (¡Dios mio!)
ANA. ¿Pues y aquel otro que á tí...
ADELA. ¡Ay! ¡Si no le pongo gesto...
EMILIO. ¡Pero, señor! ¿Oyes esto? (A Miguel.)
ADELA. ¡Ah! ¡que estais los dos aquí!
EMILIO. Ya lo ves.
ADELA. A fé de Adela
que...
MIGUEL. ¿Te espantas?
ADELA. ¡Sí, me espanto!
MIGUEL. ¡Qué quieres, nos gusta tanto
pasar las noches en vela...

ADELA. Eso hace tiempo lo sé:
¡mejor dicho, lo sabemos!
¡Ea! Nosotras tenemos
que dormir...

MIGUEL. ¡Señora! (Medio mutis.)

ADELA. ¿Qué? (Con energía.)

MIGUEL. Nó, nada.... (¡Todo lo sabe!) (Con altanería.)

EMILIO. Esperad

ADELA. Pero...

EMILIO. ¡Lo exijo! (Con fuerza.)

ANA. Mira, yo... (Queriendo sincerarse y pronta á descubrirlo todo.)

ADELA. (¡Silencio!) Ay, hijo, (A Ana con rapidez.)
¿á qué ese tono tan grave
y ese ceño tan adusto?

EMILIO. ¿Y aún lo preguntas?

ADELA. ¡Es claro!
Habla: no tengas reparo.

EMILIO. Decidme: ¿es lícito, es justo
que estemos aquí los dos
de horribles celos muriendo
cuando os estais divirtiendo
por esos mundos de Dios?
¿No es indigno proceder
que de los límites pasa,
que se esté el marido en casa
y en el baile la mujer?
¿No es... ¡achi! (Estornuda.)

ANA. ¡Jesus!

EMILIO. Dí, dí:
¿no es esto un cruel sarcasmo,
que hasta hemos cogido un pasmo
por esperaros aquí?
¿Quién tal maldad supusiera?
¿Quién tal hubiera creido?

ADELA. ¿Conque tanto habeis sufrido (Con compasion cómica.)
en una noche de espera?
¡Pues juzgad cuántos disgustos
y cuántos pasmos cogieron
las que uno tras otro vieron
trascurrir dos años justos

esperando que á su hogar
volviera su esposo amado! (Movimiento de los dos.)
Nó; si nos hemos cansado
ya de sufrir y esperar:
que en este mismo sillon
tanto frio hemos sentido,
que ya está seco, aterido
nuestro pobre corazon.

EMILIO. ¡Adela!

ADELA. Hoy por vez primera
rompimos nuestra clausura
y... mira, se me figura
que no será la postrera...

EMILIO. ¿Sí, eh?

ADELA. ¡Porque hemos pasado
el tiempo admirablemente!

EMILIO. ¡Sí, si ya lo sé!

MIGUEL. (¡Serpiente!)

EMILIO. Ya sé que habeis *desbancado*...

ADELA. ¡Jesús! (Medio mútis.)

MIGUEL. ¡Esperad! ¿No ois?

ANA. (¡Ay!)

MIGUEL. Esas no son razones:
queremos explicaciones.

ADELA. ¿Aún más?

MIGUEL. ¿De dónde venis?

ADELA. ¿No lo oyes? De divertirnos.
Pues qué ¿no somos de Dios
como sois vosotros dos?...
¿O creísteis que al unirnos
para siempre, al pronunciar
el *sí* que á todos ataba,
una mártir ó una esclava
comprásteis en el altar?

ANA. ¡Por Dios, déjales, no hables! (A Adela muy asustada.)

ADELA. ¡Os engañais muy de veras:
somos vuestras compañeras
y no siervas miserables!
Si debemos lamentar
vuestras penas y dolores,

todos vuestros sinsabores,
tambien debemos gozar
como vosotros gozais:
tambien nuestro corazon,
que ve con qué sin razon
crueles le atormentais,
necesita recrearse
para que no le ahogue el llanto,
ya que los que amaba tanto
nunca quisieron cuidarse
de darle paz y ventura
como juraron, impíos;
por eso á tantos desvíos
no pagamos con usura,
y á su profundo desden
con el desden contestamos:
si así los atormentamos,
que sufran ellos tambien,
que puedan por sí apreciar
el dolor que aquí sentimos:
como ellos cumplen, cumplimos:
¿de qué se pueden quejar?

MIGUEL. (¡Anda, contesta!)

(Este y Emilio están como anonadados par las razones de Adela.)

EMILIO. (¡Yo!)

MIGUEL. (¡Pues!...
porque yo estoy coartado.)

EMILIO. (¿Y acaso yo no he faltado?)

ADELA. (¿Lo ves, hermana, lo ves?)

MIGUEL. Pero aunque hemos delinquido
es muy diferente.

EMILIO. Sí.

MIGUEL. ¡Adela! ¡Adela!

ADELA. ¿Es á mí

(Muy séria y mirándole fijamente.)

ó á la otra?

MIGUEL. (¡Me ha partido!)

EMILIO. Es que si esas teorías...

ADELA. ¡Estamos rendidas!

EMILIO. ¿Eh?

ADELA. ¡Adios!
EMILIO. ¡Ana!
ADELA. (Sígueme.) (A Ana.)
¡Buenos dias!
ANA. Buenos dias.
(Vanse primera puerta derecha.)

ESCENA III

MIGUEL y EMILIO.

MIGUEL. Despues de esto, ¿qué nos queda?
EMILIO. ¡Una horca!
MIGUEL. ¡Nó, te engañas:
la separacion al punto!
EMILIO. Sí.
MIGUEL. Pero antes la venganza.
Yo necesito matar
á ese hombre.
EMILIO. ¿Y dónde se halla?
MIGUEL. ¿Crees que si lo supiera
no estaría ya en la caja?
Me voy á ver á Ramiro.
EMILIO. ¿Ahora?
MIGUEL. Ese tarambana
conoce á medio Madrid,
puesto que de todos habla,
y en todas partes se mete,
y á todos saluda y trata.
Quizá ese me dé noticia.
¿Recuerdas cómo se llama?
EMILIO. Riotinto. Pero observa
que ir ahora tan de mañana
á incomodar á tu amigo...
MIGUEL. Tengo con él confianza,
pero aunque no la tuviera.
Adios. (Va á salir de bata y con el sombrero puesto.)
EMILIO. Que vas hecho un facha.
MIGUEL. Es verdad: tira de aquí.
(Se quita la bata y se pone la levita.)

EMILIO. Te advierto que si le hallas
te le traigas por la posta.
MIGUEL. ¿Para qué?
EMILIO. La cosa es clara;
porque quiero que me saque
de estas dudas que me matan.
MIGUEL. ¿Pero aún dudas?
EMILIO. ¡Qué sé yo!
Que no hagas una trastada
y...
MIGUEL. ¡Bueno; te le traeré,
y despues le rompo el alma! (Vase.)

ESCENA IV

EMILIO: despues ANA.

EMILIO. ¡Ay Dios mio! ¡En unas horas
estoy purgando las faltas
de mis treinta años! ¡Si creo
que hasta me han salido canas! (Mirándose á un espejo.)
ANA. (¡Nó, yo se lo cuento todo,
quiera ó no quiera mi hermana,
que la leccion, aunque justa,
se va haciendo muy pesada!)
¡Emilio!
EMILIO. Ven, ven aquí.
Siéntate ahí y séme franca.
(Con cierta entonacion cómica lo que sigue, despues de sentarse.)
¿Por qué tienes ese vicio
que tus virtudes empaña?
Si tú no eres ambiciosa
ni las riquezas te halagan,
¿qué vas buscando en el juego?
¿Qué es lo que pretendes, Ana?
¿Qué deseas tú en el mundo?
A mi lado, ¿qué te falta?
ANA. ¡Tu cariño!
EMILIO. ¡Mi cariño!...
¿Y le buscas en la banca

ó en la ruleta?...

ANA. ¡Pero, hombre!..

EMILIO. ¡No pronuncies más palabras,
que cada frase que dices
el corazon me desgarra!
¿Tú sabes lo que es el juego?...
¿Tú lo sabes, desgraciada?

ANA. ¡Oh!

EMILIO. ¿Sabes tú que ese vicio
es huracan que arrebata
los más nobles sentimientos
que florecen en el alma?
¿Sabes que todo el que juega
lleva la ruina á su casa?
¡Así estamos sin un cuarto! (Con exasperacion cómica.)
¡Así empeñamos alhajas!...
¡Y así tendremos un dia
que empeñar hasta las sábanas!
¿Ignoras que el jugador
es un sér que se degrada
á tal punto, que hasta olvida
sus afecciones más caras?
¿Sabes que pierdes mil veces
por sólo una vez que ganas,
y que hay muchos caballeros
que sin ser justicia *amarran*?

ANA. Pero...

(Aparece Adela por la primera puerta derecha, desde donde oye lo que resta de la escena.)

ADELA. (¡La está predicando
él mismo! Pues tiene gracia.)

EMILIO. ¿No sabes que la ruleta
es fiera que no se sacia
y que si mucho la das
más te pide y más se traga?
¿Cómo sin faltarme á mí
puedes tú jugar á faltas?

ANA. ¡Por Dios!

EMILIO. ¿No sabes que todo
el que juega no descansa?

Si duerme, sueña en el juego,
y cual sediento con agua,
¡sueña que bebe y no bebe!.
¡sueña que gana y no gana!
¿No sabias todo esto?
Respóndeme: ¿por qué callas?
En fin, ¿nó sabes que el Código,
conjunto de leyes sábias,
impone penas muy duras
al tahur; y si le atrapan
lo conducen á una cárcel,
donde mil tormentos pasa?

ESCENA V

Dichos. ADELA.

ADELA. ¡Ay! ¿Pues cómo estás tú aquí? (A Emilio)
EMILIO. Estoy porque... (Furioso.)
ADELA. ¡Dilo, acaba!
EMILIO. Porque soy un caballero:
¿lo entiendes?
ANA. (¡Por Dios!) (A su hermana.)
EMILIO. Y basta
de estúpidas transacciones
que mi dignidad rebajan;
porque tú con tu cinismo
y esta con estar callada,
habeis hecho ya imposible
vivir en la misma estancia.
ANA. Pero óyeme...
EMILIO. Nada, hoy mismo
escribiré á Salamanca
y le contaré á tu padre
la verdad lisa y muy llana.
ADELA. Bien hecho, porque nosotras
pensamos llevar la carta.
EMILIO. ¿Que os vais? ¡eso lo veremos!
ADELA. ¿Pues no nos echas?
EMILIO. ¡Ingratas!

ANA. ¡Emilio!

EMILIO. ¡Déjeme usted! (Váse puerta derecha.)

ESCENA VI

ADELA.—ANA.

ANA ¡Por Dios, escucha! (Quiendo detener á Emilio.)

ADELA. ¡Ten calma!

Ana. Nó, no callo más.

ADELA. Pues bueno;
vé y arrójate á sus plantas
y dile que se equivoca,
que todo esto es una farsa,
que eres lo que siempre has sido,
en fin, que eres una santa;
y aunque jures y perjures
y aunque en llanto te deshagas,
ni él hará caso de tí
ni creerá en tus palabras.

ANA. Pero ¡Dios mio! ¿qué hacer?

ADELA. Lo que ya te he dicho: aguarda
á que venga don Torcuato
y verás cómo se aclara
todo esto en un minuto.

ANA. Sí, sí... espérale sentada.
Buen rato ha llevado el pobre
para que le queden ganas
de volver.

ADELA. Pues volverá.
Antes de que se marchara
ayer tarde, le exigí
la promesa de...

ANA. ¡Bobada!

ADELA. Pues vendrá, te lo repito,
y vendrá hoy por la mañana.
¿Te olvidas que el muy pobrete
supone que estoy prendada
de su figura?...

ANA. No obstante...

ADELA. (Que se ha dirigido al balcon y mirado por él á la calle.)
¿Ves como no me engañaba?
Allí está.

ANA. ¿Quién? ¿Don Torcuato?

ADELA. El mismo que viste y calza.

ANA. ¿Le dijiste que á esta hora?

ADELA. Yo nó... pero por las trazas,
el amor no le ha dejado
dormir... (Casi estoy tentada
de... Sí; cuanto antes mejor.)

ANA. (Viendo que su hermana ha abierto las persianas y que agita un pañuelo.)
¿Qué haces?

ADELA. Abrir las persianas:
le dije que no subiera
hasta que yo le avisara.

ANA. Pero ¿estás loca?

ADELA. Ya sube.

ANA. Adela, yo estoy en áscuas.
Todo esto, aun cuando es fingido,
la dignidad lo rechaza,
y hemos hecho mal, muy mal.

ADELA. ¡Y dale! ¡Ya estás pesada! (Como incomodada.)

ANA. ¡Perdóname!

ADELA. No te niego
que en esta ruda batalla
hemos avanzado mucho;
pero, hija, el refran lo canta:
«nunca mucho costó poco,»
y sabes que la ganancia
ha sido grande.

ANA. Eso sí.

ADELA. ¡Son recursos de quien ama!

ESCENA VII

Dichas y D. TORCUATO foro derecha.

TORCUATO. Señoras...

ADELA. ¡Oh! Pase usted...

pase usted, y muchas gracias
por su obediencia sin límites.

TORCUATO. Señora, hablemos en plata:
yo no he pasado en mi vida
horas tan desesperadas
como las que han trascurrido
desde que pisé esta casa.
Yo he sufrido tres encierros,
yo escuché mil amenazas
y me he expuesto á que dos tigres
se comieran mis entrañas...
Porque esos dos caballeros
son dos tigres de Bengala.
Yo no he pegado mis ojos
en esta noche pasada,
y esta es la razon por que,
apenas despuntó el alba,
me he encontrado en esta calle
como traido por máquina.
Yo no pensaba volver,
sin embargo, á esta morada,
y si he tenido valor
esta vez para pisarla,
es debido solamente
á los celos que me abrasan.

ADELA. ¡Celos! ¿De quién?

TORCUATO. ¡De su esposo!

ADELA. ¿De mi esposo? ¡Vírgen santa!

TORCUATO. Dígame usted: ¿su marido
fuma?

ADELA. Sí.

TORCUATO. ¿Y usa petaca?

ADELA. ¡Claro!

TORCUATO. ¿Se llama Zurita
de apellido?

ADELA. Así se llama.

TORCUATO. ¿Y tiene un lunar aquí... (Señalando)
quiero decir, en su cara?

ADELA. Sí, señor.

TORCUATO. (¡Él es! ¡él es!

¡Oh! ¡Tomaré la revancha!)
Señora, usted, segun dijo,
se encuentra muy ultrajada
por su esposo... ¡yo tambien
deseo tomar venganza!
¡Venguémonos!

ADELA. ¿Cómo?

TORCUATO. Amándonos.

ADELA. Basta, señor mio, basta.

ANA. Pero ¿qué dice este hombre?

ADELA. Usted no sabe lo que habla;
y si perdono la ofensa,
lo hago solamente en gracia
á la série de disgustos
que llevó por nuestra causa.
Usted vino aquí engañado,
pues la viuda que buscaba...

TORCUATO. Sí, señora, lo sé todo;
sé que esta misma semana
se ha mudado de este cuarto.

ADELA. Amigo, usted con su charla
no me dió tiempo á decirle...

(Aparece Miguel por la puerta del foro.)

MIGUEL. ¡Santo Dios!

TODOS. ¿Eh?

TORCUATO. No se vayan (A las señoras.)
ustedes.

MIGUEL. ¡Dejadnos solos!...
¡Salid!

ADELA. (¡La verdad le salva!)

(A Torcuato bajo y rápido.)

ESCENA VIII

D. TORCUATO.—MIGUEL.

TORCUATO. (¡Yo te haré que te refrenes!)

MIGUEL. Ahora sígame usté. (Torcuato quiere hablar.)
¡Silencio! (Antes cumpliré...)
¿Emilio? (Llamando.)

EMILIO. ¿Qué? (Saliendo.)
MIGUEL. ¡Ahí le tienes!

ESCENA IX

Dichos.—EMILIO.

EMILIO. Hombre, celebro de veras
hallarle otra vez á tiro.
TORCUATO. ¿Eh?
EMILIO. Te ha indicado Ramiro...
MIGUEL. No tal: dile cuanto quieras.
Yo aquí, mero espectador,
ni aun despegaré mis lábios,
porque exigen mis agrávios
una explicacion mejor.
TORCUATO. Pero...
MIGUEL. ¡Que no quiero hablar
con usted una palabra!
Veremos si ahora hay quien le abra
la puerta para escapar.
TORCUATO. Yo daré á ustedes, cual debo,
explicaciones...
EMILIO. Al punto.
MIGUEL. Termina pronto tu asunto,
que enseguida me lo llevo.
TORCUATO. ¡Señor mio!
MIGUEL. No alborote
y siéntese usted ahí.
TORCUATO. (¡Nada, disponen de mí
como si fuera un monote!)
Usted que mejor parece, (A Emilio.)
mis disculpas oirá.
EMILIO. Acusado, el juez hará (Grave.)
la justicia que merece
su criminal proceder.
TORCUATO. ¿Criminal? Nó, no hay razones.
EMILIO. No me haga usté observaciones
y comience á responder.
¿Cuántos años usted cuenta?

TORCUATO. (¡Pero estos hombres son locos!)
Treinta y cinco.
EMILIO. ¡Eh!
TORCUATO. Si son pocos,
por mí me pondré noventa.
EMILIO. ¿Qué intencion trajo á esta casa?
La verdad clara y desnuda.
TORCUATO. Vine buscando á la viuda
del brigadier Bala-rasa.
EMILIO. ¿La que se mudó de aquí?
TORCUATO. Sí, señor, el otro dia;
cosa que yo no sabia
hasta ayer cuando salí.
EMILIO. Y á propósito: ¿se sabe
cómo y por dónde ha salido?
MIGUEL. ¿Supongo que no habrá sido
por el ojo de la llave?
TORCUATO. Nó, señor.
EMILIO. ¿Pues de qué treta
para escapar se valió?
TORCUATO. La criada me sacó
por una puerta secreta
que creo se comunica
con ese cuarto de enfrente.
MIGUEL. ¿Con el mio?
TÓRCUATO. Justamente.
EMILIO. Entonces así se explica
el hallar á don Simon.
TORCUATO. Todo esto ha sido una farsa
en la que he hecho yo el comparsa.
MIGUEL. (¡Este mozo es un bribon!)
EMILIO. (O un tontuelo sin malicia.)
MIGUEL. (¡Me hace gracia tu paciencia!)
TORCUATO. Probada ya mi inocencia,
reclamo á mi vez justicia.
MIGUEL. Está usted en un error,
porque yo no le he creido.
TORCUATO. Señor juez, justicia pido.
EMILIO. ¿Contra quién?
TORCUATO. Contra el señor.

MIGUEL. ¿Contra mí?
TORCUATO. Sí, caballero.
MIGUEL. ¡Ea! basta ya de engaños.
TORCUATO. En la calle de los Caños,
número treinta, tercero...
MIGUEL. ¿Cómo?
TORCUATO. Habita una señora...
MIGUEL. ¡Silencio!
TORCUATO. ¡No callaré!
MIGUEL. (¿Cómo sabe este?...)
TORCUATO. ¿Por qué
no me desmiente usté ahora?
MIGUEL. ¡Que le rompo á usted el alma
si oyen esa relacion!
TORCUATO. Bien, bajaré el diapason;
pero escúcheme con calma.
Esa engañosa sirena
de mirada tan ardiente,
astuta cual la serpiente,
con un corazon de hiena,
estaba ligada á mí
por lazos...
EMILIO. ¡Puf!... (¡Te has lucido!) (Riendo.)
MIGUEL. ¡Cómo! ¿es usted su marido?
TORCUATO. ¡Yo soy su marido, sí!
EMILIO. ¡Puf!
TORCUATO. Sí, sí, ríase usté,
¡búrlese de mi desgracia!...
EMILIO. Hombre, yo... (¡Puf! ¡Tiene gracia!)
TORCUATO. Sí, señor, yo soy el que,
de mi buen nombre en desdoro,
—sin saber lo que eran celos—
compraba los caramelos
de la «Colmena de Oro.»
Yo soy el que aquella ingrata
trató como á presidiario;
¡yo le daba un real diario
al bribon de la *Traviata!*
EMILIO. ¿Pagaba usté al mensajero?
TORCUATO. Sí, señor; porque la infiel,

para arrojarle el papel
me pedia á mí el dinero.
¿Concibe usted, la verdad,
que haya tan inícuos séres?
¡Le digo á usted que hay mujeres ..

MIGUEL. (¡Tambien es casualidad!)

TORCUATO. ¿Y aún se atreve ¡por quien soy!
ese señor á insultarme?...
¡y aún pretenderá matarme!...

MIGUEL. ¡Vaya!...

TORCUATO. ¡Más muerto que estoy!...

EMILIO. Pero...

TORCUATO. «Yo la amaba, sí;
mas con lo que habeis osado,
imposible la hais dejado
para vos y para mi.»

MIGUEL. ¿Va usté á hacer ahora el Tenorio?

TORCUATO. ¡Nó: lo que yo he estado haciendo
es el Cristo!...

EMILIO. ¡Puf!

TORCUATO. ¡Y sufriendo
las penas del purgatorio!

MIGUEL. ¿Y usté á mi esposa asedió
para vengarse de mí?

TORCUATO. Merecia usted que sí...
pero lo cierto es que nó.

MIGUEL. ¿Y quién le pudo contar?...
porque aunque sea muy listo...

TORCUATO. Las escenas que aquí he visto
me empezaron á escamar.
Fuí á ver á Adela...

EMILIO. ¡Es chistoso!

TORCUATO. Y á poco rato sonó
la *Traviata:* me pidió
el real: entónces furioso
arrebatéla el papel,
ví su delito palmario,
registré bien en su armario...
y esta petaca de piel (Mostrándole la que habrá sacado del bolsillo.)
explicarle más me evita.

EMILIO. ¡Déjeme usted que me asombre!
¿De piel? (Burlándose.)
TORCUATO. Justo.
EMILIO. ¿De piel?
TORCUATO. ¡Hombre,
hay muchas que son de pita!
Yo supongo, caballero,
que usted no osará decir.
MIGUEL. Nó, señor, no sé mentir.
TORCUATO. Porque tiene tarjetero...
MIGUEL. Bien; termine esta cuestion,
y puesto que no hay manera,
elija el arma que quiera.
EMILIO. ¡Miguel!
MIGUEL. ¡No hay apelacion!
TORCUATO. Yo me doy por satisfecho,
pues tambien me vengo así,
con hacer ambos allí
la escena que aquí hemos hecho.
Va usté á verla: yo furioso
subo y les sorprendo....
MIGUEL. ¿Eh?
¿Es decir que piensa usté
que vaya yo á hacer el oso?
TORCUATO. ¿No le he hecho yo? De esa suerte
Adela me deja en paz;
porque si no, es muy capaz
de perseguirme de muerte.
Si es ó nó justo mi intento
que lo diga el señor juez.
EMILIO. (Acepta por esta vez
y date por muy contento.)
MIGUEL. ¡Es que si bien se repara,
tambien yo estoy ofendido'

ESCENA X

Dichos ANA y ADELA.

ADELA. Pues si aún no estás convencido,
fijate bien en mi cara.
MIGUEL. ¡Adela!
ADELA. No mira así
la mujer que es cual nosotras.
TORCUATO. (Eso segun... porque hay otras...)
ANA. ¿Y tú dudas aún de mí? (A Emilio.)
EMILIO. Yo no quisiera dudar
de tu puro corazon;
pero, hija, aquella leccion
y el lenguaje singular
que usaste...
ANA. Sí, sí.
EMILIO. ¡Confiesa
que escamara al más bendito!
ANA. Lo aprendí en este librito
que estaba sobre la mesa.
(Mostrando uno que trae en la mano.)
EMILIO. «Manual del jugador.»
(¡Que haya estado yo tan ciego!)
ANA. ¿Qué haces? (Viendo que lo arroja al fuego.)
EMILIO. Arrojarle al fuego,
que ese es su sitio mejor.
MIGUEL. ¿Y la *guayaba?* ¿Y el *coco*,
(A Adela y como continuando la conversacion.)
y el organillo y la cita?
ADELA. Pues todo eso...
MIGUEL. ¡Quita, quita!
ADELA. Ven aquí, no seas loco.
De tu labio lo escuché
cuando á Emilio le contabas
cómo te comunicabas...
MIGUEL. ¡Ah!
ADELA. Y estas cartas que hallé,

me acabaron de explicar...

(Mostrando las que trae en la mano.)

MIGUEL. ¡Basta! ¡Perdona á un infame!

ADELA. ¡Bah!

MIGUEL. Dame esas cartas, dame,
que las quiero yo quemar.

TORCUATO. (Merece aquella coqueta
verse aquí tan despreciada.)

EMILIO. Y decidme: no es por nada,
pero... ¿y esta papeleta
que yo hallé de un medallon?

ADELA. Yo ese destino le he dado...
como estaba tan manchado...

MIGUEL. ¿Manchado?

ADELA. (Con la intencion.)

EMILIO. ¿Y ese baile á que habeis ido?

ANA. ¡Sí, buen baile te dé Dios!
Mientras dormíais los dos,
en casa le hemos leido.

EMILIO. ¿Leer?

ADELA. ¡No ha sido mal chasco!

MIGUEL. ¿Qué baile ó qué amiga es esa?

ADELA. «El baile de la condesa.»

EMILIO. ¡Ah! sí, una amiga de Blasco.

ANA. Ea, todo se acabó
y pelillos á la mar.

ADELA. Sí.

ANA. ¿Volverás á jugar?

EMILIO. Mira... no digo que nó.

(Con la intencion que el actor comprende demasiado.)

TORCUATO. (Estos señores no ven...)

(Emilio y Miguel estrechan respectivamente á las dos.)

MIGUEL. ¡Qué buenas!

EMILIO. ¡Qué cariñosas!

TORCUATO. (No puedo ver ciertas cosas.)
¡Que ustedes lo pasen bien! (Medio mutis.)

TODOS. ¡Ah!

MIGUEL. ¿Amigos ó enemigos? (Tendiéndole su mano.)

TORCUATO. ¡Amigos! (Si no me mata.)

EMILIO. Ha perdido usté una ingrata

y ha ganado cuatro amigos.

ADELA. Hacer como hacen... no tanto
que sólo el pensarlo espanta;
pero es difícil ser santa
cuando el hombre no es un santo.
Y pues somos vuestro encanto,
que el fuerte la lucha evite
y nunca nos precipite
con ciega y loca manía.
Porque ¡ay de todos! el dia
que buscamos el *Desquite*.

FIN.

LOS DESTINOS PÚBLICOS.

LOS

DESTINOS PÚBLICOS

COMEDIA EN TRES ACTOS Y EN PROSA

ORIGINAL DE

DON ADOLFO VARGAS.

BADAJOZ:—1873.

Imprenta y librería de D. Emilio Orduña.

Personajes.

MATILDE.
LUISA.
ANIBAL.
EUGENIO.
ANTONIO.
BERNABÉ.
GARCÍA.
SANTIAGO *(Ordenanza de un Gobierno civil)*.
Otro Ordenanza de Telégrafos.
Inspectores y Agentes de órden público.

Esta obra es propiedad de su autor.
Queda hecho el depósito que marca la Ley.

ACTO PRIMERO.

Despacho de un Gobernador de provincia. Sala lujosamente amueblada. A la derecha un velador: profusion de papeles. Puerta al foro y laterales.

Escena I.

ANIBAL, ANTONIO, GARCÍA escribiendo sobre el velador.

ANIBAL. Señor don Antonio! Tanto bueno por mi casa Había perdido la esperanza de ver á usted hoy. Crei que no iba á tener el gusto de saludarle.

ANTONIO. Yo no queria privarle de esa satisfaccion, ni privarme tampoco de la que siempre esperimento al estrechar mi mano con la de una persona tan apreciable y tan...

ANIBAL. Basta, basta: agradezco infinito.... y.... vamos, qué hay de política?

ANTONIO. Lo de todos los dias. Acabo de recibir algunas cartas de varios compañeros de Diputacion, en las que me dicen que se nota en Madrid cierta efervescencia, y se temen nuevos trastornos en provincias.

ANIBAL. Esta es la España de siempre! A todas horas amenazados por esos malditos revoltosos, que lo mismo gritan en favor de las instituciones liberales, que enarbolan la bandera del absolutismo. Y la verdad es, que hoy no hay motivo... El gobierno dá á cada cual lo que es suyo y creo que nadie debe tener queja.

ANTONIO. Si hoy se abusase del poder como en otros tiempos... En la época en que usted y yo andábamos errantes y perseguidos; cuando no regía otra ley ni se conocia otra justicia que el capricho de los encargados de administrarlas, entonces estaban justificadas las conspiraciones, los motines, las asonadas...¡Qué tiempos aquellos!..

ANIBAL. ¡Qué perversidad de costumbres!

ANTONIO. ¡Cuánto abuso!

ANIBAL. ¡Qué despilfarro!

ANTONIO. ¡Qué inmoralidad!

ANIBAL. Si el país comparase en calma aquellos tiempos con estos, podíamos vivir hoy en una paz octaviana.

ANTONIO. Momentos, hay sin embargo, en que dudo si los terribles males qué sobre nosotros pesan, tienen origen en las desacertadas disposiciones de los gobernantes, ó en la resistencia que á obedecer prestan de ordinario los pueblos. Desengáñese usted, señor don Aníbal; mientras los encargados de administrar las leyes, no procuren que la justicia aparezca pura y brillante en todas sus manifestaciones, la Nacion será lo que viene siendo hace algun tiempo, y al fin veremos realizado el adagio vulgar de «el mal largo....

ANÍBAL. Me parece que usted como Diputado, y yo como Gobernador... no dejamos nada que desear En todos mis actos procuro inspirarme en esas ideas Si todos mis compañeros fuesen como...

ANTONIO. Ah! Si todos hiciés n lo que usted hace, el país sería una balsa de aceite: pero desgraciadamente...

GARCIA. *(Aparte)* Miéntras el uno cobre cuarenta mil reales de sueldo, y el otro sea árbitro de los destinos del país, todo vá bien.

ANÍBAL. ¿Qué dice usted, señor García?

GARCIA. Que no sé cómo contestar á las repetidas súplicas de los que en la última eleccion favorecieron al Gobierno con el sufragio. Ustedes han contraido con ellos ciertas deudas, que aún no están satisfechas.

ANÍBAL. Hombre! La deuda es la vida de las naciones!... y ¿crée usted que hay algúien, en el dia, que pueda vivir sin ella?

ANTONIO. Procure usted alimentar en los amigos la esperanza de que todo se andará

ANÍBAL. Justo! Dígales que con el tiempo...

GARCIA. *(Aparte)* Sí, con el tiempo... madurán las brevas. ¡Cuánta farsa! Esta es la politica!

ANTONIO. La política no tiene entrañas, señor García.

GARCIA. Lo que no tiene la política, señor Diputado, es otra cosa. *(Ap.)*

ANÍBAL. Con que lo dicho: en la primera vacante colocaremos á su hermanito de usted.

GARCIA. (Lo dudo.)

ANÍBAL Este muchacho es una alhaja!

ANTONIO. Lo parece en efecto.

Escena II.

Dichos y BERNABÉ.

ANÍBAL. Aquí tiene usted al jefe de la Administracion económica, persona muy apreciable por todos conceptos.

(Se estrechan todos las manos.)

ANTONIO. Le conozco mucho. Sé que este caballero es un funcionario pú-

blico, digno de la mas alta estim cion, y á quien hoy tenia que hablar de un asunto de gran interés.

BERNABÉ. Ninguna ocasion mejor que esta.

ANTONIO. Lo dejaremos para mas tarde.

BERNABÉ. Mejor será. *(Dirigiéndose á Anibal)* Tenemos la órden de cesantía de aquél mozo. El Ministro ha respondido á nuestras indicaciones mas pronto de lo que yo esperaba; pero es el caso, que para reemplazarle nombra á otro que no es el sobrino de su señora de usted

ANIBAL. De veras?

BERNABÉ. El nuevo empleado se llama don Lope de Rodajas ..

ANIBAL. De Rodajas! . . ¡El mismo! *(Estremándose)* Rodajillas!... pues... justamente! .. El hijo de una señora con quien, segun se dice por Madrid, sostuvo el Ministro en sus buenos tiempos ciertos amoríos de un carácter estravagante y raro El señor don Lope Rodajas!... Como quien dice .. un niño que no servirá en la oficina mas que de estorbo, y no hará otra cosa que abrasar la sangre á su jefe!

BERNABÉ. ¿Y para este hemos pedido nosotros la cesantía de un jóven tan aprovechado, de un chico que presta tan buenos servicios?

ANIBAL. ¡Estamos frescos con el señor Rodajas! Siquiera mi sobrino, aunque tampoco sabe bien á bien escribir, al lado de su tio...

ANTONIO. Al lado de su tio sería con el tiempo un grande hombre!

BERNABÉ. Y qué vamos ha hacer ahora, señor Gobernador, con el pobre de Cuesta?

ANTONIO. Qué?... Qué?... Qué es eso de Cuesta?

ANIBAL. Friolera! Que el Ministro en uso de sus atribuciones, le ha dejado cesante!

ANTONIO. ¿A Cuesta cesante? Cesante mi ahijado!... y cesante, merced á las gestiones de ustédes dos, para que le reemplazase el sobrinito de su esposa, que es un buen perillán?

ANIBAL. *(Con energía)* Mi esposa no es perillán, señor Diputado!

ANTONIO. Su sobrinito de usted quiero decir, señor Gobernador! y es preciso que la injusticia que acaba de cometer el Gobierno, se repare inmediatamente, pues de lo contrario, mañana salgo para Madrid, y no queda en esta provincia títere con cabeza.

ANIBAL. Lo hecho no tiene remedio

ANTONIO. Puede usted servirse del telégrafo.

ANIBAL. Está interrumpida la línea.

BERNABÉ Señores; podemos formar una nueva combinacion.

ANTONIO. Veámos cómo.

ANIBAL. Este Administrador es el hombre de los grandes recursos.

BERNABÉ. En la dependencia de mi cargo hay cuatro empleados que disfrutan el mismo haber que el recomendado del señor don Antonio,

y sacrificando á uno de ellos.. estamos fuera del paso. *(Saca un papel y lée.)* En la seccion de propiedades es inútil pensar: el oficial primero cuenta con una alta influencia dentro del Ministerio. En la de Estancadas tampoco, porque se ha estancado en ella su antiguo y bien reputado jefe y no hay fuerzas humanas que le muevan de su puesto. Solo nos queda el que constantemente está auxiliando los trabajos de la Secretaría del Gobierno. y el señor Betanzos.

ANTONIO. A ese señor Betanzos acusa la opinion pública de no jugar nunca limpio en el despacho de los negocios Se dice, que vende los estancos, que negocia las comisiones de apremio, que descuenta los libramientos de carreteras, etc . etc .

ANIBAL. ¿Es posible?... ¡Qué inmoralidad! Qué escándalo! En una provincia á cuyo frente se encuentra don Anibal Gimenez!... ¿Qué se dirá si yo sigo consintiendo?...

ANTONIO. Asi lo aseguran las gentes, y voz del pueblo . Abusos tamaños deben castigarse, y como representante del país tampoco consiento..

BERNABÉ. Tienen ustedes razon, señores: todo lo que de él se dice no carece de verdad, pero ese empleado son mis pies y mis manos, y sin él no podría marchar la dependencia.

ANIBAL. ¡Habráse visto un hombre mas cínico!

ANTONIO. Este hombre no sabe lo que se habla. ¿Cómo se atreve usted á declararse cómplice de tan criminales hechos?

ANIBAL. Si la dependencia no puede marchar, que se esté parada.

ANTONIO. Lo que procede, señor Gobernador, es suspender á ese funcionario de empleo y sueldo, y dar al Gobierno cuenta.

ANIBAL *(Con energía)* Queda suspenso de mi órden.

ANTONIO. Yo apoyaré á usted en tan justa determinacion.

BERNABÉ. Ustedes, señores, podrán hacer lo que gusten, pero no han contado con la huéspeda. La persona que nos ocupa es la que está en los secretos íntimos de ciertos acuerdos tomados para el triunfo de las últimas elecciones; debido á su sagacidad y á su audacia, se legalizaron aquellas cuarenta bajas en la matrícula de subsidio, á cuyos industriales debió la victoria el señor don Antonio. Por consecuencia de un medio ingenioso propuesto por el mismo, disfruta usted una dehesa, cuya cabida es de cinco mil fanegas, y no ha hecho á la Hacienda mas que el abono de mil quinientas, y merced á él...

ANTONIO. Bueno, bueno, señor don Bernabé.

ANIBAL. Me parece que sería una imprudencia, señor don Antonio...

ANTONIO. Es claro: eso sería atropellar por todo: eso sería pagar con una ingratitud los buenos servicios y...

ANIBAL. El hombre, ante todo, debe ser agradecido.

ANTONIO. Levante usted la suspens on, hombre; levante usted la suspension.

ANIBAL Queda de mi órden levantada.

BERNABÉ. En último término, sacrificar al bueno de Rodriguez diciendo al Ministro que los cargos hechos al ahijado de don Antonio eran infundados, y que del espediente resultan gravísimas acusaciones contra esta nueva víctima.

ANIBAL. Eugenio!... Eugenio es un chico virtuoso... tan buen hijo .. que me es muy duro legarle la infamia de faltas que él no ha cometido; pero por servir á este señor, sería yo capaz. .

ANTONIO. No esperaba menos de un amigo tan leal y tan sincero como usted.

BERNABÉ. Vamos, pues, al telégrafo, y una vez conseguido lo que se desea, concluya esta enojosa cuestion.

ANTONIO. Vamos, sí, pronto.

ANIBAL. (Qué cosas tienen que hacer los hombres cuya subsistencia depende del presupuesto!) *(Aparte.)*

(Vánse.)

Escena III.

MATILDE.

De seguro han estado fraguando alguna intriga. Gracias á Dios que se marcharon ese par de empalagosos! Me tiemblan las carnes cada vez que cojen a papá por su cuenta No le dejan ni á sol ni á sombra Desde que se encuentra al frente de esta provincia, se ha quitado lo menos diez años de vida. Cualquiera creerá que el cargo de Gobernador civil es una ganga. A las horas ordinarias de oficina, suele convertirse este despacho en un valle de lágrimas; y eso que yo procuro que no lleguen hasta aquí muchos infelices á quienes despido á la puerta, socorriéndoles con algunas limosnas Esta mañana me eché doce duros en el bolsillo, y en el trascurso del dia los he repartido como pan bendito Poco más de quinientos reales me quedan de los dos mil que me dió papá para el abono del teatro y el pago de la modista, pero yo puedo pasar sin diversiones y sin lujo. Harto caro me cuesta tan cristiano desprendimiento. Fijas en mí las miradas de todos al verme con este modesto trage; separada de la sociedad; huida, por decirlo así, de los sitios públicos, atribuyen mi conducta á una economía mal entendida, me tachan de miserable y dicen que los cuarenta mil reales de sueldo no son para guardarlos: deben destinarse á dar al cargo de Gobernador el decoro que su alta posicion reclama En esta razon se apoyan las murmuraciones de que en la culta sociedad soy objeto. Si ostent

lujo y grandeza, me vería libre de sus amargas censuras, pero estaría sujeta á la de esos pobres cuyas lágrimas enjugo hoy. ¡Qué difícil es vivir á gusto de la mayoría de las gentes! A papá le sucede poco mas ó menos que á mí. Cuando recibe con agradable solicitud á los humildes, creen los poderosos que esto es darles álas para que se eleven á una altura desde la que pueden hacer vacilar los fundamentos sociales. Si alhaga la soberbia de los grandes, le tachan de tirano, le acusan de déspota ¡Cuánto sufre! Cuánto padece! Solo continúa en este maldito destino alentado por la esperanza de cumplir el tiempo que le falta para alcanzar el *máximun* de la jubilacion.

Escena IV.

MATILDE, EUGENIO.

EUGENIO. ¡Qué agradable sorpresa! Dispénsame, Matilde, pero suponia que tu papá estaba...

MATILDE. Habrá ido á las habitaciones del telégrafo.

EUGENIO. Es fácil. El gaban y el sombrero están sobre aquella silla. Volveré...

MATILDE. Puedes esperarle si gustas.

EUGENIO Sentiría mucho ..

MATILDE No eres incompatible. . Hace algunos momentos que estando aburrida en mi habitacion, bajé á este despacho con intenciones de escribir á una primita que quiero mucho, y llegué en ocasion en que salian por esa puerta el señor Tavares y el jefe de la Administracion económica. Me senté en esta butaca, y comprendiendo lo difícil que es desde estos elevados puestos aunar muchas voluntades, recordaba el gracioso pasaje del anciano leñador, que no sabiendo como agradar á los viajeros que halló por el camino, aceptó la estraña resolucion de echarse el jumento á cuestas. No hay dia que no se me lamente papá de un suceso análogo al del leñador, porque ¿con quién mejor que con una hija puede un padre desahogarse?

EUGENIO. Pero tu papá, en medio de las contrariedades de la vida y de las que tienen orígen en el cargo que desempeña, es el hombre más feliz de la tierra. Sabe herir perfectamente las teclas del piano gubernamental. Es tan bueno! Yo le quiero tanto!

MATILDE. En eso no haces otra cosa mas que pagarle en la misma moneda. En algunos casos habrás podido apreciar lo mucho que te distintingue. Tiene formado de tí el mejor concepto

EUGENIO. Es verdad! Yo creo que debiamos hacerle alguna indicacion respecto á nuestras relaciones amorosas! ¿Qué opinas tú?

MATILDE. No, no, de ningun modo.

EUGENIO. Al arrojar ayer flores á tus plantas me dijiste que cuanto ma puro y sencillo es el amor, en opinion de un poeta castellano mas se opone á la ambicion de la elocuencia Me rogabas que e lo sucesivo te hablase el lenguaje de la verdad y la verdad es qu ya es tiempo que te resuelvas, que te decidas... Chica, ó herra ó quitar el banco.

MATILDE. Considera, Eugenio, que la posicion del empleado, cuyo destino l debe sólo al favor, es una posicion falsa Además, tu conoces como yo, las necesidades de una casa y sabes lo dificil que es cubrirlas con el modesto sueldo que hoy disfrutas.

EUGENIO. La razon de que te vales para eludir tus compromisos es bastante egoista.

MATILDE. Nunca El amor impone sacrificios á que yo estaré siempre obligada y no es pequeño el que hago con no acceder á tus deseos. Casarme contigo sería para mí la mayor de las dichas, si al hacerlo no arrebatase su bienestar á tu pobre madre, á tu desgraciada hermana

EUGENIO. Ellas pasarian por donde pasásemos nosotros.

MATILDE Y todos lo pasariamos bastante mal.

EUGENIO. ¿Pretendes que continuemos así toda la vida?

MATILDE. Toda la vida no. Si como creo ingresas de aquí á poco en la carrera del profesorado, que es tu carrera, ó consigues un destino de más porvenir, realizaremos nuestro deseo con el desahogo.... Medita un poco acerca de mis palabras y te convencerás que es estemporánea tu pretension. Siempre han sido las pasiones el mas temible consejero del hombre.

EUGENIO. Lo conozco, acaso el cariño que te profeso me ciega hasta el punto de no ver el negro porvenir que con nuestro enlace nos aguarda; pero el que no se arriesga, Matilde, no pasa la mar.

MATILDE. Algunas veces te he oido decir que es màs elástico el duro que se gana con independencia que la onza procedente de un sueldo. Tu eres Bachiller en letras; ¿por qué no esplotas ese título?

EUGENIO. ¿En qué forma?

MATILDE. Podrás establecer una Academia preparatoria para los aspirantes á ingreso en las carreras especiales y abrir una cátedra de repaso para los alumnos del Instituto.

EUGENIO Aplaudo la idea, pero me falta lo principal. La penosa enfermedad de mi madre ha consumido mis ahorros y me encuentro en una situacion económica, algo lamentable. Tendria que vivir una casa de mas precio que la que habito, mejorar los muebles y hacerme de los útiles indispensables al establecimiento de un colegio. Además, esta clase de empresas necesitan de la proteccion oficial

La influencia de la política alcanza hoy á las profesiones que más distante están de ella, y desgraciado del que no cuente con el apoyo del Gobierno en cualquier modo de vivir que escoja.

MATILDE. Otros contarán con ménos elementos que tu. A papá le tendrias de tu parte.

EUGENIO. No echaré en saco roto tu advertencia, aunque me parece imposible vencer las graves dificultades que han de presentarse á la realizacion de tu idea. Es una idea feliz.

MATILDE. Siento pasos.

EUGENIO. Ellos son. *(Dirigiéndose á la puerta.)* Bien dicen que no hay en el mundo felicidad completa.

MATILDE. Adios. *(Vase.)*

Escena V.

EUGENIO, ANIBAL, ANTONIO, BERNABÉ.

ANIBAL. ¿Qué hace por aquí este buen mozo?

EUGENIO. Esperaba á usted para dar cuenta de los asuntos pendientes del negociado.

ANIBAL. ¡Qué chico más laborioso! Todos los asuntos los tiene al dia: el porvenir debia ser de la juventud estudiosa; pero desgraciadamente en España los buenos empleados como usted, suelen durar poco. Tengo la evidencia de que en el arreglo practicado y que está á punto de publicarse, le dejan á usted fuera de la plantilla. El pais es patrimonio de dos docenas de familias, y hoy por desgracia, la de usted se encuentra desheredada y proscripta.

ANTONIO. Si su tio de usted no se hubiese ido á formar parte de la disidencia del Congreso, otro gallo le cantára. *(Dirigiéndose á Eugenio.)*

BERNABÉ. Lo natural es que el Gobierno no respete las hechuras de los que le son hostiles.

EUGENIO. No me cojería de novedad; pero aún me queda un resto de esperanza. Antes de declarar el Gobierno mi cesantia, dejará en la calle á los que públicamente hacen un bastardo uso de la confianza que en ellos se deposita. Algo chocante es que el señor Betanzos se considere seguro, y yo.... Además, supongo que ustedes tres. ..

ANTONIO. Nosotros ..

BERNABÉ. Sí; nosotros no podemos menos...

ANIBAL. Es claro! Nosotros qué hemos de hacer mas que recomendar á un jóven tan pundonoroso y tan inteligente como usted?

ANTONIO. Media hora hemos estado en el telégrafo al habla con el Ministro, y le hemos dicho lo que puede figurarse; pero las gentes de Madrid, sabe usted lo que son.

ANIBAL. Nada tiene de estraño que hagan oido de mercader á nuestras reclamaciones.

BERNABÉ ¡Qué disparate!

ANTONIO. Piensa mal, y acertaràs.

ANIBAL. Usted se recomienda por sí mismo.

ANTONIO. Hombres como usted no necesitan apelar...

BERNABÉ Como á mi me consulten, esté usted seguro ..

EUGENIO. No sé como pagar á ustedes tanto favor

ANIBAL. Deje usted los papeles sobre la mesa, y despues de comer nos ocuparemos del despacho.

ANTONIO. (¡Inocente!)

ANIBAL. (¡Desventurado!)

BERNABÉ. (¡Te compadezco!)

EUGENIO. Con el permiso... *(Vase)*

(Inclinan todos la cabeza)

Escena VI.

Dichos, menos Eugenio

ANIBAL. *(En tono de arrepentimiento)* Las últimas palabras de este jóven me han conmovido: estoy resuelto á deshacer lo hecho. Yo no puedo regalar á mi conciencia una carga tan pesada.

ANTONIO. Lo hubiese usted mirado antes.

ANIBAL. Los remordimientos me pondrian al borde del sepulcro, y morir bajo la presion de un crímen, es una idea que me horroriza.

ANTONIO. Poca alma, poco estómago tiene usted para ser hombre político.

ANIBAL. Si yo careciese de estómago, crée usted que habia de estar en este puesto? ¿Crée usted que habia de transigir con ciertas cosas, ni pasar como paso en él la pena negra?

ANTONIO. Los hombres débiles no sirven para Gobernadores La política no tuvo entrañas cuando nos encontrábamos en el ostracismo, y ahora quiere usted tener caridad de quien con nosotros no usó de la mas ligera benevolencia.

ANIBAL. Las faltas de nuestros adversarios no justifican las nuestras, y seguir la conducta que usted aconseja es rebajarnos más de lo que ellos estaban á la caida de su dominacion. ¿Qué va á ser de nuestra bandera? Dónde están la moralidad y la justicia, tan decantadas cuando nos hallábamos caidos?

ANTONIO. Esas son antiguallas que no vienen al caso. Todos los partidos en la oposicion predican la buena doctrina; pero cuando llegan al poder hacen lo que más conviene á los intereses de sus hombres. Con que al vado ó á la puente.

ANIBAL. ¿Tanta prisa le corre á usted que repongan al señor Cuesta?

ANTONIO. Mucha! y ... en fin, usted sabe que el marqués de Navia perdió dias pasados el corto resto de su larga fortuna en el Casino de Madrid, y que hoy pretende dejar á usted mas desbancado que lo que él se encuentra; para conseguirlo, sólo le falta el peso de mi influencia.

ANIBAL. ¿Sería usted capáz?...

ANTONIO. Tan capáz como ha sido usted de quitar á mi ahijado, con la idea de poner en su puesto al sobrinito de su esposa

ANIBAL. Haga usted la que quiera, señor don Antonio Haga usted lo que quiera. *(Con energía.)*

BERNABÉ. Señores, por Dios! Yo me encargo de arreglar este asunto, utilizando los buenos servicios de este caballerito. *(Dirigiéndose á García.)*

Escena VII.

Dichos y GARCÍA

GARCIA. Siempre estoy á las órdenes de mis jefes: en el cumplimiento de mi deber obedezco ciegamente como el más subordinado de los de mi clase.

BERNABÉ. Se trata de hacer ver al Ministro, que los abusos de que se le dió cuenta el miércoles último relativos al señor Cuesta, resulta ser hoy autor de ellos el señor Rodriguez. Usted se encargará de formar el oportuno espediente, y á su buen juicio, á su alta penetracion dejo...

GARCIA. Comprendo, señor Administrador. Pero es el caso que al señor Rodriguez, me unen lazos de íntima amistad. Ademas tengo muy adelantadas relaciones con una hermana suya.

ANTONIO. Otra misa sale...

BERNABÉ. Este problema es mas dificil de resolver que el de la cuadratura del círculo.

ANIBAL. A la primera objecion que haga usted á su jefe, le planto de patitas en la calle. Que diga ahora el señor Diputado que yo no hago uso de toda la energia que el cargo de Gobernador exige.

GARCIA. Yo no he pretendido, señor Gobernador, . desobedecer su mandato; pero es el caso, que contra mi amigo don Eugenio Rodriguez no puedo, ni debo hacer nada.

BERNABÉ. Por qué?

ANIBAL. Sí, señor, por qué?

GARCIA. Por respeto á la amistad y por la circunstancia especialísima en que me colocan las relaciones amorosas que con su hermana sostengo.

ANIBAL. Pero, hombre, usted piensa casarse? usted sabe lo que son las mu jeres? Está usted loco? Además ¿con qué vá usted á mantenerla Con cuatro mil reales de sueldo?

GARCIA. ¿Qué dirian ustedes si en pago de la consideracion que les merez co y de la honra que me dispensan haciéndome guardador de lo secretos de la política, yo revelase estos secretos?

ANTONIO. Qué habiamos de decir? Que era usted un mal caballero .. Qu era usted un traidor.

GARCIA. Pues eso mismo dirá mi amigo don Eugenio, y algo más que es su preciosa hermana, á quien profeso el más sincero y desintere sado cariño.

ANTONIO. La política no tiene entrañas, y como usted no haga abstraccio de las suyas, difícilmente llegará á conseguir un destino que valg la pena

ANIBAL. Qué cándido es este chico!

BERNABÉ. Mal camino ha escogido, si pretende hacer su carrera como empleado

ANTONIO. Los hombres públicos no se pertenecen á sí mismos: esclavos d las circunstancias tienen que obrar en favor de ellas, aunque e hacerlo manchen una y mil veces su conciencia.

ANIBAL. Por tercera vez advierto á usted, señor Garcia, que su obligacio es obedecer ciegamente los mandatos de sus superiores.

GARCIA. Pero cuando hay una mujer de por medio, á quien...

ANIBAL. Aquí no hay mujer que valga.

Escena VIII.

DICHOS Y MATILDE.

MATILDE. Estoy yo para desmentir tu aserto.

ANIBAL. Si Dios nos hubiese puesto un ojo en la espalda, no incurririamo en ciertas equivocaciones

ANTONIO. Pero V. no es mujer, Matilde.

MATILDE. Pues qué soy? Me hace gracia! No me pesaría haber vivido en u error.

ANTONIO. V. es un pretesto de la providencia para tener en el mundo el ti po de los ángeles, la vera efigie de los serafines.

MATILDE. Qué galante y qué poético! ...¡Qué hubiera dicho el señor don An tonio, si hace poco me hubiese visto en la cocina haciendo el café calentando la cena y fregando la loza!

ANIBAL. Qué es esto de fregar loza, hacer café y calentar cena?

MATILDE. Sí, papá: el ordenanza, que es el que ahora está haciendo las ve ces del cocinero, le convidaron hoy á un bautizo, y el pobrecill se ha escedido algo en beber, encontrándose incapáz de hace nada.

NIBAL. No deja de estar chusco el lance!

ATILDE. Ni él deja de estar alegre y festivo.

NIBAL. ¡Convertida la hija de un Gobernador en fregatriz por los escesos de un ordenanza! Esto no se puede sufrir.

NTONIO. Grave cosa es que los dependientes de los Gobiernos de provincias se entreguen á los vicios. A propósito: hay un chico en mi casa que me sirve de ayuda de cámara, hijo del ama que me crió, que desempeñaria á las mil maravillas ese destino: además, ha servido en el ejército.

ATILDE. Este que nosotros tenemos tambien ha hecho la campaña de África, y está casado con la nodriza que lactó á una hermanita mia.

NIBAL. A este diputado todo le viene bien. *(Aparte.)*

NTONIO Pero puede darle algun dia que se encuentre bebido por...

ATILDE. No, señor, no: no le dá por nada malo: por lo único que le dá es por contar cuentos. Ahora le dejé refiriendo uno que ha oido en esa botica de al lado donde hay un mancebo amigo suyo. ¡Me ha hecho reir tanto!

NTONIO. Algo bueno daria yo porque lo repitiesen esos bellísimos labios de coral.

ERNABÉ. Esta señorita es muy amable...

ATILDE. No es preciso dar nada. Si tienen ustedes gusto en que yo...

NTONIO. No gusto, sino placer.

ATILDE. Pues bien. Es el caso que al trasladarse de un pueblo á otro un portugués, llevaba un loro que á cada paso iba diciendo:—«Lorito real, para España y no para Portugal.»—Indignado el portugués al ver que el papagayo repetia esta especie de estribillo, muy comun entre los animalitos de su clase, miró al loro y le dijo con aire de indignacion.—«Vosé irá para donde lo leven.»

NTONIO. No deja de tener chiste!

ERNABÉ. ¡Qué ocurrencia!

ATILDE. Y oportunidad, señor diputado.

NIBAL. Cuenta otro, hija; cuenta otro.

NTONIO. Diga usted, Matildita, por qué crée usted que el cuento es oportuno?

ATILDE. Porque sí.

NTONIO. La razon es concluyente.

ATILDE. Puesto que usted se empeña, le diré que el cuento es oportuno porque usted á mi juicio, ha tomado á papá por el loro de la jaula y á cada paso le está marcando el camino que ha de llevar.

NTONIO. Oye usted, señor don Aníbal, á su hija?

ERNABÉ. (Chúpate esa!)

NÍBAL. Con muchísimo disgusto la oigo: tú no tienes que entrometerte en las cosas de los hombres políticos. La cosa pública está vedada á las mujeres.

MATILDE. Que no sirva de disgusto, papá. Yo no he querido ofender.... a señor don Antonio.

ANTONIO. Ni yo puedo ofenderme nunca de sus palabras, que sólo sirven para ensanchar mi corazon, para elevar mi espíritu

MATILDE. Las siete han dado, y estos caballeros nos dispensarán hoy el honor de acompañarnos á comer.

ANTONIO. Mucho lo siento, pero me esperan unos amigos.

ANIBAL. Sería un desaire ...

ANTONIO. No, no: . yo no quiero que usted lo interprete....

BERNABÉ. Tampoco á mí me sería grato que usted se figurase.....

ANIBAL. Vamos, pues.

MATILDE. Mira, papá: como yo no estoy acostumbrada á confeccionar el café, se me ha ido la mano, y en vez de tres tazas, he hecho lo ménos nueve.

ANÍBAL. Bien; y qué?

MATILDE Que debias convidar á ese jovencito que siempre está cojido à la pluma y parece tan laborioso y tan humilde....

ANIBAL Lo es en efecto.

ANTONIO No lo es.

ANIBAL. Le digo á usted que sí

ANTONIO. Le repito á usted que no; porque aun cuando lo sea, hemos quedado en que deje de serlo, hasta que venga su cesantía y coloquen en su lugar á don Marcelino Cuesta.

BERNABÉ. Usted no sabe, Matilde. los peligros que corre un jefe cuando dá demasiada confianza á un subalterno.

ANIBAL. A comer.

(Todos se van ménos García)

Escena IX.

GARCÍA.

(Se levanta precipitadamente de la silla, apartándose del velador, donde figura estar escribiendo cartas)

¿Podrá darse una posicion mas especial que la mia? Habrá quien tenga valor para pretender un empleo á vista de lo que á mí me pasa? O tengo demás el corazon, ó me estorba el estómago. Aquí tienen ustedes á un hombre que le dán á elegir entre una mujer y un destino; entre la idealidad y la realidad: entre la esencia y el ser: entre el objetivo y el subjetivo: entre el yo y el no yo. como diria un filósofo aleman. Me decido por..... dejar ... pero, nó..... el caso es grave y lo consultaré esta noche con la almohada, y ella es posible que me dé un saludable consejo.

Escena X.

GARCIA y EUGENIO.

EUGENIO. Estoy yo aquí para dárteiol Qué tienes? Qué te pasa?

GARCÍA Nada, chico, nada.

EUGENIO Algo te sucede Algun pesar te atormenta: esas frases que estabas pronunciando, indican. . .

GARCÍA Es un secreto que no puedo revelar. Te ruego, te suplico, que lo respetes.

EUGENIO. Para mí no debes tener secretos nunca; así como me haces partícipe de tus satisfacciones, debo, quiero compartir contigo los disgustos.

GARCIA. Una vez sola en la vida.

EUGENIO. Ni una, ni media. Como insistas en negarte, creeré que has abusado de la confianza que en tí siempre deposito. Creeré que estás en inteligencias con Matilde y hasta me atrevería á sospechar... pero, nó: injuriarte es injuriarme.

GARCIA. El sacrificio á que tus palabras me obligan...

EUGENIO. No, no: perdona mi debilidad.

GARCIA. Ahora quiero que lo sepas todo Se trata de cometer contigo una vileza. Me han buscado á mí como instrumento y como verdugo de tu porvenir y asesino de tu honra.

EUGENIO. ¿Quién es el infame... dónde está?

GARCIA. Tén calma El Diputado, el Gobernador y el Administrador, quieren que instruya un expediente que justifique ante el Ministro un parte que de tí han dado, atribuyéndole ciertos abusos cometidos como funcionario público.

Un ordenanza de telégrafos entra en el salon llevando un parte en la mano, y ántes de dirigirse á las habitaciones del Gobernador, dice:

ORDENANZA ¿El señor Gobernador?

GARCIA. Está comiendo. ¿Qué quiere usted?

ORDENANZA Entregarle este telegrama.

GARCIA. Entre usted por ahí y que le pasen recado.

(Váse Ordenanza.)

EUGENIO. Dame, García, pormenores.

GARCIA. Sería una imprudencia decir.....

EUGENIO. Yo no tengo paciencia para esperar.

GARCIA. Ni yo tengo valor para revelártelo aquí.

EUGENIO. Habla, García, no me martirices.

GARCIA. Calla, Eugenio, calla, no me comprometas A solas en tu despacho te lo diré todo. Ellos son: no te detengas.

Escena XI.

ANIBAL, ANTONIO, BERNABÉ, ORDENANZA.

ANIBAL. El mal camino andarlo pronto: firmaré el telégrama de la superioridad y trasladaré inmediatamente la órden al interesado ¡Pobrecillo!

(Hace que firma el recibo y se lo entrega al Ordenanza, y dirigiéndose á él dice:

Entre usted en la secretaría y diga al señor don Eugenio Rodriguez que se me presente enseguida. Ni siquiera puede uno comer tranquilo con este pícaro cargo.

ANTONIO. Gracias á que nosotros comenzamos á tomar café cuando se sentó á la mesa

BERNABÉ. Y que estaba por cierto muy bien hecho

ANTONIO. De unas manos tan delicadas como las de Matilde, no podia menos de resultar un manjar esquisito.

ANIBAL. (Esto va ya pasando de castaño oscuro.) ¿Si pretenderá este carcamal enamorar á mi hija? *(Aparte.)*

Escena XII.

Dichos y EUGENIO.

EUGENIO ¿Dá usía su permiso?

ANIBAL. Jamás lo ha necesitado usted para entrar en mi despacho: pase usted.

BERNABÉ. (Aquí fué Troya!)

ANIBAL. Le llamo á usted para comunicarle, con harta pena mia y de estos dos señores, que acabo de recibir un telégrama del Ministro, en el que me previene haga usted inmediatamente entrega de todos los papeles de su negociado, puesto que le declara cesante. La obligacion en que yo me encuentro de cumplir con los mandatos del Gobierno, me proporciona el disgusto de ponerlo en su conocimiento.

EUGENIO. Quisiera, señor Gobernador, saber los motivos de tan apremiante órden.

ANIBAL. Lo ignoro. Los destinos públicos que sólo se dan con el título de la influencia, se quitan por la sola razon de que esta influencia falte.

EUGENIO. Sospecho que soy víctima de una calumnia infame, de una combinacion indigna.

ANIBAL. Si su sospecha de usted se convierte en realidad, nosotros tres, obrando con la lealtad que nos caracteriza, desmentiríamos á los impostores.

ERNABÉ. ¡Qué iniquidad! No es estraño que hayan sorprendido la buena fé del Ministro

NTONIO. Nosotros estamos dispuestos á influir en favor de usted hasta donde nuestras fuerzas alcancen.

NIBAL. Bien decia usted, señor don Antonio, que las gentes de Madrid eran capaces de hacer oidos de mercader á nuestras reclamaciones.

NTONIO. No hay quien pueda con ellos.

ERNABÉ Yo siempre tengo el alma en un hilo.

UGENIO. Y si yo le digera á usted, señor Gobernador, que esa calumnia ha nacido aquí, y esa combinacion se ha fraguado hace pocos minutos en este despacho por las tres personas que me están oyendo, ¿qué diria?

NIBAL. Cómo se atreve á suponer?...

NTONIO. ¡Usted está delirando!

ERNABÉ ¿De dónde saca que nosotros?

UGENIO. Lo que yo oigo no necesito que nadie me lo diga. Al salir de esta habitacion poco há, me detuvo un agente á la puerta para hacerme dos preguntas relativas á mi negociado. La casualidad hizo que en aquellos momentos estuviesen ustedes ocupándose de mi persona y sin querer percibí ciertas frases que una por una pudiera repetir El señor don Antonio, cuyos compromisos son tantos, que para satisfacerlos no tendría bastante con todos los destinos habidos y por haber, quiere el que honrada y lealmente desempeño yó, para colocar en él á don Marcelino Cuesta, cuya orden de cesantía se ha recibido hoy.

NTONIO. Ustéd está soñando.

NIBAL. No puedo tolerar que continúe en ese camino.

ERNABÉ. Es un desacato á la autoridad.

UGENIO. Voy á concluir, señores. No han encontrado ustedes otro empleado más bonito que yó de los que tienen igual sueldo y la misma categoría? ¿Cómo habia de desprenderse el señor don Bernabé del señor Betanzos, que para sus miras ulteriores es una linda alhaja? ¿Cómo habia de consentir el señor don Antonio, que su ahijado se quedase en la calle? ¿Qué iba á ser entonces de ustedes? ¿Cómo ni quién habia de formar los expedientes mañosos qua benefician los intereses del Diputado y redoblan el sueldo del Administrador? No contestan! ¿Qué han de contestar? El miedo es una consecuencia del crímen, y el crímen, como el miedo, turban siempre los sentidos.

NTONIO. La cólera me ahoga!

ERNABÉ. La ira me ciega.

NIBAL. (Le asiste la razon y ante ella no puedo menos de enmudecer.)

NTONIO. ¿Pero ustéd en qué piensa, señor don Anibal?

BERNABÉ Usted es el llamado...

ANIBAL. Yo, sí, yo. Salga usted inmediatamente y...

EUGENIO. Sí, señor, salgo; pero salgo porque no quiero respirar la viciada a
mósfera de este despacho: porque no quiero enfangarme en el i
mundo lodo que le sirve de pavimento; pero ántes de salir he de d
cirles que son los autores de la ruina de una familia decente; c
políticos como los que me están oyendo, deshonran los partides
que se afilian; y sepan, por último que el castigo de la Providenc
cae más ó ménos tarde sobre la cabeza de los que sin fé, sin co
ciencia y sin religion, se conducen como ustedes han obrado co
migo. ¡Miserables! *(Váse Eugenio; se miran sorprendidos Anib
Antonio y Bernabé, y cae el telon.)*

ACTO SEGUNDO.

La misma decoracion que el primero.

Escena I.

MATILDE, GARCÍA que entra por la puerta que comunica con las oficinas.

GARCIA. Muy buenos dias, Matildita.

MATILDE. Muy buenos.

GARCIA. Mucho ha madrugado usted hoy.

MATILDE. Como que en toda la noche he podido pegar los ojos. Me hizo tal impresion el incidente de Eugenio, que en mi vida recuerdo haberme visto más afectada. Despues que se marchó, segun me ha dicho papá, acordaron poner en conocimiento del Juzgado el desacato que con ellos cometiera. Como papá es tan bueno, ha accedido á mis ruegos y desiste por su parte de dar semejante paso, y estoy esperando á que vengan esos dos señores á fin de influir cerca de ellos y que tambien desistan. ¿Usted ha visto á Eugenio despues del lance?

GARCIA. Ahora vengo de su casa. Está furioso, desesperado; parece que ha perdido el juicio: no le bastan reflexiones: se cae el corazon á los piés oyéndole... su madre, moribunda en una cama, pide la muerte á toda prisa: la hermana llora como una Magdalena, y él unas veces pretende suicidarse, y otras intenta desafiar á los que le han traido á tan triste situacion.

MATILDE. ¿Sería capáz de cometer un atentado?

GARCIA. Póngase usted en su lugar, y comprenderá que una persona en tales circunstancias, está dispuesta á cualquier cosa.

MATILDE. Y no habría un medio de?...

GARCIA. Sólo usted podría quizá...

MATILDE. Me parece que oigo su voz... Él es; dígale que entre y déjenos hablar á solas unos instantes. Valor y prudencia.

Escena II.

MATILDE, EUGENIO.

MATILDE. Eugenio!

EUGENIO. Anoche juré no volver á respirar la viciada atmósfera de este despacho. Si al verme próximo á sus puertas has supuesto que yo pretendia penetrar por ellas, te equivocaste, Matilde. César murió á las puertas del santuario de las leyes: á otros Césares fingidos esperaba yo para quitar es la vida á las puertas del santuario de las infamias.

MATILDE. Cálmate, Eugenio; yo pondré cuanto esté de mi parte...

EUGENIO. Muy mal harias si te tomases la molestia de influir en mi favor, porque en vez de agradecértelo, lo juzgo una grave ofensa; como considero en todo caso los favores con qué mis enemigos me convidan.

MATILDE. El concepto que acabas de apuntar desmiente las palabras que en este mismo sitio, me dirigias hace poco más de quince horas.

EUGENIO. Ayer eras la hija de mi bienhechor y de mi amigo: mi amigo y mi bienhechor se ha cambiado en mi verdugo; y de la hija de mi verdugo...

MATILDE. Eso no; mi padre es incapáz de hacer mal, y si alguna vez transige con ciertas exigencias, contrarias á lo que sus nobles sentimientos le aconsejan, yo soy la causa inocente; no le mueve otra idea que la de mi porvenir; no tiene otra aspiracion que completar los años que le faltan para jubilarse y dejar á su hija cuando él muera, un pedazo de pan.

EUGENIO. Buen principio de moral.

MATILDE. No debes calificar de malos los actos que emanan de un sentimiento tan legítimo.

EUGENIO. La conciencia está por cima de todas las miras interesadas.

MATILDE. Reprueba su conducta! A mi no me causaría estrañeza que la pasion que ayer me declarastes en este mismo sitio te hubiera conducido .. O las frases que entónces me dirigias eran hipócritas, ó el aborrecimiento de ahora es... El amor no puede cambiarse con tanta facilidad en ódio.

EUGENIO. Cuando el hombre tiene de por medio el bienestar de una madre, el porvenir de una familia y su honra...

MATILDE. A esa anciana madre, á esa desvalida familia, no le faltará nada mientras yo... *(Llevándose la mano al bolsillo de su vestido.)*

EUGENIO. Pretendes rebajar mi dignidad hasta el punto...

MATILDE. Jamás! Yo tengo, no sé si la desgracia ó la fortuna de identificarme

me con la desgracia misma; yo, que mi mayor placer es compartir con los desgraciados las penas que sus desventuras les producen, ahora que tu situacion es triste y desesperada, todo lo que tengo y todo lo que valgo...

EUGENIO. Despues que vengue las ofensas que me han inferido y el perjuicio que me han ocasionado, hablaremos.

ANIBAL. *(Dentro)* Matilde...

EUGENIO. ¡Ah! .. *(Hace un movimiento de ira, intentando dirigirse al sitio en que Anibal habla, y Matilde le sujeta.)*

MATILDE. ¿Te vas á atrever?...

EUGENIO. *(Furioso)* Si... sí!

MATILDE. *(Sujetándole aún)* ¿Y te olvidarias de nuestro amor hasta el punto de cometer con mi padre un atentado?

EUGENIO. *(Vacilando primero y volviendo enseguida á su primer ímpetu.)* Matilde! .. quita!...

MATILDE. *(Con apasionamiento y energía.)* El cariño que ayer me vendías la fé y la moral de que haces alarde á todas horas, y el interés que demuestras por esa pobre madre á quien vas á matar con el último disgusto, son una grosera mentira, un embuste criminal.

EUGENIO. La voz de una mujer virtuosa es el más poderoso freno á las pasiones del hombre. *(Váse)*

(Matilde cae accidentada en una butaca)

ANIBAL. *(Desde fuera.)* Matilde!

MATILDE. Eugenio!... Padre!

Escena III.

MATILDE, ANIBAL, ANTONIO que entra por la puerta de la oficina.

ANTONIO. ¿Qué habrá sucedido aquí? Algo académica es la posicion que guarda esta señorita; la escena debe haber sido bastante trágica. ¿Qué tiene usted, Matilde?

MATILDE. Ha visto usted salir á Eugenio?

ANTONIO. Me he encontrado con él á la puerta, pero iba tan ciego que no me ha conocido.

ANIBAL. *(Acercándose.)* Matilde, qué haces?

MATILDE. Estoy saludando al señor don Antonio.

ANIBAL. Observo que estás asustada.. conmovida... esplícame á que se debe

MATILDE. No siento nada; no se qué motivos tengas...

ANTONIO. Su papá tiene derecho...

ANIBAL. Justo! Tu papá tiene derecho...

MATILDE. Pues bien; Eugenio, con quien acabo de hablar, vino á buscarme á fin de que yo interceda con ustedes y vean de remediar en l

posible su triste y aflictiva situacion. Desgarraba el alma al hacer la pintura de su estado y el de su anciana madre; sospeché que la falta de recursos fuese el principal motivo de su desesperacion, y con un movimiento instintivo dirigí la mano al bolsillo para darle el dinero que tuviese; él comprendió mis intenciones, y ofendiéndose de ellas, en vez de calmarse, redobló su furia, cosa muy natural cuando se trata de una persona decente y delicada. Mi dolor fué entonces más profundo; oimos la voz de papá, él asustado se marchó precipitadamente, y yo conmovida caí sobre esta butaca.

ANTONIO. Pobre chico y pobre Matilde! No se pueden tener tan buenos sentimientos: las personas demasiado filantrópicas, como usted, viven en un infierno perpétuo.

MATILDE. Más vale pecar por exceso que por defecto, señor Diputado: yo no puedo remediarlo: en viendo una desgracia...

ANTONIO. Pues es preciso que lo remedie; cuando la filantropía sale de sus verdaderos límites, es un vicio, y los vicios...

ANIBAL. Esta hija mia tiene unas cosas...

MATILDE. Y no podrá hacerse nada en favor de esa familia desvalida?...

ANTONIO. Yo desde luego le perdono las ofensas que anoche...

ANIBAL. De mí no hay que hablar nada.

MATILDE. Eso no es bastante, papá, es necesario proporcionar á Eugenio una colocacion, un destino, un medio para que esa familia honrada no perezca en la miseria.

ANIBAL. Bueno, hija, bueno.

ANTONIO. He ahí tiene usted, señor don Anibal, los inconvenientes de la probidad en los empleados, al otro dia de dejarles cesantes, no tienen que comer Si ese niño hubiese hecho la vista gorda, y hubiese tenido la manga ancha, no se vería hoy con el bolsillo tan estrecho.

MATILDE. ¡Ah, señor don Antonio! Vale mucho la tranquilidad de conciencia. Dios no se olvida nunca de los buenos; y los malos, más tarde ó más temprano, reciben en esta vida el castigo, y en la otra... quién sabe lo que les espera?

ANTONIO. Antiguallas ridículas como las de su padre!...

MATILDE. Antiguallas!...

ANIBAL. Son las once; dentro de una hora tengo que estar en la Diputacion: acompáñenos usted á almorzar.

ANTONIO. Con mucho gusto.

MATILDE. (Hay representantes del país, que en tocando á comer son los primeros que acuden) *(Vanse.)*

Escena IV.

GARCIA y LUISA.

GARCIA. Sucedió lo que me figuraba; estan almorzando; siéntate en esa butaca y espérale un poco. Él no puede tardar mucho.

LUISA. No quisiera quedarme sola: me dá una vergüenza...

GARCÍA. No sé de que...

LUISA. Yo no estoy acostumbrada á estas cosas; y además la pobreza es tan cobarde, que dudo si á su presencia podré articular palabra.

GARCIA. La necesidad carece de ley, y ante la ley de la necesidad, no hay otro medio que inclinar la frente.

LUISA. No puedes figurarte el trabajo que me cuesta; pero otros sacrificios mayores sería capaz de hacer por mi esa pobre anciana.

Escena V.

DICHOS y BERNABÉ.

GARCIA. Al señor Administrador puede usted indicarle el motivo de su visita, y él le facilitará el camino... Esta señorita es la hermana del señor Rodriguez y trae una pretension cerca...

BERNABÉ. Con que esta es...

GARCIA. Sí señor.

BERNABÉ. Tiene usted muy buen gusto. Yo tambien sería capáz de dejar todos los destinos del mundo, ántes de hacer traicion á una jóven tan bella.

GARCÍA. Favor que usted le dispensa.

BERNABÉ. No habrá para el señor Gobernador y para el señor Tavares una recomendacion más poderosa, que la presencia de esta encantadora beldad.

LUISA. Mil gracias; es usted muy galante.

GARCIA. Tengo que concluir para las doce unos trabajos. Confio en que...

BERNABÉ. Vaya usted descuidado.

Escena VI.

LUISA y BERNABÉ.

BERNABÉ. Ni su hermano de usted, ni ese otro polluelo sirven para empleados. No se pueden llevar las cosas tan á punta de lanza como ellos quieren. Los que vivimos del presupuesto tenemos que tragar en ocasiones mucha saliba.

LUISA. Lo comprendo, señor Administrador; pero sus pocos años disculpan en cierto modo su proceder.

BERNABÉ. Si no hubiese sido yo, el uno á estas horas está en la cárcel, y el otro fuera de su destino. Yo los he defendido á capa y espada, y gracias á mi...

LUISA. Se conoce que tiene usted muy buen corazon.

BERNABÉ Tanto, que tuve intenciones esta mañana de llevar á casa de usted un despacho de apremio con las dietas de treinta reales. Es la mejor comision de que puedo disponer hoy, y con treinta reales diarios nadie se muere de hambre.

LUISA. ¡Cuánto le agradeceria que ese despacho de apremio me lo entregase! Mi hermano tal vez no quiera recibirlo de manos de usted. Él crée....

BERNABÉ. Entonces, lo mejor será que en saliendo Eugenio de casa, me mande un recado, y yo iré en persona...

LUISA Tanta molestia... puede usted valerse...

BERNABÉ. No, no; su hermano de usted no sabe cómo de estas comisiones se saca el mejor partido, y yo quiero instruirla... Con que me avisará luego que esté sola...

LUISA. El caso es que no tengo criada con quien... Esa mujer que me acompaña es la doncella de una vecina.

BERNABÉ. Yo colocaré un portero en las esquinas de la calle, con encargo de que cuando vea salir á Eugenio...

LUISA. No me parece mala idea.

BERNABÉ. Quedamos... en que...

LUISA. Sí.

Escena VII.

DICHOS, MATILDE, ANIBAL, ANTONIO.

ANIBAL. Apropósito. El señor don Bernabé, que es persona de gusto, y está siempre á la altura de la moda, convendrá en que voy hecho una vision.

BERNABÉ. No: ese frac es todavía presentable.

MATILDE. Además, papá, el hábito no hace al monje. Se ha empeñado este buen señor en hacerse un traje completo de etiqueta; como los destinos duran tanto en España, puedes gastarte la paga de este mes, para tenerlo quizá que arrinconar al siguiente.

ANIBAL. El cargo exige ..

MATILDE No me habia fijado en usted. *(A Luisa.)* Saluda á esta señorita. *(A Anibal.)*

ANTONIO. Qué arrogante figura!

Matilde. Esta señorita es la hermana de Rodriguez, y trae cerca de ustedes una pretension...

Anibal. Usted dirá en qué podemos ...

(Luisa prorrumpe en llanto)

Matilde. No llore usted, hija. Deme usted ese vaso de agua, don Antonio

Antonio. *(Dándole el agua)* La pena me ahoga Estas escenas me conmueven hasta el punto de.

Bernabé. Es preciso tener corazon de piedra para no entristecerse en estos casos

Matilde. Beba usted, hija Beba usted.

Anibal. *(Conmovido)* Supongo cuál es el objeto de su visita; pero yo no le siento remedio à sus aflicciones Estos señores, que son la causa de ellas, son tambien los únicos que pueden remediarlas.

Antonio. ¿Nosotros? Usted, que es la primera autoridad de la provincia, es el que puede haber dado motivo ...

Bernabé Yo, señores, soy aquí un cero á la izquierda.

Antonio. Me parece que el que ha pedido la cesantía es el obligado....

Anibal. El obligado es el que me ha obligado á pedirla.

Matilde. Entre todos la mataron, y el a sola. .

Luisa. Sea el que quiera, señores, mi objeto es pedir perdon de las ofensas que Eugenio haya podido inferirles y rogar á los tres su colocacion, aun cuando sea en un destino de ménos sueldo.

Antonio. Eso vá con usted

Anibal. Conmigo no và nada, porque yo me voy en este momento á la Diputacion provincial á presidir la sesion.

Antonio. La misma falta hace usted allí que los perros en misa.

Anibal. Le he dicho que hoy se discute una cuestion de altísimo interés, y mi presencia es indispensable.

Antonio. ¿Qué cuestion es esa que le tiene tan preocupado? De seguro es una de las muchas pamplinas á que este señor suele dar gran importancia. ¿Qué hay, don Anibal, qué hay en la Diputacion?

Anibal. Casi nada. Hoy sería muy fàcil que se arañasen dos diputaditos, si, como tercero en discordia, no fuese yo á dirimir la contienda.

Antonio. ¿Tan grave es el asunto?

Anibal. Tan grave, que vá á cubrirse la vacante de Oficial primero de la Secretaría.

Antonio. Y qué calladito se lo tenia usted!...

Bernabé. Ya pareció aquello.

Matilde. La ocasion la pintan.... y es necesario que ese destino se dé al hermano de esta señorita.

Antonio. Ha tenido usted muy buen acuerdo, Matilde.

Anibal. No puede ser.

ANTONIO. Qué tal? Esas dos palabras es la mejor defensa que ante los ojos de esta señorita, ha podido hacer de mí.

BERNABÉ. No le quedará á usted duda que yo no soy el autor de la cesantía de su hermano

LUISA. Pero, señor Gobernador....

MATILDE. Es posible, papá ... que no....

ANÍBAL. He dicho que no, y doblemos la hoja. ¿Quieres que tu madre nos esté fastidiando á cartas con la colocacion de su sobrino? Demasiado sabes lo que nos dice cada vez que nos escribe Sin duda aprendió en Viérnes aquello de «no podemos hacer carrera de este niño; ningun dia asiste á la universidad; no hace otra cosa que matar perros por las calles de Madrid; te lo voy á mandar para que le domestiques los huesos.» Bonito genio tiene tu madre! por no oirla se puede dar algo bueno.

MATILDE. Mi primo es rico Si no quiere aplicarse al estudio, qué se dedique á cuidar sus haciendas y saldrá mejor parado que con un destino: al cabo no le hace falta para vivir, como á esta pobre familia.

ANIBAL. Bueno es un pan con un pedazo. Su padre se habrá echado la cuenta que se hacen otros: el que no sirve para nada, sirve para cobrar la nómina.

BERNABÉ. Eso es; el oficio de empleado no es una profesion como otra cualquiera.

ANTONIO. Para ser empleado, señor don Aníbal, se necesita inteligencia, aplicacion y probidad.

ANIBAL. Hombres, no me hagan ustedes hablar...

ANTONIO. Cualidades, que segun usted mismo, no reune su sobrino.

ANIBAL. Es la hora en que debe abrirse la sesion y á mí me gusta estar á punto en todas partes. Señores, la exactitud.... *(Intenta marcharse.)*

MATILDE. Papá, por Dios...

ANÍBAL. He dicho que nó, y nó.

LUISA. Pero, señor Gobernador...

ANTONIO. Deje usted, Luisa Iremos juntos á la Diputacion, *(dirigiéndose á Aníbal)*, y yo, enfrente de usted, de poder á poder, veremos quién triunfa. Cuente usted, niña, con la credencial, que yo iré en persona de aquí á poco á llevarla á su casa.

LUISA. Mil gracias, caballero.

ANIBAL. Este Diputado es la sombra de Nino; ¿pues no dijo usted la noche pasada, que no volvia á pisar los umbrales de aquella dependencia? No decía usted que nadie puede con aquellos empleados, y que cualquier dia ván á morir allí de empacho de legalidad, desde el secretario hasta el último portero? El uno porque es amigo de don fulano, explica un curso completo de Disonomía cada vez

que se le habla de tala de montes; el otro porque es cuñado de no sé quién, pone reparo á todas las cuentas municipales; el otro, porque es condiscípulo de don Perencejo y el otro porque no lo es . . pero esto sería el cuento de nunca acabar.

ANTONIO. Entonces estaba de aquel parecer, y ahora estoy del parecer contrario Repito que yo iré en persona ..

ANIBAL. No, no: señorita, venga usted á recojerla aquí, que yo quiero entregársela por mi propia mano. (Allí no mete este pájaro las narices) Los Diputados provinciales son muy independientes. *(Aparte.)* *(Se disponen á coger los sombreros.)*

MATILDE. *(Dirigiéndose á Luisa.)* Esta ocasion me proporciona el placer de ofrecerle una casa y una amiga.

LUISA. En el número treinta y dos de esta misma calle, puede disponer de una modesta choza y de una humilde servidora.

Escena VIII.

MATILDE.

Qué peso se me ha quitado de encima! No hay mal que por bien no venga. Despues de ascender en sueldo y categoría vá á una dependencia donde, portándose bien, como él sabe hacerlo, tendrá destino para toda la vida. La Providencia es muy sábia; jamás se olvida de los buenos. ¡Con cuanta satisfaccion vería yo en este momento á Eugenio! Quisiera antes que otro darle tan buena noticia.

Escena IX.

DICHA y EUGENIO.

EUGENIO. Pues aquí me tienes.

MATILDE. Qué feliz soy! No es posible que pueda explicarte el placer que en estos instantes experimento! La satisfaccion que me acompaña es tal, que acaso y sin acaso no podria decirte todo lo que mi alma siente... Voy á contártelo todo. Interesada tu hermana Luisa en tu porvenir y en el bienestar de tu madre, ha hecho el sacrificio de presentarse en este despacho á gestionar tu reposicion. Sus tiernas lágrimas, su especial candor y singular belleza conmovieron tanto á papá y ablandaron de tal modo el duro pecho de los otros dos señores, que han ido á la Diputacion provincial, decididos á que recaiga en favor tuyo la eleccion para oficial primero de aquella secretaría, con más sueldo que tenias en esta. Yo espero que papá estará pronto de vuelta porque no le llevaba otra idea...

¿Estás contento? Creo que esta es la mejor satisfaccion que pueden darte.

EUGENIO. Sí .. pero sentiría que mi pobre hermana haya hecho algo que le desdore ó lastime su dignidad, porque entónces...

MATILDE. Los hijos no se desdoran jamás cuando, en la forma que ella lo ha hecho, buscan un pedazo de pan para sus padres. No creas, Eugenio, que apesar de lo sucedido desisto de mi primera idea. La empresa que te inicié ayer tienes que llevarla á cabo á todo trance. El establecimiento de un colegio preparatorio proporciona ménos gasto del que tú supones.

EUGENIO. Muy fácil es formar el presupuesto.

MATILDE. Manos á la obra. *(Dirigiéndoss al velador y tomando una pluma.)*

EUGENIO. Tu trabajo va á ser inútil. Yo no puedo disponer hoy de un cuarto... Ps... por poco que aquél arroje...

MATILDE. ¡Magnífica ocasion! Ahora que recuerdo el Comandante general piensa recibir de un dia á otro la órden declarándole de cuartel. La casa que deja es muy apropósito, y segun me ha dicho, hace almoneda de todos sus muebles, que valdràn ciento cincuenta ó doscientos duros Allí tienes butacas, alfombra, profusion de camas, útiles de cocina, cómodas habitaciones y absoluta independencia entre las que podiamos ocupar nosotros y las que han de destinarse á los alumnos.

EUGENIO. Bien cantas, pero mal entonas ¿De dónde quieres tú que saque esa cantidad?

MATILDE. Tambien puedo proporcionarte el medio. Santiago el ordenanza cobrará á fin de mes lo que como reenganchado alcanzó al recibir la licencia absoluta y desea colocarlo con un módico interés y suficiente garantía.

EUGENIO. Pues... si me lo prestaá mí lo tiene tan seguro como un ochavo á la puerta de una escuela ¿Cómo ni con qué habia yo de pagárselos?

MATILDE. Destinando á ese fin todos los meses el aumento de sueldo que vas á tener en el nuevo destino, estinguirás en poco más de un año la deuda: y aquí de tus palabras de ayer; errar ó quitar el banco; mientras no adquieras una posicion independiente que te dé lo bastante para atender á las necesidades de hoy y á las que habías de crearte en tu nuevo estado, me opongo á que demos á nuestras relaciones cierto carácter de seriedad.

EUGENIO. Conforme: quiera Dios que tus proyectos den el resultado que deseas.

MATILDE. Voy á decir á Santiago que no dé aplicacion alguna al dinero.

EUGENIO. ¿Vuelves?

MATILDE. Sí.

EUGENIO. Adios. *(Váse.)*

Escena X.

GARCIA, ANIBAL, EUGENIO.

GARCIA. Muy pronto ha dado usted la vuelta. No habrá habido sesion.

ANIBAL. Calle usted, hombre: si con estos diputados no hay quien pueda. Al bajar la escalera me encontré con cuatro de ellos y me dijeron que el Vicepresidente sigue con un fuerte catarro en la cama. Se ha empeñado en no tomar los polvos de Dower que le propiné, y quiera Dios no tenga que sentir.

GARCIA. De modo que no traerá usted la credencial de este caballerito?

ANIBAL. Lo que traigo es la cabeza hecha un bombo. No habia yo visto á esta linda alhaja que en veinte horas me tiene dados más disgustos que pelos tengo en la cabeza. Tiene este muchacho peor génio que mi mujer, que es cuanto hay que tener.

EUGENIO. Los pocos años.

ANIBAL. *(Aparte.)* Cuando yo tenia su edad era lo mismo.

GARCIA. ¿Habrá usted hablado á esos cuatro señores en favor de Eugenio para cubrir la vacante de oficial primero de su secretaría?

ANIBAL. Pues no faltaba mas! Fué el saludo que les hice, y en el momento me dijeron que era cosa corriente; pero enseguida sacó cada uno un pliegecito de exigencias que deben ser graciosas, como la mayor parte de las que hacen.

GARCIA. Será necesario servirlos en todo.

ANIBAL. Al momento Lea usted. *(Dá á Garcia papeles.)* Espere un poco. *(Dirigiéndose á Eugenio)*
Con esta tarjeta vá á casa del señor Vicepresidente, y despues de ofrecerle sus respetos, le hace presente el gran interés mio porque se le coloque en la referida vacante. Es cosa hecha, pero nunca está demás...

EUGENIO. Muy bien. *(Vase)*

Escena XI.

ANIBAL, GARCIA.

ANIBAL. Manos á la obra. ¿De quién es esa nota que vá usted á leer?

GARCIA. *(Leyendo las notas.)* De don Basilio Valdemoro.

ANIBAL. El que siempre se encuentra entre Pinto y su apellido: no dejarán de ser chuscas sus pretensiones.

GARCIA. Quiere que se autorice á un ayuntamiento para roturar la dehesa boyal y poner además en ella una plantacion.

ANIBAL. De viñas, eh?

GARCIA. Justo.

ANIBAL. Me lo figuré. Concedido. Despues estenderà usted las órdenes.

GARCIA. Si eso le compete á ellos.

ANIBAL. No deja de estar enterado el señor Valdemoro de las atribuciones de su cargo.

GARCIA. (Como si él supiera las del suyo.) Además quiere que se eche del mismo pueblo al ama del cura porque influyó en las últimas elecciones apoyando al candidato de oposicion.

ANIBAL. Y eso es posible?

GARCIA. No señor. Eso es preciso que ella lo pida.

ANIBAL. Una órden al alcalde para que prevenga à esa señora que en el término de tres dias solicite el cambio de vecindad. Vea usted hasta qué punto engendra ódios la política. Suspenda usted todo procedimiento El cura es de seguro algun pobre anciano que estará hecho á la mano de esa señora, y si lo separamos de ella, ¿qué se ha de hacer sin su ama de gobierno? Consultaremos el asunto con el oficial letrado.

GARCIA. (A buena parte vá á parar.) Y por último, pide que le paguen al maestro de escuela las diez mensualidades que se le adeudan.

ANIBAL. De ningun modo Los profesores de primeras letras deben no comer. El hambre aguza el entendimiento; y sobre todo si comiesen, desmentirian aquél antiguo proverbio de «tienes más hambre que un maestro de escuela»... Pasemos adelante.

GARCIA. Esta otra nota es del señor Pelaez. Solicita que se resuelvan en justicia varios espedientes de fallidos por contribucion territorial: que se declare la caducidad de una mina, y que se dé un estanco á la viuda de un Guardia civil, que cerca de su pueblo fué víctima de la ferocidad de unos malhechores.

ANIBAL. De esa no tenemos nada que hablar. Reclamaciones de tal género...

GARCIA. El señor Becerra solicita que se abone á un ayuntamiento el interés del ochenta por ciento de sus bienes de propios vendidos. Que se otorgue una plaza de famulo en el seminario á un hijo de un amigo suyo. Que se despache el expediente de dispensa para contraer esponsales dos primos. Desea que se traslade del regimiento de Zaragoza al batallon de Simancas á un soldado. Que se nombre vista de la Aduana á uno que seguia la carrera de cirujano menor, y se ha quedado medio ciego. Que al Juez de paz de su pueblo se le haga oidor...

ANIBAL. Que se lo lleve el diantre á este hombre. Créen que un Gobernador civil puede convertirse en papa, obispo, capitan general, ministro de Gracia y Justicia, Audiencia del territorio, y hasta Redentor del mundo. ¿Si podré yo hacer milagros?

GARCIA. No se apure usted señor Gobernador, todos han de quedar contentos. Yo me encargo de complacerlos.

ANIBAL. Usted se compromete?

GARCIA. Ahora mismo; y para que tenga lugar con la mayor premura me voy à encerrar en el despacho reservado, y así no me perturbará nadie.

ANIBAL. Magnifico acuerdo!

(Váse García por las habitaciones del Gobernador.)

Qué muchacho más dispuesto! Qué talento y qué sagacidad!! Los siete sábios de Grecia, no hubiesen sido capaces de inventar y discurrir lo que él.

Escena XII.

ANIBAL, MATILDE, LUISA.

MATILDE. ¡Pobre chica! ¿Qué le habrá pasado? la he visto salir de su casa y dirigirse á esta enjugándose las lágrimas con un pañuelo.

ANIBAL. ¿A quién, hija, á quién?

MATILDE. A Luisa, papá Tal vez estaría sola en los momentos en que Dios haya puesto término á la vida de su madre.

LUISA. *(Entra llorosa.)* No, no: mi madre aun vive, y á fin de que no se entere de lo que acaba de sucederme, hé abandonado en este momento mi casa. El señor don Antonio y el señor don Bernabé la han elegido por teatro de sus malogrados deseos.

ANIBAL. Como no se esplique usted mejor, no la entiendo Luisa.

LUISA. Ellos creian sin duda que agoviada por el peso de mis desdichas iba á inclinar mi frente consintiendo que pusiesen en ella el sello de la deshonra. ¡Insensatos! Mucho quiero á mi madre: grande es el interés que tengo en que se reparen las ofensas que á mi hermano han hecho, pero ni el bienestar de la una ni la honra usurpada al otro, los compraría yo jamás á tan alto precio.

MATILDE. El cielo sin duda está poniendo á prueba su paciencia y su virtud.

ANIBAL. Yo no habia podido creer nunca que hubiese en el mundo séres tan depravados.

LUISA. Quiero que lo sepan ustedes todo: ellos serian capaces de desfigurar los hechos, de ponerse el parche ántes de la herida. Al llegar á mi casa de vuelta de este despacho, se presentó en ella el señor Administrador, que en este mismo sitio me habia ofrecido una comision de apremio para Eugenio: yo le recibí en la sala con las formas de la buena educacion que mis padres me han dado: se sentó á una vara distante de mí y me dijo que mis ojos eran dos especies de diablillos que habian conseguido enredar su alma como

pudiera haberla enredado el mismo Luzbel. A estas palabras añadió otras, que la honestidad se ofende con su simple recuerdo y fué acercando con industrioso disimulo su silla á la mia, hasta el punto de que, en algun momento creí que mi rostro podia ser manchado por el virus de su repugnante lábio.

MATILDE. ¡Que indignidad!

ANIBAL. ¡Miserable!

LUISA. No pude menos de significarle mi desagrado y le despedí con frases no muy corteses

MATILDE. Cualquiera en el lugar de usted hubiese hecho lo mismo.

ANIBAL. A eso se esponen los que no respetan nunca las conveniencias sociales.

LUISA. La casualidad hizo que mamá me llamase entonces para incorporarla en la cama, probé mis fuerzas y viendo que me era imposible moverla, traté de llamar á la criada de mi vecina. Al abrir la escalera, me encontré de manos á boca con el señor Diputado. Despues de algunas cortesías, sin tener en cuénta mi situacion, trató de hacerme recordar un pasaje mitológico, pues que segun dijo iba dispuesto á hacer conmigo lo que el dios de los infiernos, Plutón, hizo con Proserpina. Ví que tenia tendencias á estrecharme entre sus brazos y revestida del poder que dá la razon, me abrí paso por la escalera salvando con gran prontitud sus peldaños. Al llegar á la puerta de la calle quise dar voces, pero casi no tenia aliento para respirar, y sin saber cómo ni por dónde he llegado aquí.

MATILDE. ¡Qué hombres!

ANIBAL. ¡Están un par de calamidades!...

LUISA El uno me hablaba de Luzbel! el otro me recordó á Pluton!

MATILDE. No pueden tener en la memoria otra cosa los que siempre se encuentran tan cerca del pecado, como distantes de la virtud. Luzbel y Pluton serán eternamente sus amigos

LUISA. ¡Es verdad! Este lance inesperado enjendrará nuevas dificultades para la colocacion de mi hermano.

MATILDE. Papá pondrá cuanto esté de su parte y conseguirá vencerlas.

ANIBAL. Sí, sí

LUISA. Estoy impaciente. Mi madre habrá ya estrañado mi ausencia. No puedo dejarla sola un instante; pero si no me atrevo á volver á mi casa.

MATILDE. ¿Qué hacemos en este caso, papá?

ANIBAL. Puede ir con usted uno de los inspectores de vigilancia que están en esa antesala.

LUISA. Acepto la oferta, mil gracias.

(Luisa se dirige hácia la puerta con intencion de marcharse.)

Escena XIII.

DICHOS; EUGENIO, ANTONIO, BERNABÉ, GARCÍA.

ANTONIO. Estoy seguro que los diputados provinciales no me faltan y doy á usted anticipadamente la enhorabuena por su nuevo destino.

BERNABÉ. Al propio tiempo reciba usted mi más sincera felicitacion. *(Estas palabras dichas desde la puerta donde Luisa al intentar salir los encuentra).*

LUISA. *(Retrocede sorprendida).* ¡Ah!

EUGENIO. Esta chica es una criatura particular. No sé á qué viene eso, Luisa: de cualquier cosa te asustas.

LUISA. *(Afectada).* Me figuré al verte con esos señores que...

EUGENIO. ¿Qué te figuraste?

LUISA. Nada: que los hechos pasados podian dar lugar á que tuvieses algun grave disgusto con ellos.

EUGENIO. Todo lo ves siempre de la misma manera. Todo el que habla conmigo crée que es mi enemigo.

ANTONIO. Y á todo el que habla con ella le tiene por un seductor de mala fé.

ANIBAL. Ya pareció aquello.

BERNABÉ. Me alegro que usted reconozca en su hermana rarezas que á veces podrán traerle graves compromisos.

EUGENIO. No me esplico...

ANIBAL. Son cosas de la vida, á qué usted no debe dar ninguna importancia.

MATILDE. Muy mal haria usted si las tomase en...

EUGENIO. Pero señores ¿qué enigma es este?

ANTONIO. Su hermanita de usted es á mi juicio una de esas jóvenes virtuosas, que tienen la idea de que á la desgracia todo el mundo se lé atreve; y ha creido ver en mí hoy á uno de esos seres depravados que en beneficio de sus pasiones y de sus miserias, esplotan su influencia como hombres públicos y atropellan por lo que debe ser más sagrado y respetable. Ella no podrá ménos de reconocer que ha partido de una equivocacion.

ANIBAL. *(Aparte).* Él es el que debia confesar que equivocó el camino.

LUISA. Las circunstancias de que en aquellos momentos estaba rodeada, el temor de que la visita que ustedes me hacian pudiera dar motivo á las murmuraciones de mis vecinas, me obcecaron hasta el punto de ver tanto en usted como en este otro caballero, no la mano del amigo que trataba de protejerme, sino el brazo criminal que pretendia asesinarme Confieso mi debilidad, y esta conf debe satisfacer tanto al uno como al otro.

BERNABÉ. Si no podia ménos de ser así.

ANTONIO. Solo en un momento de estravío puede dudar una persona de mi lealtad.

BERNABÉ. Lealtad tambien es...

MATILDE. *(Aparte)*. La lealtad del perro que lame el látigo con que se le castiga.

GARCIA. Me confunden sus palabras.

EUGENIO. Voy á ahogarme en el mar de las dudas. Te exijo Luisa esplicaciones claras y terminantes.

MATILDE. ¿Para qué?

ANIBAL. Todo se ha concluido. Ciertos asuntos no es prudente ventilarlos en este sitio.

EUGENIO. Es preferible la muerte á la desconfianza en que me han colocado. ¿Por ventura, Luisa, en cambio del destino prometido has hecho alguna concesion que nos deshonra? ¡Si tal supiese!...

LUISA. ¿Tan mala idea tienes formada de mí?

EUGENIO. Entónces por qué ese interés en ocultar lo que más tarde he de saber quizá con menos exactitud que puedo saber ahora?

MATILDE. El suceso de que se trata habla muy alto en favor de su hermana de usted.

EUGENIO. Acabemos de una vez, Luisa.

ANIBAL. Luisa ha partido de una equivocacion: ha faltado sin pensarlo y sin quererlo á estos dos caballeros. Ahora que puede juzgar con calma de sus palabras y de sus acciones, comprende que el ánimo de ellos no fué asaltar su casa, y que al invadirla no la confundieron con esas mujeres que ciegas por el oro que se les ofrece ó por el porvenir con que falsamente se les convida, no ven que la honra es la más brillante de las posiciones, la más preciada de las riquezas. Ella les faltó suponiéndoles pensamientos que no habian pasado por su imaginacion. Declara su culpa ¿por qué no confesarla? Sólo falta que le perdonen.

EUGENIO. ¿Con que han pretendido seducirte? ¿Con que han atentado contra tu honra?

MATILDE. No, no: lo ha entendido usted al revés, Eugenio.

ANIBAL. Es todo lo contrario.

ANTONIO Esplicarse con mas claridad que don Anibal lo ha hecho, sería imposible.

BERNABÉ. Este señor no habla en griego

EUGENIO. En cambio yo voy á hablarles el lenguaje que se merecen los que tan indignamente proceden. Disponga usted de mi credencial, señor Gobernador.

GARCIA. Puede usted hacer uso de mi plaza.

EUGENIO. Los que van á pedir perdon á ella son ustedes, pues de lo contra-

rio, ni el sitio en que me encuentro ni las personas que me rodean, serán para mí obstáculo á reparar las ofensas que le han inferido.

ANTONIO. Fíjese usted en lo que dice.

BERNABÉ Este jóven acostumbra á echar la fuerza por la boca. *(Con desprecio.)*

EUGENIO. *(Hace un movimiento de ira dirigiéndose á Bernabé). (García lo hace al propio tiempo y se dirige a Antonio).*

MATILDE. *(Sujetando á Eugenio).* Tenga usted calma, Rodriguez.

LUISA. *(Sujetando á García.)* No se comprometa usted, por Dios.

ANIBAL. Orden, señores *(Llamando)*. Salvaguardias, inspectores.

ANTONIO. Observe que soy un representante del país.

BERNABÉ. Se ha olvidado usted que soy su jefe?

EUGENIO. Qué diputado, ni qué..

GARCIA Yo no tengo ya que ver con nada.

MATILDE. Por Dios!...

LUISA. García!

(Se produce gran confusion. Acuden inspectores y agentes de órden público, y en medio de movimientos agresivos por parte de Eugenio y García, cae instantáneamente el telon).

ACTO TERCERO.

La misma decoracion.

Escena I.

ANIBAL, ANTONIO, BERNABÉ.

ANIBAL. Ayer mismo quedó en poder del Juzgado de primera instancia la comunicacion dando cuenta del atentado que ante mí cometieron los señores Rodriguez y García.

ANTONIO. Así me gusta. El principio de autoridad debe quedar en su puesto.

ANIBAL. La dignidad del diputado reclama para los culpables un severo castigo.

BERNABÉ. El prestigio del cargo que desempeño quedaria rebajado si no se les sentase la mano.

ANIBAL. En medio de todo, yo creo que ustedes dos han tenido alguna parte de culpa en aquel incidente y bueno sería que escogiésemos un medio de conciliacion...

ANTONIO. Yo no transijo. Pues no faltaba mas!

BERNABÉ. Yo no cedo un ápice de mi derecho. Estaría bonito!

ANTONIO. A esa señorita ha de costar cara su imprudencia.

ANIBAL. Seamos justos. Usted, señor don Antonio, y usted, señor don Bernabé, creyeron, como generalmente se cree que á la pobreza se la puede seducir con facilidad: dijeron, aquí que no peco... les ha salido la criada respondona y ahora pretenden que paguen justo por pecadores. Confiesen ustedes que allanaron su morada con una intencion no santa.

ANTONIO. Pero eso es natural en el hombre.

BERNABÉ. El hombre busca... y el buscar... Ps. no es pecado.

ANIBAL. Pero sí lo es codiciar los bienes ajenos y desear la mujer de tu prógimo.

ANTONIO. Siempre á pleitos con el catecismo!

BERNABÉ. Este señor es del siglo pasado!

ANIBAL. Yo soy de todos los siglos. La moral y la religion no mueren jamás.

ANTONIO. Antiguallas! El catecismo de Ripalda es una letra muerta.

ANIBAL. Por eso sin duda aquellos caballeritos, dijeron: «la letra con san

gre entra» y abriéndole á usted la cabeza, intentaron introducir en sus cerebros tan saludables doctrinas.

BERNABÉ. Se llevaron chasco. Yo no recibí mas que una bofetada.

ANTONIO. Y yo...

ANIBAL. La prensa periódica se ocupará del asunto, y vamos á andar por ahí de boca en boca...

ANTONIO. Valiente cuidado me dá á mí de los periódicos. Hoy, merced á las exajeraciones de algunos, sucede con ellos lo que al pastor que engañó más de cuatro veces á sus compañeros con que venía el lobo, y cuando en realidad fué acometido por la fiera, no le hicieron caso.

ANIBAL. ¿Con que insisten ustedes en cometer una iniquidad?

ANTONIO. Yo sí.

BERNABÉ. Y yo.

ANIBAL. Haz bien y no mires á quién, como dijo Jesucristo.

BERNABÉ. Esas palabras no creo que sean del Redentor del mundo; pero caso que lo fueran, no las repetiría en estos tiempos en que las buenas acciones son generalmente envidiadas, y sabido es que la envidia crea más enemigos que la injuria.

ANTONIO. No volvamos á lo mismo. Procure usted que le teman y no que le compadezcan. Terminemos esta cuestion que no merece la pena de que nos ocupe el tiempo. Se trata de dos subalternos, y nuestro decoro, nuestra dignidad, nuestra honra, están á más altura.

ANIBAL. Ay! Si Dios no lo remedia. *(Aparte.)*

ANTONIO. ¿Ha visto usted, señor don Bernabé, el telégrama?

BERNABÉ. No he visto nada.

ANTONIO. Se recibió esta madrugada. El Ministro llama á Madrid á todos los Diputados adictos, porque las oposiciones intentan dar la batalla al Gobierno. Hay crisis, y yo pienso partir esta tarde.

BERNABÉ. No se olvidará usted de gestionar mi ascenso.

ANTONIO. ¡Qué disparate!

ANIBAL. (A lo que estamos.)

BERNABÉ. Llevo dos meses ya de Administrador de segunda, y es razon...

ANIBAL. ¿Le parece á ustedes que demos una vuelta á la poblacion? Me han dicho que hay síntomas de alterarse el órden.

ANTONIO. No tengo inconveniente. Aquí no se ha de mover nadie.

BERNABÉ. Iremos.

ANTONIO. Pero convendría que llevásemos cuatro ó seis parejas de la Guardia civil, que esploren el terreno, y otras cuatro ó seis que nos guarden la espalda.

ANIBAL. Yo no tengo nada que temer.

ANTONIO. No lo digo por eso. Tampoco yo creo que le he hecho daño á nadie.

BERNABÉ. Me parece que no hay razon para que yo tenga enemigos.

ANIBAL. (Ninguno se conoce)

ANTONIO No nos alejaremos mucho. Lo que interesa es vigilar esta manzana: en ella debe usted aglomerar toda la fuerza pública.

ANIBAL. Estoy seguro que no habrá necesidad.

Escena II.

MATILDE con una carta cerrada en la mano.

Le pondré un sello de franqueo y el interior es el medio más pronto y seguro para que llegue á su poder. El ordenanza llevará la carta al correo. *(Llamando)* ¡Santiago! *(Entra el Ordenanza)*. Sin hablar con nadie, sin detenerte en el camino, la pones en el buzon y te vienés enseguida. *(Vase el Ordenanza)*. Todo puede oirlo desde mi cuarto ¿Tendrán valor de apellidarse caballeros los que tan indignamente se conducen? .. Adulándome, el señor don Antonio me dijo hace dos noches, que yo era un pretesto de la Providencia para tener en este mundo el tipo de los ángeles, la vera efigie de los serafines. Con alguna mas verdad podré yo decirle ahora que esa misma Providencia le tiene á él en el mundo para que la especie humana pueda apreciar la distancia que media entre el vicio y la virtud, entre el error y la verdad. La sociedad debia levantarse como un solo hombre contra tan villano comportamiento. ¡Qué dias tan amargos esperan á esa pobre familia! .. Si yo encontrase una persona de mi confianza con quien enviarles estos quinientos reales!...

Escena III.

MATILDE, LUISA.

LUISA. Ay, Matilde! Usted es mi único puerto de salvacion, mi único consuelo! Declaro, confieso que ayer cometí una ligereza imperdonable, pero lo hice cediendo á los impulsos de mi conciencia y de mi razon. Obré mal, pero ya no tiene remedio.

MATILDE. No, Luisa, no: los corazones nobles se engrandecen en la adversidad, alzando la cabeza ante los que pretenden esclavizarlos.

LUISA. Mi madre se agrava de hora en hora. Esta mañana al despertar llamaba á su hijo Eugenio para despedirse de él: yo procuré alejar toda sospecha y me van faltando las fuerzas.

MATILDE. Dios acude siempre á las mayores necesidades. Tenga usted fé y resignacion. Me voy á permitir ofrecerle estos quinientos reales, única cantidad de que dispongo. No es una limosna que le doy, es un préstamo que le hago.

LUISA. Solo así puedo aceptarlos. A qué estado llegan las personas que viven del presupuesto!... y sin embargo, para cada destino hay quince pretendientes!... Cuándo llegará el dia en que los cargos públicos busquen á los hombres?

MATILDE Entónces la nacion sería una nacion feliz, y los españoles estamos condenados...

LUISA. Influya usted, por Dios, con su papá y haga porque no los trasladen á la cárcel. Yo estoy dispuesta á sacrificar si es necesario... á pedirles públicamente perdon, á...

MATILDE. Eso, jamás.

LUISA. No puedo detenerme! Mi madre no puede estar sola un momento.

MATILDE Yo avisaré á usted luego que...

LUISA. Asi lo espero. Adios.

MATILDE. Adios.

Escena IV.

MATILDE.

Estoy atravesando la más terrible de las crísis. Este es el momento histórico de mi vida más interesante Mi razon corre el grave riesgo de ahogarse en el mar de las amarguras. Cualquiera que ahora me oyese diria: ¡Lo que puede el amor! No; no es el cariño que á Eugenio tengo la causa de que yo pierda el juicio; no es el móvil de mi locura; no es el motivo de mi desesperacion Mi dolor se inspira en un sentimiento, quizá mas grande. La idea de que á mi padre pueda alcanzar la responsabilidad moral de la muerte de esa infeliz señora... No quiero pensar en ello!... pero, si no puedo menos. Son impotentes la fé y la filosofia á que prescinda. . Acaso leyendo en este libro cristiano, que siempre me acompaña, se mitigue mi dolor, se disminuya mi pena! *(Saca un libro del bolsillo y lo abre)*

Escena V.

MATILDE, ANIBAL, ANTONIO, BERNABÉ.

ANIBAL. ¿Se le habrá perdido algo á esta chica en este despacho?

MATILDE. No se me ha perdido nada. Me aburro de estar sola entre las cuatro paredes de mi gabinete, y vengo aquí á contemplar las de este.

ANIBAL. Habrás querido decir á esperar y no á contemplar.

MATILDE. ¿Cómo? .. Qué!

Lo sé todo, hija, mia Tu sagacidad y tu cautela no te han valido en esta ocasion.

MATILDE. ¿Qué dices?

ANIBAL. Digo que estarás esperando la contestacion á una carta que e Ordenanza ha llevado al correo.

MATILDE. ¿Te has permitido sorprender mi correspondencia?

ANTONIO. Ja, ja, ja!

BERNABÉ. Ja, ja, ja!

ANIBAL. Tu padre tiene derecho, tiene obligacion...

ANTONIO. Ja, ja, ja!

BERNABÉ. Ja, já, ja!

MATILDE. ¿De qué rien estos?... se burlan tal vez? *(Antonio y Bernabé siguen riendo.)* Sí?... Ya que me provocais con vuestra risa, voy á repetir las palabras, que un momento ántes de entrar vosotros estaba pronunciando. Decia yo: no es el amor el que perturba mi razon, no es el cariño que le profeso la causa de mi locura: es un sentimiento más grande, es la idea de que á mi padre pueda alcanzar la responsabilidad de vuestros actos, y para calmar la desesperacion á que estas consideraciones me traian, comencé á leer este libro cristiano, porque la doctrina que sustenta es un buen bálsamo que derrama en el corazon afligido; porque la verdad que predica, es la llama brillante que ilumina mi apagado espíritu.

ANTONIO. Está inspirada! Ja, ja! *(Bernabé rie)*.

ANIBAL. ¡Aprieta!

MATILDE. Seguis riendo, sin duda porque la sociedad, á pesar de vuestras infamias, os mima, os considera? La sociedad os acoje por lo que mundanamente valeis; el cielo os repelerá mañana por lo que moralmente representais. El amar á un hombre como yo le amo, no es ni siquiera una falta: el obrar como vosotros obrais, es un crímen! No me avergüenzo de quererle!... Vosotros si que debeis avergonzaros!

ANTONIO. Ni Ciceron!

BERNABÉ. Ni Séneca!

ANIBAL. (Anda con ellos).

MATILDE. ¿Qué es usted, señor don Antonio, mas que un especulador, que gracias á la política posée lo que legítimamente no le pertenece? ¿Qué es usted, señor don Bernabé, mas que un funcionario público, que escudado con la autoridad de su cargo, le esplota hasta el estremo de mejorar su sueldo con el sudor de esos infelices á quienes la necesidad obliga á pedir comisiones de apremio, de cuyas dietas tiene usted la avilantéz de reservarse una buena parte? Si reiais, porque sorprendiendo mi carta, habeis visto en ella que amo á Eugenio, sea enhorabuena!... ¿Mi padre no es gustoso?

ANIBAL. No.

MATILDE. No? Pues ahora voy á escribirle una carta, diciéndole que le abor-

rezco, porque entre mi amor y mi padre, hago lo que debe hacer una buena hija; pero entre su hija y ustedes, la eleccion para mi padre no puede ser dudosa.

Escena VI.

Los mismos, menos MATILDE.

ANIBAL. Pendiente de sus palabras, no he podido articular una siquiera. ¡Qué talento tiene esta criatura! ¡No sé á quien se parece! (A su papá!).

BERNABÉ. Bonito discurso!

ANTONIO. Brillante peroracion!

BERNABÉ. Esto surte en mi ánimo un resultado contrario. Las lecciones de moral solemos oirlas los hombres políticos como quien oye llover.

ANTONIO. A mí, maldita la impresion que me ha hecho.

ANIBAL. (Predicar á ciertas personas, es predicar en desierto).

BERNABÉ. Voy á decir al Juez que duro en ellos.

ANTONIO. Al Promotor le encargaré yó que les siente bien la mano. *(Dispuestos á marchar, entra un Ordenanza de telégrafos y se detienen).*

ANIBAL. Este telégrama será alguna circular á los Gobernadores, diciéndoles que la crísis se ha conjurado.

BERNABÉ. Creo lo mismo. En tan críticas circunstancias no podia caer el Gabinete. De esta hecha nos afirmamos en el poder para mucho tiempo.

ANTONIO. ¿Quién lo duda?.... Despues de sofocar una insurreccion y haber alcanzado un triunfo completo en las elecciones, no podia esperarse otra cosa.

BERNABÉ. Ahora puede usted contar de todas veras con el ascenso, y es preciso que antes se resuelva el espedientillo ese de Bienes Nacionales, en que está basada una gran parte de mi fortuna.

ANTONIO. Prometo á usted, don Antonio, que eso queda de mi cuenta.

BERNABÉ. Ahora sí que resuelvo el problema, mejorando mi capital en más de cincuenta mil duros.

ANTONIO. Y yo resolveré el mio, yendo á una capital de primera, que son mis sueños dorados. Algo comprometidillo es hacer lo que usted quiere; pero tenemos la sarten por el mango, y lo que aquí hagamos lo darán por hecho en la junta superior de Ventas.

BERNABÉ. De eso no hay que hablar. Mi carácter de representante del país... Pero, señor Gobernador, ese telégrama está en griego?

ANIBAL. Viene en cifra y he tenido que apelar á la clave. Atencion: «La

crisis se ha resuelto, encargándose de formar el Ministerio do Salvador Rodriguez Peña.» —Esto dice la primera parte

ANTONIO. Suprima usted lo demás ¿Quién habia de sospechar que don Salvador podia llegar á Ministro? Entró don Salvador y se salvó el país! ¡Qué escándalo! El señor Peña, que es más rudo que un ideal! Esta es la nacion de los viceversas!... los que vaticinan e politica andan siempre por los cerros de Ubedal En España nunc sucede lo que lógicamente debe suceder!

BERNABÉ. ¡Buenas van á estar las cosas. Y la segunda parte, qué dice?

ANIBAL. «La disolucion de las Córtes!»

ANTONIO. De una plumada le dejan á uno como el gallo de Moron, cacareado y sin plumas Adios, toda mi influencia!... Adios, todo mi valer! Puede usted ir liando el hato; pero antes resolverá .. La cand de hoy es un mérito que contrae para un doble ascenso mañana

ANIBAL. Y la tercera parte, que es la más negra, dispone: «que en el acto entregue el mando de la provincia á don Eugenio Rodriguez interinamente nombrado Gobernador.»

(Se miran los tres algunos instantes).

ANTONIO. No lo entiendo. A ese chisgaravis? Digo que no lo entiendo.

BERNABÉ. Ni yo! *(Paseándose precipitado).*

ANIBAL. La consecuencia es la más...

ANTONIO. Repito á usted que no lo entiendo, y no lo entiendo. Venir ese sil bante á ocupar el sillon de la primera autoridad de esta provincia desde el cual trastornará todos mis planes, sacará nuestros trapos relucir y sabe Dios hasta qué punto pretenda ejercer con nosotros s venganza!

ANIBAL. Conmigo, don Antonio, estoy seguro que no ha de estrellarse.

BERNABÉ. Conmigo tampoco. Yo en las cuestiones de ustedes no podia se otra cosa que un cero á la izquierda.

ANTONIO. Todas las culpas á mí! El señor don Anibal, que cuando sorpren dió al Ordenanza la cartita de su hija, se puso de veinte colore y hubiese sido capaz de deshacerlo entre sus manos, quizá aspir á casarla con él ahora... y... vamos viviendo! Don Bernabé lava rá sus manos, y yo, que no quiero ser menos que ustedes, le ofre ceré mi apoyo para cualquiera que en mi distrito sea candidat del Gobierno. Pero, mirándolo bien, ¿no comprenden ustedes qu la actual situacion no puede durar mucho? ¿que esto no puede se más que un Ministerio transitorio?

BERNABÉ Estoy en lo mismo.

ANTONIO. Las primeras disposiciones dan la medida de lo que es, y de l que será en adelante.

(Anibal escribe contestando al parte).

BERNABÉ. ¡Qué escándalo!... qué país! Nombran Gobernador interino á un niño, que ayer por todo el dia acabó la carrera de Letras? Y yo, que llevo tres años de servicios, no he podido ascender más que á gefe de una Administracion de segunda!

ANTONIO. Y le parece á ust ed poco, hombre de Dios?

BERNABÉ. Comparado con el Director general, que el año anterior cobraba seis reales diarios por escribir las fajas de un periódico... mi carrera no es una gran cosa.

ANTONIO. Ninguno está contento con su suerte. Apostaría la cabeza á que designan para candidato por mi distrito, á un... cualquiera.

BERNABÉ. Pongo cuanto tengo á que mi sucesor es un pelagatos.

ANTONIO. ¡Qué iniquidad! ¡En qué país vivimos!

BERNABÉ. ¿Dónde vamos á parar?

ANTONIO. Esto es inicuo! El porvenir de dos hombres honrados, sujeto à los vaivenes de la política! Ya no se miran los servicios

BERNABÉ. Ya no se atiende à los antecedentes! Haga usted méritos en una nacion como esta! Quisiera no vivir en España!

ANIBAL. Buen remedio... (Cerca está Portugal).

ANTONIO. ¡Qué manera de dar los destinos! Dios sabe el tiempo que tendremos que vivir bajo el peso de una tiranía! Pero, hombre, qué hace usted? *(Dirigiéndose á Anibal).*

ANIBAL. He concluido. En la necesidad de cumplir con la órden del Ministro, me dispongo á poner en libertad al señor Rodriguez, haciéndole entrega del cargo al mismo tiempo. De paso pienso referirle *c* por *b* lo ocurrido, en obsequio de la verdad y descargo de mi conciencia.

ANTONIO. Hombre, no; veamos de discurrir una fórmula con que todos quedemos bien.

ANIBAL. Ha de ser pronto. Yo quiero que ustedes no sufran las consecuencias de sus estravíos.

ANTONIO. Usted qué opina, Administrador?

BERNABÉ Opino, que el señor don Anibal se dedique sin perder momento á influir cerca de su hija Matilde, á fin de que ella incline el ànimo del señor Rodriguez y queden las cosas como si nada hubiese pasado. Así podemos conseguir que usted quede de Gobernador, don Antonio siga con la misma influencia, y yo conserve mi destinillo. Despues de todo, la política es una farsa. El señor don Antonio se encargará de llevar la noticia á su familia, y yo bajaré á la Inspeccion à comunicarle el telégrama.

ANTONIO. Todo me parece bien, menos ir yo á una casa, donde una vez fuí y no debo volver jamás.

ANIBAL. La obligacion de trasladar la órden, es mia, y yo no falto nunca à mis deberes.

BERNABÉ. Iremos los tres; pero antes sería conveniente lo diga usted á M tilde que lo estimará mucho.

ANIBAL. Sí, sí. Matilde! *(Llamándola)*

Escena VII.

DICHOS, MATILDE.

MATILDE. Llamas, papà?

ANIBAL. Estos caballeros quieren hablarte.

MATILDE. Pueden empezar cuando gusten.

BERNABÉ. Usted, Matildita, no habrá escrito á Eugenio la carta diciénd que lo aborrece?

MATILDE. Sí, escrita la tengo.

BERNABÉ. ¿Y la ha puesto usted ya en el correo?

MATILDE No, pero pienso hacerlo.

BERNABÉ. No la ponga usted. Su papá está conforme con esas relaciones, hasta los veria á ustedes casados con mucho gusto.

ANIBAL Yo, no. Estos señores...

MATILDE. Ay, qué gracia!

BERNABÉ. Matilde, el mundo dá muchas vueltas, y quién sabe si mañana otro dia puede soplarle á ese jóven la fortuna!...

MATILDE. Ja, ja, ja! Bien dicen que la risa anda á barrios. Todo lo sé: he oido todo desde mi gabinete Ja, ja, ja! Muy pronto han ap gado ustedes sus fuegos! Con qué facilidad deponen algunas pe sonas sus rencores! Ja, ja, ja! Ahora toca reir á los que hace di minutos lloraban; ahora toca llorar á los que hace diez minut reian

ANTONIO. Considere usted, Matilde, que no es muy noble cebarse con l víctimas.

MATILDE Todos queremos justicia, y ninguno por nuestra casa. La mis consideracion ha debido usted hacerse para que no llegara este cas

ANTONIO. Siento mucho decirla que sus obras no respond n á sus palabra

MATILDE. Caballero, me estraña mucho que un representante del país, e rezca del criterio necesario para dar la debida interpretacion á r contento.

ANIBAL. (Chúpate esa!)

BERNABÉ. (Si continúa la discusion, lo tritura!)

MATILDE. Mi risa tiene origen en la satisfaccion de que me veo poseida ca vez que estoy en condiciones de hacer un favor. Yo quiero al pr gimo como á mí misma Antes lloraba porque no tenia element para hacer triunfar la verdad y la justicia; ahora me co porque dispongo de los bastantes á practicar un precep

no. Vivan ustedes tranquilos. De algo puedo valerles en esta ocasion, y todo mi valimiento lo pongo desde luego á sus órdenes!

NIBAL. Aprendan ustedes.

ATILDE. Proceder de otro modo sería imitarlos, y alguna distancia existe entre don Antonio Tavares y doña Matilde Gimenez; entre don Bernabé ..

NIBAL Existe la misma que entre los ángeles y los...

ERNABÉ Bien hace en suprimir la segunda parte.

NIBAL. La impaciencia en que me encuentro por comunicarle el telégrama, es tal, que no me detengo mas.

NTONIO. Con que por parte de usted ..

ATILDE. Todo está corriente. Procura, papá, que suba Eugenio enseguida.

NTONIO ¡Qué buenas son algunas mujeres!

NIBAL ¡Qué malos son algunos políticos!

ERNABÉ. ¡Qué apuros pasamos los empleados!

ATILDE. ¡Qué sábia es la Providencia!

Escena VIII.

MATILDE.

Famosa leccion han recibido! Si les aprovecha, no será malo. Creian que yo era capaz de aconsejar á Eugenio que ejerciese con ellos una venganza; pero la venganza no puede tener cabida en los corazones nobles. ¿Cómo habia de tenerla en el suyo? ¡No sé que siento! Todo el sistema nervioso... Las impresiones agradables son á veces como las penas, que no matan, pero ayudan. Estaría gracioso que...

Escena IX.

MATILDE, LUISA.

UISA. Matilde! Matilde! Han llevado á casa este telégrama. Mi tio Salvador nos ha salvado! Es el Presidente del Consejo de Ministros y nombra á Eugenio Gobernador civil interino ¿Usted lo sabia?

ATILDE. Sí: papá ha recibido otro igual.

UISA. En el momento que lo leyó mi madre, se puso tan contenta, tan alegre, tan animada, que ya no debemos temer por su vida Ciertas noticias son capaces de resucitar á un muerto! Si hubiese un destino para cada español, los españoles éramos eternos.

ATILDE. El Gobierno que publique una ley haciendo empleados á todos los habitantes de la nacion, se eterniza en el poder.

LUISA. ¡Cómo corren las nuevas! Al pasar por la puerta de la Inspeccion de policía, donde están arrestados, me detuve un momento y no pude entrar á causa de la mucha gente. ¿Se estraña de verme alegre? Usted estará triste porque á su papá le dejan cesante. No tenga cuidado; que estando mi tio en el poder, no le faltará destino Mi madre y yo hemos dispuesto dirigirle un telégrama pidiéndole veinticuatro mil reales de sueldo para García.

MATILDE. Veinticuatro mil reales?...

LUISA. Veinticuatro mil reales, ó más; y luego que se los dén me caso ¿Quiere usted ser la madrina de boda?

MATILDE. Con mucho gusto. En cambio usted no se negará á serlo de la mia.

LUISA. Qué!... se cása usted tambien?

MATILDE. Confio en que Eugenio...

LUISA. Mi hermano Eugenio? Qué locura! Mi hermano ocupa hoy una posicion que le hace digno de la mano de... y al fin y al cabo usted es la hija de un pobre cesante ..

MATILDE. Luisa, fíjese usted en lo que dice!... ¿Se olvida tal vez de?...

LUISA. ¿De los quinientos reales que me prestó esta mañana? No, señora La primera paga de Gobernador que cobre Eugenio, será para pagárselos á usted. Mucho tardan en subir. Los minutos me parecen años. Voy á ver si surge alguna dificultad. *(Vase)*

Escena X.

MATILDE.

Le ha perturbado la noticia De no ser así, sus palabras hubieseu producido una honda pena en mi alma. No lo estraño. Estoy segura que muy pronto ha de arrepentirse de ellas Es muy frecuente, por desgracia, que un favor se pague con una ingratitud Los que de la miseria se elevan repentinamente á una altura que nunca imaginaron, suelen envanecerse y su envanecimiento se encierra á veces en los repugnantes límites de la soberbia: esa es una propiedad de los espíritus débiles Eugenio vive en otras regiones. A su carácter noble y generoso no le es permitido ostentar otro orgullo que el que despiertan las buenas acciones Yo soy capaz de entrar por él la mano en el fuego sin el temor de abrasármela. ¿Por qué no ha de haber en el mundo una mujer que no dude?

Escena XI.

MATILDE, LUISA.

LUISA. *(En tono grave)*. No los dejan andar. De todas las dep

se apresuran á felicitarles En las veinte horas que ha durado su prision solo dos ó tres amigos han ido á verlos.

TILDE. La desgracia tiene tan mala cara, que todo el mundo huye de ella.

SA. Los que ayer anatematizaban sus actos, hoy de seguro aplaudirán su conducta. ¡Qué grande es el poder de la política! Me daba lástima de ver el papel desairado que viene haciendo su papá: hasta los porteros parece que le miran ya por encima del hombro.

TILDE. Eso probará á usted lo que son los destinos públicos. ¡Los destinos públicos! Flores galanas que al más ligero soplo se deshojan y sólo quedan como recuerdo de su existencia, un tallo cubierto de punzantes espinas. No sé como hay persona á quien envanezca una posicion oficial por elevada que sea. Cuanto más alto es el puesto que por el favor y la influencia se alcanza, más negro es el porvenir que al agraciado se le ofrece. Cuando mi padre no era más que un simple oficial de gobierno y le dejaban cesante, jamás se desdeñó en dedicarse á ciertos trabajos, que hoy despues de haber sido Gobernador civil de provincia, le será imposible hacer. El industrial más humilde, el artesano de ménos fortuna y el infeliz bracero, viven con más tranquilidad que los empleados.

SA. La misma idea que tiene usted de ellos, tengo yó. Con más gusto vería á mi hermano al frente de una Cátedra de un Instituto, que sentado en esa poltrona: hoy es Gobernador civil: mañana que mi tio caiga del poder acaso será perseguido por los adversarios. No me alhaga nada su falsa posicion. Opino como usted, Matilde. ¡Qué pobres de espíritu deben ser los que se envanecen con los destinos públicos!

TILDE. Pues échese usted una chinita en el bolsillo, Luisa. Poca armonía guardan sus palabras de ahora, con las que hace un momento pronunciaba.

SA. No recuerdo... La impresion que en los primeros momentos me hizo la noticia y el cambio repentino que en favor de su salud quebrantada sufrió mamá, quizá me estraviarian hasta el punto de poner en mis labios pensamientos que no pueden tener cabida en mi pecho. ¿Qué he dicho yo, Matilde, que pueda ofenderla?

TILDE. Dijo usted, Eugenio ocupa hoy una posicion que le hace digno de la mano de... y yo, al fin y al cabo soy la hija de un pobre cesante.

SA. En esos instantes en que no era dueña de mí misma, en que no me daba cuenta de mis palabras y de mis acciones, he podido inferirle tan grave ofensa. No, no, Matilde, esas frases no fueron hijas del egoismo; nacieron de mi estraviada razon. Qué mayor dicha puede alcanzar un hombre que llamarse su esposo! Ninguno más feliz que Eugenio si al cabo se une á usted: á usted, que tan

bellísimas cualidades adornan: á usted que posee tan nobles y nerosos sentimientos.

MATILDE. La honrada lo seré yó. Él es digno de mejor suerte.

LUISA. Mil veces no, Matilde. Antes de tratarla, mi madre y yo deshaciamos en su elogio cada vez que de usted nos ocupábam ahora que la conocemos la profesamos una especie de idolatría. *(Matilde arroja algunas lágrimas que enjuga con su pañuel*

Escena final.

TODOS.

ANIBAL. Soberbia ocasion para que se aclare la verdad de lo ocurrido. que estamos todos juntos, quiero esponer los hechos, dando á ca cual lo que le pertenezca.

MATILDE. Si, sí; que hable papá.

ANIBAL. El Ministro dejó cesante con fecha trece á don Marcelino Cues ahijado de don Antonio.

ANTONIO Porque usted habia pedido la plaza para un sobrino de su seño

ANIBAL. Don Bernabé, que es un segundo Maquiavelo...

BERNABÉ Yo he dicho y repito; que no soy mas que un cero á la izquier

ANIBAL. Discurrió el medio de reparar la falta, reponiendo al señor Cue en el destino del señor Rodriguez. Don Antonio me amenazó: al principio no le hice caso, pero despues, como los hombres p blicos tenemos...

ANTONIO Refiera usted las cosas tal y como han pasado. El que se opus que quitaran á ese caballero, fuí yo.

BERNABÉ Ha incurrido usted en un error.

ANIBAL Yo no falto nunca á la verdad. Don Bernabé tuvo la mayor pa de la culpa.

BERNABÉ La tiene su debilidad de usted, y la ambicion de este caballer

ANTONIO ¡Cómo se atreve?...

ANIBAL ¡Cómo se atreve?...

BERNABÉ Ustedes me calumnian!

ANIBAL. ¿Nosotros?

ANTONIO Yó?

BERNABÉ. Usted.

(Todas estas palabras dichas con energía y con actitud violen

EUGENIO. Silencio, señores. Jamás he querido saber quienes son mis ene gos, porque no sé si tendría la suficiente virtud para perdonar. El que trató ayer de perjudicarme, con su pan se lo coma. alegro infinito que hayan tenido lugar los incidentes pasa alegro, y deben ustedes alegrarse más que yó, porque é

se diga que pretendo vengar sus ofensas, no haré uso de mi autoridad ni de mi posicion en perjuicio de ustedes. Aunque mi conducta no es comun en los hombres políticos, pida cada cual lo que quiera y le haga falta, que si es de ley y justicia, dispuesto estoy á concedérselo.

TONIO. Don Anibal, pida usted.

GENIO. Al señor me encargo yo de indagar mas tarde...

TONIO Hombre, yo voy á ser franco. La situacion pasada no me llenaba y me amoldo con facilidad á la presente. El Gobierno recientemente caido nos ha dado perro.

GENIO. Observo que usted, segun su historia, se amolda á todas las situaciones.

TONIO. Es verdad... Flaquezas humanas... No puedo vivir fuera de las esferas oficiales: cuando respiro otra atmósfera que no es esta, me ahoga. Como soy político viejo, soy tambien un elemento muy útil á la autoridad... Cazo muy largo!... Antes que nadie piense en conspirar, se lo conozco en los ojos; y estando yo al lado de los Gobernadores, el órden público no es fácil que se altere, porque los pongo al corriente de todos los planes de los enemigos. Tengo grande influencia en mi distrito; y si el Gobierno me presta un ligero apoyo, triunfaré en las próximas elecciones y prometo ser un fiel defensor del actual órden de cosas.

GENIO. No me es posible aceptar sus ofertas. Pienso hacer lo contrario de lo que otros Gobernadores han hecho. Pienso gobernar con el buen ejemplo, porque el buen ejemplo de los gobernantes es la única tabla de salvacion para el país: realizar la ley y la justicia, es á lo único que aspiro. Ahora, usted, señor don Bernabé.

TONIO. (La justicia de éste, será la justicia de Enero).

BERNABÉ Siempre he sido con mis jefes un sutzo: jamás he dejado de responder á todas sus exigencias, á todos sus mandatos, ya se hayan inspirado en la ley, ó ya estuviesen fuera de ella. Tengo en mi mano los medios para ganar tranquila y sosegadamente unas elecciones, y toda mi inteligencia, toda mi actividad, la pongo á sus órdenes.

GENIO. Muy malas mañas debe usted haber adquirido con esa conducta, y gentes de malas mañas no las quiero yo á mi lado. Gestione usted su traslacion á otra provincia, y eso le tendrá mas cuenta. El señor don Anibal es incompatible con el actual Gobierno, pero yo me encargaré de que resuelvan en Madrid su expediente de clasificacion, en el sentido que apetece. Ahora bien: sería yo un ingrato, si hoy que me sonrie la fortuna olvidase los nuevos oficios de su hija, á la que séria y formalmente pido á usted por esposa.

ANIBAL. Hombre, eso es casarse por telégrafo.

EUGENIO. Nuestro amor no es de tres dias; trae alguna fecha. ¿Usted se resuelve? Repito á usted que se decida, señor don Anibal.

ANIBAL. Yo no voy á ser el casado... á ella corresponde primero...

MATILDE. Si papá es gustoso, por mi parte...

ANIBAL. Siéndolo tú...

EUGENIO. Mi hermana será la madrina de nuestra boda, y Matilde y yó d la suya.

GARCIA. Nosotros tambien nos casamos.

LUISA. Somos felices.

MATILDE. *(Dirigiéndose al público).*

Somos felices, verdad:
Sin embargo, aqui me asalta
La idea, de que algo nos falta
Para serlo en realidad.
Y por más que en mi sentir,
Pueda alguno contestar
Que hay la virtud de no dar
Contra el vicio de pedir;
Si la comedia os agrada
Señores, muy poco cuesta;
Debeis coronar la fiesta
Dándonos una palmada.

FIN.

DETALLES
PARA LA HISTORIA

Farsa cómico-lírica en un acto y en verso

original de

JOSÉ JACKSON VEYAN

música del maestro

MANUEL NIETO

Estrenada con extraordinario éxito en el TEATRO DEL PRÍNCIPE ALFONSO el 2 de Octubre de 1888.

MADRID
ENRIQUE ARREGUI, EDITOR
Atocha, 64, segundo izquierda
1888

REPARTO.

PERSONAJES.	ACTORES.
PACA	Srta. Pastor (L).
DOÑA ROSA	Sra. Rubio.
PACO	Sr. Navarrete.
EL PROFESOR	» Escríu.

CORO DE COSTURERAS y de CORISTAS

Esta obra es propiedad de su autor, y nadie, sin su permiso, podrá ponerla en escena.

Los representantes de la BIBLIOTECA LÍRICO DRAMÁTICA *de D. Enrique Arregui son los encargados exclusivamente de conceder ó negar el permiso de representación, del cobro de los derechos de propiedad y de la venta de ejemplares.*

El autor se reserva el derecho de traducción.

Queda hecho el depósito que marca la ley.

ACTO ÚNICO.

Sala de una casa de huéspedes.—Puerta al foro y laterales.

ESCENA PRIMERA.

Aparece ROSA, enseguida PACA y PACO, que salen por la derecha.

ROSA. Qué bien la vida se pasa
sin laberinto de gente!
Tengo un huésped solamente
que ocupa toda la casa.
Paga sin darme ruídos
doce duros. Sí, señor.
Es un sabio profesor
de los Estados Unidos.
Con fiambres se mantiene
y así yo no me atropello
por guisar, pues come aquello
que más á mano le viene.
Esa costumbre sencilla
me impide hacer buenas obras.
Y se han quedado sin sobras
los pobres de la guardilla.
Dos comediantes tronados,
que no sé qué van á hacer,
pues necesitan comer
aunque están enamorados.

Alguien se acerca... Ellos son.
(Yendo al foro.—Suena campanilla en la primera derecha.)
Llama el huésped. Volveré
á decir que no *hay de qué*...
Pobres, me dan compasión!
(Vase por la primera derecha.)

ESCENA II.

Pausa y salen PACA y PACO, bastante mal vestidos.

MÚSICA.

PACA. Yo soy Paca Peca.
PACO. Yo soy Paco Peco.
PACA. Yo nací en Ateca.
PACO. Yo he nacido en Meco.

Tal miseria toco
que por juicio saco,
que me llamo *Poco*
en lugar de Paco.
PACA. Soñó glorias Paca,
pero el arte rico
descubrió la maca
y me ha dado el mico.

LOS DOS

Saludan á ustedes
con mucho placer.
Paca Peca y Paco Peco
que no tienen que comer.

PACO. Muy niño me hicieron que el
pecho dejara,
y tuve, oh, tormento,
por todo alimento,
bizcochos borrachos de Guadalajara.

PACA. Mi madre infelice murió al darme á luz,
y cuando lloraba

mi abuela me daba
bizcochos bañados de Calatayud.

PACO. Oh niñez avara!
PACA. Oh infiel juventud!
PACO. De Guadalajara.
PACA. De Calatayud.

HABLADO.

PACO Protección, dioses ingratos!
PACA. De desventuras ya basta!
PACO. Que somos artistas, hasta
la suela de los zapatos
Que haya á nuestro afán remedio.
PACA. Siendo ambos dos maravillas
vivimos en dos guardillas...
PACO. Que están tabique por medio
PACA. El amor, bravo adalid
que eleva los corazones,
nos alzó cien escalones
sobre el nivel de Madrid.
PACO. Así hallamos el resorte
para ensanchar nuestro anhelo.
PACA. Sobre nuestra frente, el cielo!
Bajo nuestros piés la corte!
Escuchar el loco enjambre
que va del placer en pos
PACO. Y encima nosotros dos
muertos de amor y de hambre.
PACA. Turba mis dichas completas
esa frase.
PACO. El hambre: es cierto;
Yo me comía un cubierto,
entero, de á dos pesetas
PACA. Y si hubieras de escoger
entre el cubierto y mi amor.
PACO. Calla! Calla, por favor,
y no me tientes, mujer!
PACA. Qué harías?
PACO. Ninfa de Ateca,
tu afán de inquirir aplaca.

Mi corazón dice, Paca,
pero mi estómago *Peca*.

PACA. El cubierto has elegido.

PACO. No, mi bien, es que te amo
y hambriento de amor te llamo
por tu nombre y tu apellido.
Recuerdas mi amante cara
cuando dí el primer repique
sobre el prudente tabique
que nuestros cuartos separa?

PACA. Nunca olvida mi pasión
aquel solo de nudillos;
cada golpe en los ladrillos
sonaba en mi corazón!

PACO. Recuerdas que al otro día...
de tu fama en menoscabo...

PACA. Justo: atravesaste un clavo...

PACO. Y vi tu rostro, alma mía!

PACA. Aquel intersticio fiero
se abría...

PACO. Qué hay que extrañar,
cada suspiro al pasar
ensanchaba el agujero!
Una tarde de verano,
pude á través del tabique
cogerte el dedo meñique.

PACA. Y luego, pasó la mano.
El amor es buen obrero

PACO. A la siguiente mañana
logré abrir una ventana
sin permiso del casero.

PACO. Sí, pero mi honesto amor,
cortó tu intención dañina,
colocando una cortina
como velo del pudor.

PACO. Con respeto sin igual!
no temas rompa la valla.
Para mí es una muralla
la cortina de percal!
No temas, no que avasalle
tu virtud sagrada y pura.
En casa estás tan segura. .

como en mitad de la calle!

PACA. Gracias, mi Paco querido.

PACO. Mi honor, Paca, el tuyo abona.

PACA. Aquí viene la patrona...

PACO. Si habrá sobrado cocido!

ESCENA III.

LOS MISMOS y DOÑA ROSA.

ROSA. Hola, apreciables vecinos!...

PACA. Doña Rosa de mi alma...!

ROSA. Cómo vamos?

PACO. Conque... *cómo*?
Sin *comer*.

ROSA. Y la contrata
para Buenos Aires?

PACA. Solo
nuestros dos pasajes pagan,
no dan un cuarto de préstamo...

ROSA. Así. y todo... pecho al agua.

PACO. Imposible!

ROSA. En el lugar
de ustedes, yo me lanzaba.

PACO. Y yo también, pero amigo,
dice ésta que no se embarca.

PACA. Y lo sostengo; con Paco
no parto á tierras lejanas,
sin que antes nos eche el cura
su bendición en el ara.
No, yo tendré el génio abierto,
seré alegre y vivaracha,
pero á fé de Paca Peca,
que no *pecará* esta Paca
para que la historia diga.
Pobrecita, pero honrada!

ROSA. Bien.

PACO. Dame la mano y toma
lo que quieras.

PACA. ¿Quién lo paga?

ROSA. Y no podrían casarlos
de balde?

PACA. Quién de eso trata!
PACO. El sacramento más caro
de todos es la casaca.
ROSA. Tal vez bajen...
PACA. Imposible.
Es precio fijo; no bajan.
ROSA. Quien debe ser millonario
es el huésped que hay en casa,
un profesor. Mire usté...
su anuncio en la cuarta plana.
(Dándoles «La Correspondencia,» que coge de la mesa.)
PACA. Mister Jacques: profesor
de mundología práctica,
autor de una historia mónstruo,
moral y contemporánea,
á todo el que le dé datos
particulares de España
y rasgos característicos
de esta nación desdichada,
gratificará al instante
que se presente en su casa.
Pez, veintidos, principal,
frente á una casa de vacas.»
PACO. Es original el hombre.
PACA. El anuncio tiene gracia.
Quiere datos de esta tierra...
PACO. Nos hemos salvado, Paca!
Ese hombre es nuestra fortuna.
Yo me caso, tú te casas,
tú te ajustas, yo me ajusto,
yo me embarco, tú te embarcas.
ROSA. Pero qué ha pensado usted?
PACA. Pero qué has pensado?
(Le habla al oído.) Basta!
A las guardillas del arte!
PACO. Apolo nos dé sus armas!
ROSA. Pero oíga usted...
PACA. Hasta ahora.
ROSA. Sepamos de qué se trata!...
(Vase por el foro detrás de ellos.)

ESCENA IV.

Sale **El Profesor** por la primera izquierda. Vestirá muy raro y representará unos 50 años.

MÚSICA.

Yo soy un profesor
que no lo habrá mejor
en todo Filadelfia
ni en todo Nueva-Yorck.
Sí señor. Sí señor.
No es favor. No es favor.
Ni en todo Filadelfia
ni en todo Nueva-York.

Yo tengo la historia
toda en la memoria.
Yo escribo con gran crítica
y gran moral política.
Esclavo del deber
si empiezo yo á escribir
me olvido de comer
y dejo de dormir.

De los Estados Unidos
me he venido aquí á estudiar
y aunque de mi tierra vienen
los camelos y *canards*.
No hay que dudar
de mi formalidad.
Yo soy un profesor
que no lo habrá mejor
ni en todo Filadelfia
ni en todo Nueva-Yorck.
No es favor. No es favor. etc., etc.

HABLADO

No fuí embustero jamás
y el no serlo no me pesa.
A mí en la América inglesa
me educaron nada más.

Niño á New-Yorck me llevaron,
pero el de España es mi sol...
Soy un arbusto español
que al nacer lo trasplantaron.
Aunque en apariencia inglés,
si escucho una seguidilla
se alegra la pajarilla
y se me bailan los piés.
Una historia universal
escribo, y á tomar nota
vengo, pues no sé ni jota
de este mi país natal:
son también mis intenciones
ver si otro asunto se zanja
y hallo *mi media naranja...*
Allí no hay más que *limones!*
Es la mujer más barbiana
la española, á no dudar.
Yo me he pedido casar
con una chica alemana.
A una extranjera belleza,
vamos, le falta *el aquel...*
Estoy por el *moscatel*
y no quiero la cerveza.
Con mi anuncio han de venir
á verme por de contado.
Si tomo notas y estado,
aseguro, el porvenir.
Patrona!... (Subiendo al foro.)

ESCENA V

EL MISMO.—DOÑA ROSA.

ROSA. Qué hay que mandar?...
PROF. Ya sabe que espero gente:
Que pase inmediatamente;
el que me venga á buscar,
sin anuncios se le pasa
hasta aquí.
ROSA. No tendrá queja.
PROF. Ah!... Si viene alguna vieja

diga que no estoy en casa.
Dele usté una excusa ambígua.

ROSA. Ancianas no quiere ver?...

PROF. Yo no tengo que aprender
nada de la Historia antigua.
Si es joven, sin más recado
me la pasa usté en seguida.

ROSA. La intención es conocida...
Es usted enamorado?

PROF. De mí el amor no se mofa,
perdí ya tanta ilusión
que tengo mi corazón
lo mismo que una alcachofa.
Y me gusta el sexo bello,
sin embargo.

ROSA. Vaya, vaya!

PROF. Poniéndome donde lo haya
yo no me quedo sin ello. (Pausa corta.)
(Suena campanilla.)

ROSA. Llaman.

PROF. Alguna visita.

ROSA. Voy á ver. No; que son dos.
(Asomándose al foro.)

PROF. Que todo sea por Dios
y por la ciencia bendita!
(Vase doña Rosa y salen Paca y Paco.)

ESCENA VI.

EL PROFESOR y PACA, vestida de labradora aragonesa y PACO de maestro de escuela con levita y los codos de fuera.

PACA. Se pué pasar? (Después de entrar.)

PACO. Caballero...
Es usted el Profesor...
que se anuncia...?

PROF. Sí, señor.

PACA. Hemos leío el letrero.

PROF. Bien, pues se pueden sentar.

PACA. Gracias...

PACO. Inútil intento.

PROF. Por qué?

PACO. Porqne si me siento
no me puedo levantar.
PROF. Está usted como un alambre.
PACA. El pobre está esfallecío...
PROF. Qué es eso...? Tiembla de frío...?
PACA. No señor, tiembla de hambre.
PACO. Hoy acudo á su presencia
á facilitarle nn dato
de este país insensato.
Oíga usted, que habla la ciencia.
En mi triste senectud
el saber me da su palma
y robustezco mi alma
al calor de la virtud.
Sin que premien mis desvelos
con retribución mezquina
yo le enseño la doctrina
á los pobres pequeñuelos.
Les demuestro que hay un Dios,
regla de gran interés,
y les demuestro después
el que *una* y *una* son *dos*.
No será ciencia que asombre,
pero es, aunque elemental,
la piedra fundamental
del edificio del hombre.
Con tan santa profesión
mi estado me desconsuela.
Yo soy maestro de escuela
de un pueblo, allá, de Aragón.
Inútil es mi interés
y recompensa no espero.
No me pagan, caballero,
desde el año ochenta y tres!
La miseria me desploma
y contra el Gobierno chillo.
Si no me como un chiquillo,
qué pretenderán que coma?
Ayer me vine muy sério
á ver al ministro. Quiá!
Como hace calor, está
de baños el Ministerio.

Si esa conducta le extraña,
y tiene un juicio sensato,
apunte usted este dato
para la Historia de España!

PROF. Queda el caso examinado
(Apuntando en un librito.)
y doy mi juicio prudente.
El maestro, sobresaliente;
y el ministro, reprobado.
Qué nación tan peregrina...
Y usted... (A Paca.)

PACA. Otra! yo he vinío
con el maestro, ques mi tío,
pues, porque soy su sobrina.
Vengo á hablar lo conveniente.

PROF. Usted me dirá, señora.

PACA. Pues yo he sío agricultora...
Otra vítima inocente!
Mi padre era Juan Costal,
un labriego aragonés;
y yo soy su hija, pues,
aunque el decirlo esté mal.
Aragonés de nación,
á la holganza le hizo guerra,
pues, y temblaba la tierra
al golpe de su azadón.
Trabajando de contino,
llegó viñas á comprar;
y tuvo años de encerrar
dos mil cántaras de vino.
Siendo rico agricultor...
pobre hizo Dios que muriera...

PROF. Qué?... Le entró la filoxera...
á las viñas?

PACA. Aún peor.
Le entró el Gobierno.. que es ya
una nueva plaga aquí:
con trataos por *aquí*
y trataos por *allá*,
y con la tarifa extraña
y con la *escalera alcohólica*,
ha perdío la bucólica

la agricultura de España.
Otrá! que no hay salvación.
Por cada grano de trigo
sale un recibo enemigo
de esos de contribución.
Como sigan de ese modo
el gobierno va á embargar
hasta el templo del Pilar
con la virgencica y todo!
Mi padre vivir quería
mas la suerte dijo truco.

PROF. No dejó nada?

PACA. Un trabuco
que pué que me sirva un día!
Si es que el hambre no mitigo
y se presenta ocasión,
ni Agustina de Aragón
va á tener que ver conmigo!
Como se arme una contienda
tomo parte desde luego,
y, otra! que le pego fuego
al Menisterio de Hacienda.
Lo dicho! No se concibe
un gobierno más ingrato!
Conque ahí tiene usté otro dato
pa ese librote que escribe!

PROF. «Agricultura perdida
por el Reino de Aragón...»
(Escribiendo en un libro de memorias.)

PACA. Y por toda la nación
se halla la ruina extendida.
Vaya, no quiero cansar...

PACO. Son preciosos los instantes.

PROF. Esperen ustedes que antes
los debo gratificar.

PACO. Tal molestia le prohibo.

PACA. Se agradece la merced,
pero si se empeña usted,
yo lo que me dan recibo.
(El Profesor les da un billete.)

PACO. (Cincuenta pesetas!...) (Aparte á Paca.)

PACA. (Bravo!)

PACO. (Y esto en la primera escena...)
PROF. Aunque su estado me apena
yo sus noticias alabo.
PACO. Si oye que un maestro murió
en España de ayunar,
no tiene que preguntar,
ese maestro soy yo.
PACA. Si oye que una agricultora
pierde la conformidá
y hace una barbaridá,
ya sabe: una servidora.
PROF. Adiós.
PACO. (Nos lució el trabajo.)
PACA. Vaya, no hay que entretenerle.
(Ahora que suban á verle
las costureras de abajo!)
(Vanse por el foro.)

ESCENA VII.

EL PROFESOR y enseguida el CORO DE COSTURERAS.

PROF. Pobre España: en lontananza
tiene su ruina segura.
Buena está la agricultura,
y buena está la enseñanza.
Sus penas al declarar
el maestro me enterneció.
(Saca el pañuelo.)
En un sabio como yo
está muy feo el llorar.
Las matemáticas ciertas
apagan el sentimiento.
(Ruido de voces.)
Eh?... Qué es eso?... Un regimiento
que se cuela por las puertas.
(Sale el Coro.)

MÚSICA.

A verle venimos,
señor profesor,

porque ahora salimos
de nuestro obrador.

PROF. Por tantas mercedes
las gracias se dan.
A los piés de ustedes,
y ustedes dirán.

CORO. Por lo alegre y por lo lista,
es un tipo la modista
que se debe conocer.
Y al hacerle esta visita,
nuestro gremio solicita
que se fije con cuidado
si lo quiere conocer.

Cuando por las calles
vamos á entregar,
moviendo los talles
solemos andar.
Y si acaso llueve
y un charco se ve,
todas enseñamos
algo más que el pie.
(Levantándose un poco el vestido.)

PROF. Ojalá que hubiera
cien charcos y cien,
para que les viera
algo más que el pie.

CORO. Pasamos el día
sin pestañear:
cose que te cose,
dale que le das;
y tanto pespunte,
y tanto hilvanar,
con una peseta
nos suelen pagar.

PROF. Pues cosiendo menos,
y sin tanto afán,

viniéndose á casa
les daría más.

Coro. Ay! Mi pecho suspiros exhala
de amargo dolor.
Ay! qué vida tan mala, tan mala,
señor Profesor.
Ay! que el fuego me abrasa por dentro
y así no estoy bien.
Ay! que quiero casarme y no encuentro,
no encuentro con quién.

Coro. Si vuelve á Filadelfia
ó vuelve á Nueva-York,
guárdeme usted un pasaje
á bordo del vapor.
Y si es que me mareo
como sucederá,
diré en el balanceo.
Que me da! Que me da! Que me da!

Prof. Pobrecitas niñas
que les da el mareo
y no tengo tantos brazos,
tantos brazos cual deseo.

Coro. Vámonos á América,
vámonos de aquí,
que ya ningún hombre
se casa en Madrid,
ni por lo eclesiástico,
ni por lo civil.

Allá en las costas americanas
á los milores les sobran ganas
y sin tardar,
nos echa el cura las bendiciones
y somos dueñas de diez millones,
si no son más.
Al vapor
á embarcar
y mar adentro
á navegar!

HABLADO.

PROF. Vaya! Que sois muy benitas.
Lo digo formal y franco.
Y todas coseis?...
TODAS. En blanco.
PROF. Pues eche usted puntaditas.
UNA. Si algo nos encarga?...
PROF. Cielos,
y qué ojos tienen tan pillos!
Tú hazme treinta calzoncillos.
Y tú cuarenta pañuelos.
Camisas quiero al instante.
Tú hazme ochenta de dormir,
y tú, ciento de vestir
con chorreras por delante.
TODAS. Bravo!
PROF. Ya me he disparado.
A coser y no haya apuros.
Tomar veinticinco duros
como pago adelantado.
UNA. Gracias, y adiós!
PROF. En mi vida
vi cosa igual. Yo estoy tonto!
TODAS. Adiós! (Vanse por el foro corriendo.)
PROF. Eh!... Que volvais pronto
á tomarme la medida!

ESCENA VIII.

EL PROFESOR y enseguida PACO, de frac, caracterizando un andaluz fino.

Esto merece apuntarse
aunque no es la cosa extraña.
«Costureras en España
grandes ganas de casarse.
Todas suspiran amor
de gracia y encanto llenas,
y son buenas, pero buenas;
de una clase superior.»
(Escribiendo en el libro y sale Paco.)
Luego sacaré de aquí

grandes datos. Ya se ve.

PACO. Estoy á la orden de usté
y perdone que entre así.
A ilustrar su juicio crítico
vengo...

PROF. Y quién es?...

PACO. Ay, qué lila!...
No conose por la fila
que soy un hombre político?

PROF. Es de veras?...

PACO. Como el sol.
Aquí tiene, al natural,
el tipo más general
del político español.

PROF. Ya le escucho satisfecho.

PACO. En esta siensia ó este arte
entra uno por cualquier parte,
en no siendo por derecho.
Sóy diputao después
de bastantes desengaños
y de llevarme seis años
chillando por los cafés.
Había tela corriente
para comprar el turrón
y aseguré mi elección
llamándome independiente.
Fuí al Congreso, como digo,
y al ver tirante la cuerda,
zás! que me senté en la izquierda.

PROF, Hizo usted muy bien, amigo.

PACO. Un día tuve un encuentro
con mi gente perezosa,
no conseguía gran cosa
y zas! me senté en el centro.
Me ofreció el Gobierno más
que me ofrecían los míos
y cogiendo los avíos
me fuí á la derecha...

PROF. Y *zas*!

PACO. Aquí no hay más opiniones
que la ganansia segura.
Yo en una legislatura

figuré en siete fracsiones.
Con constansia y con vigilia
y unos *pases naturales*,
pesqué treinta credensiales
y coloqué á la familia.

PROF. Y usted habla?

PACO. Come un loro.
Me da cuerda el interés
y me estoy charlando un mes.
Si tengo un pico de oro.
Pues si el charlar es el arte
que aquí la ignorancia amengua.
Créame usté, que sin lengua
no se va á ninguna parte.
Teniendo buena memoria
y audacia, y poca aprensión.
Pa muestra basta un botón.
Ahí va un trozo de oratoria.
(Se coloca una silla delante tose, y se saca los puños.)
Señores; la libertad
y el poder, y el despotismo
y la fé y el servilismo
están en la humanidad.
Todo gana y tede pierde.
No hay un color liso y franco
y lo que ayer era blanco
mañana puede ser verde.
Qué es la ley? Un fuerte escudo.
Nada: palo y tente tieso,
desde la ley del progreso
hasta la ley del embudo.
No he de hablar del pueblo hebreo,
de Abraham ni de Josué
ni pretendo hablaros de
los hijos del Cebedeo.
La verdad es una sola
No admite demostración.
¡De aquí la constitución
y la unidad española!
Quien diga ótra cosa miente.
No equivocarse?.. Imposible.

Aquí no hay nadie infalible
mas que nuestro presidente.
¡Ah, señores!.. Yo hablaría
de ciencia haciendo derroche,
de por qué es negra la noche,
y por que es radiante el día.
Yo hablaría del digesto
y las leyes más gloriosas,
pero hablaros de esas cosas
era salirme del tiesto.
No he de abandonar el curso
de mi expresado problema,
ni he de salirme del tema
objeto de mi discurso.
El tiempo, la eternidad,
el medio ambiente del hombre,
la reputación, el nombre,
el aire, la inmensidad.
Todo sujeto al capricho
está de la sábia mano.
No hay invierno sin verano
ni sombra sin luz. He dicho.
(Se sienta y se limpia el sudor con el pañuelo.)

PROF. Es lo quo mi duda labra:
qué ha dicho.

PACO. Lograr mis frutes
hablando cinco minutos
sin decir una palabra.

PROF. Adivinarlo no supe.

PACO. Es la política lucha.

PROF. Y el país?

PACO. Paga y escucha;
otro fuma y él escupe.
Conque ya hice mi retrato
al óleo y de cuerpo entero.

PROF. Yo le daría dinero,
más de ofenderlo no trato.

PACO. Pues su cortedá es ociosa
é impropia de su alta crítica,
una cosa es la política,
y el negocio es otra cosa.

PROF. A recompensarle voy.

Su audacia no tiene igual.
Usted será liberal? (Le da dinero.)

PACO. Quién sabe lo que yo soy.
Veleta que vueltas da
al viento que la reclama,
sin saber cómo se llama
ni saber adónde va.
Un charlatán oportuno
que habla y habla por los codos.
Soy el bosquejo de todos
y el retrato de ninguno.
La conveniencia es el sol
que me da calor vital.
Soy la regla general
del político español.
(Vase por el foro.)

ESCENA IX.

EL PROFESOR y DOÑA ROSA, que sale foro derecha.

PROF. Abur. Pues es un trabajo...
oir á esa tarabilla.
Eso es una maquinilla
de hacer frases á destajos.
Apunten... (Escribiendo en el libro.)

ROSA. Verle desea...

PROF. Quién?

ROSA. Una desconocida

PROF. Es fea?

ROSA. Bien parecida.

PROF. Pues que pase si no es fea.
(Vase Rosa.)

ESCENA X.

EL PROFESOR y PACA, vestida de chula pobre.

PROF. Es bonita!... Qué fortuna!...
(Sale Paca.)
A los piés de usted, señora.

PACA. Soy Pepa la planchaora...
con más brillo que ninguna.
Yo plancho bien y deprisa,
y lo sostengo muy hueca,
porque es cuestión de muñeca
sacar lustre á una camisa.
Tengo fuerza suficiente
y se lo pruebo al que quiera.
Plancho en casa, y plancho fuera
si me llaman mayormente.
Buscando estado seguro,
hace años que me casé;
pero del todo, está usté...
No á medias.

PROF. Ya me figuro.

PACA. Con enterarse, no hay duda.
No hay quien responder no sepa;
en preguntando por Pepa
en la calle de la Ruda...
Vivo en el catorce.

PROF Sí?

PACA. De frente á la trapería...
Ve usté la buñolería?

PROF. No señora.

PACA. Pues allí

PROF. Me podría usté explicar
á qué viene ese relato?...

PACO. Pues viene pa darle un dato
que le pué á usté aprovechar.
Mi hombre, que es Pepe *Pulío*
es un mozo muy varil;
pero el pobre es albañil.
Será bruto mi marío!
Siempre haciendo el primo estás,
le digo y de tonto pasas.
Miá que estar haciendo casas
pá que vivan los demás.
El trabajo qué te dió
nunca? qué jornal me traes?
Morral, si un día te caes
y te matas, que hago yo?
Con tus trabajos eternos

pues nunca salir del paso?
No es más expuesto á un fracaso
el andamio que los cuernos?
No tienes tanta afición
á los toros, según cuentas?
Pues tira las herramientas
y coge el percal, melón!
Pá eso no serás tan zote,
vete al terreno á aprender
y déjate ya crecer
los tres pelos del cogote!
Que sale un bicho valiente
y te coge de verdá?
Morirás con dinidá
donde te aplauda la gente!
No es más noble y más honrao
morir lleno de oro y plata,
que morir como una rata
por una viga aplastao?
Así le hablo con enojo,
y al ver que él no dice ná,
le daba así una morrá
que le saltaría un ojo,

PROF. Bien hecho.

PACA. Si usted le viera:
joven, de buena figura.
Digo, y con una estatura
que domina á cualesquiera.
Pero él matar?... Esa es trola.
No tiene delicadeza;
y en vez de irse á la cabeza
sigue arrimao á la cola.
Ni le pico ni le enciendo,
y gracias á que el Señor
me dió un hijo mataor
de tres años, que yo entiendo.
Ese hará una suerte rara,
morenito, ya se ve,
con dos ojos negros que
no le caben en la cara.
Tiene un aire, y un salero,
y una planta, y un aquel,

y que se llama Rafael
pa que no sea torero!
No tiene ideas mezquinas.
Ese con mi sangre crece,
y está desde que amanece
toreando á las vecinas.
Aunque tan pequeño es
da señales de torero.
Ya le dá el quiebro al casero
el día primero del mes.
En cuanto á llamar empieza
á la puerta sale ya
diciendo: *No está mamá.*
Pues *un quiebro en la cabeza;*
como ya tiene el chiquillo
sus banderillas...

Prof. Qué horror!

Paca. Se las puso al aguador
ayer tarde en el pasillo.
Se las puso cuarteando,
y al ver que huía el gallego,
dijo: Dármelas de fuego
que este bicho salió blando.
El día que Rafael
mate en Madrid una fiera
no hay en la tabacalera
cigarros puros para él.
El chico canta en la mano.
No hay miedo de que se pierda,
y tiene una mano izquierda
que ni el mismo Cayetano.
El es mi alegría entera
y al ver su gracia le grito:
olé mi niño bonito
con sangrecita torera!

Prof. A usted no le infunde miedo
esa taurómaca lid?

Paca. Quiá!... Si yo soy de Madrid
y del barrio de Toledo!
En eso española soy
y á mí el toreo me llama.
Como que he empeñao la cama

por ver los toros de hoy.
Sin el dinero bastante,
y pensando en la función,
le dije: «coje el colchón,
Pepe, y echa pá adelante.»
Se lidian toros de fama
y hay que llevar á Rafael.
Yo eché á correr detrás de él
con las ropas de la cama.
Poco dan esos judíos,
pero, en fin, quién se resiente?
Dos duros. Lo suficiente
pa comprar los dos tendíos,
Al oir... Eh! A la plaza!
quién no pierde la prudencia?
Y que es de Beneficencia.
Ocho toritos de raza!
Bichos de esos que dan guerra,
de empuje y de muchos piés.
Dos de Colmenar y tres
de Moruve y Concha Sierra.
Puén darse los intereses
por las cuadrillas, de fijo.
El *Guerrita* y *Lagartijo*!
Vaya un par de cordobeses!
Aunque tenga que vender
la casa, quién no va allí?
Por ver una cosa así,
quién no deja de comer?

PROF. Nadie puede sospechar
delirio tan insensato.

PACA. Pues ahí tiene usted el dato
que yo le venía á dar.

PROF. Es verdad y se agradece.
«Cuernos, afición inmensa!»
(Apuntando en el libro.)
Tome usted la recompensa.

PACA. Mil gracias.

PROF. No las merece.

PACA. No hay quien de este afán me aparte.
Conque abur, que me las guillo
á llevarme á mi chiquillo

á la academia del arte.
Andando, Pepa, que ya
por ver la sangrienta lid
irá rodando Madrid,
por la calle de Alcalá.
Fiestas que son nuestras solas
son más alegres y francas.
Olé las mantillas blancas
que llevan las españolas!
Olé los que van gritando:
A la Plaza! A dos reales!
Y olé los mozos juncales
con salero toreando!
Que viva con su alegría
la planchaora de fama
que sabe empeñar la cama
para ver una corría!
(Vase corriendo por el foro.)

ESCENA XI.

EL PROFESOR y enseguida ROSA y LAS CORISTAS.

PROF. Siempre fué tan loco afán
causa de nuestros desdoros.
En España *Pan y toros*,
y antes los toros que el pan.
(Sale doña Rosa.)
Ya las visitas deploro.
De aquí no habrá quién me aparte.

ROSA. Una comisión del arte.

PROF. Sí...

ROSA. Las señoras del Coro.
(Vase y salen las coristas. Vestirán de calle, elegantes, para diferenciarse de las costureras.)

MÚSICA.

Somos las coristas:
somos las artistas
que cantamos siempre
en comunidad.
Si el arte se hermana
al sueldo que gana,

para dos pesetas
no lo hacemos mal.
Es la verdad! Es la verdad!
Si se tiene en cuenta el precio
no se puede pedir más.

Hoy se empeñan los autores
en sacarnos los colores
con los trajes que nos dan.
La cuestión es desnudarnos
y lucirnos y enseñarnos
con rubor de la moral.

PROF. Según lo que veo,
muy honestas van.
CORO. Si va á vernos al teatro
usted mismo juzgará.
PROF. Pues prometo mi asistencia.
CORO. El rubor es natural
al salir con esos trajes
de capricho que hoy nos dan.
PROF. Pues son trajes de verano
que me gustan por demás.

CORO. Nos dió el público la norma
y es cuestión de buena forma,
buena forma nada más.
Presentadas de ese modo
en el cuerpo estriba todo,
lo de menos es cantar.

Si hay una polquita
así movidita,
con el balanceo
se lleva el compás.
Y la que es bonita
se lleva á casita
con su contoneo
cien novios detrás.

Lan... larán... lan... larán...
Ay, qué afán. Ay, qué afán.
Al mirar los caballeros
qué vergüenza que nos dá.

PROF. Lan... larán... lan... larán...
Ay, qué afán. Ay, qué afán.
Estas chicas son muy ricas,
no las puedo ni mirar.
Me entusiasmáis, sí por Dios
coristas angelicales.
Y las partes principales?

PACA y PACO. Pues somos nosotros dos.

ESCENA ÚLTIMA.

LOS MISMOS. PACA y PACO vestidos en su traje, como en la primera escena.

PACA. Artistas de gran valía.

PACO. El arte representamos,
y cantamos y bailamos,
que esa es la moda del día.

PROF. Cantais y bailais?...

PACA. Eso es.

PACO. Con el público me voy.

PACA. Desgraciada de la que hoy
no *redoble* con los piés.
(Dando unas pataitas por lo flamenco.)
Esto da la fama toda.

PROF. Y el drama?...

PACO. Yo le sé hacer.
Lo quiere?... Pues va usté á ver
lo que es un drama de moda.
Asunto cómico-sério
realista y trascendental,
con su problema social
y sus puntas de adulterio.
La forma grosera y rara.
Hermana de Clara es Luz.
amiga de Luis La Cruz
y esposa de Juan Ferrara.
El padre, don Pedro Lista,

es muy formal y severo.
Cuando joven fué *negrero*,
cuando viejo, *prestamista*.
La Clara idolatra á Juan;
y á la pobre esposa Luz,
la pretende Luis La Cruz
que es muy guapo y muy truhán.
Luis se enciende en torpe fuego;
la honra de Luz no decae,
y Francisco lleva y trae
que es oficio de gallego.
Juan desprecia á su cuñada,
y con el alma en un tris,
sabe que su amigo Luis
quiere á su Luz adorada.
Habla al padre de su honor,
y don Pedro, con desdén,
dice que Luis hace bien
porque hoy es libre el amor.
Luz averigua que Clara
ama á Juan, promueve un cisco,
y da á su hermana un mordisco
en la mitad de la cara.
Juan, del suegro se aconseja,
busca á Luis con ciego afán,
pero Luis le pega á Juan
un tiro entre ceja y ceja.
Muere el bueno y triunfa el malo;
pero indignado don Pedro,
exclama... «Yo no me arredro!»
y desnuca á Luis de un palo.
Grita un inspector: «Atrás!»
al don Pedro furibundo
que exclama: «Qué importa al mundo
el que haya un cadaver más!»
Y mata al pobre inspector,
y con saña enfurecida
á *sí mismo se suicida*
murmurando: «Esto es honor!
Clara y Luz la muerte ven
del padre, y con ira insana
se tiran por la ventana

suicidándose también.
En esto, llega el gallego
y acaba el drama insensato.
Al gallego no lo mato
para que declare luego!

CORISTAS. Bravo... Bien!

PROF. Jamás oí
escenas tan realistas.

PACO. Pues aplauden las coristas,
que son el público aquí.

PACA. No hay quien el arte levante.

PROF. Y el drama lírico?

PACA. Horror!
Los escriben, sí señor,
pero ya no hay quien los cante.

PROF. Y la comedia?

PACA. El Parnaso
no halla premio á su vigilia...

PACO. Son pláticas de familia
de las que nadie hace caso.

PACA. La comedia de interés
á lo extranjero se inmola.

PACO. Las dan con salsa española,
pero el guisado es francés.

PROF. Pues está el Arte en un brete

PACA, obra que el cartel resista
cien noches, si no es revista
es pasillo ó es sainete.

PACO. Muchos tipos.

PACA. Alusiones
á la política tropa.

PACO. Muchos trajes.

PACA. Poca ropa.

PACO. Y veinte decoraciones.

PACA. Los chulos están haciendo
gran furor.

PACO. Oiga usté el timo.

PACA. *Tú eres un lila.* (Hablando en chulo.)

PACO. *Y tú un primo.*

PACA. *Yo distingo!*

PACO. *Pues yo entiendo.*

PACA. *Tú lo que eres es un randa.*

PACO. *Tira de hacha.*
PACA. *Pues comienza.*
Yo tengo tanta vergüenza
como el que menos, conque anda.
(Hacen ademan de tirar de navajas.)
PACO. *Ya estás de cuerpo presente!*
PACA. *Uno sobra de los dos.*
(Las coristas aplauden.)
PACO. Voz del pueblo voz de Dios.
PACA. Esto le gusta á la gente.
PROF. Y el canto?
PACA. Pues en la escena,
lo flamenco ha de privar,
una danza hay que cantar
si no cubana, chilena.
Eso es lo que priva aquí.
PACO. Es la música maestra.
PACA. Quiere un botón para muestra?...
Pues chicas, venga de ahí!

MÚSICA.

Un capataz tenía
una neguita esclava.
PACO. Y aunque la sacudía
ella no tabajaba.
PACA. Por fin la dío un neguito
compañero, compañero.
PACO. A ver si el tabajito
marchaba más ligero.
PACA. Ella desde aquel día
se animaba, se animaba.
PACO. Y con la compañía
vaya si tabajaba.
PACO Y PACA. A las más peresosas
la dan los negos
dulse alegría.
Salen mejor las cosas
cuando se hacen
en compañía.
Por eso desde entonces
la pobrecita esclava

si la dejaban sola
sin el neguito
no tabajaba.

TODOS. A las más perezosas, etc.

PACA. niña Salomé
chaladita está;
cuando al nego ve
digo!... no te digo ná!

TODOS. niña Salomé, etc.

HABLADO.

PROF. Está bien. Tengo del arte
el verdadero color

PACA. Se olvida usted, Profesor...
(Indicando dinero.)

PROF. Verdad. De recompensarte.
(Le da un billete.)

PACA. Cinco duros!

PACO. Los cincuenta.

PACA. La cantitad reunimos.

PACO. Nos casamos.

PACA. Nos unimos.
Gracias: nos salió la cuenta.

PROF. Qué dicen?

PACA. Soy una artista!

PACO. Nada: su anuncio leimos.

PACA. Y siendo artistas fingimos
esta especie de Revista.

PROF. Engaño piramidal.
Y estas niñas hechiceras?

PACA. Son las mismas costureras,
vecinas del principal.

PROF. Conque fué farsa.

LOS DOS. Segura.

PROF. Y que siendo yo tan diestro!...

PACO. El político. El Maestro.

PACA. La Pepa y la agricultura.

PROF. Con sus tretas insensatas,
me han robado!

PACA. Tontería.

PACO. De tanto hacer la *Gran Via.*

tenemos algo de ratas.

PACA. Y con gracia, sí señor.

PROF. Dos ratas!... Ya considero.
Falta uno. El *rata tercero.*

PACO. ¡Pues, llame usted al autor!

(Música y cae el telón.)

FIN DE LA FARSA.

DETRAS DE LA CORTINA

Esta obra es propiedad de su autor, y nadie podrá, sin su permiso, reimprimirla ni representarla en España y sus posesiones de Ultramar, ni en los países con los cuales haya celebrados ó se celebren en adelante tratados internacionales de propiedad literaria.

El autor se reserva el derecho de traducción.

Los comisionados de la Administración Lírico-dramática de DON EDUARDO HIDALGO, son los encargados exclusivamente de conceder ó negar el permiso de representación y del cobro de los derechos de propiedad.

Queda hecho el depósito que marca la ley.

DETRAS DE LA CORTINA

JUGUETE CÓMICO

EN UN ACTO Y EN VERSO

ORIGINAL DE

FRANCISCO FLORES GARCÍA

Estrenado en el TEATRO LARA, de Madrid, el 3 de Noviembre de 1891

MADRID
R. VELASCO, IMPRESOR, RUBIO, 20

1891

REPARTO

PERSONAJES		ACTORES
ESPERANZA	SRA.	RODRÍGUEZ.
POLITA		VALVERDE.
DON PASCUAL	SR.	RUBIO.
ANDRÉS		RUIZ DE ARANA.
ISIDORO		RAMÍREZ.
ANTONIO		CAPILLA.

La acción en Madrid, época actual

Derecha é izquierda, la del actor

ACTO ÚNICO

Gabinete rico y elegante.—Puertas laterales y una en el centro del foro.—Un sofá pequeño á la izquierda, y junto al mismo un velador con timbre, libros, periódicos y recado de escribir.

ESCENA PRIMERA

ESPERANZA, POLITA, ANDRÉS y DON PASCUAL

AND. Vaya; yo les dejo á ustedes,
si otra cosa no me mandan.
Es ya muy tarde, y me voy
á la oficina.
ESP. ¿Te marchas?
POL. Espera un poco, Andresito.
La ocasión la pintan calva,
y es ocasión...
AND. (Ha llegado
el momento que esperaba.)
POL. Siéntate.
AND. Vuelvo á sentarme.
(Hay que proceder con calma.)
POL. Tenemos que hablar de asuntos
de la mayor importancia.
Sé que vas á sorprenderte.
AND. ¿Sorprenderme? Usted se engaña.
Sé lo que va usté á decirme.
POL. Si á nadie he dicho palabra

del asunto, ¿cómo sabes
de lo que trato?

AND. Usted trata
de buscarme un sustituto
en el amor de Esperanza.

ESP. Eso es imposible. (Se levanta.)

POL. ¡Niña!

PAS. ¡Yo no lo permito! (Se levanta.)

AND. ¿Estaba
en lo cierto?

PAS. ¿A qué obedece?...

ESP. Yo quiero saber la causa...

POL. Siéntense ustedes, ó hago
una que sea sonada. (Se sientan.)

AND. ¿Qué tal? ¿Estaba en lo cierto?
¿Dí en el hilo de la trama?

POL. Sí, Andrés; tienes un olfato
de nariz privilegiada.

ESP. ¿Por qué quieres realizar
tan insólita mudanza?

POL. Silencio. Al que me interrumpa
lo voy á echar de la sala.
A mí no me tose nadie.

ESP. Voy á estar muy constipada.

PAS. Yo también. Y toseremos
cuanto nos diere la gana.

POL. Yo os haré sudar.

AND. Señores:
moderación y templanza.
A mí, aunque me afecta el caso,
quiero tratarlo con calma.

PAS. (Aparte á Esperanza.)
(¡Este hombre no tiene sangre!)

ESP. (¡O tiene sangre de horchata!)
(Vuelven á sentarse todos y Polita toca un timbre.)

ESCENA II

DICHOS. ANTONIO por el foro derecha

POL. Si viene algún posma, de esos
que vienen á *dar la lata*,
le dices que hemos salido.

ANT. Está bien. (Medio mutis.)
POL. Oye; que aún falta.
AND. (Rápidamente.)
Esa consigna no reza
con don Isidoro.
PAS. (¡Cáspita!)
AND. En el momento en que llegue,
pasa recado.
POL. ¡Me pasma
tu penetración!—Ya lo oyes.
ANT. Se hará como usted lo manda.
(Vase Antonio por el foro.)

ESCENA III

DICHOS, menos ANTONIO

POL. Libre ya de interrupciones,
al asunto.
ESP. (¡Estoy en ascuas!)
POL. Mi marido, aquí presente,
ha sido tan papanatas,
(Movimiento de disgusto en Pascual.)
que, habiendo ocupado en tiempos
las posiciones más altas,
y en las cuales ha podido
hacer... lo que otros, se halla
pobre, viejo y jubilado...
y sin servir para nada.
PAS. ¡Paula!... ¡Decir que no sirvo
ya es el colmo!
POL. Vamos, calla
y no interrumpas. Sabiendo
que en la clase burocrática
aquel que es escrupuloso
nunca llega á tener blanca,
no me conviene que Andrés,
hombre de la misma laya,
quiero decir, empleado,
y, al parecer, con las rancias
costumbres de mi marido,
entre en mi familia.
PAS. ¡Paula!

POL. Polita. Sabes de antiguo
que así es como se me llama.
PAS. Bueno, bien; Paula... ó Polita:
si de ese modo pensabas,
¿por qué has aceptado antes
al hombre que ahora rechazas?
POL. Porque... no había otra cosa,
y á falta de pan...
AND. ¡Me encanta
esa franqueza!...
PAS. ¿Y ya tienes
el yerno que te hace falta?
AND. Tiene á Isidoro. (Ponderando mucho.)
PAS. ¿Es posible?
AND. Positivo.
POL. Veo que estabas
perfectamente enterado
de mi pensamiento.
AND. ¡Anda!...
Me la sé á usted de memoria;
y sé cómo usted las gasta.
ESP. (¡Esto me parece un sueño!)
POL. (Con cierta cortedad.)
¿De modo... que... no te enfadas?
AND. ¿Enfadarme? ¡Buena es esa!
PAS. (¡El chico es de buena pasta!)
AND. Yo me pongo en la razón.
Ese rival me aventaja...
por sus medios de fortuna.
POL. ¿Luego, te consta?
AND. A mí, nada.
Sé que es rico, porque él mismo
lo ha dicho. Yo lo ignoraba.
POL. Pero, ¿no es amigo tuyo?
AND. Sí; desde fecha muy larga.
Estudió latín conmigo,
juntos fuimos á las áulas...
POL. ¡Ay! ¡También sabe latín!
PAS. ¡Qué felicidad!
ESP. ¡Qué ganga!
AND. Después le perdí de vista.
Sé que se ausentó de España
y que estuvo por América...
POL. Y ha estado en París de Francia,

en Buda-Pesth, en *San Petes*
Burgos...

PAS. (Y en Guadalajara.)

POL. Es un hombre muy corrido...
y muy *viajado*... y muy...

PAS. Basta.

AND. Desde que le encontré aquí,
me dije: «este me desbanca...»
Y me dí por desbancado.

ESP. (¡Qué humillación!)

PAS. (Es un mándria.)

AND. Para allananarle el camino,
hasta he mentido.

ESP. (¡Qué farsa!)

AND. Al preguntarme Isidoro,
con cierta desconfianza,
si me gustaba esta joven,
dije que no me gustaba.

PAS. ¡Hombre!... ¡Eso de no gustarte!...

ESP. Dijo bien. Las cosas claras.

AND. Hasta, para precaver
su más leve suspicacia,
le he dicho que soy casado
y que tengo un chico.

PAS. ¡Cáscaras!

AND. Que ustedes son... cualquier cosa;
y que visito esta casa
como agente de negocios
y para asuntos de banca.

POL. ¿De banca has dicho? Muy bien.

PAS. Muy mal. Y no se me alcanza
por qué la banca has nombrado.

AND. Por aquello de: «otro talla.»

POL. Andrés; te has portado como
un caballero sin tacha.

PAS. Y sin miedo.

ESP. (Y sin vergüenza.)

AND. En obsequio de una dama...

POL. ¡Qué lástima que no seas
rico!

AND. Pues á mí me halaga
ser pobre, que así he podido
en este caso agradarla.

POL. Creo que tienes talento.

AND. Creo lo mismo.
ESP. (Levantándose.) Dos palabras.
Todo esto es muy *fin de siglo.*
Según moda literaria,
hoy suele llamarse *fin*
de siglo á la extravagancia.
Es fin de siglo, repito,
respecto de Andrés, que pasa,
ó intenta pasar ahora,
por las envidiables auras
de la originalidad,
fruta que anda muy escasa
en los tiempos que corremos.
Esto de dar calabazas
el novio á la novia, tiene
desde luego mucha gracia;
debe llevarse al teatro
con su poco de mostaza,
y es de lo más *fin de siglo*
que cabe en cabeza humana.
Lo acepto, y paso de largo
á cosas de más sustancia.
Tú apareces, madre mía,
enteramente atrasada.
Este es *fin*, tú eres *principio;*
y en medio de los dos falta
algo que yo he de poner
sin miedo y sin arrogancia.
Eso de concertar bodas
como antes se concertaban,
sin tomarse la molestia
de oir á la interesada,
es absurdo, y no transijo
con semejante antigualla.
POL. ¡Niña!...
ESP. No quiero á Isidoro.
PAS. Muy bien dicho.
POL. Aquí, ¿quién manda?
ESP. En mis sentimientos, yo.
PAS. Justo; y yo mando en mi casa,
y en mi mujer, y en mis hijos...
Y ahora ordeno...
POL. (Gritando.) Tú te callas.
PAS. ¡Polita!...

POL. ¿Cómo se entiende?...
PAS. (Esta mujer me avasalla.)
AND. (Bajo y rápido á Esperanza.)
(Hablaremos. Tengo un plan.)
POL. (Muy envalentonada.)
¿Quién se me opone? ¿Quién alza
el dedo?
AND. Nadie se atreve.
ESP. Yo he dicho...
AND. (Aparte á Esperanza.)
(Calla y aguarda.)

ESCENA IV

DICHOS y ANTONIO por el foro derecha

ANT. Don Isidoro González.
POL. Espera un momento. (A Esperanza.)
Calma
la agitación de tus nervios
y la expresión de tu cara.
ESP. Si estoy... tranquila.
POL. (A Antonio.) Que pase.
AND. (Aquí de toda mi audacia.)

ESCENA V

DICHOS, ISIDORO por el foro derecha

ISID. ¿Se puede pasar?
POL. *Avanti.*
ISID. ¿Qué tal va?
POL. *Cosí... cosí.*
PAS. (¿Cosiendo?) (Aparte á Polita.)
POL. (A Pascual.) (Para que él vea
que yo también sé latín.)
ISID. ¿Y usted, mi bella Esperanza?
ESP. (Asperamente y retirando la mano.)
Muy bien; gracias.
ISID. (¡Me lucí!)
POL. (¡Esta muchacha es atroz!)

ISID. ¿Y don Pascual?
PAS. Tan gentil.
POL. (¡Sí; gentil de *casa* y *boca*.)
ISID. Choca, Andrés.
AND. Venga de ahí.
(Con él tengo que chocar
por fuerza al cabo y al fin...)
PAS. Sentémonos.
(Esperanza cambia de sitio para evitar que Isidoro se siente á su lado.)
POL. (Esta niña
me está dando que sentir.)
(Se sientan todos.)
ISID. Andrés... ¿qué tal la señora?
AND. Pasando.
ISID. ¿Y el chiquitín?
AND. Pasando... también. (Pasando
por un estado civil
que no es el suyo.)
ISID. ¡Te envidio!
PAS. (Por su aplomo en el mentir.)
AND. ¡Los chicos! ¡Ah! ¡Cuánto cuestan!
ISID. ¿Y ese tuyo?...
AND. (Burlándose.) ¡El infeliz
ahora está echando los dientes!
(¡Y yo las muelas!)
ISID. En fin,
tu estado es el más perfecto.
AND. (Y el más barato que ví.)
ISID. (Mirando amorosamente a Esperanza.)
Como yo pueda, muy pronto
ingresaré en tu redil.
AND. Lo de *redil*... aplicado
al marido...
ISID. Es un decir.
El hombre solo, se aburre.
ESP. (Y quiere aburrirme á mí.)
ISID. En llegando á cierta edad
hay que doblar la cerviz
y entregarse, sobre todo,
cuando se puede vivir
con ciertas comodidades...
y con ciertos lujos... y...
POL. Está entendido. (¿Le escuchas?)

PAS. (¡Ya lo creo!)
AND. ¡Hombre feliz!
POL. Si ayer no le entendí mal,
iba usted hoy á venir
á tratar... no sé que asunto...
ISID. Sí... pero...
PAS. (Aparte á Polita.)
(No seas cerril.)
POL. Pasaremos al despacho
de mi marido; y allí... (Aparte á Pascual.)
(No hay que dejar que se enfríe.)
PAS. (¡Qué mujer más incivil!)
POL. (Dirigiéndose á Andrés.)
¿No has dicho que te querías
marchar?
AND. (Sorprendido.)
¿Yo?
PAS. ¡Cómo!...
AND. Sí... sí.
POL. Pues no quiero detenerte.
PAS. (¡Qué modo de despedir
á las gentes!)
AND. Sí... me voy...
ISID. ¿Por qué no esperas aquí?
Yo salgo pronto. (Bajo á Andrés.)
(Tenemos
que hablar.)
AND. Tengo que escribir
algunas cartas urgentes
á... banqueros de París.
(Bajo y rápido á Isidoro.)
(En el Suizo á las dos.)
(Dando la mano á Polita.)
Estoy á sus piés.
POL. *Mersí.*
AND. Don Pascual... (Dándole la mano.)
PAS. Hasta la vista.
AND. (Bajo y rápido á Pascual.)
(Muy pronto he de descubrir
algo que á usted le interesa.)
Señorita... (¡Estoy febril!) (Vase foro derecha.)
POL. Tú esperas aquí un momento.
ESP. (Quieren tratarlo sin mí.)
Si te es igual en mi cuarto...

POL. Es lo mismo.
ESP. Adiós.
ISID. ¡Que *sprit!*
(Vase Esperanza por la primera izquierda.)

ESCENA VI

DICHOS, menos ESPERANZA y ANDRÉS

POL. Lo del *sprit* es de familia.
PAS. Cierto.
ISID. Esa niña gentil...
parece triste...
PAS. Y lo está.
POL. No es tristeza. La infeliz
se encuentra ruborizada.
Sabe que va usté á pedir
su mano... y le da vegüenza.
PAS. (¡Qué descaro!)
POL. Yo no fuí
nunca vergonzosa.
PAS. ¡Paula!
POL. Polita. (A Isidoro.) ¿Vamos?
ISID. (Por fin.)
(Vanse los tres primera derecha. Queda la escena sola un momento, pasado el cual asoman la cabeza respectivamente, Esperanza por la primera izquierda y Andrés por el foro derecha.)

ESCENA VII

ESPERANZA y ANDRÉS

AND. ¿Estás sola?
ESP. Sola estoy.
(Ambos entran en escena.)
AND. Entonces voy á explicarte
mi plan.
ESP. Puedes excusarte
de ese trabajo. No doy
importancia á lo ocurrido,

y únicamente lo siento
por tí.

AND. Escúchame un momento.

ESP. ¿Para qué? Hemos concluido.

AND. (Ya me esperaba esta gresca.)
Si no quieres escucharme,
¿por qué has salido á buscarme?

ESP. Para decirte una fresca.

AND. Deja ese fiero arrechucho.
Mis propósitos son buenos.
A un grillo, que vale ménos
que yo, se le oye.

ESP. Te escucho.

AND. El asunto es muy sencillo. (Inquieto.)
¿Oirán la conversación?

ESP. Si están en la habitación
que hay al final del pasillo.

AND. Quiero, para la jugada
que hace días discurri,
que á todo digas que sí
y no te opongas á nada.

ESP. ¿Accedo á todo? ¿No hay mal
en ser tan condescendiente?

AND. No á todo, precisamente;
no seas tan material.

ESP. Pero, con tal sumisión,
¿qué podremos conseguir?

AND. Ganar tiempo y ver venir
los sucesos. Mi intención
es que él esté satisfecho
de este su mejor amigo,
que sea franco conmigo
y me descubra su pecho.
Cuando muchacho tenía,
por norma la indiscrecion;
es de facil condición
y expansivo en demasía.

ESP. Muy bien. ¿Y si en su franqueza
no hallas nada censurable?

AND. Pues... dejo de ser amable
y le rompo la cabeza.
Si tras de estos intervalos
de intriga y de sumisión
no realizo mi intención,

arreglo el asunto á palos.

ESP. ¿Y si al dar con su impostura
estoy ya comprometida?

AND. Es muy facil la salida.

ESP. ¿Procedes á otra rotura
de tu rival? Si eso vale,
la victoria es para tí;
pero al proceder así
arriesgamos mucho.

AND. ¡Dále
bola! Trastorna mi juicio
la resistencia que ofreces.

ESP. Cálmate, Andrés, que pareces
un marido en ejercicio.
Yo te quiero secundar;
pero si tu plán fracasa...

AND. ¡Le pego fuego á la casa!...

ESP. ¡No; que me voy á quemar!...

AND. Yo estoy ya frito y quemado
con tantas observaciones.
Tengo fundadas razones
para el plán que me he trazado.
Tu madre está deslumbrada
con el nuevo pretendiente
y una oposición de frente
no serviría de nada.

ESP. En fin; ya está convenido.
Yo haré todo lo que pueda.

AND. Suceda lo que suceda,
yo habré de ser tu marido.

ESP. Repíteme que me quieres
después de ese alarde fiero.

AND. Sí; te quiero y te prefiero
entre todas las mujeres.

ESP. Vaya; esto es ya otra cosa.

AND. Tú eres mi dicha, mi bien
y mi cielo.

ESP. Tú mi edén.

AND. Mona.

ESP. Mono.

AND. ¡Deliciosa!

ESP. Nada; ya es cosa resuelta.

AND. Me voy. Pudieran venir
y mis planes destruir.

ESP. Adiós, vida.
AND. Hasta la vuelta.
(Le da un beso en la mano y se va por el foro derecha. En el instante de sonar el beso, Pascual y Polita por la primera derecha.)

ESCENA VIII

ESPERANZA, POLITA y PASCUAL

PAS. ¡Caracoles!
POL. ¡Eh! ¿Qué es eso?
PAS. Nada. ¿Estás sola, hija mía?
ESP. Sí.
POL. ¿No lo ves?
PAS. (Juraría
que oí el chasquido de un beso.)
POL. Parece que estás *tocado*.
Te distraes con frecuencia.
PAS. (Casi tengo la evidencia.
¿En dónde se lo habrán dado?)
POL. Cuando acabe con tu padre,
contigo he de principiar.
No te vayas.
ESP. Está bien.
(Se sienta junto al velador y hojea un periódico de modas, sin prestar atención al diálogo.)
POL. (¡Qué tono!)
PAS. (¡Qué sequedad!)
POL. Mientras que Isidoro acaba
de escribir á su papá
pidiéndole los papeles,
concertemos nuestro plán.
Tenemos que dar un té
y un baile de sociedad,
como anuncios oficiales
de la boda.
PAS. Pero, ¿estás
loca? Eso cuesta muy caro
y no tenemos un real.
POL. De sobra lo sé. Por eso
te hablo del caso. A contar
con lo necesario, nada
te hubiera dicho.

PAS. (Es verdad,)
POL. Vas á llegarte en seguida
á casa de Sandoval.
PAS. ¿De Ezequiel?
POL. Del mismo.
PAS. Es que...
POL. No me repliques.
PAS. Bien.
POL. Vas
y le pides diez mil reales...
y te ofreces á pagar
con mi renta... y en tres plazos.
PAS. Si tu renta, cuando más,
asciende á unos tres mil reales,
difíciles de cobrar,
y hay ya varias hipotecas
afectas al capital.
POL. Bien; ¿y eso qué importa?
PAS. Nada.
Pues... que vamos á tardar
en solventar esa deuda
una *cuasi* eternidad.
POL. Por eso digo en tres plazos.
PAS. ¡Tarde, mal y nunca! ¡Ya!
No lo consiento.
POL. Yo sí.
PAS. ¡Polita!... (Escandalizado.)
POL. Déjame en paz.
Vete ahora mismo.
PAS. ¿Tan pronto?
POL. Sí; no quiero demorar...
PAS. Bueno, voy. (Que si no voy
esta mujer es capaz
de cualquier cosa.) Hasta luego.
POL. Te espero con ansiedad.
(Vase Pascual foro derecha.)

ESCENA IX

ESPERANZA y POLITA

POL. (Quitando el periódico á Esperanza.)
Supongo que habrás oído...
ESP. Nada.

POL. Escucha y lo sabrás.
(Me parece que esta niña
es muy dura de pelar.)
(En tono de autoridad.)
Está acordada tu boda
en principio.
ESP. No está mal.
POL. Con Isidoro.
ESP. Muy bien.
POL Y á la mayor brevedad.
(Pausa corta. Transición.)
¿Qué dices?
ESP. Que á mí me toca
obedecer y callar.
POL. ¿Oí bien? (Asombrada.)
ESP. Perfectamente.
POL. De modo... que...
ESP. Que no hay más.
POL. Esto me asombra, después
de aquella genialidad...
ESP. Ya lo he pensado mejor
y de sabios es mudar
de consejo; y como tú
quieres mi felicidad...
POL. (En un arranque de súbita ternura.)
¡Ven á mis brazos! ¡Con esto
me acabas de conquistar!...
¿De modo, que cuando él salga
y explore tu voluntad?...
ESP. Ha de quedar satisfecho.
POL. ¡Qué cambio tan radical!
¡Ah! ¡Qué idea se me ocurre!
Ya sé quién te ha hecho cambiar.
Andrés, ¿eh?
ESP. Lo has acertado.
POL. Si la que á mí se me va...
¡Qué muchacho tan juicioso!
¡Si tuviera el capital
del otro!... Pero no hablemos
de eso. Te voy á dejar,
porque creo que se acerca
Isidoro. (Volviendo á abrazarla.)
Adiós... imán.
Tienes un sentido práctico

que no tuvo tu mamá;
y te has hecho de sentido
con mucha oportunidad.
(La abraza nuevamente, la besa y vase primera izquierda.)

ESCENA X

ESPERANZA, y en seguida ISIDORO, primera derecha

ESP. A ello me he comprometido
y afronto la situación.
ISID. ¿Sola? (Sale guardándose una carta.)
ESP. Sola.
ISID. (Es la ocasión.)
¡Qué buena suerte he tenido!
Siéntese.
ESP. Me sentaré,
si usted quiere, sin protesta.
ISID. Yo... porque no esté molesta...
ESP. Muchas gracias.
ISID. No hay de qué.
(Se sientan. Pausa conveniente.)
Su benevolencia invoco.
ESP. Se la doy por de contado.
ISID. Sus padres me han otorgado...
ESP. Sí; lo he sabido hace poco.
ISID. Pues nos vamos á casar...
ESP. (¡Este hombre no pierde ripio!)
ISID. Empiezo por el principio.
A mí me gusta abreviar.
Dejemos de hacer el *bú*
como lo hace mucha gente.
A esta altura, es conveniente...
(Con cierta timidez.)
que nos hablemos de tú.
ESP. ¿Es conveniente? ¿De veras?
ISID. Y natural... Yo supongo...
ESP. Pues tampoco á eso me opongo;
empieza *tú* cuando quieras.
ISID. (Algo desconcertado.)
Tiene usté una ingenuidad...
que...

ESP. La que el caso reclama.
Yo soy muy dócil.
ISID. (¡Me escama
con tanta docilidad!)
ESP. (Con candor infantil.)
A mí no me satisface
que te me hayan designado;
pero mamá lo ha mandado...
y ella sabrá lo que se hace.
ISID. ¡Qué confesión! (Esto va
como una seda.) De modo,
que... usted...
ESP. Yo paso por todo
porque lo ordena mamá.
Pero me pides que venza
lo grave del tratamiento
¿y aún sigue tu miramiento?
¡Habla de tú... sin vergüenza!...
Si ya todo está acordado
y todo está definido,
debes de ser atrevido
y francote... y descarado.
ISID. ¡Me enamora tu franqueza!
ESP. Hija es de mi buen deseo.
Yo soy así.
ISID. Ya lo veo.
(¡Es tonta de la cabeza!)
¿Conque, hablando en puridad,
tú vas á ser mi mujer
sólo para obedecer
á tu madre?
ESP. Es la verdad.
ISID. Dime también con la misma
franqueza, y sin que te asombre
mi pregunta: ¿hay algún hombre
que mires bajo otro prisma?
ESP. No entiendo...
ISID. Quiero decir
si amas á alguno.
ESP. ¿Quién? ¿Yo?
Ni nadie lo pretendió,
ni sé qué cosa es sentir.
ISID. Siempre es un consuelo. (¡Está
en el limbo este angelito!)

ESP. En punto á amor, me limito
á lo que ordene mamá.
ISID. ¿Y si tu alma se complace
en otros amores?
ESP. ¡Anda!
Yo me atengo á lo que manda;
y ella sabrá lo que se hace.
ISID. ¿Tu corazón no ha latido
de amor al dulce embeleso?
ESP. ¡El corazón! ¿Y qué es eso?
ISID. (¡Un inconveniente!) El nido
de toda humana pasión
y el centro de toda fe.
ESP. Pues, francamente, no sé
qué cosa es el corazón.
Pero si es como lo pinta
tu deseo, en mi sentir
te has debido conducir
de una manera distinta...
y explorar mi inclinación
antes que la de mamá.
ISID. (Como tonta, lo será,
pero me dá una lección.)
Ciertamente... yo he debido...
ESP. El sistema que prefieres
es el mejor, y tú eres
cortado para marido.
ISID. ¿Cortado?
ESP. Y *predestinado*...
para una lucha suprema.
ISID. ¡Gracias! (¡Es flojo el problema
que queda aquí planteado!)
ESP. De que piense de este modo
debes dar gracias á Dios,
que, siendo así, entre los dos
muy pronto se arregla todo.
Del corazón no hay que hablar
nada.
ISID. (Yo estoy escamado.)
ESP. El corazán está á un lado
y á un lado debe quedar.
Pensar así es un consuelo
que evita tribulaciones,
disgustos y desazones.

ISID. (¿Me estará tomando el pelo?)
ESP. Ya es asunto terminado.
ISID. (¡Ay!... Si no fuera tan rica...)
ESP. Yo discurro así...
ISID. Se explica.
ESP. Porque así me lo han mandado.
ISID. Conque el asunto... (Levantándose.)
ESP. (Lo mismo.) Por mí
se le puede poner punto.
Penetrada del asunto,
á todo digo que sí.
ISID. Me marcho, pues.
(Intenta besarla la mano y ella la retira bruscamente.)
ESP. ¡Qué osadía!
ISID. ¿Eh? ¿Te alarmas por un beso
en la mano?
ESP. Para eso...
es muy pronto todavía.
ISID. ¿Y esa dócil voluntad
que se amolda como cera?
ESP. Es en lo que cae por fuera,
sin tocar la dignidad.
ISID. (Menos mal; es pudorosa.)
Hasta luego.
ESP. Hasta después.
ISID. (Tengo que buscar á Andrés
para aclarar una cosa.)
(Despedida muda. Isidoro, ya desde la puerta, tira dos ó tres besos á Esperanza y desaparace por el foro derecha; Esperanza acciona con ambas manos como si quisiera quitarse los besos, y en esa actitud la sorprende Polita.)

ESCENA XI

ESPERANZA y POLITA, primera izquierda

POL. ¿Eh? ¿Qué miro? ¿Estás pillando
moscas?
ESP. Parece.
POL. Mujer...
si no hay moscas.
ESP. Hay moscones.

POL. Eso es otra cosa. Y, ¿qué?
¿Has aceptado á Isidoro?
ESP. Por siempre jamás.
POL. Amén.
ESP. Y ya que te he complacido
en todo sin oponer
(Tono muy enérgico.)
la más leve resistencia,
vas á hacerme la merced
de no hablarme de Isidoro,
ni de la boda, ni de
nada que se relacione
con este supremo bien,
en lo que resta de siglo...
que bastante poco es.
¡Favor que pido de veras
y que sabré agradecer!..
(Vase por la primera izquierda.)

ESCENA II

POLITA, y en seguida DON PASCUAL, foro derecha

POL. ¡Qué tono tan imperioso!
Me ha pegado á la pared.
Estas mudanzas...
PAS. (Muy agitado, limpiándose el sudor con un gran pañuelo de yerbas.) Ya estoy
de vuelta y sudando pez.
POL. ¿Has visto á Ezequiel?
PAS. Le he visto.
POL. ¿Qué tal se ha portado?
PAS. Bien.
En su clase, es lo mejor
que puede encontrarse.
POL. Fué
tu amigo desde la iafancia.
PAS. Y me sigue siendo fiel.
POL. ¿Te ha tratado con cariño?
PAS. Y con un gran *interés*.
POL. ¿Es de veras? (Muy alegre.)
PAS. El sesenta
por ciento. Figurate...

POL. ¿Y dices que es lo mejor?...
PAS. De la tribu de Israel.
Como judío es perfecto,
y es perfecto como *inglés*,
aunque es *inglés* de la Mancha.
POL. Cuesta trabajo el creer
que llamándose tu amigo...
PAS. Me extraña tu candidez,
si crees que un usurero
puede, en algún caso, ser
amigo de nadie. Y yo
no me quejo de Ezequiel
sino de tí, que has querido...
POL. La necesidad es ley.
Hay que casar á nuestra hija
con gran decoro.
PAS. ¿Y después?
POL. Después... nada. Viviremos
con lujo y esplendidez
á la sombra de Isidoro.
PAS. Eso es indigno.
POL. ¿Y por qué?
PAS. Primero, porque nosotros
tenemos para comer
con mi cesantía...
POL. Y para
echar coche. ¡Qué sandez!
¿Si pensará este *pasivo*
que soy *pasiva* también?
PAS. Además, que la riqueza
de Isidoro, está por ver.
POL. ¿Aún dudas? Que es hombre rico
á simple vista se vé.
Cuando habló de casamiento,
tú quisistes, á tu vez,
hablar de dinero. Entonces
dijo: «no es el interés
el que me guía; no hablemos
de dinero.»
PAS. Bien; y, ¿qué?
POL. Con eso vino á probar,
como dos y una son tres,
que el dinero no le importa...
porque lo tiene.

PAS. O porque,
no permitiendo que le hablen
de ese asunto, no habla él,
y á nada se compromete.

POL. ¿Te atreves á suponer?...
Tiene tierras en la Habana,
y en China y en Buda-Pesth.

PAS. Pues Andrés me ha prometido
descubrir hoy el pastel.

POL. (**Con mucho énfasis.**)
Andrés, aunque resignado,
resignado al parecer,
aunque *neutral*, me parece
que es sospechoso, porque es,
aunque pasivo, un rival
del otro, y no he de creer
lo que diga, por su parte
interesada... é infiel,
aunque hipócrita; y á mí
no me la pega ese pez.

PAS. ¿Has concluído, hija mía?
¡Qué modo de retorcer
la frase!... Me has disparado
un párrafo tan cruel,
con tantas sinuosidades
y con tal insensatez,
que en diez minutos lo menos
no me podré reponer
del susto. (**Suena la campanilla.**)
Llaman. Me ocurre
una idea.) (**A Antonio que cruza por el foro.**)
Escúchame.

ANT. Soy todo orejas.

PAS. Si vienen
don Isidoro y Andrés,
les dices que hemos salido,
que aguarden aquí.

ANT. Muy bien.
(**Vase Antonio foro derecha.**)

PAS. Tú, ven. Desde aquella puerta (**Primera derecha**)
vamos ahora á sorprender...

POL. ¿Qué me propones? (**Escandalizada.**)

PAS. Un medio
que me ha ocurrido, y que es,

como hijo de mi invención,
de asombrosa brillantez.
Yo no he inventado la pólvora
porque he nacido después
de estar inventada.

POL. (Burlándose.) ¡Es claro!
¡Pirotécnico también!
Si tú nunca has dado chispa,
¿cómo quieres suponer?...

PAS. Oigo rumor de pisadas.
Ven, Páula.

POL. ¡Polita!...

PAS. Ven,
y da treguas, por ahora,
á tu estulta pesadez. (Vanse primera derecha.)

ESCENA XIII

ANDRÉS y ANTONIO por el foro derecha; POLITA y PASCUAL ocultos

AND. ¿Don Isidoro?

ANT. Se ha ido.

AND. ¿Y los señores?

ANT. No están.

AND. (No ha concurrido á la cita.
Es una contrariedad
grandísima.)

POL. (¡Ya habla solo!)

PAS. (Mira, todo es empezar.)

AND. (Desesperado y alzando la voz.)
Creo que he jugado con fuego
y que estoy sobre un volcán.

PAS. (¡Caracoles! ¿Le has oído?)

POL. (No temas. Eso es hablar.)

AND. (Dirigiéndose al criado.)
Oye. Yo también me voy. (Suena la campanilla.)

ANT. Llaman; y tal vez será... (Vase foro derecha.)

AND. Como sea la familia,
buena lata me va á dar
doña Polita, trasunto
de la insustancialidad!...

PAS. (Quien escucha su mal oye.)

POL. (El también me escuchará.)

ESCENA XIV

DICHOS, ISIDORO y ANTONIO, por el foro derecha

ANT. Ahí tiene usté á don Andrés.
ISID. Te encuentro, gracias á Dios.
AND. Quedamos en que á las dos,
y son cerca de las tres.
ISID. ¿Los señores?...
ANT. Han salido;
pero me han dicho que aguarden.
No tardan.
ISID. ¡Por mí que tarden.
POL. (¡Qué grosero!)
ANT. (¡Se han caido!)
(Vase foro derecha.)

ESCENA XV

DICHOS, menos ANTONIO

AND. ¿Dónde habrán ido esas gentes
con el peso del calor?
ISID. Solos estamos mejor.
Celebro que estén ausentes,
que así podremos hablar
con entera confianza.
AND. Justo.
PAS. (Principia la danza.)
ISID. Andrés... me voy á casar;
y en trance tan peligroso,
á modo de confesión,
quiero abrir mi corazón
á un am;go cariñoso.
En esta empeñada lucha
quiero ser franco contigo.
AND. Puedes serlo.
PAS. (¡Digo!)
POL. (¡Digo!)
AND. Habla.
PAS. (Escuchemos.)
ISID. Escucha..

Tienes conmigo el deber
de ser franco.

AND. (En lo que quepa.)
Claro.

ISID. Para que yo sepa
á qué me debo atener
con toda seguridad
respecto del porvenir.

AND. (Ya le veo de venir.)
Habla con más claridad.

ISID. Júrame por cuanto vales
que guardarás el secreto.
¿Me lo juras?

AND. ¡Lo prometo!
(Más con reservas mentales.)

ISID. En mi triste situación
y en mi porvenir incierto,
el matrimonio es mi puerto,
mi puerto de salvación.
Esa es la esperanza sola
de mis dichas anhelantes.

PAS. (Yo lo tiro al agua antes
de llegar á la farola.)

AND. ¡Me dejas maravillado!
¿No eres rico?

ISID. No lo soy.

AND. Pues, ¿no me digiste?...

ISID. Estoy
completamente tronado.

AND. ¿De veras? (¡Cuánto me alegro!)
¿Y... te casas?...

ISID. ¿Soy un zote?
Para que me ponga á flote
la fortuna de mi suegro.

PAS. (Ya estás fresco.)

AND. Bien pensado.
Eso hacen los hombres duchos.

ISID. Sigo el ejemplo de muchos.

POL. (¡Tunante!)

PAS. (¡Ya está *aviado!*)

ISID. No soy sólo en mis quimeras.

AND. ¿Qué has de ser? Hay una raza
que se dedica á la caza
de las ricas herederas,

y consigue el galardón
que ambiciona en su porfía,
teniendo mucha osadía
y poquísima aprensión.
Hay también entre esa gente
que comprende mi relato,
algún que otro mentecato
que se cansa inútilmente
persiguiendo la opulencia
por el camino más ruin...
y viene á quedarse, al fin,
á la luna de Valencia.

ISID. Tú, en ese sentido, has sido
algo tonto.

AND. No lo dudo;
mas si, por suerte, enviudo...
seré un hombre de sentido.

PAS. (¡Tiene gracia!)

ISID. Me has de dar
datos seguros, Andrés,
de *esta* fortuna.

AND. Eso es
difícil de calcular.

ISID. Pero ¿tú no eres su agente
en los negocios de banca?

AND. El crédito es la palanca
que sostiene á mucha gente.
Las casas más poderosas
llegan un día á quebrar.
El comercio suele dar
sorpresas muy dolorosas.

ISID. ¿Y... esta casa?.. (Con temor.)

AND. (No conviene
que se enfríe su heroísmo.)

ISID. ¿Don Pascual?...

AND. ¡Vaya! Ni él mismo
debe saber lo que tiene.

PAS. (Vaya si lo sé.)

POL. (¡Qué par!)

ISID. Debe de ser millonario.
Ha sido alto funcionario
mucho tiempo en Ultramar.
Si le ha llegado su vez
y no supo hacer dinero,

es simple de cuerpo entero.

PAS. (Primer premio de honradez.)

ISID. Según pública opinión,
solo se vá á esas regiones
por... especiales razones.

POL. (En eso tiene razón.)

ISID. Pero no tengo maldita
inquietud sobre ese asunto.
¡Don Pascuál es un buen *punto!*

PAS. (¡Bribón!)

POL. (Saluda, Rosita.)

ISID. De suerte que tú no sabes,
por cálculo aproximado,
de esta fortuna el estado.

AND. Esas cosas son muy graves.

ISID. Ser muy rico es mi deseo,
si nó no haría mi esposa
á esa... niña.

AND. Es guapa.

ISID. Y sosa...
y cargante.

PAS. (¡Pillo!)

POL. (¡Feo!)

AND. (**Procurando contenerse.**)
Eso de... sosa... á mi ver...

ISID. De ello persuadido estoy.
Sosa y cargante.

AND. (No voy
á poderme contener.)

POL. (¿Qué hace Andrés que no le estrella?)

AND. Tú juicio es apasionado.

ISID. ¡Ay! Si tú hubieras hablado
cual yo, de amores con ella,
advirtieras claramente
que es sosa, simple y cargante.

POL. (¡Ya es mucho insistir!)

AND. No obstante...

POL. (Es un tuno.)

PAS. (Un inocente.)

ISID. Pero todo lo concilia
la dote que he de pescar.
Si nó, ¡qué había de entrar
en semejante familia!

POL. (¡Ya nos llama *semejante!)*

ISID. Familia cursi.
PAS. (¡Ya escampa!)
ISID. Don Pascual es viva estampa
del paquidermo *pensante.*
POL. (¡Te pone de oro y azul!)
ISID. ¿Y doña Polita? Aburre
con su cháchara, y discurre
lo mismo que un abedúl.
POL. (¡Gracias!)
PAS. (Tu vez te llegó.)
ISID. ¿Y la chica? El angelito
parece un pájaro frito.
AND. (Vaya; á este le pego yo.)
Estás duro.
ISID. Créeme, Andrés.
POL. (¡Este hombre no tiene freno!)
ISID. Aquí no hay más lado bueno
que el lado del interés.
AND. (Levantándose.)
¡Ya basta! ¡Voy á curarte
del error que has padecido,
y no sé cómo he tenido
paciencia para escucharte
ese estúpido aluvión
de insultos y groserías,
sin dar á tus demasías
la debida corrección!
ISID. (Que se ha levantado muy sorprendido.)
¿Eh? ¿Qué es esto?
AND. ¡Cuánto diera
porque te escucharan!...
ISID. (Asombrado.) ¿Qué?
POL. (Estás complacido, y te
sale por una friolera.)
AND. Mas yo les he de contar
toda esta conversación.
ISID. Si me haces esa traición,
si llegas á malograr,
indiscreto, mi jugada,
rompo este pérfido lazo...
AND. A ver... ¿cómo?
ISID. De un balazo.
AND. ¡Qué risa!
ISID. O de una estocada.

De matarte soy capaz
como de perderme trates.
(**Salen á un mismo tiempo: por la derecha Polita y Pascual y por la izquierda Esperanza.**)

ESCENA XVI

POLITA, ESPERANZA, ANDRÉS, ISIDORO y PASCUAL

ESP. No le mates... (Cantando.)
POL. (Idem.) No le mates...
PAS. Déjale vivir en paz. (Idem.)
ISID. ¿Qué es esto?
PAS. Que hemos oído
el cúmulo de imprudencias
que ha dicho en sus confidencias
con don Andrés.
ISID. (¡Me he lucido!)
AND (Qué feliz casualidad!...
¿Conque oyeron?...
ISID. (¡Suerte ingrata!)
POL. Todo. (**Aparte á Andrés.**)
(Hasta lo de la lata
y la insustancialidad.)
AND. (¡Demonio!)
ESP. (**Á Isidoro en tono de burla.**)
Verde y azul
se ha puesto. ¿Está usted enfermo?
PAS. ¿Conque soy un paquidermo?
POL. ¿Conque soy un abedul?
PAS. ¡Un paquidermo pensante!
No sé cómo no salí...
ESP. ¿A qué? ¿No ha dicho de mí
que soy sosa y soy cargante?
Esa franqueza, que alabo,
no me puede incomodar.
Las cosas se han de tomar
según de quien vienen.
AND. ¡Bravo!
¡Bien dicho!... ¡Muy bien!
ISID. (¡Me aplasta!)
AND. Con tu ingenio peregrino

has procedido con tino,
y has puesto el dedo en la...

PAS. Basta.

POL. Me explico en este momento
por qué has sido complaciente.
Andrés, decididamente,
eres hombre de talento.

ISID. Se me ha tendido una red
para causarme una afrenta.

AND. ¿Te atreves á pedir cuenta?

ESP. ¿Y la conducta de usted?

ISID. Es que...

ESP. Basta, caballero;
termine aquí la disputa.
Ha equivocado la ruta,
busque usted otro sendero.
Mujer tan sosa y cargante...
no puede ser su ideal.

ISID. (Una sosa que al final
ha resultado picante.)
Me marcho.

PAS. Eso haría yo
en su lugar.

POL. No debemos
retenerle.

ISID. (Á Andrés.) Nos veremos.

AND. Se me figura que no.

ISID. (Volviendo desde el foro.)
La maldad que en tí se encierra
me tiene maravillado.
Siendo tú un hombre casado
¿por qué me has hecho la guerra?

TODOS ¡Já, já!

POL. Se la han dado á usté
como al ser más inocente.

AND. No soy casado al presente;
pero en breve lo seré.

ISID. ¡Ah! ¡Ya!

POL. ¿Se va usté enterando?

ISID. (¡Qué plancha! ¡Qué situación!)
Abur. (¡He sido un melón!)
(Vase por el foro derecha.)

POL. (Asomándose al foro.)
No escriba usted en llegando.

ESCENA ÚLTIMA

DICHOS menos ISIDORO

AND. Ahora...
POL. Calla, por favor.
(Dirigiéndose al público.)
Desde luego se adivina
que la comedia termina
con boda. Esto es de rigor.
Y el desenlace sabido
y la materia agotada,
te suplico una palmada
si la obra te ha entretenido. (Cae el telón.)

FIN DEL JUGUETE

OBRAS DE D. FRANCISCO FLORES GARCÍA

EL 11 DE DICIEMBRE, comedia en un acto y en verso.
EL 1.° DE ENERO, drama en un acto, id.
QUIEN PIENSA MAL.... juguete cómico id. id.
LA CUERDA SENSIBLE, id., id., id.
LA MÁS PRECIADA RIQUEZA, comedia en id., id.
LLEVAR LA CORRIENTE, juguete cómico en un acto y en verso, original.
UN DEFECTO, id., id., id.
DOÑA CONCORDIA. id., id., id.
RECETA CONTRA EL SUICIDIO, id., id., id.
SE DESEA UN CABALLEBO, id., id., id.
VICENTE PÉRIS. drama histórico.
ENTRE AMIGOS, comedia en un acto y en verso.
EL NACIMIENTO DE TIRSO, drama en un acto. (Segunda edición.)
LA MADRE DE LA CRIATURA, comedia en dos actos y en verso.
CUESTIÓN DE TÁCTICA, comedia en un acto y en verso.
LOS VIDRIOS ROTOS, comedia en un acto y en prosa.
NAVEGAR Á TODOS VIENTOS, comedia en dos actos y en verso.
GALEOTITO, juguete cómico en un acto y en verso. (Cuarta edición.)
DE CÁDIZ AL PUERTO, comedia en dos actos (1).
LA HERENCIA DEL ABUELO, comedia en un acto y en verso.
LA ÚLTIMA CARTA, monólogo en un acto, en prosa y verso.
CONFLICTO ENTRE DOS INGLESES, juguete cómico en un acto y en verso (2).
¡EN CARNE VIVA! juguete cómico en un acto y en verso.
METERSE EN HONDURAS, juguete cómico-lírico, en un acto y en prosa. (Segunda edición).
MAPA-MUNDI, juguete cómico en un acto y cuatro cuadros y en verso.
DE CÁDIZ AL PUERTO, zarzuela en dos actos. (Refundición.)
LAS CARTAS DE LEONA, juguete cómico en un acto y en prosa original (3).
EL HOMBRE DE LAS GAFAS, juguete cómico en un acto y en prosa.

---

(1) En colaboración con D. Julián Romea.
(2) Con el mismo.
(3) Con D. Ángel Rubio.

ME PESCA, comedia en un acto y en prosa.
UNA DONCELLA DE ENCARGO, juguete cómico-lírico en un acto y en prosa.
POLÍTICA INTERIOR, juguete cómico en un acto y prosa.
VIRUELAS LOCAS, humorada cómica en un acto y tres cuadros (parodia del drama LA PESTE DE OTRANTO), escrita en verso (1).
COMO BARBERO Y COMO ALCALDE, sainete en un acto y en verso
EL DIABLO HARTO DE CARNE..., juguete cómico en un acto y dos cuadros (parodia del drama VIDA ALEGRE Y MUERTE TRISTE,) en verso.
GANAR EL PLEITO, juguete cómico-lírico en un acto y en prosa.
POR LAS RAMAS, comedia en un acto y en verso, original.
EL HIJO DE SU PAPÁ, juguete cómico-lírico en un acto y en prosa, original.
GUZMÁN EL MALO, humorada cómica, en un acto y en prosa.
EL SEGUNDO GRUPO, comedia en un acto y en prosa, original (2).
TRINIDAD, comedia en un acto y en verso.
EL ORO DE LA REACCIÓN, sátira comico-lírica en un acto y en verso.
¡EL COCO! juguete cómico en un acto y en prosa.
MIXTO DE INGLÉS Y CANARIO, juguete cómico en un acto y en verso, original.
LA GENTE DEL BRONCE, sainete lírico, en un acto y tres cuadros original y en verso.
LO PROHIBIDO, comedia en acto y en verso.
DOS PASOS AL FRENTE, juguete cómico en un acto y en prosa.
BALTASARA LA POLLERA, sainete en un acto y en verso.
A CARTAS VISTAS, comedia en un acto y en verso.
JUICIO DE FALTAS, comedia en un acto y en verso.
EL PARAISO, comedia en un acto y en verso.
LA CARTA DE UNA MUJER, comedia en un acto y en verso.
LA LEY DEL EMBUDO, comedia en un acto y en verso.
LA PASTORA, juguete cómico en un acto y en prosa, original.
EL PRIMER ACTOR, comedia en un acto y en verso, original.
DETRÁS DE LA CORTINA, juguete cómico en un acto y en verso, original.

GALERIA DE TIPOS —(Retratos y cuadros de costumbres)—Un tomo.
¡COSAS DEL MUNDO!—(Narraciones)—Un tomo.
LA CÁMARA OSCURA.—Tipos y cuadros de costumbres.—Un tomo.

---

(1) En colaboración con D. Julián Romea.
(2) Don D. Luis Taboada.

Deuda de Gratitud.

Al S.or D.n Ramon Rosell.

Como amistad y afecto

del

Autor.

CALDERON
MORATIN
A LA MAR

DEUDA DE GRATITUD.

DRAMA

EN DOS ACTOS Y EN VERSO,

ORIGINAL

DE

D. JOSÈ PASCUAL Y TORRES.

Basado en el primero y segundo acto del drama

Triunfó la Libertad ó la batalla del Puente de Alcolea,

del mismo autor.

MÁLAGA.

Imp. de M. Martinez Nieto, Granada 69.

1871.

PERSONAGES.

ADOLFO.
EDUARDO.
D. GREGORIO, (médico de cámara.)
ELENA.
MARTA.
BRÍGIDA.
GUMERSINDA.
D. DIEGO, (médico).
D. SALVADOR, (idem).
RAFAEL, (criado de Adolfo).
BARTOLOMÉ, (criado de Eduardo).

La accion pasa en Córdoba en Setiembre de 1868.

AL SR. D. JOSÉ VIESCA Y SIERRA.

PRESIDENTE

DEL

ILUSTRE CASINO GADITANO.

Muy Sr. mio: recibid esta pequeña muestra de afecto, este ligero estudio literario, que os dedico; confiado en vuestra benevolencia, feliz recuerdo de mi breve estancia, grato testimonio de gratitud á ese Centro, que vos presidís, tan dignamente, reunion escogida de la aristocracia gaditana, del caballerismo é hidalguía; de la siempre para mí, grata, bella y culta Ciudad de San Servando y San German.

Si al leer en el billete de presentacion la siguiente nota: «*El Casino deja consignado, en sus actas, honor tan distinguido é inolvidable, constando tal distincion como preclaro timbre.*»

Me considero en el deber, al dar á la imprenta DEUDA DE GRATITUD, que tan bien cuadra, por haber sido tan bien acogido y atendido, mas bien por deferencia, que por mis merecimientos, por ese galante Círculo, dedicando esta obra al Sr. Presidente, en representacion del mismo.

Por lo tanto, si merece la aquiescencia del Ilustre Casino Gaditano, quedarán satisfechas las aspiraciones de su afectísimo seguro servidor

Q. S. M. B.

JOSÉ PASCUAL Y TORRES.

Málaga 1.° de Diciembre de 1870.

Esta produccion es propiedad de su autor, quien perseguirá ante la ley al que la represente en cualquier teatro del Reino, café cantante ó de Ultramar y del estrangero, y quien la reimprima sin su permiso.

El autor se reserva el derecho de traduccion con los paises estrangeros.

Los corresponsales de la Galería del Sr. Gullon son los encargados de la venta de los libretos y cobro de derechos de representacion en los Teatros de España y América.

Queda hecho el depósito que marca la ley.

NOTA.—Todo ejemplar que no lleve el timbre del autor y una señal de la imprenta, se declarará furtivo y se perseguirá ante la ley.

Acto primero.

El teatro representa una casa de campo de regular aspecto arquitectónico, al frente; en el lado izquierdo de la fachada, una reja grande saliente, de órden antiguo. Delante de la puerta habrá un pequeño jardin con su enverjado. Encima de la misma el n.° 4. En cada lado de la escena, en primer término, dos árboles frondosos y debajo del de la izquierda un banco ó peldaño de piedra. Es al amanecer; escúchase el rugido de la tempestad, acompañada de truenos, lluvia y de vez en cuando se ilumina la escena por los relámpagos. La escena permanece solitaria por un corto tiempo y despues sobreviene la calma del firmamento irritado.

ESCENA PRIMERA.

ADOLFO, *entra con un para-aguas abierto y enmedio de la escena, le cierra.*

¡Gran Dios!
que noche
me ha cogido!...
¿De qué me sirve
mi coche,
si lo tengo escondido?
Y á propósito
uno he recibido
del constructor

Mr. Dumont,
en París establecido,
del arte un primor.
Mueble inútil,
hubiera sido...
Tal vez mis caballos
con la tempestad;
al rugido infernal,
se hubieran desbocados.
Y pobre de mí,
espantados,
mi cuerpo, al suelo;
hecho pedazos.
Y al rodar
por el duro pavimento;
mi padre despertar,
en su tranquilo aposento.
(*Estallando un relámpago y truenos*).
. . . . . (*pausa*)
Noche cruel,
aun de mí,
se acuerda Lucifer.
. . . . . .
Pavura me dá,
venir por estos
vericuetos,
á ver un rostro angelical.
Pero á una cita,
es preciso acudid;
dada una palabra,
no se puede huir. (*pausa*)
. . . . . .
Estoy hecho un chupon,
quién podia figurar,
desenvuelto el aquilon,
si no hacia mas que chispear.
. . . . . .
Así confiado,
de este mueble
fuí armado. (*mostrando el para-aguas*).
. . . . . .

Un rostro hechicero
mirar,
del espacio, fúlgido lucero,
apreciar.
querer y amar.

. . . . . .

Las tres dan, *(dando)*
en el silencioso arrabal.

. . . . . .

Ruido siento, si ella será...

ESCENA II.

Dicho. ELENA, *(abriendo la reja.)*

ELENA. ¡Adolfo!
ADOLFO. ¡Elena!
(aproximándose á la reja.)
¡Encanto mio,
sufrido por tí,
yerto de frio!
El huracán desenvuelto,
el relámpago, la lluvia,
el granizo envuelto.
Los elementos desencadenados,
corriendo horrible tempestad,
por esos caminos tortuosos,
silvando el furioso vendaval.
Ya á tus plantas postrado
estoy,
de una dama tan celestial.
ELENA. ¿Por qué has venido?
de tu cuerpo,
no te has condolido!
ADOLFO. El cariño, el amor,
que te profeso...
ELENA. Pobre jóven,
Cupido, te ha cegado;
ciego, no has visto el relámpago,
sordo, no habeis oido el trueno,
é insensible al agua que ha caido.

ADOLFO. Si el amor me ha cegado,
no importa;
acudo á la reja del enamorado.

ELENA. Pero caballero...
yo á daros la cita,
no contaba con una noche...

ADOLFO. Horrible... Si Señora, infernal.
Sin embargo, es para mí,
lo que al General victorioso,
cuando se apodera de un fuerte.
Me considero tan feliz,
que los rayos del huracán,
me parecen cohetes, brillando
en el horizonte, celebrando mi dicha.
El trueno zumba en mis oidos,
como las salvas de la artillería,
al saludar un personage real.

ELENA. ¿Pues qué, tan fuerte sois,
á las influencias atmosféricas?

ADOLFO. Cuando se escudan en el amor,
ni se vé, ni se siente, ni se escucha.
¡Sois tan hermosa...
Permitidme besar,
vuestra alba mano!

ELENA. Tomad...—Soltad, (*dándosela*)
mi madre se aproxima,
va alborotar la vecindad.

ADOLFO. ¡Oh, me amais!

ELENA. ¡Como la rosa, al rocio!

ADOLFO. ¡Gracias, bien mio!

. . . . . .

(*Elena vase, cerrando la ventana.*)

. . . . . .

Me quiere, no hay duda, (*á la escena*)
me ha dado prueba,
pues á la cita no faltó.
Si yo he pasado noche cruel,
ella de centinela, hasta las tres.
Su blando lecho dejó,
á la ventana amorosa se asomó.
Ya mis fatigas olvidé,

al fin tuve el gusto de ver,
al sonrosado clavel.

. . . . . .

Vuelve á chispear...

. . . . . .

(*Abriendo el para-aguas. Escúchase algunos truenos y se observan relámpagos.*)
Se inicia otra vez,
el horrísono huracán.
Los elementos
se conjuran contra mí.
Cuántas fatigas se pasan,
por ver á una bella muger.
A los salteadores expuesto,
á un catarro, á una pulmonía,
al pasmo y al tétano.
Y todo por una seductora muger.

. . . . . .

Debajo de este árbol,
trémulo me cobijaré,
sus frondosas ramas,
el turbion aguantaré.
(*Sierra el para-aguas y siéntase en el banco.*)
Y todo por un palmito,
el rostro, para ver;
de una hechicera muger.
Mano á la petaca,
puro á la boca,
y *fueyo* á quema-ropa. (*con brio.*)
(*Enciende un puro y fuma*).

ESCENA III.

Dicho. EDUARDO. (*con capa.*)

EDUARDO. ¡Bendito, loado sea Dios!... (*ap.*)
y que noche me ha ofrecido!...
(*sacudiendo la capa.*)
¿Apesar de la capa,
de nada me ha servido?

¡La lluvia ha cesado,
pero estoy tan empapado!...
(*vuelve á sacudirla.*)

ADOLFO. Con esta clara, me marcho, (*ap.*)
al fin cojí el constipado...
Josús, María y José. (*Estornudando.*)

. . . . . .

(*Sacando el pañuelo, se le olvida el paraaguas y vase.*)

EDUARDO. ¿Ruido he sentido,
algun pájaro, tal vez;
del nido, habrá salido?
(*Escudriñando el árbol del lado opuesto, en donde está el peldaño, que es de su salida.*)
Ya se despide el verano,
á paso agigantado.
El risueño otoño,
ofrece verdor á la pradera,
Los árboles aun conservan sus hojas,
con el rocio bienhechor,
crecen las aromáticas flores,
se oyen los trinos de los ruiseñores,
y las rosas abren sus corolas.
El trinar de los pájaros,
el ambiente embalsamado,
los pastores con sus cánticos,
y cuidando el ganado.
(*Dan las tres y media.*)
Qué escucho, las tres y media,
hora de la cita es...
(*Las campanas de la iglesia próxima, tocan el alba.*)
Ya las campanadas,
de la iglesia del arrabal;
anuncian al mundo, con lenguas
de metal, la aurora matinal.

. . . . . .

ESCENA IV.

Dicho. MARTA.

MARTA. ¡Eduardo! *(abriendo la ventana.)*
EDUARDO. ¡Marta, vida mia!
(Se aproxima á la reja y se quita la capa, poniéndola sobre el enverjado del jardin.)
MARTA. Creí no hubierais venido,
llena de pavura he estado.
Toda la noche, en vela,
esperándote, al amor,
del lento fuego; á su fulgor,
he sido constante centinela.
EDUARDO. Horrible noche,
El firmamento se desencadenó,
de mi capa el broche,
con presteza ajustó;
MARTA. Sí, estalló furiosa tempestad.
El silvido del viento azotador,
el rugido del aquilon,
retumbaba desolador,
en mi pecho amoroso.
EDUARDO. ¿Me quieres?
MARTA. Sí.—¿y tú que pruebas me dás?
EDUARDO. La cita.—quieres más.
Mi lecho tranquilo dejado,
espuesto á mil peligros,
no temiendo del aquilon su bramido.
MARTA. Me basta.
EDUARDO. Pero dejad...
bese su nacarada mano.
MARTA. Jamás.
Cuando el himeneo,
eche su bendicion nupcial.
EDUARDO. Palabra os doy.
Pero antes besar.
MARTA. Jamás.
(Vase cerrando la ventana con un fuerte golpazo.)

ESCENA V.

Dichos. Adolfo aparece por el lado izquierdo de la escena y se sorprende al ver á Eduardo parado en la reja de su amada, quédase quieto, estático y convulso.

ADOLFO. ¿Cáspita? (*ap.*)

EDUARDO. ¡Fresco, hemos quedado,
en alas de un lindo rostro,
y de un beso apasionado!
. . . . . .
Pícara, que mi corazon
en la reja de tu ventana
se aprisionó...
¡A la cita comparecí,
por premio de tantos desvelos,
ni siquiera un beso conseguí! (*vase.*)
. . . . . .
. . . . . .

ADOLFO. Vuelvo por el para-aguas, (*ya enmedio de la escena.*)
con paso veloz,
pues ya casi alumbras,
los rayos lúcidos del sol.
En su puño, grabado mi blason,
mis amores descubiertos;
si mi padre lo supiera
me daria un pescozon.
(Toma el para-aguas.)
Cáspita, mas qué observé,...
mi Elena, hablando con otro doncel.
Ahora mismo,
la llamaré...
(Dando tres palmadas, delante de la reja.)

EDUARDO. Por vida de... mi capa. *(volviendo por el lado derecho.)*
Pero tate, un hombre, (*ap. y sorprendido*)
parado en la reja,
observaré...

La perjura, por eso,
no quiso darme un beso.
Otro mas afortunado...
(Colocado ya tras el árbol del lado derecho.)

ADOLFO. Elena, Elena, *(permanece ante la reja)*
así me juraste
fiel amor.

EDUARDO. Parece, padece, *(ap.)*
la misma afeccion.

ADOLFO. Ya no te quiero, *(á la escena.)*
insconstante, ingrata,
infiel, traidora.
A la furia de los lementos,
espuesto
á los salteadores, á los malvados.

. . . . . .

EDUARDO. Eso no será conmigo. *(ap.)*

ADOLFO. Mirad, lo que son las mugeres,
no contentas con uno, quieren dos;
de reemplazo...

. . . . . .

EDUARDO. Señorito, quedo, despacito.
Decidme, á esa reja...
(Saliéndole al encuentro, y aquel se asusta.)

ADOLFO. Satisfaccion, no debo dar. *(reponiéndose)*

EDUARDO. ¿Cómo que nó?
pronto, acabad...

ADOLFO. ¿Y vos? ¿por qué no me la dais á mí?
hace poco á la ventana os ví.

EDUARDO. Del laberinto, pronto,
acabad, salir.

ADOLFO. La punta de mi espada,
mi enojo, vais á sufrir.

EDUARDO. A ese buzon, vine á echar...

ADOLFO. Ese no es correo,
y esa casa,
merece respeto...

EDUARDO. Vuelvo á decir...

ADOLFO. Vive Dios...

Es la casa de un ángel.

EDUARDO. ¡Hola! una dama!

ADOLFO. Del error finjido,
ya habeis salido,
¿Vos venido,
á enamorarme
mi dama? (*Arroja el para-aguas*)

EDUARDO. Sí.

ADOLFO. ¿Cómo se llama?

EDUARDO. No doy satisfaccion.

ADOLFO. Pues entonces,
á batirnos los dos.
(*Se baten, y al ruido de las espadas,* GUMERSINDA *se asoma al balcon, con el plumero en la mano.*)

GUMERSINDA A la guardia, á la guardia,
socorro, socorro.
(*A las voces huyen los combatientes por lados opuestos y Eduardo se lleva su capa, Gumersinda cierra el balcon.*)

ESCENA VI.

D. GREGORIO.

A visitar la hidrópica.
la enferma de la ascitis.
La visita del arrabal,
lo primero; se levantan temprano
máxime, cuando está de gravedad.
Despues la gente de tono...
Para mí, es una obra de caridad,
familia que están en la orfandad.
Dos niñas bellas, y la viuda de un militar,
que murió en la batalla de Tetuan.
¡Marta... es una deidad!

. . . . . .

¿Qué es esto?
(*tropezando con el para-aguas y lo coje*)
Un para-aguas.
¡oh, que hermoso...

qué empapado...
¡qué puño tan elegante!...
¿habrán alguno desplumado?
La noche á ello, se prestó;
que furioso huracán;
mis persianas, el viento se la llevó.
¡Gracias á Dios
la tempestad calmó!
Gumersinda, Gumersinda.
(Tira de la campanilla de la puerta del jardin.)

ESCENA VII.

Dicho. GUMERSINDA.

GUMERSINDA. Allá voy... *(de adentro.)*
buenos dias,
Señor Doctor. *(saliendo)*
GREGORIO. ¿Y la Señora?
GUMERSINDA. Mejor.
GREGORIO. ¿Chica, este para-aguas
de quién es?
GUMERSINDA. No lo sé.
¡Y qué hermoso es!
GREGORIO. Calle... en el puño esculpido,
las armas, de un blason.
De conde...
¿Esta noche,
lo habrán desplumado?
GUMERSINDA. Tal vez,—ó nó.
Esta mañana,
desde el balcon.
GREGORIO. ¡Qué! *(con ansiedad.)*
GUMERSINDA. ¡Un duelo!...
Lo ví, si Señor.
GREGORIO. Te burlas.
GUMERSINDA. No Señor.
Yo en aquel aposento
estaba, barriendo
su pavimento.

De repente,
siento rugir las espadas;
y convulsiente,
me asomo al balcon.
Yo llena de pavor,
y eso, que la lengua,
algo se me travó:
di fuertes voces, que con ellas;
pude conseguir,
de la batalla su conclusion.
Tal vez, sin mi aparicion,
la sangre se hubiera derramado;
y hubiera causado defuncion.

GREGORIO. Y al fin qué pasó...
¿y los combatientes?

GUMERSINDA. Echaron á correr los dos.

. . . . . .

Tengo el gusto de decir,
que á la contienda,
dí conclusion.
(*D. Gregorio le dá á Gumersinda el para-aguas.*)

GREGORIO. Hiciste buena obra,
y te la premiará Dios.

. . . . . .

A visitar la enferma...

GUMERSINDA. Os acompañaré...

GREGORIO. Será mejor.
(*Vanse á la casa y Gumersinda cierra la puerta del jardin.*)

ESCENA VIII.

RAFAEL. GUMERSINDA. (*despues.*)

Sin duda, este será el sitio,
al menos las señas iguales son.
Una casa, con su balcon,
delante de la puerta,
un jardin con su enverjado.
Por vida de... lo principal.

el número se me ha olvidado.
(*Golpeándose la frente.*)
El para-aguas... si no está... (*buscándolo*)
si no parece, al Guadalquivir,
el amo me echará...
Bonito se vá á poner,
si no vuelvo, con él.
Y qué hago yo,
por San Camaleon... .
Me ha amenazado,
dejarme mocho,
es decir, desorejado... (*pausa*)
Aquí hay algun misterio,
gato encerrado...
y no me atrevo á vaticinar...
A esa puerta, voy á golpear,
á ver, si por casualidad.
¿ Y con qué achaque, diré
que con ese peldaño,
me he roto las espinillas?
(*Tira de la campanilla de la puerta del jardin.*)

GUMERSINDA. Quién es? (*asomándose á la ventana*)

RAFAEL. Señora, por el amor... (*Se dirige á ella*)

GUMERSINDA. Perdone, hermano.

RAFAEL. Sino pido limosna, sino qué,
al tiempo de pasar,
con esa piedra tropecé,

GUMERSINDA. Al hospital.

RAFAEL. Señora, por caridad,
ponerme unas hilas,
aunque sean con balsamina.

GUMERSINDA. Esperad. (*vase*)

RAFAEL. ¡Ay, que chica tan hermosa,
es mas bonita,
que la hoja de la rosa!

GUMERSINDA. Tomad... bálsamo de Malats, (*volviendo*)
es un magnífico vulnerario,
hacen mis Señoritas, por caridad.

RAFAEL. Gracias... aunque sea
imprudencia... ¿por casualidad,

esta mañana, cuando á sacudir las esteras,
visteis un pera-aguas?...

GUMERSINDA No. *(Cerrando con un fuerte porrazo la ventana.)*

RAFAEL. Vaya con la chica... ¿y qué humos?
¡Si será alguna duquesa!... ó archiduquesa!...
Pobre orejas mias,
no lo he encontrado,
en capilla, están metidas. *(vase)*

ESCENA IX.

D. GREGORIO. MARTA.

GREGORIO. Si se pone peor, *(Salen de la casa y en la escena.)*
al instante...
no haya dilacion.
Ayer tarde,
mas me gustó.

MARTA. Anoche hubo,
gran cerrazon.

GREGORIO. La atmósfera,
perjudicado, su constitucion.
á Dios. *(vase.)*

MARTA. Vaya con Dios,
el Doctor.

. . . . . .

(Paseándose por delante del jardin.)
Dijo, un cumplido caballero,
á una inocente jardinera;
dime niña encantadora!
¿me dás un beso de amor?
Ella asomada á la ventana,
le respondió, que nó.
El caballero, insistiendo
con mas fuerza, le suplicó;
rendidamente enamorado,
á ella, con frases que cautivó.
Mas sólida, en su pudor,

galante espresiones, despreció.
La lluvia, el granizo,
el relámpago, el trueno,
á sus cuitas invocó;
pidiendo de su cabello un rizo.
en recompensa de su amor.
Ella fuerte en su honor,
le dijo serena, que nó.
Despechado de mi negativa,
ligero se despidió.
Pero, si amante, torna otra vez,
en lugar de un beso, le daré una flor.
(*Entra en el jardin y se entretiene en cuidar las flores y permanece en él, durante la siguiente escena.*)

ESCENA X.

Dicha. EDUARDO.

EDUARDO. Mi curiosidad,
mi honra lo exige...
¿Quién será,
nocturno rival?
Si supiera donde vive,
quien es...
le retaría al combate,
otra vez...
Esquela de desafío...
la mancha inferida,
á mi amor.
requiere cumplida
satisfaccion.

. . . . . .

MARTA. En lugar de un beso,
le daré una flor.

. . . . . .

EDUARDO. Qué escucho...
el canto de un ruiseñor,
que gozoso saluda
al Creador.

MARTA. Le daré una flor.
EDUARDO. No es ruiseñor
me parece es,
su dulce voz.
(*Se aproxima al jardin y la reconoce.*)
¡Marta!
MARTA. ¡Eduardo!
EDUARDO. ¿Por qué me llamas,
impía Señora?
MARTA. ¡No me falteis así,
amado Eduardo!
EDUARDO. ¡Cruel, fementida!
¿Aquella fé promelida,
dó está?
MARTA. ¡En mi corazon!
EDUARDO. No, he llegado á ver,
la traidora mudanza,
de una engañosa muger.
¡Ayer fuí tu encanto,
tu felicidad, tu bien!
Hoy soy el blanco,
de tu malévolo desdén.
MARTA. ¡Eduardo!
EDUARDO. Te acuerdas anoche,
cuando me retiré;
otro afortunado amante
á la reja, se llegó despues.
MARTA. Nó.
EDUARDO. Sí, qué distinto entonces,
fué tu querer.
Qué amante, consecuente,
qué falsa despues.
¡Crueles recuerdos,
matadme de una vez!
MARTA. ¿Por qué hablais así,
no soy merecedora,
de lenguaje tan cruel.
Si la veleta de la torre,
se varía al impulso,
del viento azotador.
En mí no hay cambio,

es firme mi fé, mi amor.

EDUARDO. Mis ojos, han llegado á ver,
la falsaria mudanza,
de una voluble muger.
(*vase, y ella á su casa.*)

ESCENA XI.

RAFAEL.

No lo dije...
me ha dado, cada pescozon,
que por poquito,
me convierte en chicharron.
¡Maldita sombrilla!
que por tí,
me han roto una costilla.
bribona...
Al tiempo de entrar,
vieudo que no venia con ella,
estalló la tempestad.
. . . . . (*pausa.*)
Y me despide...
me cambia la voleta,
y tengo que picar de zoleta...
. . . . . (*pausa.*)
Otra vez en su busca,
pardiez...
(*Vase por lado opuesto.*)

ESCENA XII.

ELENA. ADOLFO. (*despues*) (*aquella por fuera del jardin.*)

ELENA. Pobre jardin
con la enfermedad...
está casi seco, el jazmin.
Quiero hacer un ramo,
para perfumar su aposento,
para mi padre:

buscaré el resedan,
hortensias, trinitarias,
dalias, carmelitas,
dianas, tulipan.
. . . . . *(pausa.)*
Para Adolfo:
pensamientos, alelí.
claveles, tamarindos,
lilas, jacintos,
violetas, flor de lí.
(Entra en el jardin, para escoger las flores, para formar los ramos.)

ADOLFO. Sí, aquí me lo dejé... *(entrando.)*
¿Si mi rival,
se lo habrá llevado?
Por todas partes
lo he buscado.
...¡Hé aquí, que la casualidad,
me ha puesto, otra vez;
delante de la casa,
de aquella beldad!
Si no, nunca, fementida,
faltar á su fé prometida.
Falsaria muger, engañosa,
dándome su habla ponzoñosa.
Huye no te quiero ver,
cara de Lucifer.

ELENA. ¡Adolfo!

ADOLFO. Diablo, ¡este sitio está encantado!
¿Será aquel mocito,
á la ventana estaba colocado?

ELENA. ¡Adolfo!

ADOLFO. ¡Caramba, el eco otra vez!
En este árbol,
algun nido
escondido...
(Se sube en el peldaño y escudriña el árbol.)

ELENA. ¡Adolfo!

ADOLFO. Pardiez...
(Bajando con presteza y pavura.)

ELENA. ¡Adolfo! (*llorando*)
ADOLFO. Lágrimas...
si serán de alguna
muger?
¡Que sollozos,
que gemidos!
(*Se aproxima al jardin y reconociéndola*)
¡Elena!
ELENA. ¡Adolfo!
ADOLFO. Rompe las cuerdas,
mi resentida lira,
mis dulces endechas,
rebosan celos, ira.
¿quién es aquel, que á tu reja,
contigo estaba hablando?
ELENA. ¡Yo inocente, de negra impostura!
ADOLFO. A Dios vanas ilusiones.
ELENA. Escuchad... (*saliendo á la escena*)
de mí ten piedad.
Este ramo, que estaba
preparando, con las flores
de mi jardin... tomad.
ADOLFO. ¡Jamás!
ELENA. Son tan inocentes,
como el cariño mio.
(*Le dá el ramo, Adolfo lo toma y lo arroja sobre el peldaño, y vase.—Elena á la suya, cerrando el jardin, con desden.*)

ESCENA XIII.

D. GREGORIO. GUMERSINDA *y* RAFAEL (*despues.*)

GREGORIO. A la obligacion,
los enfermos de cuidado,
son de preferente atencion.
(*Tira de la campanilla de la puerta del jardin y le abre.*)
GUMERSINDA. Señor Doctor. (*saliendo*)

GREGORIO. ¿Y la enferma?
GUMERSINDA. Creo está peor.
GREGORIO. Voy sin dilacion. (*entra en la casa*)
GUMERSINDA. Pero ya es hora (*á la escena*)
de la limpieza,
y es menester
hacerla con presteza.
(*Con el sacudidor limpia la reja y la verja del jardin.*)
RAFAEL. No lo he encontrado, (*saliendo*)
por mas que lo he buscado.
. . . . . .
. . . . . .
¡Pero tate, la criada de esta quinta,
la del otro dia, la bella niña!
¡Algo me tenia de haber encontrado!
. . . . . .
Por casualidad,
y que linda que es.
Su rostro, es tan rojo,
como un clavel.
GUMERSINDA. No Señor,
aquí no se venden,
ni rosas,
claveles,
ni mosquetas.
Es un recreo,
de mis Señoritas.
RAFAEL. A pares.
GUMERSINDA. Si, son dos hermanitas.
la mayor se llama
Elena, la menor Marta.
RAFAEL. ¿Son solteras?
GUMERSINDA. Vírgenes de puro candor,
. . . . . .
RAFAEL. Un para-aguas...
GUMERSINDA. Uno compré ayer.
RAFAEL. ¿Si será el mio?
GUMERSINDA. Al público estaba,
con dos letras
enlazadas.

RAFAEL. Una cifra, la C y F,
Conde de la Florida.
GUMERSINDA No sé leer,
mas voy por él (*va por él*)
RAFAEL. ¡¡El mismo!!
(*Reconociéndolo y lleno de alegria, le dá muchos besos y abrazos.*)
GUMERSINDA ¡Insolente.—atrevido!
(*Dándole un bolso con monedas.*)
RAFAEL. Tomad, para un vestido.
GUMERSINDA. Gracias, gracias.
este ramillete tomad.
(*Dándole el ramo de flores á Rafael, quien vase.*)

ESCENA XIV.

Dicha. BARTOLOMÉ.—MARTA *y* ELENA. (*despues.*)

BARTOLOMÉ. ¿Esta es la casa de la viuda
del Coronel D. Antonio
Chinchilla?...
GUMERSINDA. La misma.
BARTOLOMÉ. De parte de D. Eduardo
Rosales... para la Señorita
Doña Marta.
(*Entregándale una carta.*)
GUMERSINDA. Está muy bien.
BARTOLOMÉ. A los piés de V. (*vase.*)
GUMERSINDA. Agur.
Señorita Marta. (*llamando*)
MARTA. ¿quié es? (*de adentro*)
GUMERSINDA. Una carta.
MARTA. A ver. (*saliendo á fuera del jardin.*)
GUMERSINDA. Tomad...
MARTA. (*leyendo en voz alta.*)
«Anoche mis esperanzas fenecieron. Marta, he visto un bulto, un hombre, parado á la reja, despues que yó la abandoné.—La vida me es muy pesada, cruel.—En el mundo, ya se acabó la

virtud, todo es una mentira.—Dentro de una hora y á su vista daré fin á mi existencia.—*Eduardo.*»

(declamando)

¡Dios mio! qué es esto, no puede ser mas,
que el fruto de una calumnia.—
Mi conciencia está tranquila,
mi conducta, es tan pura,
como la luz divina del sol.
(Se desfallece, y se le cae la carta, cayendo sobre el peldaño.)

GUMERSINDA. Señor Doctor, Señor Doctor.
GREGORIO. ¿Qué se ocurre? *(saliendo)*
GUMERSINDA. ¡La Señorita Marta!
GREGORIO. Un desmayo...
el pomo del espíritu,
volad... Pobrecita,
perdido su bello color,
opaco de sus ojos el fulgor.
GUMERSINDA. Tomad. *(volviendo)*
GREGORIO. Es un soponcio.
Descuidad...
(Le aplica el pomo.)
Ya vuelve en sí.

. . . . . .

MARTA. ¡Eduardo!
GUMERSINDA. Negra trama.
GREGORIO. Lances de amor.
Gumersinda al lecho,
mucho abrigo...
(Vase Marta, apoyada en Gumersinda y se detienen un poco en el jardin.)
ELENA. ¡Hermana mia!
MARTA. ¡Elena!
ELENA. Qué tienes...
MARTA. Nada... un poco
indispuesta... *(vase)*

ESCENA XV.

Dicho. RAFAEL, ELENA. (*desde la puerta de la casa.*)

RAFAEL. La Señorita, (*entrnndo*)
Doña Elena Chinchilla.
ELENA. ¿Qué se le ofrece? (*saliendo á la escena*)
RAFAEL. De parte del Conde de la Florida.
ELENA. A ver.
RAFAEL. Tomad...
A la órden de V. (*vase*)

ELENA. (*leyendo*) «Un ciego amor, me ha impulsado, en una noche horrible, infernal, acercarme á su ventana.—No he temido á los furiosos elementos; ni el trueno, que zumbaba en mis oidos, ni la lluvia que caia á torrentes, evitaron, mi idolatría hácia vos.—En cambio, al volver las espaldas, un rival mas dichoso, conversaba con aquella, que yo creia, me era fiel.—Dentro de una hora, y á vuestra presencia, dejaré de existir.—*La Florida.*»

(*Se le cae la carta y se desmaya sobre el banco.*)

GREGORIO. Otra tenemos...
Gumersinda, Gumersinda.
GUMERSINDA. Señor, Señor. (*saliendo*)
GREGORIO. El Alcali-volatil,
aquel tarrito...
GUMERSINDA. Que está sobre
el velador.
GREGORIO. El mismo.
(*Vase Gumersinda*)
GREGORIO. ¡Pobrecita!
lo que son los novios...
GUMERSINDA. Aqui está (*saliendo*)

GREGORIO. Unas gotas,
echad...

(Gumersinda vierte en el pañuelo de D. Gregorio, unas gotas, quien se lo aplica.)

ELENA. ¡Adolfo!
dueño mio.
MARTA. ¿Qué es eso,
mi hermana...
¡Elena!
ELENA. ¡Marta!
GUMERSINDA. Señorita, (*á Marta*)
por el estilo
otra cartita.
ELENA. ¡Adolfo!
. . . . . .
MARTA. Pero antes,
que nuestros amantes,
tanto nos querian.
¿Por qué estas cartas,
ahora nos envian?
GUMERSINDA. Debe ser el fruto,
de una grave,
equivocacion.
MARTA. Asi será,
y tal vez
tengan razon.

(Permanecen cuidando á Elena.)

ESCENA XVI.

Dichos. EDUARDO. ADOLFO.

ADOLFO. la muerte ó la vida.
Elegir armas.
EDUARDO. La pistola.
duelo ó suicidio,

ADOLFO. El duelo es mas noble.
MARTA. ¡Eduardo!
ELENA. ¡Adolfo!

(*Volviendo en sí, se levanta como una furia, y le quita la pistola. Marta hace lo mismo.*)

GREGORIO. Señores, ya la pendencia,
se acabó...

(*Interponiéndose entre los dos*)

Lástima es,
que dos jóvenes,
mueran en flor.

FIN DEL ACTO PRIMERO.

ACTO SEGUNDO.

LA ENFERMA.

Acto segundo.

Gabinete modestamente amueblado, á la derecha del espectador; dos puertas laterales, una de estas, con cortinage; otra á la izquierda y otra grande al fondo, con su tirador de campanilla. Al frente, una cómoda, con su respectivo espejo encima y floreros, á un lado de la puerta principal y al otro, una mesa, con tapete y recado de escribir, sillones; y al otro, una tarima, con su copa y fuego en ella.

ESCENA I.

D.ª BRÍGIDA, *aparece sentada al lado de la copa; y de vez en cuando, remueve el fuego, con la badila.*

Qué agustia,
qué pesadez;
qué agonía,
qué languidez.
Vivir de esta manera,
es tan cruel...
Tantos medicamentos,
tomados con el ojimiel.
Tres años de sufrimientos,
y de contínuos tormentos.
Ni los brevages, ni los opiatas,
electuarios, resolutivos;
píldoras, ayudas,

sinapismo, cáusticos.
Ni los temperantes, emolientes,
anodinos, narcóticos;
fortificantes, rubefacientes,
Absorventes, carminativos.

. . . . . .

Nada, todo es música celestial,
la muerte será mi conclusion final.

. . . . . .

ESCENA II.

Dicha. MARTA,

MARTA. ¡Mamá!...
¿qué tal, os ha sentado
la medicina?
BRÍGIDA. La de hoy, muy bien.
MARTA. Desde que D. Gregorio,
os visita. observo estais mejor.
El rostro, que es el espejo del alma,
manifiesta sonrosado color.
Antes mucha languidez.
y suma amarillantez.
Es un famoso doctor,
médico de Cámara,
No visita mas que á la aristocracia,
á los Duques, Marqueses,
rara vez á la democracia.
y es mucho de agradecer,
venga á visitar al arrabal,
á una familia de poco caudal.
BRÍGIDA. A la viuda de un Coronel...
MARTA. Cuando venga le pagaré,
se le deben muchas visitas.
Hasta ahora, no ha permitido,
por su trabajo, obtener,
columnarias pesetas.
BRÍGIDA. Es muy generoso.
MARTA. ¡Y muy guapo mozo!

. . . . . .

Su salud, algo quebrantada,
ha venido á Córdoba á mejorarla.
Le gusta por las mañanas salir,
visitar las encantadoras orillas
del Guadalquivír.

BRÍGIDA. Me voy á reclinar, un poco...

MARTA. Muy bien, .. deme usted, el brazo.
(Vanse al cuarto de la cortina)

ESCENA III.

ELENA, *sale besando el retrato de Adolfo, que lleva al pecho.*

¡Adolfo mio!
mi amor,
mandarme una carta
tan desconsoladora,
de injusto furor.
Esos celos infundados,
son los que te han
impulsados...
Cuando te amo tanto,
eres la luz que guia,
mi existencia,
el faro de mi vida.
No puede vivir,
sin mí; la tempestad pasó;
y quiere revivir,
correspondencia de amor.

. . . . . .

Le voy á despedir,
me deje en paz,
sola, con mi hermanita
y mi Mamá.

. . . . . .

ADOLFO. ¡Elena, Elena! *(de adentro)*
(golpeando á la ventana)

ELENA. ¡No lo dije,...
si no me deja de vivir!
(Adolfo golpea con mas fuerza.)

Le abro, lo recibo, nó,
no lo quiero recibir.

(*Aproximándose á la ventana.*)

(*Adolfo vuelve á golpear.*)

Qué fastidioso...
¡Mas quién se resiste,
á un amoroso adalid!

(*Abriendo la puerta.*)

ADOLFO. Estrella divina, (*saliendo.*)
que alumbrais
al firmamento;
diamantina,
purpurina,
del Cielo aposento.

ELENA. Porfiado galan,
marcharos, no me dejais,
un momento de paz.
Dijustada me teneis,
con aquella misiva cruel.
Asi como, por derrochador,
faltais al estudio,
y en el exámen probareis,
vuestra falta de aplicacion.
Siempre por esa Sierra Morena,
en busca de los osos, jabalíes,
podeis encontrar una pantera,
y á morir se esponeis.
¡Demonio de aficion,
las cabezas de la caza
ponerla luego en el corredor!

ADOLFO. Me acompaña mis criados,
hago parada en el Capricho;
de mi pariente el Marqués
de Benamejí, palacio de recreo.

ESCENA IV.

ADOLFO. ELENA. *despues* D. GREGORIO. *(Suena la campanilla.)*

ELENA. ¿Quién será?
sin duda. el médico.
ADOLFO. ¡D. Gregorio!...
ELENA. Sin duda...
esa persona tan digna
tan humanitaria,
tan filantrófica.
Que de la altura,
que su saber, su ciencia,
le ha colocado;
ora visita al poderoso
como al desvalido. *(Le abre la puerta)*
GREGORIO. Buenos dias,
Señorita Elena.
ELENA. Buenos dias,
Señor Doctor.
¿Estais de sus achaques,
ya mejor?
ADOLFO. ¿Este pais, os sienta bien?
GREGORIO. Sí, desde que respiro,
el ambiente puro del aire,
doy mas libre el suspiro;
que á Marta dedicado,
quisiera, por ella...
fuera aceptado.
. . . . . *(pausa)*
En la Corte, sofocante,
una atmósfera,
pestilente...
. . . . . .
A caballo hago mis escursiones,
á Córdoba la Vieja, á Rivera,
al Capricho, á las ventas de Alcolea.
. . . . . .
Este movimiento, esta accion,

han fortalecido mi constitucion.

. . . . . .

Otras veces prolongo mas el viage,
y me dirijo á Sierra Morena,
á las Ermitas,
á Belmez y Espiel,
á sus cuencas carboníferas;
esas piedras negras,
que puestas en combustion,
dan impulso á las fábricas,
á los ferro-carriles,
á las navegaciones marítimas
por medio del vapor del agua,
en ebullicion.

ADOLFO. La gloria de esa invencion
se debe á un navegante español.

ELENA. A Blasco de Garay.

ADOLFO. Hizo un ensayo
para propulsar,
una nave de doscientas toneladas,
llamada la Trinidad.
En Barcelona, en 1543,
llegada de Colibria
al mando de Pedro Scarza,
su Capitan.

. . . . . .

. . . . . .

ELENA. Francia, Italia, Inglaterra,
y los Estados Unidos; se disputan
la gloria, de la invencion del vapor;
pero el descubrimiento,
es del Ilustre marino español. (*con fuerza*)

. . . . . (*pausa*)

La máquina, en aquel puerto se probó,
nombrada por Cárlos Quinto,
una científica comision.

. . . . . .

Los esperimentos estrangeros,
mucho despues se verificaron.

. . . . . .

Se reducia á una gran caldera,

de agua hirviendo y unas ruedas
complicadas de madera,
á uno y otro lado de la embarcacion.

. . . . . .

Aquel asombroso invento,
perfeccionado con el tiempo;
le quita las alas al viento.

. . . . . .

Y marchamos, tan cierto
y ligero á Paris, Berlin,
Moscow y San Pesterburgo;
que el mismo diablo, del aserto,
se espantaría del portento,
del humo y del movimiento.
. . . . . *(pausa)*

. . . . . .

GREGORIO. España, otras veces, la Señora del mundo,
tan rica en productos agrícolas,
minerales, riqueza pecuaria, marinas,
y ahora en letargo profundo.
. . . . . *(pausa)*

. . . . . .

ELENA. Consiste en que todos los dias,
hay una zaragata, una revolucion;
la presa se disputan como fieras,
en Madrid. se vende dulce turron.

ADOLFO. Levanta tu cabeza, noble y erguida,
(con energía.)
y será acatada, respetada y querida.

. . . . . .

. . . . . .

GREGORIO. ¿Y la enferma?

ELENA. Creo está peor,
la fatiga le produce,
sofocacion...
Lleva tanto tiempo de padecimientos,
ya desahuciada por muchos médicos.
Mi única esperanza,
la cifro en vos.

ADOLFO. En su habilidad,
y en su famosa reputacion.

GREGORIO. Confio en Dios.
(*Vanse este y Elena al cuarto de la cortina.*)

ADOLFO. Mucho,
alivio
deseo.
Aqui reina, una agitacion estrema,
la hoguera encendida, va á estallar.
Voy á mi casa, tomo la escopeta,
y me lanzo á la calle... á olfatear
. . . . . (*pausa*)
y si preciso fuera, al campo á pelear,
el puesto del honor me llama,
acudamos liberal.

(*Vase por la de enfrente.*)

ESCENA V.

GUMERSINDA, *sale por la puerta principal, con manton y cesta.*

Vengo de la compra,
el pueblo está armado.
Muchas tropas
vienen de todas partes.
No se puede transitar,
por la calle del Potro,
y los alrededores de la Catedral.
Yo me apresuré á comprar,
y en casa me meto,
por si esto, viene formal.
. . . . . (*pausa*)
Esto es, el juicio final.
. . . . . .

(*Vase á su cuarto, izquierda.*)

ESCENA VI.

D. GREGORIO. ELENA. MARTA. (*salen del de la derecha, y despues* GUMERSINDA, *por la izquierda.*)

GREGORIO. Junta al instante...
la enferma,
está de sumo cuidado...
Agotados los medios
terapéuticos,
hay que apelar
á los quirúrgicos.
. . . . . .
A la operacion
de la paracentesis.
Como único y supremo
esfuerzo de la Medicina.
ELENA. Vos sois el médico de cabecera
y lo que dispongais...
MARTA. Damos, por hecho.
GREGORIO. Pues Junta.
ELENA. ¿A quién se llama?
GREGORIO. A quienes ustedes quieran.
MARTA. A D. Diego Rodriguez.
ELENA. Y á D. Salvador Valdecanto.
GREGORIO. Conforme.
MARTA. Gumersinda. (*llamándola*)
GUMERSINDA. Señora. (*saliendo*)
MARTA. Al instante llamad,
á D. Diego Rodriquez,
y á D. Salvador Valdecanto,
que antes visitaron á Mamá.
GUMERSINDA. Pero, si por las calles,
no se puede transitar;
no se vé, mas que gente
armada, fusiles, escopetas,
tambores, cornetas
y una efervecencia infernal.
ELENA. No hay, otro remedio.
GUMERSINDA. ¡Y si me meten,

en el principal! *(con intencion)*

. . . . . .

En fin, allá voy, y sea
lo que Dios quiera...
(Vase á su cuarto, toma el manton, volviendo; vase por la puerta principal de enfrente)

MARTA. Tomad, señor Doctor,
el importe de vuestros
honorarios... *(le ofrece un bolso)*

GREGORIO. Qué disparate,
mi único anhelo,
es procurar restituir;
mi vehemente deseo,
á la enferma, la salud,
con tierna solicitud.
(*Vase al cuarto de la cortina con Elena*)

ESCENA VII.

MARTA. EDUARDO *(por la principal.)*

EDUARDO. Hoy no salir á la calle,
ni á misa, Córdova
es un babel...
¿Y Mamá?
(pausa)

MARTA. Peor,
pide Junta,
D. Gregorio.

EDUARDO. Pues Junta,
la mision que me trae,
hoy á visitaros,
es el de despedirme de vos.
Tengo que partir, sin dilacion,
para Manila,
via de Marsella
por el primer vapor.

. . . . . .

Ayer recibí, una misiva, de mi tio,
rico hacendado, de aquella poblacion:

es muy anciano y tal vez, me declare,
su heredero universal, á su defuncion.
. . . . . .
Voy á despedirme
de Elena y de tu Mamá,
(*Entrando en la habitacion de esta.*)

MARTA. ¡Como una piedra,
me he quedado...
Se fué para mí,
el lucero adorado!
D. Gregorio, con atencion
cariñosa me mira,
su mústio corazon;
propicia, creo espera,
favorable ocasion;
Es seguro, recibirá
inesperado alegron.
Nosotras, qué esperamos
en el mundo, sino una colocacion.
. . . . . (*pausa*)
Un rato á la labor,
otro al balcon,
en el peinado bella flor,
en el vestido, no falte un boton.
. . . . . (*pausa*)
(*Eduardo sale y desde el dintel, del cuarto de aquella*)
A Dios, á Dios.

MARTA. ¿Y volverás pronto?

EDUARDO. ¡Hija mia!
será muy difícil...
conque asi, á Dios (*abrazándola, vase.*)

MARTA. A Dios, á Dios.
Se fué mi ¡Eduardo!
haga buen viaje,
quiera Dios.
Le salve la tempestad
de la furia, su rigor.
Mis relaciones
dieron conclusion.

ESCENA VIII.

Dicha. GUMERSINDA, *(por la principal, entra y deja el manton sobre una silla.)*

GUMERSINDA. La diligencia despachada,
los médicos pronto vendrán.
Tódavia me dura el pavor,
aquel rugir de las espadas,
y todo fué grave equivocacion.
Mis Señoritas,
á sus respectivos amantes
en distintas horas,
á la reja los citó.

MARTA. Ellos acudieron,
y como se vieron,
era una misma
creyeron;
hacia cara á las dos
y de aquí partió
la ofuscacion.
Aquel maldito,
para-aguas olvidado,
aquella capa empapada
en la verja colgada,
fueron la culpa
de la trabazon.

GUMERSINDA. D. Eduardo, al tiempo de marchar
y encontrado no muy lejos de acá,
ha dado muestra de su liberalidad.
Como recuerdo de despedida,
me ha regalado una onza de oro.
Y me compraré un miriñaque,
un trage, una bata, un gorro,
como Señora, aristocrática.

MARTA. De tu clase, quiere salir,
cuando trasciende á democracia.

GUMERSINDA. Nunca he tenido,
una moneda tan gorda...

MARTA. Muger, se dice

de mas valor.
A ver...

GUMERSINDA. Tomad.

MARTA. El busto es de Cárlos III,
rey sabio, prudente y justo.
Aquel, si que fué un gran Monarca,
padre benéfico de sus pueblos,
buena eleccion en sus ministros,
un Conde de Aranda, un Floridablanca.
En su reinado,
la marina militar,
llegó á un gran apogeo
poder colosal.
Hoy escalan el poder,
hombres de poca sabiduría,
y de poco valer.

GUMERSINDA. Así anda ello,
siempre revuelto...
Voy á guardar
la onza al cofre. (*vase á su cuarto*)

MARTA. Esa es la habilidad
de los políticos modernos
por regla general.
Mucho prometer,
nada bueno hacer.

ESCENA IX.

MARTA. D. DIEGO RODRIGUEZ *y* D. SALVADOR VALDECANTO. *Suena la campanilla y aquella abre. Despues* D. GREGORIO.

D. DIEGO Y D. SALVADOR. Señorita,
buenos dias.

MARTA. Buenos,
lo tengan ustedes.

DIEGO. ¿Y la enferma?

MARTA. Peor,
pasen ustedes
á su habitacion.

SALVADOR. Con vuestro permiso. (*Sale D. Gregorio.*

(Entran en el cuarto de la cortina D. Salvador y D. Diego.)

MARTA. Quiera Dios
le den la salvacíon.
. . . . . *(pausa)*

GREGORIO. Quiero aprovechar
los momentos,
mientras el diagnóstico
hacen mis compañeros.
Marta,
vuelvo á reiteraros,
mi cariño, mi pasion;
á manifestaros,
este sincero amor,
hace tiempo os profeso,
sois vida mia, mi embeleso.
Siendo tan buena hija,
sereis buena esposa.

MARTA. Os contestaré.

GREGORIO. ¿Y cuando?

MARTA. Salvándose la enferma.

GREGORIO. Si mis compañeros,
son de la misma opinion,
es seguro el triunfo,
su salvacion...

MARTA. Entonces con mi amor,
pagaré vuestros desvelos,
vuestra abnegacion.

ESCENA X.

Dichos. ELENA. D. SALVADOR Y D. DIEDO. (*volviendo*)

DIEGO. Compañero, *(á D. Gregorio.)*
soy de vuestra
opinion.
No hay otro recurso,
que hacer de la paracentesis,
la operacion.
Pues el líquido,
esparcido en el abdomen,

empuja el diafragma,
y demás viceras,
haciendo ya muy difícil
la respiracion.

SALVADOR. Yo preopinaría la escila,
las hojas de digital purpurea,
las fricciones con el acetato de amoniaco.

DIEGO. Esos son medios paliativos,
hay que recurrir á los heróicos.

GREGORIO. La puncion ó la muerte. (*con energía*)
Esta última es infalible,
ejecutemos lo primero,
Dios querrá,
evitemos lo segundo.

DIEGO. La operacion,
la confiamos en vos.
(*Entran en el cuarto. Elena con el pañuelo, enjuga sus lágrimas. Marta hincase de rodillas, hasta la conclusion de la plegaria de Elena.*)

MARTA. Vírgen María,
presta el acierto,
vuelva la alegría,
á estas hijas,
desventuradas,
y en tí confía.
. . . . . (*pausa*)
Sé, Vírgen bella,
mi amparo;
mírame con amor;
no soy digna,
con una mirada,
de compasion.
. . . . . (*pausa*)

ELENA. Vírgen pia y clemente, (*arrodillándose hasta concluir la plegaria.*)
amparo del desvalido,
desde la mansion celeste,
vela por nuestro ser querido.
. . . . . .

Yo vengo, Vírgen á besar,
las estrellas de tu manto,
misericordiosa acoge nuestro llanto,
del peligro á la enferma salvar.
. . . . . *(pausa)*

DIEGO. Niñas la operacion, (*saliendo primero*)
salió á la perfeccion.

SALVADOR. La enferma, (*despues*)
ya respira mejor.

GREGORIO. La ciencia triunfó. (*último*)

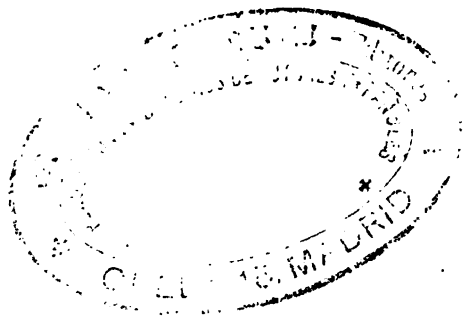
MARTA. ¡Con qué, Señor Doctor
podré pagaros, vuestra ciencia,
vuestros servicios, su abnegacion!

GREGORIO. ¡¡Con vuestra mano!!

MARTA. ¡¡¡Como DEUDA DR GRATITUD!!!

FIN DEL DRAMA.

EL DIABLO EN EL MOLINO



Esta obra es propiedad de sus autores, y nadie podrá, sin su permiso, reimprimirla ni representarla en España y sus posesiones de Ultramar, ni en los países con quienes haya celebrados, ó se celebren en adelante tratados internacionales de propiedad literaria.

Los autores se reservan el derecho de traducción.

Los comisionados de las Galerías de los Sres. Hidalgo y Arregui y Aruej, son los encargados exclusivamente de conceder ó negar el permiso de representación y del cobro de los derechos de propiedad.

Queda hecho el depósito que marca la ley.

Por ser tan vivo de genio el Sr. Cuartero, no ha sido posible imprimir esta obra hasta la cincuenta representación.

VIGARVA.

EL DIABLO EN EL MOLINO

OPERETA CÓMICA EN UN ACTO Y DOS CUADROS

LETRA DE LOS SEÑORES

CUARTERO Y VIGARVA

MÚSICA DEL MAESTRO

DON RAFAEL TABOADA

Estrenada con gran éxito en el TEATRO DE RECOLETOS la noche del 22 de Julio de 1891

MADRID

R. VELASCO, IMPRESOR, RUBIO, 20

1891

Á LA SEÑORITA

Doña Lucrecia Arana

Ya que Lucrecias la historia
menciona tan sólo dos,
muy pronto será precisa
esta notable adición:
«Lucrecia Arana, cantante,
entre todas la mejor,
que aun haciendo de diablo
tiene de un ángel la voz.»

Cuartero.

Vigarva.

Madrid, 26 de Agosto de 1891.

REPARTO

PERSONAJES	ACTORES
LAMBERTO.....	Srta. D.ª Lucrecia Arana.
BERTA.....	» » Pilar Aceves.
COLÁS.....	Sr. D. Vicente G.ª Valero.
EL DUQUE (1).....	» » Mariano de Larra.
FINGERLING.....	» » Alfredo Quevedo.
UN ALDEANO.....	» » Pablo Arana.

Aldeanos y aldeanas

La acción en el Ducado de Augustoburgo (Sajonia)
Siglo XVII

(1) Por indisposición del Sr. Larra se encargó del papel el señor Vedia desde la quinta representación.

ACTO ÚNICO

CUADRO PRIMERO

Campiña frondosa. A la derecha una granja ó casa de labor, con puerta practicable.

ESCENA PRIMERA

ALDEANOS y después COLÁS y BERTA por la primera derecha

Musica

CORO

Hoy es día de alegría,
de placer y bienestar,
pues se casa la muchacha
más bonita del lugar.
La fortuna le sonríe
á ese tuno de Colás,
pues se lleva la muchacha
más bonita del lugar.
Aquí los novios llegan,
que vivan años mil;
la novia es muy bonita,
el novio muy cerril.
Desde hoy siempre juntitos
felices vivirán,
y boda tan dichosa
preciso es festejar.

COLÁS — Mil gracias muchachos.
CORO — ¡Que viva Colás!
BERTA — Gracias, amigas mías.
CORO — Qué bonita está.
MUJERES — Envidia nos causa
su felicidad.
COLÁS — Pronto mi esposa,
Berta, has de ser,
y yo tu esposo
amante y fiel.
Yo tus caprichos
satisfaré,
como un borrego
por tí seré.
BERTA — Nada me importa
que quieras ser
como un borrego
sumiso y fiel.
Toda mi alma,
toda mi fe,
la tiene otro,
lo sabes bien.
CORO — Al ver en ella
tanta frialdad,
muy mala espina
esto nos dá.
Berta es muy lista,
torpe es Colás,
y algo muy grave
le ha de pasar.

Hablado

COLÁS — Bien; basta de bulla y dejadnos en paz.
BERTA — Yo os doy mil gracias.
COLÁS — Y yo también por vuestras atenciones, y sólo me resta rogaros paséis á mi casa á beber y comer todo lo que os apetezca.
UNO — ¡Viva Colás!
TODOS — ¡Viva!
ALD. — (Llevándole aparte.) Sea enhorabuena, Colás. ¡Cómo te envidiamos todos! ¡Buen bocado vas á comerte!
COLÁS — ¡Animal! A tí sí que te hace falta un bocado.

BERTA Entrad, amigos míos.
UNO ¡Que vivan los novios!
TODOS ¡Vivan! (Vanse por la izquierda.—Ritornello en la orquesta.)

ESCENA II

BERTA y COLÁS

COLÁS Nada, está demostrado que no hay manifestaciones tan espontáneas como las de los estómagos agradecidos.
BERTA Colás, tengo que hablarte seriamente.
COLÁS Bueno; pues prometo no reirme.
BERTA Ya sabes que pobre y huérfana me recogió mi padrino, á quien procuro siempre complacer.
COLÁS Bien, ¿y qué?
BERTA Espera. Mi padrino ha dispuesto que me case contigo, porque eres un hombre...
COLÁS Eso sí.
BERTA Un hombre honrado.
COLÁS Como que me llamo Colás.
BERTA Yo me caso por darle gusto, pero ya sabes que no te amo.
COLÁS Vamos, no disimules, mujer, déjalo para después de casados.
BERTA ¡Animal!
COLÁS ¡Dice que no me ama y me llama animal! (Riéndose mucho.)
BERTA Ya te he dicho mil veces que mi corazón no me pertenece, que es de otro.
COLÁS Pero, mujer...
BERTA Y qué quieres, yo le he jurado eterno amor.
COLÁS Eso no es más que una alucinación; no en balde os llaman flacas á las mujeres.
BERTA ¿Y tengo yo la culpa?
COLÁS ¿De ser flaca?
BERTA De que hayan ganado mi corazón.
COLÁS ¿Has jugado? ¡Haber dicho... mus!
BERTA Tú no eres capaz de comprenderme y te dejo. Reflexiona bien á lo que te expones si te casas conmigo. (Entra en la casa.)

ESCENA III

COLÁS, á poco EL DUQUE, FINGERLING y CORO, por la izquierda

COLÁS ¡Que reflexione! ¡Que reflexione!... La cosa tiene mucho que pensar... (Después de meditar un rato.) Pero, ¡bah! Me caso y luego pensaré lo que debo hacer. Si todos los maridos lo hubieran reflexionado antes no habría bodas, y no habiendo bodas... pues, ecétera.

Música

CORO
El Señor de estos dominios
hoy nos viene á visitar,
y sin duda vá de caza
por lo apuesto y lo marcial.
¡Viva el Duque! Viva el Duque,
nuestro noble bienhechor,
que perdona los arriendos
si es mal año de labor.
¡Viva el Duque! ¡Viva el Duque,
nuestro noble bienhechor!

DUQ. (Saliendo con gravedad cómica, seguido de Fingerling.)
Yo soy un Duque singular,
original, muy especial,
que su ilusión es el cazar
y buenas liebres atrapar.
Por mi donaire sin igual,
no falta nunca una beldad
que admire el porte seductor
del más bizarro cazador.
¡El terror de perdices, conejos,
de patos y liebres
el gran tirador.

CORO
Pues hace bien
el gran señor,
en sostener
esa afición.
Mas como al blanco
nunca da,
ni una perdiz
logró cazar.

Y le dejamos
con su ilusión,
porque siempre nos compra perdices,
conejos y liebres
el buen tirador.

—

DUQ. Yo soy un Duque original,
que abandonando la ciudad,
se viene al campo, y le es igual
el que haya caza ó no cazar.
Pero si encuentro una mujer,
se inunda mi alma de placer,
y del conejo corredor
no hace gran caso el cazador;
porque quiero muchachas bonitas,
remonas y guapas,
que es mucho mejor.

CORO Pues hace bien
el buen señor, etc.

Hablado

FING. Señor: debo advertiros que no hay que perder tiempo; la noche se viene encima y hay que pensar en buscar alojamiento.

DUQ. Procura que sea donde haya mujeres bonitas.

FING. Pero, señor...

DUQ. Haz lo que te mando. Ya sabes que soy un Duque original, y no permito que me contradigan.

FING. (A Colás, que estará á la puerta de la casa.) ¡Acércate, estúpido!

COLÁS (¿Quién será éste que me conoce?)

FING. ¿A quién pertenece esa casa?

COLÁS Al padrino de mi novia.

FING. ¿Es guapa?

COLÁS Como un sol.

FING. (Al Duque.) Ya tenéis el alojamiento que deseábais.

COLÁS ¿Qué, pensáis hospedaros aquí?

DUQ. ¡Yo soy un Duque muy original!

COLÁS Vos podréis ser todo lo original que queráis, pero en esa casa no podréis dormir.

DUQ. ¿Por qué razón?

COLÁS Por la razón de que me voy á casar esta noche. ¿No es verdad que voy á casarme?

CORO Sí, sí; va á casarse.

DUQ Mejor.

COLÁS Y habrá bulla. ¿Verdad que habrá bulla?

CORO Sí, sí la habrá.

DUQ. Mejor.

COLÁS Y habrá...

CORO ¡Já, já, já!

DUQ. Mejor.

COLÁS Y además, ya comprenderéis que yo necesito quedarme solo con mi mujer...

DUQ. Fingerlíng, dispón lo que te he ordenado.

FING. Entremos, señor.

COLÁS Pero...

FING. Entremos. (**Entran en la casa. Ritornello en la orquesta. El Coro se va por la izquierda, haciendo burla á Colás; éste los arremete, las mujeres dan un chillido y desaparecen. Colás se va por la derecha arriba.**)

ESCENA IV

BERTA, que sale de casa

¡Es imposible convencer á Colas! ¡Y nada, mi padrino se empeña á todo trance en que la boda se efectúe! ¿Por qué no hemos de tener libertad para expresar nuestros sentimientos? Si así fuera, yo le diría á mi Lamberto...

Musica

LAM. (**Dentro.**) Amor es la delicia,
si se ama con pasión;
su fuego da la vida
al triste corazón.
Dame tu amor;
que suspira por tí fiel y amante
el trovador.

ESCENA V

BERTA y LAMBERTO

LAM. ¡Berta mía!
BERTA ¡Mi Lamberto!
LAM. ¡Luz del cielo!
BERTA ¡Dulce bien!
LAM. El hallarte entre mis brazos
es la dicha que soñé. (Se abrazan.
Como en la aurora
naciente, el sol
su luz derrama
sobre la flor,
así, bien mío,
al verte yo,
luz á mi alma
presta tu amor.
BERTA Como en la aurora
naciente, el sol
su luz derrama
sobre la flor,
así, bien mío,
al verte yo,
late amoroso
mi corazón.

—

LAM. ¡A salvarte, mi bien, yo vengo aquí!
BERTA ¡Con tu amor, mi Lamberto, soy feliz!
LAM. ¡Con ingenio y astucia venceré!
BERTA ¡Tuya siempre, yo juro, fiel seré!

—

LOS DOS Como en la aurora, etc.
¡Oh, qué dicha es amar
con ardiente pasión!
¡Es delicia sin par
el gozar del amor!
¡Mi dulce bien,
mi dulce amor,
tuyo será
mi corazón!

Hablado

BERTA Pero, ¿cómo has venido?

LAM. ¡Por salvarte lo he arrostrado todo! Sé que esta noche te ibas á casar con un estúpido, que de seguro no sabe apreciar los tesoros que encierras en tu corazón.

BERTA ¡Y lo malo es que la ceremonia se llevará á efecto.

LAM. Ya lo creo que se llevará.

BERTA Entonces no veo la salvación.

LAM. Sólo que habrá algo imprevisto.

BERTA ¿Algo imprevisto?

LAM. Confía en mí, que pronto hallaré un medio para que seas feliz con tu esposo.

BERTA ¡Imposible! No le amo.

LAM. Ya le amarás.

BERTA ¡Si es tan feo!... Me voy; si nos vieran juntos, daríamos que murmurar.

LAM. ¿Y te vas así?

BERTA ¿Cómo?

LAM. Sin darme un abrazo.

BERTA ¿Y si nos vieran?

LAM. Nada temas, bien mío. (La besa la mano al mismo tiempo que sale Colás, con capa.)

COLÁS (¡La llama bien mío! ¡Y la abraza! Pero, no importa... Me caso, lo he reflexionado bien.)

BERTA ¡Colás! (Vase corriendo.)

ESCENA VI

LAMBERTO y COLÁS

COLÁS Señor barbilampiño, ¿sabéis que Berta se va á casar esta noche?

LAM. Lo sé.

COLÁS ¿Y, sin embargo, la abrazábais?

LAM. ¿Y qué mal hay en ello?

COLÁS Mal no hay ninguno; pero yo voy á ser su marido, y no consiento...

LAM. ¿El qué?

COLÁS No consiento que nadie la abrace antes que yo.

LAM. ¿Y ella te ama?

COLÁS Yo creo que sí, aunque dice que no; pero á las mujeres ya sabéis que les gusta disimular.

LAM. ¿Y, sin embargo, te casas con ella?

COLÁS A lo seguro me atengo; Berta es muy bonita y además tiene buen dote.

LAM. ¿Y si te pesa?

COLÁS Que me pese.

LAM. ¿Y si después?...

COLÁS También me caso; he decidido sentar plaza de...

LAM. ¡Estúpido!

COLÁS De eso.

LAM. Oye, Colás; voy á proponerte un negocio. ¿Qué dote tiene Berta?

COLÁS Cuatrocientos florines.

LAM. Yo doblo la cantidad si me dejas ocupar tu puesto.

COLÁS ¿Cómo?

LAM. Casándome con ella.

COLÁS Pero eso no es pasible, se conocerá el cambio y todos se burlarán de mí.

LAM. ¿Y qué te importa, si vas á ser rico?

COLÁS (Después de pensar un breve momento.) Acepto. Es un bonito negocio, doblo la cantidad y me deshago de una mujer que, aunque me ama, lo disimula mucho.

LAM. Dame tu capa y toma. (Le da un bolso y Colás le entrega la capa.)

COLÁS (Abriendo el bolso y contemplando el dinero.) ¡Cuánto oro! No vale tanto una mujer, por guapa que sea.

LAM. No olvides que este convenio ha de quedar entre nosotros.

COLÁS Descuidad

LAM. Protegido por la noche, voy á casarme con tu futura.

COLÁS ¿Con mi futura? ¡Já, já! ¡Tiene gracia! Pero, decidme, ¿vos quién sois?

LAM. El diablo.

COLÁS (Santiguándose.) ¡Ave María purísima!... ¿Y venís?...

LAM. Del infierno.

COLÁS Buena tierra para el mes de Enero.

LAM. Largo, á esconderte; cuida con no faltar á tu promesa, y además has de obedecerme en todo, porque si no...

COLÁS Descuidad. (No hay duda, es el diablo; pero lo cierto es que estos son florines. ¿Harán moneda falsa en los infiernos? Eso sí que no me gustaría.

(Vase por la izquierda. Obscura la escena.)

ESCENA VII

LAMBERTO, luego BERTA y CORO

LAM. La noche está obscura, y embozándome no es facil que me conozcan; el Padre Agustín está preparado de antemano, es amigo mío y me guardará el secreto. (Se oyen voces dentro.) ¡Ya vienen! (Lamberto se emboza en la capa, da el brazo á Berta, que sale de la casa y desaparecen por la derecha; el coro sale por la izquierda y sigue á los novios.)

Musica

CORO

Vamos contentos
hacia la ermita,
tan grata boda
á celebrar.
Y que los novios
felices sean,
miles de años
en el lugar.

MUTACION

CUADRO SEGUNDO

Interior de un molino.—A la derecha, en primer término, puerta practicable que figura ser la habitación de Berta; en segundo término, una escalerilla que conduce al desván ó cámara, con ventana grande, practicable, en la derecha del foro, y capaz para colocarse una persona de cuerpo entero.—A la izquierda y en primer término, puerta también practicable, que figura ser la habitación donde se encuentran alojados el Duque y Fingerling. —Portalón grande en el foro en forma de arco.—Varios sacos y útiles propios de la molienda en diferentes sitios.—A la izquierda, en segundo término, una mesa sobre la que habrá una vela encendida.

ESCENA VIII

El DUQUE y FINGERLING sin capotillos, espuelas, armas, etc. Luego LAMBERTO

Hablado

FING. Pero, señor, parecéis un molinero; estáis todo empolvado.

DUQ. Ya sabes que, á pesar de mi edad, me gustan las aventuras amorosas.

FING. Reflexionad que en este maldito molino, según cuenta la tradición, anda el diablo.

DUQ. ¿Te permites darme consejos?

FING. Es por vuestro bien.

DUQ. Te prevengo que soy...

FING. Un duque sumamente original; lo sé desde el primer día que entré á vuestro servicio.

DUQ. Pues bien; es necesario que los novios no nos vean.

FING. ¿Pero el marido?...

DUQ. Es un animal.

FING. No me opongo, pero es un animal que puede darnos de palos.

DUQ. ¿Tienes miedo, por ventura?

FING. Por Ventura, no; por mí, que no me haría gracia semejante caricia.

DUQ. Calla, cobardón; mira qué sereno estoy. Eso que se cuenta del molino es pura patraña.

FING. ¿De modo que no creeis?...

DUQ. ¿En el diablo? ¡Qué he de creer! Aquí no hay más diablillo que una hermosa muchacha, á la cual es preciso conquistar.

FING. ¿Pero qué plan tenéis?

DUQ. Uno, tan original como mío. Los duques de Augustoburgo son demasiado nobles para consentir que un villano se lleve semejante tesoro.

FING. ¿De modo que pensáis?...

DUQ. ¡Fingerling! ¿Te permites hacerme observaciones?

FING. Dispensad, señor, pero no sé lo que me digo. Además, desde que entré en este molino, tengo un miedo atroz. Aseguran que el diablo empieza por llevarse á los mayordomos.

DUQ. No tendrás la conciencia muy limpia.

FING. ¡Qué queréis, señor; todos somos pecadores!

DUQ. Bien, no pretendo confesarte; pero te doy la absolución con tal de que salgamos bien de esta aventura.

FING. ¿Pero persistís?...

DUQ. Calla, coge la luz y ocultémonos; porque ya no deben tardar los novios y es preciso que nos crean descansando.

FING. (Cogiendo la vela.) ¿Y no sería mejor?...

DUQ. Te repito que no necesito tus consejos.

LAM. (Sale por la puerta del foro y se detiene al ver al Duque y Fingerling, permaneciendo medio oculto.) (¡Cielos! ¡Mi tío y Fingerling! ¿Qué buscarán en este sitio?)

DUQ. Además, ya sabes que la molinera me ha impresionado vivamente.

LAM. (¿Conque esas tenemos?)

DUQ. Y que el marido no nos estorbará.

LAM. (Eso lo veremos.)

FING. Ya sé que habéis dado orden de que lo secuestren.

DUQ. Por esta noche nada más.

LAM. (¡Hola, hola! No es mal susto el que os pienso dar. Ahora, por el pronto, me conviene alejarlos de aquí.) (Se aproxima á Fingerling por detrás y le apaga la luz.) ¡Bribón!

FING. (Temblando.) ¡Señor... Señor... Han apagado la luz!

DUQ. Habrá sido el viento. ¡Anda delante, cobarde, que estás temblando!

FING. Pasad vos, que sois valiente y también tembláis.

DUQ. Vamos, anda delante.

FING. Os tengo demasiado respeto para pasar primero.

DUQ. Bien, agárrate á mí y pasaremos los dos juntos. (**Lamberto va por detrás y agarra á Fingerling**)

FING. (Aterrorizado.) ¡Ay, señor!

DUQ. ¿Qué te pasa?

FING. Que el diablo me tira del faldón. (**Entran precipitadamente en su habitación. A obscuras la escena.**)

ESCENA IX

LAMBERTO

¡No llevan mal susto dentro del cuerpo! Hay que convenir que este molino favorece mis planes. ¡Ja, ja, ja!

Música

LEYENDA

Cuentan que en este molino
moraba Luzbel
en forma de hermosa
y esbelta mujer.
Fama, nobleza y dinero
ganaba Gortrón,
su amante marido,
en esta mansión.
Mas una noche vino hacia aquí
un galán en un corcel,
y la hermosa del molino
á la grupa fuese de él.
Como la bella
despareció,
por el ducado
corrió la voz

de que á su esposa
muerte le dió
el molinero
maese Gortrón;
y por su crimen
le condenó
nuestro gran duque
á ser tostón.
Deshabitado quedó el molino,
sólo del buho se oyó el cantar,
duendes y brujas se entretenían
gruesas cadenas en arrastrar.
En la comarca despavoridos
los aldeanos de este lugar,
cuando pasaban por el molino
hacían siempre ¡por la señal!
(Santigüándose)
¡Já, já, já, já!
Ni duendes ni brujas
me arredran aquí,
que venga el diablo
si quiere por mí.
Haremos un pacto
famoso los dos,
que no es el demonio
más diablo que yo.

ESCENA X

LAMBERTO y COLÁ

Hablado

COLÁS (Entra jadeante y asustado.) ¡Por fin lleguè! ¡Tunantes! ¡Bribones! Yo creo que querían robarme la bolsa que me dió el personaje misterioso. De repente, cuando estaba oculto esperando á que salieran de la ermita, dos hombres tratan de que me rinda y quieren ponerme una mordaza; pero yo... á este quiero, á este no quiero... ¡zás! los dos en tierra, porque á listo me ganarán, pero lo que es á bruto...

LAM. ¡Colás!

COLÁS (Asustado.) ¿Eh? ¿Quién me llama?
LAM. Soy yo. ¿Has olvidado nuestro convenio?
COLÁS No, señor demonio.
LAM. Pues tráete una luz.
COLÁS Al momento. (Vase por la luz, viniendo al poco rato primera derecha.)
LAM. Este estúpido va á echar por tierra todos mis planes.
COLÁS Ya está la luz (Dejándola sobre la mesa.)
LAM. ¿Con quién has venido?
COLÁS Solo; pero esperaba que viniese ella.
LAM. Presumo que venías á ocupar mi puesto.
COLÁS Interinamente, sí señor.
LAM. Eres un estúpido.
COLÁS El afán de quedar bien.
LAM. No olvides que estoy decidido á hacerte rico.
COLÁS Me gusta que os decidáis.
LAM. Y que también puedo decidirme por ahorcarte.
COLÁS En eso no me gustaría la decisión.
LAM. Ya sabes que si te pago á peso de oro no es por tu linda cara.
COLÁS Sí, ya sé que es por la linda cara de mi mujer, digo, de vuestra mujer.
LAM. Ahora es preciso que yo permanezca en sitio seguro donde nadie pueda verme, pues los aldeanos, al notar tu ausencia, vendrán aquí con la novia.
COLÁS Tenéis razón, pero yo no sé dónde váis á esconderos.
LAM. (Señalando la escalerilla del segundo término de la derecha.) ¿A dónde comunica esa escalera?
COLÁS A un desván.
LAM. Pues en ese desván pienso ocultarme.
COLÁS (Santiguándose.) ¡Ave María purísima! ¿Ignoráis que ese desván está habitado por el diablo?
LAM. ¿Qué dices?
COLÁS Que el espíritu maligno del molinero Gortrón ha fijado su residencia en él.
LAM. ¿Has subido alguna vez?
COLÁS ¿Yo? ¡Dios me libre!
LAM. Entonces, ¿cómo la sabes?

COLÁS Porque cuando compró el padrino de Berta esta hacienda dijo el escribano al hacer el inventario que en el desván había un arca grande llena de vestimentas extrañas y con cierto olorcillo á azufre, y aseguró que maese Gortrón, poseedor de ellas, tenía pacto con el demonio.

LAM. Pues me conviene ese desván.

COLÁS Pero reparad... (Se oye dentro gran algazara.)

LAM. Calla, que ya llegan los aldeanos con la novia; procura justificar tu ausencia.

COLÁS Bien, señor; ¿pero no podíais darme algo más á cuenta?

LAM. Silencio, que ya están aquí. ((Sube por la escalerilla del segundo término derecha y se oculta.)

ESCENA XI

COLÁS, BERTA y CORO; después EL DUQUE, FINGERLÍNG y LAMBERTO

ALD. ¡Colás! ¡Colás! Aquí está el muy mándria.

COLÁS Como supuse que me seguiríais, me vine corriendo hacia el molino, porque no me gustan las bromas que me dan las mujeres.

TODOS ¡Já, já, já!

UNO Aquí está Berta. ¡Viva la novia!

TODOS ¡Viva!

Música

CORO
A la novia es necesario
de sus galas despojar;
la madrina solamente
con la novia debe entrar.

BERTA
Buenas noches. Muchas gracias;
agradezco tal bondad.
(Esta farsa ¡tengo miedo!
no sé cómo acabará.)

(Entra con la madrina por la primera puerta derecha.)

CORO
Vaya una chica que te has llevado;
mímala mucho, mi buen Colás.

Canta á la novia como acostumbran
los que se casan en el lugar.

DUQ. (A la puerta de su habitación, acompañado de Fingerling y medio ocultos.)
¿Cómo el marido
se encuentra aquí?
¿Tú sabes esto,
buen Fingerling?

FING. Es que las órdenes
que disteis vos,
sin duda el diablo
las revocó.

CORO Anda, muchacho;
anda, Colás.

COLÁS Estad atentos;
voy á empezar.

—

Todas las cosas del mundo
no parecen lo que son,
porque há tiempo están reñidos
el dinero y el amor.
El dinerito, din, din,
es mi ilusión;
y con él soy más feliz
que con amor.

CORO El dinerito, din, din, etc.

—

COLÁS Las mujeres los florines
prefieren á un buen galán;
y los hombres preferimos
florines á una beldad.
El dinerito, din, din, etc.

CORO El dinerito, din, din, etc.

LAM. (Dentro.) Amor es la delicia
si se ama con pasión;
su fuego da la vida
al triste corazón.
Dame tu amor, dame tu amor,
que suspira por tí, fiel y amante,
el trovador.

(Mientras Lamberto canta la trova, todos quedan aterrados, guardando cada uno una posición distinta,

formando cuadro, y el que esté más cerca de la luz que hay en la mesa debe derribarla al suelo, á fin de que la escena quede á oscuras.)

DUQ. ¿Quién canta aquí?
FING. Del diablo es la voz.
CORO Ese canto nos aterra
y nos llena de pavor.

(Abrese la ventana grande del desván y aparece Lamberto, vestiso caprichosamente de buho. En la caperuza tendrá dos focos de luz eléctrica, que figuran ser los ojos, dando á la escena un aspecto fantástico. Todos quedan aterrados. Muy rebajada la luz de la sala; el escenario á oscuras.)

LAM. Amor es la delicia, etc.

(Todos hacen la señal de la cruz.)

HOMBRES ¡Vade retro! ¡Satanás!
¡Es el alma de Gortrón!
¡Escapemos presurosos
de esta tétrica mansión!

(Vase el Coro por el foro.)

LAM. ¡Já, já, já!

(Se cierra la ventana, y queda la escena otra vez á obscuras.)

ESCENA XII

EL DUQUE, FINGERLING, y luego LAMBERTO

Hablado

DUQ. ¡Fingerling, Fingerling! Aquí pasa algo que no puedo comprender.
FING. Señor, dejemos este maldito molino.
DUQ. ¿Tienes miedo?
FING. A qué negarló, sí, señor.
DUQ. La verdad es que yo tampoco estoy muy tranquilo.
FING. Volvámonos...
DUQ. ¿Piensas que el Duque de Augustoburgo retrocede ante ningún obstáculo?
FING. Mirad, que eso es tentar al diablo.
DUQ. Pero, ¿cómo no habrán cumplido mis órdenes los encargados de secuestrar al marido?

FING. Lo véis, señor, eso es sobrenatural; á vos os obedecen todos en el Ducado, y cuando no acatan vuestras órdenes es que ocurren cosas extraordinarias.

DUQ. No importa, me he propuesto conquistar el corazón de esa hermosa molinera y no retrocedo.

FING. Señor...

DUQ. Cállate. Ahora todo está en silencio, la ocasión es propicia para hablarla. (Lamberto baja las escaleras.) El marido huyó acompañado de los aldeanos y nos dejaron dueños del molino.

LAM. (Aparte.) ¡Hola! ¡Hola!

DUQ. ¿Sabes hacia dónde está la puerta?

FING. ¿Conque al fin nos vamos?

DUQ. ¡Fingerling! Te prohibo que adelantes los acontecimientos.

FING. Como habéis dicho ¿dónde está la puerta?

DUQ. La del cuarto de la molinera.

FING. ¿Conque seguís adelante?

DUQ. Siempre avanzando.

LAM. (Aparte.) Yo te haré retroceder.

FING. Pero, señor, ¿no sería mejor que nos fuéramos?

DUQ. Cállate.

LAM. (Aparte.) Es preciso que salga Berta para que mi señor tío se lleve el gran chasco. (Da dos golpes en la habitación de Berta.)

LOS DOS (Aterrados.) ¡Ah!

FING. ¿No oís?

DUQ. En efecto, parece que dan golpes á la puerta.

FING. Señor, todo esto es misterioso, tengo un miedo que no me lo merezco.

DUQ. También empiezo yo á desconfiar de esta aventura. (Lamberto vuelve a llamar.)

LOS DOS ¡Ah!

FING. (Con mucho miedo.) Señor, vuelven á llamar.

DUQ. (Tembloroso,) Fingerling, anda con tiento y mira si encuentras una luz.

LAM. (Aparte.) Eso es lo que no has de conseguir.

ESCENA XIII

DICHOS, BERTA y luego COLÁS

BERTA (Desde la puerta.) ¿Eres tú, Lamberto?
LAM. Baja la voz, no estamos solos.
FING. Señor, ahora parece que siento pisadas y muy menuditas, sin duda es la molinera.
DUQ. Pues cállate, porque se aproxima. ¿Eres tú, preciosa molinera?
LAM. (Bajo á Berta.) Contéstale.
BERTA Sí, señor Duque.
DUQ. Al fin te tengo entre mis brazos.

Musica

(Lamberto á la derecha, sigue Berta, el Duque y Fingerling.)

DUQ. Sin par molinera
(A tientas coge á Berta por la cintura.)
de rostro precioso,
de lindo perfil,
permite que amante
estreche mi brazo
tu talle gentil.
Por Dios, no desprecies
las tiernas palabras
de tanta pasión.
Escucha mi ruego
y véme á tus plantas, (Se arrodilla.)
rendido de amor.
(Berta huyendo pasa á la izquierda del Duque.)
LAM. No temas, bien mío,
acércate más.
BERTA No hay duda, es el Duque
tan tierno galán.
(El Duque se apercibe de la pasada de Berta, y buscándola, coge á Fingerling.)
DUQ. Escucha mi ruego.
BERTA Dejadme.
LAM. Verás
qué buena lección
le vamos á dar.

DUQ. Sin par molinera, etc.
BERTA Me embarga el temor.
LAM. Acércate más.
FING. El lance es atróz
y temo el final.

(Apercibido de que requebraba á Fingerling, vuelve á buscar á Berta en la derecha.)

DUQ. Te adoro.
BERTA ¡Lamberto!
DUQ. Tu amor es mi dicha.
LAM. Pesado está ya.
BERTA Dejadme.
DUQ. Te adoro;
de mí ten piedad.
No seas ingrata.

(La coge la mano.)

BERTA ¡Soltadme!.. ¡Tomad!

(Le da una bofetada al Duque.)

DUQ. Su mano de nieve
ha herido mi faz.
FING. Señor, esto sí
que es original.
LAM. Por atrapar
tan linda flor,
espinas sólo
se encontró.
BERTA Amante audaz
es el señor,
más contener
sabré su amor.
DUQ. No he de ceder,
que impresionó
esta mujer
mi corazón.
FING. Amante audaz
es mi señor,
pero su faz
Cupido hirió.

(Andan á tientas y se colocan Lamberto junto á Fingerling y Berta al lado del Duque.)

DUQ. No te has de ir;
te he de pillar.
BERTA Lo he de impedir.
LAM. Te he de burlar.

FING. (A Lamberto creyendo que habla con el Duque.)
Que era cerril
os dije ya.

LAM. ¡Es Fingerling!
¡Toma, truhán!
(Le da una bofetada.)

DUQ. Lo que aquí pasa
no sé explicar.

COLÁS (Entra á tientas y con precaución, y se coloca entre Fingerling y el Duque.)
Temblando de miedo
aquí vuelvo á entrar,
pues pienso que alguno
me quiso burlar.
(Le da una bofetada Fingerling y otra el Duque.)
¡Socorro! ¡Socorro!

TODOS Conviene escapar.
(Berta y Lamberto entran por la primera puerta de la derecha y Colás se va por la del foro.)

ESCENA XIV

EL DUQUE, FINGERLING y BERTA

Hablado

DUQ. ¡Dar una bofetada á un Duque tan original como yo!

FING. Pues la que yo he recibido ha sido mayúscula.

BERTA (Saliendo con una vela encendida.) Pero, ¿qué sucede? ¿Qué gritos son esos?

FING. ¡La molinera!

DUQ. Dispensad, hermosa niña, pero en vano tratéis de disimular.

BERTA ¿Yo?

DUQ. ¿No habéis estado aquí hace poco conmigo?

BERTA Señor Duque, soy honrada.

DUQ. Ya he sentido vuestra honradez en la mejilla.

FING. Y yo también.

BERTA ¿Qué decís?

DUQ. Que creyendo que eras tú quien andaba por el molino, salí á tu encuentro.

BERTA ¿Y habéis recibido?..

DUQ. Una razón contundente.

FING. No, dos razones contundentes.

BERTA ¡Já, já, já!

LOS DOS ¡Se ríe!

DUQ. Pero ahora, preciosa molinera, prometo desquitarme de tanto susto.

BERTA ¿Cómo?

DUQ. Empezando por darte un abrazo. (Intenta dárselo.)

BERTA (Huyendo.) Eso sí que no lo consiento.

DUQ. ¿Quién lo impedirá?

ESCENA XV

DICHOS y LAMBERTO

LAM. (Saliendo de pronto.) ¡Yo!

DUQ. ¡Mi sobrino! ¿Tú, en ese traje?

FING. Señor Duque, no es Lamberto, es el diablo, que toma la forma de vuestro sobrino.

DUQ. Calla, imbécil.

LAM. Soy yo, que sabiendo vuestras intenciones, he venido á este molino para salvar á esta pobre niña de vuestras acechanzas.

DUQ. ¿Nada más que á eso?

LAM. Y de paso á deciros que la amo.

DUQ. ¡A una mujer casada!

LAM. Decid, ¿y vos no sabíais que lo era?

DUQ. (Aparte.) ¡Me partió!

LAM. Además, todo puede arreglarse con tal de que déis vuestro consentimiento.

DUQ. Pero el marido...

BERTA Yo me encargo de él.

FING. ¡Lo que son las mujeres!

DUQ. Eso sí que no lo entiendo.

LAM. Habéis de saber que la farsa de esta noche ha sido un ardid para engañar á esas pobres gentes

BERTA Que me creen casada con Colás.

DUQ. ¿Y no lo estás?

LAM. ¿Podía por ventura consentir que un villano se llevase semejante perla?

DUQ. ¡Bravo, sobrino! Te reconozco en ese arranque.

LAM. ¿Entónces consentiréis en que me case con Berta?

DUQ. No debía...

BERTA Señor...

DUQ. Yo te destinaba la mano de una Duquesa de Augustoburgo, pero soy tan original, que apruebo vuestra unión.

BERTA Gracias, señor.

LAM. ¡Qué felicidad!

ESCENA ÚLTIMA

DICHOS, COLÁS y CORO

COLÁS ¡Aquí está! ¡Aquí está! Adelante, muchachos. (Todos vienen armados de garrotes y se detienen al ver al Duque.)

DUQ. ¿Qué es eso?

COLÁS ¡El Duque!

LAM. Colás, ya sabes nuestro pacto.

COLÁS Sí, ¿pero y los florines?

DUQ. Yo te los daré, porque he decidido que Berta se case con mi sobrino.

COLÁS ¡Viva el Duque!

CORO ¡Viva!

Musica

TODOS

Amor siempre triunfante
su dicha logra al fin,
si el público apadrina
enlace tan feliz.

TELON

DE VUELTA DEL VIVERO

Esta obra es propiedad de su autor, y nadie podrá, sin su permiso, reimprimirla ni representarla en España y sus posesiones de Ultramar, ni en los países con quienes haya celebrados, ó se celebren en adelante, tratados internacionales de propiedad literaria.

El autor se reserva el derecho de traducción.

Los comisionados de la Administración Lírico-dramática de D. EDUARDO HIDALGO, son los encargados exclusivamente de conceder ó negar el permiso de representación y del cobro de los derechos de propiedad.

Queda hecho el depósito que marca la ley.

DE VUELTA DEL VIVERO

ZARZUELA MADRILEÑA

EN UN ACTO Y TRES CUADROS, EN PROSA

ORIGINAL DE

FIACRO YRÁYZOZ

música del maestro

D. JERÓNIMO JIMÉNEZ

Estrenada en el TEATRO DE LA ZARZUELA la noche del 21 de Noviembre de 1895

MADRID
R. Velasco, impresor, Marqués de Santa Ana, 20
Teléfono número 551

1895

Á MI QUERIDÍSIMO HERMANO

Emilio Yráyzoz

en prueba de cariño

Fiacro

REPARTO

PERSONAJES	ACTORES
LUCÍA	SRTA. MONTES.
DOÑA EULOGIA	GONZÁLEZ (N.).
CONVIDADA 1.ª	CATALÁN.
DON AMBROSIO	SR. ROSELL.
MARTÍNEZ (viejo murguista)	ROMEA.
MAXIMINO (camarero) (1)	CASTILLA.
NICANOR	MONCAYO.
CELEDONIO (camarero)	ARANA.
MURGUISTA 1.º	NAVARRO.
IDEM 2.º	MORA.
IDEM 3.º	FRÍAS.
IDEM 4.º	GONZÁLEZ.
CONVIDADO 1.º	TOHA.

Convidados y acompañamiento.—Coro general

Época actual

Las indicaciones del lado del actor

(1) Este papel, á pesar de sus cortas dimensiones, debe repartirse, siempre que haya facilidad para ello, á un actor cómico de verdadera gracia. Comprendiéndolo así el primer actor cómico D. Gabriel Sánchez de Castilla, y accediendo á mis ruegos, se encargó de personificar el *Maximino*, con tal propiedad y lujo de detalles que, debido á eso, acogió el público esta obra con marcadas pruebas de regocijo, desde sus primeras escenas.

Quedan autorizados todos los *Sres. Archiveros* para reproducir los *materiales de orquesta* de esta obra y servir los pedidos á las empresas teatrales que deseen ponerla en escena.

ACTO UNICO

CUADRO PRIMERO

Decoración á todo foro representando el jardín de uno de los Viveros de Madrid. En el telón de foro la vista panorámica de Madrid tomada desde el Manzanares. En primer término, izquierda, una caseta rústica que sirve de leñera, la cual tendrá una ventana pequeña en alto, de frente al público. A la derecha, primer término, calle de árboles que conduce al cenador, y en segundo, fachada del restaurant que da frente á la escena y entrada al comedor. Al foro verja ó empalizada con puerta grande de entrada al jardín, de modo que quede paso entre la verja y la fachada. En escena varios veladores con sillas y banquetas, etc., etc. La acción empieza á media tarde.

ESCENA PRIMERA

CELEDONIO arreglando los veladores que habrá en escena. Otros Camareros entran y salen en el comedor durante el número de música. DON AMBROSIO y CORO GENERAL (dentro)

Música

CORO (Dentro.)

¡Brindemos por los novios!
¡Que viva la alegría
y siga la algazara
hasta que acabe el día!
¡Brindemos por la novia
que ya impaciente está!

VOCES ¡Venga ya!
¡Venga ya!
(Ruido de chocar las copas.)
CORO ¡Que brinde ahora el padrino!
TODOS (Grandes risas.)
¡Já, já, já, já!
AMB. (Hablado.)
¡Señores, no apurarse
que aquí estoy ya!
¡Brindo... por mi parienta!
TODOS ¡Já, já, já, já!
¡Brindemos por los novios! etc.
(Ruido de copas y grandes carcajadas.)

ESCENA II

CELEDONIO y MAXIMINO, que sale del comedor

Hablado

MAX. ¡Vaya una *juerga* que se traen lus de la boda!
CEL. ¡Ya, ya!
MAX. Milagru será que nun tengamus que sacar el AMONAQUIU.
CEL. ¿El qué?
MAX. El amona... buenu, esu que se les da á los borrachus pa que se les pase.
CEL. ¡Ah, ya!
MAX. ¡Diablu! ¡Si están bebiendu más vinu que las mulas agua!
CEL. ¡Naturalmente! Como tienen un padrino muy rumboso y es el que paga el gasto...
MAX. Y á propósitu, Celedonio, ¿tú sabes quién es el padrinu?
CEL. ¡Anda, pues no lo tengo de saber! El padrino es el señor Ambrosio.
MAX. Nun le conozcu.
CEL. Bueno, pues es el dueño de la salchichería esa de la calle del Gato. Un señor muy *juerguista* que viene mucho al Vivero, porque dice que está hasta aquí de su mujer, y tiene

buen humor. . y mucho *parné*... y óle que sí. (Desplante cómico.)

MAX. No; lu del *parné* nun me choca teniendu salchichería en la calle del Gatu, pero lu preguntaba porque hame parecidu que le gusta mucho la novia.

CEL. ¡Tóo pué ser! ¡Como que la Lucía es lo mejorcito del gremio de chalequeras! ¡Digo! .. ¡Una mujer de *trapío* y de circunstancias... y óle que sí! (Lo mismo que antes)

MAX. Yo lo digu, porque cuando he entradu con la merluza, heme metidu debajo de la mesa pa coger la servilleta que se le había caído á uno... y he visto que el padrinu estaba... *trás, trás, trás,* dándule cun el pié á la individua.

CEL. ¿En dónde?

MAX. En la bigotera... vamos, en la punta del zapatu... lu cual que me escamó.

CEL. Eso pasa tóos los días. Ya te irás acostumbrando.

MAX. ¡Sí, es verdad! Esu pasará todos los días. Lo que nun va á pasar es un billetitu de cinco durus que hanme culado esta mañana.

CEL. A verlo.

MAX. ¡Míralo! (Enseñándole un billete de Banco.)

CEL. ¿Y es falso?

MAX. ¡Cumpletamente falsu!

CEL. Pues está bien imitao. ¡A cualquiera se lo dan!

MAX. Esu es lo que yo quisiera, dárselo á algunu. (Se guarda el billete en el bolsillo izquierdo del chaleco.) ¡Pero qué le vamos á hacer!... ¡Tendremus paciencia!

CEL. También á eso te irás acostumbrando.

MAX. Conque dime, dime, ¿y con quién se ha casadu esa chica?

CEL. Pues se ha casao con Nicanor, el dependiente de la salchichería; por eso es padrino el señor Ambrosio.

MAX. ¿El salchicheru?

CEL. Cabal.

MAX. ¡Ah! Ahora me explicu lo del...

CEL. ¡Naturalmente! ¡Já, já, já!

MAX. ¡Já, já, já!... (Ríen los dos.)

CEL. Como que el novio dicen que es un *panoli* que no va á ninguna parte.

MAX. ¡Já, já, já! El novio no irá á ninguna parte, peru el padrinu sí que va *tras, tras, tras*... tras la novia.

VOCES (Dentro.) ¡Mozo, mozo!... (Llamando.)

MAX. (Con gravedad.) ¡Anda, Celedoniu, que te llaman!

CEL. ¡Que te llaman! ¿Y á tí no?

MAX. No. ¿Nun oyes que dicen mozu? Pues esu nun va conmigu. Yo soy casadu.

CEL. ¡No estás tú mal gallego! (Contestando.) ¡Va en seguida! (Vase al comedor.)

MAX. ¡Já, já, já! ¡Ahora me lo explicu todu! ¡Si tengo una penetración pur debajo de la mesa!...

ESCENA III

DICHOS y DOÑA EULOGIA por el foro derecha en traje de viaje y con un saquito de mano

EUL. (Muy agitada.) ¡Ay, muy buenas tardes! (Se sienta junto al velador izquierda y se abanica.)

MAX. Téngalas usted muy buenas.

EUL. ¡Ay, camarero, no sabe usted lo que me ocurre! ¡No sabe usted lo que me pasa!

MAX. Nun, señora; si nun se explica.

EUL. ¿Dónde están? ¿Dónde están?

MAX ¿Peru, quién?

EUL. Los de la boda.

MAX. ¡Ah! ¿Pregunta usted por?... Pues, ahí dentro están atracánduse y curriendu la gran *juerga*. ¿Quiere usted pasar?

EUL. (Rápido.) ¡No! Al contrario; lo que quiero es que no sepan que estoy aquí.

MAX. Pues usted se lu pierde, porque la boda es de lo más rumbosu que ha habido en el *Viveru*.

EUL. (¡Granuja! ¡Viejo verde!...) (Levantándose.) Escuche usted, caballero, digo, camarero, ustez perdone. Ustez no se ofenderá si le doy medio duro, *¿¿verdá ustez?*

MAX. ¡Nunca! Tratándose de una señora, ni aunque me dé uno. (Con gravedad.)

EUL. ¡Gracias! Pues ahí tiene usted medio duro, y contésteme en seguida. (Le da una moneda y el camarero le examina con mucha atención.) Yo necesito enterarme de too; necesito que alguien me ayude y no tengo otro medio...

MAX. (Rápido.) No importa; es buenu este. (Guardándose la moneda.)

EUL. Digo, que no tengo otra manera de averiguar lo que quiero.

MAX. ¡Ah, ya!

EUL. Vamos á ver. ¿Ustez conoce al padrino de... de ese bodorrio? (Con desprecio.)

MAX. Yo... la verdad .. (Vacilando.)

EUL. (Rápido.) ¡No me lo niegue usted; no me lo niegue usted!

MAX. ¡Bueno, señora, bueno! (Aquí de Celedonio.) (Imitando el estilo achulado de Celedonio.) ¡Anda! ¿Pues nun lo tengu de conocer? El padrinu es el señor Ambrosiu. Un señor muy juerguista que viene muchu *al Viveru*, porque dice que está hasta aquí de su mujer...

EUL. ¿Eh?

MAX. Y tiene buen humor y mucho *parné*, y una salchichería en la calle del Gatu... y ¡ule que sí. (Imitando el desplante que hizo Celedonio en la escena anterior.)

EUL. ¡Basta! Sepa usted que yo soy su señora.

MAX. (Rápido.) ¿La del Gatu?

EUL. ¡No!

MAX. ¿La del budorrio?

EUL. ¡No! La de don Ambrosio.

MAX. (¡Anda, demonio, la salchichera!)

EUL. Mi marido se piensa que yo estoy entoavía en los baños de La Puda .. ¿sabe usted? y aprovechando mi ausencia se ha permitido el muy... el muy...

MAX. ¡Ya, ya comprendu!...

EUL. Pero yo, que he adelantao mi regreso por una casualidaz, al llegar á casa he sabido que estaba aquí, y como la novia me tiene muy escamaa... pero muy escamaa...

MAX. (¡Esta suspecha lu de la bigotera!)

EUL. Quisiera que usted me ayudase, y me dijera desde donde puedo verlo todo sin que se enteren.

MAX. ¡Ya! Quiere usted esconderse y...

EUL. ¡Precisamente!

MAX. Pues mire usted, en cuanto acabe la comida saldrán aquí, porque va á haber baile y cante, y de todo; y usted, si quiere, puede esconderse ahí, en la leñera. (Por la caseta de la izquierda.)

EUL. ¿En la leñera?

MAX. Sí, ahí estará usted bien, y puede verlu todu. (Medio mutis hacia el comedor.)

EUL. Muy bien pensao... (¡Y como se propase... como se propase!...) (Con rabia.)

MAX. (Volviendo.) Le advierto á usted que habrá leña...

EUL. Sí, señor, *muchisma* leña. (Por pegar.)

VOCES (Dentro.) ¡Mozo! ¡Camarero!... (Golpeando con las cucharillas en los vasos.)

MAX. (Contestando.) ¡Va en seguida! (A Eulogia.) Me llaman, señora; hasta luego... y ya lo sabe usted. La puerta está por el otro ladu.

EUL. Sí, sí... ¡Vamos á la leñera! (Vase izquierda.)

MAX. Por allí, por allí (Indicándole la dirección.) ¡Va en seguida!... ¡Nun sé por qué me parece que la boda se va á complicar! (Se dirige al comedor en el momento que sale don Ambrosio con la servilleta prendida al cuello y con la boca llena de comida.)

ESCENA IV

DICHO y DON AMBROSIO por el comedor

AMB. (Desde la puerta.) ¿Pero vienen esos postres ó no?

MAX. Ahora mismo, señuritu. (Medio mutis.)

AMB. ¡Ah, oye! ¿No han llegado todavía los músicos para el baile?

MAX. Nun señor, señuritu.

AMB. ¡Recorcho! (¿No habrá recibido Martínez mi carta?) Pues mira, en cuanto lleguen

avísame porque tengo que hablar con el clarinete.

MX. Está bien. (Medio mutis.)

AMB. ¡Ah, toma! Por si á mí *me se* olvida, cuando vengan los músicos les das este billete. (Dándole un billete de Banco.)

MAX. ¿Cinco durus? (Con sorpresa.)

AMB. Me parece que están bien *pagaos*, ¿eh?

MAX. ¡Ya lu creu! ¡Cinco durus pa una murga! (Se guarda el billete en el bolsillo derecho del chaleco.)

AMB. No es una murga. Es una orquesta lo que va á venir. Además, en algo se ha de conocer el... vamos... las... pero, anda, hombre, anda por los postres... (Empujándole.)

MAX. ¡En seguida, en seguida! (Vase segundo término derecha.)

VOCES (Dentro.) ¡Padrino, padrino!

AMB. ¡Voy, voy! ¡(Pero qué rica está la merluza... y qué rica está la chalequera!...) ¡Voy, voy! (Vase al comedor.)

ESCENA V

MARTÍNEZ y MURGUISTAS 1.º 2.º 3.º y 4.º Entran por el foro con tristeza y bastante derrotados.—Martínez llevará en la mano un clarinete y los otros, cornetín, flauta, trombón y contrabajo respectivamente.

Música

LOS CINCO ¡Hoy en nuestra profesión,
somos genios de verdad,
y en tocante á ejecución
una notabilidad! (Tocan.)
Y á pesar de ser así,
como ustedes pueden ver,
no comemos, ¡ay de mí!
desde ante, ante, ante anteayer.
¡Cómo ha de ser!
¡Cómo ha de ser!

—

Yo por un trozo de *rosbiff*
toco el *Guillermo* y el *Falstaff*,
y hasta les toco aires del *Riff*,
y el *Paraninff*,
y el *Paragraff*.
(Marcando mucho los finales.)

—

Al saber que hay boda ahí,
(Señalando al comedor,)
y hoy lo quieren celebrar,
nos colamos hasta aquí,
por si hay algo que tocar. (Tocan.)
Como es fácil suponer
habrá baile y buen humor,
y en seguida de comer,
el tocar es de rigor.
¡Si hay buen humor
es de rigor!

—

Toco las polkas de *Farbach*,
como me obsequien con *sandwich*
y el repertorio de *Offenbach*
y hasta el de *Bach*,
y el de *Kaulich* (Tocan.)

—

(Véase la nota que va en la música, en la parte de apuntar.)
Con esta armonía,
y esta fantasía,
y esta melodía
que me traigo aquí,
no hay cacharrería,
ni zapatería,
ni panadería
que se abra sin mí, etc. etc.
(Tocan todos.)

Hablado

MART. Esto, amigos míos, es para que vean ustedes que me acuerdo de mis comprofesores y les

busco cuando se presenta algo de provecho.

MURG. 1.º ¡Gracias, don Niceto! (Dándole la mano.)

LOS OTROS TRES.—¡Muchísimas gracias, don Niceto!

MART. ¡No hay de qué!

MURG. 1.º Yo, por mi parte, le agradezco doblemente el que se haya acordado de mí, porque tengo seis hijos y suegra, que es como si dijéramos seis... y repique, ¡y no tengo trabajo! (Con gran desconsuelo.)

MART. ¿Que no tiene usted trabajo?

MURG. 1.º ¡No señor!

MART. ¿Pero le parece á usted poco trabajo tener seis hijos... y repique? Sin embargo, no hay que apurarse. Hoy comeremos bien, porque el padrino es espléndido y además cobraremos nuestro par de pesetillas por barba.

MURG. 1.º ¡Dios lo haga!

MART. ¡Sí, amigos míos! Esta situación pasará pronto; pasarán estos tiempos y entonces no se verá postergado el verdadero mérito. (Todos asienten á lo que dice Martínez.) ¡Sí, amigos míos! ¡Mi desgracia es haber nacido español, créanme ustedes. ¡Ah! ¡Si yo fuese italiano!... ¡si yo fuese italiano!

MURG. 1.º ¿Qué sería usted?

MART. ¡Una eminencia musical!

MURG. 1.º ¿Por qué?

MURG. 2.º ¿Cómo es eso?

MURG. 3.º ¡No veo la razón!...

MURG. 4.º Explíquese usted.

MART. Pues, hombre, muy sencillo. ¿Cómo me llamo yo?

MURG. 1.º ¡Don Niceto!

MURG. 2.º ¡Eso ya se sabe!

MURG. 3.º ¡Don Niceto!

MURG. 4.º ¡Eso es evidente!

MART. ¡Pues ahí lo tienen ustedes! Si siendo español soy don Niceto, siendo italiano sería *Donniceti*!

MURG. 1.º Y la verdad es que tiene usted razón.

MURG. 2.º ¡Pero mucha razón!

MURG. 3.º Está usted cargado..

MART. (Rápido.) ¡Sí señor, y harto!

MURG. 3.º Digo, que está usted cargado de razón.

MART. ¡Ah, ya! Pero es claro, hay envidiosos que todo lo acaparan y mientras uno tiene el mérito y el talento, otros tienen la fama. (Llevándolos á un lado y con coraje.) Y si no, díganme ustedes, ¿qué es Bretón? ¿qué es Bretón?

MURG. 1.º (Como quien hace una revelación muy grave.) ¡Salamanquino!

MART. No es eso; pregunto qué es Bretón, como diciendo: ¿qué méritos tiene Bretón? ¡Ninguno! (Con mucho desprecio.)

MURG. 1.º Es cierto, ninguno.

MURG. 2.º ¿Qué ha de tenerlos?

MURG. 3.º ¡Ni por asomo!

MRRG. 4.º ¡Eso es evidente!

MART. ¿Y Chapí?

MURG. 1.º ¡Ah, ese sí! (Descubriéndose.)
MURG. 2.º ¡Muchísimos! (Idem.)
MURG. 3.º ¿Quién lo duda? (Idem.)
MURG. 4.º ¡Eso es evidente! (Idem.)
} (A la vez.)

MART. (Con desprecio.) ¡Tampoco!

MURG. 1.º (Cubriéndose.) Digo, no, tampoco.
MURG. 2.º (Idem.) ¿Qué ha de tenerlos?
MURG. 3.º (Idem.) ¡Ni por asomo!
MURG. 4.º (Idem.) ¡Eso es evidente!
} (A la vez.)

MART. ¿Y dónde me dejan ustedes á Caballero?

MURG. 1.º (Al segundo.) (¿Dónde le dejamos á Caballero?)

MURG. 2.º (Al primero.) (Donde él quiera.)

MURG. 1.º (A Martínez) Donde usted quiera.

MART. ¡Qué ha compuesto *La Marsellesa!* ¡Mentira! *La Marsellesa* la conozco yo desde pequeñito.

TODOS ¡Y yo! ¡Y yo!

MURG. 1.º Si mi padre la cantaba...

MART. Y mi abuela la tocaba...

MURG. 1.º ¡Y todos!

TODOS ¡Y todos!...

MURG. 4.º ¡Eso es evidente! (Marcando el estribillo.)

MART. En fin, repito que esto pasará. ¡Vaya si pasará!

ESCENA VI

DICHOS y MAXIMINO, por el segundo término derecha, con un plato de dulce montado, muy grande y colocado en una bandeja, de modo que le ocupe ambas manos. Otros dos camareros salen también con postres y entran en el comedor

MAX. (Viendo á los murguistas.) ¡Hola! ¿Ya están ustedes aquí?

MART. Sí señor, pero hoy no venimos á lo que caiga; hoy venimos llamados.

MAX. Ya lu sé. El padrinu de la boda hame encargadu que le avise en cuantu lleguen ustedes, porque dice que tiene que hablar con el señor de clarinete.

MART. ¿Ah, le ha encargado á usted?...

MAX. Sí señor, y además hame dadu para la orquesta...

TODOS ¿Qué? ¿Qué?... (Hablan unos con otros con mucha alegría.)

MAX. (¡Ah, qué idea! ¡Aquí del billete falsu! Estus peleles no habrán vistu nunca billetes é nun lo conocerán...)

MART. Pero sepamos...

MURG. 1.º ¿Qué le ha dado á usted?... (1)

MAX. (A Martínez.) Métame la manu en este bulsillitu chiquitu y ahí lu tiene. (Martínez le mete la mano en el bolsillo derecho del chaleco.) ¡¡No!! ¡En el otru! ¡En el otru! (¡En ese está el buenu!) (Martínez pasando por detrás, hace lo mismo en el del lado izquierdo.) ¡Ahí, ahí!... ¡Ay, que me hace cusquillas! ¡Qué me hace cusquillas! ¡Ay... ay!... (Riéndose.)

MART. (Sacando el billete.) ¡Aquí está! (2).

MAX. (Viendo el billete.) (¡Es el falsu! ¡es el falsu!)

TODOS ¡Un billete!

---

(1) De derecha á izquierda:
Murguistas 4.º y 1.º—Martínez—Maximino—Murguistas 2.º y 3.º

(2) Murguistas 4.º y 1.º—Maximino—Martínez—Murguistas 2.º y 3.º

MART. ¡De cinco duros! ¿Ven ustedes cómo les decía yo que esto pasaría pronto?

MAX. (Yo nun lo creía tan fácil.)

MART. ¡Vamos á comer opíparamente!

MURG. 4.º Eso es evidente. (Los cinco miran al plato de dulce que tiene el Camarero, con muchas ganas de meterle mano)

MART. (Abrazándole.) ¡Gracias, camarero, muchas gracias! Y diga usted, diga usted... ¿A dónde se va por ahí? (Señalando á la primera derecha.)

MAX. ¿Por ahí? (Mirando hacia la derecha.) Por ahí se va al cenador. (Mientras Maximino vuelve la cabeza hacia la derecha Martínez y los Murguistas 2.º y 3.º cogen dulces y meten los dedos en el plato.)

MART. ¡Ah, ya! ¿De modo que el cenador está por ese lado?

MAX. Sí, señor, por ese lado.

MURG. 1.º (Que ha visto la operación de sus compañeros.) Y diga usted, diga usted, ¿qué es esa caseta? (Por la de la izquierda.)

MAX. Pues esa caseta (Mirando á la izquierda.) es la leñera. (Mientras vuelve la cabeza los Murguistas 1.º y 4.º repiten la operación.)

MURG. 1.º ¿Conque la leñera, ¿eh? ¿Y hay dentro leña?

MAX. ¡Je! ¡je! ¡je! (¡Si supieran lu que hay!) Ninguno de ustedes se figura lu que tiene dentru.

MART. (Que aprovechando un descuido ha metido el dedo en el pastel y chupado luego.) ¡Chantilly!

MAX. ¡Qué *chantillín*, ni *chantillín*!... pues dentru hay... peru nun quieru decirlo porque si lo digu va á descubrirse el pastel.

MART. No, ya no se descubre. (Con intención.)

MAX. Ea, cun permisu, voy á entrar estu, y le avisaré al padrinu que están ustedes aquí.

MART. ¡Sí, vaya usted, vaya usted!... ¡Adiós, camarero!

TODOS ¡Vaya usted con Dios, camarero! (Todos le acompañan entre abrazos hasta la puerta del comedor.)

MART. (Bajando al proscenio.) ¡Ya lo han visto ustedes! ¡Cinco duros! ¡Aquí están! (Enseñando el billete.)

MURG. 1.º ¡Cómo me voy á poner el cuerpo de judías!

MURG. 2.º ¡Y yo!

MART. Ahora, si les parece, mientras hablo con el

señor Ambrosio y se organiza el baile, pueden ustedes ir al cenador y pidan ustedes de largo... de largo, que aquí hay dinero para todo.

MURG. 1.º ¡Muy bien pensado! ¡A comer!

TODOS ¡A comer! ¡A comer! (Vanse los cuatro muy alegres por el primer término derecha.—Musica en la orquesta.)

ESCENA VII

MARTÍNEZ. DOÑA EULOGIA, asomándose á la ventana de la leñera, y luego DON AMBROSIO por el comedor. Martínez se sienta junto al velador de la izquierda, y limpia el clarinete con el pañuelo

MART. Y á todo esto, ¿¡qué me querrá el señor Ambrosio? ¿Querrá convidarme á comer? ¡Es muy posible! Como es amigo mío, nada tendría de extraño, y si tal sucediese les doy un par de pesetillas á esos (Con desprecio.) pobres hombres y me quedo yo con... justo, con diecisiete. ¡Negocio redondo!

EUL. (Asomándose á la ventana.) ¡Cuánto tarda esa gente!

AMB. (Que sale del comedor con un racimo de uvas en la mano y hablando á los de dentro.) ¡Luego vuelvo! ¡luego vuelvo!

EUL. (¡Aquí sale el infame!)

MART. Ya esta aquí el señor Ambrosio.

AMB. (Volviendo hacia el comedor.) ¡Ah! Que no se coman ustedes todo el queso, que aun no lo he probado.

MART. (Levantándose.) ¡Señor Ambrosio! (Saludando.)

AMB. ¡Hola, Martínez! (Picando del racimo.)

MART. He recibido su carta, y aquí me tiene usted á su disposición.

AMB ¡Muy bien hecho! Ya sabía yo que usted no faltaría. ¿Y los otros murguistas, han venido también?

MART. Sí, señor; los *profesores* (Con gravedad cómica.) están cenando en el comedor; digo, están comiendo en el cenador.

AMB. Y usted, ¿ha comido ya?

MART. No, señor; desde ayer por la tarde estoy sin probar bocado. (Ahora me va á convidar.)

AMB. Pero, hombre, ¿y por qué no me lo ha dicho usted antes?

MART. (Muy alegre.) (¡Me convida, me convida.)

AMB. ¡Ah! Yo no puedo consentir que un amigo mío siga sin probar bocado. ¡No faltaba más! ¡Pique usted, hombre, pique usted! (Presentándole el racimo.)

MART. ¿Eh? (Valiente comida... pero en fin.)

EUL. (Lo que es generoso, es como él solo.) (Durante esta escena don Ambrosio acionará al hablar, de modo que le retire el racimo cada vez que Martínez va á picar. Ensáyense los movimientos.)

AMB. Vamos á ver, Martínez; ahora que estamos solos, voy á decirle á usted para qué le he llamado. (Se lo lleva hacia la derecha.)

EUL. (Si yo pudiera oirles.)

AMB. Yo soy padrino... No, aquí nos pueden oir. (Por los del comedor.) ¡Hay que tener precaución! (Se lo lleva hacia la derecha, colocándose debajo de la ventana donde está Eulogia.) Yo soy padrino de una boda, y en este momento estamos ahí... (Señalando al comedor.)

MART. Sí, ya lo sé. Sé que el novio es Nicanor, su dependiente, y que la novia es Lucía, la chalequera. Una chiquilla muy guapa... (Al oído.) y que le gusta á usted mucho.

AMB. ¡Recorcho! ¿Quién se lo ha dicho á usted?

MART. ¡Todo se sabe!

AMB. Bueno, pues... (Al oído.) sí que me gusta.

MART. (Al oído.) No me extraña, porque también me gusta á mí.

AMB. (Al oído.) Pues límpiese usted que está de huevo.

MART. (Al oído.) ¡Ojalá! (Alto.) La verdad es que es una muchacha muy guapa y muy trabajadora.

AMB. ¡Vaya! Le llaman la chalequera porque su especialidad son los chalecos, pero sabe hacer también ternos completos, ¡ya lo creo!

MART. Entonces, ¿por qué no se dedica á los ternos?

AMB. Toma, porque si en vez de chalecos hiciera ternos, ya no sería chalequera.

MART. Es verdad.

AMB. Sería *ternera*... y eso es lo que no quiere.

MART. Y tiene razón.

AMB. Bueno, pues oiga usted para qué le he llamado. Yo quisiera, ya que usted es discreto y buena persona, que me escriba usted una carta, conforme á este borrador, y cuando todo el mundo esté entretenido con el baile... (Entregándole un papel.)

EUL. (Asomándose á la ventana.) (¡Ah, pillo!)

MART. Basta, ya comprendo... se la entrego á la muchacha.

AMB. (Rápido.) ¡No! Al contrario, se la entrega usted á Nicanor.

MART. ¿Pero va usted á declararse á su dependiente?

AMB. ¡No, hombre! El objeto es alejarle un rato y poder divertirme á mis anchas; ¿comprende usted? (Acción de abrazar.)

MART. Sí, señor, pero ¿cómo se consigue?...

AMB. Muy fácilmente. Yo sé que Nicaner tuvo una novia, que se llamaba Petra, y á la cual le tenía mucho miedo... porque era atroz. Pues bien; la Petra se marchó á Filipinas hace dos meses, pero como Nicanor no lo sabe, fingiendo una cita bajo amenaza...

MART. Ya comprendo, por miedo... (Acción de marcharse.)

AMB. ¡Naturalmente!

MART. ¡Vaya, vaya con don Ambrosio! Siempre tan alegre...

AMB. ¡Qué recorcho! Hay que aprovechar las ocasiones. Además como mi mujer está fuera... (Muy alegre.)

EUL. (Eso es lo que tú quisieras.)

MART. ¡Hombre, no lo sabía!...

AMB. Sí; está en los baños porque padece una hinchazón...

MART. ¿Y en dónde? ¿en dónde?

AMB. En La Puda.

MART. ¡Qué hinchazón más rara!

AMB. Hombre, no; digo que está en los baños de La Puda, porque tiene una hinchazón en la pierna...

MART. ¡Ah, ya!

EUL. (¡Pero qué falta le hará decir esas cosas!...) (Oyense dentro voces de los convidados.)

AMB. Ea, ya salen los de la boda. Váyase usted al cenador, y mientras come me escribe la carta, ¿eh?

MART. Como usted guste. (Nada, que voy á tener que pagarme la comida. ¡Afortunadamente tengo dinero de largo!) (Vase derecha.)

EUL. (Ya salen; no quiero que me vean.) (Cerrando la ventana.)

ESCENA VIII

DICHOS, LUCÍA, NICANOR, UN CAMARERO y CORO GENERAL; salen del comedor con mucha algazara

CONV. 1.º ¡Vivan los novios!

TODOS ¡Vivaaaan!...

NIC. ¡Gracias, señores; muchas gracias.

CONV. 1.º ¡Viva el padrino!

TODOS ¡Vivaaa!...

AMB. (Como dando un viva.) ¡Graciaaas!... digo, no; (Con mucha finura.) gracias, señores, muchas gracias. ¿Y qué tal? ¿Se ha comido bien?

NIC. Muy bien, superiormente bien; y ahora, Lucía... á casita, á casita, que creo que va á llover. (Cogiéndola del brazo.)

AMB. ¡Qué ha de llover, hombre, qué ha de llover! No seas impaciente. Luego irás...

NIC. Pero, si es que... vamos... que...

AMB. ¡Hay tiempo para todo!

LUCÍA Tiene razón el padrino. Hay que complacer á los amigos.

NIC. ¡Bueno, tendré paciencia! (¡Cuándo nos dejarán solos!...)

AMB. Y, sobre todo, después que he mandado venir una orquesta para el baile, ¿me vas á desairar?

CONV. 1.ª Tiene razón el padrino.

CONV. 1.º ¡Muy bien hablao!

TODOS ¡A bailar, á bailar!

NIC. ¿Y en dónde están los músicos?

CAMAR. Están en el cenador, atracándose de judías.

AMB. ¡Anda y diles que vengan en seguida! (Vase el Camarero por la derecha.)

TODOS ¡Eso, eso! ¡Venga música!

NIC. ¡Pero, si á mí no me gusta bailar!

AMB. No importa; yo bailaré por tí. (A Lucía.) ¿Qué tal?

LUCÍA Con mucho gusto.

CONV. 1.º (A Nicanor.) Nosotros, entre tanto, echaremos un tute.

NIC. ¡Vamos allá! (Nicanor, el Convidado 1.º y otros dos amigos se sientan junto al velador de la derecha y juegan á los naipes.)

ESCENA IX

DICHOS, el CAMARERO, MARTÍNEZ y los MURGUISTAS, por la derecha

CAMAR. ¡Aquí están los músicos! (Entran los Murguistas comiendo todos y con grandes pedazos de pan en la mano, y vanse á colocar á un lado de la escena y tocan á su tiempo, dirigidos por Martínez.)

AMB. (A Martínez.) Pero, ¿aún no han acabado ustedes de comer?

MART. ¿Cómo aún? Si yo no he empezado, y á estos todavía les faltan dos ó tres platos...

AMB. ¡Hola! Se conoce que se están dando un banquete...

MART. No es eso; digo que les faltan dos ó tres platos que rebañar.

AMB. ¡Ah, pues ya los rebañarán luego; ahora venga música y... (Bajo.) ¿Está ya la carta?

MART. (Idem.) Sí, señor; la tengo en el bolsillo.

AMB. ¡Pues venga una habanera... y siga la *juerga!*

TODOS ¡A bailar, á bailar!

Música

CORO

Cógete del brazo
y á bailar,
porque ya la murga
va á empezar.

—

(Toca la orquesta una habanera. Todos bailan en parejas, y don Ambrosio con Lúcía.)

CORO (Bailando.)

¡Ay, ay, ay,
no te acerques así
que me voy á caer,
ay, ay, ay!
¡Yo me siento morir
de placer!

—

Cuando bailo la habanera
con su suave movimiento,
lo hago yo de tal manera,
que no sé lo que me da.

—

¡Ay, ay, ay,
no te acerques así! etc.

—

TODOS Siga el balanceo,
mueve el cuerpo bien,
porque la habanera
tiene su vaivén.

AMB. (Al pasar por delante, bailando con Lucía.)
(¡Todo un salchichero
verse en este *estao*!
¡Yo estoy que echo bombas!
¡Yo estoy *sofocao*!

(Al terminar el número las parejas seguirán paseándose por escena, dispersándose poco á poco en distintas direcciones.)

Hablado

TODOS ¡Otra, otra!

NIC. (Dejando el juego, y lo mismo que antes.) ¡Muy bien, Lucía, muy bien; y ahora á casita, á casita, que creo que va á llover!

AMB. ¡Qué ha de llover, hombre, qué ha de llover! ¡No seas impaciente! Luego irás...

LUCÍA (¡Ya me va escamando el padrino!)

NIC. ¡Bueno, tendré paciencia! (¡Cuándo se aca-

bará esta *juerga*!...) (Don Ambrosio y Lucía, hablan aparte en voz baja.)

MART. (Acercándose con disimulo y bajo á Nicanor.) ¡Nicanor!

NIC. ¿Qué hay?

MART. ¡Chist! Esta carta que me han dado para usted. (Entregándole una.)

NIC. ¿Para mí?

MART. ¡Chist! Mucho ojo, porque es reservada.

NIC. (Bajando la voz.) ¿Y quién se la ha dado á ted?

MART. (Como quien dice un gran secreto.) ¡La Petra!

NIC. (Rápido.) ¿Eh? (Ocultando la carta.)

MART. ¡Hasta luego! (Dirigiéndose á los murguistas.) ¡Señores profesores... á rebañar! (Vanse los músicos por la derecha.)

NIC. (¡Dios mío, qué contratiempo!)

AMB. Nosotros vamos á dar una vuelta por el jardín. (Del brazo.)

NIC. ¡Sí, váyanse ustedes, váyanse ustedes!...

LUCÍA ¡Hasta luego!

AMB. ¡Luego vuelvo! (Vanse oro izquierda.)

ESCENA X

NICANOR, bajando al proscenio y sacando la carta con mucho recelo de que le vean

NIC. ¿Qué me querrá esa chica? ¡Veamos, veamos! (Leyendo.) «Por un gabán de verano... tasado en tres pesetas, cincuenta...»

MART. (Que sale corriendo por la derecha.) ¡Nicanor, Nicanor! (Con una carta en la mano.) No es esa. Me he equivocado. Esa es una papeleta de empeño... Esta es... esta es... (Dándole la carta.)

NIC. ¡Ah, ya decía yo!... (Vase Martínez por la derecha.) ¡Veamos! (Música en la orquesta.) (Leyendo.)

«Mi *cerido* Nicanor:
He sabido por Pilar
que te olvidas de mi amor
y te acabas de casar.
Si como es de suponer

tú no *cieres*, con razón,
que se entere tu mujer
y tengais una *custión*,
antes de iros á dormir
dega á todos los que están,
y no dejes de salir
al café de San Millán.
Vé al café, que allí estaré,
mas te *azbierto*, Nicanor,
que si no vas al café
te armo un lío superior.
Quiero despedirme así
de lo mucho que te amé
y recibe para tí
un *abraco* de tu—P.»

¡Tú P!

(Mirando la firma.) ¡Tu P! ¡La verdad es que se necesita *tupé* para escribirme una carta como esta el mismo día de mi boda. Porque esta carta es de la Petra... no me cabe duda. Lo conozco en... en el *tupé*. ¿Y qué hago yo? No tengo más remedio que ir á la cita, porque sino es capaz de presentarse en mi casa y armarme un escándalo. Conozco bien á esa chica y sé que se atreve á todo. ¡Tal vez por dinero!... ¿Y cómo dejo á mi mujer con esta gente? ¡Ah! ¡Sí; es lo mejor! El señor Ambrosio, que me ha hecho tantos favores, no se negará si le pido otro más. El puede ayudarme. (Llamando.) ¡Señor Ambrosio! ¡Señor Ambrosio!...

ESCENA XI

NICANOR y DON AMBROSIO, luego EULOGIA

AMB. ¿Qué es eso? ¿Qué te ocurre? (¿Se habrá tragado el anzuelo?)

NIC. ¡Ay, señor Ambrosio! Un compromiso, un... vamos... un gran compromiso... (No sé cómo decírselo.)

AMB. ¿Qué es ello? ¿Quieres dinero? ¿Necesitas dinero? (Sacando una cartera.)

NIC. No, muchas gracias: es decir, lo cogeré por si acaso, pero... pero... es otro favor el que quiero de usted. (Se guarda la cartera.)

AMB. ¡Si es cuestión de dinero, gasta lo que quieras! (¡Se larga, se larga!)

NIC. Pues es que... un asunto muy urgente me obliga á dejar á ustedes un momento... es decir... no sé lo que tardaré y...

AMB. Vamos, que quieres marcharte, ¿no es eso? Pues, anda, hombre, anda; por mí, ya te estás largando. (Empujándole.)

NIC. Sí, si ya me voy... ya me voy. Pero es que yo no quisiera dejar aquí á mi mujer, ¿usted me comprende? porque como hay tanto pillo...

AMB. ¡Muchos, muchos, no lo sabes tú bien!

NIC. Yo quisiera...

AMB. (¿Qué querrá?)

NIC. Que me hiciera usted el favor de... vamos, de acompañar á casa á mi mujer...

AMB. (Con gran sorpresa.) ¿Qué dices? ¡Puf! (Conteniendo una explosión de risa.) Conque... ¡*puf*! con que quieres que yo acom... ¡*puf*! acompañe á tu mujer?

NIC. Sí, señor... digo, si no lo toma usted á mal.

AMB. ¡Quita, hombre! ¿Qué lo he de tomar á mal?

NIC. ¿De modo que está usted conforme?

AMB. Completamente; siendo cosa tuya no puedo negarme.

NIC. Entonces, voy á decírselo á mi mujer.

AMB. No hace falta; ahora llamaremos á todo el mundo para despedirlos... y á casita, á casita que creo que va á llover...

NIC. No, si no corre prisa. Ya ha aclarado...

AMB. ¡Qué ha de aclarar, hombre, qué ha de aclarar! ¡Cuanto antes mejor!

EUL. (Desde la ventana.) (¡Tú no cuentas con la huéspeda!)

AMB. ¡A ver, señores, todo el mundo aquí! (Dando voces y fuertes palmadas.)

NIC. ¡Pronto, Pronto todo el mundo!...

ESCENA ÚLTIMA

DICHOS, LUCÍA y CORO GENERAL por todos lados

Música

CORO
¿Qué es eso?
—¿Qué ocurre?
¿Qué es eso?
—¿Qué pasa?
¿Será alguna broma?
¿Será alguna *guasa*?
¿Por qué tales voces
y tal confusión?
Sepamos la causa,
¡silencio, chitón!

—

(Lucía habla aparte con Nicanor.)

AMB.
Señores, la fiesta
se va á rematar,
porque estos muchachos,
como es natural,
después de seis horas
de mucha *ansiedaz*,
no es raro que quieran
á solas hablar.

—

ELLOS
No es de extrañar
que á su casa los novios
se quieran marchar.

—

ELLAS
Tienen razón,
yo en su caso tendría
la misma opinión.

—

NIC.
(A Lucía.)
Aunque mucho lo siento,
esposa mía,

no puedo acompañarte
como quería;
mas luego iré
y al fin entre mis brazos
te estrecharé.

—

AMB. (A Lucía.)
Por si acaso yo sirvo
ya le he propuesto (Por Nicanor.)
mientras dura su ausencia
cubrir su puesto,
y así lo haré...
y al llevarte, Lucía,
me luciré.

—

LUCÍA (No sé por qué sospecho,
pero adivino,
que esto es una emboscada
de su padrino,
y si acerté
yo le juro que pronto
me vengaré.)

—

CORO (Lo que sucede es raro,
y es cosa extraña
que no sea el marido
quien la acompaña.
No sé por qué,
pero si hay un motivo
yo lo sabré.)

—

NIC. Aunque mucho lo siento... etc.
LUCÍA (No se por qué sospecho...) etc.
AMB. Por si acaso yo sirvo... etc.
CORO (Lo que sucede es raro...) etc.
NIC. (A Lucía.)
Da el brazo á mi padrino.
AMB. ¡Eso es muy justo!
LUCÍA Lo haré, ya que te empeñas,
por darte gusto.
(Cogiéndose del brazo de don Ambrosio.)

AMB. (A Nicanor.)
Y tú queda tranquilo.
NIC. ¡Así lo espero!
AMB. Ya ves que en buenas manos
está el pandero.
LUCÍA (A Nicanor)
¡Ven pronto!
AMB. (A Lucía.) ¿Nos marchamos?
LUCÍA Cuando usted quiera.
(No sabes, pobrecillo,
lo que te espera.)

—

CORO Lo que sucede es raro
y es cosa extraña, etc.

—

AMB. (Al Coro.)
Disuélvase
la reunión,
y acabe aquí
la diversión.
Marchemos, sí,
sin más tardar
que es hora al fin
de descansar.
¡Vámonos, pues!
¡Vámonos ya!

—

(Cogiéndose del brazo, por parejas y animando mucho la escena.)
Vámonos ya todos, llenos de alegría,
unos en *simones* y otros en tranvía.
Vámonos de prisa, vámonos afuera
que ya están los coches en la carretera.

—

(Simulando que gritan á un tranvía.)
ELLAS —¡Cobrador! ¡Cobrador!
Hágame usté el favor,
que vamos á subir
gente de buen humor.
ELLOS —¡Pare usté! ¡Pare usté!

¡Que aun no me monté
y no me he de quedar
para volverme á pié.

ELLAS —¡No seguir! ¡No seguir!
¡Que aun tienen que venir
cuatro personas más
que están para salir.

ELLOS —¡Vámonos! ¡Vámonos!
¡Si al fin lo quiere Dios,
que van montados ya
doscientos veintidós!...

TODOS Y suena el timbre
y suena el pito,
los mayorales
lanzan un grito
¡Eh! ¡Eh!
y ¡*hala*! ¡*hala*! ¡*hala*!
sin podernos revolver
¡*hala*! ¡*hala*! ¡*hala*!
empezamos á correr
y ¡*hala*! ¡*hala*! ¡*hala*!
tumbo allá, tumbo aquí,
por la *cuesta San Vicente*
penetramos en *Madrí*.

—

CORO Como no haya una cuestión
que nos haga detener,
entraremos en Madrid
antes del amanecer.

—

LUCÍA Este viejo es un bribón
que me va á comprometer,
y he de darle una lección
si se llega á enternecer.

—

EUL. ¡Mi marido es un bribón!
No me puedo contener.
¡Me las tiene que pagar
ó muy poco he de poder!

—

AMB. ¡Cómo brinca el corazón
de alegría y de placer!
¡Qué diría, la infeliz,
si me viera mi mujer!

—

NIC. ¡Ya que es buena la ocasión,
no me quiero entretener,
y me voy á San Millán
á buscar á esa mujer!

—

TODOS Y ¡*hala*! ¡*hala*! ¡*hala*!
etc., etc...

—

(Al terminar la parte cantada del número, Nicanor vase corriendo por el foro izquierda. El Coro general, abriendo calle, deja pasar á Lucía, que va del brazo de don Ambrosio. Todos dan un «¡Viva la novia!» general y agitando los sombreros en alto. Cuando don Ambrosio y Lucía han salido de escena, aparece doña Eulogia por la izquierda, descompuesta, y gritando furiosa á su marido: ¡Falso! ¡Falso! En este momento sale Martínez por el primer término izquierda también muy agitado, con el billete en la mano y gritando con mucho desconsuelo: ¡Falso! ¡Falso! y sale también corriendo. Todo este final muy rápido y con mucha animación en escena.)

MUTACION

CUADRO SEGUNDO

Telón corto. Representa el interior del portal de una casa de vecindad, de modo que, á la luz de la luna, se vea el patio y las puertas de algunas habitaciones de los primeros pisos. A la izquierda se verá el arranque de la escalera, y en sitio conveniente un farol con luz encendida. A la derecha se supone la entrada de la calle.

ESCENA PRIMERA

LUCÍA y DON AMBROSIO, por la derecha

AMB. ¡Ea, ya hemos llegado!
LUCÍA Sí, ya hemos llegado, y lo que más siento
es que se haya usted molestado por mí.

AMB. (Con zalamería.) ¡Calla, tonta, si no ha sido molestia!... Si yo tengo mucho gusto... pero dime, dime, ¿por qué no has querido que viniéramos en coche?

LUCÍA Porque estaba muy sofocada y quería tomar el fresco.

AMB. ¡Hubiéramos venido tan bien en un cochecito!

LUCÍA Ya le he dicho á usted que quería andar.

AMB. Ya, ya lo he visto, porque me has traído á un paso... ¡Recorcho qué trote!

LUCÍA Y á propósito, señor Ambrosio, ¿se puede saber á dónde ha ido Nicanor con tanta prisa?

AMB. Pues, hija, ya te lo he dicho: Un asunto urgentísimo...

LUCÍA ¿Pero, qué asunto puede tener un marido el día de la boda que no sea con su mujer?

AMB. ¡El comercio, hija, el comercio! Los que vivimos del comercio tenemos que sacrificarnos muchas veces.

LUCÍA Bueno, ¿pero á dónde ha ido?

AMB. Pues ha ido á... (¿á dónde le diré yo?) á... recoger una partida que hemos recibido de salchichas de Mula.

LUCÍA ¿Salchichas de mula?

AMB. Sí, de un fabricante de Mula, que es una especialidad haciendo salchichas.

LUCÍA ¿Y no podía haberlo dejado para mañana?

AMB. ¡Cá! El comercio es lo primero; el comercio es la palanca social... que... asegura el porvenir del... de la... pero, vamos, arriba, vamos arriba que se hace tarde.

LUCÍA ¿Cómo arriba? De ninguna manera. Yo no quiero que usted se moleste.

AMB. Pero si no es molestia... si...

LUCÍA Nada, nada, usted se marcha ahora á su casita... y á descansar, que buena falta le hace.

AMB. Pero si es que...

LUCÍA No se empeñe usted, porque es inútil. Yo subiré sola.

AMB. (¡Se escama, se escama!)

LUCÍA Conque... señor Ambrosio... (Dándole la mano.)

tantas gracias por todos sus obsequios y hasta mañana.

AMB. (No conviene que sospeche. Fingiré.) Bueno, pues ya que lo quieres, anda con Dios. Que duermas bien... y hasta mañana.

LUCÍA Muchas gracias, padrino.

AMB. (Ahora la engaño.) (Medio mutis.) ¡Ah! (Como recordando.) Se me olvidaba... Me ha dicho Nicanor, que cuando venga dará tres golpecitos, ¿sabes? es decir, que si oyes que llaman en la puerta así, *tan, tan, tan*... es tu marido.

LUCÍA (¡Te veo!) Me alegro de saberlo, porque así en cuanto oiga *tan, tan, tan,* abro... (en seguidita.)

AMB. ¡Ea, pues, adiós!

LUCÍA Adiós, señor Ambrosio.

AMB. (Volviendo.) Ya lo sabes, *tan, tan, tan,* ¿eh?

LUCÍA Sí, ya lo sé.

AMB. (Idem.) No vayas á hacerle esperar al pobre chico.

LUCÍA Pierda usted cuidado... que no esperará.

AMB. ¡Adiós!... (Vase don Ambrosio derecha.)

ESCENA II

LUCÍA

¡Já, já, já! ¡Pobre señor Ambrosio! ¡Se conoce que me ha tomado por otra! ¡Mire usted que decirme que cuando oiga tres golpecitos es que llega mi marido! El sí que es el que quiere llamar á la puerta para que le abra. ¡Lo que es como vuelva... se ha caído! Ahora subo, cierro por dentro y hasta que vuelva Nicanor no entra nadie. (Enciende una cerilla y vase por la izquierda cantando muy alegre.)

ESCENA III

DONA EULOGIA y MARTÍNEZ, por la derecha

EUL. ¡Venga usted, señor Martínez, venga usted!

MART. ¡Ay! Estoy sudando pez con la carrera que me ha hecho usted dar.

EUL. No importa; luego se refrescará usted. ¡También yo vengo sofocada!

MART. ¿Está usted segura de que esta es la casa?

EUL. Sí, esta es.

MART. ¿Y cree usted que habrán llegado ya?

EUL. ¡Ya lo creo! Como que veníamos pisándoles los talones; toma, que si no hubiera sido por el carro de la carne que se metió por medio y los perdimos, yo le aseguro que el escándalo se lo doy en mitad del arroyo. Pero no importa se lo daré arriba. ¡Granuja! ¡Pillo! ¡Qué hombre! (A Martínez, que estará examinando el billete con mucha atención.) ¿Pero ha visto usted qué falso?

MART. ¡Ya ya! ¡Y yo que no he sabido hasta esta tarde en qué se los distinguía!

EUL. ¡Ah! ¿Pero se les conoce en algo?

MART. ¡Ya lo creo! ¡En que tienen la nariz más gorda!

EUL. ¿Sí? ¡Pues más gorda se la he de poner yo entoavía!...

MART. Y en que son más *largos*... y en que la *sombra* no la tienen muy buena...

EUL. ¿Pero, qué *sombra quié* ustez que tenga un tío así?

MART. ¡Señora, que está usted hablando de Goya!

EUL. ¡Qué Goya ni qué calabazas! Estoy hablando de mi marido.

MART. ¡Ah! Creí que del billete... La verdad es que el señor Ambrosio se ha portado muy mal conmigo. ¡Después que yo le he escrito la... digo, el... digo.

EUL. (Rápido.) ¿La qué?

MART. La... una *fuga* de clarinete que le he escrito en la... en *la* mayor...

EUL. Bueno, no se apure usted. Ya le he dicho que yo le daré un billete bueno si me ayuda. Ahora lo principal es sorprenderle y armarle un escándalo. Ea, no perdamos tiempo. Vamos arriba.

MART. Vamos, vamos donde usted quiera... y no se olvide usted del billetito, ¿eh? (Encienden dos cerillas y vanse por la izquierda.—Música en la orquesta y mutación.)

CUADRO TERCERO

La escena dividida.—La parte derecha (del actor) representa el descansillo del último piso de la casa, donde termina la escalera.—Al fondo, una barandilla de hierro ó madera que se supone da al patio.—Más al fondo, buhardillas, chimeneas de casas inmediatas, etc, etc., y en último término, en el telón de foro, otros tejados, torres, etc., de algunos edificios de Madrid. Esta parte de la escena estará débilmente iluminada por la luz de la luna, que se verá entre nubes.—En el muro divisorio, un ventanillo pequeño, y al lado puerta de entrada á una habitación. Esta puerta tendrá el número 5.—El lado izquierdo de la escena (que debe ocupar sólo una tercera parte de la misma), representa una salita modesta con puerta al foro, con cortinas.—En esta sala habrá, en el centro, un velador, y sobre él una jaula con un canario vivo, y un candelero con vela. Sillas de paja á los lados, consola, cuadros, etc, etc.

ESCENA PRIMERA

LUCÍA por la derecha del lado derecho, que es donde se supone que termina la escalera. Sale con una cerilla encendida, saca una llave del bolsillo y entra en su habitación.

LUCÍA ¡Ay! ¡Gracias á Dios que me encuentro en casa! (Cierra la puerta y enciende la bujía.) ¡Creí que no se acababa nunca el bailoteo! ¡Y ahora que recuerdo!... (Viendo la jaula del canario..) ¡Pobrecito mío, que no te he puesto comida! Pero, es claro, ¿en un día como el de mi boda, quién se iba á acordar?... Y no tiene ni una gota de agua... ni un caña-

món... ¡Ah, yo te aseguro que no me vuelve á pasar esto! Cuando me case otra vez, yo me acordaré de... ¿pero qué estoy diciendo? ¡Si me oyera Nicanor!... Voy á ponerte agua, pobrecito, voy á ponerte agua... (**Vase por la puerta del foro de la habitación, llevándose la luz.**)

ESCENA II

EULOGIA y MARTÍNEZ, luego LUCÍA. (Eulogia y Martínez por la derecha, y con cerillas encendidas.)

EUL. ¡Ya estamos en el palomar!

MART. ¿Y en dónde vive esa chica?

EUL. Ahí; esa es su habitación.

MART. Entonces, apaguemos las cerillas. No conviene que vean luz. (**Apagan las cerillas.**)

EUL. ¡Ahora, vamos adentro!

MART. ¿Pero está usted decidida á entrar?

EUL. Pues no faltaba más; y si no, ¿á qué he venido?

MART. (**Deteniéndola.**) Señora Eulogia, tenga usted prudencia; tenga usted serenidad. Considere que si su marido está ahí dentro, pudiera usted ver lo que no quisiera y...

EUL. ¡Pero si es que yo quiero verlo todo!

MART. ¡Chist! Hable usted más bajo. (**Lucía sale con la luz y con una jarra bastante grande de agua, y se sienta al velador, de espaldas a la puerta.**) Yo miraré por la cerradura, me enteraré de lo que ocurre dentro y después... después veremos.

EUL. ¡Bueno, haga usted lo que quiera, pero pronto, pronto! (**Martínez mirando por el ojo de la llave. Eulogia con la mano en la oreja, como escuchando, y Lucía hablando al canario.**)

Música

LUCÍA (**Al canario.**)
¡Ya estoy á tu lado!
¡Ya ves que me río!

¡Mira si te quiero,
pobrecito mío!

Eul. (En voz baja.)
¿Qué vé usted, Martínez?

Mart. (Mirando.)
¡Yo no veo nada!

Eul. (¡Este clarinete
me tiene escamada!)

—

Mart. Ella está de espaldas (Mirando.)
pero no la llame.

Eul. Bueno... ¿y mi marido?
¿Cómo está el infame?

Mart. No lo sé, señora,
positivamente,
pero me figuro
que estará de frente.

—

Lucía (Al canario.)
¿Quién te quiere á tí?
¡Monín!

Eul. (Alarmada.)
¿Eh?

Lucía (Con zalamería.)
¡Monín!
(Haciendo con la boca ese ruido característico con que se alegra á los pájaros.)

Mart. No es nada, señora,
(¡Va á armarnos ahora
la de San Quintín!)

—

Lucía ¡Ponte más cerquita!...
¡Junto á mi boquita!

Eul. ¿Pero está usted viendo
que desvergonzada
es esa niñita?

Lucía ¿Quién te quiere á tí?
¡Monín! ¡Galán!
(Repite el ruido con la boca.)

Eul. ¿Le ha llamado mono?

Mart. ¡Es que tiene en casa
un orangután!

—

LUCÍA Ponte más cerquita, etc.

—

EUL. ¡Ya eso es demasiao!
MART. ¡Verá usted si el mico
le tira un bocao!

—

¡Vámonos á casa,
que es lo más prudente!
EUL. (Como yo le coja
no le queda un diente.)
(Los dos forcejan, él queriendo llevársela y ella queriendo entrar.)
LUCÍA (Al canario.)
Mientras esperamos
á mi maridito,
cuéntame tus penas,
pobre pajarito.

—

¿Quién te quiere á tí?
¡Rico! ¡Rico!
¡Monín! ¡Monín!

MARTÍNEZ	EULOGIA
¡Qué atrocidad!	¡Qué atrocidad!
¡Qué situación!	¡Qué picarón!
¿Qué pasará?	¡Hoy va á saber
¡Válgame Dios!	lo que soy yo!

Hablado

EUL. ¡Ya no quiero oir más! ¡Canallas! (Queriendo entrar en el cuarto.)
MART. (Deteniéndola.) ¡Señora Eulogia, tenga usted calma!...
EUL. Yo entro!...
MART. ¡Calma! ¡calma!...
EUL. ¡Se necesita poca vergüenza!...
MART. Es verdad, muy poca; pero piense usted que no conviene dar un escándalo á estas horas y á estas alturas...
EUL. ¿A qué *alturas?*

MART. ¡A estas, señora, á las del quinto piso! Me ha ocurrido una cosa para enterarnos mejor.

EUL. ¿Qué cosa?

MART. Como por ahí (La cerradura.) no se ve lo bastante, yo voy á llamar á la puerta, y cuando diga: «¿Quién es?» nos callamos.

EUL. ¡Claro, si conocen la voz no abrirán!

MART. Salen á mirar por el ventanillo, y aprovecho ese momento para enterarme de quién hay dentro.

EUL. No está mal pensado.

MART. Manos á la obra. ¡Ah! ¿Y el billetito?

EUL. Hombre, no sea usted pesado. Tómelo usted. (Sacándolo del bolso de mano.)

MART. Gracias. (¡Este ya ha caído!) (Martínez da tres golpecitos en la puerta y se coloca con la cara junto al ventanillo.)

LUCÍA ¿Quién es? (Pequeña pausa, durante la cual Martínez hace señas a doña Eulogia de que guarde silencio.) ¡No contestan! (Martínez vuelve á dar otros tres golpes y repite el juego de antes.) ¿Que quién es? (¡Ah! ¡Este es don Ambrosio que quiere entrar! ¡Ahora verá, lo que es bueno!) (Contestando.) ¡Voy, voy! Asómese usted al ventanillo y abro en seguida. (Coge el jarro de agua que tendrá sobre la mesa, abre el ventanillo, y lo arroja con fuerza, diciendo.) ¡Allá va!

MART. (Que recibe el agua de lleno en la cara, da un grito.) ¡Ay!

EUL. ¿Pero qué es esto? (Alto.)

LUCÍA ¡Ja, ja, ja! ¡Pobre viejo!

MART. ¡Esto es una burla!

EUL. Ese canalla tiene la culpa. Abra usted en seguida. (Golpeando la puerta.)

MART. ¡Abra usted! (Quitándose el chaquet para sacudirlo.)

LUCÍA ¿Eh? ¡No era el señor Ambrosio!... ¿Pero quién habla?... (Abriendo la puerta.)

EUL. ¡Nosotros!

LUCÍA ¡Señora Eulogia! (Sorprendida y saliendo al descansillo.)

EUL. ¿Dónde está ese hombre?

LUCÍA ¿Quién?

EUL. ¡Mi marido!

LUCÍA ¿Su marido?

MART. ¡Sí, señora, está ahí! (Entra en la habitación.)
LUCÍA ¿Ahí?... ¡Está usted fresco! (Con ironía.)
MART. ¡Es verdad, demasiado fresco! (Martínez, para secarse el agua, deja el clarinete sobre el velador.)

ESCENA III

DICHOS y NICANOR por la derecha y con una cerilla encendida

NIC. Pues, señor, me he cansado de esperar en el café y la Petra no ha parecido. ¿Será alguna broma? ¿Eh?... (Viendo á los otros.)
LUCÍA ¡Nicanor!
NIC. ¡Calle! ¿Ustedes por aquí? ¡Señora Eulogia! (Saludándola.)
MART. (Sale del cuarto, dejándose olvidado el clarinete.) ¡Sí, señor; todos por aquí!
NIC. (¡Qué compromiso! ¡El murguista!) ¿Y á qué se debe esta visita repentina?
LUCÍA Yo te lo explicaré.
EUL. Sí, ya te lo explicaremos. (Entran en la habitación y hablan.)
NIC. (Acercándose á Martínez.) ¡Por Dios, no me comprometa usted! No diga usted nada de la carta.
MART. (Distraído.) ¿De qué carta?...
NIC. De la que le dió á usted la Petra para mí.
MART. ¡Ah! (No me acordaba.) ¿Y qué tal, ha acudido al café?
NIC. ¡No, señor!
MART. (¡Claro, qué ha de acudir!)
NIC. He estado esperándola... ¡y nada!
MART. (¡Naturalmente!...)
NIC. ¡Si mi mujer se enterara!... ¡Ya ve usted qué compromiso!...
MART. (¡Qué idea! A éste le saco el dinero.) Pues, mire usted, si quiere usted hacer un pequeño sacrificio, yo me comprometo á librarle de esa mujer.
NIC. ¿Para siempre?
MART. Para siempre; soy capaz de mandarla á Filipinas... (que es donde está.)

NIC. Y para eso, ¿qué hace falta?

MART. ¡Cinco duros, nada más que cinco duros!

NIC. Pues no hay más que hablar. (Sacando la cartera.)

MART. (¡Así como así no hay tal mujer!)

NIC. (¡Así como así, lo paga el padrino!) El caso es que no tengo más que este billete de diez duros. ¿Tiene usted vueltas?

MART. ¡Sí, señor!

NIC. Pues ahí va. (Le da el billete.)

MART. Ahí van las vueltas. (Sacando un billete de cinco duros.) (¡No, el de la nariz gorda!) ¡Ahí va! (Le da otro billete.)

NIC. ¿De modo que puedo estar tranquilo?

MART. ¡Completamente tranquilo! Y ahora que le he dado á usted el billetito... que usted lo *pase* bien... (como lo he *pasado* yo.)

NIC. Muchas gracias. ¡Vaya usted con Dios! (Vase Martínez por la derecha.) ¡Ay, qué peso se me ha quitado de encima! ¡Voy á ver á mi mujercita!... (Dirigiéndose á la habitación.)

EUL. (A Lucía.) Nada, como venga, te aseguro que nos vamos á divertir con él.

LUCÍA Lo tendrá bien merecido.

NIC. (Entrando.) ¡Aquí estoy yo!

EUL. (Rápido.) ¡Silencio!

LUCÍA / NIC. ¿Qué?

EUL. Alguien sube la escalera.

LOS TRES Oigamos. (Pausa.)

EUL. ¡Ambrosio!... ¡Ese es Ambrosio!... Conozco sus pasos...

NIC. Bueno, ¿y qué?...

EUL. (A Lucía.) Esta es la ocasión; aprovechémosla.

LUCÍA Es verdad. (Cogiendo la luz.) Vamos adentro, Nicanor.

EUL. (Empujándole.) Anda, Nicanor.

NIC. (Atontado.) ¿Pero qué van ustedes á hacer?

LUCÍA ¡Vamos, Nicanor!

EUL. ¡Adentro, Nicanor!

NIC. ¿Pero, yo... pero, qué?...

LUCÍA ¡Pronto! (Empujándole.)

EUL. ¡Que llega! (Lo mismo.)

NIC. (Dando vueltas, resistiéndose á entrar.) ¡Pero... no entiendo una palabra... yo estoy tonto... (Vanse los tres por la puerta del foro, llevándose la luz.)

ESCENA IV

MARTÍNEZ por la derecha con cerilla encendida. Luego EULOGIA en la habitación, sin luz.

MART. Me he dejado el clarinete ahí dentro, y mañana tempranito tenemos bautizo de unos... (Tirando el fósforo.) ¡Caracoles, que me quemo! ¡Llamaremos! No es cosa de perder esa chapucilla por falta de instrumento. (Da tres golpes en la puerta y escucha.)

EUL. (Saliendo foro y sin luz.) (¡Ah, gran bribón! ¡Caiste en el garlito!)

MART. ¿Se habrán dormido ya? ¡No, no lo creo... Esta noche es noche buena, y no es noche de dormir. (Vuelve á llamar.)

EUL. (Abriendo.) ¡Ahora verás lo que es bueno!

MART. Ya está aquí.

EUL. (En voz muy baja.) ¡Silencio!

MART. (Entra, dejando la puerta abierta.) (¿Eh?)

EUL. (Llamándole con cariño y muy bajo.) ¡Padrino!

MART. (¡Zapateta! ¡Me lo estaba maliciando!)

EUL. (Muy bajo.) ¿Es usted?

MART. (Alegrándose.) (¡Qué tentación!...) ¡Sí!

EUL. No haga usted ruido.

MART. (¡Miren la niña!...) ¡Nooo!...(Aquí me encuentro yo algo.)

EUL. Acérquese... Deme usted un abrazo...

MART. (Muy alegre.) (¡Algo se pesca!... ¡Algo se pesca!...) Voy...

EUL. (Sujetándole y dándole golpes y pellizcos.) ¡Canalla! ¡Infame! ¡Bandido!. .

MART. ¡Ay, Dios mío! ¿Qué es esto?...

EUL. ¡No te me escapas!

MART. (¡Misericordia, Señor!) (Consigue desasirse y escapa, á tientas, por la puerta del foro.)

EUL. (Buscándole por la habitación.) ¿Dónde estás, tunante?... ¿Dónde estás?...

ESCENA V

DICHA y DON AMBROSIO por la derecha sin luz y con aire de conquistador

AMB. Aquí estoy ya. (Muy alegre.) ¡Ay, lo que me espera ahí adentro!... ¡Vamos allá! (Dirigiéndose á la puerta.) ¿La puerta abierta? ¿Hola, hola? ¡Esto es pan comido! (Entra.)

EUL. ¡Cerraré la puerta y no te me escaparás! (Tropieza con don Ambrosio.) ¡Ah! ¡Te pillé!... (Golpeándole.)

AMB. ¡Cuerno! ¿Qué es esto?

EUL. (En voz alta.) ¡Bribón!...

AMB. ¿Pero quién es?...

EUL. ¡Soy yo! ¡Sinvergüenza!

AMB. ¡Ay!

ESCENA ULTIMA

DICHOS, LUCÍA, luego NICANOR y MARTÍNEZ

LUCÍA (Asomándose á la puerta del foro con luz.) ¡Buenas noches, padrino!

AMB. ¿Eh? (Viendo á Eulogia.) ¡Horror! ¡La de La Puda!

EUL. ¡La misma! ¡Granuja!

AMB. (¡Abrete, tierra!) (Sale corriendo al descansillo.)

EUL. No te escapas, no. (Sale detras.)

NIC. (Por el foro.) ¿Pero qué es esto? ¡Yo estoy tonto!

MART. (Que sale detras por el foro.) Nada, es una broma del padrino. (Salen todos al descansillo.) (1)

LUCÍA Justo. Una broma del padrino...

EUL. Sí, una broma de mi marido. (Con intención.) ¡Cómo es tan bromista!...

AMB. Y de mi mujer... ¡Cómo es tan oportuna!...

EUL. (¡Y que lo digas muy alto!) (Pellizcándole.)

AMB. (Gritando.) ¡Cómo es tan oportuna!...

---

(1) De derecha á izquierda. Martínez—Eulogia—Lucía—Nicanor.

EUL. (¡Calla, bribón.)

NIC. (Riéndose.) Ha tenido gracia la broma; pero mucha gracia...

MART. ¡Mucha, mucha!

NIC. Y ahora... (Cogiendo del brazo á Lucía como en el primer cuadro.) A casita, á casita, que va á llover.

TODOS (Rápido.) ¿Qué dice? ¿Qué?...

NIC. Quiero decir que... vamos, que... ya es hora de retirarse todo el mundo... ¿Eh?

MART. Tiene razón; retirémonos todos... (Bajo á don Ambrosio.) (Pero le advierto á usted que el billetito que nos dió era falso.)

AMB. ¡Bueno, hombre, bueno!

MART. No, señor, falso... falso...

AMB. (Aparte á Martínez.) Quiero decir que ya le daré á usted otro, con tal de que se calle...

MART. (Vaya, menos mal. ¡Al menos me cobraré la paliza!) Muchas gracias, señor Ambrosio!... (Al público.)

Ya que á este pobre señor
le ha costado su dinero...
¡que no lo pague el autor
á la VUELTA DEL VIVERO!

FIN

Las tres lindísimas decoraciones que se estrenaron en esta obra, fueron construídas por el reputado escenógrafo D. Luis Muriel, á quien el público premió su trabajo con estruendosos aplausos.

EL DIABLO HARTO DE CARNE...

OBRAS DE D. FRANCISCO FLORES GARCÍA.

EL 11 DE DICIEMBRE, comedia en un acto y en verso.
EL 1.° DE ENERO, drama en un acto, id.
ESCUELA DE AMOR, juguete cómico en id. id.
QUIEN PIENSA MAL..., juguete cómico id. id.
LA CUERDA SENSIBLE, id., id., id.
LA MÁS PRECIADA RIQUEZA, comedia en id., id.
UN DEFECTO, id., id., id.
DOÑA CONCORDIA, id., id., id.
RECETA CONTRA EL SUICIDIO, id., id., id.
SE DESEA UN CABALLERO, id., id., id.
VICENTE PÉRIS, drama histórico.
ENTRE AMIGOS, comedia en un acto y en verso.
EL NACIMIENTO DE TIRSO, drama, un acto. (Segunda edicion.)
LA MADRE DE LA CRIATURA, comedia en dos actos, en verso.
CUESTION DE TÁCTICA, comedia en un acto y en verso.
LOS VIDRIOS ROTOS, comedia en un acto y en prosa.
NAVEGAR Á TODOS VIENTOS, comedia en dos actos y en verso.
GALEOTITO, juguete cómico en un acto y en verso (Tercera edicion.)
DE CÁDIZ AL PUERTO, comedia en dos actos. (1)
LA HERENCIA DEL ABUELO, comedia en un acto y en verso.
LA ÚLTIMA CARTA, monólogo en un acto, en prosa y verso.
CONFLICTO ENTRE DOS INGLESES, juguete cómico en un acto y en verso. (2)
¡EN CARNE VIVA! juguete cómico, en un acto y en verso.
METERSE EN HONDURAS, juguete cómico-lírico, en un acto y en prosa.
MAPA-MUNDI, juguete cómico en un acto y cuatro cuadros y en verso.
DE CÁDIZ AL PUERTO, zarzuela en dos actos. (Refundicion.)
LAS CARTAS DE LEONA, juguete cómico en un acto y en prosa, original. (3)

---

(1) En colaboracion con D. Julian Romea.
(2) Con el mismo.
(3) Con D. Angel Rubio.

EL HOMBRE DE LAS GAFAS, juguete cómico en un acto y en prosa.
DE PESCA, comedia en un acto y en prosa.
UNA DONCELLA DE ENCARGO, juguete cómico-lírico en un acto y en prosa.
POLÍTICA INTERIOR, juguete cómico en un acto y en prosa.
VIRUELAS LOCAS, humorada cómica en un acto y tres cuadros (parodia del drama LA PESTE DE OTRANTO), escrita en verso. (1)
COMO BARBERO Y COMO ALCALDE, sainete en un acto y en verso.
EL DIABLO HARTO DE CARNE..., juguete cómico en un acto y dos cuadros (parodia del drama VIDA ALEGRE Y MUERTE TRISTE, en verso.

GALERÍA DE TIPOS.—(Retratos y cuadros de costumbres.)—Un tomo.
¡COSAS DEL MUNDO!—(Narraciones).—Un tomo.
LA CÁMARA OSCURA.—Tipos y cuadros de costumbres.—Un tomo.

---

(1) En colaboracion con D. Julian Romea.

EL DIABLO HARTO DE CARNE...

JUGUETE CÓMICO EN UN ACTO Y DOS CUADROS

(parodia del drama VIDA ALEGRE Y MUERTE TRISTE)
escrito en verso

ORIGINAL DE

FRANCISCO FLORES GARCÍA

Representado por primera vez, con extraordinario aplauso, en el Teatro de la ALHAMBRA el 7 de Abril de 1885.

MADRID: 1885
ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO
DE M. P. MONTOYA Y COMPAÑÍA
Caños, 1.

PERSONAJES.	ACTORES.
LOLILLA	Srta. Sanz.
SOLEDAD	» Casado (D.ª S.)
TECLA	» González.
BERNARDO	Sr. Sanchez de Castilla.
BOADIL el grande / BOADIL el chico	» Balaguer.
QUINTÍN, veterinario	» Altarriba.
ALVAREZ	» Vega.
PANCHO	» Terceño.
PERICO	» Castro.
BAUDILIO	» Torrijos.

La acción se supone: el primer cuadro en Madrid y el segundo en las playas del Mediodía.

Esta obra es propiedad de su autor, y nadie podrá, sin su permiso, reimprimirla ni representarla en España y sus posesiones de Ultramar, ni en los países con los cuales haya celebrados, ó se celebren en adelante, tratados internacionales de propiedad literaria.

El autor se reservan el derecho de traducción.

Los comisionados de la Administración Lírico-Dramática, perteneciente á D. Eduardo Hidalgo, son los encargados de conceder ó negar el permiso de representación, y del cobro de los derechos de propiedad.

Queda hecho el depósito que marca la ley.

AL REPUTADO PRIMER ACTOR CÓMICO

D. GABRIEL SANCHEZ DE CASTILLA

MI ESTIMADO AMIGO: *A usted, que desde el primer momento acojió esta obra con singular cariño, que la ha dirijido con esmero y que ha interpretado el protagonista maravillosamente, se debe en grandísima parte el éxito que ha obtenido.*

Cumplo, pues, un deber de gratitud al consignarlo así, y el más rudimentario de los deberes al dedicarle mi modesto trabajo.

Su afectísimo amigo y admirador,

FRANCISCO FLORES GARCÍA.

ACTO ÚNICO.

CUADRO PRIMERO.

Sala modesta. Puerta grande al fondo con cortina basta. Ventana á la derecha, en primer término: en segundo, una puerta. Dos puertas á la izquierda.—A la derecha, en primer término, dos butacas grandes de gutapercha, colocadas de modo que figuren un «vis á vis.» A la izquierda, en primer término, una mesa de pino y sobre la misma un botijo de barro y un quinqué encendido. Junto á la mesa, un banco de madera. Sillas de paja.

ESCENA PRIMERA.

PERICO.—BAUDILIO.

PER. Será una noche de estragos:
El amo quiere cenar
lo mismo que Baltasar...
uno de los reyes magos.
Lo tienes todo dispuesto?
BAUD. Tal como el amo mandó.
PER. Has traido lo que encargó?
BAUD. Al fiado.
PER. Por supuesto!...
BAUD. Ya gruñen!...
PER. Qué se ha de hacer?

A bien que yo no lo escucho!...

BAUD. Es que ya debemos mucho!

PER. Bueno! Ese es nuestro deber!...

BAUD. Ha llegado la ocasión;
quiere el amo darse tono,
y habrá aguardiente del mono
y aguardiente de Chinchón.

PER. Cómo? De los dos habrá?

BAUD. De cada uno una botella.
Pájaros fritos, *paella*...

PER. *Pá* ella? Si ella no vendrá!...

BAUD. No me refiero á Lolilla,
que es una mujer atroz:
me refería al arroz.

PER. No la insultes, pobrecilla!...
El amo se porta mal
con esa pobre mujer.

BAUD. Mal, no: es su modo de ser...
porque es un hombre especial.

PER. Siempre en pos de lo ilusorio
con los imposibles sueña.

BAUD. Y con locuras. Se empeña
en que él es don Juan Tenorio.

PER. No tiene el juicio cabal.

BAUD. Y raya en lo temerario.

PER. Y se viste de ordinario
lo mismo que en Carnaval.

BAUD. Si hasta se pone plumeros
en los sombreros del dia!

PER. Y la risible manía
de llamarnos *escuderos*?

BAUD. No se le puede aguantar!

PER. No se le puede sufrir!

BAUD. No sabe más que pedir!

PER. Y se le olvida el pagar!

BAUD. Por él sufrimos desvelos!

PER. Siempre intranquilos estamos!

BAUD. Y por eso nos portamos
como criados... *modelos*!

(Vase por el fondo, y aparece Tecla segunda derecha.)

ESCENA II.

PERICO.—TECLA, con un ramo de lilas.

TECLA. Tu te das tono y yo espero.
PER. Estaba muy ocupado.
Vienes de arriba?
TECLA. De arriba;
es decir del sotabanco. (Se sienta.)
PER. (Queriendo cogerle una mano.)
Qué dice Tecla de bueno?
TECLA. (Pegándole en las manos.)
No soy *tecla* de piano.
PER. Qué dices?
TECLA. Que no me *toques*.
PER. A qué vienes?
TECLA. Por encargo
de mi... *señorita*, á ver
al sin vergüenza de tu amo.
Ella llora y se consume
y como lo quiere tanto...
no come!...
PER. Por qué no come?
TECLA. Pues... porque no tiene un cuarto,
y el comer cuesta dinero!
Ay, los hombres son muy malos!
Engañan para pescar,
y en cuanto que pescan *algo*,
si *te vide*, no me acuerdo!
Pero me voy explicando
sobre cosas que no importan.
(Pausa brevísima.)
Si importan!
PER. En qué quedamos?
TECLA. Pásmate!... (Perico estornuda.)
Esto lo aprendí
en libros que me prestaron,
libros que despues prohibieron
por ser los libros de un *vago*.
PER. Pero, mujer, á qué vienes?

TECLA. Pues á traerle á Bernardo,
de parte de mi... *señora*,
estas *lilas*.

PER. Es buen ramo!

TECLA. Robadas en el Retiro
están por su propia mano,
esponiéndose á que un guarda
la hubiera pegado un palo.

PER. Pónlas en ese botijo:
agua tiene.

TECLA. Me hago el cargo.
(Pone las lilas en el botijo.)
Hablando de otra materia:
por qué no sube?

PER. Ahora ha dado...

TECLA. En qué?

PER. En ser hombre político.

TECLA. Pues lo que es en ese ramo,
no adelanta; es un grosero,
manque lo hagan *deputado*.

PER. Anoche se fué de *juerga*,
con varios *puntos*; jugaron
á las siete y media, y lugo
por mor de *custion* de ochavos
hubo un desafío.

TECLA. A qué?

PER. A navaja, á quince pasos.

TECLA. De suerte, que...

PER. Nada temas:
él es un valiente, un bravo...
segun él mismo asegura.

TECLA. Y hay que creerlo.

PER. Está claro!
Ahí lo tienes: un *simon*
en la puerta se ha parado.

TECLA. (Asomándose á la ventana.)
Qué feo es, mayormente!

PER. Ya sube: levanta el campo.
(Vase Tecla por el fondo, y sale Bernardo, segunda derecha. Vestido de medio cuerpo abajo, á estilo del siglo XVI y de medio cuerpo arriba, á estilo del d[illegible] en el sombrero, trae varias plumas.)

ESCENA III.

PERICO y BERNARDO.

BERN. (Siempre tengo que ir en coche
por temor á los chiquillos.)
Han venido ya esos pillos
que he convidado esta noche?
PER. No, señor.
BERN. Vaya una gente!
PER. El lance?
BERN. No salió mal:
al tuno de Villa-Real
le pinté un *chirlo* en la frente.
El gobierno me envenena!
(Tirando un puro que viene fumando.)
Lástima de *perro grande!*
Oye, Perico.
PER. Usted mande.
BERN. Está dispuesta la cena?
(Señal afirmativa de Perico.)
Porque quiero que ellos gocen...
Qué es esto? (Tomando las lilas.)
PER. (Por fin las *vido!*)
Unas lilas que han traido...
para usted.
BERN. Bien me conocen!
(Distraido, tarareando, comienza á romper el ramo.)
PER. (Señor, esto clama al cielo!
Él se entretiene en romperlas,
mientras que ella por cogerlas
ha podido ir al Modelo!...)
BERN. No será cosa sencilla
saber quién las ha enviado,
de tantas como me han dado
su corazon.
(Se pone el ramo en el ojal de la levita.)
PER. Fué Lolilla!
BERN. Con la noticia me hieres!

Tú tienes muy mala sombra!
A mí nunca se me nombra
cierta clase de mujeres.

ESCENA IV.

DICHOS.—BAUDILIO.—Luego, LOLILLA.

BAUD. La niña del sotabanco,
quiere entrar.
BERN. (Pierdo la calma.)
Te voy á romper el alma!...
BAUD. (Como si yo fuese manco!)
BERN. *Es mucha su obstinacion*
y hará que mi furia estalle!
BAUD. La echaremos á la calle.
BERN. *Os tiro por el balcon!*
PER. (Cualquiera entiende á este tio!)
BERN. Aunque viene á incomodar,
la teneis que respetar.
BAUD. Bueno!
PER. (Quién me compra un lio?)
BERN. Y ahora he de llamarte *tuno*,
por fuerza del consonante.
Que entre esa *dama* al instante
y que no pase *ninguno*.
(Vanse Baudilio y Perico, segunda derecha, y por la misma sale Lolilla.)
LOL. Bernardo, vienes herido?
Estaba tan impaciente!...
BERN. No sabes que soy valiente?
LOL. Lo has dicho!
BERN. Y lo he repetido.
LOL. *Ahora que te he visto, ingrato,*
si quieres me marcharé.
BERN. No te vayas, quedaté.
(Esta me va á dar el rato!)
(Llevándola al banco.)
Tus arrebatos modera,
reposa aquí, y un momento...
LOL. (Duro es!... Parece este asiento

un asiento de tercera.)

BERN. *Eres buena*, y *haces mal*
en quererme.

LOL. Y me lo dices
en mi cara?

BERN. En tus narices!

LOL. (Este hombre es un animal!)
Decir no quiero lo horrendo
del mal que me haces sufrir.

BERN. Tú no lo querrás decir;
pero me lo estás diciendo!

LOL. Si te quiero con locura!

BERN. (Besándole la mano.)
Yo te quiero mucho más.

LOL. Tú me quieres; pero estás
á baja *temperatura*.
No lo niegues, si eres franco:
en señal de tu desvío,
siento en tus labios el frio
que siento en el sotabanco.
Allí el frio, y la amargura,
y la escaséz y el dolor!...

BERN. Te ha colocado mi amor
á considerable *altura*,
y aún te quejas?

LOL. Es que lucho
entre tantos padeceres,
porque te quiero!

BERN. Me quieres?

LOL. Mucho!

BERN. Mucho?

LOL. Mucho! Mucho!

BERN. No te causa admiración
el ver como te he tratado?
Soy así, porque me han dado
malísima educación.
Como vago me crié,
como *gatera* crecí,
y por do quiera que fuí
lo que pude me llevé.

LOL. Tu fondo es bueno.

BERN. (Qué error!)

LOL. *Pero hay que cavar muy hondo.*
BERN. Desengáñate: en el fondo,
no soy malo; soy peor!
LOL. Pues ni aún así te rechazo.
BERN. Yo me miro en tus pupilas!
(Se abrazan fuertemente.)
LOL. Has deshojado las lilas.
BERN. Sí: fué del *encontronazo.*
LOL. Si á mí sola me prefieres,
perdono tu brusquedad.
BERN. Te prefiero—en puridad—
entre todas las mujeres.
LOL. En puridad? No adivino
lo que me quieres decir.
BERN. Quieres conmigo venir?...
LOL. Adónde?
BERN. A Vitigudino.
LOL. Los dos solos?
BERN. El amor
no gusta de compañía.
LOL. Es que... yo te lo diría...
si no me diese rubor.
BERN. Mujer, ó yo soy muy bruto,
ó no acierto á dónde vas
con tu idea.
LOL. Lo sabrás...
BERN. Cuándo?
LOL. Cuando venga *el fruto.*
BERN. No entiendo...
LOL. Puedo decirte...

ESCENA V.

DICHOS.—PERICO.—Luego, BOADIL el grande.—ALVAREZ y PANCHO.

PER. Vienen!
LOL. Qué oportunos son!
BERN. Dime eso en otra ocasión,
porque ahora tienes que irte.
LOL. Al salir me van á ver.
BERN. Bah! Qué han de verte. Eso fuera

sino hubiese otra escalera.

LOL. Quién la ha mandado poner?

BERN. Pues... quien puede.

LOL. Siendo así...

BERN. Hay gente muy prevenida.

LOL. Guíame en esta salida.
Es por aquí?

BERN. Por aquí.

(Vanse primera izquierda. Perico cierra la puerta y salen segunda derecha Boadil, Alvarez y Pancho.)

BOAD. Porqué cierras?

PER. Esa es buena.
Porque corre un vientecillo...

BOAD. *Estamos de tapadillo?*

PER. Si señor! Voy por la cena.
(Se dirige al fondo.)

BOAD. *Ella* há estado aquí.

PER. *Velay.*

BOAD. Vamos á indagar...

ALV. Por mí...

BOAD. Ya dí con el rastro... Aquí
hubo lilas.

PER. (Y aun las hay!)
(Vase por el fondo.)

BOAD. Por su amor estoy en vilo;
y por lograrla he de hacer...
(Tomando un pañuelo del banco.)
Un pañuelo de mujer!

ALV. No es de mujer; es de hilo!

BOAD. Está la prenda empapada.
Esto indica...

PANC. Echale un galgo!

ALV. Mira á ver si tiene algo
en alguna *rinconada.*

BOAD. *Rinconada?*

ALV. Sí, á fé mia!

BOAD. Eso es hablar en *camelo!*
Ni que fuese este pañuelo
obra de mampostería!
Pero, en fin, yo me lo guardo
y en mis pesquisas insisto.

ALV. Lo que quieres, por lo visto,
es desbancar á Bernardo.
BOAD. No lo niego: por Lolilla
doy, como quien no dá nada,
los Cármenes de Granada,
la Giralda de Sevilla;
y entrando en otro terreno,
doy tu Petra y tu Asunción,
y mi Purificación ..
ALV. Hombre, no des tanto!...
BOAD. Bueno!
PANC. Somos *unas* calaveras!
ALV. Dí mejor, unos bandidos!
BOAD. El terror de los maridos!
ALV. Y el terror de las niñeras!

ESCENA VI.

DICHOS.—BERNARDO, primera izquierda.

BERN. Señores!...
PANC. Hola, *barbian*!
BERN. Adios, Pancho, adios Boadil.
Cómo os vá?
BOAD. *Perfetamente.*
ALV. *Y el Tenorio de Madrid?*
BOAD. Cansado?
BERN. (Furioso.) Yo no me canso!
Si lo vuelves á decir!...
Yo juego... á juegos prohibidos,
soy más valiente que el Cid,
tiro muy bien la navaja,
soy muy guapo... de perfil,
tengo treinta años—y dias,
no soy corto en el pedir,
hago todo lo que debo,
debo yo solo por mil,
y soy y seré un perdido
desde ahora hasta morir.
BOAD. Bien!
PANC. Muy bien!
ALV. Esto es un hombre!

BERN. Perico!... Baudilio!... A mí,
mis escuderos!... La cena!
(Descórrese la cortina del fondo. Perico y Baudilio sacan una mesa con platos y botellas, y la ponen en la sala.)

ALV. Alguno falta.

BERN. Quintín:
el sabio veterinario,
honra de nuestro país
en la cura de animales...
y aun de personas.

BOAD. A tí
te prestó un servicio.

BERN. Inmenso!
Hace un año que en Guadix
me mordió un perro rabioso,
y ese herrador varonil,
después de aplicarme un hierro
muy candente en la nariz,
y de ponerme un bozal,—
por precaucion, junto á mi
cama estuvo treinta dias
con sus noches, sin dormir.
«Tu no muerdes por ahora,»
me dijo al cabo.

BOAD. Y al fin,
morderás? Porque conviene
saber...

BERN. Me pongo febril
en ocasiones, y pienso
que he de morder... y Quintín
tampoco está muy seguro.

ALV. Es un sabio!

BERN. Un infeliz!

PANC. Por qué?

BERN. Porque se ha casado!
Me lo encontré en Chamberí
con su esposa, y con un chico
que mamaba en un *atril*.

ALV. Qué atrocidad!

BERN. Y qué cosas
nos obligan á decir

los pícaros asonantes!
Y tu hijo? (A Boadil.)

BOAD. Estudia en París.
Diz que será con el tiempo,
peor que yo el chiquitin!

ALV. (Ofreciendo una copa á Bernardo.)
Una copita del mono.

BERN. Del mono? Venga de ahí! (Chocan y beben.)

BOAD. Y ahora otra de Valdepeñas.

BERN. De balde me ha de salir! (Beben.)

ALV. Pero, ese herrador no viene?

PANC. Ya es la hora.

PER. Don Quintín! (Anunciando.)

ESCENA VII.

DICHOS.—QUINTIN.—Al final de la escena, LOLILLA.—Todos se sientan á la mesa.

BERN. Tú, entre tanto libertino!

BOAD. Tú, que eres tan timorato!

ALV. Y tan corto y tan pacato!...

QUIN. Yo pacato? Venga vino!
(Perico les sirve. Todos beben.)

BOAD. Brindo por la dinamita!

ALV. Por los vencidos pudores!

PANC. Yo, por...

BERN. Prudencia, señores,
que ya el herrador se irrita.
Dando está vivas señales
de enojo y de pesadumbre.

QUIN. Yo tengo mucha costumbre
de tratar con animales;
y á más, pienso que es tontuna,
ó más bien, solemne yerro,
enojarse con un perro
porque le ladre á la luna.

BERN. Si hablas de perros aquí
me dan ganas de morder.

BOAD. El cebo. Tú has de caer!
Muy pronto te casas.

BERN. (Ya medio borracho.) Sí!

BOAD. Con Lolilla.
BERN. Qué demencia!
QUIN. Quién me sirve vino viejo?
BERN. El mejor dia la dejo
á la luna de Valencia. (Bebe.)
BOAD. Ahora mismo.
BERN. Esas son bromas.
QUIN. (Este Boadil es cruel.)
BOAD. Escribe en este papel...
BERN. Pero, tú ¿por quién me tomas?
BOAD. Con esa actitud confirma
nuestro dicho.
BERN. Es un error!...
Venga mono! (Todos beben.)
BOAD. (Lo mejor
es falsificar su firma!)
(Saca una cartera y escribe.)
BERN. Servidme mono, *malsines*!
QUIN. Yo brindo por mi mujer!...
ALV. Fuera!
PANC. A callar!
QUIN. A beber!
BERN. Ah!... Somos unos pillines!
BOAD. (Leyendo lo que ha escrito.)
(«Lola: por razones mil
me las *guiyo* al extranjero,
y contigo es mi heredero;
mi contrincante Boadil...»
Si es tonta, basta este escrito
para realizar mi idea;
pero como no lo sea...)
(Dando el papel á Perico, que se va.)
BERN. Chinchón!...
QUIN. Un pájaro frito!...
ALV. Que se lo dén!...
QUIN. Os mofais?
Yo me rio de vosotros!...
ALV. Para *pájaros*... nosotros!...
BERN. Buenos *pájaros* estais!...
Más vino!...
QUIN. Si ya no puedes!...
ALV. Quién se rinde?...

PANC. Manzanilla!...

BOAD. A la salud de Lolilla!

BERN. *A la de todos ustedes!*

(Sale Lolilla muy desgreñada por el foro con un papel en la mano.)

LOL. Dí que es mentira este *lío!*

BOAD. Le hizo el efecto de un rayo!...

LOL. No me hablas? Pues me desmayo!

(Cae desmayada en una de las butacas.)

BERN. (Tocándose la frente.)
Aquí hay fuego!

(Tocando una mano á Lolilla.)
Y aquí hay frio!

LOL. (Incorporándose súbitamente.)
No me quieres responder?
Tienes instintos de fiera!

BERN. Si tengo una *filoxera*
que no me puedo lamer!
—Marcado ya el derrotero,
planteado el asunto así,
vámonos de aquí, que aquí
concluye el cuadro primero.

(En este momento, el apuntador saca el brazo fuera de la concha y con tarugo de madera da un porrazo sobre el escenario, al cual todos los personajes hacen un giro y quedan de espaldas al público, y á otro golpe como el primero abandonan la escena con precipitación, saliendo por el foro. Salen cuatro asistencias vestidos de lacayos y retiran las sillas, llevándose la mesa donde han comido. Una de las butacas la pasan al otro lado, colocando al lado de ella un brasero con tarima y alambrera y dos banquetas pequeñas.)

FIN DEL CUADRO PRIMERO.

CUADRO SEGUNDO.

ESCENA PRIMERA.

PERICO y BAUDILIO, por el fondo.—Luego, QUINTÍN.

PER. Han pasado veinte años
y...
BAUD. Cuéntaselo á tu abuela.
PER. (Asomándose á la ventana.)
Está oscuro y huele á queso,
y á marisco. (La cierra.)
BAUD. Es ocurrencia
vivir á orillas del mar!
Cuando el temporal arrecia
y crecen las olas...
PER. Esto
es *la mar!*
BAUD. Y sus arenas!
PER. Él amo está muy malito!
BAUD. Me alegro.
PER. Nos tiene cuenta
cuidarle bien...
BAUD. Ya comprendo:
él, en justa recompensa,
nos dejará alguna manda...
PER. Entendido! Que se muera...
y deje mandado!
BAUD. Justo!
PER. Eso esperamos yo y Tecla,
mi mujer!—Pues me he casado.
BAUD. Gran noticia! Hace ya fecha
que lo sé.
PER. Conviene que el

público también lo sepa!
Volviendo al asunto: el amo
ha hecho venir con gran priesa
—y eso prueba que está grave—
al médico de las bestias.

BAUD. Don Quintín fué siempre su
médico de cabecera,
y él nos dirá...

PER. Viene á punto.

QUIN. (Saliendo por el foro derecha.)
Y el amo?

PER. Duerme la siesta.

QUIN. Pero está ya despejado
de su última borrachera?

PER. Eso, nunca: las empalma,
y rara vez se *clarea.*
Está cuasi *embalsamado.*

QUIN. Es la epizoitia que llega!

BAUD. Se morirá.

QUIN. Como todos!
Nadie por aquí se queda.
Boadil el chico, no ha vuelto?

PER. Aún no: fué á cojer almejas.

BAUD. Se nos ha colado en casa...

QUIN. Por estas playas desiertas,
además de lapas, hay
mujeres?

PER. No; lugareñas.

QUIN. Pues algo busca.

PER. (Escuchando) El señor
viene arrastrando las piernas.

QUIN. Si ya ha dormido la *mona,*
veremos cómo se encuentra.

ESCENA II.

DICHOS.—BERNARDO, segunda izquierda, apoyándose en el quicio de la puerta.

BERN. En dónde está mi escudero?

PER. (Siempre con la misma tema!)

(Entre Perico y Baudilio le traen en brazos, y le sientan en la butaca junto al brasero. Pausa.)

BERN. Aquí el brasero me quema!
Me ponen junto al brasero!
No me ayudeis!... Quiero ver
si puedo ir al otro lado!
(Dando traspiés de borracho, se acerca á la butaca de la derecha.)

QUIN. (Aun está un poco *achispado*!)

BERN. Vive Dios que pudo ser!
(Se sienta. Pausa corta.)
(Hace ya veinte años, veinte,
que pasó el acto primero,
y estoy muy malo, y me muero
por mor de tanto aguardiente!)
Ya *sus* podeis retirar,
quitarsus pronto delante!
Aún tengo fuerza bastante
para *tirarsus* al mar!
(Vánse Perico y Baudilio.)

QUIN. Fuerza?

BERN. Mucha!

QUIN. Es importuno
darla de tan animal.

BERN. Es que luego, en el final,
tengo que matar á uno.

QUIN. Cómo te encuentras?

BERN. Mejor!

QUIN. (Llevó una vida de perro!)

BERN. *Lo que necesito es hierro!*

QUIN. Manda: yo soy herrador.

BERN. Conque te vás?

QUIN. Me han llamado
porque mi nieto está triste.

BERN. Valiente locura hiciste
tú con haberte casado!
Yo, que no llegué á ese punto,
pienso irme al cementerio
como cumple á un hombre sério:
como un *cadáver difunto!*
Manto, y cariz, y crespon,
y capúz de noche inmensa,

y niebla que se condensa,
y nube, y rayo, y turbion,
y las olas, y la mar!...

QUIN. A qué tanta algarabía?

BERN. Todo esto es pura poesía,
para venir á parar
en que llueva ó haga frio;
me tienes tranquilo aquí
al pensar que por ahí
no hay ningún pariente mio.

QUIN. Si así la existencia entiende
tu egoismo vanidoso,
serás feliz!

BERN. Muy dichoso!
Digo... no!

QUIN. Quién te comprende?
Explícate en español
y habla claro y sin rodeos.

BERN. Hombre... estos son los mareos
que me produce el alcohol.
Estoy medio trastornado;
pero hablándote en verdad...
y también en *puridad*,
la palabra me ha gustado!
yo necesito, en mi pena,
algun cariño á que asirme
y un palmo de tierra firme...
por más que vivo en la arena.

ESCENA III.

DICHOS.—BOADIL EL CHICO, por el fondo.

BOAD. EL C. Buenas tardes! (Tono ágrio.)

QUIN. Hola! (El hijo de su papá.)

BERN. (Tono duro.) Buenas tardes.

BOAD. EL C. Cómo va?

BERN. Peor.

BOAD. EL C. Me alegro!

BERN. (Este *tipo* me hace sangre!)
BOAD. EL C. Qué estaba usted recordando?
BERN. Las traiciones de tu padre.
BOAD. EL C. Ya sé que fué mi papá
muy mala persona.
BERN. Sabes?...
BOAD. EL C. Todo.
QUIN. (Es un hijo modelo!)
BERN. Aunque era Boadil el Grande
—tu papá, que *no* esté en gloria—
malo, yo era más infame...
mejorando lo presente.
BOAD. EL C. Pues á confesión de parte...
BERN. Tú... conociste á Lolilla?
BOAD. EL C. La *arrecojió* de la calle
mi papá. Tiene usted celos?
(Boadil va al brasero á calentarse.)
BERN. (Aparte á Quintin.)
Te parece que le agarre
y le estrangule?
QUIN. Pero, hombre,
si no puedes menearte!
Además, si así le ódias,
debes echarle á la calle.
BERN. No puedo: hace mucha falta
luego para el desenlace.
Pues si no fuera por eso,
dime, en qué cabeza cabe
el que uno admita en su casa
á aquél que viene á insultarle?
BOAD. EL C. Mi papá era un pobre hombre,
y se murió de cobarde,
y yo en todo me he portado
como el hijo de mi padre.
BERN. Creo que me empieza el vértigo.
QUIN. No te escites.
BERN. Acompáñame
á la puerta de mi cuarto.
(Quintin le dá el brazo.)
BOAD. EL C. Está usted hecho un petate.
BERN. Ya te lo dirán de misas!
Cuando vuelves á cuidarme?

(A Quintin.)

QUIN. En cuanto el segundo apunte
me eche fuera.

BERN. Hasta la tarde. (Vase.)

QUIN. Yo voy ha emprender la marcha.

BOAD. EL C. Pues yo hé resuelto *quedarme*
con Bernardo.

QUIN. Ya lo he visto!
Vaya, adios! (Qué botarate!)
(Vase Quintin foro derecha, y Boadil foro izquierda.)

ESCENA IV.

PERICO.—BAUDILIO.—TECLA, segunda derecha.

PER. Echa una firma al brasero. (A Baudilio.)

TECLA. Cierra la puerta, Perico.
(Perico cierra la puerta del fondo derecha y los tres rodean el brasero.)

PER. Tecla, tráeme *medio chico.*

BAUD. Y á mi otro medio.

TECLA. No quiero.

PER No nos quieres complacer?

BAUD. No atiendes nuestro reclamo?

PER. Pues hablemos mal del amo,
que también es un placer.
Dime, tú: qué hizo Lolilla
después de la horrible escena
de aquella famosa cena?

TECLA. La cosa era muy sencilla.
Debió que aquella acción
era obra del aguardiente,
y á la mañana siguiente
pedir una explicación.

PER. Y por qué no lo hizo así?

TECLA. Phs! Vaya usté á saber!

PER. Era tonta esa mujer?

BAUD. Por fuerza!

TECLA. Pienso que sí!

PER. No se debió de marchar
sin explicarse los dos.

TECLA. Se fué sin decir adios,
y hasta el dia.
PER. Es singular!
(Suenan golpes en la puerta del fondo.)
TECLA. Han llamado?
PER. No he sentido...
TECLA. *Pues me parece que siento...*
BAUD. Es el viento.
TECLA. El viento?
PER. El viento.
(Llaman con más fuerza.)
TECLA. Pues el viento ha repetido.
Si se despierta á ese son
el amo, bronca tenemos.
PER. Sí, bastante caso hacemos
del amo.
SOL. (Dentro.) Por compasión!

ESCENA V.

DICHOS.—BERNARDO, segunda izquierda.—Después, SOLEDAD.

BERN. (Desde el quicio de la puerta.)
No estais oyendo llamar?
Será algún pobre infelice.
SOL. Socorro! (Gritando dentro.)
BERN. Socorro, dice?
Pues eso es que quiere entrar.
(Perico abre, y Soledad entra desgreñada.)
SOL. No puedo... (Vacilando.)
BERN. Se va á caer!
SOL. Mi madre, yo, y él, Dios mío!
Todo negro!... Todo frío! (Cae al suelo.)
BERN. Yo la quiero arrecoger!
(Viene arrastrándose hasta Soledad y forcejea para levantarla.)
Ay!... No me puedo lucir!
Hay más triste desconsuelo?
Yo, que alcé... *tantas* del suelo...
donde no quiero decir,
ahora que tengo interés

en cargar con la virtud,
me lo impide la salud!
A una!.. A las dos!.. A las tres!
(Con mucha dificultad la levanta y se la echa sobre un brazo.)
Realizada mi intención
y mi fuerza ya probada
en esta primer *vegada*,
llevarla á mi habitación!
Y veré si á esta doncella
le es mejor, en puridad,
el darle hospitalidad
con asistencia ó sin ella!
(Los criados llevan en brazos á Soledad por la segunda izquierda; Bernardo les sigue á rastra.)

ESCENA VI.

BOADIL.—Después PERICO y luego SOLEDAD.

BOAD. EL C. Pues, señor, todo me sale
á medida del deseo,
su madre tiene *morriña*,
lo mismo que los gallegos,
y Bernardo no podrá
defenderla, si es un muerto!
(A Perico que sale.)
Esa chica qué tenía?
PER. *Carpanta:* ya está comiendo.
BOAD. EL C. Y don Bernardo?
PER. Empinando.
BOAD. EL C. Y Tecla?
PER. Haciendo pucheros.
Es filoxera sensible.
BOAD. EL C. Vete: todo está dispuesto
para hacer una trastada
digna del nombre que llevo.
PER. Eso me complace mucho,
porque me pone á dos dedos
de que el bueno de mi amo,
al ver mi comportamiento,
se acuerde de mí al morir

y me deje algun recuerdo. (Vase.)

BOAD. EL C. Crepúsculo, noche, sombras,
calma, fiebre, astucia, pecho.
(Se oculta en el fondo y sale Soledad.)

SOL. Aunque empina mucho el codo,
parece un señor muy bueno
y muy campechano. Lástima
que tenga un vicio tan feo!
Cielos! (Al ver á Boadil.)

BOAD. EL C. Tú aquí Soledad?

SOL. Por casualidad. Mas voy...
Pero y tú?...

BOAD. EL C. También estoy
por otra *causolidad!*

SOL. Vaya, cuántas novedades!

BOAD. EL C. Todo tiene su pretesto.

SOL. Y su porqué.

BOAD. EL C. Y está esto
lleno de *causolidades!*
Tu madre?

SOL. Queda en las Ventas,
al otro lado del río.
Yo, muerta de hambre y de frío
me vine aquí.

BOAD. EL C. Qué me cuentas?

SOL. Aunque desaparecí
sin avisar mi partida,
de improviso y á escondida,
te quiero mucho.

BOAD. EL C. Y yo á tí.

SOL. Yo más!

BOAD. EL C. Yo más!

SOL. No concedo!

BOAD. EL C. Partamos la diferencia!

SOL. Yo te quiero con vehemencia;
pero me das mucho miedo.

BOAD. EL C. Nos casamos.

SOL. Has hablado
de veras?

BOAD. EL C. No sé mentir!

SOL. Hombre, no me hagas reir,
que tengo el labio cortado!

BOAD. EL C. Para probarte mi amor,
antes que acabe la noche
yo te llevaré en un coche
con tu madre.
SOL. (Qué candor!)
Los dos solos, no es verdad?
BOAD. EL C. Y en coche!
SOL. Estoy encantada!
BOAD. EL C. Qué dices?
SOL. Que está probada
tu *inocencia*... en puridad!
BOAD. EL C. Vámonos, pues.
SOL. Antes quiero
despedirme de ese anciano.
Aunque bebe, es tan humano!
BOAD. EL C. Despacha: fuera te espero.
(Vase fondo derecha.)

ESCENA VII.

SOLEDAD.—TECLA y BAUDILIO, sosteniendo á BERNARDO.

BERN. Más aprisa!
BERN. (Amenazándole.) (Si no fuera!...)
TECLA. (Amenazándole tambien por detrás.)
(Perdonaba sus tesoros!)
BERN. Torpes!
SOL. (Yo veo los toros
desde la contrabarrera.)
BERN. No duerma esta noche ya.
No duerme ese mar tampoco!
TECLA. Dormir el mar? (Está loco!)
BERN. (Sentándose en el sillón de la izquierda.)
Este es mi sitio. Ajajá!
Os espanto?
TECLA. (Está demente!)
BAUD. No tal.
TECLA. Vaya un pensamiento!
BERN. No hay que olvidarse un momento
de que yo soy muy valiente!
Irsus!... Solo quiero estar!
(Vánse Tecla y Baudilio segunda derecha.)

SOL. Señor...
BERN. Quién eres? Ah! Sí!
Tú puedes quedarte aquí...
y hasta me puedes hablar.
Nada tienes que temer;
acércate, estoy sereno.
SOL. Yo sé que usted es muy bueno!
BERN. Tu lo sabes? Ya es saber!
(Pausa —Tiritando.)
Horrible frio se siente!
Qué, si esto es una nevera!
SOL. Voy á quitar la alambrera.
(Quita la alambrera del brasero.)
Está bien?
BERN. Perfectamente!
á nadie se le ha ocurrido
eso que acabas de hacer!
Tu tienes mucho saber!
SOL. (En qué lo habrá conocido?)
BERN. Me tratan que es un horror.
Y es claro! la gente extraña
no tiene gusto ni maña!
SOL. Malas mañas, sí señor.
BERND. Un beso!
SOL. Es cosa sencilla
segun la intención y á quién.
Tome usted. (Le besa en la frente.)
BERN. (Saben muy bien
los besos de esta chiquilla!)
SOL. (*Parece inquieto... Vacilo...*
y al fin hará que me escame.)
BERN. Siéntate á mi lado, y dame
tu mano.
SOL. (Yo estoy en vilo!)
Cómo está usted?
BERN. El mareo
vá pasando por mi nombre!
Nada, que tenemos hombre!
SOL. Donde está, que no le veo?
BERN. Nuncio de paz y alegría,
dime ahora, en puridad,
tu nombre.

SOL. Soy Soledad.
BERN. Soledad del alma mía!
Dime ¿cuando aquí viniste?...
SOL. Estaba lloviendo mucho.
BERN. Lloviendo dices? Qué escucho?
Ira de Dios! qué digiste?
SOL. Pero... ¿se incomoda usted?
BERN. Tengo en mi pecho una frágua.
En cuanto nombran el agua
en seguida me dá sed;
y en mis rudos padeceres
y en la crísis de mi mal,
ver quisiera un maniantal
brotando de esas paderes...
y aplicar mi boca al chorro.
SOL. No haga usted esos estremos!
Agua fresca ya tenemos:
beba usted por el pitorro.
(Dándole agua por el botijo.)
BERN. Ahora respirar quisiera
aire fresco.
SOL. Yo abriré!
BERN. Tengo calor... desde que
has quitado la alambrera.
(Abriendo la ventana.)
SOL. El viento de la mañana
refresque su frente grave.
BERN. (Es muy lista! Si hasta sabe
cómo se abre una ventana!)
En esta vida de abrojos,
tú sola me has comprendido!
SOL. En qué me lo has conocido?
BERN. En lo blanco de los ojos!
Tú has nacido en esta playa?
SOL. No: soy paisana del Cid;
pero vengo de Madrid.
BERN. Hay allí tanto...
SOL. Cá!
BERN. Vaya!
SOL. Voy á decir mi secreto
y usted me vá á consejar.
BERN. Habla.

SOL. Me voy á casar...
pronto, con un buen sujeto.
BERN. Tu suerte, pobre mujer,
me causa mucha inquietud.
(Con tono de discurso, enfático.)
La virtud... es la virtud!
Y el deber... es el deber!
Escucha con atencion
lo que decirte he resuelto;
mira que... el diablo anda suelto. .
y quien quita la ocasion...
Antes *juerga*: luego olvido!
Nunca para el bien es tarde!
Mira el cisco como arde!
SOL. Claro! Porque está encendido!
BERN. El brasero simboliza
el amor y la costumbre!
Ahora confortable lumbre...
y luego despues ceniza!
El novio... ¿es jóven honrado?
SOL. Sí señor, Boadil el chico.
BERN. Cómo? Es posible? Ese mico?
Ay, que me dá! (Se desvanece.)
SOL. Qué le ha dado?
BERN. Lola!... Lolilla!... (Como delirando.)
SOL. Qué oí?
BERN. Te estraña ese nombre?
SOL. Mucho.
Remuchísimo!
BERN. Qué escucho?
SOL. Mi madre se llama así!
BERN. Quién eres tú?
SOL. Salvo error...
BERN. Quién soy yo?
SOL. (Si en sí volviese...)
BERN. Quién es ella?... Quién es ese?
(Señalando al apuntador.)
SOL. Ese es el apuntador.
BERN. Lolilla... Mi amor profundo!
SOL. Es mi madre.
BERN. Cierta estás?
(Señal afirmativa de Soledad.)

Tú eres mi hija! No hay más
que una Lolilla en el mundo!
Rato há que lo presentia.

SOL. Cómo? Usted?

BERN. Yo mismo... yo!

SOL. Usted... mi...

BERN. Yo... Tu...

SOL. Ah!

BERN. Oh!

SOL. Papá! Mi padre! (Gritando.)

BERN. (Gritando tambien.) Hija mía!
(Se abrazan fuertemente.)

ESCENA ULTIMA.

DICHOS.—BOADIL, foro derecha.—Luego LOLILLA y despues QUINTIN.

BOAD. Ven! (Llamándola con la mano).

SOL. No quiero!

BERN. Miserable!

BOAD. Vente conmigo ó te mato.

BERN. Hablas así, mentecato,
porque no tengo aquí el sable!

BOAD. Ven! (Tirando de Soledad.)

BERN. Ese no tiene enmienda!

LOL. Soledad! (Saliendo por el foro.)

SOL. Ah!

BERN. Lola!

BOAD. (A Lolilla.) Harpía!

SOL. Defiéndeme madre mía!

LOL Que tú padre te defienda!
(Empujándola cae sobre Bernardo.)

BOAD. No cedo, por Belcebú!

SOL. En mi presencia!... Qué horror!

BERN. Dónde has visto un seductor
que se atreva á lo que tú?

BOAD. Es que quiero atropellar
por todo! Nada respeto!

BERN. Ven acá... y estáte quieto:
porque te voy á matar.
(Boadil viene al sillon y abrazándose con Ber-

nardo, dan dos ó tres vueltas de vals, y cuando á caer de rodillas á la derecha.)

Al fin mi rabia te inmola!
En vano conmigo luchas!
Quieres muchas cosas? Muchas?

BOAD. No! Yo queria una sola!

(Bernardo mata á mordiscos, á Boadil de la manera más cómica que se le ocurra.)

SOL. Se lo come!

LOL. Ménos mal!

SOL. Yo estoy aterrorizada!

QUIN. (Saliendo por el fondo con un bozal en la mano.)

Hidrofobia declarada!
Voy á ponerle el bozal!

BERN. Espera, que yo tambien...
me muero... y seremos dos.

(Colocándose entre las dos.)

Soledad!... Lolilla!... Adios!

(Levantandose y dirigiéndose al público.)

Qué ustedes lo pasen bien!

(Una agonia muy corta y muy cómica: en cuanto se queda rijido, cae el telon.)

FIN.

EL DÍA DEL JUICIO

Esta obra es propiedad de su autor, y nadie podrá, sin su permiso, reimprimirla ni representarla en España y sus posesiones de Ultramar, ni en los países con los cuales haya celebrados ó se celebren en adelante tratados internacionales de propiedad literaria.

El autor se reserva el derecho de traducción.

Los comisionados de la Administración Lírico-dramática de DON EDUARDO HIDALGO, son los encargados exclusivamente de conceder ó negar el permiso de representación y del cobro de los derechos de propiedad.

Queda hecho el depósito que marca la ley.

EL DIA DEL JUICIO

PROYECTO LIRICO PARA LO FUTURO

EN UN ACTO Y CUATRO CUADROS, EN VERSO

ORIGINAL DE

CALIXTO NAVARRO

MÚSICA DEL MAESTRO

JOAQUIN VALVERDE (HIJO)

Representado con aplauso por primera vez en el TEATRO ESLAVA de Madrid, la noche del 22 de Diciembre de 1892

MADRID
R. VELASCO, IMPRESOR, RUBIO, 20

1893

REPARTO

PERSONAJES	ACTORES
Blanca	Srta. D.ª María González (1)
Encarnada	Salomé Puchol.
Rita	Elena Salvador.
Doña Jesusa	Juana Rubio.
Práxedes	Nieves González.
Julia	Carmen Pérez.
El Delegado	Sr. D. Vicente G. Valero.
Arturo	Vicente Carrión.
Pepe	José Sigler.
Punto 1.º	José Riquelme.
Punto 2.º	Arturo La Riba.
Juan	Arturo La Riba.
Pedro	Ramiro Toha.
Crispín	José Riquelme.
Don Abundio	Agustín Dorado.
Perpetuo	Arturo La Riba.
Ordenanza	Pablo Arana.
Fernando	José Riquelme.

Guardias, encuarteros, cobradores, conductores, pelotaris y guardias civiles.
Coro general, niños y comparsas

(1) Desde la 14 representación, y por enfermedad de la señorita González, se hizo cargo del papel de BLANCA la Srta. Carmen Cardoso.

ACTO ÚNICO

ANTE-CUADRO

En el momento de empezar la sinfonía, bajará por delante del telón, quedando suspendido en el centro de la embocadura, un cartel grande, en el cual se leerá con caracteres rojos muy perceptibles, la siguiente quintilla:

Puesto de España al servicio,
pensó un legista novicio
las cosas que irán pasando,
y serán un hecho. ¿Cuándo?
Muy pronto: EL DIA DEL JUICIO.

Momentos antes de alzarse la cortina desaparecerá el cartelón.

CUADRO PRIMERO

Interior de una delegación. Dos mesas de escritorio, una frente á otra y en las cuales aparecen escribiendo Juan y Pedro. Mampara en la puerta del foro, puerta lateral derecha, y otra á la izquierda. Teléfono. Armario de libros. Cuadros con fotografías en las paredes, etc., etc.

ESCENA PRIMERA

CORO de guardias de Orden público, que van entrando por la puerta del foro, de dos en dos, con una cartera debajo del brazo: JUAN y PEDRO escribiendo

Música

CORO

Nosotros somos
aquellos guardias
escarnio y mofa
de la nación,
que ahora asistimos
á una academia
donde aprendemos
educación.
No hay que llamarnos
á voz en grito.
Es nuestro lema
la urbanidad,
y á los vecinos
garantizamos
imperturbable
tranquilidad.

—

Si hay escándalo, acudimos
y en la bronca intervenimos,
procurando que haya paz;
dar motivo no queremos
á que digan que tenemos
en lugar de sangre agraz.
Es la verdaz, es la verdaz.
Paciencia muy cumplida

para el monomaniaco,
y contra la bebida
frasquitos de amoniaco.
La multa establecida
al que hable mal de Dios,
y para las NON-SANTAS
papel del sello dos.

—

El gobierno, que nos premia
con justicia y previsión,
al que cumple en la academia
le señala una pensión.

—

Nosotros somos
aquellos guardias
sostén de esquinas
de la ciudad,
hoy garantía
del transeunte
y defensores
de la verdad, etc., etc.
Es cosa de buen ver
hacer por complacer;
sí que lo es.

(En la misma forma que entraron salen por la puerta de la izquierda.)

ESCENA II

JUAN, PEDRO y el ORDENANZA, que entra y sale, según conviene al diálogo

Hablado

JUAN Multa al cochero Andrés Ponce,
berlina ciento cuarenta,
por usar de malos modos
y por dar una peseta
falsa á don Lucio Rodríguez,
San Vicente, quince, tienda.

PED. ¡Cobrada!

JUAN Apercibimiento

á Tomasa la prendera,
por escándalo en la vía
con palabras incorrectas,
mal sonantes, y excluídas
del uso por la Academia.

PED. ¿Apercibimiento, sólo?

JUAN ¡Es primeriza!

PED. Aquí reza
como reincidente.

JUAN ¿Sí?
Pues multa y destierro en ella.
(Toca el timbre y sale el Ordenanza.)

PED. Este expediente á la caja,
y que Cobramiez extienda
el documento de pago.

ORD. Ahí hace rato que espera
una mujer. Rita Mingo.

PED. Ayer dí la papeleta:
está citada á las once.

JUAN ¡Pues ya son y siete!

ORD. ¿Entra?

PED. ¡Claro está!

ORD. Viene con otro
señor...

PED. ¡Venga con quien quiera!

JUAN ¡Al público no se le hace
nunca esperar!

PED. ¡Anda, vuela! (Vase Ordenanza.)

JUAN Si lo sabe el Delegado
nos suelta una reprimenda
y nos suspende lo menos
por ocho ó diez días.

ESCENA III

DICHOS, RITA y DON ABUNDIO

RITA ¡Buenas!
¿Puede saberse á qué viene
mandarme esta papeleta
con diez pesetas de multa?

PED. Sí, señora; aquí lo expresa.
Por *pelma* en la vía pública.

RITA ¡No tiene usté mala *pelma!*
JUAN ¡Ah! ¿La señora es la?...
RITA ¡Sí!
La que se sienta en la acera,
porque la calle es del rey.
PED. ¡No hay tal!
RITA ¡Que no!
PED. ¡No!
RITA ¡Esta es buena!
JUAN La calle es del transeunte,
y el que el paso le intercepta,
por atentar al derecho
de gentes paga la pena.
RITA Pero, señor, si mi cuarto
parece una chicharrera;
y que lo diga este hombre.
ABUN. La habitación es pequeña...
RITA Y sin luz y sin ventanas
pa que entre el aire siquiera.
Usted viene de hombre bueno;
hable usted ya.
ABUN. Sí; es muy cierta
la afirmación...
RITA ¿Y una qué hace?
¿A ver? Salirse á la puerta
á respirar, porque una...
también... no es una de piedra.
PED. ¿De modo que el cuarto es chico?
RITA Y pago veinte pesetas.
PED. Pero ¿es chico?
RITA De mantillas.
Usted... (A don Abundio.)
ABUN. La verdad es esa.
PED. Entonces el propietario
falta á las reglas.
ABUN. ¿Qué reglas?
PED. Y por moroso en cumplirlas...
Juan, apunte usted sus señas.
ABUN. No; señores, poco á poco:
la habitación es estrecha,
pero... larga; como larga
habrá muy pocas.
RITA Pamemas.
La sala es *prósimamente*

como un pañuelo de hierbas;
la alcoba mía y de mi hombre,
mal *compará*, una leñera;
y si es la cocina... tuve
que darle al gato soleta,
porque, al pasar, con el rabo
me tiraba las cazuelas.
Usté es hombre bueno.

ABUN. Sí,
pero...

RITA Y usté *tié concencia.*

ABUN. ¡Sí!

RITA Y usté cobra los cuartos
mes á mes, y *pela apela.*

JUAN ¡Ah! Pero ¿usté es el casero?
¿Tendrá usté, entonces, licencia
con el visto bueno del
arquitecto?

ABUN. (Confuso.) En la cartera ..
No, pues la he dejado en casa.

JUAN La ley bien claro lo expresa:
cuarto habitado por pobres,
que, examinado, no tenga
las condiciones precisas
de salubridad, se cierra
en tanto que el propietario
no cumpla con estas reglas.

PED. Y aquel que contraviniese
lo que se manda y ordena
será condenado.

ABUN. ¡No!

JUAN Y usté no se va sin ella.

ABUN. Pienso obrar.

PED. Tarde *piache.*

RITA Que pague este tío miserias.

PED. ¡No, los dos!

JUAN Los dos faltaron.

ABUN. Pero, señor, si yo...

PED. Vengan
conmigo á contaduría
á que les ajusten cuentas.

ABUN. ¡Y yo vine de hombre bueno!

JUAN ¡Lo que engaña la apariencia!

ESCENA IV

JUAN, el ORDENANZA y en seguida JESUSA, con un perrito al brazo

ORD. Una señora...
JUAN Que pase.
ORD. Pase usted.
JUAN Cayó jaqueca.
JES. ¿Está el señor Delegado?
JUAN Aún no.
JES. Son las once y media.
JUAN Siendo asunto de oficina...
JES. ¡Sí, señor!
JUAN Tal vez yo pueda...
JES. ¿Qué es esto? ¿Qué significa
esta citación... grosera,
que á mi nombre y apellido
encontré bajo la puerta?
¿Qué delito se me imputa,
cuando así se me atropella?
JUAN Aquí dice, por *chismosa*,
y según las referencias
que existen en la oficina,
creo que usted menudea
las visitas...
JES. Sí, señor;
visito con gran frecuencia
la casa de don Juan Gómez,
la de don Pedro Tardienta,
viuda de Roca Mojada,
señoras de Carangüesa...
JUAN Pues eso precisamente,
eso, motiva la pena.
Hay un decreto prohibiendo
las visitas por sistema,
en atención á las múltiples
y muy razonadas quejas
que ha recibido el Gobierno,
que el bien de España desea.
JES. ¿Y nadie va á ver á nadie
porque el Gobierno no quiera?
JUAN ¡A ver sí! A criticar no.

Eso de coger la media,
marcharse á ver á una amiga,
en busca de la merienda,
despellejando al vecino,
y sembrando en casa ajena
con los celos la discordia,
y los chismes y la guerra,
se acabó señora mía:
y paga usté lo que sea
y se corrige del vicio,
ó duerme usté en la galera.

JES. ¡Es abusivo el decreto
y yo apelaré á la prensa!

JUAN Muy bien pensado; y á Poncio
Pilatos.

JES. ¡También es buena!
Yo sola en casa, me aburro.

JUAN Pues márchese usté á la iglesia.

JES. Hace frío, y me constipo.

JUAN Entonces, va usté á las dehesas
de Amaniel, y se está al sol,
que en este tiempo calienta;
pero no piense usté hacer
de esas visitas á secas
que aburren á las familias,
y fastidian y molestan.

JES. ¿Y se condona la multa
que me había sido impuesta?

JUAN Qué disparate: se paga,
y si hay retraso, la apremian,
y en tercer grado, la embargan,
y se procede á la venta.

JES. ¿Siete con setenta y cinco?
¡Ahí van!

JUAN Falta aquí una perra
de las grandes.

JES. (Le da el perro.) ¡Tome usté!

JUAN ¡Señora!

JES. No hay más moneda.

JUAN Pero...

JES. ¡Y á fé de Jesusa
Pesadilla, que se acuerdan!

JUAN Tome usted este bicho.

JES. ¡No;

lo dejo para que muerda! (Vase.)

JUAN Pues, señor, un perro grande,
que al bolsillo se me pega.
Regalo para mi novia.
Vamos dentro á hacer la entrega.

ESCENA V

El DELEGADO que sale acosado por ARTURO y por PEPE

Música

ART. ¿Por qué causa, señor Delegado,
expresarse en francés es pecado?

PEPE ¿Y si hablar en francés no lo es,
por qué multan al que habla en inglés?

ART. ¡Estas leyes me dan un sofoco!

PEPE ¡Yo no puedo sufrirlas tampoco!

DELEG. ¡De su mano me tenga á mi Dios
ó les voy á pegar á estos dos!
¿Usté donde nació? (A Arturo.)

ART. Soy hijo de *Boró*.

DELEG. ¿Y usté, José Marín?

PEPE Nacido en Ajofrín.

DELEG. ¿Sus padres?

ART. De Daimiel.

DELEG. ¿Los suyos?

PEPE. De Buñol.

DELEG. ¡Y usté habla á lo Cromwel,
y usté á lo Ravachol,
y harán un mal papel
si escriben español!

—

PEPE Ya la vida me da *splen*,
y aunque vivo muy *stric*,
mi patrona es un *buldoc*,
y no tengo ni un *chelin*.
Cuando viajo *sli pincar*,
sueño estar lanzado al *turf*,
me enamora andar en *brec*,
y me muero por un *lunch*.

ART. Yo habito *rue* Mayor,
con una *soli fem*,
y tengo mucho *sic*,
y visto á la *dernier*.
Empeño al *par de su*,
por ir al *baccarrat*,
y mi *lever tuchur*
fué un plato de *fuagrá*
PEPE ¡Yes, yes, yes!
ART. ¡Ui, ui!
DELEG. ¡Yo estoy fuera de mí!
ART. ¡Ui, ui, ui!
PEPE ¡Yes, yes!
DELEG. ¡Les daba así un reves!

Hablado

ART. A bien que esto es una broma.
DELEG. ¡No me dé usté en la barriga!
PEPE ¿Más por qué se nos castiga?
DELEG. Por perversión del idioma.
PEPE El sistema es depresor.
ART. De los de mayor calibre.
PEPE ¿Pues no hay enseñanza libre?
DELEG. Enseñanza, sí señor;
aprenda el que es erudito
de otras lenguas los destellos
para entenderse con ellos
en su tierra, ó por escrito,
pero llamar *san fason*
al desahogo, es cruel,
y á las niñas *demuasel*,
y al que nos sirve *garsón*,
sólo es propio de tontines
y danzantes majaderos.
¿Por qué *chapó* á los sombreros
y *chaqué* á esos levitines?
¡Pues no faltaría más!
Ya no hay *petís comités*,
ni *vis avis*, ni *suarés*
ni es la sombrilla *antucás*.
ART. ¿Y esto se escucha con calma?
PEPE Tampoco yo me acomodo...
DELEG. ¡Ya está traducido todo!
ART. ¡¡Pobre Pina de mi alma!!

ESCENA VI

DICHOS: PERPÉTUO y el ORDENANZA

ORD. Le he dicho á usté que entre dentro,
sin discusión. (Empujándole.)
PERP. ¡Anda!... ¡Anda!
¡pus señor, no es usté *naide*
arrempujando!
DELEG. ¿Qué pasa?
PERP. *Infraciones*, señor mío,
y usté que tiene *pestaña*
y un *quinqué* salva la parte,
con luz natural, y *chana*,
verá, estando *aliquindoy*,
si éste *bulo* no *tié pata*,
y lo *fané* del servicio;
que aquí *s'afufa* el que falta
y el que se propone... *mangue*,
proceder como Dios manda,
que lo *apiolan* y *eli*,
que le *diñan* la castaña.
ART. Pues él habla en español,
pero no entendí palabra.
PEPE Y éste, ¿no vicia el idioma?
DELEG. Ahora verá usté: Ordenanza.
Este va á los Escolapios.
PERP. ¿Qué?... ¿Yo á la escuela?
ART. ¡Qué gracia!
PERP. Hombre, ¡si yo soy muy hombre!
DELEG. ¿Sabe usté leer?
PERP. ¡Ni falta!
ORD. ¡Venga usté!
PERP. ¿Quién, yo al colegio?
¡pues tendría que ver! (Amenazando.)
DELEG. ¡Guardias! (Salen dos.)
PERP. ¡Señores! (Porque lo sujetan con cordeles.)
DELEG. ¡Codo con codo!
PERP. ¿Pero ustedes ven?...
ORD. ¡En marcha!
PEPE La letra con sangre entra.
ART. Medida muy bien tomada.

DELEG. ¡Que le den una cartilla!
PERP. Pues ni que *fuá* yo una...
ORD. ¡Calla! (Vanse.)
PEPE ¡Ojo, Arturito!
DELEG. ¿Y ustedes,
á ver, pagan ó no pagan?
ART. ¡Sí, señor!
PEPE ¡Pero ahora mismo!
(Echando mano al bolsillo.)
DELEG. Ahí, á la izquierda es la caja. (Vanse.)
En menos de cuatro meses
es esta España otra España,
con un gobierno que tenga
fuerza, valor y constancia.
¡No ha de encauzarse, queriendo,
yo lo creo que se encauza! (Vase.)

Música en la orquesta

MUTACION

CUADRO SEGUNDO

Calle corta

ESCENA VII

PUNTO 1.° por la izquierda y PUNTO 2.° por la derecha

PUNTO 2.° Chico, tanto tiempo sin
verte; ni... y yo preguntando...
¿qué es de tu vida?
PUNTO 1.° Pasando,
querido, las de Caín.
PUNTO 2.° ¿Se persigue mucho?... (Acción de tirar.)
PUNTO 1.° ¡Cá!
¡Hojalá, voto al infierno!
Alto: ¡El Juez! Pues al gobierno;
se dá la guita y ya está.
Más ahora... ¡Condenación!
es un mito echar el pego.

PUNTO 2.º ¿Pero no hay casas de juego?
PUNTO 1.º Con rótulo en el balcón.
PUNTO 2.º Pues siendo así, cosa rara
que tú no saques tu escote.
PUNTO 1.º Si no hay quien ponga un burlote
por un ojo de la cara.
Nos ha entrado la segur
porque el gobierno traidor
daba un premio al inventor
que suprimiese el albur.
Conseguirlo era un bocado
y al concurso fueron mil,
y un músico zascandil
es quien nos ha reventado.
PUNTO 2.º ¿Te quedaste sin oficio?
PUNTO 1.º ¡Abur, ideas empíricas!
Hay unas barajas líricas
que á Dios le quitan el vicio.
PUNTO 2.º ¡Qué ingenio!
PUNTO 1.º ¡Ya es discurrir!
PUNTO 2.º ¿Cantan las cartas?
PUNTO 1.º Y tanto,
que hecho el juego, con su canto
dicen la que va á venir.
PUNTO 2.º ¿Y entonces, de sopetón,
todos á una?
PMNTO 1.º ¡Y con qué inquina!
PUNTO 2.º ¿Pero cómo se adivina?...
PUNTO 1.º Escucha la explicación.

Música

PUNTO 1.º Tiro yo sobre el tapete
como *albur* un *rey* y un *siete*
y es el *rey* la de ganar,
pues de dentro del paquete,
dando al punto sabia ley,
suena un canto de violines.
PUNTO 2.º Y se *pone* todo al rey.
PUNTO 1.º ¿Qué es el rey un infeliz
y es el siete la que *abona?*
Cantará la codorniz
de *Pepa la Frescachona.*
Si después se tira el *gallo*

que es un *cinco* y un *caballo*
y el caballo en puerta está...

PUNTO 2.º Ya aprendí la teoría:
toque de caballería.

LOS DOS Tra, tra, tra, ta, ta, tá.

PUNTO 1.º Dices tú «va muerto el cuatro»
¿y á la quinta el cuatro está?
«No le mates, no le mates.»

PUNTO 2.º ¡Juego!

PUNTO 1.º ¡Venga!

PUNTO 2.º Ya no va.

PUNTO 1.º ¡As y seis! (Punto de atención.)

PUNTO 2.º ¡Yo copo al as!

PUNTO 1.º Tres y cuatro

PUNTO 2.º ¿Tres y cuatro?

PUNTO 1.º Si ¡eso es!

PUNTO 2.º No cabe duda ninguna,
sin disputa, yo copo al tres.

PUNTO 1.º ¡Sota y dos! (Dos campanadas.)

PUNTO 2.º Mato la sota.

PUNTO 1.º Ya aprendistes, eso es.

LOS DOS Ay, qué barajita, ya es bueno el asunto,
no hay gachó que talle, pues con esta broma
hace *punto* el *punto* y así logra al *punto*
que no *coma* el *coma* ni que se lo *coma.*

Hablado

PUNTO 2.º Pues, chico, se me figura,
aunque me duelen tus quejas,
que el músico á quien motejas
ha dado en la matadura.

PUNTO 1.º Ahora vamos poco á poco
mirando, si otro folías
les cambia las melodías,
y Cristo se vuelve loco.

PUNTO 2.º ¿Habrá marcha real en mano
y á los dos cartas, un as?

PUNTO 1.º Y rey que salte al compás
del himno republicano.
La reserva te suplico...

PUNTO 2.º Puedes fiarte de mí. (Despidiéndose.)

PUNTO 1.º ¿Llevas tres pesetas?

PUNTO 2.º ¡Sí!

PUNTO 1.º ¡Vengan!
PUNTO 2.º ¡Toma! (Dándoselas.)
PUNTO 1.º (Dándole la mano.) ¡Gracias, chico! (Vase.)
PUNTO 2.º Costumbre tan detestable,
aún no se acaba, y á fé
daré aviso para que
le apliquen la ley del sable.
Así expondrá los motivos
de por qué, en giros inciertos,
si antes *levantaba* muertos,
ahora *sacrifico* vivos. (Vase.)

ESCENA VIII

PRÁXEDES, JULIA y FERNANDO, al final de la escena el ORDENANZA

PRÁX. ¡Vamos, Fernando, que no!
FERN. ¡Pelo, señola!...
PRÁX. ¡No quiero!
JULIA Mamaita, si él se empeña...
FERN. Si yo tengo gusto en ello...
PRÁX. Pase, el almuerzo en los Cisnes
y pase tras el almuerzo
esa docena de guantes,
ya que se puso usted terco.
¡La sombrilla!
FERN. ¡Doña Pláxedes,
pol Dios!..
PRÁX. Bien, no la nombremos;
pero el abanico mío
y la caja de pañuelos
no he debido consentirlo.
JULIA Yo ya me opuse, ¿no es cierto?
PRÁX. Y ahora comprar chufas, ¿eh?
¡Nada, no; no lo consiento!
Mira qué alfiler más mono
lleva Fernando.
JULIA ¿Es recuerdo?
FERN. Si usted como tal lo acepta...
PRÁX. Pero, ¿qué hace usted, diablejo?
JULIA ¿Lo tomo, mamá?
FERN. Señola,

dígale usted que sí.

PRÁX. Bueno.

JULIA ¡Me da cortedad!

PRÁX. ¡Julita!..
¡Niña!.. No se hacen desprecios;
y basta, basta, Fernando,
ó verá usted si me ofendo.

FERN. Ahola tomamos un coche.

PRÁX. ¿Un coche?

FERN. ¡Si está muy lejos
el flontón que se inaugula!

JULIA ¿De mujeres? (Tengo celos.)

FERN. ¡No temas! Allí va uno.

PRÁX. En tranvía cuesta menos.

FERN. Si no hay tlanvías, señola.

PRÁX. Es verdad, con el concierto...

JULIA ¿Y tocan los cobradores,
conductores y encuarteros?

FERN. Y muy bien; son una especie
de bemoles callejelos.
Los ploductos se destinan
á lemedial atlopellos,
indemnizaciones, culas..

PRÁX. ¡Qué cosas hace el gobierno!

FERN. Anda, ¿y el último bando?
Ha plohibido los entielos
y las manifestaciones,
y las...

JULIA Eso está bien hecho,
porque se ponen las calles
á lo mejor...

PRÁX. ¿Y los muertos?

FERN. Van por la londa.

PRÁX. ¡Ah! ¿Sí?

FERN. Y las
plocesiones pol el templo
ó pol la londa; los *meetings*
pol la londa y al Vivelo,
y las glandes folmaciones
por la londa, al Celo Neglo.

PRÁX. ¿Todo por la londa?

FERN. Todo.
Se han subido los telenos.

JULIA ¿Qué ruído?..

FERN. Los del tlanvía.
PRÁX. Pues no hay que perder el tiempo.
FERN. ¿Conque se va en coche?
PRÁX. ¡Vaya!
FERN. ¡Eh!.. No me escucha. ¡Cochelo!
PRÁX. Apriétale las clavijas.
JULIA Lo vamos á dejar seco. (Vanse.)
ORD. Lo que es á éstas, por *gorronas*,
las pesco. ¡Bah, si las pesco!
¿Coches á mí? A la trasera
me subo, y quién dijo miedo. (Vase.)

MUTACION

CUADRO TERCERO

Plaza, no á mucho foro; en diferentes muestras, tanto de los balcones como de las portadas, se leen los siguientes rótulos: «Taona», «Bazar elástico», «Se gisa de comer», «Ay Chuletas», «Villar y tertulia» y otros carteles pequeños.

ESCENA IX

Seis ENCUARTEROS, chicos que traerán en la mano colleras pequeñas de cascabeles y campanillas, detrás los conductores, los bajos con trallas y pitos; y por último, primeros y segundos tenores con timbres

Música

—Aquí están los Encuarteros
insolentes y groseros,
—detrás marchan los del pito:
ahí va el tronco, señorito.
—Los del timbre y la cartera,
los pelmazos cobradores;
abroncamos á cualquiera,
porque somos los peores.
—¡Anda, pronto, chico, engancha!—¡Mula!
—Ahora no, que sube cuesta!—¡Arre!
—Quite usté que le dé al torno.—¡Plancha!

—El que quiera que se agarre.
¡Arre! ¡sóo! ¡arre! ¡sóoo!

—

Cobradores malos modos,
conductores y encuarteros,
somos tres bichos distintos
y un peligro verdadero.
Vaya si hago ruido
con los cascabeles;
¡pito! ¡pito! ¡pito!
baje usté si puede;
venga movimiento,
duro con la tralla,
suba el menos torpe,
y el que no, que caiga.

—

Si lleva usté mucha prisa,
suba usté al tranvía pronto
y llegará usté hecho un cisco,
pero á su tiempo, tampoco.
Vaya si hago ruido, etc., etc.

—

Quieta, generala,
no seas revoltosa,
deja de correr.
¡Y—a, y—a!
porque si no paras,
á ese de la boina
vamos á coger.
¡y—a, y—a!
¿dónde va, señora?
Voy á la que llaman
puerta de Alcalá.
¡Ese cabayero,
como baje andando,
dá una costalá!
Vamos sin tardar
pues faltan dos minutos
para llegar.
¡Riá!
Vamos sin tardar. (Vanse.)

ESCENA X

JUAN y PEDRO con unas carpetas pequeñas en la mano, lápiz y cuartillas, que van tomando nota de los letreros

Hablado

PED. *Taona*, ¡sin *H!*
JUAN Apunta.
Bazar elástico. ¡Aprieta!
PED. Y este servicio, ¿por quién
lo hacemos?
JUAN Por la Academia.
PED. Gracias á Dios que se ocupa
en cosas de transcendencia.
JUAN *¿Se gisa de comer?*
PED. ¡Anda,
duro con él!
JUAN *Ay!!... Chuletas.*
PED. Interjecciones con hueso,
chico.
JUAN ¿Será que se queja?
PED. Mira, *Villar* con *V.*
JUAN ¡Sí!...
Y ahí, ¿qué venden?
PED. ¡Chichoneras!
JUAN ¡Qué atrocidad!... *Para niños*
del tamaño que se quieran.
Verás tú cómo mañana
ni un rótulo de estos queda.
PED. La cultura irá ganando.
JUAN Pues si esto es una vergüenza.
PED. Vé por ese lado tú,
que yo sigo por la izquierda. (Vanse.)

ESCENA XI

EL DELEGADO, CRISPÍN, de etiqueta con corona dorada y cetro; detrás una pareja de la Guardia civil

DELEG. ¡Ea! Andando, que hace frío;
no quiero conversación.
CRISP. ¿Pero á mí, por qué razón

se me prende, señor mío?

DELEG. Bien claro está, ¡por ladrón!

CRISP. ¿Cómo es eso?

DELEG. ¿Usté qué es?

CRISP. ¡Primer actor!

DELEG. ¡Embustero!

CRISP. ¡Actor cómico!

DELEG. ¡Ca!

CRISP. Pues...
¿qué soy?

DELEG. Lo que era hace un mes.
¡Zapatero!

CRISP. ¡Eh!

DELEG. ¡Zapatero!

CRISP. A mí me aplaude la gente
y me llaman eminente,
porque de un mes á esta parte...

DELEG. ¿Se suben tan facilmente
los escalones del arte?
Con justa razón me apeno
viendo otros cién como usté.

CRISP. A mí me aplauden y estreno.

DELEG. ¡Pero dice usté *haiga!*

CRISP. ¡Bueno!

DELEG. ¡Y se *nesecita!*

CRISP. ¿Y qué
que lo diga?

DELEG. ¡Habrá truhán!
¡Guzmán! ¡Latorre! ¡Qué actores!

CRISP. ¡Anda! ¿Latorre y Guzmán?

DELEG. ¡Sí!

CRISP. ¡Como que esos señores
ganaron lo que me dán!

DELEG. ¿Quién fué Felipe Segundo?

CRISP. El que iba tras del primero.

DELEG. ¿Quién hizo *El hombre de mundo?*

CRISP. Cualquiera, Pepe ó Facundo;
á mí *guita*, caballero.
Si canto mal, bailo bien;
y aunque digan que hablo mal,
por mí, que siga el belén,
siempre que el lunes me den
de nómina un capital.

DELEG. Deje usté ya, pues me afrenta,

esa corona que ostenta (Quitándosela.)
y ese ridículo cetro
(Se lo quita)
¡Ni sabe usté lo que es metro!

CRISP. Dos veces cero cincuenta.
¿Que carezco de instrucción,
de artística educación,
de iniciativa? Convengo,
sí, señor; mas como tengo
el don de la imitación...
Procure usté ser flemático
que se ha de quedar estático.

DELEG. Pero es que...

CRISP. Sea usté amable
y verá lo más notable
que hay en el arte dramático.
(Hace varias imitaciones ó recítese aquello que crea el actor más conducente para hacerse aplaudir.)

DELEG. ¡Anda á una celda, reptil,
que tu insolencia me exalta!

CRISP. Pues como yo, hay otros mil.

DELEG. Por eso, lo que hace falta,
es mucha Guardia civil.

CRISP Pues si prende usté en su celo
lo malo que se conoce,
va usté á llenar el Modelo.

DELEG. ¡Pero hay tantos, justo cielo!

CRISP. Sí, señor; de trece, doce. (Vanse.)

ESCENA XII

BLANCA y las suyas con traje de capricho y boina de su color, llevando todas en la mano una pelota encarnada sujeta al dedo de corazón por una goma larga; después ENCARNADA y las suyas con trajes análogos, boinas grana y pelotas blancas sujetas en la misma forma

Música

BLANCA Si consiguió renombre
la ninfa Eucaris,
algo han de hacer que asombre
las pelotaris.

Y si hay quien no lo crea,
sabrá por su interés,
que dan una *bolea*
lo mismo que un *revés*.

ENC. Si la manzana gana,
quien quiere Paris,
ya están por su manzana
las pelotaris.
Y el que la dé de tuno,
sépalo de una vez,
se saca aquí del uno
lo mismo que del diez.

BLANGA A pollo lamido,
que ofrece su brazo,
por ser presumido
le va de rechazo,
¡pelotazo!

ENC. Al hombre sesudo
de gran bigotazo,
que la echa de viudo
por dar un bromazo,
¡pelotazo!

BLANCA / ENC. En el frontón del querer
con mucha fuerza hay que dar,
porque faltar es perder
y es preciso no faltar.
Mida usté al terreno,
bueno, bueno, bueno;
no hace falta encomio,
mi querer regalo,
malo, malo, malo,
que yo doy con momio.

BLANCA / ENC. Si el primer novio se va
aprovechar la ocasión,
porque no hay partido ya
siendo el *zaguero* tumbón.
Mida usté el terreno,
bueno, bueno, bueno;
palo al que se arrima
mi querer regalo;
malo, malo, malo,
que yo *doy con prima*.

TODAS Si consiguió renombre
la ninfa Eucaris, etc., etc.

Hablado

BLANCA Si es para el hombre un Edén
el mundo en que se alborota,
llegó el tiempo, ¡voto á cién!
en que nosotras también
devolvamos la *pelota*.
Ganar siempre es lo primero,
sin que el contrario lo note,
y si hace *saque rastrero*,
devuélvasela al *zaguero*,
aprovechando el *rebote*.
Mucho de aquí y muchos piés
para luchar sin reparo,
ganando en un dos por tres.
Bolea al que *juegue* claro;
al que ande turbio, *revés*.

TODAS ¡Eso!

ENC. ¡Al frontón, camaradas,
y cuenta la que se escurra,
por si vinieran mal dadas!

BLANCA ¡Urra por las blancas!

BLANCAS ¡Urra!

ENC. ¡Urra por las encarnadas!

(Música en la orquesta, que ya no debe cesar hasta el final. Las pelotaris se van abrazadas unas con otras y dando saltos al compás de la orquesta.)

ESCENA ÚLTIMA

EL DELEGADO

Puesto de España al servicio,
pensó un legista novicio
lo que habéis ido escuchando,
y que será un hecho... ¿Cuándo?
¡quién sabe! EL DÍA DEL JUICIO.

CUADRO CUARTO

Telón que represente una alegoría del juicio final.—Fuerte en la orquesta

TELON

OBRAS DE D. CALIXTO NAVARRO

Y EN COLABORACIÓN CON OTROS AUTORES

COMEDIAS EN UN ACTO

¡A gusto de todos, verso.
¡A lo tonto... á lo tonto! id.
Antojos, prosa.
A Segura llevan preso, id.
¡Bilbao es nuestro! verso.
Brujerías, prosa.
Chindasvinto, verso.
Como perros y gatos, id.
Correo interior, id.
Curro-Cúchares, verso.
Dos reales de judías, id.
Distracciones, id.
El pueblo rey, id.
El héroe de Alcabón, id.
El día del santo, id.
El café Imperial, id.
El nuevo impuesto, id.
El 22 de Junio, id.
El ángel vengador, prosa.
El santo del chico, id.
El domingo, verso.
El cementerio del año, id.
El monarca y el abad, id.
El ramo de la africana, prosa
El pintor José Rivera, verso.
Electro-manía, prosa.
El orden de factores..., id.
Entrada por salida, id.
Enciclopedia, id
España y sus hijos, verso.
Entre hombres..., id.
En los pasillos, id.
Efecto contrario, prosa
Firmar la paz, verso.
Futuro imperfecto, id.
Gundemaro, prosa.
Hija única, id.
Hecho un San Lázaro, verso.
Jugar con el fuego, verso.
La crisis, prosa.
La Internacional, verso.
La homeopatía, prosa.
La calle del Arenal, id.
La venida del planeta, verso.
Lazo de amor, id.
¡La vida! id.
La mano de Dios, id.
Lo que no puede leerse, id.
Los obstáculos, prosa.
Las Américas, verso.
Los dos polos, id.
Las perdices, prosa.
Mala sombra, id.
Miss Leona, id.
Medias suelas y tacones, id.
Mi tía, verso.
Mi tocayo, id.
Muy corto, id.
Noche buena y noche mala, id.
¡¡No llora!! prosa.
Pasteles y vino, verso.
Perico, id.
Principio y fin de un actor, id.
Quien bien ama.., id.
Rarezas, id.
Sablazos á domicilio, verso.
Salón-Eslava, id.
¡Se da dinero! id.
Soy un caníbal, prosa.
T. B. O., id.
Un consejo á los maridos, verso.
¡Un valiente! prosa.
Un marido infeliz, verso.
¡Un conspirador! prosa.
Zarandaja, id.

EN DOS ACTOS

Antes y despues, verso.
Bueno como el pan, prosa.
Con buen fin, verso.
Cosas de Pepe, prosa.
Dos Hermanes, id.
En Babia, id.
El barrio de Maravillas, verso
Escupir al cielo, prosa.
La prima donna, id.
Las de Villadiego, verso.
Padre y padrino, prosa.
Sin padre ni madre, id.
Tres yernos, id.
Un padre, id.

EN TRES ACTOS

Las dos sortijas, verso.
Ley de amor, prosa.
Los inútiles, id.
Los murciélagos, verso.
Mendoza y Compañía, prosa.
Un capricho, verso.
Orgullo, amor y deber, prosa.
Quemar las naves, id.
Vivir de milagro, id.

ZARZUELAS EN UN ACTO

A la puerta del Suizo, verso.
A real por duro, id.
¡Al Polo! id.
¡A España! id.
Arriba y abajo, id.
Amor obliga, id.
A terno seco, id.
Bal-masqué, prosa.
Blanca ó negra, verso.
Brinquini, id.
Bromas pesadas, id.
Boda ó muerte, id.
Bodas de oro, id.
Congreso doméstico, id.
Contaduría, prosa.
Con paz y ventura, id.
Corina, verso.
Curro Achares, id.
Cromos madrileños, id.
Dar la castaña, id.
Dos entre dos..., id.
Dudas y celos, id.
De viva voz, id.
El 93, id.
El bobo, id.
El inválido, id.
El estudiante, id.
El estudiantillo, id.
El nene, id.
El siglo de las luces, prosa y verso.
El pájaro pinto, verso.
El baile del porvenir, id.
El mirlo blanco, id.
El monaguillo de las Salesas, idem.
El himno de Riego, id.
El Noy, Milord y Monsieur, prosa y verso.
El salto del gallego, id.
El bazar H., id.
El día del juicio, id.
El dinero y la fortuna, id.
El bazar, id.
En la venta, id.
En el cuartel, id.
En Leganés, id.
El proceso del sainete, id.
El rey de oros, prosa.
Fiestas de antaño, id.
Firmar las paces, id.
Fortuna te dé Dios, hijo..., id.
Frasquito Barbales, id.
Fuego en guerrillas, id.
Flamencomanía, prosa.
Hipócrates y Galeno, id.
Juan del pueblo, verso.
La salsa y los caracoles, prosa.
¡Lorito real! verso.
Los aparecidos, id.
La cita, prosa.
Lucía Pastor ó Pichichi, id.

La forastera (monólogo), verso.
La cruz de San Lucas, íd.
La gran colmena, prosa y verso.
Los dos caminos, íd.
Los pájaros del amor, íd.
La jota aragonesa, íd.
La una y la otra, prosa
La gatita, verso.
Los náufragos, verso.
¡¡¡Los!!! íd.
Madrid por dentro, íd.
Madrid petit, íd y prosa.
Madrid viejo y Madrid nuevo, íd.
Magia blanca, prosa.
Mata-moros, íd.
Maestro de amor, verso.
¡Maridos á peseta! prosa.
Mentiras de un curial, íd.
¡Nos matamos! íd.
Nido de amor, prosa.
Oros son triunfo, íd.
Ondulaciones, v. y p.
Ordeno y mando, prosa.
Otelo y Desdémona, verso.
Pan negro, prosa.
Pasante de Notario.
Paz conyugal, verso.
¡Pero cómo esta Madrid! íd.
Plan de estudios, íd.
Periquito entre ellas, íd.
Percances domésticos, íd.
Primo... de un primo, íd.
Q. Q., prosa.
República femenina, verso.
Simulacro, prosa.
Sin conocerse, verso.
Se gisa de comer, íd.
Señor feudal, prosa.
Sala de armas, íd.
Salú y suerte, verso.
Ternera, 7. 3.o, íd.
Tipos y topos. íd.
Toros en París, íd.
Toros y cañas, íd.
Tres piés para un banco, íd.
Una fiera, prosa.
Un perro grande, íd.
Variedades, verso.
¡Viva tu madre! íd.
Veneno nacional, prosa y verso.

EN DOS ACTOS

Abril y Mayo, verso.
Cosas de pueblo, íd.
Dos leones, prosa.
El laurel de oro, verso.
El barón polaco, prosa.
Huyendo de ellas, verso.
Ida y vuelta, íd.
La tela de araña, íd.
La barretina, prosa.
Martes trece, íd.
Madrid viejo y Madrid nuevo, verso.
María, íd.
Novio y marido, íd.
Olla de grillos, íd.
¡Pobres madres! íd.
¿Quién es el loco? íd.
Un viaje á la luna, íd.
Una aventura en Siam, íd.

EN TRES ACTOS

Corona contra corona, verso.
El bergantín adelante, prosa y verso.
El sacristán de Saa Justo, verso.
El grito de guerra, íd.
Héroes y verdugos, íd.
Jorge el guerrillero, íd.
La condesita, prosa.
La Santa Cecilia, verso.
Los maitines, dí.
Los saltilbanquis, íd.
Miguel Strogoff, íd.
Nuestra Señora de París, prosa.

OBRAS MUSICALES

DE

JOAQUÍN VALVERDE (HIJO)

Con las de Caín.
Madrid Petit.
Caretas y capuchones.
Los boquerones (*)
Entrar en la casa.
La fuente de los milagros.
Cerrado por nacimiento (*)
Charito.
El mirlo blanco.
El ordinario de Villamojada.
El paso de Judas.
Corte y cortijo.
El Señor Juan de las Viñas.
El botón de muestra.
Mañana será otro día.
El cervecero.
El Gran Capitán (*)
Las alhajas.
El día del juicio.

(*) En colaboración

Al distinguido periodista
D. Angel Pérez su amigo
y compañero
J. Villegas

DIA DE PRUEBA

EL TEATRO

DIA DE PRUEBA

DRAMA EN TRES ACTOS ORIGINAL Y EN VERSO

DE

D. VICENTE COLORADO

Y

D. FRANCISCO F. VILLEGAS

Estrenado en el Teatro Español con extraordinario éxito la noche del 16 de Enero de 1894.

MADRID
Establecimiento tipográfico de Agustín Avrial,
San Bernardo, 92.—Teléfono 3.074.
1894

PERSONAJES	ACTORES
MARÍA.....	Sra. D.ª Julia Sala.
ANDRÉS.....	D. Wenceslao Bueno.
DON FERNANDO.....	» José Mata.
JUAN.....	» Francisco Gómez.
CURRO.....	» Salvador Soler.
LUIS.....	» Rafael López.

La acción, en Madrid, empieza al amanecer del día 2 de Mayo de 1808, y termina á la misma hora del día siguiente.

ACTO PRIMERO

Jardín de casa particular; á la derecha del público pabellón con escalinata practicable; en el fondo verja de hierro con puerta; árboles, arbustos, macetas, macizos de plantas, etc., etc.

ESCENA PRIMERA

JUAN

¡Ya terminé!... ¡Buena siega!...
Ni una flor queda en las ramas.
¡Pobres rosas! pronto mustias,
marchitas y deshojadas,
seréis despojos del viento;
las mismas manos que os daban
con tanto amor la existencia,
ahora la vida os arrancan...
Pero, en fin, ¡qué se ha de hacer!
el amo es amo y lo manda.
Como hay boda, don Fernando
á los novios agasaja,
y quiere que sea un nido
de flores toda la casa.
¡Dichosos ellos!... ¡y triste,
triste de Andrés!... Siempre pasa
lo mismo; las alegrías
de los felices se labran
con las penas del que sufre:
¡es la condición humana!
para un ramo, ¡cuántas flores!

para un goce, ¡cuántas lágrimas!
¡Ay! cuando mi Andrés se entere
de que María se casa...
porque, aunque jamás lo ha dicho,
la adora con toda el alma;
Dios le dé resignación
para sufrir su desgracia.
Pero, ¿y Curro?
(Llamando.) ¡Curro!... Vamos;
¿por dónde demonios andas?

ESCENA II

JUAN y CURRO

CURRO. ¿Qué quiere usted, señor Juan?
JUAN. Que cojas el cesto y vayas
á adornar la galería
y el pabellón.
CURRO. ¡Pues no es nada!...
¡si no se encuentra un capullo
por un ojo de la cara!
¡Qué degollina de flores!
¡qué limpias están las ramas!
Y la cosa lo merece;
la señorita se casa
hoy con don Luis, y hay que echar
el jardín por la ventana.
¡Qué excelente pareja hacen!
ella es joven, buena y guapa
y él es rico y un real mozo.
JUAN. Pero, ¿callarás?
CURRO. ¡Qué gracia!
callar, cuando la alegría
me sale á brincos del alma.
¡Qué gran día, señor Juan!
JUAN. *(Con tristeza.)*
¡Muy bueno!
CURRO. ¡Pues ahí es nada!

Dentro de poco la boda,
después refresco en la sala;
luego en el patio nosotros
armaremos la gran zambra;
vendrá Lucas el barbero,
que hace hablar á la guitarra,
y la Petra con su novio,
y la Rosario, y la Paca,
y el pinche, y el cocinero,
y usted y yo... ¡hasta mañana
habrá jota, y seguidillas,
y bromas, y risa, y...

JUAN. ¡Basta!

CURRO. ¡Si viera usted la cocina!...
aquello parece Jauja.
Aquí hay un par de jamones,
allí un cordero que sangra,
más allá pollos rellenos
y truchas asalmonadas;
al otro lado licores,
quesos, bizcochos, naranjas,
varios pellejos de vino,
y dulces y mantecadas.
¡Cómo el asado se queja
porque le tuestan las ascuas,
mientras murmura el puchero
y refunfuña la grasa!
Las mozas pelan las aves
y, al par que las pelan, cantan
al compás de los morteros
donde los pinches machacan...
¡Qué música, señor Juan!

JUAN. Para música tu charla.

CURRO. ¿Se enfada usted?

JUAN. Me impacientas.

CURRO. ¡Si tiene usted una cara
más triste que el Viernes Santo!

JUAN. Pues no estoy triste, te engañas.

Cada cual goza á su modo.

CURRO. ¡Qué alegría esa tan rara!

JUAN. Hay lágrimas que se ríen
y risas que vierten lágrimas.

CURRO. Eso no reza conmigo;
me gustan las cosas claras;
¿que estoy contento?... alegría,
y saltos, y carcajadas;
¿que estoy triste? hago pucheros
y la pena me atraganta.
En cambio otros... como Andrés...

JUAN. ¿Qué dices de Andrés?

CURRO. Yo, nada
puedo decir que le ofenda;
que á bueno nadie le gana,
y es valiente como el Cid,
y generoso sin tacha;
pero, como divertido
y alegre, según las trazas,
es también de los que ríen
igual que lloran en Francia.

JUAN. ¿Pues qué ha ocurrido?

CURRO. A eso voy.
Ayer, al salir de casa,
le hallé en la esquina del Prado
inmóvil como una estatua.
—«Hola, Andrés», le dije yo,
«¡buena se va á armar mañana!»
—«¿Que se va á armar?... ¿Qué sucede?»
—«¿Tú no sabes lo que pasa?»
—«Dímelo y me enteraré.»
—«¡Si hace ya un mes que no se habla
de otra cosa, y en el barrio
lo saben hasta las ratas!
Pero como tú no has ido
á vernos desde las Pascuas
de Navidad...»
—«¿Y qué es ello?»

—«¡Qué ha de ser! Pues que se casa
la señorita María
con don Luis.»
—«¿Cuándo?»
—«Mañana.»

JUAN. ¡Ah, Curro! ¿Qué es lo que hiciste?
(Aparte.)
(¡Y yo que se lo ocultaba!)

CURRO. ¿Pues qué mal había en ello?

JUAN. Dices bien; pero... tan grata
noticia... así... de repente...

CURRO. ¡Pues si viera usted qué cara
puso Andrés!... ¡ni la de un muerto!
Y luego, casi con rabia,
asiéndome de este brazo
que por poco me le arranca,
prorrumpió desencajado
y comiéndome á miradas:
—«Eso no puede ser, Curro.»
Mas cuando yo le juraba
que decía el Evangelio,
repuso:—«Perdona, y gracias;
te agradezco la noticia.
Adiós, Curro; hasta mañana;
no faltaré.»

JUAN. ¿Eso te dijo?

CURRO. Con esas mismas palabras.

ESCENA III

JUAN, CURRO y D. FERNANDO

D. FER. ¡Cómo se entiende! ¿Os estáis
charlando con esa calma
habiendo tanto que hacer?...
¡Me gusta vuestra cachaza!
¡Ea, Curro! A trabajar.

CURRO. *(Cogiendo el cesto de flores y yéndose á escape:)*
Allá voy.
D. FER. ¡Valiente alhaja!
¿Por qué me miras tan serio?
¿en qué piensas? ¿qué te pasa?
¿eres de yeso ó de carne?
¿no tienes ni una palabra
para mí de enhorabuena?
JUAN. Bien sabe Dios que mi alma
siente por suyos los duelos
y alegrías de esta casa.
D. FER. Por eso deseo, Juan,
que conmigo los compartas.
Ya somos viejos amigos.
JUAN. ¡Tan viejos!
D. FER. Desde la infancia
hasta hoy, hemos pasado
muchas penosas borrascas
tú y yo juntos; ¿lo recuerdas?
JUAN. ¡Ya lo creo!
D. FER. La más mala
fué la muerte de mi esposa...
¡pobrecilla! ¡Era una santa!
JUAN. Más buena que el pan.
D. FER. ¡Oh! Si ella
viviese hoy, y presenciara
la boda de su María...
Dios dispuso de su alma;
desde el cielo nos contempla,
y en el cielo nos aguarda...
En fin, mientras llega el día
en que hemos de ir á buscarla
(que será pronto), pondremos
al mal tiempo buena cara.
Y no lo digo por hoy,
que, á la vez que en nuestras almas,
resplandece en todas partes

la alegría: está la casa
que parece un jubileo;
la primavera embalsama
el ambiente, ni una nube
el azul espacio mancha,
y el sol su madeja de oro
en el oriente desata...
la naturaleza entera
hoy se ha vestido de gala.

JUAN. Para el que es feliz, ¡gran día!
mas, para el triste...

D. FER. ¡Quién habla
de tristezas!

JUAN. Yo pensé...

D. FER. Vamos á ver, ¿qué pensabas?

JUAN. Que cuando á boda repican
en la iglesia las campanas
nace un amor y otro muere.

D. FER. ¡Quién hace caso de fábulas!

JUAN. Por algo lloran los padres
cuando los hijos se casan.

D. FER. Se llora... porque se llora...
sin fundamento, sin causa.
Porque María se case
(¡algún día he de casarla!),
¿voy á llorar como un tonto?
¡ni que fuera una desgracia!
¿La voy á enterrar acaso?
¿no la adoro? ¿no me ama?
¿no soy su padre? ¿no es mi hija?
¿no vendrá á verme á esta casa?
¿no iré yo?... ¡El diablo te lleve!
que la lengua se me traba
y ya no sé lo que digo,
ni lo que pienso, ni nada.
Toda la noche he pasado
dando vueltas en la cama,
sin poder pegar los ojos

ni hallar instante de calma.

JUAN. ¡La alegría!... es natural.

D. FER. Pues bien; no, señor. Pensaba
en que hace veintidós años
que María me acompaña
constantemente, y en que hoy...
esa dicha se me acaba.
El pájaro va á romper
los alambres de su jaula,
y, con júbilo, á otro hogar
extraño tiende las alas.

ESCENA IV

DON FERNANDO y MARÍA

(Juan al principio que está en escena, termina sus quehaceres y se marcha.)

MARIA. ¡Ya levantado aunque el día
ha amanecido hace poco!

D. FER. Pues, por tu parte, tampoco
te has descuidado, María.

MARÍA. Esta noche, casi toda
la pasé en claro.

D. FER. Es sabido;
¡qué muchacha habrá dormido
la víspera de su boda!

MARÍA. ¡Padre mío!

D. FER. No es reproche;
tal contento...

MARÍA. No, señor;
la tristeza y el temor
me han desvelado esta noche.

D. FER. ¿Qué estás diciendo?

MARÍA. No sé
que triste presentimiento
amargó mi pensamiento

que, á pesar mío, lloré.
En el cielo que parece
más azul, de pronto sube
sin saber cómo una nube
que cielo y tierra obscurece.

D. Fer. También lo mismo sentí;
pues temo que, tu amor fiel,
sea todo para él...
y el olvido para mí.

María. ¿Qué dice usted?

D. Fer. La verdad,
por terrible que parezca.

María. Hará usted que me entristezca
tan injusta crueldad.
¿No le amo á usted con pasión?

D. Fer. ¿Será cierto?

María. ¡Y lo ha dudado!

D. Fer. Hoy cambias, hija, de estado.

María. Pero no de corazón.
Ya sabe usted que no he sido
la que proyectó mi boda;
y si con el alma toda
sus consejos he seguido,
es porque á usted ciegamente
amo con amor inmenso,
padre; y así amarle pienso,
como ahora, eternamente.

D. Fer. Sigue, sigue; ¡cuánto bien
me hacen tus palabras!

María. Vamos,
usted quiere que riñamos.

D. Fer. Estoy celoso.

María. ¿De quién?

D. Fer. ¡Oh! no creas que te riño,
ni te enojes si me quejo;
soy tu padre y soy ya viejo,
es decir, dos veces niño.
Egoísta, he codiciado

que sólo para mí fuera
tu amor, que tu vida entera
me la hubieses consagrado;
perdona tanta ambición;
siempre te he querido así;
tú eres todo para mí:
alma, vida y corazón.
Sí; desde tu nacimiento
has llenado mi existencia;
de tu amor y tu presencia
se nutrió mi pensamiento;
como un chiquillo, siendo hombre,
gocé en tu primer sonrisa,
y en la palabra indecisa
con que decías mi nombre;
sostenida por mis brazos
á andar de niña aprendiste,
y á mí, antes que á nadie, diste
tus besos y tus abrazos;
ya joven, tus alegrías,
tus esperanzas, tus penas,
tus horas malas y buenas
fueron mías, sólo mías.
Así el tiempo y el amor
formaron tan firmes lazos,
que hoy, al hacerse pedazos,
me va á matar el dolor.

MARÍA. ¡Padre!

D. FER. A tu dicha me inmolo,
mas tiemblo al ir á perderte;
sin ti, á mis años, la muerte
es preferible á estar solo.

MARÍA. ¿A qué hablar de soledad,
de dolor y de morir,
puesto que hemos de vivir
con la misma intimidad?

D. FER. ¿Siempre bajo el mismo techo?...

MARÍA. ¿Quién ha pensado otra cosa?

D. FER. ¿Siempre á tu lado?
MARÍA. Y dichosa
de verle á usted satisfecho.
D. FER. Eso es todo lo que ansío:
no separarme de ti
nunca.
MARÍA. ¡Qué fuera de mí
lejos de usted, padre mío!
D. FER. ¡Nunca me dejes, María!...
MARÍA. Pero, ¿qué motivo he dado
para que haya usted pensado?...
D. FER. ¡Oh! perdona mi porfía.
Dices muy bien. A mi edad
se discurre lo peor.
¡Siempre juntos!
MARÍA. Sí, señor;
siempre.
D. FER. ¡Qué felicidad!

ESCENA V

D. FERNANDO, MARÍA y ANDRÉS

D. FER. Mira quién viene, hija mía.
MARÍA. Andrés.
D. FER. Le estaba esperando.
AND. Buenos días, don Fernando;
que Dios te guarde, María.
MARÍA. ¿Por fin te has dejado ver.
D. FER. Pero, hombre, ¿qué te ha impedido
en medio año haber venido
por esta casa?
AND. El deber.
D. FER. ¡El deber!... Pues el primero,
sea ese tuyo cual fuere,
es querer á quien nos quiere
con afecto verdadero.
AND. Crea usted que para mí
antes es eso que todo.

D. Fer. ¡Lo disimulas de un modo,
que dudo si será así!
And. ¡Oh! no me haga usted la ofensa
de dudar de mi cariño;
quien le debe desde niño
á usted gratitud inmensa,
¿cómo había de olvidar
tal deuda en su juventud?
D. Fer. ¿Quién habla de gratitud?
And. Déjeme usted recordar;
que aunque entonces mi memoria
era frágil, aún grabada
de mi niñez desgraciada
llevo aquí *(señalándose el pecho)* la triste historia.
Huérfano, desamparado,
sin asilo, sin parientes,
vagabundo entre las gentes,
hambriento y desabrigado,
iba solo y dolorido
por las calles al azar,
como el ave que al tornar
al nido no encuentra el nido;
cuando un hombre, un artesano
que por mi lado pasó,
se detuvo y me tendió
mudo de emoción la mano.
D. Fer. Era Juan.
And. Sí, mi buen Juan,
que llevándome consigo,
al huérfano le dió abrigo
y partió con él su pan.
Me trajo aquí, refirió
acción tan noble y honrada,
y usted, con voz alterada
y balbuciente, exclamó:
—«Bien hecho está lo que has hecho;
serás para él un padrazo»;
y á la vez que en un abrazo

le oprimió contra su pecho:
—«No sólo aplaudo tu acción,
sino que también—le dijo—
al que tú adoptas por hijo,
le doy yo mi protección.»
¡Y aún duda usté de que le ame!...
Si llegara á suceder
tal cosa, fuera yo el ser
más indigno, más infame.

D. Fer. ¡Por vida de!... ¡Pues no toma
la cosa por donde quema!
Vamos, hombre, ten más flema
para sufrir una broma.

María. Debió de entenderlo así;
pero yo no le perdono
tantos meses de abandono.

D. Fer. ¿Por qué no has venido aquí,
como solías hacer,
á vernos de vez en cuando?

And. Ya dije á usted, don Fernando,
que mi deber...

D. Fer. ¿Qué deber?

And. ¿Ignora usted por ventura
que en todas partes aumenta
cierto rumor de tormenta
que grandes males augura?

D. Fer. Es verdad.

And. Del Pirineo,
que Dios y naturaleza
erigieron fortaleza
digna de marcial empleo,
á Cádiz, que sus pies baña
en dos mares cuyas olas
besan playas españolas,
no hay un rincón en España
que no vea con temor
al ejército francés
llegar amigo, y después

avanzar conquistador.
Ellos pisan nuestras leyes,
mandan en nuestros hogares,
ultrajan nuestros altares
y cautivan nuestros reyes;
¡y aun llaman con insolencia
nuestro deber osadía,
la libertad rebeldía
y crímen la independencia!

D. Fer. ¿Y hay quien sufra tal cinismo?

And. En todos los pechos late
la indignación, y el combate
estallará; acaso hoy mismo.

María. ¡Hoy mismo!

D. Fer. Andrés exagera;
su imaginación se exalta
y...

And. ¡Exagerar!... ¡Ay, si salta
la chispa y prende la hoguera!
porque será asolador,
voraz y terrible incendio,
tanto como el vilipendio
que nos causa el invasor.
Salga y recorra Madrid,
vaya y hable en cualquier parte;
cada casa es un baluarte,
en cada pecho hay un Cid;
sólo un acto de imprudencia,
y el pueblo, con arrogancia,
se lanzará contra Francia
al grito de independencia.

D. Fer. A mí no me pesaría;
lo digo como lo siento.

María. Vamos, un loco hace ciento;
¿también usted?...

D. Fer. Sí, hija mía;
soy viejo, mas, como lleguen
las cosas hasta el amén,

¡juro á Dios que yo también
he de ser de los que peguen!
Que no cometan excesos
y se vayan á su tierra;
pues como estalle la guerra,
se dejan aquí los huesos.
¡Qué! ¿No recuerdan su historia?
Allí habrán visto con creces
que, nuestras armas, mil veces
los derrotaron con gloria.
¿Y hoy nos quieren someter
como á esclavos sin honor?
¿Piensan que nuestro valor
no es hoy el mismo de ayer?
Si nos tratan de oprimir,
con sangre lo han de llorar,
porque es más fácil entrar
en España, que salir.
(Transición.)
Mas quizá en este momento
como el héroe de Cervantes,
pensamos que son gigantes
unos molinos de viento.
Lo que fuere sonará.
Esperadme; voy á dentro
un instante, á ver si encuentro
todo preparado ya.

ESCENA VI

MARÍA y ANDRÉS

MARÍA. ¡Oh! Me han llenado de inquietud el alma
esos tristes presagios que has traído.
AND. ¿Temes que turben la apacible calma
de tu felicidad?
MARÍA. No, no han nacido
de un impulso egoísta mis temores

me conmueve el pesar, su angustia siento,
y al fondo de mi ser llega el lamento
que en la tierra levantan los dolores.
Soy débil, soy mujer; aquí nacida,
tranquilos corren para mí los años
apartada del mundo; mas, ¡qué vida
no ha sido más ó menos combatida
por cruëles y amargos desengaños!

AND. ¡Qué sabes de dolor!

MARÍA. No digas eso.
¡Que no sé de dolor!... ¡Cuánto te engañas!
¡Pues qué sentí cuando el postrero beso
dejó en mis labios, al morir, impreso
la madre que me tuvo en sus entrañas!
¡Que no sé de dolor!... ¡Ay, cuántas penas,
como en el mío, vi en otros hogares
que cuajaron la sangre de mis venas!...
¡Qué infinitos y varios los pesares
que en todas partes, por diversos modos,
germinan espontáneos en la tierra!...
Pero ninguno, Andrés, como la guerra,
que es el supremo mal, causa de todos.

AND. Ese es el mundo, valle de amargura;
pero el hombre más ruin y desgraciado
probó entre tantas hieles la dulzura;
sólo yo, sin consuelo y sin ventura,
el dulzor de la vida no he gustado.

MARÍA. ¿Pues qué te falta?

AND. ¿Que me falta, dices?
Una madre que amar y que me ame,
y, para hacer mis horas más felices,
bálsamo en las abiertas cicatrices
de mi angustiado corazón derrame.
Jamás la conocí; ¡santa quimera
que en vano á mi memoria restituyo!
Quizás el pecho que por vez primera
á mis sedientos labios ofreciera
el jugo de la vida, no fué el suyo.

¡Parece que en el mundo se ha agotado
la fuente del amor!... Mientras devoro
tantas ansias de amar y ser amado,
indiferente pasa por mi lado
y veloz huye lo que más adoro
cual huye la salud del apestado.

MARÍA. ¡Qué pronto, Andrés, tu corazón olvida!
Mi padre, Juan y yo, ¿no te queremos!

AND. Pero el amor que llena nuestra vida,
el tierno amor de la mujer querida,
á quien, de hinojos ante Dios, cedemos
corazón, alma, vida, honor y nombre,
amor santo, amor grande, amor eterno
que no ha sido negado á ningún hombre,
ese amor celestial, ¡ay!, es mi infierno.

MARÍA. ¿Has amado quizá?

AND. Con alma y vida.

MARÍA. ¿Y la que adoras?...

AND. Nunca lo ha sabido;
pertenece ya á otro hombre.

MARÍA. Pues olvida.

AND. Amo una vez, pero jamás olvido.

MARÍA. Los años calmarán todos tus duelos.

AND. Los años no han de darme alivio alguno.

MARÍA. En otro amor encontrarás consuelos.

AND. Mi amor es como el Dios que está en los cielos:
infinito, inmortal, eterno y uno.
(Breve pausa.)
¡Y hubiera sido tan feliz!... Cifraba
en su amor mi ventura; de mis penas
al deseado término llegaba,
y por ella ser grande ambicionaba
y derramar la sangre de mis venas.
Pero ella, indiferente, no veía
este profundo y vivo sentimiento
en que mi pecho apasionado ardía;
¡no lo advirtió jamás!... Hasta que un día
en otro hombre fijó su pensamiento.

Presencié el despertar de sus amores,
inundarse su pecho en dulce encanto
como el cielo en el alba de colores,
sus sueños, sus miradas, sus temores...
¡Ay! ¡cuánto mi alma ha padecido! ¡cuánto!

MARÍA. Mucho debiste de sufrir.

AND. No hubiera
á este nuevo dolor sobrevivido
si otra pasión, no menos verdadera,
no menos grande y santa, no viniera
á levantar mi espíritu abatido.

MARÍA. ¿Otra pasión?

AND. Inerme y ocupada
por extranjera y aguerrida tropa,
vi á mi patria entregarse confiada
á ese genio terrible cuya espada
cubre de sangre á la vencida Europa.
Por vez primera entonces, desde el fondo
del alma mía, enardecido, siento
que á tan tremenda angustia correspondo
con un impulso irresistible y hondo
que el peligro hace amar con ardimiento:
el amor de la patria; el más sagrado
de todos cuantos hay en nuestro pecho;
amor que al débil trueca en esforzado;
amor puro, amor fuerte, amor honrado,
que mil héroes y mártires ha hecho.
¡Dar mi sangre y mi vida en tu defensa,
verte grande y feliz cual fuiste un día,
volver por la honra tuya ante la ofensa,
eso siente, eso quiere y eso piensa
por ti mi corazón, oh patria mía!
Tú eres mi madre, tú la amante esposa
que mis penas mitiga con sus besos;
pueda antes de morir verte dichosa
y en tu seno tener la humilde fosa
donde duerman en paz mis pobres huesos!

ESCENA VII

ANDRÉS y JUAN

JUAN. Preguntan por ti, María.
MARÍA. Allá voy. Andrés, quisiera
que tuya mi dicha fuera
y tu desventura mía.
AND. Deseo de todos modos
que seas feliz.
MARÍA. Lo creo;
y yo, Andrés, también deseo
veros felices á todos.
(Vase María; Andrés queda pensativo, y hay una breve pausa.)
JUAN. ¿En qué piensas?
AND. En mil cosas
y en nada.
JUAN. Di, ¿cuáles son?
AND. Me esperan; ya habrá ocasión...
JUAN. ¿En qué empresas sediciosas
andas metido?
AND. ¿Yo, empresas?
JUAN. Sí, Andrés; he oído contar
que os disponéis á luchar
contra las tropas francesas;
y, según lo que he sabido,
en reunión celebrada
por gente juramentada,
su jefe te han elegido.
Dime, ¿es verdad?
AND. Verdad es;
mis amigos me han honrado
con ese puesto.
JUAN. Cuidado;
mira lo que haces, Andrés.

¿Qué intentáis?

AND. Salvar á España.

JUAN. ¡Temerario pensamiento!
¿Y no veis que ese ardimiento
que os envanece, os engaña?
Sin jefes y sin soldados,
sin armas ni municiones,
¿qué haréis contra esas legiones
de guerreros esforzados,
de mil victorias testigos
frente adversario mejor?

AND. El verdadero valor
no cuenta los enemigos.

JUAN. El valor, sin la prudencia,
es locura y fanatismo.

AND. No hay grandeza ni heroísmo
sin un poco de demencia.

JUAN. Pero, insensato, ¿qué harás,
si sois unos cuantos locos?

AND. ¿Qué haremos siendo tan pocos?...
pues dar ejemplo á los más.
Mi pecho indignado late;
á mis amigos juré
luchar con ellos, é iré
guiándolos al combate.

JUAN. El éxito, en cualquier obra,
es del más hábil. Vosotros,
¿con quien contáis?

AND. Con nosotros.

JUAN. ¡Buen puñado!

AND. Basta y sobra.
Si opresa la patria gime,
el pueblo se sacrifica.

JUAN. Y el fuerte le crucifica.

AND. ¡Qué importa, si la redime!

JUAN. No quiere á su patria más
el que más la compromete.

AND. ¿La amará el que se somete

al extranjero, quizás?

JUAN. Esperar es lo mejor.

AND. El sufrimiento no espera.

JUAN. ¿Y si todo se perdiera?

AND. Se habrá muerto con honor.

JUAN. ¡Buen consuelo!

AND. Nuestra hazaña
otras puede fomentar;
gota á gota se hace el mar,
grano á grano la montaña.

JUAN. Estás ciego.

AND. No me pesa:
todo á la patria se inmola.
Corra mi sangre española
derramando la francesa.

JUAN. En vano tratas, Andrés,
de engañarme y de engañarte;
no es eso lo que á arrojarte
te induce al peligro.

AND. ¿Qué es?

JUAN. ¿Qué?... Que estás desesperado.

AND. No entiendo á usted.

JUAN. O no quieres
entenderme.

AND. ¡Por Dios!

JUAN. Eres,
en verdad, muy desdichado.
Sé que has puesto el alma toda
en una mujer.

AND. ¡María!

JUAN. Que con otro, en este día,
ha de celebrar su boda.

AND. ¿Y usted piensa?...

JUAN. Y con razón;
que tu pesar es tan fuerte,
que busca alivio en la muerte
tu angustiado corazón.

AND. ¿Eso piensa?... No es mi pecho

tan frágil que, al arrostrar
los embates del pesar,
caiga en pedazos deshecho;
el infortunio ha templado
mi alma, no hay pesadumbre
que no tenga por costumbre,
pena que no haya arrostrado;
mas, aunque la dicha anhelo,
aunque el amor de María
mi felicidad sería,
le juro á usted por el cielo
que si ella me llama ahora
para llevarla al altar
y oigo á mi patria á la par
que oprimida gime y llora...
no lo dude usted, la palma
del martirio abrazaría,
y por mi patria daría
dicha y amor, cuerpo y alma.

JUAN. No aplaudo tu desvarío.

AND. Nuestra patria es nuestra madre.

JUAN. ¿Y yo? ¿no me llamas padre?
¿no me quieres?

AND. ¡Padre mío!
más que padre, ciertamente;
pues no debiéndole el ser
se impuso tan gran deber
y me amó entrañablemente.

JUAN. Y ahora debes, en conciencia,
como la vida yo á ti
te he consagrado, tú á mí
consagrarme tu existencia.

AND. Jamás á su padre ha honrado,
ni merece amor ni vida,
quien por la patria ofendida
la sangre no ha derramado.

JUAN. ¡Andrés, hijo mío!...

AND. Adiós,

que viene aquí don Fernando,
y no ha de verme.

JUAN. ¿Hasta cuándo?

AND. Hasta cuando quiera Dios.

ESCENA VIII

JUAN, D. FERNANDO, MARÍA y LUIS

D. FER. Parece que se retrasan
un poco los convidados.

LUIS. No me sorprende; en Madrid
pasa hoy algo extraordinario.

MARÍA. ¡Sólo faltaba que tú
vengas también á asustarnos!

D. FER. ¿Pues qué sucede?

LUIS. Ocurrir...
nada ocurre, don Fernando.

D. FER. Pues, entonces, ¿por qué has dicho
que pasa en Madrid hoy algo?

LUIS. Y es verdad. Desde mi casa
á la de usted he encontrado
por esas calles y plazas,
tan desiertas de ordinario
á estas horas, numerosos
grupos de hombres conversando
en voz baja y con misterio;
todos ellos, agitados,
accionaban con viveza
y miraban de soslayo,
con ademanes y gestos
incomprensibles y extraños.

D. FER. Juan, ¿y Andrés?

JUAN. Salió ahora mismo.

D. FER. El quizá pudiera darnos
noticias; pero, su marcha,
me parece mal presagio.

MARÍA. ¿Por qué?
D. FER. Porque es natural
que viniera á compañarnos
como testigo á tu boda.
(A Juan.)
¿Dónde ha ido?
LUIS. Don Fernando,
¿no oye usted?
D. FER. ¿Qué?... No oigo nada.
(Rumor.)
JUAN. Es verdad; aunque lejano,
se oye un rumor...
D. FER. O soy sordo,
ó estáis vosotros soñando
(Suena una descarga lejana.)
MARÍA. ¡Jesús, María y José!
LUIS. ¿Y ahora?
JUAN. Son tiros.
D. FER. ¡Diablo!
lo que es ahora, no hay duda;
son tiros los que han sonado.

ESCENA IX

JUAN, DON FERNADO, MARÍA, LUIS y CURRO

CURRO. ¡Señor Juan, don Luis, María!
TODOS. ¡Curro!
D. FER. ¿Qué hay?
CURRO. Don Fernando,
¡qué ha de haber! ¡Que ya se armó
la de San Quintín! ¡Que vamos
á limpiarnos de franchutes
en menos que canta un gallo
D. FER. ¡Ea! Dinos lo que ocurre,
lo que has visto ó te han contado,

sin andarte por las ramas
y sin...
(Suena otra descarga.)

MARÍA. ¡Virgen del Amparo!

CURRO. ¿Oye usted? Los madrileños
están ahora celebrando
muestra santa independencia
con el francés á balazos.

D. FER. Pero, hombre, di lo que sepas;
¿no ves la angustia en que estamos?

CURRO. Pues, en resumidas cuentas,
no sé nada entre dos platos.

D. FER. Entonces...

CURRO. Espere usted
á ver si recuerdo algo.
Cuando salió Andrés de aquí,
se unió á unos hombres armados
que en una calle inmediata
parecían aguardarlo.
Hablaban al mismo tiempo;
los unos decían:—«¡Vamos
al Parque de artillería!»
otros muchos:—«¡A Palacio,
á defender á los nuestros!»
y los más de ellos:—«¡Al Prado!»
En esto que una descarga
resonó, y aprovechando
el silencio, Andrés, se sube
á una reja, y... ¡cielo santo,
la arenga que les echó!...
¡qué cosas les dijo!... ¡vamos,
que parecía que un ángel
por su boca estaba hablando!
Y, á cada palabra suya,
¡qué gritos! ¡cuánto entusiasmo!
¡viva España! ¡muera Francia!...
Y rezando este rosario,
á una voz de Andrés, se fueron

todos por la calle abajo.

D. FER. ¿Y qué más?

CURRO. ¿Quiere usted más?...

(Se oye otra descarga.)

Pues ya está usted contestado.

ESCENA X

JUAN, DON FERNANDO, MARÍA, LUIS, CURRO y ANDRÉS

MARÍA. Andrés llega.

D. FER. Así sabremos
qué sucede.

AND. Don Fernando;
temí que ustedes se hallasen
fuera de casa.

JUAN. *(Que ha ido acercándose á Andrés.)*
¡Insensato!

D. FER. ¿Qué pasa?

AND. Que al fin llegó
la hora del desagravio.
Hace un instante han querido,
con el príncipe, arrancarnos
honor y patria, y el pueblo,
cual si estuviese animado
por solo un alma, y tuviese
nada más que un solo brazo,
acometió á los franceses
á las puertas de palacio.

MARÍA. ¿Ha corrido sangre?

AND. Mucha;
y correrá, hasta que hayamos
arrojado al extranjero
y tanta injuria vengado.
La patria nos llama á todos.

D. FER. Pues si nos llama, aquí estamos.
Curro, trae pronto mis armas.

MARÍA. ¡Padre!

D. FER. Reprime tu llanto.
Juan, tú te quedas con ella.
(Aparte Juan.)
(Sé su padre si yo falto.)

MARÍA. *(Señalando á su padre):*
Luis...

LUIS. Iré con él, María.

MARÍA. No te apartes de su lado.

CURRO. Aquí están.
(Curro trae dos escopetas que cogen D. Fernando y Luis.)
¿Y para mí?

JUAN. ¿Tú también?...

CURRO. ¡Pues está claro!
Cogeré la podadera
y... ¡zás! á podar gabachos.
(Otra descarga.)

AND. No perdamos tiempo.

MARÍA. ¡Padre!

D. FER. Hija mía, adiós. *(Se abrazan.)*
(A Andrés.) Partamos.
(Salen por el foro, formando grupo á la puerta de la verja, D. Fernando, Andrés, Luis y Curro; sobre la escalinata del pabellón Juan sostiene á María que llora. Al caer el telón se oye una nueva y nutrida descarga. Debe procurarse que esta descarga y las anteriores sean muy poco ruidosas y á la mayor distancia posible de la escena.)

FIN DEL ACTO PRIMERO

ACTO SEGUNDO

Habitación en casa de D. Fernando; puertas laterales; por la del foro se ve la arboleda del jardín; á la derecha una mesa de escribir; la acción empieza al caer la tarde y termina ya bien entrada la noche.

ESCENA PRIMERA

JUAN y CURRO (que entra en escena).

CURRO. ¿Y don Luis? ¿cómo se encuentra?
JUAN. ¡Déjame en paz!
CURRO. ¡Vaya un genio!
JUAN. Como me apuréis un poco,
cojo una estaca y la emprendo
con todo el mundo á estacazos
hasta que os muela los huesos.
CURRO. ¿Por qué razón?
JUAN. Porque sí.
CURRO. ¿Qué hemos hecho?
JUAN. ¿Qué habéis hecho?...
¡Os podéis vanagloriar
de vuestra hazaña!
CURRO. ¿Volvemos
á las andadas?
JUAN. ¡Qué día!...
CURRO. De gloria.
JUAN. Para el infierno.
Madres sin hijos, mujeres

sin esposos, pequeñuelos
sin padres... lágrimas, luto,
hambre, miseria... todo eso
queda del día de hoy;
¡mira tú lo que habéis hecho!
Y por fin de fiesta, ahí tienes
prisiones, fusilamientos...

CURRO. ¡Despues de todo... qué importa!
¡Paciencia! Tras de estos tiempos
de dolor, otros vendrán
de alegría y de contento;
mientras tanto, ¡que nos quiten
los franceses que hemos muerto!

JUAN. Por cada uno de los suyos
cayeron cien de los nuestros.

CURRO. Eso... según y conforme,
señor Juan; pues como echemos
bien las cuentas, me parece
que por allá nos iremos.
Y si no, vamos á ver,
aquí estoy yo sano y bueno
y lo menos he ensartado
á diez franceses... ¡lo menos!
pues, si cuenta los heridos,
vaya usted echando ceros;
y don Luis... ¡no digo nada!
y nuestro amo... ¡vaya un viejo!
pues, ¿y Andrés?... ese ha matado
tres ó cuatro regimientos.
Y, lo que digo, á nosotros
no nos ha pasado ni esto;
porque es verdad que á don Luis
le han hecho en el hombro izquierdo
una herida... poca cosa...
¡quién hace caso!... Por cierto
que si Andrés no sale al quite,
disparando al granadero
un tiro á boca de jarro

que le atravesó los sesos,
está don Luis á estas fechas
más difunto que mi abuelo.
Esta es la verdad.

JUAN. Te dejas
lo peor en el tintero.

CURRO. ¿Y qué es lo peor?

JUAN. ¿No sabes,
Curro, que está puesta á precio
la cabeza de Andrés?

CURRO. ¡Claro!

JUAN. ¿Que darán miles de premio
á quien diga dónde se halla
ó le entregue vivo ó muerto?

CURRO. Eso prueba, señor Juan,
que Andrés tiene mucho mérito.

JUAN. Y que algún traidor, tentado
por el maldito dinero,
le venderá como Judas
vendió á Cristo.

CURRO. No lo creo;
ni él se dejará coger,
ni hay español que haga eso;
además, que hoy ó mañana
pondremos tierra por medio.

JUAN. ¿Dónde vais?

CURRO. A recorrer
España, pueblo por pueblo,
para que á todo «monsiú»
le retuerzan el pescuezo.

JUAN. En fin, que estáis á matar
él y tú con el pellejo.

CURRO. De la nada lo hizo Dios.
con que bien poco perdemos.

JUAN. Basta de conversación
y marcha á ocupar tu puesto;
y, si asoma una patrulla,
ven á avisarnos corriendo.

CURRO. ¡Bonito oficio! Sin armas
andar por ahí al ojeo
y correr en cuanto asomen
un par de gorras de pelo...
¡yo! que tengo tantas ganas
de echar un baile con ellos.

JUAN. Curro, ¿quieres que nos cojan
y nos fusilen?

CURRO. No quiero.

JUAN. Pues, entonces, á cumplir
con tu obligación.

CURRO. *(Haciendo una reverencia cómica.)*
Adiéu.

ESCENA II

JUAN y D. FERNANDO

D. FER. ¿Con quién hablabas?

JUAN. Con Curro.

D. FER. Pobre muchacho; es muy bueno.

JUAN. ¿Cómo está don Luis?

D. FER. Descansa;
tiene alguna fiebre; pero
el cirujano me ha dicho
que curará en poco tiempo.

JUAN. Y el cirujano, ¿es persona
de confianza?

D. FER. La tengo
como en mí mismo.

JUAN Hay que andar
con cien ojos; donde menos
se piensa...

D. FER. No temas nada;
respondo de él.

JUAN. Bueno, bueno.

D. FER. ¿Y Andrés? ¿Ha venido?

JUAN. No.

D. Fer. ¿Dónde andará?
Juan. Estoy inquieto;
porque, según mis noticias,
le buscan con mucho empeño,
y si un traidor le descubre
y le delata...
D. Fer. ¡Le cuelgo
para escarmiento de pillos!
Juan. Pero ustedes, ¿no salieron
de aquí juntos?
D. Fer. Ya lo viste;
juntos fuimos en efecto;
mas, á los pocos minutos
de haber empezado el fuego,
cayó herido Luis; y Andrés,
con tres de sus compañeros,
nos hizo volver á casa;
desde entonces no le veo.
Pero Curro, que quedó
con él y que en todo el tiempo
que ha durado la refriega
no se apartó ni un momento
de su lado, nos ha dicho
que sin temor esperemos
su vuelta aquí, y que esta noche
llevará á un lugar secreto
á Luis, cuya herida puede
á él y á nosotros perdernos.
Esto es lo que hay; pero yo,
como tú, ya me impaciento
y temo que algún cobarde
le haya al francés descubierto.
Voy á averiguar yo mismo...
Juan. ¿Usted mismo?
D. Fer. Pronto vuelvo.
Juan. Es peligroso salir.
D. Fer. ¿Quién hace caso de un viejo?
Juan. Si no respetan á nadie.

D. Fer. No importa.
Juan. Entonces, iremos.
D. Fer. No; tú te quedas en casa,
por lo que ocurra á los nuestros.

ESCENA III

MARÍA y LUIS

María. ¿Te sientes fuerte?
Luis. Muy fuerte.
María. ¿Y el brazo?
Luis. Bien.
María. No lo muevas.
Luis. Si alguna vez se me olvida,
él mismo me lo recuerda
con un dolor tan agudo
que me hace ver las estrellas.
María. Pues ya sabes el remedio:
muy quietecito, y paciencia.
Siéntate en este sillón.
Luis. ¿Y tú?
María. También; aquí cerca.
Luis. ¡Quién había de decirnos
esta mañana, que hubieran
de ocurrir tantos sucesos...
menos el que más desea
mi corazón!
María. Es verdad.
Luis. Cuando atravesé esa puerta,
venía alegre y dichoso
para llevarte á la iglesia;
y de repente, María,
la boda se trocó en guerra,
nuestras galas fueron luto
y las alegrías penas.
Pero al fin, todo ha pasado.

MARÍA. ¡Oh! ¡Quién sabe! La sangrienta
lucha de hoy, y sus terribles
dolorosas consecuencias,
engendrarán nuevos males;
que siempre vienen las penas
á bandadas.

LUIS. No, María;
desecha tales ideas.
Y ahora, hablando de otra cosa,
¿cuál dirás que es la sorpresa
más grande que hoy he tenido?
Vamos, ¿á que no lo aciertas?

MARÍA. Como tú no me lo digas,
no adivino lo que sea.

LUIS. Pues me sorprendió que Andrés,
al verme herido, saliera
con tanto arrojo y peligro
de su vida en mi defensa.

MARÍA. A mí me hubiera asombrado
mucho más que no lo hiciera.

LUIS. ¿No has observado que siempre
existió entre los dos cierta
frialdad, y por su parte,
tal desvío y tal reserva,
que huía de hablar conmigo
y esquivaba mi presencia?

MARÍA. Aprensión tuya.

LUIS. Quizá;
pero, como yo, cualquiera
hubiera pensado, viendo
su altivez y su aspereza,
que, más bien que amigo mío,
mi enconado rival era.
Tal vez fueron infundadas
esas mezquinas sospechas.

MARÍA. No lo dudes.

LUIS. Ni es posible,
María, que dudar pueda

de quien con tanto valor
me ha salvado la existencia.

ESCENA IV

MARÍA, LUIS, CURRO; á poco JUAN

CURRO. ¡Ea! Digo que no quiero,
y no quiero; ¡se ha acabado!
LUIS. ¿Qué pasa, Curro?
CURRO. ¿Qué pasa?...
Pues por lo que yo no paso.
Llevo cerca de tres horas
sin mover piernas ni brazos,
ni decir oxte ni moxte
entre la hierba agachado,
y... ¡se acabó!
LUIS. ¿Qué es lo que haces?
CURRO. Pues, ¿qué he de hacer? Vigilando.
JUAN. ¿Ya dejaste el escondite?
CURRO. Sí, señor.
JUAN. ¿Ha ocurrido algo?
CURRO. Nada.
JUAN. ¿Pues qué haces aquí?
CURRO. He venido...
JUAN. ¿A qué? Habla claro.
CURRO. A que me den un fusil.
JUAN. ¿Un fusil?...
CURRO. De los del amo.
JUAN. Y tú, ¿para qué lo quieres?
CURRO. Eso no hay que preguntarlo.
JUAN. Sí, para comprometernos.
CURRO. ¡Yo, señor Juan!
JUAN. Vete al diablo.
CURRO. ¡Comprometerlos á ustedes!...
¡juro á Dios!...
JUAN. Juras en vano.

CURRO. Pero venga usted aquí,
señor Juan; si por acaso
se presentan esos tunos
á la puerta, ¿qué les hago?
¿Les pregunto por *madama*
y los *enfants*?... pues ¡canastos!
me descerrajan un tiro
á las primeras de cambio;
¿echo á correr?... pues lo mismo;
¿me quedo?... pues otro tanto.
Y entonces, ¿qué pasará?
Pues pasará... ¡esto es más claro
que la luz del día! que ellos
aquí entrarán sin obstáculo
como Pedro por su casa,
y prenderán á nuestro amo,
y á usted, y á la señorita,
y... ¡colorín colorado!
Mientras que si yo tuviese
un fusil, pongo por caso,
cuando quisieran entrar
les podría echar el alto;
y, tiro va y tiro viene,
pasaríamos el rato
hasta que todos ustedes
lograran ponerse en salvo.
Ya que esté de centinela,
quiero estar con arma al brazo
para defender mi puesto
cuando sea necesario.
Además, que es triste cosa
que á uno le den un balazo
y le dejen en el sitio
sin haber hecho otro tanto.
¡Como lleguen á venir!...
lo que es solo no me largo;
por lo menos, tres franchutes
van conmigo al otro barrio.

JUAN. Mira, coge lo que quieras,
y déjame en paz, muchacho.
CURRO. Gracias, gracias, señor Juan;
muchas gracias.
JUAN. ¡Y cuidado
con lo que haces!
CURRO. ¡Qué he de hacer!
Entre los bojes mirando
lo que pasa por la calle;
y si asoman los gabachos,
dejarlos venir; si llaman,
que llamen; pero si al cabo
forzasen la verja, entonces...
¡no hay más remedio! disparo.
LUIS. Dice bien.
CURRO. *(Yéndose.)* Hasta la vista.
JUAN. Curro.
CURRO. ¿Qué hay?
JUAN. Déjame á mano
el otro fusil.
CURRO. *(Haciendo ademán de disparar.)*
¿También
usted quiere...?
JUAN. Por si acaso;
se van poniendo las cosas
de tal suerte...
CURRO. *(Saliendo de escena.)*
¿Qué apostamos
á que, con tanto gruñir,
nos resulta un veterano?

ESCENA V

MARÍA, LUIS y JUAN

LUIS. Pero, dígame usted, Juan,
¿qué pasa?
JUAN. Nada.
LUIS. Por algo

serán esas precauciones.

JUAN. Ya lo dije: por si acaso.

LUIS. ¿Teme usted...?

JUAN. Todo lo temo;
desde que está pregonado
Andrés...

(El talento de la actriz que haga el papel de María, así como el director de escena, interpretarán la excepcional situación de dicho personaje desde el final de la escena tercera hasta el momento en que oye pronunciar el nombre de Andrés. En este intervalo su imaginación ha debido evocar, sin duda, los recuerdos del pasado, para explicarse mejor la naturaleza de los sentimientos que ha inspirado á Andrés. Esto no llega al público, pero debe de tenerse en cuenta para expresar convenientemente la situación de María.)

MARÍA. ¿Qué dicen ustedes?

JUAN. Y además, se ha puesto un bando...

MARÍA. *(Inquieta.)*
¿Qué significa...?

JUAN. En el cual
exhórtase al vecindario
á que le delate.

MARÍA. *(Con impaciencia.)*
Pero,
¿qué están ustedes hablando?,
¿qué le ocurre á Andrés? ¿qué es eso
de pregones y de bandos?

LUIS. *(Haciendo señas á Juan para que calle.)*
Nada. ¿No vienes, María?

MARÍA. Ya iré.

LUIS. No tardes.

MARÍA. No tardo.

ESCENA VII

MARÍA y JUAN

MARÍA. Juan.
JUAN. ¿Qué quieres?
MARÍA. ¿Dónde vas?
JUAN. Pues á recorrer la casa.
MARÍA. No tengas prisa.
JUAN. ¿Y si pasa
cualquier cosa?
MARÍA. Luego irás.
Escucha.
JUAN. ¿Por qué ese empeño?
MARÍA. Hoy tienes muy mal humor.
JUAN. Tal vez.
MARÍA. Pues hazme el favor
de desarrugar el ceño.
Necesito hablarte.
JUAN. ¿A mí?...
Déjalo para después.
MARÍA. Tengo que hablarte de Andrés.
JUAN. ¿Tú de Andrés?
MARÍA. Siéntate aquí.
JUAN. ¡Bueno va! Ya estoy sentado.
MARÍA. Siempre fuí una buena hermana
de Andrés; pero esta mañana
por vez primera he dudado
de que mi afecto haya sido
lo que creía.
JUAN. ¿Por qué?
MARÍA. Porque ahora de cierto sé
que el suyo no he merecido.
JUAN. ¿En qué te fundas?
MARÍA. En todo.
Si Andrés á mí me quisiera
como le quiero, se hubiera

conducido de otro modo.

JUAN. Tú no sabes lo que dices.

MARÍA. Entre hermanos no hay secretos;
y, sin pecar de indiscretos,
se cuentan, si son felices,
sus íntimas alegrías,
y en la desgracia sus penas;
como yo, que á manos llenas
le contaba á Andrés las mías.
No así él; que me ha ocultado,
hasta hoy mismo, una pasión
que, á la vez que el corazón,
su existencia ha destrozado.
¿Conoces tú á la mujer
que es causa de sus dolores?

JUAN. Nunca á mí de sus amores
me ha hablado.

MARÍA. ¿Y á sorprender
no llegaste su tristeza?

JUAN. Eso sí.

MARÍA. ¿Y no te contó...?

JUAN. Nada; ¡buena tengo yo
para cuentos la cabeza!

MARÍA. Pues, por mi parte, he podido
fácilmente comprender
que Andrés ama á una mujer
y que no es correspondido.

JUAN. Es posible.

MARÍA. No; es seguro,
Y tú la conoces.

JUAN. ¿Yo?

MARÍA. Sí; tú la conoces.

JUAN. No.

MARÍA. Júramelo, Juan.

JUAN. No juro.

MARÍA. No insisto; me basta ver
que no quieres contestar;
porque á veces es callar

tanto como responder.
(Breve pausa.)
Escucha de todos modos:
mi padre y tú habéis querido
mucho á Andrés, pero yo he sido
quien le quiso más de todos,
que al fin juntos compartimos
de nuestra infancia los días,
y las mismas alegrías
y pesadumbres tuvimos.
Aún en los troncos, grabados,
de los árboles, si vas
al jardín, encontrarás
nuestros nombres enlazados;
aún se ve perfectamente
la fecha que Andrés trazó,
el día que se ausentó,
en la piedra de la fuente;
tal vez mi primer pesar
lo causó aquella partida,
cuyo «adiós» de despedida
á gritos me hizo llorar;
¡qué triste me pareció
sin Andrés el mismo cielo!
y su nombre, ¡con qué anhelo
mi corazón repitió!
No acertaba á estar sin él;
y á medida que la ausencia
se acortaba, ¡qué impaciencia
me acosaba tan cruel!
En mis cartas—«¿Volverás
pronto?», siempre le escribía;
y al volver, ¡con qué alegría
le dije:—«Ya no te irás!»
¡Qué días los que siguieron
al de su vuelta! Dichosos,
alegres y presurosos
para nosotros corrieron.

Llama con sinceridad
estas cosas por su nombre
y dí, ¿no es querer á un hombre
y quererle de verdad?
(Breve pausa.)
¿No me respondes?
(Pausa.) Quien calla,
otorga, Juan.

JUAN. Así es.

MARÍA. Pues conmigo ha sido Andrés
el reves de la medalla.
Siempre le hallé cariñoso,
pero, si no de altanero,
tuvo mucho de severo
en nuestro trato amistoso.

JUAN. Es su carácter.

MARÍA. Hoy sé
que es su carácter así;
pero antes de hoy no lo vi,
y al juzgarle me engañé.
Hoy que sé cuánta amargura
su corazón envenena,
por evitarle una pena
diera mi mayor ventura;
y me inspira esa mujer,
que tan mal paga su amor,
ira y rabia.

JUAN. ¡Pues, señor,
no me queda más que ver!

MARÍA. ¿Qué es lo que quieres decir?
¿por qué extrañas?

JUAN. ¿Que te inspira
esa mujer rabia é ira?...
¡Pues si ella te llega á oir!

MARÍA. ¿La conozco?

JUAN. ¡Qué sé yo!

MARÍA. ¿Sabes?...

JUAN. Que haberla querido

su eterna desgracia ha sido.

MARÍA. Pues si él mismo me contó
que no la ha dicho jamás
que la amaba.

JUAN. Cierto.

MARÍA. Pues
si es desgraciado, lo es
por su culpa nada más.
Si de ignorante ha pecado,
esa mujer, no es traidora;
quizá le quiere, y, ahora,
siente que él haya callado.
¿Por qué le ocultó su afán?

JUAN. ¿Pues qué querías que hiciese?
¿que en la calle la siguiese
como hace tanto galán
imbécil, y como niño,
sin pizca de reflexión,
la dirigiera al balcón
ya una mirada, ya un guiño?
Pues si lo ha creído así,
tal mujer no le conviene;
porque ha probado que tiene
(Tocándose con el dedo en el pecho y en la frente.)
muy poco de aquí, y de aquí.

MARÍA. Eres injusto.

JUAN. Si yo
la conociera, ¡qué cosas
tan famosas la diría...
De seguro que...

MARÍA. Habla.

JUAN. No;
no son del caso, María;
pero, ¡tendrían que oir!

MARÍA. ¿Qué le pensabas decir?

JUAN. ¡Tantas cosas le diría!

MARÍA. Vamos; dímelas, por Dios;

lo deseo.

JUAN. ¡Qué capricho!

MARÍA. Dime...

JUAN. Nada. Harto te he dicho,
y... basta ya.

MARÍA. Juan...

JUAN. Adiós.

ESCENA VIII

MARÍA (sola).

Harto claro dió á entender
que es por mí tanta pasión.
¡Si él callara, el corazón
me lo haría comprender!...
Yo soy la ingrata mujer
que hirió á Andrés con su desvío...
Mas ¿por qué este desvarío?
¿por qué la inquietud me asalta?
¡por qué mi mente se exalta
pensando en Andrés, Dios mío!
¿Qué es esta ansiedad que siento
que hasta ahora jamás sentí?...
Cuando ha poco á Andrés oí
ponderar su sufrimiento,
me pareció que, á su acento,
se alzaba algo que dormía
en mi alma, y que moría
algo que el alma ocupaba...
Era una luz que expiraba
al par que otra luz nacía.
Aquel que en noche estrellada
contempla el suave fulgor
que llena de resplandor
la ancha bóveda azulada,
cuando fija la mirada

en tantas estrellas bellas,
imagina que son ellas
luz clara y resplandenciente...
mas brilla el sol en Oriente
y se apagan las estrellas.
Quien en la márgen de un río
ve las ondas pasajeras
que entre apartadas riberas
corren con sonante brío,
se asombra del poderío
del agua que ve pasar,
pero la llega á olvidar,
y hasta la juzga menguada,
cuando la ve sepultada
entre las olas del mar.
Quizá en rústico rincón
vivió alegre el campesino
bendiciendo su destino,
sin codicia ni ambición;
mas si á dorada mansión
le lleva su buena suerte,
y de ella dueño se advierte,
lo que antes le parecía
el centro de su alegría
lugar lo juzga de muerte...
Por sol la estrella tomé,
pensé que el río era mar
y el pobre y rústico hogar
regio palacio juzgué.
¡Cuán grande mi engaño fué!
Ante el nuevo resplandor
pierde la estrella el fulgor,
el hogar se desvanece,
el río en el mar perece...
y reina sólo el amor.

ESCENA IX

MARÍA, DON FERNANDO y JUAN.

(D. Fernando entra agitadísimo y detrás de él Juan.)

JUAN. ¿Qué tiene usted, don Fernando?
D. FER. ¡Hay que verlo!... ¡vive Cristo!...
¡verlo, como yo lo he visto!
MARÍA. ¿Qué ha visto usted?
D. FER. Ese bando
inicuo que pone á precio
la cabeza de Andrés.
MARÍA. *(En un grito.)* ¡Ah!
JUAN. Calle usted.
D. FER. ¡Déjame ya
desahogarme y que hable recio!
MARÍA. ¿Le condenan?...
D. FER. Por valiente.
MARÍA. ¿Le matarán?...
D. FER. A traición,
que hombres de tal corazón
no se matan frente á frente.
MARÍA. Pero, ¿qué hizo?
D. FER. Defender
su patria; oponer su pecho
en franca lid; eso ha hecho;
¡qué menos podía hacer!
Y ofrecen puñados de oro
por su vida; ¡miserables!
JUAN. Serán con él implacables.
MARÍA. ¿Y Andrés? ¿Dónde está?
D. FER. Lo ignoro.
En busca suya salí
hace un rato, y no le hallé;
ni alma ninguna se ve
que transite por ahí.
Madrid es un cementerio;

sus calles están desiertas,
cerradas todas las puertas,
sus hijos en cautiverio.
En silencio y soledad
se pone el sol y anochece,
y, como el día, parece
que agoniza la ciudad.
A veces á mis oídos
confusas quejas llegaban,
que de pronto se trocaban
en sollozos y gemidos;
fácil era adivinar
lo que allí pasado había,
sólo un dolor este día
hace gemir y llorar;
bien lo dicen altaneros
y arrogantes los franceses,
conduciendo como á reses
á inocentes prisioneros.
cuadro tan desolador
en medio de tanta calma,
á la vez infunde al alma
ira, vergüenza y horror.

JUAN. ¿Qué ruido?...

MARÍA. *(A Juan.)* Mira quién es.

D. FER. ¿Curro?

JUAN. *(Desde el foro.)* No es Curro el que viene.

D. FER. ¿Será Andrés?

MARÍA. ¡Qué duda tiene!
Sus pasos conozco.
(Se va al foro y exclama, estrechando con efusión entre las suyas la mano de Andrés, que aparece en escena.)
¡Andrés!

ESCENA X

MARÍA, DON FERNANDO, JUAN y ANDRÉS

AND. *(Estrechando las manos de cada uno de los que nombra.)*
María... Juan... don Fernando...
MARÍA. ¡Gracias á Dios que has venido!
JUAN. ¿Dónde has estado?
D. FER. ¿Qué ha sido
de ti? ¿Qué has hecho?
AND. Salvando
de esa cobarde matanza
á mis amigos, al par
que les aliento á tomar
pronta y terrible venganza.
JUAN. ¿Aún piensas en combatir?
AND. En aflicción tan inmensa,
¿en qué cree usted que piensa
todo español?... ¿en huir?
Nuestro ánimo no se abate;
haremos el sacrificio
de la vida, en el suplicio
lo mismo que en el combate.
JUAN. Os será adversa la suerte
una vez más.
AND. ¡Y qué importa!
á la larga ó á la corta
el pueblo será el más fuerte.
Sacien en Madrid su saña,
en crímenes y atropellos
se gocen, y contra ellos
se alzará más pronto España.
Cuanto más grande la ofensa,
cuanto mayor el ultraje,
más se avivan el coraje
y el ardor en la defensa.

Los odios que desenfrenen
contra ellos se volverán.

JUAN. ¡Olas que alza el huracán
en la arena á morir vienen!

AND. A veces humilde río
que en paz la llanura baña,
desciende de la montaña
turbio, furioso, bravío;
rompe el cauce que le encierra,
asuela ciudad y llano,
y cual furioso Oceano
inunda toda la tierra.

D. FER. Es verdad.

JUAN. ¿Usted también
aplaude tales locuras?
¿no bastan las desventuras
que tenemos?

MARÍA. Dices bien.

JUAN. Hora es ya de dar oídos
á la razón, y confiese
que estamos, mal que nos pese,
derrotados y vencidos;
que es tan odioso el cobarde
huyendo, como el valiente
que sucumbe inútilmente
de su arrojo haciendo alarde.

AND. ¡Oyéndole se diría
que no tiene corazón!
¡Someter á la razón
desapasionada y fría
el impulso... no, el instinto
que ciegamente nos mueve
á matar al que se atreve
á profanar el recinto
de nuestro hogar, y sus manos
pone en nuestra madre, y mata
á nuestra esposa, y maltrata
á nuestros hijos y hermanos!...

En tales casos, pensar
es tan infame, que fuera
más grande y noble una fiera
que mata sin razonar.

JUAN. ¿No te inspira compasión
tanta víctima inocente?

AND. Como otro cualquiera siente
y sufre mi corazón;
mas no me inspiran ternezas
el crímen y la metralla,
ni mi indignación se acalla
con femeniles flaquezas;
no suspiro y me contengo
ante el vil asesinato:
odio al verdugo, y le mato,
y á la víctima la vengo.

JUAN. Tu pasión no tiene nombre;
¿sólo al odio has de ceder?

AND. Llore la débil mujer
tales desdichas, no el hombre.
Si hubiera usted presenciado
la catástrofe tremenda
como yo, y en la contienda
á tanto héroe asesinado...
entonces, ¡ay! no hablaría
de piedad y compasión,
que también su corazón
de cólera estallaría.
Aún se alzan ante mis ojos
tantas escenas de muerte;
la hostilidad de lo inerte;
los palpitantes despojos.
Todavía mis miradas
ven presurosas pasar,
como las olas del mar,
mil sombras ensangrentadas.
Aún parece que se escucha
el pavoroso estampido

del cañón, y que á mi oído
llega el fragor de la lucha.
Hubo instantes en que entramos,
cual segador en las mieses,
entre masas de franceses
cuyas filas derribamos.
Ayes, gritos y clamores
llenaban el ancho cielo,
y, en ríos de sangre el suelo,
víctimas y matadores.
En nuestro triunfo embriagados
con denuedo combatimos,
pero en breve espacio vimos
que un enjambre de soldados,
hombres duchos en las artes
de ganar una batalla,
como ciclópea muralla
nos cercó por todas partes.
En infernal remolino
nos batimos brazo á brazo,
dispuestos en corto plazo
á morir ó abrir camino.
No fué larga la agonía;
combatiendo sin cesar
logramos al fin llegar
al Parque de Artillería;
¡ah! entonces la luz del sol
me pareció más brillante;
¡qué orgullo, en aquel instante,
tuve de ser español!
Eran pocos; reunidos
en torno de una bandera
que ya un harapo sólo era;
rotos, sangrientos, heridos.
En medio del grupo había,
espada en mano, un soldado,
pálido y ensangrentado,
que el combate dirigía

con la varonil cabeza
entre el fuego, altiva y sola
cercada de una aureola
de magnífica belleza.
Junto á los héroes yacían
cadáveres, cuyos ojos
mirar con ira y enojos
al invasor parecían.
Tres veces seguidas, tres,
aniquilar intentó
aquel baluarte, y huyó
el ejército francés.
Pero ¡ay! al fin pudo más
la traición que el heroísmo;
y allí cayó el patriotismo
á mansalva y por detrás.
De su infame traición ciertos
pronto gritaron: «¡Victoria!»
y en aquel campo de gloria
sólo hubo un montón de muertos.
(Breve pausa.)
Hable usted de compasión
cuanto quiera; mi piedad
se ha trocado en crueldad,
y en piedra mi corazón.
Ante la sangre vertida,
ante mis muertos hermanos,
no gimo, buscan mis manos
con ansia el arma homicida;
la sangre enemiga vierto,
y ni cejo ni perdono;
sólo arrancar ambiciono
mil vidas por cada muerto.

ESCENA XI

MARÍA, JUAN, DON FERNANDO, ANDRÉS y LUIS.

(Al principiar la escena, Juan trae una luz que coloca sobre la mesa.)

LUIS. Andrés, celebro encontrarle;
tengo con usted hoy deuda
de gratitud.
AND. ¡Por favor!...
Su buen deseo exagera;
quien cumple con su deber,
en la paz como en la guerra,
merece que se le estime,
mas no que se le agradezca.
¿Y la herida?
LUIS. No fué nada;
ya casi no me molesta.
AND. ¿Podrá usted venir conmigo?
LUIS. Cuando quiera y donde quiera.
AND. Estar herido, es decir
que se estuvo en la pelea;
y el herido, y las personas
que le encubran, tienen pena
de muerte.
LUIS. ¿Y usted?
MARÍA. ¿No sabes
que á ti también te condenan?...
AND. Eso nada significa;
quizá muy pronto me tengan
al alcance de sù mano;
veremos cómo se arreglan,
cuando estemos frente á frente,
para cumplir la sentencia.
MARÍA. ¡Oh Andrés! ¿No fuera mejor
que mi padre dispusiera
que fuésemos á pasar

unos meses á la hacienda
que tiene en el campo, y tú
con nosotros te vinieras?
Nada mejor que estar juntos.

D. FER. Me parece bien la idea.

AND. No insistan ustedes más;
suceda lo que suceda
he de cumplir lo que debo.
(A Luis.)
¿Vamos ya?

LUIS. Cuando usted quiera.

AND. *(A. D. Fernando.)*
Si alguna cosa ocurriere
ya ustedes saben las señas.

D. FER. Conocemos bien la casa.

MARÍA. ¿Os podremos ver en ella?

AND. A cualquier hora.

D. FER. Que Juan
os acompañe.

AND. Que venga
si quiere.

JUAN. ¡No he de querer!

D. FER. *(A Juan.)*
Te vas á la descubierta
delante de ellos, ¿entiendes?

JUAN. Sí, señor.

D. FER. Juan, que no tengan
un mal encuentro.

JUAN. Usted sabe
que soy la misma prudencia.
(Juan recoge y entrega á Luis y Andrés sus capas y sombreros.)

LUIS. Adiós, María.

MARÍA. Adiós, Luis.

LUIS. Don Fernando... *(Hablan los dos.)*

MARÍA. Andrés, ¡qué pena
tenernos que separar!

AND. Ya le verás con frecuencia.

MARÍA. ¿Y á ti?
AND. También.
MARÍA. Que no hagáis
locuras que os comprometan.
AND. Te respondo de él, María.
MARÍA ¿Y de ti?
AND. Lo que Dios quiera.
MARÍA. No, Andrés; pediré á la Virgen
del Carmen que te proteja.
(Se van todos, menos María, por la puerta del primer término derecha.)

ESCENA XII

MARÍA y DON FERNANDO

(María coge un libro y se sienta á leer en el primer término izquierda; á poco llega su padre, que dice la siguiente frase en el umbral de la puerta.)

D. FER. Ya se marcharon.
(Pausa; pasea la mirada por todas partes; se dirige al sillón que está junto á la mesa, y se sienta.)
¡Qué triste
es estar solo!
(Pausa; coge y suelta preocupado los objetos de la mesa y arregla el pábilo de la luz.)
No acierto
á moverme ni á hablar alto.
(Otra pausa; se vuelve, sin levantarse, hacia María, á quien contempla en silencio.)
¿Qué haces, hija mía?
MARÍA. Leo
este libro de oraciones.
Y usted, ¿en qué piensa?
D. FER. Pienso
en que ha dicho no sé quién
que cada hombre es un misterio,

y es la verdad; y si no.
¿cómo te explicas tú esto?
Esta mañana, tu boda
me entristecía en extremo;
la casa, tan animada,
se me antojaba un infierno;
no quería ver á nadie;
irritaban mi mal genio
cuantos me hablaban, y yo
les respondía gruñendo;
gozaba en la obscuridad,
me deleitaba el silencio
y, estar inmóvil y solo
sin pensar, era mi anhelo.
Pues bien; ahora me sucede
todo lo contrario: siento
que al fin no te hayas casado;
que el sol no luzca en el cielo;
que no esté aquí con nosotros
medio Madrid por lo menos,
para charlar por los codos
y... ¡vamos! que no me encuentro
tampoco á gusto esta noche,
y á mi pensar me entristezo
por... porque sí.

ESCENA XIII

MARÍA, DON FERNANDO y CURRO

Curro entra de puntillas y se dirige á Don Fernando, con quien habla á media voz; María vuelve á su lectura.

CURRO. Don Fernando.
D. FER. ¿Qué ocurre?
CURRO. Que ahí les tenemos.
D. FER. ¿A quién?
CURRO. Pues, á los franchutes.
D. FER. ¿Qué dices?
CURRO. Ni más ni menos.

Equivocaron las señas,
y llamaron los zopencos
en ese jardín que está
frente por frente del nuestro;
bajaron á abrir, y mientras
deshicieron el enredo
me enteré de cabo á rabo
de todo lo que dijeron.
Saben que Andrés tiene aquí
amistad y parentesco,
y nos vienen á prender.

D. FER. ¿Qué hacemos, Curro?

CURRO. ¿Qué hacemos?...
pues la cosa es bien sencilla;
sin pérdida de momento,
usted y la señorita
toman las de Villadiego.

D. FER. ¿Tú te vendrás con nosotros?

CURRO. No, señor; que yo me vuelvo
al jardín á todo escape.

D. FER. ¿Qué intentas?

CURRO. Entretenerlos
como Dios me dé á entender,
don Fernando, y ganar tiempo
para que escapen ustedes.

D. FER. ¿Y tú?

CURRO. Iré á buscarles luego.
(Se oyen, fuera, fuertes y repetidos golpes.)

MARÍA. *(Asustada.)* Padre, llaman.

D. FER. *(Con misterio.)* Calla y vente
conmigo.

MARÍA. ¡Divinos cielos!
¿qué pasa?

D. FER. Ya lo sabrás;
ahora sígueme en silencio.

CURRO. Pronto. *(María y don Fernando se dirigen á la puerta del primer término derecha.)*

D. FER. Que te espero, Curro.

CURRO. Bueno, señor.
D. FER. *(Al ir á desaparecer.)* Que te espero.

ESCENA XIV

CURRO

(Una vez solo, Curro se va de puntillas por el foro.—La escena queda sola durante algún tiempo.—Después de un buen rato de haber salido Curro, se oye un tiro; de allí á poco, otro; luego, dos á la vez. Estos disparos deben ser muy poco ruidosos.—Transcurren algunos segundos, y aparece de nuevo Curro, por la puerta del foro, herido y tambaleándose.)

CURRO. Han desperdiciado un tiro;
bastaba con el primero.
De dos, yo he tumbado á dos;
gano por un tanto el juego.
(Apaga la luz, y arrastrándose penosamente llega á la puerta del foro, cerrándola con grandes esfuerzos.)
Ahora, cuando entren aquí,
no hallarán á nadie. *(Cae muerto contra la puerta.)*

ESCENA XV

CURRO y DON FERNANDO

(Don Fernando aparece en la puerta por donde salió, se dirige al foro, tropieza con el cuerpo de Curro, se inclina, le reconoce y exclama:)

D. FER. ¡Muerto!

FIN DEL ACTO SEGUNDO

ACTO TERCERO

Habitación modestísima; puertas laterales y una ventana grande en el foro. A la izquierda del actor, una imagen de la Virgen de los Dolores.

ESCENA PRIMERA

ANDRÉS, JUAN y LUIS

(Juan y Luis, á la izquierda; Andrés, á la derecha, escribiendo.)

JUAN. Para que amanezca, falta
mucho tiempo todavía.
LUIS. ¡Qué hermosa noche!
JUAN. Sí; pero
las mañanas son muy frías.
Vaya usted á echarse un poco.
LUIS. ¿Para qué?... no dormiría.
JUAN. Y tú, Andrés, ¿cuándo concluyes
esas cartas?
AND. En seguida.
(Dictándose y escribiendo.)
«... Hay que sublevar en masa
»á todas nuestras provincias;
»que el grito de independencia
»España entera repita,
»y resuene en nuestros campos,
»en las aldeas y cimas
»de nuestras libres montañas

»en tantas guerras invictas.
»A todas partes llevad
»la imagen sangrienta y viva
»de este glorioso y terrible
»Dos de Mayo, que atestigua
»que el valor de nuestros padres
»aún en los hijos palpita.
»Decid á nuestros hermanos
»que Madrid perece víctima
»de la perfidia francesa,
»que España gime cautiva,
»que su honra es nuestra honra,
»que en nuestros esfuerzos fía
»su libertad y grandeza,
»y, por causa tan bendita
»y justa, debemos todos
»arriesgar hacienda y vida.»
He terminado. Estas cartas,
así que haya entrado el día,
quiero que las lleve usted
á quienes van dirigidas.
(Entrega las cartas á Juan, que se las guarda.)

JUAN. ¡Ah! Mientras tú en fomentar
la guerra sólo meditas,
en el viento de la noche
llegan claras y distintas
á estos sitios las descargas
con que á los nuestros fusilan.
(Señalando á la ventana.)
¿No las oyes?... A pequeños
intervalos repetidas,
anuncian con ronco estruendo
que expirantes caen cien víctimas.
Al través de las tinieblas,
desde esa ventana mira,
y verás las resplandores
de los disparos.

AND. Daría

por tomar pronta venganza,
si las tuviera, cien vidas.

JUAN. ¿Será fecunda la sangre
hoy á torrentes vertida?

AND. No lo dude usted; la hora
del desquite se aproxima.

LUIS. ¡Ah! Sí; no pueden quedar
sin castigo tanta inicua
crueldad y tanta infamia,
ó en los cielos no hay justicia.
(Se oye llamar al exterior de la casa.)

JUAN. *(A Andrés.)* ¿Has oído?

AND. Sí; han llamado.

JUAN *(Dirigiéndose á la ventana.)*
¿Quién será? *(Se asoma.)*
No se divisa
más que un bulto.

AND. Pues pregunte.

JUAN. *(Gritando.)* ¿Quién llama?

MARÍA. *(Dentro.)* Soy yo.

AND. }
LUIS. } ¡María!

ESCENA II

ANDRÉS, JUAN, LUIS y MARÍA

(Juan sale á abrir y vuelve con María; mientras tanto, Andrés y Luis han estado asomados á la ventana.)

LUIS. ¿Qué ocurre?

AND. ¿Por qué ese llanto?

MARÍA. *(Sollozando.)* Mi padre...

AND. ¿Qué ha sucedido?

MARÍA. *(Con hipo.)* Preso... preso...

LUIS. ¿Le han prendido
los franceses?

JUAN. ¡Cielo santo!

MARÍA. ¡Padre mío!...
JUAN. Vamos, calma;
tranquilízate, hija mía.
AND. Pero, ¿cómo fué, María?
LUIS. Dínoslo.
MARÍA. ¡Padre del alma!
AND. Habla.
MARÍA. Salisteis, y allí
nos quedamos él y yo
solos; á poco llegó
Curro, y hablaron; yo oí
llamar; mi padre, en seguida,
se acercó á mí; «calla y vente»,
me dijo; é inmediatamente
nos pusimos en huida.
No fué muy largo el camino;
pues, en la calle cercana,
llamó quedo á la ventana
de la casa de un vecino;
me confió á su cuidado
mientras él iba á buscar
á Curro y á averiguar
lo que en casa había pasado.
Tras los vidrios de la reja
me puse al punto en acecho,
febril, palpitante el pecho,
sin exhalar ni una queja;
de allí á poco oí el disparo
de un tiro... y otro después...
y luego dos... ¡ay, Andrés!
¡qué angustia! ¡qué desamparo!
yo no sé lo que sentí
cuando entre tanto soldado
vi á mi pobre padre atado
pasar delante de mí;
perdí en el acto el sentido,
y, apenas lo recobré,
aquella casa dejé

y corriendo aquí he venido.
Luis, Andrés... ¡por compasión!
Salvad á mi padre.

LUIS. Fía
en nuestro esfuerzo, María.

AND. Por lograr su salvación
hemos de hacer sin tardanza
cuanto pueda nuestro brío.

MARÍA. ¡Oh sí, en vosotros confío!

AND. Sí; no pierdas la esperanza!
Juan... Luis... los dos; ya propicias
ó adversas, con prontitud
y con toda exactitud,
traedme cuantas noticias
sea posible recoger
de don Fernando; aquí espero.

LUIS. Vamos, Juan.

JUAN. Sí, vamos; pero...
¡ya lo puedes suponer!

ESCENA III

ANDRÉS y MARÍA

MARÍA. ¿Qué ha dicho?

AND. Nada. Cálmate, María.

MARÍA. No me engañes, Andrés; por Dios te ruego
que no me ocultes la verdad. Sería
criminal mi abandono, y moriría
desesperada y blasfemando luego.
Si ha de morir, dejadme ir á su lado,
que le hable, que le escuche, que me vea;
que no piense que yo le he abandonado;
que en trance tan horrible y desdichado
yo su consuelo en su agonía sea.

AND. No morirá.

MARÍA. Ya nada bueno auguro.

AND. No morirá.
MARÍA. Cuando de aquella suerte
fué preso y arrastrado, de seguro
la muerte le darán.
AND. Pues yo te juro
que salvaré á tu padre de la muerte.
MARÍA. ¡Andrés! ¡Andrés!
AND. Despierta á la esperanza.
MARÍA. ¿Quizá su salvación está en tu mano?
AND. María, á poco mi poder alcanza;
pero, por esta vez, ten confianza.
MARÍA. ¿Será verdad?
AND. No juro nunca en vano.
MARÍA. ¡Qué bueno eres, Andrés! ¡Y yo tan ciega
que tu alma generosa no veía!
¡Cómo el destino con nosotros juega!
¡Tengo la dicha junto á mí, y se entrega
á un bien dudoso el corazón!
AND. María,
¿qué dices?
MARÍA. Déjame que en este instante
te exprese con verdad mi sentimiento;
no me juzgues ni creas inconstante:
hoy por primera vez me siento amante,
hoy por primera vez el amor siento.
AND. El dolor te trastorna.
MARÍA. No lo creas;
nunca en mi alma como ahora han sido
tan claras y precisas las ideas;
mírame cara á cara, porque leas
lo que hasta hoy en mis ojos no has leído.
AND. ¡María!
MARÍA. Fui inexperta, fui inocente;
te llamaban mi hermano, y como hermana
creía que te amaba ciegamente;
hasta que he comprendido de repente
ese funesto error esta mañana.
AND. ¡Calla! ¡calla, por Dios! porque imagino

que dictan tus palabras mi promesa.

MARÍA. La ficción aborrezco y abomino;
¿por qué ese pensamiento tan mezquino
cuando mi amor el labio te confiesa?
No es un ciego egoísmo el que me inspira,
ni el agradecimiento el que me inflama,
es el amor; y si lo dudas, mira...
¡que perezca mi padre si es mentira!
¿Dudas aún de que mi pecho te ama?

AND. ¡Gracias! ¡gracias, Dios mío! ¡Has apartado
de mis labios el cáliz de amargura!
¡Amar inmensamente y ser amado!...
El dulzor de la vida ya he gustado.
¡Y en qué instante me ofreces la ventura!

MARÍA. ¡Andrés! ¡Andrés!

AND. ¿Será cierta, María,
esta dicha que tanto codiciaba?

MARÍA. ¡Que si es cierta!... ¿Lo dudas todavía?

AND. ¡Oh! ¡qué felicidad!

MARÍA. ¡Yo no sabía
cuánto te amaba, Andrés, cuánto te amaba!
El afecto tranquilo y confiado,
la vida de familia sin enojos,
la costumbre de verte aquí á mi lado,
como á Juan y á mi padre, han ocultado
el amor tantos años á mis ojos.
Pero existía en mí este sentimiento,
existía; y la fiebre abrasadora
de este día de lucha y sufrimiento,
tanta ansiedad, el choque violento
de tantas penas como el alma llora
y el estrago terrible de la guerra,
sacudieron con furia mis entrañas
y surgió esta pasión que el alma encierra,
cual surge en los temblores de la tierra
el volcán que corona las montañas.

AND. ¡Cuánto dolor, cuánto pesar y cuánto
martirio este momento recompensa!

¡Amar sin esperanza, sufrir tanto,
y de pronto gozar el dulce encanto
de una dicha tan honda y tan inmensa!
Porque tú no lo sabes; yo te amaba
como á un ángel del cielo cuando niño;
joven, en contemplarte me extasiaba,
y en amor invencible se trocaba
el de la infancia fraternal cariño.
Siempre he tenido de mi amor conciencia;
siempre, siempre te amé; siempre he pensado
consagrarte á ti sola la existencia;
te amaba en tu insensible indiferencia;
á otro querías... y también te he amado.
Por ti mi corazón se sacrifica;
como el fuego, mi amor voraz se extiende;
la escoria con sus besos purifica,
da luz, fuerza, calor y vivifica,
nace en la tierra y hacia el cielo asciende.

MARÍA. Piensa en mi padre, Andrés.

AND. Tuya es mi alma,
mi existencia también tuya, María;
por tu felicidad daré con calma
la sangre de mis venas, y la palma
del martirio veré con alegría.
Ya no me importan penas ni dolores;
seré animoso ante la adversa suerte,
mi corona de espinas tendrá flores,
endulzarán mis odios tus amores
y con valor arrostraré la muerte.

MARÍA. No me hables de morir; tan sólo anhelo
que salves á mi padre, y ¡qué felices
podremos ser!

AND. ¡Felices!... sí... ¡en el cielo!

MARÍA. Y en la tierra.

AND. En la tierra todo es duelo,
sangre y desolación.

MARÍA. Andrés, ¿qué dices?

AND. ¡Ay! si supieses la tremenda lucha

que entre mi corazón y mi albedrío
se libra en este instante!... porque, escucha,
aunque por ti mi abnegación es mucha,
algo protesta en mí, y á pesar mío.
Es mi amor, sí, mi amor que, violento,
egoísta y cruel, me grita y llama,
y, con terrible y angustiado acento:
«huye, dice, al peligro y al tormento,
y, pues eres dichoso, vive y ama».
¡Es tan grata y tan bella la existencia
después de haber luchado y padecido!...
¡Ay! ¡cómo renunciar á tu presencia!
¡cómo aceptar una tan larga ausencia
cuando apenas tu amor he conocido!

MARÍA. No te comprendo, Andrés; si de la muerte
librares á mi padre sin ventura,
¡cuánto mi corazón no ha de deberte!
pero, muriendo, seguiré su suerte
y perderás mi amor y mi ternura.

AND. ¿Tú morir?... ¡Ah! no abrigues más temores;
pronto á tu padre abrazarás gozosa;
pasarán de esta guerra los horrores,
vendrán horas de paz, tiernos amores
serán tu encanto y vivirás dichosa;
y mi recuerdo llenará tus días
sin que pueda borrarlo ningún hombre;
á mí me deberás tus alegrías,
las esperanzas tuyas serán mías
y con fervor pronunciarás mi nombre.
¿Tú morir?... ¡Ah! perdóname, María,
si dudé, si temí; Dios igualmente
el cáliz del dolor apartó un día
de sus labios, y, al verse en la agonía,
dobló abatido la divina frente.

ESCENA IV

ANDRÉS, MARÍA y JUAN

MARÍA. ¡Oh! ¡Juan! ¿Traes noticias?
JUAN. Sí.
AND. Diga usted pronto por Dios,
qué ha averiguado.
MARÍA. *(Viendo que trata de separar á Andrés.)*
A los dos.
JUAN. ¿A los dos?... No; *(á Andrés)* sólo á ti.
MARÍA. *(Con ansiedad.)*
Y á mí, Juan.
JUAN. De ningún modo.
MARÍA. *(Atemorizada.)*
¡Le han matado, Virgen mía!
JUAN. No ha muerto.
AND. Hable usted; María
debe de saberlo todo.
JUAN. ¿Tienes el juicio cabal?
AND. He ofrecido no ocultarla
la verdad.
JUAN. ¿Quieres matarla?
AND. Más cruel y más mortal
es el silencio traidor
que por la espalda nos hiere;
María, como yo, quiere
ver cara á cara el dolor.
Además, si don Fernando
vive aún, se salvará;
hable usted, que nos está
con su silencio matando.
JUAN. Sea, pues que así lo quieres.
Pasé por el Prado; allí,
montones de muertos vi
de hombres, niños y mujeres.
A la gente se fusila

sin auxilio de la cruz,
de grupo en grupo, á la luz
de un farol, puestos en fila.
Apartando con horror
la vista de tanto mal,
dirigíme al Principal
por saber de mi señor.
El jardín de casa abierto
vi al pasar, y, entre el tumulto
de la gente medio oculto,
que á Curro sacaban muerto.

AND. ¿Ha muerto Curro?

JUAN. Luchando
como un héroe; por salvarle,
y sin duda por vengarle,
prendieron á don Fernando.

MARÍA. ¡Cuántas desgracias!

JUAN. Seguí
mi camino, y, al fin de él,
la verdad fué más cruel
de lo que antes presumí.
Entre un grupo, cuya suerte
leí en su aspecto sombrío,
vi á don Fernando.

MARÍA. ¡Dios mío!

AND. ¿Le han condenado?...

JUAN. Sí; á muerte.

MARÍA. ¡Padre del alma!

JUAN. Altaneros,
tranquilos, y custodiados
por numerosos soldados,
estaban los prisioneros,
esperando la brigada
que los iba á conducir
hasta el Prado.

MARÍA. ¡Va á morir,
Santo Dios!

AND. No temas nada.

MARÍA. ¡Sálvale!
AND. Sin duda alguna.
JUAN. En este instante quizá
hacia el patíbulo va;
no hay esperanza.
AND. Sí; hay una.
(Con solemnidad.)
JUAN. ¿Cuál?
AND. Esperadme los dos.
(A María.)
Juré que le salvaría
y le salvaré, María.
JUAN. ¿Cómo?
AND. Como quiera Dios.
JUAN. Andrés, no quiero que partas.
MARÍA. ¡Qué! ¿No le dejas marchar?
AND. No se olvide de llevar
á su destino esas cartas.
JUAN. Creo en tus ojos leer
una decisión funesta.
AND. Acabemos.
JUAN. Pues contesta;
¿qué es lo que piensas hacer?
AND. Urge el tiempo.
JUAN No te irás.
MARÍA. ¿Que no se irá?
JUAN. Escucha.
AND. No.
MARÍA. ¡Matas á mi padre!
JUAN. ¡Yo!
MARÍA. Sí; tú le matas.
AND. Atrás.
JUAN. Andrés, no me desesperes;
te he dado casa y abrigo,
mi pan compartí contigo,
me debes vida y cuanto eres,
por ti arrostré mil pesares;
y ahora, que á la vejez llego,

¿me abandonarás?... Te ruego,
cual te amparé, que me ampares.

AND. Se me parte el corazón,
pero no la voluntad.

MARÍA. ¿Será tarde?... ¡Qué ansiedad!

JUAN. No vayas; ¡por compasión!

AND. Paso; todo inútil es

JUAN. Ve estas lágrimas.

AND. Ya el día
no tardará. Adiós, María.
Adiós, Juan.

JUAN. *(Siguiéndole.)*
¡Andrés, Andrés!

ESCENA V

MARÍA

Ya se fueron; ¡qué agonía!
¡Cuánta siniestra negrura!
¡Cuántas olas de amargura
invaden el alma mía!
(Se asoma á la ventana.)
Ni el más ligero rumor
en la obscuridad se advierte...
El silencio de la muerte
causara menos horror...
Todo negro, todo en calma...
eterna noche de duelo...
¡Cuántas sombras en el cielo!
¡Cuántas sombras en el alma!
(Pausa.)
Pasa el tiempo...
(Dirigiéndose á la imagen de la Virgen.)
Virgen pura,
gloria y esperanza nuestra,
á quien el cielo nos muestra
como faro de ventura;

tú, que amparas y proteges
á justos y á pecadores,
apiádente mis dolores;
Madre mía, no me dejes
huérfana y sola en la vida;
ten compasión, ten clemencia
y á mi padre la existencia
sálvale, Virgen querida.
En ti espero, en ti confío
y en el que llevaste un día
en tus entrañas.

D. FER. *(Dentro.)* María.

MARÍA. ¿Esa voz?... ¡él!
(Entra D. Fernando y se abrazan.)
¡Padre mío!

ESCENA VI

MARÍA DON y FERNANDO

MARÍA. ¡Libre!... La Virgen del cielo
ha escuchado mis plegarias;
gracias, gracias, Madre mía.
¿Y Andrés?

D. FER. ¿Andrés?

MARÍA. De esta casa
salió ha poco.

D. FER. ¿Dónde ha ido?

MARÍA. Al saber que usted estaba
preso y condenado á muerte,
secó piadoso mis lágrimas,
jurándome que él podía
salvarle; y, sin más tardanza,
se marchó con tal objeto
no ha mucho.

D. FER. ¡Cosa más rara!

MARÍA. ¿No le vió usted?

D. FER. No le he visto.

MARÍA. Entonces, padre, ¿á qué causa
debe usted el estar libre?
¿Qué ha pasado?

D. FER. Calla, calla...
deja que recuerde... Temo
comprender... Sí, sí; marchaba
yo con otros infelices
entre dos filas compactas
de soldados, cuando un hombre,
el rostro envuelto en la capa,
se fué al jefe de la escolta
y hablaron breves palabras;
después, el jefe, mandándome
desatar, dijo en voz alta:
—«Estás indultado y libre;
puedes marcharte á tu casa.»

MARÍA. ¿Y ese hombre?...

D. FER. No sé quién era;
los soldados me cercaban,
la noche era aún muy obscura
y él, lejos, se recataba.

MARÍA. Sería Andrés.

D. FER. ¡Oh! sí, ha sido
Andrés!...

ESCENA VII

MARÍA, DON FERNANDO y JUAN

(Juan, que ha oído las últimas palabras anteriores, entra apresuradamente y descompuestos traje y rostro.)

JUAN. ¡Le matan! ¡le matan!
Se ha entregado por usted.

D. FER. ¿Qué dices?

MARÍA. ¡Andrés del alma!

JUAN. *(Abriendo la ventana, cuya viva luz del amanecer contrastará con la obscuridad de la escena.)* Mire usted.

(Se acercan todos á la ventana y miran al exterior.)

D. FER. Soy un cobarde.

MARÍA. *(Cayendo anonadada en los brazos de su padre.)* ¡Qué horror!

JUAN. *(Enarbolando los puños.)* ¡Venganza! ¡venganza!

Madrid 5 de Octubre de 1893.

FIN DEL DRAMA

EL DIAMANTE NEGRO.

OBRAS DEL MISMO AUTOR.

EN UN ACTO.

Una coincidencia alfabética.
Un animal raro.
Tº que le falta á mi marido.
Al borde del precipicio.
Dos y tres... dos.
Aurora de libertad.
Una casa de fieras.
¡¡El mundo en un armario!!
La venida del Mesias.
Un Milord de Ciempozuelos.
Americanos de pega.
Pedro el Veterano.
El retrato de Macaria.
¡El demenio de los Bufos!!!!
La comedianta Ruñna.
El impuesto de guerra.

EN DOS ACTOS.

Una conversion en diez minutos.
Un liberal como hay muchos.
El Can-cán.-¡Atrás, paisano!
Setiembre del 68 y Abril del 69.
¡El Teatro en 1876!!
El príncipe Llla.
Satanás II.
El Diamante negro.

EN TRES ACTOS.

La Almoneda del diablo.
El paloma azul.
La espada de Satanás.
La laurel de plata.
La azucena del prado, zarzuela. [1]
Desde Céres á Flora.
Los amores del diablo.

PIEZAS BILINGÜES.

De fomater á lacayo.
Les elecsions d'un poblet.
Un rato en l'hort del Santissim.
En les festes d'un carreg.
La mona de Pascua.
La flor del camí del Grau.
La toma de Tetuan; [2] zarzuela.
Dos pichones del Turia, [3] zarzuela.
La cotorra d'Alacuas.
Telémaco en l'Albufera, parodia.
Una broma de Sabó.
Una paella.
Un doctor de secá.
Zapatero... á tus zapatos.
L'agüelo Patillagroga.
Nubolaeta d'estiu. [4]
Carracuca!!!
La comedianta Ruñna.
El que fuig de Deu...
Adan y Eva en Burchasot.
Doña Juana Tenorio.
Arros en fesols y naps.
Dos Adans contra un aserp.
La ocasio la pinten calva.
Volantins en Chirivella.
Chavaloyes.

---

1 Música de D. Joaquin Miró.
2 Id. Id.
3 Música de D. F. A. Barbieri.
4 Id. del Sr. Nieto.

EL DIAMANTE NEGRO

CUENTO COMICO-LIRICO-FANTASTICO

EN DOS ACTOS EN PROSA Y VERSO,

ESCRITO CON EL PENSAMIENTO DE UNA OBRA FRANCESA

POR

DON RAFAEL MARÍA LIERN,

MUSICA DE

DON BENITO DE MONFORT.

Estrenado con éxito extraordinario en el TEATRO DEL JARDIN DEL BUEN RETITO el 7 de Julio de 1875.

MADRID.

IMPRENTA DE JOSÉ RODRIGUEZ.—CALVARIO, 18.

1875.

PERSONAJES.	ACTORES.
FLORALBA.....	Sra. D.ª Romualda Moriones.
JABADITA.....	Pascuala Cabezas.
UN PAJE.	M. Fernandez.
QUIQUIRIQUÍ.....	Sr. D. José García.
PEDRO.....	Antonio Campoamor.
ROBERTO	Cárlos Marron.

Tiroleses de uno y otro sexo.—Acompañamiento fantástico.—Tres duendes.

Decoraciones de D. Antonio Bielsa.
Trajes de D. Dalmacio Detrell.
Atrezzo de D. Nicolás Rodriguez.
Bailables de D. M. Muñoz.

La accion en el Tirol.

Esta obra es propiedad de D. ALONSO GULLON, y nadie podrá, sin su permiso, reimprimirla ni representarla en España y sus posesiones de Ultramar, ni en los paises con los cuales haya celebrados ó se celebren en adelante tratados internacionales de propiedad literaria.

Los comisionados representantes de la Galería Lirico-Dramática, titulada El Teatro, de dicho señor GULLON, son los exclusivamente encargados de conceder ó negar el permiso de representacion y del cobro de los derechos de propiedad.

Queda hecho el depósito que marca la ley.

AL SEÑOR

DON FELIPE DUCAZCAL.

Dedica esta obrilla, en prenda de invariable afecto, su apasionado amigo

Rafael María Liern.

ACTO PRIMERO.

Selva. Á la derecha, primer término, la puerta de una cabaña. Un gran peñon en el centro del teatro, á la altura de la tercera ó cuarta caja. En lontananza caserío.

ESCENA PRIMERA.

CORO DE SEÑORAS y PEDRO. Éste, pensativo, á la izquierda. El coro á la derecha, cuchicheando.

MUSICA.

UNAS.
El secreto Pedro
nos revelará
si se le pregunta
sin importunar.

OTRAS.
Segun y conforme,
qué es muy animal,
y si le parece
no contestará.

TODAS.
Vamos á probar,
vamos á probar. (Acércanse á Pedro.)
Hermano Pedro,
¿por qué se os ve
tan pensativo?

PEDRO. Yo os lo diré.
Hay un secreto
que esclarecer,
y aunque soy listo
no doy con él.

CORO. El misterio no existe
más que en tu mente.

PEDRO. Hay misterio en mi casa.
Podeis creerme.

CORO. Para tales creencias
tendrás indicios.

PEDRO. Sí señor, y muy grandes.

CORO. Vamos á oirlos.

(Misteriosamente lo que sigue. Pedro rodeado de las campesinas.)

I.

PEDRO. Cuando le roba la noche
al cielo su hermoso azul,
rauda ninfa en áureo coche
llega envuelta en negro tul.
Llena el aire el son de un coro
que hace el alma extremecer,
y se ve una lluvia de oro
dulcemente descender.
Pero invisible
se hace la lluvia
ántes que el suelo
llegue á tocar,
y se oye apenas
el rumorcillo
de plata y oro
que hace el metal.
Din, din,
dan, dan.
Como si dijera
para hacer rabiar,
segun yo colijo

por aquel compás:
din, din,
dan, dan,
me verás, me verás,
pero no me catarás.

—

CORO. Como si dijera
para hacer rabiar, etc.

—

PEDRO. La fantasma causa miedo;
yo tirito de pavor.
¡Es un duende por lo visto!
CORO. ¡Cielo santo, qué temblor!
(Tiemblan todos, apretándose los unos contra los otros.)
TODOS. Temblemos, temblemos,
recemos, recemos,
si no de congoja
me da un patatús.
¡Ay, ay, pobrecilla,
si el duende me pilla...
QUIQ. Socorro, socorro.
TODOS. (Gran voz.) ¡Los duendes ¡Jesús!
(Sale huyendo y muy asustado Quiquiriquí.)
QUIQ. ¡Que me sigue!
CORO. ¿Quién?
QUIQ. ¡La sombra!
CORO. ¡Ay! ¡Es cierto, mírala! (Saltando todos de miedo.)
QUIQ. ¡Ay! ¡Que viene por la izquierda!
CORO DE HOMBRES. (Saliendo.)
¿Quién se asusta?
CORO DE MUJERES Y HOMBRES. ¡Já, já, já!... (Gran carcajada.)
CORO. Dime, ¿qué tienes,
Quiquiriquí?
QUIQ. Mil sanguijuelas
en la nariz.
CORO. ¡Ay, qué desgracia!
Di, ¿cómo fué?

QUIQ. En dos palabras
yo lo diré.

I.

QUIQ. (Señalando á la nariz.)
Como en lugar de narices
tengo un pitorro cual veis,
ántes que beban mis labios
quiere el pitorro beber.
Á beber me eché de bruces
en la balsa que hay allí,
y saqué una berengena
donde tuve la nariz.
Amiguitos mios,
por amor de Dios,
arrancad los bichos
que dan picazon.
¡Ay, ay, ay!
cuatro rascaditas
pido por favor.

II.

QUIQ. Como en lugar de narices
con esta alcuza nací
que sale al doblar la esquina
ántes que yo la nariz,
á beber me eché de bruces
de la balsa en el pilon
y se dieron las malditas
en mi alcuza un alcuzon.
Amiguitos mios
etc., etc.

—

CORO. Pobre muchacho,
rabiando está;
en sus narices
hay que rascar.
¡Ay,

qué risa que me da á mí
el pobre Quiquiriquí!
¡Já, já, já!
Rasca que te rasca
te rasca hasta allí,
rasca que te rasca,
¡ay, Quiquiriquí!

QUIQ. ¡Ay, qué pena que me da á mí,
ay, pobre Quiquiriquí!

HABLADO.

QUIQ. Arrancadme por Dios estos bichos, aunque me arranquen ellos las narices. ¡Y como chupan las condenadas!

PEDRO. ¡Y que están gorditas!

QUIQ. Pero no están hartas. Estas sanguijuelas deben ser españolas.

TODOS. Já, já!...

PEDRO. Espera y las echaremos sal en la cola. Vé á buscarla, niña. (Á una, que se va corriendo y vuelve.)

QUIQ. Cuando vuelva ya se me habrán comido la mitad del aparato de oler! ¡Ay! Ya está ahí! (Dando en salto.)

VARIOS. ¿Quién?

QUIQ. La sombra que me persigue.

VARIOS. ¿Dónde?

QUIQ. ¡Ay!

TODOS. ¡Ay! (Saltan todos.)

QUIQ. No es por allí, que es por el otro lado.

PEDRO. Tranquilízate que nadie te acosa, y cuenta con detalles lo sucedido.

QUIQ. ¡Ay, si no puedo! Qué dolor tengo en la tabaquera!

ESCENA II.

DICHOS y ROBERTO. Salé de la choza.

ROBERTO. Te está bien empleado por curioso.

QUIQ. No te alegres de mi desgracia, hermano.

ROBERTO. Eso te enseñará á respetar lo que no te importa.

PEDRO. Pero me importa á mí.

ROBERTO. Poco más ó ménos, lo mismo que á éste. Esa ambicion que te devora será la causa de tu ruina.

PEDRO. Pues sí señor. Quiero descubrir el secreto que rodea nuestra casa.

ROBERTO. Mejor fuera respetarlo, puesto que así lo desea nuestro anciano padre.

QUIQ. Toma, y nuestro padre, ¿por qué tiene secretos para nosotros?

PEDRO. ¿Los tenemos nosotros para él?

QUIQ. Yo no le oculto nada. Cuando tengo hambre se lo digo francamente...

PEDRO. Cuando tengo sed lo confieso sin rodeos...

QUIQ. Y cuando me hacen falta un par de zapatos le digo que me los compre.

PEDRO. Yo me los compro sin decírselo.

QUIQ. Ya veis si se puede ser más franco.

ROBERTO. En fin, desistid de vuestro tenaz empeño...

PEDRO. No señor... En nuestra casa debe existir un gran tesoro oculto... Y es fuerza descubrirlo.

QUIQ. Yo quiero ser poderoso.

PEDRO. Y yo... Tener palacios, jardines, fiestas, comidas... Tirar de largo, en una palabra.

QUIQ. Y de un coche si es preciso. (En serio.)

PEDRO. Eso no.

QUIQ. Yo sí... Ya me voy hartando de ir á pie.

PEDRO. Pues figúrate lo que á mí me pasará con esta bola. (Moviéndose el abdomen de un lado á otro.)

QUIQ. Hombre, sí que debe ser molesta... (Le da una gran palmada en el abdomen.)

PEDRO. ¡Ay! (Rien todos.)

QUIQ. Andar por el mundo con ese peso...

PEDRO. No, si no me incomoda... Yo estoy ágil... y ando con mucha gracia. Mira la prueba. (Da un paseito grotesco.)

QUIQ. ¡Viva lo bonito! (Requebrándole.)

PEDRO. Eso mismo me dicen las mujeres... (Sonriendo candorosamente.) Y hay una... hay una... la más bonita de todas...

ROBERTO. ¡Floralba!

PEDRO. Tú novia... Es decir, tu novia hasta que yo quiera, porque se me figura que la he flechado.

ROBERTO. ¡Imposible!...

QUIQ. Si Floralba está enamorada de éste...

PEDRO. Pero se fija mucho en mí. Y me gasta unas bromitas... Anoche despues de cenar salía yo á tomar el fresco, respirando fatigosamente, como todo el que ha cenado bien... cuando me encontré á Floralba... «Qué cansado estás,» me dijo... Bastante; la contesté.—«¿Qué, te mudas de casa?»—No; ¿por qué lo dices?—«Como te llevas á cuestas la cómoda...»—(Aludiendo al abdomen.) Y me dió un papirotazo en la esfera, que me encantó.

TODOS. ¡Já, já, já!...

PEDRO. He conocido que me quiere mucho.

QUIQ. ¿En el papirotazo?

PEDRO. Y en todo... ¡Oh! descubra yo el tesoro, que mia será la mano de esa niña.

ROBERTO. Yo te prohibo alzar los ojos delante de Floralba.

PEDRO. El corazon es libre.

QUIQ. Y los ojos tambien.

PEDRO y QUIQ. Y haremos de ellos lo que nos dé la gana y miraremos así... y haremos estos guiñitos y los pondremos en blanco y bizcos y tuertos y como nos parezca... y á ella le gustará mucho...

ROBERTO. ¡Imposible!...

PEDRO. Si no que se lo pregunten á ella...

QUIQ. Aquí está Floralba. (Todos miran al foro.)

ESCENA III.

DICHOS y FLORALBA.

MUSICA.

CORO GENERAL. Llega, Floralba,

pura y gentil.
Ven, montañesa,
ven hácia aquí.

(Llaman todos con la mano. Aparece Floralba por el foro. Viste un traje al capricho y fantasía, entrelazado con ramaje y flores. Un pajarillo sobre la cabeza y dos en los hombros.)

FLOR. Gracias, amigos,
gracias sin fin.

(Pedro y Roberto se aproximan á saludarla. Floralba, reuniéndolos, les canta lo que sigue.)

Dos ruiseñores
diéronme allí (Señala al campo.)
estos consejos
que vais á oir.

I.

Dijo el primer ruiseñor
que debe toda mujer,
si la requieren de amor,
de este modo responder.
Busque otra comarca
si va con mal fin,
que no somos bobas
las de por aquí.
No á mis paisanitas
querais engañar...
pues la tirolesa
le contestará:
La, la, la itú
la, la, itú,
somos previsoras
las de por aquí.
La, la, la itu,
la, la, la,
saben defenderse
las de por acá.

TODOS. La, la, itu, etc.

II.

FLOR. Diz el segundo que amor
es mariposilla infiel,
que ya no piensa en la flor
si ha libado con su miel.
Si la mariposa
tiene un falso amor,
busque otras montañas
que las del Tirol.
No á mis paisanitas
piense en engañar,
pues la tirolesa
le contestará:
La, la, itu, etc.

TODOS. La, la, itu, etc.

HABLADO

FLOR. Si no es del alma antojo,
las tintas del enojo
tiñen de palidez ese semblante. (Á Roberto.)
¡Oh, yo las borraré, que mi alegría
rasga de la tristeza el negro velo
como rasga las sombras de la noche
la luz primera al irradiar el dia,
de rosa y nácar esmaltando el cielo.

ROBERTO. Es verdad, mi Floralba.
Tu voz es mi consuelo,
de tus ojos la luz, luz es del alba
que el mal ahuyenta de la noche mia.

QUIQ. (Como encandilado.)
(¡Cuán regraciosa está! ¡Me la comía!)

PEDRO. (Dándose cierto tono.)
Amar én este valle
donde se crian mozos de este talle,
peligrosillo es, porque los celos

no dan sino amargura y sinsabores.

FLOR. No dan sino agasajo mis amores.
Si ni familia tengo, ya lo sabes,
que amargue mi pasion;
sí que la tengo,
y con ella te ufanas
y mi pena ufanándote mitigas:
mi padre es Dios, las aves mis hermanas,
las flores mis amigas.
Y en lenguaje privado,
aves, flores y yo nos entendemos.
Oye lo que ha pasado.

ROBERTO. La historia con placer escucharemos.

QUIQ. Pues señor... (Va á hablar.)

FLOR. Tú callado.

QUIQ. Ya está el cerrojo echado.

(Poniéndose dos dedos entre los labios.)

FLOR. Al cruzar por esa vega
que frondosa
manto de flores despliega
caprichosa,
de un clavel la gallardía,
á cogerlo
provocó la mano mia.
Presurosa
lo separé de su tallo,
y en su cáliz entreabierto
que los céfiros velaban,
dejé impresa una caricia.
Brisa y flores murmuraban...
«Pues lo besa
con delicia,
para mí tengo por cierto
que el clavel irá á Roberto.»
Lo acertaban.
Mecí en el ambiente
gallardo el clavel;

las aves llegaron,
las brisas vinieron,
las flores se alzaron
dejándome en él,
perfumes, esencias,
rocío y cadencias;
acepta el clavel;
que á par del rocío
de perlas del rio,
y esencias y flores,
y besos de amores,
y cántigas suaves
de armónicas aves,
de amor signo fiel,
van dulces, risueños,
mis mágicos sueños,
mi paz, mi ternura,
mi amante ventura,
mi fe más querida,
mi aliento, mi vida
y el alma con él.

(Entrega apasionada el clavel á Roberto.)

ROBERTO. Mi labio la flor besa
y mi cariño tu cintura enlaza. (La abraza.)
Es inmenso mi amor... es infinito.

PEDRO. Para él el clavelito,
y para mí... señor...

QUIQ. La calabaza.

PEDRO. Pues no ha de salirse con la suya... Temblando de amor he de ver á mis piés á esa orgullosa. (Suena una campana. Quedan cuchicheando Pedro y Quiquiriquí.)

ROBERTO. Amigos, esa campana os llama al trabajo nuevamente. (Entra en la casa.)

VARIOS. Adios, Floralba.

FLOR. Id con él, compañeras.

PEDRO. Palabra, Quiquiriquí.

QUIQ. Dila. (Hablan al oido los dos hermanos.)

ROBERTO. Espérame un momento.

FLOR. ¿Á dónde vas? (Roberto ha salido trayendo un cesto de viandas.)

ROBERTO. Á llevar la comida á los pobres viejos.

FLOR. Dichoso tú que tienes padres. (Vánae al foro.) Aquí te esperaré.

PEDRO. ¿Harás lo que mando?

QUIQ. De esta vez ó muerto ó poderoso. Ahora verás tú quién es Calleja. (Váse corriendo.)

PEDRO. (Contoneándose.) Y yo á enamorar á esa rebelde. Cupido, dame tus flechas. Ninfa de las montañas, préstame la armonía encantadora de tu voz.

FLOR. Esperaré á Roberto cogiendo flores en el jardinillo.

PEDRO. ¿Floralba? (Va á entrar en la choza.)

FLOR. ¿Qué?

PEDRO. Escúchame un instante.

MUSICA.

Pedro, acompañándose á la guitarra, canta grotesca y melancólicamento.

PEDRO.
Si tú mi amor desdeñas,
te juro y es tan fijo
como el sol,
que hoy mismo este botijo
se rompe entre las peñas
del Tirol.
Piedad de mí,
piedad de mí.
Dame un dulce sí.
Pues lloro yo,
pues lloro yo
No me des un no.

FLOR.
No, no esperes que yo te mire,
Perico amigo,
con tal furor.
No, que en tanto que yo respire,

Roberto, digo
será mi amor.
Pides y en vano ruegas
á mis favores
poder llegar.
Yo sé que el favor no llegas
ni mis amores
á conquistar.

PEDRO. Mira mi quebranto,
mira mi llorar.
Duélate mi llanto,
calma este penar.

(Floralba repite la letra que dice.)

Á DUO.

FLOR. No, no esperes que yo te mire, et.

PEDRO. No, no esperes que yo te mire,
Perico amigo,
con tal rencor.
No, que en tanto que yo respire
prometo y digo
serás mi amor.

FLOR. (Voy á burlarme
de este infeliz.)

PEDRO. Voy á matarme,
voy á morir.

FLOR. No, que mi mano
es para tí.

—

LOS DOS. Como el jilguero
que por el prado
dulce y parlero
saltando va...
Mi enamorado
corazoncito
de cariñito
saltando está.

Aquí ven,
ven á oir,
oye bien
qué latir.
¡Qué saltar,
qué temblor!
¡Mi temblor
es de amor!

FLOR. Es fuerte el ti-tí.
PEDRO. Es fuerte el ta-tá.
FLOR. Pues ven hácia mí.
PEDRO. Pues ven hácia acá.
LOS DOS. Como el jilguero, etc.

HABLADO.

PEDRO. Conque al fin la reina
de las altas cimas
que el Tirol protegen
y el Tirol dominan,
por mi amor ganada,
por mi amor herida,
su amor con su mano
me dá compasiva.
FLOR. (Dengosa.) Á ciegas, Cupido,
sus flechas envía.
PEDRO. Pues no ha de pesarte
Tirolesa linda.
Mi cara es graciosa,
alegre mi risa,
los ojos tunantes,
la mirada pícara,
y el talle... no digo
que sea la espiga
que al aire se mece;
pero vamos... niña,

es retrecherillo,
(Dando un paseito.)
y eso está á la vista.
Soy rico en haciendas,
que yo tengo viñas,
yo tengo ganados,
yo tengo gallinas,
yo tengo cabritos,
yo tengo cabritas,
y pues yo te adoro
y tú eres bonita,
y la reina eres
de las altas cimas
que al Tirol rodean
y al Tirol dominan,
aunque me incomoda
y aunque me fastidia
(Hincando la rodilla.)
por causa del buche
doblar la rodilla,
la doblo y te digo
con mi voz melíflua,
«dame un sí del alma,
tirolesa mia.»

FLOR. Levanta del suelo
y escucha á la niña
cuyo pie recorre
las vedadas cimas
que el Tirol rodean
y el Tirol dominan.
Cuando te despiertes
por la mañanita,
de frente al espejo
sin pasion te miras;
y así que sus rayos
verídicos digan,
que es bella tu cara

y alegre tu risa,
tunantes los ojos,
la mirada pícara,
y flexible el juego
de tu cinturita,
vienes aquí en súplica
de la mano mia;
pero en tanto, Pedro,
repara y medita
si es precio tu cara
de esta sonrisilla,
de este movimiento,
de esta gallardía,
de mis ojos garzos
de mi boca rica.
Aflígete, sufre,
solloza, suspira,
maldice, patea,
y rabia y suplica,
pero no consigues
de la Floralbilla
más que un par de pares
de calabacitas.

(Váse dándole un fuerte golpe en el abdomen. Pedro rompe á llorar grotescamente y con mucha fuerza.)

ESCENA IV.

PEDRO y en seguida QUIQUIRIQUÍ.

PEDRO. Me clavó en el buchecillo
una flecha envenenada.
No peca de cariñosa
la niña... ¡pero de clara!

(Vuelve á llorar estrepitosamente.)

QUIQ. (Sale azorado.)
¡Pedro! Ay!

PEDRO. ¡Ay! (Saltando los dos de miedo.)

que han desplegado en sus jaulas.
Al entrar yo se incorporan
sin decir ni una palabra.
Yo saludo y me contestan
rascándose con la pata,
no sé si el pico ó la cresta,
pero en fin, con mucha gracia.

PEDRO. (Con ansiedad creciente.)
No divagues, por Dios santo.

QUIQ. En el centro de la estancia
veo una gallina rubia,
no era rubia, era jabada,
no era jabada, era negra,
tan negra como mis ánsias,
con el pico levantado,
puestas en hueco las alas,
el ojo doliente y triste,
quejumbrosa y apenada.
Por la actitud que tenía
vine á conocer que estaba
en estado interesante...
De pronto gime, se agacha,
vuelve pudibunda el pico
esquivando mis miradas,
hace un postrimer esfuerzo,
cacarea, se levanta,
y con aire victorioso
su pico al suelo señala
diciéndome: «ahí queda eso»
mientras al nido volaba.

PEDRO. Abrevia la historia, hermano.

QUIQ. Sobre amarillentas pajas,
puestas en cesto de mimbres
y adornos de filigrana,
lecho nupcial de la bípeda,
espléndido reposaba
un huevo de oro tamaño.

Ágil mi mano le agarra;
suena un trueno, las gallinas
se estremecen en sus jaulas,
cruje el gallinero todo,
todo el mundo me amenaza.
Á una luz fosforescente,
de olor de azufre impregnada,
veo aparecer la sombra;
salto al suelo y ella salta,
y corro y corre tenaz
hasta las puertas de casa,
y al verme libre supongo
que ha quedado disipada. (Mirando á todas partes.)
Esta es la historia completa,
esta es la gloriosa hazaña;
y pues descubrí el secreto,
y pues rompí la charada,
y pues descifré el enigma,
y pues disipé tus ánsias,
á cambio del huevo de oro (Presentándolo.)
dame un abrazo del alma. (Se abrazan.)

PEDRO. Más que la vida te debo.

QUIQ. Caliente está aún, repara.

PEDRO. Es verdad. Y es de oro.

QUIQ. De oro
macizo...

PEDRO. Pero se ablanda
con la presion.

QUIQ. Debe ser
que esté pasado por agua,
pero cuando llegue á duro...
Ya se le enfria la cáscara,
ya pesa más...

PEDRO. ¿Y no había
más huevo que éste?

QUIQ. Acabáras.
Á millones y á granel;

las hueverías de España,
que son las más abundantes,
con la nuestra comparadas
son una pobre tortilla.
Apuesto yo... un real de plata
á que no hay quien rompa
el huevo.

PEDRO. (Asustado.) No lo intentes.

QUIQ. Vamos, calla.
Quiero si el huevo se rompe
que venga aquí la fantasma.

(Estrella el huevo contra el suelo. Gran trueno y muchas voces fuera. Tumulto y confusion.)

LOS DOS. ¡Ay!...

(Huyen despavoridos.)

ESCENA V.

CORO GENERAL, JABADITA y PEDRO. Por todos lados llegan en tropel los aldeanos. Jabadita viste un traje de fantasía.

MÚSICA.

CORO. ¿Qué ocurre, qué pasa,
qué es ello, decid?

PEDRO. Que el cielo y la tierra
se quieren hundir. (Aparece Jabadita.)

JABADITA. No es cierto. La causa
soy yo.

TODOS. (Temblando.) ¡Ay de mí!
¿Quién sois? (Váse Pedro.)

JABADITA. Al instante
le voy á decir.

I.

JABADITA. Mi nombre es Jabadita,
y mi linaje
ya lo deja ver el traje

con que por el mundo voy.
Mi madre es la bonita
gallina de oro,
y del mágico tesoro
la heredera sola soy.
Cuando la pluma
llegue á soltar
y en vez del feo
caracacá
el castellano
llegue yo á hablar,
seré pollita
de sociedad.
Haré monadas
de acá y de aquí.
Bonitos pollos
vendran tras mí,
y con mi cara
y á más din, din,
y hermosa reina
de los dandys,
al mirarme rica y bella
y adorada aquí y allí,
rabiarán por mí de envidia
las pollitas de Madrid.

CORO. (Repite el estribillo.)

JABADITA. (Yendo al foro.)

Probad, mis secuaces,
que vengo de paz.
Mis mariposillas,
alegres bailad.

(Aparecen diez y seis mariposas. Bailete de mariposas, coreado y con acompañamiento de liras.)

CORO. La mariposilla
va de flor en flor
porque es coquetilla
más que el niño amor.

Bello un mariposo
viene tras de mí.
Ya que es tan hermoso
le diré que sí...
Siga la fiesta,
viva el amor.
Ven, mariposa,
ven á mi voz.

HABLADO.

Pedro asoma la cabeza poco á poco por el primer bastidor de la izquierda.

JABADITA. No temais, campesinos. Vengo de paz. Y tú, mortal asombradizo, que temeroso de mis encantos te guareces en el follaje, ven á mi presencia.

PEDRO. (Á algunos campesinos.) Eso va con alguno de vosotros.

JABADITA. No va sino contigo. (¿No te inspira confianza la bondadosa luz que irradia en mis ojuelos?)

PEDRO. (Parece buena persona.)

JABADITA. (Llega sin temor, mi amigo Pedro.)

PEDRO. ¡Ah! Conque la cosa va con *miquis*.

JABADITA. Efectivamente, va *contiquis*.

PEDRO. Pues aquí me teneis. ¿Y cómo sabeis mi nombre, sin conocerme?

JABADITA. Y tambien conozco á tus hermanos.

PEDRO. ¿Los conoceis sin conocerlos?

JABADITA. De algo ha de servirme el oficio de hechicera.

TODOS. (Persignándose.) ¡Ave-María Purísima!

JABADITA. No os asusteis. Vengo á labrar vuestra dicha. He sufrido esclava harto tiempo. ¿Es mucho que quiera hacer felices á los que me han dado la libertad?

PEDRO. ¿Esclava, dónde?

JABADITA. En el gallinero de vuestra choza.

PEDRO. Pues no os he visto.

JABADITA. Cómo habías de verme si me encerraban los nítidos y quebradizos muros...

PEDRO. No sigais... Estábais prisionera entre las paredes.

JABADITA. De un huevecillo de tórtola.

PEDRO. ¿Vos? ¡Pues eche usted huevo!

JABADITA. Misterios de la hechicería. Soy hija del ave de oro.

PEDRO. Es decir, una pollita que me está dando gana de aletear, de hacer la rueca y de... ¿Y quién es ese pájaro dorado?

JABADITA. Una princesa reducida á la forma de ave por celos de un poderoso encantador.

PEDRO. De manera que al desencantarla, le hemos hecho un beneficio inmenso.

JABADITA. Que sabrá recompensar largamente.

PEDRO. Bendito sea mi hermano que dió en el quid. Permitid que os lo presente. Es el más poqueño de la familia, ¿Quiquiriquí? Es buen muchacho. Un poquillo feo... No tiene el aire de familia como yo; ¿Quiquiriquí?... Pero en fin, no todos han de nacer con esta suerte... (Paseándose.) ¿Quiquiriquí?...

JABADITA. Inútil es que le llames.

PEDRO. ¿Por qué?

JABADITA. Apartad. Porque está allí. (Tiende la varita mágica y vese trasformarse en un enorme huevo un gran peñon.)

PEDRO. En ese huevo; pues ya habría con su yema para un centenar de flanes. ¡Pobre hermano mio! Estará hecho un pollo.

JABADITA. Efectivamente, un pollo hecho y derecho.

PEDRO. ¿Y por qué lo habeis aprisionado?

JABADITA. Pena es impuesta al descubridor del hechizo.

PEDRO. Pues cualquiera puede hacerles á ustedes un favor.

JABADITA. Prémiase el beneficio, pero se castiga la curiosidad.

PEDRO. Vaya, vaya. Yo voy á romperle la coronilla al huevo ese...

JABADITA. Quieto... Eso me toca á mí. Id vosotros á recoger el tesoro que os aguarda en nuestro nido.

PEDRO. ¿Mucho metal?

JABADITA. Más del que podeis imaginar.

PEDRO. Vamos. ¡Viva la hechicera!

TODOS. ¡Viva!

mas dar me da vergüencita
un ese i sí.
Con placer escucho
tu cacarear,
y me gusta mucho
ese aletear.
Cumple tu deseo
pues resuena aquí
ese cacareo
de Quiquiriquí.

(Sepáranse como avergonzados y se miran como á hurtadillas poniéndose el dedito en la boca.)

De rubor arde mi cara,
tengo miedo á mi papá.

QUIQ. Yo quisiera que usté hablara
de su amor á mi mamá.

JABADITA. ¡Qué mirar!

QUIQ. ¡Qué placer!

JABADITA. ¡Qué gozar!

QUIQ. ¡Qué mujer!

JABADITA. Ven á mí.

QUIQ. Allá voy.

JABADITA. ¿Vienes, dí?

QUIQ. Tuyo soy.
Al ver la de tus hechuras
ese a ele sal,
etc , etc.

JABADITA. Tambien la de tus hechuras
ese a ele sal,
etc., etc.

HABLADO.

QUIQ. Pero qué impetuoso vengo al mundo despues de mi rara trasmigracion!

JABADITA. Poco habeis perdido con ella.

QUIQ. Al contrario. He ganado mucho. De simple paleto estoy

hecho un señorito.

JABADITA. Un pollo de la última cria.

QUIQ. Un dandy, un lion. (Paseándose de un lado á otro.) ¡Qué maneras tan distinguidas! ¡Qué delicadeza de sentimientos! ¡Qué figura sobre todo! ¡Y la ropa es elegantísima! (Al mirarse por detrás se ve la cola.) ¡Santa María Magdalena! ¿Qué plumero es este?

JABADITA. El distintivo de la especie.

QUIQ. ¡Jesús! ¡Anda, y cómo se menea! (Dando saltitos y mirándose hácia atrás.)

JABADITA. Y os hace mucha gracia.

QUIQ. Parezco un gallo inglés... (Rie mucho y salta como riñendo.) Esto sí que es bueno, esto sí que es bueno. (Sigue saltando.)

JABADITA. No os movais tanto, que os podeis desplumar.

QUIQ. Cá .. Estas cosas se mueven, pero no se caen... Y á todas estas, podeis explicarme lo que ha sucedido? ¿Qué pasa?

JABADITA. Que descubriendo vos el secreto de la gallina mágica, sois rico, poderoso, y estais en camino de llegar á la felicidad suprema.

QUIQ. ¡Ay, explicádmelo todo!

JABADITA. Más tarde os lo explicaré. Ahora es imposible. Ved que llega la comitiva. Lo primero es entregaros y entregar á vuestros hermanos los talismanes á que por el descubrimiento os habeis hecho acreedores.

QUIQ. ¿Conque tenemos talismanes?

ABADITA. Los más poderosos de la hechicería. (Voces y algazara dentro.)

VOCES. (Dentro.) ¡Viva! (Muchas veces.)

ESCENA VII.

DICHOS, PEDRO, ROBERTO, FLORALBA, CORO GENERAL.

PEDRO. ¡Viva! Ya estoy aquí.

QUIQ. ¡Pedro!

PEDRO. ¿Qué bicho es este? Osc... osc... (Como se espanta á las gallinas.)

QUIQ. Si soy Quiquiriquí.

ROBERTO. ¡Hermano mio!

PEDRO. ¡Somos felices! Hemos heredado una infinidad de talismanes, y no hay más que irlos rompiendo para realizar nuestros deseos.

QUINQ. ¡Floralba!

PEDRO. ¡Oh! Ahora que soy rico, yo me vengaré de Floralba.

JABADITA. Pase la comitiva.

(Con mucha voz.)

MÚSICA.

CORO. ¡Es un prodigio!
¡Qué admiracion!
¡Qué maja llegá
la procesion!

(Aparece al son de la marcha la comitiva de Jabadita. Descuellan en ella tres duendes vestidos fantástica y ricamente, Cada uno de ellos trae sobre un paño de grana y plata, un cesto de mimbre plateado, lleno de huevos de oro.)

JABADITA. Talismanes son de precio
los que allí mirando estais.
Uno de estos canastillos
corresponde á cada cual.

(Por cada uno de los tres hermanos.)

CORO. ¡Qué riqueza! ¡Qué fortuna!
¡Quién tuviera un talisman!

ROBERTO. (Á Floralba.) De una riqueza
tengo ambicion,
si ella engrandece
tu dulce amor.

FLOR. (Con pasion.) ¡Pobre te quiero
que pobre soy!

(Agrúpase el foro alrededor de los amantes.)

PEDRO. (Ap.) Esta pichona
y este pichon,
hoy van á darme
la desazon.
Tengo una idea
que es de mi flor.
Tengo el talento
de Salomon.

(Imperativamente lo que sigue. Toma de su cesto un huevo de oro.)

De la cestilla
que le tocó,
quiero al instante
la destruccion.
Huya el tesoro
que apeteció
y sea rico
solito yo.

(Estrella el huevo con fuerza. El cesto de Roberto se trasforma en gran bouquet.)

CORO. ¡Jesús qué asombro!
¡Qué admiracion!

(Coge Roberto uno de los ramilletes de flores.)

ROBERTO. Nada importa la riqueza
cuando puro es el amor,
mira toda mi grandeza
condensada en una flor.
Como ella pura
es mi querer,
por ella juro
tu esposo ser.

FLOR. Lá, lá lá, itá,
saben defenderse
las de por acá. (En son de burla.)

ROBERTO. Pues que ingrata eres, juro por mi Dios,
olvidar tu hechizo, olvidar tu amor.

FLOR. Ingrata me llama, cuando amante soy.

PEDRO. Las penas se olvidan y empiece el amor.

(Mucha animacion.)

FLOR. Camino es la vida
sembrado de flores,
si dulces amores
las hacen brotar.
Hoy llora Roberto,
mañana dichoso
un prado frondoso
podrá transitar.

JABADITA y QUIQ. Oye bien lo que dice
por Dios, por Dios,
y que nunca me falte
tu dulce amor.
Es mi dicha en el mundo
ser tu pichon.
No te olvides monona
de mi pasion.

TODOS. Camino es la vida
sembrado de flores,
etc., etc.

CORO. ¡Qué placer es cantar,
qué placer es amar!

(Baja el telon cuando está el cuadro más animado.)

FIN DEL ACTO PRIMERO

ACTO SEGUNDO.

Jardin.—Decoracion corta.

ESCENA PRIMERA.

ROBERTO y CORO DE HOMBRES.

Roberto se halla pensativo.

MÚSICA.

(Como murmuracion.)

CORO. Diz que está maleficado
por la mágia negra, y diz
que del cielo abandonado
ya no puede ser feliz.
Lo del maleficio,
segun mi pensar,
tiene ciertamente
probabilidad.
Yo no sé de cierto
si será verdad...
pero asi se cuenta
por la vecindad.

ROBERTO. Dejadme un momento.

CORO. ¿Por qué, por qué?
ROBERTO. Porque es mi gusto
que me dejeis.
CORO. Pues que él lo manda
vámonos ya. (Váse el Coro.)
ROBERTO. Quieren las penas
la soledad.

ESCENA II.

ROBERTO, solo.

ROMANZA.

ROBERTO. El amor es un foro
de luz cubierto,
que del mar de la vida
luce en el puerto.
De su luz me alumbraron
ricos fulgores,
pero apagan los celos
sus resplandores.
¡Ah!
Luz de esperanza,
ven á alumbrar
el faro mio
que muere ya.
CORO DE MUJERES (Dentro.)
Lá, lá, rá,
lá, lá, rá.
ROBERTO. Es la voz de la esperanza
la que hiriendo el alma está.
(Aparecen diez y seis pajes elegantísimos. Coro de mujeres.)
CORO y PAJES. Una princesa altiva,
de rostro singular,
humildemente pide
permiso para entrar.
ROBERTO. (Con afan.) ¿Quién es, quién es?

PAJES. Sabedlo pues.
Tiene labios de rubí
como yo.
Febo el cutis como á mí
le doró.
En su boca ví labrar
rica miel,
y es su talle singular
un clavel.
Es la más bonita flor
del pensil.
Es su cuello seductor
de marfil.
De su frente el celestial
rosicler,
es del nácar matinal
el nacer.
¡Ay, caballero,
decid ligero,
que á mi señora
vais galante á recibir!
¡Ay, sí!

ROBERTO. Rayo de amor—del que perdí,
consolador—penetra en mí.
Con tu brillar—me das el ser,
cesó el pesar—y el padecer.

HABLADO.

ROBERTO. ¡Oh! ¿Cuándo podré ver á la princesa? ¿Decidme, dónde se halla?

UN PAJE. Á dos pasos de aquí.

ROBERTO. Llevadme á su presencia.

ESCENA III.

DICHOS y FLORALBA, en traje de hechicera, envuelta en un gran albornoz.

FLOR. En ella estais.

ROBERTO. ¿Qué me quereis? ¡El acento de esa voz, qué dulcemente suena en mis oidos! Es la voz de Floralba.

FLOR. Va á reconocerme. Utilizaré mi talisman. Haced que no me reconozca, auxiliares de mi poder. Despejad; y cuenta con revelar á nadie mi secreto. (Saludan respetuosamente los Pajes y vánse.) ¿Habeis amado á una campesina llama Floralba?

ROBERTO. Sí.

FLOR. ¿Que ingrata á vuestros amores os ha abandonado al veros en la pobreza?

ROBERTO. Sí.

FLOR. ¿Habeis oido hablar del diamante negro?

ROBERTO. ¿Un talisman perteneciente á las joyas de la corona?

FLOR. Joya riquísima, que Pedro, vuestro hermano, regaló á Floralba á costa de la mitad de su fortuna. Pues bien, ese diamante ha sido robado.

ROBERTO. ¿Por quién?

FLOR. Por una hechicera que favorece tus amores. Floralba llora la perdida joya. Toda su ambicion se cifra hoy en recobrarla.

ROBERTO. ¿Dónde está la hechicera de que me habeis hablado?

FLOR. Soy yo y hé aquí el diamante (Presentando un estuchito.)

ROBERTO. ¿Esta es la joya?

FLOR. Guardadla. Yo os la entrego.

ROBERTO. ¿Para que se la devuelva á Floralba?

FLOR. Semejante paso os costaría la vida. Floralba os amará mientras el anillo no salga de vuestro poder.

ROBERTO. ¿Es posible?

FLOR. Para enternecer vuestro corazon, para obligaros á devolver el anillo, se emplearán ruegos, lágrimas y las súplicas más ardientes, hasta de Floralba misma. No cedais á tamañas supercherías ó perdereis para siempre

su amor.

ROBERTO. ¿Cómo resistir á las súplicas de Floralba?

FLOR. Si cedeis, al par de su amor perdereis la vida.

ROBERTO. ¿Quién me asegura vuestra veracidad y vuestro poder?

FLOR. Yo misma.

ROBERTO. Descubríos si quereis que os crea.

FLOR. Mirad. (Trasfórmase en Ninfa.)

ROBERTO. ¡Ah!... ¿Quién sois?

MUSICA.

FLOR.
Soy un sueño del amor
ó el producto de un vapor
celestial.
Bella ninfa del eden
en mi pecho anida el bien
como el mal.
Pura y bella,
vaporosa,
sobre el tallo de una rosa
tengo un nido
y allí estoy.
Soy estrella
de colores
que protege los amores.
Esto he sido
y esto soy.

ROBERTO.
Si esto es así,
bella niña,
piedad para mí.

II.

FLOR.
En dolencias del rosal
me da abrigo un ideal
alhelí.
Que la esencia de la flor
es el nido del amor

para mí.

DUO.

FLOR.

Pura y bella,
vaporosa,
sobre el tallo de una rosa
tengo un nido
y allí estoy.
Soy estrella
de colores,
que protege los amores.
Esto he sido
y esto soy.

ROBERTO.

Pura y bella,
vaporosa,
sobre el tallo de una rosa
tiene un nido,
á verlo voy.
Á la estrella
de colores
proteccion á mis amores
yo la pido
por quien soy.

HABLADO.

ROBERTO. No partas de aquí veloz.
Te lo pido por el cielo,
que es bálsamo de consuelo
la armonía de tu voz.

FLOR. Guarda esa joya preciada
y del más discreto modo.

ROBERTO. Mas ¿quién eres?

FLOR. Lo soy todo
á veces, y á veces nada.

Soy la Ninfa del espacio,
que al salir de su palacio
leve y pura,
con su aliento
da á las brisas movimiento,
y á las auras matinales
da frescura.

ROBERTO. La que las plantas orea,
la que dulce balancea
las espigas á su paso,
la que flores al acaso
desparrama...

FLOR. La que al jilguero canoro
que de celillos convulso
se estremece...
da el impulso
para subir á la rama,
que se mece
con el peso.
Y al son de canto de amores
dó la dulce compañera
que le espera
le da un beso
que mitiga sus dolores.
Y soy el ave,
la débil nube
de seno vano,
que al cielo sube
dejando el llano,
y en giro suave
volver resuelve,
deshace el vuelo,
y al llano vuelve
dejando el cielo.

(Con volubilidad, gracia y coquetería. Rapidez hasta el final.)

Indecisa,
soy encanto,

soy la brisa,
soy el llanto,
soy la risa,
libre giro,
vengo y voy.
Soy acento
de un suspiro,
soy el viento,
soy la espuma,
soy aliento,
soy la pluma,
no más soy.
Que tengo del hada
fantástico el modo,
y así lo soy todo,
y así no soy nada. (Váse corriendo.)

ROBERTO. Ocúltase y me convida
con amores y placeres.
Yo he de averiguar quién eres
aunque me cueste la vida. (Váse.)

MUTACION.

Rotonda de flores en el palacio de Pedro.

ESCENA IV.

CORO DE PAJES.

MUSICA.

CORO. (Dirigiéndose al público.)
La bella Jabadita
la tímida pollita,
que salió ha poco del cascaron
—lo juro por mi nombre—
demuestra por el hombre
una marcada gran aficion.

No lo desmiento,
bien puede ser,
que yo la siento
por la mujer.
Y no es tontuna,
pues juro á Dios
que más que una
me gustan dos.
¡Ay mujercitas mias,
guardado tengo aquí
un almacen de besos
que luchan por salir!
El cerrojillo es débil
y ya no puedo más.
Salgan, pues, mis besitos
de su cautividad. (Echando besos al aire.)
Besad ahí,
lo mando yo,
sobre la frente sí,
sobre la boca no.

HABLADO.

ESCENA V.

PEDRO y en seguida QUIQUIRIQUÍ.

PEDRO. Cantar en palacio cuando está afligido vuestro dueño y señor... Despejad...

UN PAJE. Señor!...

PEDRO. Despejad os digo... Los buenos pajes deben llorar cuando llora su amo.

QUIQ. (Saliendo.) Sí señor, sí señor, ó cuando llora algun sujeto de la familia. (Rompe á llorar.) Vamos, vamos, despejad... (Inclínanse, los pajes se van.)

PEDRO. Ya ves, ya ves la felicidad que tenemos.

QUIQ. Ojalá hubiéramos seguido toda la vida siendo pobres.

PEDRO. Desde que me tentó el demonio de la ambicion, no ha asomado á mis labios ni una sonrisa.

QUIQ. Ni á los mios. Y si me rio será por dentro, porque yo no lo noto.

PEDRO. Quince dias hace que heredamos los talismanes y mira los que me quedan, todo por satisfacer los caprichos de Floralba.

QUIQ. Eso me pasa á mí con Jabadita. Dice que quiere esto... ¡Pum!... Talisman roto. Que quiere lo otro... ¡Pum!... Huevos al plato. Que quiere lo de más allá... ¡Tortilla! Que se me antoja lo de más aquí... Revueltos ó estrellados. Y de rotura en rotura vamos derechos, derechos á la miseria... (Llora.) Porque esto, ¿qué es ya? Una miseria.

PEDRO. Nosotros tenemos la culpa. Somos demasiado débiles con las mujeres.

QUIQ. Sí señor.

PEDRO. Nos enternecemos en seguida.

QUIQ. Y es que piden las cosas con tanta gracia...

PEDRO. Y como ponen aquella boquita de piñon...

QUIQ. Y aquellos ojitos tan retrecheros para pedir las cosas... (Se van animando y sonriendo poco á poco.)

PEDRO. Es verdad... Floralba cuando quiere algo, dice... «Mira... Pedro... monin... anda, cómprame una cosita...» ¿Quién no se enternece cuando le llaman monin?

QUIQ. Pues mi novia dice, dice... «¿Quién te quiere á tí en el mundo, cachumeno?...» Y si yo me hago de pencas, se pone así dengosa y como enfadada. (Haciendo dengues.)

PEDRO. Y el dedito aquí como la mia. (Poniéndose un dedo sobre un lado de la boca.)

QUIQ. Y da una patadita como esta... Haciendo luégo así...

PEDRO. Y dice vete, vete, que no te quiero...

QUIQ. Sí, ven con zalamerías... (Imitando los dos los mismos gestos de las mujeres.)

LOS DOS. Já, já, já. Qué ricas son!

QUIQ. Y qué guapas!... Pero despues...

LOS DOS. (Llorando.) Me dice que no me quiere.

PEDRO. Y yo me moriré de tristeza... (Siguen llorando estrepitosamente.)

QUIQ. Y yo de melan... de melan... de melancolía... Se me había atravesado la palabra.

PEDRO. Pero yo soy más infelíz que tú, porque á estas fechas, aún no sé si me caso ó no con Floralba.

QUIQ. Ni yo con la pollita... ¿Pero no lo tenías todo dispuesto para casarte hoy mismo?

PEDRO. Sí, hombre, y dentro de un rato verás llegar toda la comitiva de la boda con el escribano al frente.

QUIQ. ¿Pero ella consiente en casarse?

PEDRO. Con una sola condicion. Floralba se casa conmigo hoy á las doce, si recobro el diamante negro que ha sido robado de nuestra joyería, no sé por quién.

QUIQ. Por el diablo tal vez. De modo que si el diamante no parece...

PEDRO. No me caso. Ya ves si soy más desgraciado que tú.

QUIQ. Eso no. Tú al ménos conservas la hechura completa y los instintos del hombre, pero yo, desde que me hallo ingerto en pollo, soy el ser más infeliz de la creacion.

PEDRO. No, sí que debe ser una pejiguera.

QUIQ. No lo sabes bien. Esto de participar de dos naturalezas diferentes... es inaguantable. Acuérdate si no de lo sucedido ayer.

PEDRO. Sí; cuando estando en el banquete oficial...

QUIQ. Ví una cazuela con salvadó y me fuí derecho á comérmela.

PEDRO. ¿Y el sueño que te acomete por las noches?

QUIQ. En cuanto oscurece, me estoy durmiendo como los gallos.

PEDRO. Y naturalmente, te despiertas al amanecer...

QUIQ. Y empiezo á cantar, y despierto á todos los de la casa con mi maldito quiquiriquí. Y lo malo no es eso... Mira, tiéntame la cabeza... Tres chichones como tres nueces.

PEDRO. ¿De qué es eso?

QUIQ. De una caida. Como duermo en el barrote de una silla desde que soy gallo, anoche, ¡cataplum! me desnuqué.

PEDRO. ¡Y qué groserías haces en sociedad!

QUIQ. Muchas. Me rasco delante de las gentes, así como si tuviera pico...

PEDRO. No, no es eso...

QUIQ. Ya. Que estoy casi siempre con la pata encogida.

PEDRO. Eso es. Y cómo estiras el pescuezo á lo mejor!

QUIQ. Y lo que me gusta el maiz. Y me prueba, porque estoy fuerte y robusto.

PEDRO. ¡Y lo peor no es eso!

QUIQ. Lo peor es que desde que soy gallo, en viéndolas ya me tienes rascando el suelo y... (Escarbando como los gallos.) ademas... ademas... que siento así... unos instintos de sultan... y una gana de comprar pañuelos para regalarlos...

PEDRO. Jabadita...

QUIQ. Esa es la favorita siempre. Y más se aumenta mi amor cuanto más enciende mis celos con sus coqueterías...

PEDRO. ¿Ha salido coqueta?

QUIQ. Más que jaca con penacho. Delira cuando la regalan ó la dicen una flor, se entusiasma con la lectura de las cartas de amores y se pasa el dia escribiendo, y tiene papel y sobres de todas clases, y más correspondencia que un ministro en tiempo de elecciones. Y como es una pollita inocente que no conoce la doblez de los hombres, estoy temiendo que me la engatusen, porque en medio de todo, es una bobalicona...

JABADITA. (Dentro.) ¿No hay más cartas?

QUIQ. ¿No lo dije? Ya está preguntando por la correspondencia. Esto no hay quien lo aguante... Voy á romper las cartas y al cartero... ¿y lo ves, (Viendo aparecer á Jabadita con una carta en la mano.) lo estás viendo?... Carta canta.

(La orquesta ha dicho el preludio durante las frases anteriores.)

ESCENA VI.

DI[illegible]ROS y JABADITA, con una carta en la mano.

MUSICA.

I.

JABADITA. Que leas sin agravios
merezco por leal.
Soy presa de tus labios,
afrenta del coral.
En tí cifré mi suerte,
que vivo para tí.
Un *no* será la muerte,
será la vida un *sí*.
Alma del alma,
luz de mi amor,
amante y cariñosa
contéstame por Dios.

PEDRO. ¿Contestarás?

JABADITA. Contestaré.

QUIQ. ¿Qué le dirás?

JABADITA. Yo le diré.
Que me sorprendí,
que pollita soy,
ni diré que sí
ni diré que no.
Que puede esperar
si en mí tiene fe.
Lo de contestar
que lo pensaré...

PEDRO y QUIQ. Cual todas, si lo viera
—tengo para mí—
pensará la manera
de decir que sí.

II.

JABADITA. Si escuchas sin enojos

los ayes de mi fe,
la vida por despojos
y el alma te daré.
La lluvia necesita
la flor para lucir,
y yo de tu boquita
la miel para vivir.
Alma del alma,
luz de mi amor, etc.

HABLADO.

QUIQ. Tiene la mollera vana,
ya te lo dije.

JABADITA. Simplezas.
¡Qué delicias, qué bellezas
encierra la vida humana!
¡Cuánta dorada ilusion!
¡De cuántas ricas mercedes
me privé entre las paredes
del nítido cascaron!
Bello es el mundo. ¡Á gozar!

QUIQ. Nada á la ignorancia asusta.

PEDRO. ¿Te gusta el mundo?

JABADITA. Me gusta.
Me gusta hasta delirar.
¿Y los hombres? ¿Qué regalo?
¡Oh mundo hermoso y ameno!

PEDRO. ¡El nido, muchacha, es bueno
pero los pájaros malos!

JABADITA. ¡No es cierto, voto á mi nombre!

QUIQ. ¡Es mal bicho!

JABADITA. ¡Que si quieres!

QUIQ. Son mejores las mujeres.

JABADITA. Bien; pero hablemos del hombre.

PEDRO. ¡El hombre! Horrendo animal!

QUIQ. Conciencia gastada y tísica.
JABADITA. ¡Es bello en su parte física!
PEDRO. ¡Pero en su parte moral!...
JABADITA. Casi mi valor abismas.
QUIQ. ¡Si tú sus mañas supieras!
PEDRO. ¡Ay si al hombre conocieras
del amor bajo los prismas!
JABADITA. Vais á hacer que pierda el tino.
¿Pues qué es el hombre, señor,
bajo el prisma del amor?
QUIQ. Un animal muy dañino.
PEDRO. Alma insensible y aviesa
que sin amar se enamora.
Un cocodrilo que llora
para acercarse la presa.
Sierpe de dulce silbar,
—y lo diré sin empacho:—
Es una sirena macho
que aduerme con su cantar.
JABADITA. Y ese hombre, dadme una guía
que sirva de luz y normas
¿qué forma tiene?
QUIQ. Una forma
muy parecida á la mia.
JABADITA. Si de ellos me he de guardar,
lo interesante ante todo,
es saber algo del modo
que tienen de enamorar.
PEDRO. Yo lo diré. Esos vampiros
—y á ver si tú los resistes—
ponen las caras muy tristes
y exhalan hondos suspiros.
Lanzan miradas traidoras,
se acercan, que sufren juran,
y en el oido murmuran
palabras halagadoras.
Se van y vuelven al trote.

de gemir y suspirar,
y otra vez vuelta á mirar
acariciando el bigote.

JABADITA. ¿El bigote?

PEDRO. Sí señor.

JABADITA. ¿Qué es bigote?

PEDRO. ¿Hará que rían?

QUIQ. Unos pelos que se crían
sobre el labio superior.

JABADITA. Sigue...

PEDRO. Fingiendo un decoro
que no sienten, entra aquello
de «alma mia y ángel bello,
»con qué pureza te adoro.
»Sin tí no puedo vivir.
»Tú eres toda mi alegría...»
Frases que á ciento en un dia
se las suelen repetir.

JABADITA. ¿Hay tal falsedad?

QUIQ. Así es.

PEDRO. Despues entre ruego y queja
piden hablar por la reja.
Se les concede.

JABADITA. ¿Y despues?

PEDRO. Las lágrimas les asoman,
juran—por supuesto en vano—
y piden besar la mano.

QUIQ. Piden si no se la toman.

PEDRO. Como suplican de un modo
que obliga...

JABADITA. Sí, besarán.

PEDRO. Y si la mano les dan...

QUIQ. Se suelen tomar el codo.

JABADITA. ¡Grande atrevimiento es!
¿Y despues?

PEDRO. (¡Pues es bicoca!)
Ponen asedio á la boca.

JABADITA. ¿Á la boca?
QUIQ. Sí.
JABADITA. ¿Y despues?
PEDRO. ¿Si la logran asaltar,
para qué quieren más viña?
JABADITA. Bien. ¿Y despues?
QUIQ. Pero niña,
¿dónde vamos á parar?
PEDRO. Despues á las infelices
que asienten á peticiones,
las dejan esos bribones
con un palmo de narices.
Que en un principio pequeños,
como altaneros y bravos
cuando de viles esclavos
pueden eregirse en dueños,
nada su audacia respeta,
y de éste ó del otro modo,
arramblan luego con todo
como cero de ruleta,
arrastrando el vendabal
de su loca juventud,
talentos, valor, virtud,
los afectos y el caudal.
Porque es el hombre una abeja
que en viendo pura una flor,
las otras flores se deja;
llega, la murmura amor,
liba la miel y se aleja.
JABADITA. Gastais la pólvora en salva.
Y sabe Quiquiriquí
que ni yo te quiero á tí,
ni á Pedro quiere Floralba.
Floralba quiere y me alegro
á Roberto con pasion.
Roberto está en posesion
del rico diamante negro;

y pues vuestra mágia cesa
porque os vence vuestro hermano,
hoy da á Robertu su mano
la graciosa tirolesa.
Yo no te puedo querer;
debo en vista del percance
sostener á todo trance
mi dignidad de mujer.
La causa ya no me callo,
pues que tu ignorancia advierto.
No quiero un marido ingerto,
mitad hombre y mitad gallo,
que en las grandes recepciones
de cumpleaños ó de dias,
me rasgue las sillerías
con las uñas ó espolones.
No quiero vivir al lado
de un señor Quiquiriquí,
que en viéndolas ande así...
como San Juan ladeado,
y adore á aquella tras esta,
y ande en mi palacio rico
haciendo así con el pico
y enrojeada la cresta,
y tenga instintos agrestes
y habitar quiera en los valles.
Soy celosa. Que te calles. (Á Pedro.)
Muy celosa. No contestes. (Á Quiquiriquí.)
Y quiero, pues soy bonita,
—por más que él no sea hermoso—
un marido muy mimoso,
pero para mí solita.
Que no se aparte de mí,
que en mí vea su alegría,
que se pase el santo dia
acariciándome así.
(Como describiendo círculos con un pico.)

Piensa no más cómo vistes
y dí si formas tan nuevas
pueden gustar.—No los muevas.—(Por los lábios.)
Pueden gustar...—Que no chistes.—
(Tapándole la boca.)
á una niña de estas galas,
orgullo de las morenas.
Por si lo tomais á buenas,
y si lo tomais á malas
y de pena os sentis llenos,
al anochecer tomais
un caldito, os arropais,
y mañana ya estais buenos. (Váse corriendo.)

ESCENA VII.

QUIQUIRIQUÍ y PEDRO.

Rompen á llorar.

QUIQ. Ya lo oyes. Ya lo oyes.

PEDRO. No hay en el mundo un ser más ingrato que la mujer.

QUIQ. ¿Despreciándome Jabadita, para qué quiero yo este resto de fortuna?

PEDRO. Ni yo esta miseria, despreciándome Floralba.

QUIQ. Ea, mi partido está tomado... Me vuelvo á mis montañas. Uno, dos, tres, cuatro, cinco... Limpio. Ya no tengo ni un solo talisman. Ya soy tan pobre como nací .. ¡Ah! que faltaba este... (Otro huevo que estrella.) Pum. ¡Lo mismo haria si fuera un hombre! (Váse.)

ESCENA VIII.

PEDRO, solo.

Pues tiene razon mi hermano. ¿Para qué quiero estos embelecos si de nada me han servido? Uno, dos, tres, cuatro... cinco.... (Rompe cuatro huevos, pero al ir á romper el quinto se detiene.) ¿Qué?... ¡Jesús qué idea!... La

posesion del diamante negro da la victoria... Pues bien... Despojo á Roberto de la joya... Sí, ¡eso es lo que quiero! Venga á mi poder el diamante negro. (Como invocando á un ser y estrellando el huevo. Brota del suelo un gracioso pedestalito; sobre él viene una cajita que encierra el diamante negro.) ¡Oh! cumplido veo mi deseo. Aquí está el diamante!

ESCENA IX.

PEDRO y JABADITA, asoma la cabeza por la derecha.

JABADITA. ¿Qué dice?

PEDRO. Sí, éste, éste es el anillo mágico. Éste es el poderoso diamante negro, por cuya influencia iba yo á ser desgraciado. Dios se lo pague á Jabadita que me descubrió el poseedor de la joya. Yo me vengaré de Roberto. ¡Floralba es mia! (Váse.)

ESCENA X.

JABADITA y en seguida QUIQUIRIQUÍ.

JABADITA. Una indiscrecion mia ha robado á Floralba la ventura. Si á costa de mi vida pudiera devolvérsela...

QUIQ. Ya estoy más tranquilo.

JABADITA. (¡Oh! ¡Él puede salvarme!) Una palabra.

QUIQ. No estoy en casa.

JABADITA. Una palabra digo.

QUIQ. Conmigo no hable usted, faltona.

JABADITA. Préstame un talisman y soy tu esposa ántes de acabar el dia.

QUIQ. Á buena hora, mangas verdes.

JABADITA. Un talisman y soy tu espesa.

QUIQ. Sirven en tortilla... Ahí están. (Señala al suelo.) Todos los he destruido de una vez.

JABADITA. ¡Jesús!

VOCES. (Dentro.) ¡Vivan los novios!

TODOS. ¡Vivan!

JABADITA. ¡Ya es tarde! Van á firmar los contratos de boda. Pobre Floralba.

VOCES. (Dentro.) ¡Vivan los novios!

TODOS. ¡Vivan!

ESCENA XI.

ROBERTO, FLORALBA, JABADITA, QUIQUIRIQUÍ: baile de gallinas.

Tiempo de marcha: al son de ella salen los pajes, las damas, los tiroleses y todo el acompañamiento del acto primero.

MÚSICA.

CORO GENERAL.
La hermosa Floralba
sus votos cumplió,
pues se une á Roberto
con lazos de amor.
Viva Floralba
rica y feliz,
viva Floralba
mil veces, mil.

ROBERTO.
¿Eres dichosa,
Floralba, dí?

FLOR.
Más venturosa
nunca me ví.

ROBERTO.
Dulce consuelo
hallo en tu amor.

FLOR.
Pródigo el cielo
premia el candor.

—

Ni cáliz con rocío
ni garza en libertad,
surcando en el vacío
con grave majestad;
ni rayo que fulgura
tras nube que pasó,

consigue más ventura
ni más placer que yo.
Arroyos y flores
y besos de amores,
venid de mi dicha,
venid á aprender.
Campiñas y fuentes
de limpias corrientes,
en mis alegrías
venid á beber.

(Roberto y el Coro corean este canto.)

ROBERTO. Firmemos el contrato
FLOR. Con gozo he de firmar.
ROBERTO. Y Dios bendiga luégo
tu amor en el altar.

ESCENA XII.

DICHOS y PEDRO.

PEDRO. ¡Tened!
ROBERTO. ¿Qué sucede?
PEDRO. Tened y escuchad.
El diamante negro
lo tengo yo
merced á la mágia.
FLOR. y ROBERTO. ¿Qué dice?
TODOS. ¡Gran Dios!
ROBERTO. ¡Robáronme la joya!
PEDRO. (Triunfante.)
Mi esposa tú serás.
JABADITA. (Á Quiquiriquí, aparte.)
(Mi amor si tú la salvas.
QUIQ. Tu amor; no digas más.
Á costa de mi vida
la tengo que salvar. (Váse corriendo.)
JABADITA. Bella aurora de tu vida
los senderos alumbró,

indiscreto el labio mio
tus fulgores eclipsó!
Piedad, piedad.
Quiera Dios que la esperanza
venga hermosa
tu camino á iluminar.

—

FLORALBA, RODERTO, PEDRO y CORO GENERAL.

Bella aurora de { su / mi } vida,
los senderos alumbró,
indiscreto el labio suyo
sus fulgores eclipsó.
Piedad, piedad.
Quiera Dios que la esperanza
venga hermosa
mi / su { camino á iluminar.

HABLADO.

FLOR. En red de amor gimo presa.
Tuya es mi alma, aquí la tienes. (Á Roberto.)

PEDRO. Por fin vencí tus desdenes,
orgullosa tirolesa.
Calma tu amoroso afan,
ven á casarte, prontito.
No hagas dengues.

ESCENA XIII.

DICHOS y QUIQUIRIQUÍ.

QUIQ. ¡Eh, quietito!
que aún existe un talisman.
(Trae un huevo de oro en la mano.)
Ante mi poder te inclina
y tú has vencido, mancebo,

para adquirir este huevo
muerte he dado á la gallina.
(Movimiento de espanto.)
Que vuelva á ser el diamante
de Roberto. No te inquietes.

PEDRO. Le daba un par de moquetes.

QUIQ. ¡Qué pillo soy!

PEDRO. Dí, bergante,
¿no conoció tu simpleza
que al matar á ese animal
cegabas el manantial
de nuestra pingüe riqueza?

QUIQ. ¡Ay! es cierto!

PEDRO. ¡Lo adivina
cuando ha cometido el yerro!

QUIQ. Es verdad, pues muerto el perro...
ya no pondrá la gallina.

PEDRO. La idea ha sido funesta.
¡Qué felicidad tan corta!

QUIQ. Es cierto; ¿más qué me importa
si yo me caso con esta? (Por Jabadita.)
La mano.

JABADITA. Debo otorgarla.

FLOR. Os probará esa tontuna,
que no merece fortuna
quien no sabe conservarla.

PEDRO. Buena leccion. Yo me alegro.
La suerte he despreciado.
¡Qué necio!

FLOR. No os dé cuidado.
Merced al diamante negro
que gran poder me asegura,
para vivir y gozar
yo os abro de par en par
las puertas de la ventura.

APOTEOSIS.

Y como opinion es mia,
que es la paz—si éste no engaña—
un hogar en la montaña
y una santa economía,
no en red de ambiciones presa,
renuncio al brillo, al poder,
porque sólo quiero ser
Floralba la tirolesa.

MÚSICA.

Un aplauso quiero
de vuestra bondad,
y las tirolesas
lo agradecerán.
Lá, lá, lá, lá,
y las tirolesas
lo agradecerán.

FIN DE LA OBRA.

NOTA.

En los teatros donde no haya cuerpo de baile, pueden suprimirse los bailetes de esta obra,

EL DIAMANTE ROSA

ZARZUELA DE GRAN ESPECTÁCULO

EN DOS ACTOS Y DIEZ CUADROS

ESCRITA EN VERSO SOBRE EL PENSAMIENTO DE UNA NOVELA

POR

GUILLERMO PERRÍN Y MIGUEL DE PALACIOS

MÚSICA DEL MAESTRO

MIGUEL MARQUÉS

Estrenada con éxito extraordinario en el TEATRO DE LA ZARZUELA
la noche del 25 de Enero de 1890.

MADRID
IMPRENTA DE JOSÉ RODRIGUEZ
ATOCHA, 100, PRINCIPAL

1890

PERSONAJES		ACTORES
BERTA DUBLIN	Sra.	Folgado (C.).
REINA MAKALA	Srta.	Alba (L.).
ALBERTA	»	Pastor (C.).
MARY DUBLIN	Sra.	Toda.
MISTER JUSTO	Sr.	Mesejo (J.).
LUIS	»	Cerbón.
ANTONIO GARCÍA	»	Mesejo (E.).
MISTER DUBLIN	»	Jimeno.
LUCCA	»	Ferrandiz.
VON-BRUN	»	Vedia.
EL NEGRO DALÍ	»	Ruesga.
EL REY TONAÍA	»	Alba.
LOPEPE	»	Arana.
EL VIEJO JHON	»	Guzmán.
MISTER DRAQUE / UN GUÍA	»	Dorado.
EL VIEJO GRAND	»	Caba.
POLISMAN 1.°	»	Valcárcel.
POLISMAN 2.°	»	Cuadras.
UN MINERO	»	Morales.
UN CRIADO	»	Picazo.
CAFRE 1.°	»	Riaza.
CAFRE 2.°	»	Martínez.

Mineras, Mineros, Convidados, Boers-holandeses, Cafres, Zulús, Guardia imperial, Guardia roja, Guardia azul, Guardia negra, Esclavos, Esclavas, Fetiches, Espantamoscas, Doncellas, Portaestandartes, Portabanderas, Portaescudos, Portalanzas, Músicos, Ministros, Altos dignatarios, Servidumbre de la reina, Magos, Coro general y Comparsas.

TITULOS DE LOS CUADROS

ACTO PRIMERO

CUADRO 1.°—**El gran problema.**
CUADRO 2.°—**El diamante.**
CUADRO 3.°—**Deuda pagada.**
CUADRO 4.°—**Una traición.**
CUADRO 5.°—**El incendio.**

ACTO SEGUNDO

CUADRO 6.°—**A través del Transvaal.**
CUADRO 7.°—**Lopepe.**
CUADRO 8.°—**La fiesta de los Betchuanas.**
CUADRO 9.°—**Transición.**
CUADRO 10.—**¡Lo que es la felicidad!**

DECORACIONES

ACTO PRIMERO

CUADRO 1.°—Interior de un laboratorio químico (con transformación), nueva, del *Sr. Amalio.*

CUADRO 2.—Gabinete de paso en casa de mister Dublín (telón corto), nueva, del *Sr. Muriel.*

CUADRO 3.°—Plaza en el Griqualand, nueva, del *Sr. Muriel.*

CUADRO 4.°—Interior de la cabaña del viejo Jhon (telón corto), nueva, del *Sr. Amalio.*

CUADRO 5.°—Salón de baile, en casa de Dublín (con transformación), nueva, del *Sr. Amalio.*

ACTO SEGUNDO

CUADRO 6.°—Montañas y exterior de una granja de Boers-holandeses, nueva, del *Sr. Muriel.*

CUADRO 7.°—Orillas del río Limpopo (telón corto), nueva, del *Sr. Muriel.*

CUADRO 8.°—La gran ciudad del Rey Tonaia, engalanada para la fiesta de los Búfalos Negros, nueva, del *Sr. Amalio.*

CUADRO 9.°—Una selva (telón corto.)

CUADRO 10.—Gran parque en casa de mister Dublín (con transformación), nueva, del *Sr. Muriel.*

La acción de la obra, en el Griqualand (Cabo de Buena Espeperanza), acto primero. Los cuatro primeros cuadros del acto segundo en el Transvaal y el quinto en el Griqualand.

Los figurines han sido dibujados por el *Sr. Muriel.*

Los diseños para los *palanquines* y *carrozas* del acto segundo, han sido dibujados por el *Sr. Amalio.*

Los trajes han sido confeccionados por el sastre *Sr. Villa.*

El atrezzo ha sido dirigido y construído por el *Sr. Bueno.*

La obra ha sido ensayada y puesta en escena por el Director y primer actor *D. José Mesejo*, y concertada por el reputado Maestro *D. Manuel Nieto*,

---

A todos los que tanto interés han demostrado en la representación de esta obra, les repiten miles de gracias

Los autores.

A LOS ACTIVOS Y ESPLENDIDOS EMPRESARIOS

DEL TEATRO DE LA ZARZUELA

DON FRANCISCO SICILIA

Y

DON JOAQUÍN LAHÓZ

sus siempre agradecidos amigos,

Los autores.

ACTO PRIMERO

CUADRO PRIMERO

EL GRAN PROBLEMA

Cabaña rústica á tres cajas. Interior de un laboratorio químico. Estantes de cañas con libros y papeles. Aparadores rústicos de madera con retortas, frascos, alambiques, etc., etc. Aparatos de física. Todo lo dicho en el telón de foro, cuyo telón se abrirá á su debido tiempo. Á la derecha del primer término, gran horno encendido con gran matráz, retortas y alambiques. Á la izquierda en segundo término, mesa rústica con papeles y libros en desorden. Lampara encendida. Primer término de la izquierda, puerta y ventana practicables. Derecha, primer término, puerta. Sillón y sillas rústicas. (Toda esta decoración debe ser lo más rústica posible y formar con los enseres de ella el conjunto más aproximado á la realidad.) Es de noche. Un rayo de luna entra por la ventana al levantarse el telón.

ESCENA PRIMERA

ANTONIO GARCÍA y DALÍ. El primero sentado leyendo, y el segundo, junto al horno, avivando la lumbre.

MÚSICA

CORO DE MINEROS, dentro.

El rudo trabajo
cesó con el día,
la noche al minero,
le presta alegría.
Busquemos amores
con férvido afán,
busquemos la dicha
que el vino nos da.
Tiene el minero
trabajador,
pecho de cera
para el amor.
¡Viva la orgía,
viva el licor,
fuera las penas
del corazón!

(Va el canto alejándose poco á poco.)

HABLADO

GARCIA. (Al negro.) Dalí, cierra la ventana
que esos mineros borrachos,
cerca de la media noche
me fastidian con sus cantos.

DALI. (Cierra la ventana y vuelve.)
¿De cuándo acá la alegría
te causa molestias, amo?

GARCIA. (Levantándose.) Desde que sé que soy rico;
desde esta tarde muchacho.
Este pedazo de piedra

(Saca del bolsillo un pedrusco.)
tiene la culpa del cambio.
Yo he sido siempre felíz
cuando no tenía un cuarto.
Soy español y nací
no sé ni por qué, ni cuándo.
Llevé vida aventurera
y de crápula y trabajos;
he corrido medio mundo
siempre como ave de paso;
allí dejaba una deuda,
allá una mujer llorando;
en fin, que he sido un demonio,
y ahora me encuentro en el Cabo
este de Buena Esperanza,
de minero trabajando.

DALI. Pero acabaron tus penas:
hoy eres un potentado;
ese diamante es soberbio,
no hay otro de igual tamaño.

GARCÍA. Es verdad. Pero refiere,
¿cómo has podido encontrarlo?
Cuéntame otra vez... .

DALI. Pues nada:
subí con grandes trabajos
la carretilla de arena
que de la mina se extrajo,
y al arrojarla en la criba
sentí que un cuerpo pesado
rebotó en ella; lo cojo,
y mudo quedé al mirarlo;
conocí que era un diamante
entre su ganga encerrado.
Lo guardé, corrí en tu busca
y ahí lo tienes en tus manos.

GARCIA. Mi fiel Dalí. (Abrazándole.)

DALI. No era mío;
lo encontré en tu mina amo:
es tuyo, como Dalí
que es tu perro y es tu esclavo.

GARCIA. Como no tengo costumbre
de ser rico, estoy cargado

de tener este pedrusco;
¿qué te apuestas á que abro
la ventana y se lo tiro
á los mineros borrachos?

DALI. ¡Qué locura! Señor, oye;
lo que precisa es que huyamos.
Que nadie sepa...

GARCIA. El primero
que ha de saberlo es mi hermano,
mi amigo del corazón;
en cuanto llegue, lo charlo. (Transición.)
Pero ya tarda Luis
esta noche.

DALI. Pues es claro,
al lado de una mujer
el tiempo no se hace largo.

GARCIA. ¿De una mujer?

DALI. ¿Qué? ¿No sabes
que está muy enamorado?
¿Que está loco?

GARCIA. No. ¿Por quién?

DALI. Por Berta.

GARCIA. ¿Qué estás hablando?
¿Por Berta dices, Dalí? (Pausa.)
Por eso no me hizo caso
cuando la hablé de mi amor.
Le amará, no hay que dudarlo;
entre un ingeniero y yo,
la elección... ¡Voto al diablo!

DALI. ¿Pues por quién sino por ella
trabaja tan sin descanso
hace un mes, en este horno
que siempre estoy atizando?
Porque quiere conseguir
un diamante fabricado,
un diamante artificial...
¡Está loco! ¡Hay que dejarlo!

GARCIA. ¿Tú qué sabes? ¡No te rías,
mi amigo Luis es un sabio!

DALI. ¡Lo será! pero... señor...
si á esa mujer te ha quitado,
¿cómo le defiendes?

GARCIA. Oye:
aunque ligero de cascos,
tengo un corazón, que vale
más que el diamante que guardo.
¿Me quita la novia?... bueno.
¿Le gusta? Se la regalo:
por mi parte hecha la boda:
lo siento, pero me aguanto,
y aunque yo sufra, quisiera
ser cura para casarlos;
tanto le quiero... Y escucha
porque le quiero, muchacho. (Pausa.)
Yo fuí un mal hijo, sí,
un mal hijo, á qué negarlo.
Á mi madre abandoné
y á mi patria, y de verano.
Hice vida aventurera,
y un día llegó á mis manos
sin saber cómo, una carta:
mi madre estaba espirando.
Lloré primero, después,
ansioso volé á su lado.
Llegué á tiempo, la besé,
su cuerpo cayó en mis brazos.
¡Todo acabó! ¡Pobre madre!
me dije yo sollozando. (Con ironía.)
Mas los curas en mi patria
no entierran cuando no hay cuartos.
(Con entusiasmo.)
Luis, cristiana sepultura
dió á aquel cuerpo idolatrado,
y al rodar sobre la caja
la tierra, sonó aquí tanto, (En el corazón.)
que pareció que decía
¡ama á Luis como á un hermano!
(Pausa. Transición.)
¿Lloras, Dalí?

DALI. (Yendo hacia el horno.) ¡Buena acción!

GARCIA. ¿Dónde vas?

DALI. Al horno, amo,
que quiero avivar la lumbre.

GARCIA. Tienes razón, por si acaso,

que al hacerle Dios tan bueno,
también pudo hacerle sabio.

ESCENA II

DICHOS y LUIS por la primera de la izquierda.

LUIS. Dalí, retírate, basta,
no alimentes más el fuego.
GARCIA. Hombre, da las buenas noches.
LUIS. ¿Estabas aquí?... Me alegro.
Tengo que hablarte.
GARCIA. Y yo á tí.
(Volviéndose á Dalí.)
Uno sobra.
DALI. Y es el negro.
(Vase por la tercera de la derecha.)

ESCENA III

DICHOS menos DALÍ

LUIS. Antonio, nada te he dicho
de una pasión que alimento,
mas hoy necesito en alguien
depositar mi secreto.
Desde mi llegada al Cabo
en calidad de ingeniero
para hacer sobre las minas
un estudio, el más completo,
no he sido dueño de mí;
una mujer es mi dueño.
GARCIA. Pues también por ahí se pueden
hacer estudios mineros.
LUIS. No me interrumpas, y escucha.
Esa mujer de mis sueños...
GARCIA. Es Berta Dublin; lo sé.
Tienes buen gusto; me alegro.
LUIS. ¿Cómo sabes?...
GARCIA. Esas cosas
se adivinan, majadero.
Y ándate con piés de plomo, (Con gravedad.)

que viven por ella muertos
muchos; y uno, sobre todo, (Dándose tono.)
que está muy bien de dinero.

LUIS. Sí; Lucca el italiano;
lo sé, no le tengo miedo;
quiere el padre... pero ella...

GARCIA. (¡Caracoles! un tercero.)

LUIS. Pues Antonio, hasta esta noche
no hablé á su padre.

GARCIA. Lo creo.
Como que es un padre ese
de padre y muy señor nuestro.
No he visto padre más bruto.

LUIS. Le dije mi pensamiento;
que era para mí su Berta
todo en el mundo... y el necio,
¿sabes qué me preguntó?...

GARCIA. ¿Que si tenías dinero?

LUIS. Yo le hablé de mi carrera,
de mis estudios diversos,
y hasta le dije á ese imbécil
la esperanza de mi invento.

GARCIA. ¿El diamante artificial?
Y se reiría tu suegro.

LUIS. Me dijo con mofa: «Bien;
en cuanto logre usted eso...»

GARCIA. Y me traiga usté un diamante
del tamaño de... un sombrero,
véngase usté por aquí
y de la chica hablaremos.
Vaya, sé franco, Luis;
vaya, ¿á que te dijo eso?

LUIS. Cosa parecida, sí.
¡Perdí á mi Berta!

GARCIA. Bien; pero
no es para desesperarse;
olvídala, y otra al puesto.

LUIS. ¿Olvidarla? No es posible,
querido amigo, no puedo.

GARCIA. (Pues resulta amelonado;
es un buen melón de invierno. (Transición.)
¡Por vida! ¡Pobre Luis!

Y el caso es de los más serios.
Y yo sin decirle nada
de la piedra que aquí tengo.) (Pausa.)
Oye, Luis... (¡Pero qué idea!)

LUIS. ¿Qué quieres?

GARCIA. Nada. Hasta luégo.
Que descanses. (¡Es magnífica!...
¡Si todo lo que yo pienso!...)

LUIS ¡Descanso! No; á trabajar
con entusiasmo en mi invento.
Si resuelvo el gran problema
esta noche, lo veremos.

GARCIA. Ánimo, que lo resuelves.
Nada, hombre, que está hecho.
(¡Á éste le pago la boda
como él pagó aquel entierro!
(Vase por la tercera de la derecha.)

ESCENA IV

LUIS levantándose y dirigiéndose al horno. Pausa.

Aún no está el horno apagado;
calma corazón y fé;
quién sabe si alcanzaré
ese diamante anhelado.
Y si le llego á alcanzar,
tras de mi gloria segura,
tendré otra gloria más pura
en el ángel de mi hogar.
¡Ciencia, sírveme de guía;
da luz á mi pensamiento
y dé yo al mundo este invento!
(Toca los alambiques.)
¡No! ¡No es tiempo todavía!
(Se dirige al sillón y se recuesta en él.)
Tarde para mi pasión
se extingue esa llama vaga;
á medida que se apaga,
se enciende mi corazón.
(Queda pensativo, y poco á poco inclina la cabeza y se queda dormido. Preludio en la orquesta.)

MUTACIÓN

(Se abre el telón de fondo. Aparece una caverna ó gruta, y en su fondo el brillante tallado. Alegoría: cuadro plástico. Berta Dublín en un salón con mister Dublín, y á su lado Luis el ingeniero. Este estará representado por una contrafigura.)

ESCENA V

DICHO y GARCÍA sigilosamente por la derecha, tercer término.

GARCIA. ¡Dormido! ¡Sueña quizás
con su invento soberano!
(Coge el martillo, rompe el matráz ó retorta é introduce en él el diamante.)
¡Te pagué la deuda hermano!
¡Sé felíz! ¡Que haga otro más!
(Se retira por la tercera de la derecha, y queda escondido. Sigue la música. El telón de fondo se cierra. Un rayo de sol entra por la ventana.)

LUIS. (Levantándose.)
¡Será sueño ó realidad,
ó será mi empeño loco!
(Se dirige al horno, ve el matráz roto, acaba de romperlo y saca la piedra. Se dirige con ella hacia la ventana, la abre y mira á la luz del día la piedra.)
¡Es un diamante! ¡Lo toco!
¡No es un sueño! No. ¡Es verdad!
Mi fe todo lo alcanzó,
¡he resuelto el gran problema!
(Vase por la primera de la izquierda.)

GARCIA. (Saliendo.)
¡Cada loco con su tema!
¡Quien lo ha resuelto, soy yo!
(Música fuerte y mutación.)

CUADRO SEGUNDO

¡EL DIAMANTE!

Telón corto. Un gabinete de paso en casa de mister Dublín. El carácter de este telón debe ser rústico. Pieles, armas, etc., en el telón. Es de día.

ESCENA PRIMERA

MISTER DUBLÍN y LUCCA saliendo por la izquierda.

HABLADO

DUBLIN. Nada, nada, amigo Lucca,
de usté será la muchacha.
LUCCA. ¿Formalmente?
DUBLIN. Formalmente.
Cuando doy una palabra...
LUCCA. Pero Berta, al ingeniero
ya sabe usted que le ama.
DUBLIN. El amor en estos tiempos
es una fórmula vana.
¿Cuánto tienes? Tanto: eso.
El novio que tiene en caja
muchas libras esterlinas,
es el novio que se casa.

LUCCA. Entonces, yo soy el novio.
Digo, si no me desbanca
con su invento colosal,
ese ingeniero camama
que pretende por la química,
llenarnos de piedras falsas.

DUBLIN. Se necesita estar loco
para que anoche, en mi casa
me hiciera la petición
formal de que le casara
con mi hija.

LUCCA. ¡Qué inocente!

DUBLIN. Mire usté que tiene gracia.
Es claro, le eché de aquí
y con cajas destempladas.

LUCCA. Pues según oí decir
esta mañana en la plaza,
ha fabricado un diamante
en esta noche pasada.

DUBLIN. ¡Será posible!

LUCCA. Eso dicen.
Mas no creo una palabra. (Transición.)
Me voy á la mina, suegro.

DUBLIN. Adiós, yerno.

LUCCA. Muchas gracias.
(Le da la mano y vase por la derecha.)

ESCENA II

DUBLÍN

Es un negocio redondo:
con éste Berta se casa,
yo manejo ambas fortunas
y no hay quien me tosa, vaya.

ESCENA III

DICHO, MISTER JUSTO, de levita negra, pantalón negro, chaleco blanco, sombrero de copa blanco con gasa negra, guantes, etc. Tipo exajerado de finura, DOS NEGROS con maletas, sombrereras, etc.

JUSTO. ¿Se puede? ¿Da usté permiso?
DUBLIN. Es mister Justo... Adelante.
¿Cuándo se ha llegado?
JUSTO. Ahora.
DUBLIN. ¿Y viene usté en ese traje?
JUSTO. Yo no puedo gastar otro,
éste es el más presentable.
DUBLIN. ¿Cuarentas leguas en carro
hizo usté con ese empaque?
JUSTO. Sí señor, cuarenta leguas,
y nada, sin arrugarme.
DUBLIN. ¿Y sin dormir?
JUSTO. No señor.
Yo no duermo en los viajes,
se echa á perder la pechera
y se arruga mucho el traje.
DUBLIN. De modo que habrá sufrido
molestias incalculables.
JUSTO. Muchas. Pero todas ellas
han podido soportarse
menos aquel carretero...
¡Qué manera de faltarles
á las mulas! ¡Santo Dios!
¡Un sexo tan respetable
como el sexo femenino!
DUBLIN. (¡Qué fino, si va á quebrarse!)
Vamos, que es usted el tipo
de la finura más grande.
JUSTO. (Transición.) ¡Ay, Jesús, qué ordinariéz!
¡Cómo he podido olvidarme!
¿Cómo está usted? ¿y la niña?
¿y su bella y respetable
hermana?
DUBLIN. Todos muy bien,

JUSTO. ¿Y los negros y los cafres?
DUBLIN. Tan cafres.
JUSTO. Celebro tanto...
¿Y aquel *buldog* que al marcharme
quedaba con el moquillo?
DUBLIN. Murió.
JUSTO. ¡San Roque le ampare!
Le acompaño en la desgracia,
porque un perro ya se sabe
que es el amigo del hombre.
DUBLIN. Si quiere usted cepillarse,
pase usted...
JUSTO. Gracias, lo estoy.
Llevo aqui lo indispensable
(Sacando de los bolsillos cepillos, etc.)
para hacerme la toilette
hasta en medio de la calle.
DUBLIN. Entonces voy á avisar...
JUSTO. ¡Que no se moleste nadie!
No consiento que por mí...
(Vase Dublín por la izquierda.)
¡Hijos míos! ¡Dispensadme!
(Fijándose en los negros.)
¡Cargados con las maletas!
¡Qué olvido tan censurable!
(Salen dos Criados por la izquierda y cogen las maletas á los Negros que hacen mutis por la derecha.)
Señores, si ustedes gustan,
ahora pueden retirarse.
Van á salir esas damas.
Me pondré más presentable.
(Saca de los bolsillos cepillo y espejo, y se atusa pelo y bigote, etc.)

ESCENA IV

DICHOS, DUBLIN, BERTA y MARY por la izquierda.

MÚSICA

BERTA. Mister Justo.
JUSTO. Señorita.
MARY. Mister Justo.
JUSTO. Noble *Mis*.
DUBLIN. Ya tenemos al viajero
de regreso por aquí.
BERTA. ¿Qué tal el viaje?
JUSTO. ¡Cosa sin igual!
MARY. ¿Ha visto usted mucho?
JUSTO. He visto la mar.
Y con su permiso
y con su licencia,
si no es imprudencia
lo voy á contar.
Pero si molesto,
me callo y chitón,
yo no falto nunca
á la educación.
En Londres los trenes
van por los tejados,
París está todo,
todo entarimado.
Parecen salones
las calles allí
y todas las mujeres
son *tres jolies*.
Allí se proteje
tan sólo el trabajo;
la gente de arriba,
la gente de abajo,
corren todos juntos
al mismo ideal:
y allí se administra
de un modo especial.
Todos los gobiernos

buscan el progreso;
por eso adelantan,
por eso, por eso..
En ambas poblaciones
la civilización,
llegó al grado supino
de la perfección.
Por eso, por eso,
vale la nación.
(Mary, Berta y Dublín, repiten)

JUSTO. De la capital de la Francia
un martes salí,
y el domingo á las tres de la tarde
entraba en Madrid.
Siempre allí los trenes
llegan retrasados.
Madrid está está todo
muy mal empedrado:
parecen estátuas
los guardias allí,
y si hay alguna riña
no quieren ir.
Allí no se mira
por el que trabaja,
la gente de arriba
y la gente baja,
por distintos lados,
marcha cada cual,
y allí se administra
á lo concejal.
Todos los gobiernos
tienen poco seso,
por eso se atrasan,
por eso, por eso;
y la pobre España
con tanta filtración,
llegó al grado supino
de la inanición.

TODOS. Por eso, por eso, etc.

— —

HABLADO

DUBLIN. ¡Pues estará buena España!
JUSTO. Aquel país vive muerto.
MARY. Bien. ¿Y qué tal el negocio?
JUSTO. En Londres lo hice soberbio:
he vendido cada piedra...
En París también fué bueno.
BERTA. ¿Y en Madrid?
JUSTO. Así, tal cual.
Llegué en muy buenos momentos.
Pues me compraron diamantes
unos muchachos... suspensos.
DUBLIN. ¿En qué?
JUSTO. Creo que en moral.
MARY. Pero mister, ya hablaremos.
Usté querrá descansar.
BERTA. Tomar algún alimento.
DUBLIN. Eso se arregla en seguida....
Buena carne y vino bueno...
Anda, Mary, díle á Tom
que haga un *rosbeef* al momento.
JUSTO. Señora, no lo permito...
(Cortándole la retirada.)
¡Muchas gracias, lo agradezco!
¡Que no molesten ustedes
por Dios á los cocineros!
DUBLIN. Vaya, pues á descansar.
Ande usted.
JUSTO. Usted primero.
DUBLIN. Es lo mismo, pasaré. (Vase por la izquierda.)

ESCENA V

DICHOS, menos DUBLIN

JUSTO. (Ofreciendo el brazo á Mary.)
Señorita, el honor tengo
de ofrecerle á usted mi brazo
para ir al otro aposento.
MARY. Muchas gracias. (¡Justo mío!
No me hables con cumplimientos...

Entre dos que bien se aman...)

JUSTO. Es verdad; mas me violento,
me parece que te falto
cuando te digo un requiebro.
Y el dia de nuestra boda,
á fe de Justo, yo creo
que no he de decírte nada
por no faltarte al respeto.
¡Porque tú eres muy señora
y yo soy muy caballero!
(Medio mutis, y de pronto suelta el brazo de Mary y vuelve hacia Berta.)
¡Pero que olvido!... (Inclinándose.)
¡Á sus piés!
Dispénseme si un momento
olvidé la cortesía,
mas como el amor es ciego,
uno no ve á lo mejor...
¡Con su permiso! Hasta luégo.
(Coge otra vez el brazo á Mary y vase por la izquierda.)

BERTA. ¡Ay, qué pesadez! ¡Qué hombre,
es lo más cumplimentero!...

ESCENA VI

BERTA y LUIS por la derecha.

LUIS. ¡Berta!

BERTA. ¡Luis!

LUIS. Mi bien amado.
Qué dichoso llego á tí:
la fortuna conseguí;
aquel diamante anhelado,
las venturas que los dos
buscamos con noble afán,
ya realizadas están.

BERTA. ¿Qué dices? ¡Habla por Dios! (Pausa.)

LUIS. Vine tu mano á pedir;
de esta casa me arrojaron,
de mi ciencia se mofaron;
y pensando hasta en morir,

con pena á mi hogar llegué
y con afán ilusorio
entré en el laboratorio,
víme solo y tuve fé.
Trabajé para alcanzar;
luégo el sueño me rindió;
después el alma soñó
lo que encontré al despertar.
¡La ciencia al cabo triunfante,
tú en mi mente, vida mía,
en el pecho la alegría,
y en mis manos un diamante!

MÚSICA

LUIS. Por fin el cielo
propicio dá
á nuestras almas
felicidad.
Dicha y ventura,
riqueza y amor,
ya nuestro sueño
se realizó.

BERTA. Mi pecho amante
no se engañó,
y mi esperanza
se realizó.
Dicha y ventura
por fin logré,
¡ah! qué dichosos
vamos á ser.

LUIS. Cuántas veces, Berta mía,
llena el alma de dolor,
al trabajo yo corría
con constancia y con valor.

BERTA. Cuántas veces, bien amado,
llena el alma de pasión.
De los cielos he implorado
para tí la protección.

BERTA. Cuántas veces

delirante,
te ha jurado
amor constante
este triste corazón,
y animaba
tu desvelo
por lograr
el puro cielo
que soñaba
mi pasión.
Tu amor,
tu fé,
pagarte
yo sabré.

LUIS. Cuántas veces
delirante
te ha jurado
amor constante
este triste
corazón;
y animaba
tu desvelo
por lograr
el puro cielo
que soñaba
mi pasión.
Mi amor,
mi bien,
mi dicha
ya logré.

LOS DOS. Y el dulce y tierno afán
la dicha de los dos,
por fin, propicio el cielo
por fin nos otorgó.
Mi amor, etc.

ESCENA VII

DICHOS y DUBLÍN por la izquierda.

HABLADO

DUBLIN. (Viendo á Luis.)
¿Qué es esto? ¡Voto al diablo!
¿Aquí otra vez? ¡Señor mío!
Pues cuenta que...
LUIS. Perdonad;
yo mi palabra he cumplido
y vengo aquí por la vuestra.
DUBLIN. ¿Cómo?
LUIS. Anoche me habéis dicho
que cuando hiciera un diamante
volviese aquí, y he venido.
(Le entrega la piedra.)
Ved si es falso, y responded
si puedo ser vuestro hijo.
DUBLIN. (Pauss.) ¡Oh, qué asombro, qué ejemplar!
Y vos... ¿cómo habéis podido?...
LUIS. La ciencia todo lo alcanza.
DUBLIN. ¡Vale un fortunón! (Transición.)
¡Mi amigo,
no pensé que erais tan sabio!
¡Este diamante es magnífico!
¿Y podrán hacerse muchos
de este tamaño?...
LUIS. Lo mismo.
Lo importante aquí es la fórmula;
hallada, todo es sencillo.
DUBLIN. (¡Este hombre va á ser un Creso!
¡Roschild será un pobre chico!
¡Es la gran adquisición!
Pero antes yo necesito
cerciorarme de si es bueno.)
BERTA. (Ap. á Luis.) (El dinero es su delirio,
no es posible corregirle.)
LUIS. (Verás si le corregimos.)
DUBLIN. (Llamando.) ¡Mister Justo! ¡Mister Justo!

ESCENA VIII

DICHOS, JUSTO y MARY

JUSTO. ¿Quién llama?
DUBLIN. Yo.
JUSTO. Á su servicio.
(Reparando en Luis.)
¡Caballero! ¿Cómo va?
DUBLIN. Déjese usted de ser fino.
Tome usted. ¿Qué vale eso?
(Le entrega la piedra.)
JUSTO. Señores, con su permiso.
(Saca los lentes, examina la piedra y empieza á hacer aspavientos. Pausa.)
¡Raro ejemplar! Bien tallado;
según lo que yo colijo
valdrá más de cien millones.
TODOS. ¡Cien millones!
JUSTO. ¡Claro, amigos!
Si es más grande que el *Koi-nor*
que tiene enorgullecido
al tesoro de Inglaterra,
¡Si éste es mayor que el magnífico
Gran Mogol! Pues ya lo creo.
¡Si el del *Czar* es un comino!
¡Si éste es un *diamante rosa*
de padre y muy señor mío!
MARY. ¡Oh! ¡qué ilustración tan vasta!
JUSTO. ¡Lo de vasta me ha partido!
DUBLIN. ¡Venga! ¡Venga!
JUSTO. (Recogiendo la piedra á Dublin.)
¡Enhorabuena!
Este ejemplar habrá sido
hallado en su mina.
LUIS. No:
¡es artificial!
JUSTO. ¡Dios mío!
¿Y quién es el fabricante?
DUBLIN. ¿El fabricante? (Transición. Á Luis.)
¡Mi hijo!

El esposo de mi Berta
que lo es desde ahora mismo.
Esta noche los contratos;
el diamante á mi bolsillo;
el casamiento mañana;
si señor, mañana mismo,
¡y en cuanto pase la luna,
á trabajar, hijo mío!

BERTA. ¡Mi padre! ¡Qué bueno es!

DUBLIN. (Guardándose la piedra.)
Ya lo creo que es buenísimo;
vale más de cien millones.

JUSTO. Pero señores, yo opino
que se lleve al viejo Jhon
esa piedra, con sigilo,
para que la talle.

DUBLIN. ¡Claro!

LUCCA. No hay otro más entendido.

DUBLIN. ¡Yo estoy loco de entusiasmo!
Vaya, venirse conmigo
á casa del tallador.
Vosotros, adentro, y chito.
Vamos...

LUCCA. ¡Hasta luégo, Berta!

BERTA. Adiós. (Vase.)

MARY. (Aparte á Justo.)
(¡Vuelve pronto... niño!)

JUSTO. (Dándola el brazo y acompañándola.)
Hasta después. (Vase Mary.)

DUBLIN. (Cogiendo de un brazo á Justo.)
¡Vamos, hombre!

JUSTO. ¡Qué ordinario es este tío!)
(Van á salir y entra Lucca.)

ESCENA IX

DICHOS y LUCCA por la derecha.

LUCCA. ¡Señores!

DUBLIN. (¡El otro yerno!)

LUCCA. Llego en felíz ocasión,
pues ella me proporciona

el saludar á los dos.
(Dirigiéndose á Luis y á Justo. Á Justo.)
Dar á usted mi enhorabuena.

JUSTO. (Inclinándose con respeto.)
¡Ah! ¡muchas gracias, señor!

LUCCA. (Á Luis.) Y á usted, señor ingeniero,
¡mis plácemes! ¡Vive Dios
que sois un sabio!

LUIS. ¡Mil gracias!

LUCCA. ¡Hurra por el inventor
del diamante artificial!
Ha hecho una revolución
en la plaza esa noticia.

LUIS. ¿Se ha sabido? (Con extrañeza.)

LUCCA. Sí señor.
Se supo que esta mañana
al primer rayo del sol,
estuvo usted en la casa
del famoso viejo Jhon,
el tallador de diamantes.

LUIS. Es cierto.

LUCCA. El cual se asombró
de piedra de tal pureza
y de tan alto valor.

DUBLIN. Se exagera mucho, mucho...

JUSTO. Pero en este caso, no.
Porque como antes he dicho
es más grande que el *Koi-nor*
y que él...

DUBLIN. ¿Quiere usté callarse?

JUSTO. Hasta la respiración
me corta el mal educado.

DUBLIN. Hombre, no sea usté atróz.

LUIS. Conque vamos, mister Dublín.

DUBLIN. Vamos. (Medio mutis.)

LUCCA. Un momento: yo (Á Dublín.)
quisiera que muy en breve
los contratos de mi unión
con mi Berta se firmasen.

LUIS. ¿Qué dice usted?...

LUCCA. Me otorgó
hace muy poco su mano.

DUBLIN. Sí, sí... pero es la cuestión...
que ahora... se casa con éste. (Por Luis.)
Que lo he pensado mejor,
que me da la gana, ¡ea!
¡Y que esto se concluyó!

LUCCA. ¡Mister Dublín!

DUBLIN. ¿Qué? Lo dicho. (Á Luis.)
A casa del tallador.

LUCCA. Usté falta á su palabra
y nos veremos los dos.
Conmigo no juega nadie.

LUIS. Yo soy un buen jugador,
y le acepto una partida,
y veremos, ¡vive Dios!
quién la gana.

DUBLIN. No hay partida.
El que lo parte soy yo. (Se avalanza á él.)

JUSTO. (Interponiéndose.)
¡Caballeros! No faltarse...
que es de mala educación.
(Dublín vase por la derecha.)

LUIS. (Pasando al lado de Lucca.)
Berta me ama. ¡Será mía!
Lucca... Pensadlo mejor. (Vase.)

JUSTO. (Pasando cómicamente al lado de Lucca.)
Señor Lucca... Siento mucho...

LUCCA. ¡Basta!

JUSTO. ¡Bueno! ¡Servidor! (Vase. Pausa.)

LUCCA. Sólo queda la venganza,
la tomaré de los dos. (Vase.)
(Música, mutación.)

CUADRO TERCERO

DEUDA PAGADA

Plaza del Griqualand. Casas de madera y caña y paja; árboles, etc. En el telón del fondo montañas sin vegetación. En el primer término de la derecha taberna con mesas y bancos fuera. En el primer término de la izquierda casa rústica con una muestra que dice: «Jhon, tallador.» Es de día.

ESCENA PRIMERA

CORO DE MINEROS. Vestirán pontalón bombacho, botas altas, camisa y encima chaquetón. El pantalón sujeto con grandes correas de cuero, sombreros de fieltro anchos; unos sentados bebiendo, y otros de pié formando corrillos.

VON-BRUN

MÚSICA

VON-BRUN. Bebed, bebed.
¡Viva el licor!
fuera las penas
del corazón.

CORO MINEROS. Tiene el minero
trabajador

pecho de cera
para el amor.
¡Viva la orgía,
viva el licor,
fuera las penas
del corazón!

BRUN. No olvidéis con el vino
lo que nos trajo acá.

CORO MINEROS. ¡Eso, jamás!
Ese ingeniero
de los demonios
la pagará.
Pero chitón
y precaución,
que nadie sepa
de los mineros
la decisión.
Si hace diamantes
nos arruína;
habrá la mina
que abandonar,
y por su culpa
ricos mineros
en pordioseros
se trocarán.
¡No será!
¡Antes á nuestras manos
morirá!

CORO MINERAS. (Saliendo por ambos ledos)
¿Es cierto lo que dicen
por esta villa?
¿Que existe un ingeniero
que ya fabrica
diamantes á granel
de gran valor?
Decidnos lo que ocurre,
por favor.

BRUN y CORO DE MINEROS. Es cierto lo que dicen,
pero chitón;
que nadie sepa
de los mineros
la decisión.

CORO MINEROS. Con el diamante
que ha fabricado,
ese malvado
rico será,
y por su culpa
nos perderemos
y nos veremos
pronto sin pan.
¡No será!
¡Antes á nuestras manos
morirá!

CORO MINERAS. En defensa del trabajo,
de los hijos y el hogar,
es preciso que esta noche
castiguemos su maldad.
¡Muera, muera
el ingeniero
que arruinarnos
quiere así!
¡Muera, muera,
muera, sí!

—

TODOS. En defensa del trabajo, etc., etc.

HABLADO

BRUN. Pero silencio, por Cristo,
que todo va á malograrse.
Esta noche aquí á las ocho.
Prudencia y calma. Dejadme.
(Vase el Coro, unos por la taberna y otros por distintos lados de la plaza. Von-Brun se sienta junto á la mesa de la taberna cuando todos han desaparecido.)
Aguardemos aquí á Lucca.

ESCENA II

DICHO y LUCCA

BRUN. ¿Qué tenemos? Bien tardaste.
LUCCA. (Sentándose.) Lo del diamante es un hecho.

Ese viejo miserable
casa á Berta con el otro,
y yo me quedo en la calle.

BRUN. ¡Buena fortuna te quita
el viejo Dublin, tunante!

LUCCA. Pues no me importa, Von-Brun;
lo que yo quiero es vengarme.
¿Cuento contigo?

BRUN. Pues claro.
El pueblo en estos instantes
está, que con una chispa
el incendio es formidable.

LUCCA. Pues hay que encender los ánimos,
y decirles, que si hace
el ingeniero más piedras,
su ruína es inevitable.

BRUN. ¡Eso piensan!

LUCCA Y es lo cierto.
Ahora yo, por otra parte,
contigo, á nuestro negocio.
Es preciso apoderarse
del viejo Jhon.

BRUN. ¿Para qué?

LUCCA. El va á tallar el diamante;
Dublín con el ingeniero
dentro de breves instantes
llegarán; se han detenido
en casa de mister Draque,
el jefe de policía.
En cuanto caiga la tarde,
tú, con dos buenos amigos,
vienes para apoderarte
del viejo.

BRUN. ¿Y si se resiste?

LUCCA. La mordaza y maniatarle.
Preparados dos caballos;
tus dos amigos, á escape
con el viejo y con la piedra,
pues es fuerza que la talle,
á mi casa en Kimperley;
que de vista ni un instante
le pierdan.

BRUN. Muy bien pensado.
LUCCA. Que no vaya á malograrse
el plan por una imprudencia.
BRUN. Todo se hará cual mandaste.
LUCCA. Sin el diamante no hay boda.
BRUN. Fabricará otro al instante
puesto que tiene el secreto.
LUCCA. ¿Y cómo ha de fabricarle
sin laboratorio?
BRUN. ¿Cómo?
LUCCA. Porque ese, esta noche, arde.
BRUN. Te comprendí, vales mucho.
(Levantándose y dándose las manos.)
LUCCA. Veremos lo que tú vales.
BRUN. Adiós, Lucca.
LUCCA. Adiós, Von-Brun.
BRUN. Hasta luégo. (Vase.)
LUCCA. Buenas tardes.
(Lucca vuelve á sentarse, llama y un mozo le traen un vaso de *gin*, bebida inglesa.)

ESCENA III

DICHO, ANTONIO, GARCÍA y DALÍ

GARCIA. Dalí, paga al tabernero
sesenta boks de cerveza
que le debo hace seis meses.
No conviene dejar deudas...
Una persona decente
debe pagar lo que deba (Dándole dinero.)
DALI. ¿Le doy propina, señor?
GARCIA. Que se quede con la vuelta.
DALI. Falta un pico.
GARCIA. Pues por eso.
(Vase Dalí por la taberna.)

ESCENA IV

DICHOS, menos DALÍ

GARCIA. Mi decisión está hecha.

Dos caballos esta tarde,
y con el negro á ver tierras.
Seguir mi vida de siempre,
mi gran vida aventurera.
¿Qué hago yo aquí? Luis se casa,
á mí me va á dar dentera
si asisto á la boda, vamos;
ya le he pagado la deuda...
Nada, nada, de verano...
Griqualand, hasta la vuelta.
(Va á salir y le detiene Lucca.)

LUCCA. Hola, García.

GARCIA. (Acercándose á la mesa.) Adiós, Lucca.
¿Qué se hace? ¿Se refresca?

LUCCA. Tomando un vaso de *gin*.
¿Quieres otro?

GARCIA. Bueno, venga. (Sentándose.)

LUCCA. Pero vas á pagar tú
porque estás de enhorabuena.

GARCIA. Yo, ¿por qué?

LUCCA. Tu buen amigo
te señalará una renta. (Con ironía.)
Como fabrica diamantes,
hará todos los que quiera.

GARCIA. Á millones, ya lo creo...
¡Todo lo puede... la ciencia!

LUCCA. Y díme, ¿esta noche irás
como todos, á la fiesta
de casa de Mister Dublín?

GARCIA. Yo ya no estoy para *juergas*
como dicen en mi patria.
Muy pronto, en cuanto anochezca,
salgo andando.

LUCCA. ¿Para dónde?

GARCIA. Toma, para donde sea.
Á recorrer el Transval,
me harté de vida minera.
Yo soy libre como el pájaro,
que cuando le agrada, vuela.

LUCCA. ¿Y vas solo?

GARCIA. Con el negro.

LUCCA. ¿No ves á Luis?

GARCIA. No me deja
marcharme, si yo le veo.
LUCCA. (¡Oh! ¡qué magnífica idea!)
GARCIA. (¿Verlos casar?... Eso no;
para eso no tengo fuerzas.)

ESCENA V

DICHOS y DALÍ

DALI. Todo corriente, señor.
GARCIA. Á casa por las maletas.
Lucca, adiós.
LUCCA. Adiós, García.
GARCIA. Griqualand, hasta la vuelta.
(Volviéndose á Lucca.)
Á los que les debo algo,
que volveré... cuando vuelva.
No les pago, porque así
sabré que de mí se acuerdan,
y eso siempre es un consuelo.
Conque abur, lo dicho, ¡ea!
(Vanse García y Dalí.)

ESCENA VI

LUCCA solo.

Todo se presenta bien:
la marcha de éste, la fiesta,
los Mineros en motín;
tendré victoria completa.
(Vase por la taberna.)

ESCENA VII

MISTER JUSTO y MISTER DRAQUE, jefe de policía inglesa. Este personaje llevará gafas ahumadas.

JUSTO. Los ladrones, son gentuza
que se entran sin cumplimientos
y sin permiso en las casas;

forzoso es que aseguremos
la casa del viejo Jhon.

DRAQUE. No hay cuidado, caballero;
el jefe de policía
os da palabra de ello.

JUSTO. Hay que tener mucha vista.

DRAQUE. Sí señor, y yo la tengo.

JUSTO. ¿Con esas gafas ahumadas?

DRAQUE. Esto es porque hace ya tiempo
padecemos de oftalmía
los individuos del cuerpo.

ESCENA VIII

DICHOS, DUBLIN y LUIS por la derecha.

DUBLIN. (Leyendo la muestra.)
Jhon, tallador. Ya llegamos.

LUIS. ¿Estará en su casa el viejo?

DUBLIN. Sale poco. (Á Dublín.)
Ya le he dicho
al señor jefe, que creo
que aquí lo más oportuno
es custodiar...

DUBLIN. Bueno, bueno.
Cállese usted.

JUSTO. (Incomodado.) Ya me callo

DUBLIN. Es usté un pesado.
(Á Luis y á Draque haciéndoles entrar en casa del tallador.)
Entremos. (Vanse.)

JUSTO. (Viéndolos entrar. Pausa.)
No le digo que es muy bruto;
pero conste que lo pienso.

MUTACIÓN

CUADRO CUARTO

UNA TRAICIÓN

Telón corto. Interior de una casa rústica en casa de Jhon el tallador. Ventana grande al foro, que da al campo. Empieza á anochecer desde el principio de este cuadro.

ESCENA PRIMERA

DUBLIN, LUIS, JUSTO y DRAQUE, por la derecha, y JHON por la izquierda.

MÚSICA

LOS CUATRO. ¡Ah de casa!
JHON. ¿Quién va allá?
LOS CUATRO. ¡Todos, somos amigos!
JHON. Señores, ¿y qué tal?
LOS CUATRO. Muy bien nos va.
Es nuestra visita
de lo más formal;
aquí hay una piedra
sobrenatural.
LUIS. Un rico diamante,
pero artificial.
DUBLIN. Es de tal tamaño

que hay que saludar. (Saludan todos.)

JUSTO y DRAQUE. Y cómo es tan grande
él lo viene } á custodiar.
yo lo vengo }

JHON. Y yo lo recibo
con satisfacción,
esto es una honra
para un tallador.

TODOS. ¡Sí señor!

DUBLIN. Y para su dueño
es gloria mayor.

JUSTO. Y *archipistonuda*
para un servidor.

LUIS. Y mucho más grande
para su inventor.

TODOS. Y hasta espeluznante
para el guardador.
¡Si señor!
Que conste así.

LUIS. No tiene igual.

JHON. Monumental.

JUSTO. Piramidal.

DUBLIN. Es colosal

TODOS. Y tal y tal.
Cuidadito,
despacito,
no se vaya á desgraciar;
mucho ojo
que el tallado
ha de ser muy especial.
Es colosal,
piramidal.

—

Precaución,
discreción
y al que robarlo intente
¡pim! ¡pam! ¡pom!

HABLADO

DUBLIN. Ya sabéis, mi viejo Jhon,

el valor que deposito
en vuestras manos.

JHON. Lo sé,
y quedaréis complacido
de mi trabajo. Esta piedra,
que es de un valor infinito,
un bello diamante rosa,
tallarla bien es preciso;
pero tengo que tardar.
Ahora bien, yo necesito
una guardia en esta casa.

LUIS. Eso ya estaba previsto.

DUBLIN. Perfectamente. Pues vamos. (Á Luis.)

JUSTO. (Á todos.) Señores, no lo permito.
Si ustedes tienen que hacer,
vayan en buen hora, amigos;
pero yo me quedo aquí
mientras esos individuos
de la policía vienen.
Cuando lleguen, me retiro,
entretanto velaré
por el gran excelentísimo
diamante que nos ocupa.
Márchense ustedes: he dicho.

LUIS. Muy bien pensado.

DRAQUE. Está bien.

DUBLIN. (Dándole la mano y apretándossla.)
Eso le honra á usté muchísimo,
muchas gracias.

JUSTO. (Haciendo gestos.) ¡Basta, hombre!
(Vanse todos menos Justo y Jhon.)
Me ha dejado sin servicio
la mano derecha.

JHON. ¿Cómo?

JUSTO. De un apretón; si es tan fino,
que hasta cuando da la mano
da una coz el pobrecito.

ESCENA II

JUSTO y JHON

JHON. Ahora vamos á guardar
la piedra en sitio seguro,
en mi taller, y dispense
si lo encuentra usté algo sucio;
porque he tenido albañiles
y aún andan por allí algunos
utensilios del oficio;
espuertas de yeso, cubos...

JUSTO. No importa, tendré cuidado.

JHON. Hombre, como usté es tan pulcro,
se lo advierto.

JUSTO. Muchas gracias.
(Por precaución yo me subo
los pantalones.)

JHON. Entremos.

JUSTO. Primero usté. Yo el segundo.
(Vanse por la izquierda.)

ESCENA III

VON RRUN por la ventana, y á poco dos enmascarados.

BRUN. (Apareciendo y mirando.)
¡Nadie! (Saltando la ventana.)
Estará en el taller.
(Se dirige á la izquierda.)
¡Con él está mister Justo!...
¡Qué contratiempo!...
(Se dirige á la ventana y hace señas.)
Subid.
Si el fino chista, lo esnuco.
(Entran los enmascarados.)
Adelante. Ya sabéis,
por la ventana del muro
que da al campo, con el viejo...
De lo demás, yo me ocupo.
(Vanse por la izquierda. Se oye dentro ruído, y dos gritos ahogados. Todo instantáneo.)

ESCENA IV

MISTER JUSTO lleno de yeso la cara, cabeza y todo el traje.

JUSTO ¡Ladrones! ¡Pillos! ¡Tunantes!
¡Ay, Jesús, cómo me han puesto!
¡Horror! Me han tirado al rostro
toda una espuerta de yeso.
Me han cegado, y en resumen,
que se llevaron al viejo
con el diamante, y á mí
que me han dejado indefenso.
Prefiero mejor un tiro
á que me manchen. Mas debo
avisar á todo el mundo
por si aún podemos cogerlos.
Pero antes voy á vestirme,
porque así no me presento.
(Va á salir por la derecha.)

ESCENA V

DICHOS y POLISMAN 1.° y 2.° por la derecha.

POL 1.° ¡A sus órdenes!
JUSTO. Muy bien,
llegan, como siempre, á tiempo.
Vengan ustedes conmigo.
Nos robaron.
POL. 1.° No podemos.
Venimos á custodiar.
¡Custodiemos!
POL. 2.° ¡Custodiemos!
(Dan media vuelta y vanse por la izquierda.)
JUSTO. (Les mira marcharse, y dice después.)
¡Imbéciles! Les falté...
¡Pero con éstos no peco!
(Vase por la derecha.)

MUTACION

CUADRO QUINTO

¡EL INCENDIO!

Gran salón de baile en la casa rústica de mister Dublín. Arañas encendidas, pieles, armas, etc. Todo lo que dé carácter á la casa de un minero en el Cabo de Buena Esperanza. Puertas laterales. Al fondo, gran balcón, terraza de cristales con plantas, etc. Es de noche.

ESCENA PRIMERA

DUBLÍN, BERTA, MARY, LUIS, CONVIDADOS, CORO GENERAL. Vestirán trajes sencillos á la moda inglesa, y los hombres lo mismo, sin gran etiqueta.

MÚSICA

C. GENERAL. Sea enhorabuena
mil felicidades
dé Dios á los novios
que á casarse van.
El novio es apuesto
la novia muy bella,
y no hay dos cual ella
en el Griqualand.
A felicitarlos

venimos acá.
Dios les dé á los novios
la felicidad.

HABLADO

DUBLIN. Yo, señores, agradezco
todas las enhorabuenas
que me dais por esta unión.
Caro yerno, pocos llegan
á conseguir lo que tú.
LUIS. Cierto, victoria completa.
Un ángel y una fortuna;
sólo soy felíz por ella. (Señala á Berta.)

ESCENA II

DICHOS y JUSTO vestido de etiqueta, por la derecha.

DUBLIN. Pero ese ave de rapiña,
es decir, ese escribano,
¿cuándo viene?
JUSTO. Buenas noches.
(Entrando muy agitado á dirigiéndose á los señores.)
Les beso á ustedes las manos.
(Á los caballeros.)
Y á ustedes beso los piés.
LUIS. ¿Mas por qué tan sofocado?
BERTA. ¿Qué le pasa?
DUBLIN. ¿Qué sucede?
JUSTO. Oigan ustedes el caso.
Dos cargaron con el viejo.
otro me puso hecho un trapo,
y en fin, yo lo siento mucho...
¡el diamante lo han robado!
(Sensación general.)
DUBLIN. ¿Quién?
LUIS. ¡Cielos!
BERTA. ¿Cómo?
MARY. ¿Qué dice?
DUBLIN. ¿Pero cuándo ha sido?

LUCCA. ¿Cuándo?
JUSTO. Hace una hora no más,
tiempo que he necesitado
para arreglarme y vestirme.
DUBLIN. ¡Una hora! ¡Mamarracho!
JUSTO. ¿Delante de tanta gente
faltarme á mí? (Retirándose á un lado.)
MARY. ¡Justo amado!
JUSTO. ¡Qué hermano tienes!
DUBLIN. ¡A ver,
la policía del Cabo!...
JUSTO. Sí, para bastante sirve.
CRIADO. (Por la derecha.)
¡Señores! El escribano.
DUBLIN. A la calle, que no entre.
Ya no hay boda ni contratos...
Lo que quiero es el diamante.
BERTA. ¡Luis mío!
LUIS. ¡Pierde cuidado!
DUBLIN. ¡Ah! Ya conozco al infame...
(Entran por la derecha Lucca, Von-Brun y un Minero.)
Es Lucca el italiano
el que nos hizo traición.

ESCENA III

DICHOS, LUCCA, VON-BRUN y MINERO

LUCCA. No; Lucca es un hombre honrado.
(Sensación general.)
Cuando me enteré del robo,
pensé lo que está pasando;
que á mí se me acusaría,
y puse en averiguarlo
todo mi empeño. Yo sé
quiénes fueron los malvados.
DUBLIN. ¿Quiénes?
LUCCA. Antonio García
y el negro Dalí.
LUIS. Rechazo
esa acusación infame.

BRUN. Los hemos visto á caballo
internarse por la selva.
MINERO. Y yo les ví que sacaron
las maletas de la casa.
BRUN. Y esta tarde cuando estábamos
bebiendo *gin* en la plaza
nos dijo á todos, me marcho
y se despidió.
MINERO. Verdad.
BERTA. (Á Luis.) Me habló de amor, no hice caso,
rechacé sus pretensiones,
y no dudes, se ha vengado.
LUIS. Imposible, no lo creo.
DUBLIN. Pero vamos á buscarlos.
JUSTO. Tiene usted mucha razón.
Sí señor, yo le acompaño.
DUBLIN. (Pegándole un empujón.)
Quítese usted de mi vista.
JUSTO. (Me falta hasta con las manos.)
LUIS. Si es cierto, perdí un amigo:
Mas señores, ¿á qué tanto
pensar en persecuciones?
Si él fué, yo se lo regalo,
y quien hizo aquel diamante
puede hacer otro. (Todos asienten.)
DUBLIN. (Alegrándose. Pausa.) ¡Pues claro!
¡Qué tontos fuímos! ¿Verdad?
En seguida el escribano.
Ruído dentro de mueras, etc.)
¿Pero qué es eso?
LUIS. ¿Qué pasa?
LUCCA. (Corriendo al balcón-terraza y abriéndole. Se ve decoración de calle rústica de Griqualand, y un edificio al fondo envuelto en llamas completamente.)
¡Es el pueblo amotinado
que incendia el laboratorio!
LUIS. ¡Miserables! (Corriendo al balcón.)
BERTA. ¡Cielo santo! (Desmayándose.)

MÚSICA

TODOS. ¡Qué horror! ¡Señor!
¡Ya todo concluyó!
La dicha que reinaba
en pena se trocó.

CORO. (Dentro.) En defensa del trabajo
de los hijos y el hogar,
castiguemos del infame,
castiguemos su maldad.
Muera, muera, el ingeniero,
que arruinarnos quiere así.
Muera, muera.
Muera, sí.

LUIS. ¡Seca el llanto, vida mía,
que me mata tu dolor;
la ventura que se aleja
más enciende mi pasión!

BERTA. Este llanto, bien amado,
no lo causa mi dolor,
que por tí tan sólo lloro
pues te hiere la traición.

CONCERTANTE

LUIS. Seca el llanto, vida mía,
que me mata tu dolor,
la ventura que se aleja
más enciende mi pasión.

BERTA. Este llanto, bien amado,
no lo causa mi dolor,
que por tí tan sólo lloro,
pues te hiere la traición.

DUBLIN. Esos viles, al robarme,
se llevaron mi ilusión;
para siempre se borraron
mis ensueños de ambición.

LUCCA, VON-BRUN y MINEROS.
La venganza que buscaba
ya mi pecho la alcanzó;
para siempre, yo he deshecho

la ventura de los dos.

JUSTO y MARY. La venganza que buscaban
la ha logrado el traidor;
para siempre, él ha deshecho
la ventura de los dos.

C. GENERAL. Á alcanzar el premio iba
la constancia de los dos;
tornadiza la fortuna
la ventura les robó.

—

LUIS. (Desprendiéndose de los brazos de Berta.)
Mas ya que la desgracia
nos quiso herir así,
sigamos á los viles
del mundo hasta el confín.
La gloria de mi invento,
las dichas de mi amor,
reclaman que marchemos
en busca del traidor.

TODOS. Las glorias de su invento,
las dichas de su amor,
reclaman el castigo
del vil y del traidor.

(Avanzando.)

Á partir,
á marchar,
ni un punto
descansar.
Corramos
tras del vil;
castigo
á su maldad.
Y el diamante
que á la ciencia
supo un hombre
arrebatar,
de las manos
de esos viles
es preciso
recobrar.

¡Á partir,
á marchar!

(Gran confusión; se oyen voces dentro y gritos de ¡muera! El incendio sigue viéndose á través del gran balcón; todos los personajes salen por distintos lados, y cae el telón.)

FIN DEL ACTO PRIMERO

ACTO SEGUNDO

CUADRO SEXTO

¡Á TRAVÈS DEL TRANSVAAL!

Grandes montañas iluminadas por el sol poniente. Colinas todas practicables y con rampas, arrancando desde la cuarta caja hasta el segundo término inclusive. En el primer término de la derecha una granja de Boers-holandeses con su pequeño jardín á la entrada. Á la izquierda un gran árbol con un banco al pié.

ESCENA PRIMERA

DUBLÍN, BERTA, MARY, LUCCA, BRUN, JUSTO y un GUIA: salen por la izquierda y como si bajaran de un carro donde van las maletas; dicho carro se supone está á la izquierda, al pié de las montañas.

MÚSICA

GUIA. ¡Alto!

JUSTO. ¿Qué es esto?

DUBLIN. ¿Llegamos ya?
GUIA. Esa es la Granja
(Señalando á la derecha.)
del viejo Grand.
BERTA. Pues bajemos
y en ella podremos
al fin descansar.
(Llegan todos á la puerta.)
TODOS. ¡Ah, de la Granja!
GRAND. (Saliendo.) ¿Quién llama?
TODOS. Viajeros
ingleses. Mineros
del Griqualand.
JUSTO. Aquí es decantada
la hospitalidad.
Para presentarse
debe cepillarse
todo caballero
con educación. (Saca un cepillo.)
Vamos, mister Dublín,
haga usté el favor
de limpiarme por la espalda
la levita y pantalón.
DUBLIN. (Empujándole.)
¡Vaya usté al demonio!
JUSTO. ¡Siempre tan faltón!
(Se oye dentro música de violines.)
BERTA. ¿Qué música es esa?
¿No escucháis?... ¿Oíd?
JUSTO. Estas son costumbres
viejas del país.
Aquí se recibe
siempre con violín...
Son muy musicales
las gentes de aquí.

ESCENA II

DICHOS, y por la granja salen ALBERTA GRAND y BOERS, tocando el violín.

ALB. Salud á los viajeros
que acaban de llegar.

GRAND. Me doy la enhorabuena
de verlos por acá.

CORO DE SEÑORAS.
Salud á los viajeros
que acaban de llegar.

CORO DE HOMBRES.
Tenemos mucho gusto
en verlos por acá.

(Rodean á los viajeros.)

VIAJEROS. ¿Señores, qué es esto?
¿Por qué tal recepción
y al son de los violines
bailáis en derredor?

ALB. Estas son costumbres
viejas del país.
Aquí todo se hace
tocando el violín.
Oíd, oíd.
Cómo el violín
dá la expresión,
del sentimiento
del corazón.
Y como aquí
todo es verdad,
siempre el violín
en juego está.
Cuando nace un chiquitín
suena el violín,
cuando dos se casan bien,
á la iglesia van con él.
Que se muere un infelíz,
le acompañan con violín.
Con violín se ofrece
la hospitalidad;
aquí á todas partes
con violín se va.
Porque es el violín
la fiel expresión,
de los sentimientos
de un buen corazón.
(Imitando el violín.)
Taí, taí, taí,

el arco por acá.
Taí, etc.,
y el arco por aquí.

TODOS. Taí, taí, etc.

—

GRAND. Estas son cosumbres
en esta región.
¿Cuáles son las vuestras?

JUSTO. Tocar el violón.
Oíd, oíd,
con atención
lo que en España
he visto yo.
Como el violón
da la expresión,
del sentimiento
del corazón.
Y como allí
nada es verdad,
siempre el violón
en juego está.
Si se casa un ochentón
suena el violón.
Se subleva don Manuel,
el violón detrás de él.
Si hay alguna discusión,
todos tocan el violón.
Con violón se vive
siempre por allá;
es el instrumento
que se toca más.
Porque es el violón
la fiel expresión,
de los infelices
de aquella nación.
Taí, taí, taó,
el arco por acá,
taí, taí, taó
y golpe de violón.

TODOS. Taí, taí, etc.
Aquí con violín,
allá con violón,

cada uno toca
según su afición.

HABLADO

VIEJO. Podéis disponer de todo;
de mi persona y mi granja.
ALB. Somos *Boers-holandeses*,
y nadie en esta comarca
ni á hospitalarios nos vence
ni á francos nos aventaja.
BERTA. Y yo en el nombre de todos
os doy expresivas gracias.
VIEJO. La norma aquí es la finura,
con finura se agasaja,
con finura se recibe.
JUSTO. (Pasando.)
Entonces, yo soy de casa.
(Saludando al viejo.)
¿Cómo esta usted? ¿Y la niña?
Es una rosa temprana.
¿Y la familia, qué tal?
VIEJO. Todos buenos, muchas gracias.
JUSTO. Tengo un placer...
VIEJO. Tengo un gusto..
JUSTO. Mande usted.
VIEJO. Usted me manda.
JUSTO. Justo Bloquer, Mikir-Maken.
VIEJO. Jacobo Von-Grand y Makas.
DUBLIN. Se encontró con otro fino.
¡Nos hemos lucido! ¡Basta!
ALB. Señores, á descansar.
VIEJO. En seguida, no faltaba...
Arreglarlo todo, todo.
LUIS. (Á Berta.)
Berta querida, descansa.
BERTA. Hasta luégo.
MARY. (Á Justo.) ¿Tú no vienes?
JUSTO. Me quedo por si hago falta.
(Vanse Alberta, Berta, Mary y el Coro por la granja.)

ESCENA III

DICHOS menos los anteriores.

VIEJO. ¿Y vosotros? ¿no queréis
honrar mi casa, señores?
LUIS. Con mucho gusto, mas antes
queremos nos proporcione
noticias de dos viajeros
que aquí debieron anoche
detenerse, procedentes
de Portchesftron.
VIEJO. Sí, dos hombres.
DUBLIN. De diferente color.
LUIS. Los cuales, según informes,
atraviesan el Transvaal,
viajando en un carricoche
del que tira un avestrúz.
VIEJO. Son los mismos. Sí, señores.
Uno español muy simpático.
Nos dedicó unas canciones
que empezaban con... ¡tu madre!
Y acababan... ¡Olé, olé!
LUCCA. ¿Y el otro era un negro?
VIEJO. Sí.
DUBLIN. ¿Y aquí pasaron la noche?
VIEJO. Unas dos horas escasas
estuvieron, se conoce
que viajan con mucha prisa.
LUCCA. Como que son dos ladrones
que venimos persiguiendo.
LUIS. (No puedo oir que ese hombre
llame ladrón á García.)
VIEJO. Fácilmente se les coje.
Pues si llegan al Limpopo,
y sus vados no conocen,
se quedan en sus orillas
y los cafres me los cojen;
los encierran por espías,
los ceban y se los comen.
JUSTO. ¿Pero el *bistek* personal

es de moda entre esos hombres?

VIEJO. No señor. A los espías
dan tratamientos feroces,
pero son muy buenas gentes,
muy finos y servidores.

JUSTO. ¿Finos? Vestirán de negro.

VIEJO. No visten.

JUSTO. ¿No? ¿Pues entonces?

VIEJO. No necesitan vestirse;
son negros como tizones.

JUSTO. El color ya es de etiqueta,
menos mal. Y esos señores
¿están muy cerca de aquí?

VIEJO. Tan cerca, que algunas noches
andan por esas montañas,
y lo que pueden lo cojen;
pero no hacen daño á nadie.

JUSTO. ¿Y diga usté?...

DUBLIN. ¡Basta, hombre!
(Á los demás.)
Bien pronto estarán cogidos.

LUIS. Ahora, dejad que reposen
las señoras, y después
entrada la media noche,
emprendemos el camino.

LUCCA. Pues á descansar, señores.
Von-Brun y yo velaremos,
es preciso que se compren
ahora mismo los caballos.

DUBLIN. Es verdad.

BRUN. Mas eso corre
de nuestra cuenta.

LUIS. Hasta luégo.

DUBLIN. Hasta pronto.
(Vanse por la granja con el Viejo Grand.)

LUCCA. Buenas noches.

JUSTO. (Acercándose.)
Si ustedes juzgan que yo
puedo ser útil... Entonces
ni tomo nada, ni duermo,
y me tienen á sus órdenes.

LUCCA. No señor.

BRUN. A descansar.
JUSTO. Mi ofrecimiento, que conste. (Vase.)

ESCENA IV

LUCCA y VON-BRUN

BRUN. Cada vez te entiendo menos
Lucca, ¿cuáles son tus miras?
Salimos del Griqualand
persiguiendo á ese García
que nosotros acusamos,
y al cual esta noche misma
quizá le daremos caza;
¿qué vas hacer cuando él diga
que es inocente? ¿A ver, díme?
LUCCA. Tienes muy poca malicia.
¿Vistes con qué habilidad
me introduje en la familia
hasta hacerles ver que yo
por mi dignidad, debía
venir en la expedición
y los convencí en seguida?
¿Vistes como á tí también
te propuse para guía
por conocer el país
diciendo que útil serías?
¿Vistes como á mister Dublín
convencí, de que su hija
estaba expuesta á peligros
en el Griqualand, en vista
de la actitud que tomaron
los obreros de las minas,
y en contra del ingeniero
el viejo trajo á la niña
á pesar de los obstáculos
y de todas las fatigas?
Pues si viste todo esto,
¿cómo dudas todavía
de que yo tenga mi plan?
Antes de que raye el día
he de verlo realizado.

BRUN. ¡Como no te comunicas!...
¿Qué es lo que piensas?

LUCCA. ¿Qué pienso?
Mostrar amistad sencilla;
comprar ahora los caballos,
é internarnos en seguida
en los matorrales; luégo,
con tu ayuda y mi pericia,
robar á Berta, y después
á Kimperley.

BRUN. ¡Por mi vida,
que te honra mucho ese plan!
Con el diamante y la chica...

LUCCA. Es completa mi venganza.
¡Silencio, por si vigilan!
El ingeniero conmigo...

BRUN. Noté que bien no te mira.

LUCCA. ¡Ya las pagará ese necio!
¡Vamos!

BRUN. La caballeriza
de Pedro Grind está cerca.

LUCCA. Pues anda delante. Guía. (Vanse.)

ESCENA V

MISTER JUSTO por la granja, con una caja debajo del brazo.

Ahora que no me ve nadie,
voy á hacerme la *toilette*.
Saldremos á media noche,
y un hombre de mi jaéz
debe presentarse limpio.
Aquí no molestaré.
(Coloca la caja en el banco que hay debajo del árbol. Pausa.)
Me quitaré la levita
y el chaleco. No está bien
quedarse en paños menores;
pero aquí nadie me ve. (Pausa.)
Como no hay bastantes camas,
me tocó dormir con el

estúpido mister Dublín.
Yo con un hombre que es
tan ordinario... ¡Imposible!
Voy á abrir el neceser
á ver si me falta algo. (Abriéndolo.)
Está como lo arreglé.
Cuatro barras de cosmético,
colonia, agua de Suéz,
pomada de lirio verde,
peines, cepillos: muy bien;
todo en orden, todo en orden;
¡como yo... vamos, no hay tres!
(Música piano en la orquesta. Van apareciendo por las colinas cafres negros. Sacan las maletas y objetos que figuran estar en el carro. Cuatro de ellos reparan en Justo y bajan sigilosamente en el momento que se indique.)
¡Voy á darme de jabón!
Primero me afeitaré;
sin luz, yo me afeito al tacto;
y por cierto que una vez
recuerdo que al afeitarme
tanta carne me corté,
que si hay allí un cocinero
le sobra para un *bistek*.
(Se da de jabón. Pausa.)
Vaya, ya estoy jabonado. (Coge la navaja.)
Vamos. Una, dos y tres.
(En este momento han bajado ya los cafres y cogen á Justo y se lo llevan; otro coge el neceser y la levita y el chaleco.)
¿Pero qué es esto? ¡Los cafres!
Señores, ¿pero por qué?...
¡No faltarme! ¡Me digieren,
me digieren de esta vez!

MUTACIÓN

CUADRO SÉPTIMO

LOPEPE

Selva corta. Orillas del Limpopo. Primer término de la derecha serie de cabañas de cafres; las dos primeras practicables. Primer término de la izquierda, unos matorrales espesos de poca altura; lo bastante para ocultar varias personas. Es de noche.

ESCENA PRIMERA

LOPEPE y CORO DE HOMBRES (cafres negros) que salen por detrás de los matorrales.

MÚSICA

CORO. ¡Salud! ¡oh, gran Lopepe,
caudillo de este kraal!
la orilla del Limpopo
tranquila está.
Retoño de la loba
tu cuerpo esbelto es,
tu voz es la armoniosa
del ave del *Mambé*.
Salud al vencedor
del fiero *Nomafú*,

al hijo de Sobusa,
al rayo de la luz.

LOPEPE. Hijos del búfalo
y del leopardo,
el kraal os brinda
paz y descanso.

CAFRES. (Dentro.) ¡Lopepe! ¡Lopepe!

ESCENA II

DICHOS y MISTER JUSTO en mangas de camisa y con sombrero de copa puesto. Después OCHO CAFRES con las maletas abiertas, levita y neceser de mister Justo.

JUSTO. ¡Señor! ¡Señor! (Mirando á Lopepe.)
Este es, por las trazas,
un gobernador.

CAFRES. Nieto del *Mavinki*,
sol de rayos mil,
del esclavo blanco
este es el botín.

(Tiran á los piés de Lopepe las maletas abiertas.)

JUSTO. Tened más cuidado
que cuesta el dinero.
(Estos son salvajes,
pero verdaderos.)

LOPEPE. ¿Quién eres? (Á Justo.) Vosotros
el botín coged. (Á los Cafres.)

JUSTO. Merienda de negros
mi ropa va á ser.
No lo quiero ver. (Á Lopepe.)
Yo soy mister Justo,
todo un caballero
muy fino y cortés.
Me han cogido estos,
y aquí me han traído,
yo no sé por qué,
ni para qué.

(Los Cafres se han repartido camisas, tohallas, americanas, etc., y se las ponen de distintos modos por la cabeza, etc. Lopepe se pone la levita de mister Justo.)

CORO. (Saltando y haciendo contorsiones.)
¡Ahú! ¡Ahú! ¡Ahú!
Mavinki y Nomafú.
¡Ahé! ¡Ahé! ¡Ahé!
Bassuto de Mambé.

JUSTO. Si sigue el reparto,
¡qué barbaridad!
en paños menores
me van á dejar.

LOPEPE. Paso al gran Lopepe,
rayo de la luz.
(Contoneándose con la levita.)

JUSTO. Lo que es de levita,
bonito estás tú.

CORO. Con los trajes del blanco,
los betchuanas,
qué bien están.
¡Ahá!
¡Macabé! ¡Macabé!
¡Que bien!
¡Ahú, Ahú!, etc.

JUSTO. Me han dejado sin prendas
los betchuanas
para alternar.
¡Ahá!
¡Macabé! ¡Macabé!
¡Qué bien!
¡Ahú! ¡Ahú! ¡Ahú!
Reniego del zulú.
¡Ahé! ¡Ahé! ¡Ahé!
Me comen de esta vez.
¡Ahé!

CORO. ¡Ahú! ¡Ahú!, etc.

HABLADO

LOPEPE. Basta de saltos y ahullidos,
que me duele la cabeza.

JUSTO. (Yo pensaba que los cafres
la tenían de madera.)

CAF. 1.° ¿Y qué hacemos, gran Lopepe?

JUSTO. (¡Vaya un nombre, ó lo que sea!)
LOPEPE. Con esos trapos, al kraal.
JUSTO. Trapos les llama á mis prendas
el negro beccerro mate.
Nada, y ellos se las llevan.
(Vanse todos, después de haberlo recogido todo.)
¿Me permite usté... don Pepe?
LOPEPE. Chist.
JUSTO. ¡Púm! don Pepe me pega.
LOPEPE. Vamos á ver, ¿tú quién eres?
JUSTO. ¡Qué ordinario, y me tutea!
LOPEPE. Habla sin miedo, que aquí
no comemos carne fresca.
JUSTO. Yo me llamo mister Justo,
soy súbdito de Inglaterra,
soy habitante del Cabo,
y soy corredor de piedras.
LOPEPE. ¿No eres un espía? Bueno.
Tu mano.
JUSTO. (¡Si no la aprieta!)
LOPEPE. (Coge la mano que le tiende Justo y se la coloca sobre la cabeza.)
¡Por Mavinki y Nomafú!
JUSTO. ¡Vaya un pelo! ¡si son leznas!
LOPEPE. ¿Pero tú no me saludas?
JUSTO. Es verdad. Á la Europea.
¿Cómo estás? ¿y la señora?
LOPEPE. ¿Qué es eso?
JUSTO. ¡Mujer á secas!
LOPEPE. No sigas. ¡Racalamú!
JUSTO. ¿Qué dice? Vaya una lengua.
LOPEPE Mi mujer la Macaloa
era un tipo de belleza;
yo la amaba mucho, mucho:
un blanco vino á esta tierra
y á mi negra se llevó.
JUSTO. Esa si que es la más negra.
LOPEPE. Ella fué mi favorita
por lo gallarda y esbelta;
pesaba más que dos vacas...
Dí; ¿por qué se marchó ella?
JUSTO. Á pesar de pesar tanto,

la mujer siempre es ligera. (Transición.)
¿Y cómo hablas nuestro idioma?

LOPEPE. Porque me enseñó la lengua
ese blanco que te he dicho.

JUSTO. (Sacando la lengua.)
Pues la burla fué completa.

LOPEPE. ¿Y tú, á qué has venido aquí?

JUSTO. Fué porque tu gente bestia
me trajo. Mis compañeros
estarán llenos de pena
por mi desaparición.

LOPEPE. ¿Dónde está la gente esa?

JUSTO. En una granja de boers
que debe estar aquí cerca.

LOPEPE. ¿Y qué buscan? ¿Qué pretenden?
¿Por qué no se me presentan?
¡Yo debo saberlo todo!
(Tirándose de la levita.)

JUSTO. Lopepe... Mira que es nueva.

LOPEPE. ¡Que vengan! ¡Racalamú!

JUSTO. (Este cafre me cornea.) (Ruído dentro.)

LOPEPE. ¿Pero qué es eso? ¿Qué pasa? (Mirando.)

JUSTO. Son más cafres que se acercan.
¡Me quedo en paños menores!
¡Me desnudan de esta hecha!

ESCENA III

DICHOS, CAFRE 1.°, DUBLIN, LUIS, BERTA, MARY, LUCCA y VON-BRUN por los matorrales.

CAF. 1.° Unos blancos quieren verte.

JUSTO. (¿Serán ellos esos blancos?)

LOPEPE. Que lleguen á mi presencia.

DUBLIN. Mister Justo. (Saliendo.)

MARY. ¡Justo amado!
(Todos le abrazan y le rodean.)

LUIS. Le juzgábamos perdido.

BERTA. Pero por fin le encontramos.

JUSTO. ¿Y de qué modo? Señores,
perdonen si en este estado
me presento. No me mires, (Á Mary.)

que estoy hasta pornográfico.

LOPEPE. ¿Quién sois? ¿De dónde venís?
¿Á dónde vais?

LUIS. Jefe bravo
de los cafres betchuanas,
tu protección demandamos.
Venimos del Griqualand
y del Limpopo los vados
pasaremos esta noche,
si como esperan los blancos
les das tú licencia y guías
para que el gran soberano
Tonaia, el poderoso,
nos reciba en su palacio.

DUBLIN. Somos mineros. Venimos
persiguiendo á dos malvados.

LOPEPE. Bien, os haré èsos favores,
pero ¿qué ofrecéis en cambio
al nieto del gran Mavinki?

LUCCA. (Á Luis.) (Ofrecedle dos caballos.)

LUIS. Un fusil con municiones.

LOPEPE. No es bastante.

LUIS. Pues te damos
también un par de pistolas.

LOPEPE. Con eso se cierra el trato.
Ahora, á descansar al kraal.
Las cabañas de ese lado,
(Señalando á la derecha.)
os pertenecen. Entrad.
Lopepe es hospitalario. (Todos saludan.)

DUBLIN. Tú, Berta, con Mary, aquí.
(Señalando la primera cabaña.)
Los hombres nos arreglamos
de cualquier manera.

LOPEPE. Entrad.
(Mary y Berta entran en la primera; los demás por la segunda.)

JUSTO. ¡Lopepe! Primo del rayo,
sobrino de la centella
y pariente del relámpago,
yerno del sol y la luna,
de las estrellas cuñado,

en fin, de lo que tú quieras...
Te suplico por los astros
me devuelvas la levita
y un neceser, que amo tanto,
como tú amabas la vaca
que se fugó con el blanco.

LOPEPE. Esto nunca. De lo otro
ya hablaremos más despacio.
(Vase por la derecha.)

JUSTO. Yo no puedo andar así;
me vestiré de prestado.
(Vase por la segunda cabaña.)

ESCENA IV

DALÍ que sale por los matorrales.

DALI Yo les he visto; no hay duda,
es Berta, Dublín, son ellos.
¿Qué buscan aquí? ¿Á qué vienen?
¿Sabrán... pero no lo lo creo,
que los cafres á mi amo
han cogido prisionero?
¡Es imposible! ¿En las minas,
como han podido saberlo?
Al atravesar los vados
anoche nos sorprendieron;
yo pude escapar, pero él
bien pronto quedó sujeto.
Aunque la noticia es mala,
no pudo llegar á ellos
con tal rapidéz; la causa
después la averiguaremos;
lo importante es que aquí están,
que yo veré al ingeniero,
que le hablaré, y entre todos
á mi amo salvaremos.
Viene gente... ¿Serán cafres?
¡Á los matorrales, negro! (Se esconde.)

ESCENA V

LUCCA y VON-BRUN sigilosamente por la derecha.

LUCCA. La impaciencia me devora,
Von-Brun, se acerca el momento.
¿Los caballos?
BRUN. Están cerca.
LUCCA. En el kraal todo en silencio.
Von-Brun, esa es la cabaña
donde está Berta.
DALI. (Escondido.) ¿Qué es esto?
¡Lucca y Von-Brun!
LUCCA. Con sigilo
entramos, la sorprendemos
la cojo, monto á caballo
y á á Kimperley me la llevo.
BRUN. Tienes razón. Adelante.
LUCCA. Tú te quedas un momento
por si Mary se apercibe...
Si grita...
BRUN. No podrá hacerlo.
No me encargues más.
DALI. ¡Infames,
pretenden robarla!
LUCCA. Adentro.
(Entran en la primera cabaña.)
DALI. (Saliendo.) ¡Entrad, entrad, la salida
está guardada. Aquí espero.

ESCENA VI

DICHOS y LUCCA llevando en brazos á BERTA; después BRUN

LUCCA. (Tapando la boca á Berta que quiere gritar y lucha por desasirse de los brazos de él.)
¡No grites! ¡Luchas en vano!
DALI. ¡Cobarde! Yo la defiendo.
LUCCA. ¡Dalí!
BERTA. ¡Dalí!

(Que ha logrado quitar la mano de Lucca de su boca.)

LUCCA. ¡Aparta! (Sacando un revólver.)

DALI. ¡Tira!

LUCCA. (Si tiro todo lo pierdo.)

BRUN. ¡Lucca!

LUCCA. (Viendo á Brun.) ¡Mátame á ese hombre!

(Brun saca un revólver y dispara.)

LUCCA. Somos perdidos.

(Suelta á Berta, que la recoge Dalí.)

¿Qué has hecho?

BRUN. ¡Huyamos!

(Vanse corriendo por la izquierda Lucca y Brun.)

BERTA. (Que ve á Dali y quiere seguirlos.)

¡Detente!

DALI. ¡Aquí! (Llamando.)

BERTA. ¡Socorro!

ESCENA VII

DICHOS, LUIS y DUBLÍN; á poco LOPEPE y CAFRES

LUIS. ¡Berta!

DUBLIN. ¿Qué es esto? (Viendo á Dalí.)
¡El negro Dalí! ¡Tunante! (Cogiéndole.)
¡Ya le tengo! ¡Ya le tengo!

BERTA. (Interponiéndose.)
¡Padre.) ¡Dalí me ha salvado!

LUIS. ¿Qué dices?

DUBLIN. Habla al momento.

LOPEPE. (Saliendo con los Cafres.)
¿Quién ha turbado el reposo
de este kraal? ¡Habla extranjero!

BERTA. La traición de un miserable
que no ha logrado su objeto.
Lucca y Von-Brun, padre mío,
de aquí robarme quisieron.

DALI. Yo estaba en los matorrales
y sorprendí sus intentos.
Él la llevaba en sus brazos;
yo se la arranqué de ellos.
Me amenazó, resistí..

BERTA. Sobre él Von-Brun hizo fuego.
DUBLIN. ¡Ah, canallas!
LUIS. ¿Dónde están
esos infames?
DALI. Huyeron.
LUIS. Pues Dalí, pronto, un caballo
toma al punto de los nuestros,
y persígueme á ese hombre.
DALI. Yo le traigo vivo ó muerto.
LOPEPE. Á perseguir al traidor,
con él irán mis guerreros.
Blanco que roba mujeres
le sacrifico al momento.
LUIS. ¡Corre, pues! (Á Dalí.)
DALI. (Á Luis aparte.) Sí, pero antes,
es preciso que salvemos
á mi amo.
LUIS. ¿Dónde está?
DALI. Ha caído prisionero,
del rey cafre Tonaía.
LUIS. Vete, que le salvaremos.
DALI. Corro en su busca.
LOPEPE. (Á los cafres.) ¡Marchad!
(Vase Dalí seguido de cuatro Cafres, por la izquierda.)
DUBLIN. ¿Dejas escapar al negro
sin saber lo del diamante?
LUIS. Á García ya le tengo.
Sé donde está.
DUBLIN. ¿Sí? Pues dímelo.

ESCENA VIII

DICHOS y JUSTO con una blusa ancha de Dublín y sombrero de copa.

JUSTO. Señores, ¿qué ha sido eso?
No he podido venir antes
porque me estaba vistiendo.
DUBLIN. ¡Mi blusa!
JUSTO. Perdone usted,
no he tenido más remedio,

aunque no está en mis principios.
(Indicando el robo.)

BERTA. Pero ahora que recuerdo,
¿dónde está Mis Mary?

JUSTO. ¿Cómo?

BERTA. Venga usté conmigo. Entremos.
(Vanse por la cabaña primera Justo y Berta.)

LUIS. Ilustre caudillo. (Á Lopepe.)

LOPEPE. ¡Habla!

LUIS. ¿Quieres decirme si es cierto
que tu gran rey Tonaía
tiene á un blanco prisionero?

LOPEPE. Por espía. Sorprendido
fué por varios de los nuestros
al atravesar el rio.

DUBLIN. ¡Pues magnífico, soberbio! (Á Lopepe.)
Ese hombre es el que nosotros
veníamos persiguiendo.

LUIS. Preciso es que nos dé guías
para marchar al momento.

LOPEPE. Yo mismo os conduciré
en mi canoa, pues debo
asistir á la gran fiesta
de los tres Búfalos negros.

DUBLIN. Pues marchemos cuanto antes
porque ya está amaneciendo.
(Empieza á amanecer.)

ESCENA IX

DICHOS, JUSTO, BERTA y MARY por la derecha.

JUSTO. Aquí está ya sana y salva. (Á Mary.)
Cálmate ya, dulce dueño.

MARY. ¡Ay, qué susto más terrible!

JUSTO. ¡Claro! Tenía un pañuelo
de ocho puntas en la boca.

MARY. Y aún respiraba.

JUSTO. Lo creo.
(¿Tendrá grande mi futura
el paso del alimento?)

DUBLIN. Ya todo pasó y en marcha.

JUSTO. ¿Lopepe, me vuelves eso?
LOPEPE. ¿Qué quieres?
JUSTO. ¡Mi neceser!
La levita no la quiero,
porque no te da la gana
de dármela.
LOPEPE. Lo concedo.
(Hace seña á un Cafré y éste entrega el neceser á Justo.)
LUIS. Mister Dublín; ¿vamos?
DUBLIN. Vamos.
LOPEPE. Las canoas al momento.
(Vanse todos por la derecha.)
JUSTO. ¡Mi neceser de mi alma!
Voy á ver si está completo. (Lo abre.)
¡Horror! ¡Bandidos! ¡Ladrones!
Se me han comido los negros,
cuatro tarros de pomada
y tres barras de cosmético.
(Vase corriendo por la derecha.)

MUTACIÓN

CUADRO OCTAVO

LA FIESTA DE LOS BETCHUANAS

Gran plaza á todo foro en el kraal del rey Tonaía, engalanada con trofeos, etc. Al fondo derecha, palacio rústico del rey. Al fondo izquierda, gran gruta formada de piedras preciosas: se vé bastante de su interior. En el segundo término de la derecha, dosel y trono para el rey y su esposa, todo engalanado. Esta decoración se deja á juicio del pintor escenógrafo. Es de día.

MÚSICA

Desfile por el palacio.

1.° La guardia negra.
2.° Ministros y altos dignatarios.
3.° Gran palanquín con los reyes y al lado cuatro doncellas de la reina.
4.° Todos los viajeros y Lopepe.
5.° La guardia imperial.

HABLADO

TONAIA. Que empiece la fiesta,
yo mando y ordeno.

LOPEPE. Ante Tonaía,
humíllese el pueblo.
(Todos hacen una reverencia.)

JUSTO. Qué cafres tan finos
y cuánta etiqueta;
y estar yo en la corte
y sin ropa negra.

MÚSICA

Sigue el desfile por la Gruta.

1.° Guerreros negros.
2.° Doncellas.
3.° Palanquín con un ídolo.
4.° Hechiceros.
5.° Otro palanquín, con otro ídolo.
6.° Esclavas.
7.° Portabanderas, estandartes, escudos y lanzas.
8.° Caudillos, fetiches, guerreros, magos y acompañamiento.
9.° Espantamoscas.
10. Gran palanquín con los tres búfalos negros.
11. Cierra la comitiva la guardia cafre y un gran carro con trofeos, tirado por negros, banderas y la Guardia azul (mujeres).

CORO GENERAL. Salud, señor,
salud, gran rey,
del trono de *Menci*,
el tigre y el leopardo
se humillan ante tí.
Del gran monarca negro
ninguno es vencedor,
tu fama es como el rayo
purísimo del sol.

LOPEPE. El rey os da las gracias
por tanto favor.

TONAIA. La reina Makala
que entone su canción.

MAKALA. (Baja del trono, avanza y todos la rodean.)

Del Búfalo negro,
del gran *Unwatti*,
la canción es ésta,
oíd, oíd.

(CANCIÓN CAFRE)

En la verde orilla
del claro Limpopo,
Zulí, la doncella,
se enamoró
de un bravo caudillo
de escudo de cuero,
de lanza acerada,
de fiero valor.
Una noche triste
que el viento silbaba,
que el trueno rugía
y el suelo temblaba.
Del fondo agitado
del revuelto río,
Lamú, el hechicero,
cual sombra surgió.
Y al ver la doncella,
que en la orilla estaba,
sediento de amores
la arrebató.
Y el bravo caudillo
maldijo las aguas,
y al negro hechicero
valiente retó,
y entonces un rayo
hiriendo al caudillo
en búfalo negro
le convirtió.

CORO. Y entonces un rayo
hiriendo al caudillo
en búfalo negro
le convirtió.

MAKALA. ¡Temblad, temblad!
¡*Lamú*, perdón!
¡Nunca nos mandes
tu maldición!

CORO. Temblad, temblad,
Lamú, etc.

HABLADO

MAKALA. Del hechicero *Lamú*
esta es la triste leyenda,
y de los búfalos negros
al celebrarse la fiesta,
tiene el deber de cantarla
todos los años la reina.
BERTA. La leyenda es muy sentida.
DUBLIN. Es muy bonita.
LUIS. ¡Interesa!
MARY. Extraordinaria costumbre,
¿verdad, Justo?
JUSTO. Mas no buena.
Eso es convertir los reyes
en cantantes de zarzuela. (Pausa.)
TONAIA. (Avanzando.)
Empiece la ceremonia,
y venga la copa regia
con la bebida sagrada.
(Vanse dos doncellas, y en seguida vuelven con una gran copa de oro.)
JUSTO. (Á Lopepe.)
Oye, ¿qué bebida es esa?
LOPEPE. Es un brevaje compuesto
del zumo de la hoja seca.
JUSTO. (¡Qué poco zumo tendrá!)
LOPEPE. Luego ese zumo se mezcla
con las aguas del Limpopo,
y se le añade pimienta,
jugo de cardo silvestre,
y sangre de una pantera.
JUSTO. ¿Y luégo?
LOPEPE. Luégo, se bebe.
JUSTO. Claro, y luégo se revienta.
TONAIA. (Con la copa en la mano.)
Beberán antes los blancos;
mas porque tranquilos beban,

primero mis regios labios
tocarán la copa esta.
(Mete la boca dentro del vaso.)

JUSTO. Cualquiera bebe, después
de esa majestad tan negra.
Va á teñir la copa.
(Pasa la copa á Luis, Berta, Mary y después á Dublín.)

DUBLIN. (Después de beber.)
¡Cuerno! (Pasándola á Justo.)
¡Mister Justo, cosa buena!

JUSTO. Que lo beba Nomafú.

MAKALA. Extranjero, el que no beba
queda convertido en búfalo.

JUSTO. No bebo aunque me convierta
en becerro, no señor,
vamos, que no bebo, ¡ea!

TONAIA. ¡Como no bebas, te rajo!

JUSTO. Hay que beber á la fuerza.
(Se aproxima la copa á los labios y empieza ha hacer gestos.)

DUBLIN. ¿A qué sabe mister Justo?

JUSTO. ¿A que quiere usté que sepa?
A infusión de prestamistas
con raspaduras de suegras.

TONAIA. Ahora en la pira sagrada,
y al gran búfalo en ofrenda,
quememos al prisionero.

JUSTO. (¡Qué tranquilidad tan regia!
Lo mismo asan aquí un hombre
que dos kilos de chuletas.)

TONAIA. Salga el blanco de la gruta.

LUIS. Señor, un momento. Espera.
Ese prisionero blanco
que á quemar vais á la fiesta,
es nuestro compatriota,
y aguardo de tu clemencia
le pongas en libertad.

TONAIA. ¡Imposible!

LUIS. Cuanto quieras
pídenos por su rescate.

MAKALA. Hay que quemarlo á la fuerza,

aunque después de quemado
las cenizas se os entregan.

JUSTO. Sí señor, muy bien pensado
lo que ha pensado la reina.
Es muy nuevo, nos llevamos
al amigo en la cartera.

TONAIA. No; mi pueblo necesita
un sacrificio.

MAKALA. Se tuesta
al prisionero, no hay más.

JUSTO. Tiene la señora ésta,
unas ganas de *rosbiff*.
No es guapa, pero es muy bestia.

LUIS. Gran rey, nosotros te damos
porque el prisionero cedas
fusiles y municiones.

DUBLIN. ¡Caballos!

JUSTO. (Sacando diez céntimos.)
Y yo una perra
que me dieron en España,
es decir esta moneda.

TONAIA. (Cogiéndole.) ¡Oh, qué adorno tan bonito
para mi corona regia!

JUSTO. (Á sus compañeros.) ¡Déjenme ustedes á mí.
(Á Mary.) Ofrécele tu pulsera,
y es el prisionero nuestro.

MARY. (Á la reina.) Este don para la reina.

MAKALA. (Con entusiasmo.) Mira, mira, Tonaía.

TONAIA. (Ve la pulsera y hace un signo de aprobación.)
Libre está el blanco. ¡Que venga.
(El pueblo avanza y grita desaforadamente protestando de la orden del rey. Dos guerreros entran en la gruta para sacar al prisionero.)
¡Mavinki!... ¡Racalamuú!
(El pueblo se humilla y calla ante la furia del monarca.)

JUSTO. Ya están como unas ovejas.
Todos los pueblos lo mismo;
el que les manda les pega.

LOPEPE. (Á Tonaía.) ¿Y así sin el sacrificio
á dioses, y á pueblo dejas?

TONAIA. (Iracundo.) ¡Al rey no se le replica!

Y para que el pueblo aprenda
ya que no hay esclavo blanco
quemaré tu carne negra.
¡Sujetadle! (Los guerreros sujetan á Lopepe.)

LOPEPE. ¡Gran señor!

TONAIA. ¡Soy el rayo de la guerra!

JUSTO. (¡Lo frien!) Oye, Lopepe;
te suplico, por si testas,
que me legues la levita.

TONAIA. ¡Pronto, la pira dispuesta!
(Se dirigen todos á arreglar la pira.)

ESCENA II

DICHOS y ANTONIO GARCÍA

GARCIA. ¡Berta! ¡Luis! ¡Todos! ¿Qué miro?

LUIS ¡Amigo, por fin te hallamos!

DUBLIN. ¡Tuno, por fin te encontramos!

GARCIA. Mas ¿qué es esto? ¡Yo deliro!
¿Cómo vosotros aquí?
¡No me explico! ¡No comprendo!

DUBLIN. Te venimos persiguiendo.

GARCIA. ¿Persiguiendo, á quién? ¿Á mí?
Habla Luis: ¿por qué razón
dice Dublín lo que dice?

DUBLIN. Dublín, que no se desdice,
te llama infame ladrón.

GARCIA. ¿Ladrón yo?

DUBLIN. Sí.

GARCIA. ¡Por mi fe
que no comprendo!...

LUIS. Un instante.
(Interponiéndose.)

DUBLIN. Tú me robaste el diamante.

BERTA. ¡Padre!

LUIS. ¡Calma, Dublín!

GARCIA. (Con asombro á Luis.) ¿Qué?
Explícame por favor
lo que en mi ausencia ha pasado,
y quién es el que ha manchado
con tal calumnia mi honor.

LUIS. (Transición y pausa.)
Mi ciencia logró alcanzar,
como tú sabes, García,
un diamante, y aquel día
que iba dichoso á lograr
mi gloria en esta mujer, (Por Berta.)
todo me lo arrebataron;
el diamante, lo robaron.

GARCIA. ¿Y pudiste suponer
que tu amigo... lo robó?

LUIS. Tu ausencia te delataba;
Lucca, además, te acusaba,
mi amistad te defendió;
pero ante indicios fatales...

GARCIA. (Con ironía.) Á la evidencia cediste,
y es claro... me perseguiste...
(Con desprecio.) ¡Tú y yo no somos iguales!

LUIS. ¿Cómo?

GARCIA. (Con rapidéz.) Me sobra razón
para decir lo que digo,
y no puede ser mi amigo
quien no tiene corazón;
que es no tenerle, pensar
que yo tal infamia hiciera.

LUIS. ¡Vé lo que dices!

GARCIA. Espera,
que ya voy á terminar. (Pausa.)
Buscabas gloria y amor
en tu ciencia decantada,
y yo, sin pretender nada;
logré pronto el bien mayor.
La fortuna vino á mí
y casi la desprecié;
yo una deuda te pagué,
y de tu lado partí
después de hacerte dichoso,
por noble agradecimiento,
y te dejé con tu invento
y felíz por ser su esposo.
(Señalando á Berta.)
¡Bien pagas mi afán sincero!

LUIS. ¿Qué dices? ¡Habla; lo ansío!

GARCIA. Aquel diamante, era mío.
LUIS. ¿Tuyo?
GARCIA. Sí; decirlo quiero.
En la mina que era mía
lo encontró mi fiel Dalí,
y cuando triste te ví
exclamé con alegría:
es un tesoro, no importa;
de tu ciencia yo dudaba,
el diamante te salvaba,
y lo puse en la retorta.
¡Ingrato! ¡Duda otra vez!
¡Duda de tu noble amigo!
Te adyierto, que por testigo
sólo tengo mi honradéz.
LUIS. De modo que mi deseo,
mi ciencia, fueron locura.
Ya se eclipsó mi ventura.
¡Perdona, Antonio, te creo!
DUBLIN. Si mi frase le ofendió
que me dispense suplico.
(¡Si la mina de este chico
pudiera explotarla yo!)
JUSTO. Una pregunta indiscreta.
¿Berta con el ingeniero
se unirá?
DUBLIN. Con el minero.
JUSTO. ¡Huy! ¡qué tío más veleta!
TONAIA. Extranjeros, en mi trono
ved de la fiesta el final.
LUIS. Nuestra religión nos veda...
TONAIA. Entonces, idos en paz;
hasta pasar el Limpopo
mi guardia os escoltará. (Vase la Guardia negra)

ESCENA III

DICHOS, UN CAFRE, después LUCCA maniatado.

CAFRE. ¡Rayo del sol!
TONAIA. ¿Qué sucede?
CAFRE. ¡Señor! Otro preso blanco.
(El pueblo da señales de regocijo.)

TONAIA. Conducidle á mi presencia.
Pero pronto.
LOPEPE. Estoy salvado. (Sale Lucca.)
LUIS. ¡Lucca!
GARCIA. ¡Infame!
LUCCA. Estoy perdido.
GARCIA. ¡Tú me acusaste, villano!
¡Habla! Tú eres el ladrón.
LUCCA. ¡Sí; yo fuí, á qué negarlo!
DUBLIN. ¿Dónde está el diamante, dílo?
LUCCA. No lo sabréis de mis labios.
LUIS. Lucca, que vas á morir.
LUCCA. La muerte tranquilo aguardo.
TONAIA. Libre está Lopepe, cafres. (Desatan á Lopepe.)
¡Pueblo! ¡Ahí tienes otro blanco!
(El pueblo grita y vocifera.)
BERTA. ¡Qué castigo más horrible!
DUBLIN. Su fin encontró el malvado.
BERTA. La humanidad nos lo pide;
es necesario salvarlo.
GARCIA. ¡Es verdad!
LUIS. ¡Dejadme á mí!
¡Ah! ¡señor!
LOPEPE. (Aparte á Luis.) Ruegas en vano.
Si le perdonan me queman.
LUIS. Pero...
LOPEPE. Silencio; marcharos;
porque si amotino al pueblo,
os hacen aquí pedazos.
BERTA. ¡No hay salvación!
LUIS. Es inútil.
GARCIA. Dios le castiga.
LOPEPE. Marchaos.
TONAIA. Empiece la ceremonia.
JUSTO. ¡Pobre Lucca!
DUBLIN. ¡Vamos!
GARCIA. ¡Vamos!
(Vanse los viajeros.)
TONAIA. Arda la pira sagrada,
y á las llamas el esclavo.
(Música. Empieza á arder la pira y cae el telón de cuadro.)

CUADRO NOVENO

TRANSICIÓN

Selva corta. Preludio por la orquesta.

CUADRO DECIMO

LO QUE ES LA FELICIDAD

Gran jardín á todo foro con vegetación tropical. Estátuas, estufas, flores, etc. Gran mesa con servicio de gran comida, candelabros con luces, jarrones, etc. En el centro de la mesa un gran adorno de metal de bastante altura y que se distinga bien por el público. Es de noche. Al empezar el cuadro la luna ilumina la escena; después, cuando se indique, cambia el cuadro.

ESCENA PRIMERA

Al levantarse el telón todos aparecen sentados á la mesa. DUBLÍN, BERTA, GARCÍA, MARY, JUSTO y CONVIDADOS DE AMBOS SEXOS. Gran alegría al levantarse el telón.

JUSTO. ¡Buena comida! ¡Excelente! (Levantándose.) Señores...

VARIOS. ¡Que hable!
JUSTO. Un momento.
Propongo un voto de gracias
al anfitrión. (Todos aplauden.)
DUBLIN. Agradezco
todas vuestras atenciones. (Pausa.)
Con motivo del regreso
de nuestro largo viaje,
me dije, ¿cómo festejo
nuestra vuelta? y en seguida
me contesté: pues comiendo.
(Todos aplauden.)
JUSTO. Muy bien pensado, en la mesa
se funden los pensamientos.
El que mastica, agradece,
y el que agradece... pues eso.
(Todos ríen y empiezan á levantarse de la mesa formando grupos.)
DUBLIN. (Bajando al proscenio con un grupo.)
No hay mayor dicha que ver
los amigos que queremos,
en un convite cual éste
reunidos y contentos.
JUSTO. Uno falta.
GARCIA. Lo supuse.
DUBLIN. Es verdad, el ingeniero.
JUSTO. Su invento resultó al fin
lo que ya todos sabemos.
DUBLIN. Sin embargo, prometió
despedirse y vendrá luégo.
MARY. ¿Lo ves? Va á venir. (Á Berta.)
BERTA. No, Mary.
Le conozco. Está resuelto
á volver á Francia. Ya
nunca acaso nos veremos.
(Vanse Dublín y García por el foro.)

ESCENA II

DICHOS y LUIS

LUIS. ¡Señores! (Saludando.)
BERTA. ¡Él!

MARY. ¿No lo ves?...
¿no te dije que vendría?
JUSTO. (Abrazándole.) ¡Queridísimo ingeniero!
LUIS. ¡Berta!
BERTA. ¡Luis!
LUIS. La suerte mía
no quiso hacerme dichoso;
¡te amaré toda la vida!
Voy á Francia, mi trabajo
acaso hará que consiga
lo que me negó la suerte.
JUSTO. Va á hacer una tontería.
LUIS. Mary, adiós. (Tendiéndole las manos.)
¡Berta!
(Se oyen voces de Dalí.)
JUSTO. ¿Qué pasa?

ESCENA III

DICHOS y DUBLÍN con el diamante, á poco el negro DALÍ y el viejo JHON. Empiezan las nubes á obscurecer la luna.

DUBLIN. ¡El diamante! ¡Berta, hija!
¡Ya le tengo, ya le tengo!
BERTA. ¿Cómo?
LUIS. ¿Qué?
DUBLIN. De la alegría
no puedo hablar.
JUSTO. ¿Quién le trajo?
DUBLIN. Mirando la piedra.)
¡Oh, qué piedra tan magnífica!
¡Qué tallado más hermoso!
¡Cómo brilla! ¡Cómo brilla!
¡Mirad!
LUIS. (Viendo entrar al negro.) ¡El negro Dalí!
DALI. ¡El mismo!
DUBLIN. ¡Dios le bendiga!
JUSTO. ¿Cómo recobró el diamante?
DALI. Pues la cosa es bien sencilla.
Salí persiguiendo á dos,
de uno me puse en la pista.

E ntre el matorral espeso
mirando que se me iba
hice fuego, cayó un hombre,
llegué al sitio y ví con ira
que la bala hirió á Von-Brun.
Cuando á rematarle iba,
me dijo: Dalí, detente,
y yo te daré noticias
del diamante. ¿Qué diamante?
(Empieza á relampaguear poco á poco y se oyen truenos lejanos.)
pregunté. Nada sabía.
Habló, le escuché, partimos
á Kimperley en seguida,
y allí encontré al viejo Jhon.
Tomé por acción más digna
recuperar el diamante
que seguir sobre la pista
de Lucca.

GARCIA. Hiciste muy bien.
El desgraciado fué víctima
de los cafres betchuanas.

JHON. Dos meses día por día
tardé en tallar esa piedra
prisionero en la guarida
de aquellos dos miserables.

DUBLIN. (Abrazándole.) Usté ya es de mi familia.
Yo mantengo á todo el mundo.

JUSTO. Dispénseme que le diga
que el diamante no es de usted.

DUBLIN. ¿Qué? (Mirando á García.)
Verdad. Es de García.

GARCIA. No es mío.

DUBLIN. (Con alegría.) ¿No? ¿Pues de quién?

GARCIA. Del ingeniero y su hija.

LUIS. No.

BERTA. ¡Luis!

DUBLIN. (Á Luis.) ¿Cómo que no?
¡El escribano en seguida!
¡Tu mano! (Á Luis.)
Dame la tuya. (Á Berta.)
(Les echa la bendición.)

¡Lo que es la piedra ya es mía!
(Los relámpagos iluminan la escena, y se oyen largos y prolongados truenos.)

JUSTO. Un suegro con variaciones.

LUIS. ¡Pero Antonio!...

GARCIA. Sí; la vida
me has salvado... Sed felices.

BERTA. ¡Oh! ¡Muchas gracias, García!

DUBLIN. ¡Venga champagne! ¡Pronto, pronto!
¡Celebremos nuestra dicha!

JUSTO. Que el cielo está de tormenta.
Vamos á mojarnos.

DUBLIN. ¡Quita!
¡Que llueva! ¡Vengan botellas!
El diamante, que presida
colocado en este centro.
(Lo coloca en el centro de metal.)

JUSTO. Con centinelas de vista.

DUBLIN. El negro Dalí me basta.
¡Hurra! ¡Viva la alegría!
(Algazara y movimiento en todos: se destapan botellas de Champagne.)

MÚSICA

TODOS. De la alegría
que el cielo da,
el complemento
es el champagne.
¡Choquen las copas
pronto, á beber!
¡Viva la orgía!
¡Viva el placer!
(Brilla un fuerte relámpago y se oye un trueno prolongado.)
Ya la tormenta
ruge violenta;
el ronco trueno
pavor nos dá.
Pero no importa,
la vida es corta;
siga la fiesta,
no hay que temblar.

¡Choquen las copas
pronto, á beber!
¡Viva la orgía!
¡Viva el placer!

(Gran relámpago y trueno prolongado, y cae un rayo que figura fundir el diamante que está en el centro de metal.)

¡Ah, qué horror!
¡El trueno retumbó!
¡Oh, terror!
¡El rayo allá cayó!

DUBLIN. (Acercándose á la mesa.)
¿Dónde está el diamante?

LUIS. ¡Todo concluyó
el rayo máldito
la piedra fundió!

TODOS. La dicha en este mundo
jamás constante es:
el hombre en un momento
la ve desvanecer.
Las vanas ilusiones
desparecieron ya.
¡Adiós, hermosos sueños!
¡Adiós, felicidad!

HABLADO

DUBLIN. ¡Nada, que de Dios estaba
no fuera mío el diamante!

GARCIA. ¿Hay ventura más constante
que la que esa piedra daba?
(Señala á Luis y Berta.)
¡Ved qué dicha más segura
la que el amor les concede!
¡Ved, mister Dublin, si puede
existir mayor ventura!

DUBLIN. Es cierto, no hay que dudar:
son el amor y el trabajo
las venturas que aquí abajo
solamente hay que buscar. (Á Luis y Berta.)
Así lo quiso el destino.

BERTA. Por fin te llamo mi esposo.
GARCIA. (Á Luis.) Oiga usted, señor dichoso,
que quiero ser el padrino.
MARY. ¿Lo ves, Justo? ¡Casamiento!
JUSTO. Vaya, pues también los dos...
(Ap.) (¡No le pido más á Dios
que un rayo en aquel momento!)
(Música. Telón.)

FIN DEL DIAMANTE ROSA

NOTAS IMPORTANTES

Debemos hacer presente á las empresas de los teatros de provincias y Ultramar, que para los trajes y atrezzo de esta obra existen figurines y fotografías, de las cuales pueden sacar los modelos para la confección de atrezzo y vestuario, pudiendo para ello dirigirse á los pintores Sres. Muriel y Amalio, ó á la fotografía de la calle del Prado, núm. 10, en Madrid.

Las decoraciones que para esta obra tienen que hacerse imprescindiblemente, son las siguientes:

ACTO PRIMERO

CUADRO 1.º—**El laboratorio, con su transformación.**

CUADRO 3.º—**La plaza del Griqualand.**

CUADRO 5.º—**El salón de baile, con su transformación.**

ACTO SEGUNDO

CUADRO 1.º—**Montañas y granja de Boers-holandeses.**

CUADRO 3.º—**El kraal del rey Tonaia.**

CUADRO 5.º—**El jardín, con su transformación.**

OBRAS DE LOS MISMOS AUTORES

EN UN ACTO

Villa.... y palos.
¡Quién fuera ella!
Solteros entre paréntesis.
La Pilarica.
Miss Eva.
Tarjetas al minuto.
El Zaragozano.
Chin-Chin.
El Club de los feos.
Caralampio.
El 7 de Julio.
Don Dinero.
Una señora en un tris.
Los inútiles. (*Tercera edición.*)
Muebles *H*usados.
Apuntes del natural.
Certamen nacional. (*Tercera edición.*)
La cruz blanca.
Las dos madejas.
Liquidacion general.
Los Primaveras.
¡Al otro mundo!
La de Roma.
Misa de Requiem.

EN DOS ACTOS

Madrid en el año 2.000.
El diamante rosa.

DIANA

DIANA

DRAMA EN CUATRO ACTOS Y EN PROSA

ORIGINAL DE

DON NARCISO GONZALEZ DE MESA

MADRID
IMPRENTA DE JOSÉ RODRÍGUEZ
ATOCHA, 100, PRINCIPAL

1892

PERSONAJES

—

DIANA.
BRÍGIDA, criada de Diana.
COLETA, muchacha del pueblo.
HUGO.
JUAN CABET.
CENTELLAS.
DIONÍS, padre de Coleta.
PEDRO, correo de Gabinete.
UN JUEZ.
UN ESCRIBANO.
UN FRAILE.
EL VERDUGO.
ALGUACILES, SOLDADOS Y GENTE DEL PUEBLO.

La acción tiene lugar en una ciudad de Flandes, por los años de 1573 á 1574.

Los sucesos del cuarto acto, acontecen seis meses después de la fecha que se fija en la escena XV del acto tercero.

Esta obra es propiedad de su autor, y nadie podrá, sin su permiso, reimprimirla ni representarla en España y sus posesiones de Ultramar, ni en los países con los cuales se hayan celebrado ó se celebren en adelante tratados internacionales de propiedad literaria.

El autor se reserva el derecho de traducción.

Los comisionados representantes de la Galería Lírico-Dramática, titulada El Teatro, de DON FLORENCIO FISCOWICH, son los exclusivamente encargados de conceder ó negar el permiso de representación y del cobro de los derechos de propiedad.

Queda hecho el depósito que marca la ley.

Á MI ESPOSA

LA SRA. DOÑA ROSARIO MOINELO Y DOMÍNGUEZ

En prueba de mi cariño.

Narciso González de Mesa.

Habana, 21 de Diciembre de 1891.

NOTA DEL AUTOR

Como quiera que este drama fué admitido para su representación en el teatro de Novedades casi al ir á finalizar la temporada de 1885 á 1886, y entonces llevaba el título de MARIANA, y siendo ya con éste dos los dramas míos que se publican por la Galería Lírico-dramática del Sr. Fiscowich sin haber sido puestos en escena, debo decir algo del por qué de su variación de título y de por qué lo doy al público sin haber sido representado.

El que este drama lea ó lo vea representar (si alguna vez le cabe esa suerte), no ha de ser muy lince para comprender que *Diana*, el personaje principal de la obra, no es otra que doña Mariana Pineda, la heróica víctima que sacrificó en Granada el miedo y el rencor de un Gobierno despótico y tenebroso á fines del primer tercio de este siglo. Es claro que Diana resulta ser en mi drama lo que fué doña Mariana Pineda, y buen cuidado he puesto en que el carácter de mi personaje, sus acciones y vicisitudes, no me desmientan; sólo que por virtud de mi soberano capricho, Diana vive en Flandes y en el último tercio del siglo XVI, en vez de vivir en Granada en el año 1831; y así como doña Mariana Pineda sucumbió en la horca, yo á Diana la hago morir en la hoguera.

Entonces ya no es la misma, se me dirá.

No es la misma, es verdad; pero es otra tan idéntica, aunque colocada en otro país y en otra época, y es tan

semejante el medio ambiente entre que vivió doña Mariana Pineda y en el que yo coloco á Diana, que bien puede ser que á aquélla le sucediera mucho de lo que yo invento para ésta, salvo la intercepción del indulto, medio éste del que me valgo para que la acción resulte más dramática y más tenebroso el carácter de Hugo, así como me valgo de la invención del fugado Juan Cabet para hacer resaltar más la bondad, la virtud, la serenidad de alma y la energía de Diana.

En 1831 una bandera tricolor y las ideas liberales infundían á los Gobiernos rencores y tan pánico terror, como en 1573 las doctrinas de Lutero y las ambiciones de Guillermo de Orange, allá por los Países Bajos.

En una y otra época, ¡cuántas Marianas y cuántas Dianas deben haber sido sacrificadas!

Escribí el drama con el título de MARIANA en 1884, y era mi protagonista la verdadera doña Mariana Pineda, y el lugar de la acción, Granada; y la época, los años de 1830 y 1831; pero después de escrito el drama, pronto noté que era crueldad, y mucha, poner el dedo sobre esa llaga aún abierta en el recuerdo de personas interesadas por el parentesco con la víctima y con los delatores, quizás viviendo todavía testigos presenciales y aun actores en aquel famoso proceso. Todo esto motivó que rompiese el drama escrito, y variando algo su argumento, trasladando la acción á otro país y á otra época, resultó otro drama distinto, aunque parecido; pero el personaje *Mariana* siempre me resultó el mismo, tal y cual yo lo había concebido en el primer drama, y tal y cual debió ser á juzgar por las noticias y antecedentes que me hube de procurar antes de escribirla. Y por eso en el segundo drama, que es éste, escrito bajo la idea del primero, dejé subsistente el título de MARIANA, y así lo presenté á la empresa del Teatro de Novedades en el invierno del

año 1885, dividida la obra en tres actos y un Epílogo, componiéndose el acto tercero de dos cuadros.

Presentado al empresario y apreciable actor D. Ricardo Morales por un amigo suyo y mío, le entregué el manuscrito, y á los muy pocos días me contestó que la obra quedaba aceptada para su representación, si bien se había visto obligado á hacerle algunas supresiones, porque el drama resultaba muy largo y la empresa tenía el compromiso de dar *funciones por secciones* á razón de dos dramas cada noche, aconsejándome de paso que hiciese resaltar más el carácter de *Coleta*, uno de los personajes del drama. Acepté las supresiones, acepté el consejo, y dejando al actor el manuscrito, puse manos á la obra de hacer más interesante el papel de *Coleta*, para lo cual me bastaba un borrador que yo conservé, pues todo el trabajo consistía en rehacer el *Epílogo*.

Se puso en ensayo el primer acto, según me dijo don Ricardo Morales, quien me invitó á que asistiese á los ensayos del acto segundo; y habiendo tenido yo á mi esposa enferma, ni me fué posible estar al tanto para que mi drama hiciese su camino, ni pude terminar el nuevo Epílogo hasta que ya casi expiraba la temporada de aquel año. Recibió el Sr. Morales el Epílogo rehecho y lo corrigió, diciéndome que estaba dispuesto á que el drama fuese puesto en escena, á pesar de que faltaban ya pocos días para la clausura del teatro; pero que sería mejor dejarlo para el año siguiente, porque á ningún autor le convenía estrenarse en las últimas representaciones de una temporada, ni á los actores les había de gustar estudiar una obra nueva para una sola representación.

Coincidió con esta advertencia mi traslación de destino á Granada, por lo que recogí el manuscrito de la obra que hoy doy al público, y á Granada fuí, en cuya ciudad no me fué dable llevarla al teatro, porque la sola

vez que allí actuó en el espacio de dos años una compañía dramática (la de la señora Cirera), no había terminado de trasladar al limpio el manuscrito que me devolvió el Sr. Morales, cuyas supresiones y correcciones acepté, con las que estoy muy contento, porque el drama ha ganado mucho, y por lo que siempre le viviré agradecido. Y convencido de que el drama MARIANA era ya una obra de argumento convencional y de pura fantasía, no quedando del primero que escribí (del histórico) otra cosa que la identidad del carácter, virtudes y vicisitudes de la heroína, le he cambiado el título que le puse por el que ahora lleva.

No siendo frecuente la venida de compañías dramáticas á esta capital de la Gran Antilla, y trayendo su repertorio, si acaso vienen, para satisfacer al público en el breve período de tiempo que aquí permanecen; y no siendo fácil conseguir sea este drama puesto en escena en Madrid en otro teatro que el de Novedades, por su sabor melodramático, en cuyo teatro no conozco en la actualidad á nadie que me pueda recomendar, porque *recomendaciones* suelen necesitar en estos tiempos los dramas para colocarse (salvo raras excepciones), ni más ni menos que como los hombres que solicitan un destino para comer, á fin de que no duerma por más tiempo en los cajones de mi bufete, he decidido su publicación para ver si así consigo siquiera que sea criticado, aunque también para eso suelen necesitarse recomendaciones.

ACTO PRIMERO

Sala decentemente amueblada. La acción, por la tarde, poco antes de anochecer. Al fondo de la sala está la puerta de entrada. A la izquierda hay otra puerta y en el costado lateral derecho hay una puerta y una ventana. Cerca de la ventana, sentadas en torno á un velador, se hallan Diana y Brígida trabajando en labores de costura.

ESCENA PRIMERA

DIANA y BRÍGIDA

DIANA. Está anocheciendo.

BRIG. Estas tardes de invierno son muy cortas.

DIANA. Pues es necsario concluir esta tarea.

BRIG. Trabajáis mucho, señora. Joven, viuda, hermosa, no rica, pero con recursos para pasarlo bien... no sé porqué os afanáis tanto.

DIANA. Lo mío es bastante para mí, y aún me sobra, pero no tanto como yo quisiera.

BRIG. Hay que admiraros.

DIANA. Como es poco lo que me sobra después de cubrir mis necesidades, no hay otro remedio que trabajar para ganar más.

BRIG. Toda exageración es mala. Os estáis matando y nadie os lo agradece.

DIANA. No te creo. Los pobres siempre agradecen lo que se hace por ellos.

BRIG. Los pobres son muy desagradecidos, creedme; y sobre todo, esa clase de pobres que os inspiran lástima.

DIANA. ¡Infelices! Inocentes son los más.

BRIG. ¡Pero si todos son herejes! Ya vendrán mejores tiempos.

DIANA. Mi espíritu lo adivina. Los martirios siempre son fecundos.

BRIG. No veo ensartar la aguja. (Esta mujer es buena de puro vanidosa.)

DIANA. Ahora encenderás luz; espera que acabe de anochecer.

BRIG. La verdad es, que mejor estaríamos paseando á pesar del frío.

DIANA. ¡Paseando! No hay familia que no esté de duelo. No puedo yo vivir alegre cuando otros padecen.

BRIG. Es lo cierto que de duelo sólo están los malvados. Pues buen remedio: que sean buenos.

DIANA. Ya no se vé. Hay que encender luz. (Dejan de trabajar. Se levantan de sus asientos y conducen el velador, las sillas y la costura al centro de la sala. Mientras hacen todo esto siguen hablando.)

BRIG. La verdad es que la ciudad parece un desierto.

DIANA. Como todos temen amanecer en la cárcel ó en el patíbulo, nadie va á parte alguna.

BRIG. Todos, no. Por cierto que á vos no os arredra ir á la cárcel.

DIANA. Todos los días iré en tanto que me sea posible y me lo permitan.

BRIG. No me hace gracia acompañaros.

DIANA. No me acompañarás; iré sola. No á todos nos complace enjugar las lágrimas de los desgraciados.

BRIG. (Esta mujer es insufrible.)

DIANA. En socorrer y consolar á los pobres y á los presos, hallo mi suprema felicidad.

BRIG. (¡Ya! Porque la tengan por santa.)

DIANA. Trae luz, pues urge concluir y entregar esta labor.

BRIG. Lo que yo digo, señora, es por vuestro bien. Cualquier día os levantan una calumnia, y en lugar de ir á la cárcel á socorrer y consolar, os quedáis allí sin quien os socorra.

DIANA. Todo podría ser, pero no lo temo. Trae luz y no me turbes el ánimo con tus augurios. (Vase Brígida por la puerta del foro.)

ESCENA II

DIANA

¿Y por qué he de temer? Cumplo mi obligación, cumplo con los preceptos de la caridad cristiana, sin mezclarme á dar ni á aquitar la razón. Si me persiguen los hombres, Dios me premiará. ¡Bienaventurados los que padecen persecuciones por la justicia! (Vase por la izquierda. En el instante mismo en que Diana desaparece entra en escena Brígida, que trae en la mano una lámpara encendida, dejándola sobre el velador. Después cierra la ventana.)

ESCENA III

BRÍGIDA

Santas y buenas noches. ¡Calle! No está aquí la virtuosa. ¡La virtuosa! Soy ya muy vieja para que me engañen. ¿Una mujer tan hermosa, de apenas veinticinco años y sin amante? Increible es. ¿Estará rezando? Dios no me perdone si creo que ella reza. Para mi gusto es luterana. Yo no sé nada, pero... En fin, me es igual. Cerré la ventana por si viene el señor Hugo. ¡Qué buen señor! ¡Qué espléndido! Bien me paga mi oficio. Por cierto, que lo hago muy mal y adelanto poco. Hoy, aún no le he hablado á Diana de

él. ¿Si pensará la tonta que la sirvo con gusto por los dos escudos que me paga? ¡Ay! Si da en seguir virtuosa ó viuda, me arruino. ¡La detesto!

ESCENA IV

BRÍGIDA y DIANA

DIANA. ¿Hablas sola? ¿Estás murmurando?

BRIG. ¿Yo murmurar?

DIANA. Me pareció.

BRIG. Señora, es que rezaba.

DIANA. Vamos á coser, á concluir esta obra.

BRIG. Pronto estará. Yo soy trabajadora y vos coséis mucho y bien. (Halaguémosla.) (Se sientan á coser cerca de la luz.)

DIANA. Urge, porque Coleta quiere llevar á su pobre padre una prenda de abrigo. ¡En la cárcel se siente mucho frío, y como el padre de Coleta está enfermo, y yo la quiero tanto!

BRIG. Sí, excusáos ahora con el cariño que tenéis á Coleta. Achacadlo mejor á vuestra bondad, á vuestro deseo de hacer bien sin mirar á quién.

DIANA. No lo niego; pero eso no quita que yo quiera á Coleta. Y al quererla, siento mayor placer aliviando las miserias de su familia.

BRIG. ¡Siempre tan buena! Digo, no; porque algo tenéis de cruel.

DIANA. ¿Yo?

BRIG. (Ya planteé la cuestión.) Vos, sí; porque esa misma y superior bondad, ese contínuo placer de la caridad, es seguro que redunda en perjuicio de alguno ó de algunos.

DIANA. No te comprendo.

BRIG. ¿Es posible creer que en la ciudad no haya un hombre, ó varios, que por vos vivan muertos de amor?

DIANA. No lo creo. Vivo retraída, fiel á la memoria de mi esposo.

BRIG. Pues los hay.

DIANA. ¿Cómo? ¿Tú lo sabes?

BRIG. Debe haberlos, quise decir.

DIANA. Me habías alarmado.

BRIG. (¡Mojigata!) Mujer que reune virtud y tantas gracias, por fuerza tiene adoradores.

DIANA. Lo ignoro. No lo creo; pero si los hay, pierden el tiempo. Quiero decir que lo perderían, si se atrevieran...

BRIG. Esa es la crueldad de que yo hablaba. Vos, ¡ya se ve! no reparáis. ¡Siempre tan seria! ¡Pero si viérais, como yo veo, el efecto que producís!...

DIANA. ¿Tú sabes? ..

BRIG. No os alarméis; yo no sé nada, ni he visto rondador alguno.

DIANA. Entonces, no formes juicios temerarios.

BRIG. Yo soy vieja, señora, ¡y he visto tanto! El amor nunca está ocioso. El amor está en la vida, y por fuerza hay almas que penan... porque vos su pena no consoláis.

DIANA. No es culpa mía. Cambia de conversación.

BRIG. Esta noche tarda el señor Hugo en venir.

DIANA. Siempre viene más tarde. Vendrá, de seguro Agradezco su asiduidad, porque es desinteresada.

BRIG. Tal vez no.

DIANA. Dos años hace que me visita todos los días, desde la muerte de mi esposo.

BRIG. Pues por eso.

DIANA. Siempre comedido, respetuoso, breve en sus visitas.

BRIG. Pues por eso.

DIANA. Nunca me habló á solas, ni lo pretendió.

BRIG. ¿Tímido? Síntoma de enamorado.

DIANA. Era muy amigo de mi Rafael.

BRIG. Tal vez desea heredar á su amigo.

DIANA. Por haber sido amigo de Rafael le recibo, y porque su conducta no me da que sospechar. Dice la gente que es duro de corazón, vanidoso, enemigo de todo

adelanto, de toda mejora... Si eso es verdad, lo deploro; pero conmigo se porta con mucha discreción.

BRIG. Ya terminé mi costura, ¿y vos?

DIANA. Ahora mismo. En seguida vas á la tienda, haces la entrega y traes el dinero. (Brígida esta ya de pié.)

BRIG. Pensar que un caballero joven, apuesto, rico y elegante visita todos los días á una mujer de vuestras prendas, ¿y pensar que no está de vos enamorado? Eso sólamente lo puede pensar y creer la que es suma virtud y suma bondad.

DIANA. Pues por si acaso es eso, y te agradezco el aviso, voy á procurar que me visite más de tarde en tarde.

BRIG. (Sombría.) (¡Ay de ti, si tal haces!)

DIANA. Ya concluí. Ayúdame, Brígida, á doblar. Aún es temprano... hay tiempo. Ve y no tardes en volver. No quiero estar sola, por si viene el señor Hugo.

BRIG. Yo nunca me tardo, señora. Si me detengo, es en la iglesia.

DIANA. Esta noche, ni eso.

BRIG. (Murmurando, pero con intención de que Diana la oiga.) También es fuerte cosa, que no pueda una rezar sus oraciones.

DIANA. Rezarás en casa, á la vuelta. Mi reputación exige que ese caballero no me halle sola.

BRIG. (¡Tonta! Pues por eso tardaré.) Volveré en seguida.

DIANA. Cierra bien la puerta.

BRIG. (Pues no la cierro.) (Vase Brígida por la puerta del fondo.)

ESCENA V

DIANA

¡Amor!... ¿amar yo? ¿Por qué no amo? Amé á Rafael con delirio y con ternura. Algo amo yo ahora, algo que no acierto á definir, algo grande. El bien, ¡sí! ¡amo el bien! Pero, ¿amar al señor Hugo? ¿al azote de los que padecen? ¿al enemigo de los que piensan y

de los que sienten? ¡Nunca! Si yo he de amar algo, no es eso.

ESCENA VI

DIANA y JUAN

Juan entra por la puerta del fondo, despavorido, desgarrados los vestidos, ensangrentado el rostro, y en cuanto ve á Diana va como á ampararse de ella, y se arroja suplicante á sus piés.

DIANA. (Al verle.) ¡Ay!

JUAN. ¡Señora! ¡compasión, señora!

DIANA. ¿Qué queréis? ¿Quién sois?

JUAN. ¡Piedad, señora! ¡piedad!

DIANA. Alzad. ¿Qué pasa?

JUAN. Me persiguen.

DIANA. ¿Quién?

JUAN. La justicia.

DIANA. Bien. Alzad; serenáos un poco y pensad lo que conviene hacer.

JUAN. Perdonadme, señora, ó no me alzo.

DIANA. Perdonado estáis.

JUAN. ¡Oh, gracias! (Se pone de pié.)

DIANA. Tomad aliento, sentáos y hablad. (¡Pobre joven!)

JUAN. No me han visto entrar. Los Alguaciles perdieron mi pista muy lejos de aquí.

DIANA. Pero ¿quién sois? ¿por qué os persiguen?

JUAN. Soy... un fugado de la cárcel. Soy... ¡un sentenciado á muerte!

DIANA. ¡Cielos!

JUAN. No os asustéis, señora. ¡Tened lástima de mí! ¡Amparadme en trance tan horrible, en momento tan solemne! (Vuelve á caer de rodillas á los piés de Diana.)

DIANA. ¡Infeliz! ¿Y si vienen? ¿Y si registran la casa? Huíd, huíd.

JUAN. ¡Imposible! ¡Mi salvación está aquí!

DIANA. Pero alzad, y hablemos de una vez. Sentémonos, contadme vuestra situación y deduzcamos de ella el remedio que puede aplicarse á caso tan grave. (Se sientan. La agitación que le posee obliga á Juan á moverse, á mirar y oir con desconfianza, y cuando se exalta se pone de pié.)

JUAN. Mañana debia morir.

DIANA. ¡Qué horror!

JUAN. ¡Es horroroso, sí! ¡Horroroso es despedirse de la vida joven, lleno de alientos, de esperanza y de generosidad! ¡Horroroso es contar por las pulsaciones los instantes que se suceden, y pasan y no vuelven, y saber así los momentos de vida que nos quedan.

DIANA. Calmáos.

JUAN. ¡Amar la luz, amar la vida, amar con el alma y saber en cuál instante va á desgarrarnos la existencia la inexorable ley humana! ¡Eso es horrible, señora; vos lo habéis dicho!

DIANA. ¿Por qué os han sentenciado?

JUAN. Por conspirador y por hereje. Ese fué el pretexto; pero esto es largo de contar. ¡Ah, señora! Si supiese el rey los abusos que se cometen á la sombra de su poder; si conociese las iras y los odios que se desenvuelven y las venganzas que se logran, pretextando amor que no le tienen y servicios que no le hacen, ¡cómo castigaría á esos traidores!

DIANA. ¿Cómo os llamáis?

JUAN. Juan.

DIANA. ¿Juan nada más?

JUAN. ¿Para qué decir mi apellido? ¡Oh, no es desconfianza, señora!... Si me aprisionan de nuevo y muero en horca, ó en hoguera, mi apellido debe olvidarse. Si escapo de tan afrentosa muerte, si huyo, si gracias á vos me salvo...

DIANA. Eso, eso es lo que importa. Veamos cómo puede ser.

JUAN. Dadme asilo hasta la media noche.

DIANA. ¿Y mi honra? Viuda y joven, y acechada...

JUAN. Tenéis razón, señora: la honra es más que la vida.

¿Qué importa la vida de un hombre ante la honra de una mujer? Señora, perdón y adiós. (Hace como que se va. Diana lo detiene con viveza.)

DIANA. ¡Jesús! No, hombre, no. ¿Dónde vais?

JUAN. A donde me lleve la suerte.

DIANA. ¡Quieto! ¡quieto aquí!... No me extraña: el alma herida, el corazón lastimado...

JUAN. El corazón lastimado mana sangre; el alma herida se revela.

DIANA. Vamos, sentáos otra vez.

JUAN. La casualidad me condujo á esta casa. ¡Bendita sea la Providencia! Vos sois buena. Yo os conozco.

DIANA. ¿Me conocéis?

JUAN. ¿Quién no conoce á la madre de los pobres, á la que consuela á los presos y ampara á todos los desvalidos? En la cárcel os he visto muchas veces... antes os conocía ya. ¿No es verdad que no me dejaréis sin amparo? Asilo hasta media noche, no pido más.

DIANA. Bien, sí; pero es el caso que yo no vivo sola. Temo á la indiscreción, á la fatalidad.

JUAN. Tengo amigos y dinero; dinero y amigos me facilitaron la fuga. Me esperan á la media noche. Con un buen caballo pronto llegaré á la frontera.

DIANA. ¿No conspiráis?

JUAN. Ni conspiro ni he conspirado.

DIANA. ¿No sois hereje?

JUAN. Ferviente católico soy.

DIANA. Si viniese la justicia... si sospechasen que estábais aquí... ¡Dios mío!

JUAN. ¿Tenéis miedo? Entonces... (Hace ademán de levantarse de la silla.)

DIANA. (Con viveza.) Temo por vuestra vida.—Pero ya estáis menos agitado. Debéis tener frío, hambre y sed.

JUAN. Tengo sed; sed de la fiebre que me devora: sed es lo que tengo.—Sueño, necesidad de reposo, es lo que siento; pero no dormiré. No es posible dormir al que no sabe cómo ha de despertar. (Saca un pañuelo y se

limpia el sudor de la frente. No vuelve á guardarlo, y sin saber lo que hace, febril, lo pasa de la una á la otra mano hasta que, distraído, lo deja caer al suelo.)

DIANA. Voy á traer un poco de vino generoso.

JUAN. Y mucha agua, porque me abraso.

DIANA. Voy teniendo confianza. Pasa el tiempo y nada turba la tranquilidad.—Voy por el agua. ¿Queréis comer algo? Fiambres tengo.

JUAN. Beber nada más. (Vase Diana por la puerta del fondo.)

ESCENA VII

JUAN

¡A dónde me ha traído la casualidad! ¡Y en qué momentos! ¡Destino inexcrutable! ¡Amarla tanto tiempo, bendecirla en silencio y deberle ahora mi salvación!

ESCENA VIII

JUAN y DIANA

Diana trae en una bandeja una copa con vino y un vaso con agua.

DIANA. Ya estoy aquí.—Cerré bien la puerta de la casa.—Bebed. (Juan se pone de pié y bebe con ansia.)

JUAN. ¡Gracias! (Se oye golpear en una puerta, por el foro.)

DIANA. (Asustada.) ¡Llaman!

JUAN. Ocultadme, abrid, y sea lo que Dios quiera. (Vuelven á repetirse los golpes.)

DIANA. Prisa trae el que llama.

JUAN. Pues abrid pronto.

DIANA. (Señalando á la puerta de la izquierda.) Ese es mi dormitorio, lugar seguro, si no es la justicia. (Coloca la bandeja sobre el velador.)

JUAN. ¿No tiene otra puerta esta habitación?

DIANA. Esta sólo; pero entrad tranquilo. La alcoba de una mujer honrada es un lugar infranqueable. (Llaman por tercera vez.)

JUAN. Se impacientan.

DIANA. (Alzando la voz.) Voy en seguida. (Vase por la puerta del fondo.)

ESCENA IX

JUAN

¡Cuánta ansiedad! (Escuchando.) No son los esbirros de la justicia. (Vase por la puerta de la izquierda, cerrándola.)

ESCENA X

DIANA y COLETA

DIANA. ¿Por qué llamabas con tanta prisa?

COLETA. Vengo muerta de miedo.

DIANA. ¿Qué te asusta?

COLETA. Y al mismo tiempo me alegro.

DIANA. ¿Qué pasa?

COLETA. ¡Ahí es nada! ¿No sabéis? Se ha fugado un preso de la cárcel: un reo de muerte.

DIANA. ¿Sí? No sabía nada. Cuenta... cuenta.

COLETA. Pues sí señora; el señor Juan Cabet.

DIANA. ¿Cabet?

COLETA. ¿Por qué os sobresaltáis?

DIANA. No, hija mía, no. Es el afán de la curiosidad. Prosigue, prosigue.

COLETA. Tengo mucha sed. Ya se vé: el susto y lo que he corrido. Aquí hay agua. (Repara en el vaso que hay sobre el velador y se bebe la poca agua que dejó Juan.) Poca dejó la visita.

DIANA. (Con viveza y asustada.) ¡Si no he tenido visita ninguna! Eso lo trajo Brígida para mí.

COLETA ¿Y el vino? Vos no bebéis vino.

DIANA. (¡Torpeza mía!)

COLETA. (Afligiéndose.) ¡Ya no me queréis!

DIANA. Sí, hija mía, sí; pero no me gustan las muchachas curiosas y preguntonas.

COLETA. ¡Ya no me queréis! Os veo asustada, conmovida; veo pruebas de que aquí ha estado alguién, y como vos no tenéis secretos, y como yo os quiero mucho, deseaba enterarme, por si se atreven á daros algún pesar. (Con bravura y desgarro.) El que se atreva con vos, se acuerda de Coleta. ¡Por mi madre!

DIANA. Sí, visita tuve y le dí ese agasajo; pero el susto que me notas es inquietud por ese pobre Cabet. Prosigue tu relato.

COLETA. (Cuando ella miente... algo oculta, á alguno favorece.)

DIANA Vamos, cuenta.

COLETA. (Mucho ha tardado en abrir.)

DIANA. ¡Coleta!

COLETA. Pues señor, que don Juan Cabet, rico y guapo mozo, preso por sus amores á cosas que dicen que no son buenas, se fugó de la cárcel, y que era reo de muerte, ya lo dije. Tuvo el caballero la mala suerte de ser descubierto en su fuga, y por calles y plazas, y por huertos y tejados, lo han perseguido como á una fiera. Por fin, se les ha ido de entre las manos. ¡Me alegro! Está la ciudad que parece que vienen los franceses. Los Alguaciles corren, gritan, aullan; los Soldados están sobre las armas... ¡Gran belén! ¡gran belén! (Se aflige de pronto y se limpia las lágrimas con la punta del delantal.) ¡Lo siento por mi pobre padre! En las cárceles, siempre que se fuga alguno, lo pagan los infelices que se quedan. Seguro es que no me le dejan ver más.

DIANA. Mañana iremos á verle, pero es de necesidad que esta noche le lleves con qué abrigarse. Brígida fué por dinero y no debe tardar.

COLETA. Y mi padre estará contento, de seguro. Mi padre

quiere mucho al señor Juan Cabet. Es el que siempre nos daba trabajo; y si no es por él, mal lo hubiéramos pasado en ocasiones. Yo le quiero muchísimo.

DIANA. ¿Le conoces tú?

COLETA. ¡Ya lo creo! ¿Cómo no he de conocer al que ha sido ángel tutelar de mi familia, después de vos? Vos también le conocéis.

DIANA. ¿Yo?

COLETA. Le habéis dado consuelo con vuestras bondadosas palabras.

DIANA. ¿En dónde?

COLETA. En la cárcel. ¡Por cierto que os miraba de un modo!

DIANA. No lo recuerdo.

COLETA. ¡Pobre señor Cabet! Toda la ropa blanca se la marcaba yo. Con lo que me pagó por los últimos lenzuelos que le bordé, pude compar el vestido que llevo encima. Ya sabéis que yo no bordo mal.

DIANA. Mañana te regalaré yo otro vestido.

COLETA. ¡Qué buena sois! Pero... y esto, ¿qué es? (Repara en el pañuelo que se le cayó á Juan y lo recoge y lo examina con detención.) ¡Un pañuelo... y fino, de batista!

DIANA. Sí, sí, es el mío. (¡Otra desdicha!)

COLETA. Tiene sangre y polvo.

DIANA. Dámele acá. El polvo es del suelo, y la sangre... que me he pinchado.

COLETA. ¡Es singular! Estas cifras las he bordado yo. ¿A ver? J. C. Justo; esto dice: Juan Cabet.

DIANA. (Tapando la boca á Coleta.) ¡Silencio! ¡Silencio, desdichada!

COLETA. ¡Por Dios, señora! ¡que me ahogáis!

DIANA. Si pronuncias ese nombre, me pierdes.

COLETA. ¡Ha estado aquí! (¡Cuando yo decía!...)

DIANA. Estuvo y se fué.

COLETA. Fortuna ha sido que yo haya visto todo esto; fortuna ha sido y no poca. ¡Buena la hacemos si lo llega á ver la vieja Brígida, tan habladora como es! Ya me contaréis mañana, cuando estemos más serenas.

DIANA. Fortuna ha sido: tienes razón.

COLETA. No hay que perder tiempo. Los vasos á la alacena y el pañuelo al fuego. (Aquí debe estar oculto.) (Se lleva la bandeja y el pañuelo; pero antes de salir por la puerta del fondo, echa una mirada á la puerta del dormitorio de Diana.)

ESCENA XI

DIANA

Es verdad: fortuna ha sido. Si Brígida ó Hugo llegan á ver lo que Coleta, soy perdida y se pierde ese infelíz Cabet. ¡Qué angustia! ¡qué temor! ¡Con qué lentitud pasa el tiempo esta noche! ¡Dios quiera protegernos!

ESCENA XII

DIANA y COLETA

COLETA. Ya no hay rastro. Hasta que se promulguen leyes más justas, hay que vivir muy alerta.

DIANA. Dios te lo pague.

COLETA. ¡Caramba! ¡y me queríais ahogar!

DIANA. Perdona.

COLETA. ¡Chist! Oigo abrir la puerta.

DIANA. Será Brígida, que tiene llave.

COLETA. Ella debe traernos noticias recientes.

ESCENA XIII

DIANA, COLETA y BRÍGIDA

BRIG. Vengo horrorizada. Aquí está el dinero; tres escudos. ¡Jesús, Jesús, Dios nos asista!

DIANA. ¿Qué tienes?

COLETA. ¿Qué sucede?

BRIG. ¡Ahí es nada! La ciudad está alarmada. Se ha fugado de la cárcel un bandido, un mónstruo. ¿Qué digo? Un mónstruo es poca cosa. Se ha fugado un traidor, un hereje, un partidario de las doctrinas de Lutero, un orangista. Le buscan por el arrabal.

DIANA. ¡Ah!

BRIG. Pero que le echen galgos. Las autoridades le suponen ya lejos y salvado.

COLETA. ¡Alabado sea Dios!

BRIG. ¿Eh? Permita Dios que lo atrapen. Un alguacil amigo mío cree que aún no ha salido el prófugo de la ciudad.

DIANA. ¿Eso dicen?

BRIG. Lo que es yo, como supiese dónde se oculta, le denunciaba y á los encubridores también. (Diana no puede resistir la emoción, y cae temblorosa en una silla mirando con inquietud á la puerta de la izquierda. Brígida no se fija en esta circunstancia, pero Coleta sí.)

DIANA (¡Protégele, Dios mío!)

COLETA. (La señora está asustada. Oculto le tiene.)

BRIG. No saldría yo esta noche á la calle por nada bueno.

DIANA. (Hay que alejar á esta furia todo el tiempo posible.)

COLETA. ¿Estáis enferma, señora?

DIANA. Estoy inquieta. Tengo miedo, como Brígida.

BRIG. ¡Y pensar que vivimos solas dos mujeres indefensas!

DIANA. Esta noche debía Coleta hacernos compañía.

BRIG. Bien pensado.

COLETA. Yo, con mil amores; pero debo avisar á madre para que no pase cuidado por mí.

DIANA. Es justo. Toma, Coleta, el dinero que me dió Brígida. Llévalo á tu madre, y que tu hermana Berta compre el abrigo para tu padre.

COLETA. Gracias, señora, gracias. Mujer tan buena ha de ganar el cielo. (Besa una mano á Diana.)

BRIG. (Así se cobra fama.)

DIANA. En tales circunstancias y á estas horas no está bien que vaya una muchacha sola por la calle. Brígida te acompañará.

BRIG. ¿Yo? ¡Vaya! Acompañar á una moza que tiene más brios que un dragón.

COLETA. Mucho que sí.

DIANA. Brígida, obedece y calla. Peor será que pasemos la noche sin su compañía.

BRIG. Vaya sola y vuelva sola.

DIANA. No le permito volver si no la acompañas.

BRIG. ¡Si es que tengo mucho miedo!

DIANA. Con más temor quedo yo mientras volvéis.

COLETA. Vamos, señora Brígida, vamos.

BRIG. ¿Miedo aquí? ¿Quién se ha de atrever á darnos un susto? Nadie. Todo el barrio sabe que aquí visita el muy noble y muy poderoso señor Hugo.

DIANA. (¡Ah, qué idea! Bien discurrió.)

BRIG. La justicia no ha de atreverse á sospechar de esta casa.

COLETA. Claro es que no, ni nadie.

BRIG. Y el prófugo no vendrá por acá por la cuenta que le tiene.

DIANA. ¡Que se hace tarde!

BRIG. (El señor Hugo no ha venido aún. Debo marcharme y dejarla sola.) (Llaman á la puerta de la casa.) El señor Hugo debe ser. Voy á abrir.

ESCENA XIV

DIANA y COLETA

DIANA. (¡Malhaya mi suerte!) (A Coleta.) Haz de modo que volvváis pronto.

COLETA. No hemos de tardar.

ESCENA XV

DIANA, COLETA, BRIGIDA y HUGO

Brígida entra detrás de Hugo, adulándole.

HUGO. Buenas noches, Diana.

DIANA. Muy buenas, señor Hugo.

BRIG. (A Hugo.) ¡Qué tarde! ¡qué tarde! Nos tenéis muy olvidadas.

HUGO. Los negocios públicos...

BRIG. Tomad asiento, caballero. Aquí, en esta silla.

HUGO. Si Diana me da permiso...

DIANA. Sentémonos. Y vosotras, ya sabéis.

BRIG. ¿A ver? Este pobrecito señor trae muy mojada la capa. La extenderé un poco para que se seque. En esta silla... ó si no, mejor estará entre estas dos. (Toma la capa de Hugo y la tiende, colgada de dos sillas que coloca al lado de la puerta de la izquierda; pero sin que impidan el paso al dormitorio de Diana.)

COLETA. Señora Brígida, ¡que se hace tarde!

HUGO. (A Diana.) ¿Se marchan?

DIANA. Por poco tiempo: volverán pronto...

HUGO. (Al fin le hablaré sin testigos.)

DIANA. Ya veis, señor Hugo, la confianza que me inspiráis.

HUGO. La merezco.

BRIG. Ya está tendida. Vámonos, si mi señor Hugo no dispone otra cosa.

HUGO. (Á Brígida, con intención.) Gracias, muchas gracias por vuestro celo, madre Brígida. Nada tengo que desear.

BRIG. Entonces, adiós.

HUGO. (Á Diana.) Es muy buena.

COLETA. (Desde la puerta del fondo, al irse con Brígida.) ¡Muy buena... muy buena!... (¡para emplumarla!)

ESCENA XVI

DIANA y HUGO

HUGO. Duros tiempos corremos. Temí que esta noche la sagrada obligación de velar por el orden me vedase venir.

DIANA. ¿Peligra el orden?

HUGO. No, precisamente hoy, en este momento. Pero si las autoridades continúan tratando con suavidad á los

enemigos nuestros y de Dios; si el Duque de Alba no llega pronto, ¿quién es capáz de saber lo que sucederá? Es el Duque gran amigo mío.

DIANA. Pero ¿qué ha pasado hoy?

HUGO. Hoy poca cosa, y me importa más á mí que al Gobernador. Un enemigo mío se ha fugado de la cárcel. Es hombre peligroso para mí y para las instituciones. La vida daria yo por apresarle; pero ni los jueces ni el Gobernador despliegan la energía que es necesaria y yo les aconsejo.

DIANA. Raro es el día que no hay reo de muerte.

HUGO. Eso es poco. ¡Ya se vé! Así cunde la herejía y se pierde todo respeto. En vano escribo á Bruselas al Virrey y á sus Ministros: allí están tambien por la suavidad. Ya vendrá el Duque de Alba.

DIANA. ¡Si están atestadas las cárceles!

HUGO. Es poco, es poco.

DIANA. (Este hombre es un mónstruo.)

HUGO. Hoy temí no poder venir á visitaros, y lo hubiese sentido. No concilio bien el sueño la noche que tengo la desgracia de no veros. Por fortuna mía, eso ha sucedido pocas veces, desde que murió Rafael: Dios lo haya en su gloria.

DIANA. Allí está, de seguro. (Este hombre, ¿sería capáz?...) Os estoy muy agradecida, señor Hugo: vuestra discreta amistad me honra, y sabiendo yo, como sé, que os mostráis mi amigo por haberlo sido de mi esposo, sería en mí descortés brusquedad...

HUGO. ¡Qué dichoso fué Rafael! Y lo mereció, porque era muy bueno.

DIANA. Por eso soy fiel á su memoria.

HUGO. Hacéis bien; pero es lástima que tanta hermosura se marchite bajo las tocas de la viudéz. ¿Por qué no os casáis?

DIANA. (¡Se atreve á lo que nunca!)

HUGO. Dicen que sois la virtud personificada, la madre de los afligidos; pero no piensan como dicen.

DIANA. ¿Qué piensan? ¿Qué piensan?

HUGO. ¿Cómo queréis que yo sepa fijamente lo que piensan? Pero es casi seguro que no piensan nada bueno. (Diana, irritada, se pone de pié.)

DIANA. ¡Señor Hugo!

HUGO. ¿Os incomodáis? Hacéis muy mal. Yo, que os estimo; yo, que os quiero... bien, esto cuento para que meditéis que á una mujer tan bella y tan joven no le conviene vivir sola. El mundo murmura.

DIANA. ¡Qué me importa á mí del mundo!

HUGO. (La altivéz de su virtud me intimida.)

DIANA. ¡Y yo que os creía mi amigo!

HUGO. Y lo soy, lo soy: no lo dudéis. (Hugo se pone de pié.)

DIANA. Me dais el mayor de los pesares.

HUGO. La culpa es vuestra.

DIANA. ¿Mía?

HUGO. Tomad estado.

DIANA. ¿Sin amor? ¿Con quién?

HUGO. ¿No amáis á nadie? ¿á nadie? (Esto lo dice lleno de afán, vendiendo su secreto.)

DIANA. A nadie entre los vivos: lo juro.

HUGO. (¡Oh, dicha!)

DIANA. Preciso es que me expliquéis...

HUGO. Murmuraciones... envidias... rencores: hé aquí lo que los buenos alcanzan. El mundo toma la bondad por hipocresía. ¿Cómo es posible imaginar una mujer como vos, sin novio ó sin amante?

DIANA. (Muy altiva.) ¿Y eso piensa el mundo? ¿Y eso pensáis vos?

HUGO. Yo no lo pienso: el mundo puede pensarlo. No tenéis derecho á vivir sin amar, no siendo monja. Y como todos sabemos que hay muchos hombres que por vuestro amor darían la vida...

DIANA. ¿Vos también lo sabéis? ¿Conocéis alguno?

HUGO. Muchos conozco, y sé de uno que os idolatra.

DIANA. (¡Oh, imprudencia mía!) Compadezco á ese hombre. No puedo amarle.

HUGO. (Eso ya lo veremos.) Ya véis, Diana, cómo la voz pública, aun siendo injusta, tiene derecho á suponer que al no tomar marido...

DIANA. ¿Es porque tengo amante? Y vos, ¿qué opináis, señor Hugo?

HUGO. Lo que habéis jurado.

DIANA. Gracias, muchas gracias por la fe que tenéis en mi palabra. Por lo injusto de la opinión y por mi fama, voy á rogaros que no me visitéis más... después de la oración de la tarde.

HUGO. (Adivinó mi amor.)

DIANA. Eso exige, muy celosa, mi buena fama. Aquí no entra más hombre que vos, y tan cumplido caballero...

HUGO. Es exigir demasiado.

DIANA. Silencio y mudemos la conversación, porque llega gente

HUGO. (Si no mintió, aún tengo esperanza.)

ESCENA XVII

DIANA, HUGO, BRIGIDA y COLETA

COLETA. Ya estamos de vuelta, señora. Ya fué mi madre á comprar el abrigo para padre. Mi hermana Berta se lo llevará mañana, porque esta noche ya no dejan hablar con los presos. Dejad que os bese y os abrace.

DIANA. Sí, hija mía; ven á mis brazos. (Se abrazan. En tanto que Coleta y Diana sostienen la conversación que antecede, Brígida y Hugo hacen como que hablan entre sí. Suenan las ocho en el reloj de una iglesia. Todos están en torno al velador.)

HUGO. (A Diana.) Ya es hora de retirarme.

DIANA. ¡Si vos, señor Hugo, pudiéseis hacer algo en favor del padre de Coleta!

HUGO. Veremos... veremos: los tiempos son malos y los hombres peores.

BRIG. (Se dirige al dormitorio de Diana.) (Arreglemos el lecho

de esa gazmoña. ¡Espinas le echaría de buena gana!) (Entra en el dormitorio sin que de ello se apercibaa ni Coleta ni Diana. Mucha rapidéz en la ejecución de la escena que sigue.)

ESCENA XVIII

DIANA, HUGO y COLETA; luégo JUAN y después BRIGIDA

COLETA. (A Hugo.) ¡Mi agradecimiento sería eterno!

BRIG. (Dentro gritando.) ¡Socorro! ¡Socorro!

DIANA. ¡Virgen de las Angustias!

COLETA. (Grito prolongado.) ¡Ay!

HUGO. ¿Qué pasa? ¿qué pasa? (Las anteriores exclamaciones son casi simultáneas; al oir los personajes los gritos de Brígida, Hugo saca la espada; Diana, poseída de terror, cruza las manos y las eleva hacia el cielo, viendo que el escondido ha sido descubierto, y Coleta, comprendiendo, de golpe, la situación, al dar su terrible grito, entre verdadero y fingido miedo, da un manotazo á la lámpara y la derriba y apaga. Hugo, ya á obscuras, al dirigirse al dormitorio, tropieza con las sillas y se enreda con la capa que está en ellas tendida, por lo que cae: al alzarse del suelo se desorienta, y á tientas toma una dirección contraria á la puerta del dormitorio. Brígida sigue pidiendo socorro á gritos. Coleta, en cuanto apaga la luz, va rápida y con seguridad á la puerta de la izquierda. Allí tropieza con Juan, que sale á tientas, le reconoce al tacto por el vestido, lo toma de la mano y se le lleva por la puerta del fondo. Un instante después sale Brígida del dormitorio á tientas y llena de terror. Por fin vuelve á entrar Coleta en escena, trayendo en una palmatoria una vela encendida. Todo á su tiempo.)

BRIG. ¡Socorro! ¡Socorro!

COLETA. (Estaba aquí.)

HUGO. (Al tropezar y caer.) ¡Infierno!

DIANA. (¡Piedad, Dios mío, piedad!)

JUAN. (Apareciendo y tropezando con Coleta.) (¡Una mujer! ¿Será ella?)

COLETA. (A Juan al oído.) (Seguidme: soy Coleta.)

BRIG. (Saliendo del dormitorio.) ¡Un hombre! ¡Es un hombre!

HUGO. No atiro con la puerta. (Brígida y Hugo se hallan ya uno junto al otro.)

BRIG. ¡Era un hombre!

HUGO. ¿Qué dices? (Entra Coleta con la vela encendida y deja la luz sobre el velador, en cuyo mueble está el sombrero de Hugo. Suena el toque de ánimas.)

ESCENA XIX

DIANA, HUGO, BRÍGIDA y COLETA

COLETA. ¡Alabado sea Dios! Aquí hay luz.

BRIG. (A Hugo aparte.) (¡Un hombre en su cuarto!)

DIANA. (¡No me atrevo á respirar!)

HUGO. ¿Qué ha pasado?

COLETA. Buen susto nos habéis dado, madre Brígida. ¿Ya véis fantasmas?

HUGO Veamos... Sepamos lo que es. (Al decir esto, toma con ímpetu la luz y entra en el dormitorio. La escena queda á obscuras. Mientras vuelve Hugo, Coleta y Diana cambian entre sí, aparte, las frases que siguen.)

COLETA. (¡Está en salvo!)

DIANA. (¿Por dónde salió?)

COLETA. (Por la puerta, de prisa y quedito.) (Entra Hugo en escena.)

HUGO. No hay nadie.

BRIG. Pues yo juraría... (Recoge la capa de Hugo y se la coloca á éste sobre los hombros. El deja la luz en el velador y toma el sombrero.)

HUGO. (A Diana.) Adiós, señora. Ha sonado el toque de ánimas y no debo permanecer aquí. Me alegraré que no tomen cuerpo las fantasmas que asustaron á Brígida. Mañana volveré. (Se dirige á la puerta del fondo. Brígida le sigue con la luz en la mano, como para alumbrarle el paso. Ya en la puerta, Hugo se vuelve para saludar á Diana, que no le mira ni le atiende, mostrándole así su desprecio.)

BRIG. (A Hugo aparte.) (¡Era un hombre!)

HUGO. (A Brígida aparte.) (¡Es preciso vigilarla!) (Coleta se fija en estos apartes.)

COLETA. (¡Como yo me enfade!) (Vanse Hugo y Brígida. Coleta los sigue pisando de puntillas. La escena queda á obscuras. En cuanto Diana queda sola, cae de rodillas, cruza las manos y eleva la mirada suplicante hacia el cielo.)

DIANA. ¡Dios mío, tened compasión de todos los desgraciados! (Telón.)

FIN DEL ACTO PRIMERO

ACTO SEGUNDO

La misma decoración.—Es de día.

ESCENA PRIMERA

HUGO y BRÍGIDA

Hugo está sentado, Brígida de pié.

HUGO. He de creer lo que dices, pues tanto lo aseguras; pero... ¿tú le viste?

BRIG. No le ví. Entré sin luz. ¿Cómo le había de ver?

HUGO. ¿Entonces?...

BRIG. Percibí su aliento, le oí respirar.

HUGO. Ese no es un dato seguro.

BRIG. Le toqué con mis manos.

HUGO. Eso ya no admite duda.

BRIG. Le oí escapar, pisar en el suelo. ¡Vamos, señor! un hombre no pasa desapercibido. Un hombre era. ¡Miren la santa!

HUGO. Pero ¿por dónde salió?

BRIG. Por aquí, por esta sala. Ese dormitorio no tiene otra salida.

HUGO. ¡Imposible! Yo le hubiera oído.

BRIG. La confusión lo impidió.

HUGO. Me hubiese apercibido de algo.

BRIG. ¿A obscuras? Pues qué, ¿pensáis que no apagaron la luz exprofeso?

HUGO. Podría ser. Hay que vigilar á Diana, ¿lo entiendes? En tí confío, y ¡ay de tí y de ella si me engañáis! (Se pone de pié.) Si me sirves bien te doblo la paga.

BRIG. ¡Qué bueno sois!

HUGO Necesito saber lo que hace, lo que dice y lo que piensa. Es preciso que me des cuenta diaria de sus acciones. (Dentro se oye un silbido.)

BRIG Eso es una señal.

HUGO. Me avisan que Diana viene.

BRIG. Pues idos: no sea que llegue y os encuentre.

HUGO. Con frecuencia háblale á Diana de mí. Ya me voy cansando de fingir una bondad que no poseo.

BRIG. Lo malo es si ella quiere al escondido de anoche.

HUGO. ¡No tiene amante, no! Ella lo ha dicho y yo lo creo. Pero cela y vigílala... por si acaso.

BRIG. ¿No tiene amante? ¡Qué cándido sois! ¿Y qué puede ser lo de anoche?

HUGO. ¡Quién sabe! Ya lo sabremos.

BRIG. Yo creo que es luterana, orangista, conspiradora.

HUGO. ¡Ojalá!

BRIG. ¿Cómo? ¿Os alegraríais?

HUGO. Tal vez sí.

BRIG. No lo entiendo.

HUGO. Ni hace falta que lo entiendas, sino que me sirvas. Adiós y hasta luégo. (Vase por la puerta del fondo.)

ESCENA II

BRIGIDA

¡Desagradecido! ¿Altiveces conmigo? Pues no hay enemigo pequeño, señor Hugo. Tú eres malo, aunque

arrogante joven; pero... como dice el refrán: «para un guapo, otro mayor.» ¡Nos veremos! Tú tienes el demonio en el cuerpo y pierdes el reposo por el amor de Diana. ¿Por el amor?... No; por el amor, no. El diablo quiere su alma... y tú quieres lo que Satanás desprecia. ¡Nos veremos! Te sirvo por el dinero... ¡Qué necios son los que hacen de los hombres dóciles instrumentos, en vez de hacerlos sus amigos! Ya llevas el veneno en el cuerpo: sentías celos, sospechabas otros amores, y ahora te vas de aquí creyendo que ese ángel de bondad es una mujer hipócrita y vulgar... una farsante. ¡Diana!... ¡la buena... la virtuosa... la santa! Aborrezco á esa mujer con toda mi alma. ¡Diana!... ¡la gentil... la hermosa... la discreta! Me ensoberbezco cuando la miro. ¿Tú joven y yo vieja? ¿Tú virtuosa y yo pecadora? ¿Tú amada y yo aborrecida? ¿Tú hermosa y yo fea, horrible, siempre fea desde la niñéz? Eres insoportable, señora mía. ¿A qué vienen al mundo esos seres tan perfectos, llenos de talento, de bondades y de virtudes? ¿A echarnos en cara á los demás nuestros pecados y nuestra fealdad? Pues que paguen su culpa. ¿No castiga la sociedad á todo el que hace daño? Sí: eso está en la ley. Pues eso hacen los buenos: sublevar las conciencias manchadas, perjudicar á los malos. (Se asoma á mirar por la ventanaa.) Héla, que allí viene. ¡Y es hermosa! ¡hermosa como deben ser los ángeles! (Se separa de la ventana.) Mi odio va á poder más que tu dinero, señor Hugo. ¡Que pague su culpa!

ESCENA III

BRIGIDA y DIANA

DIANA. ¿No ha vuelto Coleta de su casa?

BRIG. Todavía no, señora.

DIANA. Bien; quítame el manto.

BRIG. (Desprendiendo el manto á Diana.) Por ahí pasó el señor Hugo... Yo estaba en la ventana.

DIANA. ¿Por qué me hablas ahora del señor Hugo?

BRIG. Porque me preguntó por vos con mucho interés. Dijo que luégo viene.

DIANA. Lo siento, después de lo de anoche...

BRIG. ¿Qué sería? ¿Habéis pensado en ello?

DIANA. Eso pregunto yo: ¿qué sería? Tú, que armaste el escándalo; tú, que poco discreta, has comprometido mi reputación; tú, que algo viste ó sentiste, ¿tú me lo preguntas?

BRIG. En verdad, en verdad que no sé qué creer. Sin duda fueron visiones mías. (Dobla el manto y lo deja sobre una silla.)

DIANA. (¿Qué importa mi disimulo? ¿Qué importa la sombra de una sospecha en mi fama, si salvo la vida á un hombre?)

BRIG. Y como venía de la calle sobresaltada por la fuga de ese mal hombre, de ese hereje, de ese demonio de Juan Cabet, los dedos se me antojaron huéspedes. Perdonadme, señora, perdonadme.

DIANA. Perdonada quedas, pero cuidado con otra. ¿Y quién es Juan Cabet? ¿Tú le conoces?

BRIG. En mi vida le he visto, gracias á Dios; pero debe ser horrible. Dicen que es joven y que fué rico. De seguro es bizco ó tuerto, mal encarado, patizambo y jiboso; una imagen del enemigo malo. De seguro no es como el señor Hugo.

DIANA. No me hables más de ese hombre:

BRIG. ¡El señor Hugo sí que es buen mozo y hombre de bien á carta cabal! ¡Ya veis, nunca le han procesado!

DIANA. (Impaciente.) Cállate, Brígida.

BRIG. Y creo que no exagero si digo que está enamorado de vos desde antes que os casárais con el señor Rafael.

DIANA. Te he dicho que no me hables más de ese hombre.

BRIG. ¿Del señor Hugo? ¿De vuestro amigo?

DIANA. De ese.

BRIG. ¡Ah! Yo creí que os referíais á Juan Cabet.

DIANA. De Juan Cabet, háblame todo lo quieras; pero del señor Hugo, ni una palabra; ¿lo entiendes? ó sales de mi casa inmediatamente.

BRIG. (¡Eso no me conviene!)

DIANA. No te olvides, ó date por despedida.

ESCENA IV

DIANA, BRIGIDA y COLETA

COLETA. ¡Qué dichosa soy! Hoy tengo permiso de madre para pasar todo el día aquí; al lado vuestro, señora. (Aparte á Diana, con rapidéz, abrazándola.) (¡He de hablaros á solas!)

DIANA. Pues que tú vas á hacerme compañía, concedo permiso á Brigida para que vaya á paseo y á visitar sus parientes.

BRIG. (¡Algo traman!)

COLETA. El día está muy sereno; parece un día de primavera. Vamos, madre Brígida, á tomar el sol. Hoy es día de gresca para mucha gente. Empluman á Sabina y la pasean caballera en una mula.

DIANA. ¿Qué? ¿Es eso verdad?

BRIG. ¿Quién es Sabina? ¿Es joven ó vieja?

COLETA. Joven y hermosa.

DIANA. ¿Qué ha hecho esa desdichada?

COLETA. ¡Pchts! Poca cosa. Según se dice... ha despreciado á cierto caballero principal, y ha sido denunciada por los esbirros del señor Hugo.

DIANA. ¿De Hugo?

BRIG. ¡Coleta!

COLETA. (Fingiendo gran pesadumbre.) ¡Ay, Dios mío! ¡Lo dije y fué sin querer.

DIANA. ¡Hugo! ¡Siempre su nombre acusado por la desventura!

BRIG. Las lenguas largas deberían ser cortadas.

COLETA. Eso digo yo. ¿Creeríais, señora, que toda la vecindad sabe lo que aquí pasó anoche?

DIANA. ¡Brígida!

BRIG. Yo no he dicho nada, creedme. Sin duda oyeron mis gritos, y por eso...

COLETA. ¿La señora Brígida habladora? ¿Quién es capáz de creerlo?

BRIG. (Huyamos á la tempestad.)

DIANA. Mejor es no juzgar cuando faltan pruebas.

BRIG. Hago uso del permiso; voy á dar unas vueltas por la plaza.

COLETA. Si no andáis listas, vais á llegar tarde.

DIANA. (Esta mujer me da en qué pensar.)

BRIG. ¿Yo ir á ver á esa infelíz criatura? ¡Dios me libre! Sólo por ver la gente iría yo. (Necesito disimular para saber lo que traman.)

DIANA. (A Brígida.) Vete y déjanos en paz.

COLETA. Además... hoy no hace falta la acompañante, puesto que el señor Hugo ya estuvo aquí.

DIANA. ¿Aquí? ¿Cuándo?

COLETA. Antes de llegar vos.

BRIG. Ya os dije... pasó... preguntó... (Me marcho, me marcho.) Voy por el manto. (Vase de prisa.)

ESCENA V

DIANA y COLETA

DIANA. La compañía de esta mujer es peligrosa.

COLETA. Es una bruja.

DIANA. Mañana la despido.

COLETA. Mejor sería hoy.

DIANA. Y eso de esa pobre joven, ¿es cierto?

COLETA. Cierto es; sólo que no es una joven.

DIANA. ¿Y por qué has dicho que lo era?

COLETA. Si digo que es una vieja, la madre Brígida no entra en deseos de ver la azotina y no se marcha.

DIANA. ¿Es preciso?

COLETA. Tomad esta carta. Es del señor Cabet.

DIANA. ¡Ah! ¿Porqué me escribe? (Diana tiene la carta en la mano cuando Brígida llega. Ésta no pasa de la puerta.)

ESCENA VI

DIANA, COLETA y BRÍGIDA

BRIG. (La scriben. Bueno es saberlo.)

COLETA. La ñora Brígida.

BRIG. ¿M mandáis algo, señora?

DIANA. Nada Vete.

BRIG. (Lo sabrá el señor Hugo.) (Vase.)

ESCENA VII

DIANA y COLETA

COLETA. No penséis que he mentido al hablar mal del señor Hugo.

DIANA. Ese hombre es un demonio.

COLETA No os fiéis de él, porque es muy malo. ¡Cuán diferente es estar á vuestro lado!

DIANA. Te prohibo las adulaciones.

COLETA. No lo digo yo, lo dice la voz pública. Pero... la carta, la carta; leedla.

DIANA. Tienes razón: la había olvidado. Leamos la carta de ese desdichado joven. (La lee para sí, y en tanto habla Coleta.)

COLETA. Disfrazado está, y espera la contestación en la hostería de ahí enfrente. ¡Me ha suplicado tanto!

DIANA. Desea despedirse de mí; pero eso es una imprudencia, una temeridad.

COLETA. Díjome que sería breve, y que si le recibís, en seguida emprende la marcha.

DIANA. Sea. Díle que le espero, y mientras él esté aquí vigila tú, no le vaya á suceder una desgracia. (Vase Coleta.)

ESCENA VIII

DIANA

¿Cómo negarme, si dice que no huye mientras de mí no se despida?... ¡Tiemblo de pavor á la idea de que le puedan volver á encarcelar! Sería su muerte segura. Es imprudente, temerario. Venga, venga, no vaya á ser yo causa de su muerte. (Oculta la carta que conservó en la mano.)

ESCENA IX

DIANA y JUAN

Juan Cabet, viste al uso militar, con la banda roja de capitán. Llega embozado y al entrar se desemboza.

JUAN. Señora...

DIANA. Sed breve... y ¡adiós!

JUAN. Irme de la ciudad sin despedirme de vos, era imposible.

DIANA. Bien; ya me vísteis: marchad.

JUAN. ¿Teméis? Razón es. ¿Quién no teme comprometerse hablando con un perseguido, con un sentenciado á muerte?

DIANA. ¡Sois injusto! Os digo lo que anoche os dije: temo por vuestra vida, señor Cabet.

JUAN. ¡Ah! ¿Ya sabéis mi apellido?

DIANA. Ya lo sé: pero idos, ¡por Dios!

JUAN. Todavía, no.

DIANA. Sois un temerario. ¿Qué queréis?

JUAN. Daros las gracias, haceros una pregunta, revelaros un secreto y luégo partir para Holanda.

DIANA. ¿Y si os sorprenden?... Voy á cerrar la puerta.

JUAN. Inútil afán; peligrosa medida. Si nos sorprenden, sea con la entrada libre. Yo estoy juzgado: conviene que no os juzguen á vos.

DIANA. Hablad, hablad pronto.

JUAN. ¿Qué pensáis de mí? ¿Me creéis un malvado?

DIANA. Os creo por vuestra palabra.

JUAN. Señora, os admiro... y os estimo. Por eso quiero que sepáis que el hombre que anoche á vuestra casa llegó por azar; que el hombre que os pidió un asilo, es un hombre honrado. No soy criminal, no; no soy luterano; no soy orangista. Un miserable me ha calumniado; un vil, que tiene mañosos instrumentos para sus venganzas, y oro, influencia y poder para todos sus deseos.

DIANA. ¿Quién es ese perverso?

JUAN. Hugo de...

DIANA. ¡Callad!... ¡Siempre él!

JUAN. Lo juro, señora: soy inocente. Si fuese culpable no estaría aquí hablando con vos.

DIANA. Bueno... bien... lo presumía. Idos ya, no seáis imprudente. Así no se juega con la vida. ¡Marchad! La pregunta está hecha, las gracias dadas, la despedida tuvo lugar. Del secreto nada quiero, nada debo saber.

JUAN. Mi secreto es lo más importante.

DIANA. No insistáis, calladlo. En cuanto yo lo sepa, ya no es secreto. El tiempo pasa y me asaltan terribles presentimientos.

JUAN. No temáis por mí. Estando á vuestro lado ha de protegerme Dios.

DIANA. ¡Tengo miedo!

JUAN. Vengo disfrazado. El gentío que vaga por las calles y estos atavíos militares, me protegen. Además, me creen muy lejos de aquí.

DIANA. Mejor estaréis lejos, siendo verdad.

JUAN. Seré breve. Oíd: amo á una mujer joven y bella; en silencio la amo, hace ya mucho tiempo. No pude decirle mi amor en circunstancias tan graves. Es hermosa y buena, como vos lo sois. ¿Queréis hacerme la merced de hacer llegar este papel á sus manos?

DIANA. ¿La conozco yo?

JUAN. Hay doble sobre: debajo del primero encontraréis sus señas. (Le ofrece una carta cerrada, que Diana no se decide á tomar.) Perdonad, si os ofende el encargo.

DIANA. ¡Oh, no es eso!

JUAN. Es mi última súplica. (Diana toma la carta.)

DIANA. Dadme acá... y en marcha. Ni un instante más, ¡por Dios! Y Él os proteja. (Toma á Juan de la mano y lo conduce á la puerta.)

JUAN. ¡Adiós, señora, adiós, y bendita seáis!

DIANA. ¡Adiós... adiós! (Entra Coleta corriendo y detiene á Juan.)

ESCENA X

DIANA, JUAN y COLETA

COLETA. ¡El señor Hugo, el señor Hugo!

JUAN. ¡Mi enemigo!

DIANA. ¿Él?

JUAN. Saldré antes que él llegue. (Coleta le detiene y Diana se interpone en la puerta.)

COLETA. ¡Imposible! La calle está llena de alguaciles y soldados.

DIANA. ¡Dios nos valga! (Coleta empuja á Juan hacia el dormitorio de Diana.)

JUAN. ¿Otra vez?

COLETA. No hay otro remedio.

JUAN. ¡Menguada es mi suerte! (Juan entra en el dormitorio, cuya puerta cierra Coleta. Diana, asustada, va bajando al primer término. Aparece Hugo en la puerta del fondo.)

ESCENA XI

DIANA, COLETA y HUGO

HUGO. Dios os guarde, Diana.

DIANA. Él sea con vos. ¿Qué queréis? (Hugo avanza y con seña imperiosa indica á Coleta que debe irse.)

HUGO. Ofrecí venir hoy.

COLETA. (¡Con tal que se vaya pronto!)

DIANA. No te vayas, Coleta.

HUGO. A solas quiero hablaros, Diana.

DIANA. Con testigos ha de ser, señor Hugo. De otro modo, no consiento.

HUGO. Sea con testigos, pero en voz baja hablaremos: os lo ruego, señora. (Diana habla al oído á Coleta. Ésta traspone el umbral de la puerta del fondo y en todo lo que resta de esta escena se deja ver de cuando en cuando.)

DIANA. (A Hugo.) Podéis hablar.

HUGO. Os hallo inquieta, desmejorada.

DIANA. Pasé la noche sin dormir.

HUGO. No hablemos de anoche.

DIANA Mejor es. Y hoy, ¿qué queréis?

HUGO. Importante es el motivo que me trae.

DIANA. ¿Por eso venís á visitarme seguido de un ejército? Poco galante sois.

HUGO. Me han asegurado que Juan Cabet está en la ciudad y le voy buscando.

DIANA. Lejos ha de estar, si es avisado.

HUGO. Hombres de mi confianza le han visto hoy, y dicen que en esta calle.

DIANA. ¿Y venís á buscarle en mi casa?

HUGO. No: vengo á ofreceros mis servicios.

DIANA. (¡Respiro!)

HUGO. Vengo á ofreceros mi amor.

DIANA. ¿Vos?... ¡Qué dice, madre mía!

HUGO. ¿Os admira? Lo creo; pero escuchad.

DIANA. Señor Hugo: ¡si es que me espanto de oíros!... ¡Ah, Rafael! ¡Rafael!

HUGO. ¿Lloráis? ¿Es que me aborrecéis?

DIANA. ¿Yo amada de vos? ¿Y venís á decírmelo cuando vais persiguiendo á un desgraciado? No perdáis el tiempo, señor, porque se os va á escapar el enemigo. Dejad el amor para ocasión más propicia. Cuando se sienten rencores, cuando se desean víctimas, es un ultraje hablarme de amor.

HUGO. Diana, os amo con toda el alma, creedme; os amo desde hace mucho tiempo; os amo desde antes que Rafael os amase.

DIANA. ¡Oh!...

HUGO. ¿Dudáis? Oíd, oíd: cuando iba á vencer mi timidéz; cuando iba a arrojarme á vuestras plantas y á confesaros mi amor, entonces os enamoró Rafael y con él os casásteis, y no le maté por no turbar vuestro sosiego.

DIANA. ¡Señor Hugo!

HUGO. No le maté, porque no me aborreciérais. Y desde entonces creció mi amor, y aborrecí á Rafael y maldije mi suerte. ¡Cuánto padecí, señora, mientras fuísteis casada!

DIANA. ¿Y queréis que os ame? ¡Dios mío, este hombre está loco!

HUGO. ¡Loco de amor, Diana! Os amé, os casásteis y perdí la esperanza: ¡no quiero volver á perderla! No quiero que otro hombre más dichoso os llame suya. El mundo cree que tenéis amante: el mundo lo dice y yo lo sospecho.

DIANA. ¿Sospecháis? ¡Ah, calumnia vil!

HUGO. ¡Acordáos de anoche!

DIANA. ¡Basta!

HUGO. Habéis de oídme, señora, por doloroso que á los dos nos sea. Si aceptáis mi amor, redimís un alma: me salváis para el cielo. Mi amor es ya deseo indomable. Sin vos, sin vuestro amor, la tempestad que ruge en mi pecho será temible.

DIANA. ¡Amor de Satanás! ¡No puedo ser vuestra esposa! ¡no puedo! Juré á Rafael en su lecho de muerte no volverme á casar.

HUGO. No os caséis... ¡pero amadme!

DIANA. (Erguida, muy altiva.) ¡Sois un infame! ¡Salid, salid de mi casa! (Coleta se asoma á la puerta.)

COLETA. (Esto no acaba en bien.) (Vuelve Coleta á sus paseos, apareciendo y desapareciendo á intervalos. Hugo se hinca de rodillas delante de Diana.)

HUGO. ¡Así, señora, os lo suplico!

DIANA. ¡Nunca! (Hugo se pone de pié, sombrío.)

HUGO. ¡Vos lo habéis querido! He suplicado, me he humillado, he procurado salvar mi alma. ¡Ahora os toca suplicar á vos!

DIANA. ¿A mí?

COLETA. (Desde la puerta.) (¿Qué dice?)

HUGO. ¿No es cierto, señora, que por nada de este mundo querríais vos ser causa de infinitas desgracias?

DIANA. De ninguna.

HUGO. Ved: aquí traigo un salvo-conducto en blanco firmado por el teniente del Virrey. Os le hubiera dado para Juan Cabet.

DIANA. (Aterrada.) ¡Ah!

HUGO. Para Cabet, que está oculto en vuestra casa.

DIANA. Mentís.

HUGO. No lo neguéis: le he visto entrar.

DIANA. ¡Señor! ¡Señor! ¿Cuándo llegará á la tierra el reinado de los justos?

HUGO. Vana declamación. ¿Qué dejáis para el cielo? Vuestro humanismo es mentira. Cabet irá á la hoguera, morirá quemado vivo, ¡por culpa vuestra!

DIANA. ¡Dios mío! ¡Dios mío!

HUGO. A una señal mía sube la gente armada.

DIANA. Perdón, ¡perdón para ese desgraciado!

HUGO. Sed mía, y le perdono y le salvo. ¿Calláis?

DIANA. Salvadle... y matadme á mí.

HUGO. ¿Tanto le amáis?

DIANA. La ira os ciega.

HUGO. (Bajando la voz para que no le oiga Coleta.) Y morirá el padre de Coleta, que yo todo lo puedo con mi influjo ¡y mi maldad! (Diana cae de rodillas delante de Hugo.)

DIANA. ¡Tened compasión de mí! ¡tened compasión de todos!

HUGO. Así, mujer altiva, á mis piés, suplicante y llorosa .. así te quiero ver.

DIANA. Seré vuestra... haré cuanto queráis.

HUGO. Alza, pues, y toma el salvo-conducto. (Coleta baja al primer término. Hugo escribe en el salvo-conducto, valiéndose del recado de escribir que hay sobre el velador. Diana se pone de pié.)

COLETA. (Aparte á Diana.) (¿Qué le habéis ofrecido?)

DIANA. (A Coleta.) (Un imposible. ¡El dolor enloquece!)

HUGO. (A Diana, mostrándole en una mano el salvo-conducto y en la otra un silbato.) Escoged: el papel da la vida, un silbido traerá la muerte: escoged. (Bajando la voz al oído de Diana.) O ser mía, ó matarlos.

DIANA. (A Hugo, también en voz baja y al oído.) ¡Ser tu esposa y morir de vergüenza y de dolor!

HUGO. Hoy, hoy mismo. Júralo.

DIANA. ¡Lo juro!

COLETA. (Amenaza con el puño á Hugo, desde lejos.) ¡Infame!

ESCENA XII

HUGO, DIANA, COLETA y JUAN

Se abre con violencia la puerta del dormitorio y aparece Juan, encarándose con Hugo. Éste da un paso atrás y desnuda la espada. Las dos mujeres se interponen entre ambos (esto sólo en el primer instante.) Después Coleta cierra la puerta del fondo y se queda como guardándola. Diana queda situada entre los dos.

JUAN. (A Hugo con calma y con desprecio.) Eres un miserable.

COL. }
DIANA. } ¡Jesús!

JUAN. (A Diana.) No puedo, no debo aceptar vuestro sacrificio: me entrego á la justicia.

DIANA. (Con energía.) ¡Jamás!

JUAN. (A Hugo.) Aquí me tienes, mal caballero. Guarda esa espada: la mía, héla aquí, á los piés de tu víctima. (Saca la espada del tahalí, con vaina y todo, y la coloca á los piés de Diana.) Llama á tus esbirros, llámalos, mónstruo; atadme y preparad la hoguera... Yo soy Juan Cabet, tu enemigo; yo te execro, engendro de Satanás; yo iré al martirio del fuego y Diana no será tuya.

HUGO. (A Juan.) No te mato porque eres del verdugo. (Envaina la espada y da un silbido.)

COLETA. ¡Misericordia!

JUAN. (A Hugo.) Llama, llama pronto á tus esbirros. (Diana, con rapidéz, toma una mano á Hugo y lo lleva aparte, sosteniendo con viveza el diálogo que sigue. Coleta entretanto recoge del suelo la espada de Cabet y se la coloca en el tahalí, figurando que con él sostiene muy animada conversación, así como persuadiéndole que huya.)

DIANA. (A Hugo.) (El salvo-conducto... ¡pronto!)

HUGO. (A Diana.) (¿Mía?)

DIANA. (A Hugo.) (Sí.)

HUGO. (A Diana.) (¿Hoy?)

DIANA. (A Hugo.) (Sí.)

HUGO. (A Diana.) (¿Juras?)

DIANA. (A Hugo.) (¡Por Rafael!)

HUGO. (A Diana.) (Toma.)

DIANA. (Al tomar el papel.) ¡Ah! ¡Ya era tiempo! (A Juan, dándole el papel después de pasarle la vista.) Tomad: estáis salvado.

COLETA. (A Juan.) Huíd sin dilación. (Hugo oye con calma cruzado de brazos.)

JUAN. (A Diana.) No me voy, si os sacrificáis.

DIANA. (Aparte á Juan.) (Le obtuve por sorpresa y puede arrepentirse. Os exijo obediencia.) (La puerta del fondo se mueve como si la forzaran.)

JUAN. (A Diana.) Obedezco, porque lo exigís. (A Hugo.) Bondad tuya, traición debe ser. (Se abre la puerta del fondo y entran en tumulto Alguaciles, Soldados y Hombres del pueblo, gente baldía devota de Hugo. Diana y Coleta aprovechan el primer instante sin titubear, y tomando á Cabot, cada una de una mano, le arrastran hasta la puerta, dominando con sus voces á la masa de gente que ha entrado y que no comprende la situación. Mucha rapidéz.)

ESCENA XIII

HUGO, DIANA, COLETA, JUAN, ALGUACILES, SOLDADOS y HOMBRES DEL PUEBLO

DIANA. Paso, paso al capitán Diéguez.

COLETA. Paso al capitán de los tercios del rey. (La gente abre paso y Juan se va.)

ESCENA XIV

DICHOS, menos JUAN.

DIANA. (Aparte á Hugo.) (Despedid á esta gente.)

HUGO. (A los que entraron.) Esperad en la calle.

COLETA. (Voy á ver si le siguen.) (Vanse Hombres, Soldados y Alguaciles. Coleta se asoma á mirar por la ventana.)

ESCENA XV

HUGO, DIANA y COLETA

HUGO. Hoy seréis mía.

DIANA. (Hoy me toca morir.)

HUGO. Hoy. ¡Sin remedio!

DIANA. (Como respondiendo á su pensamiento.) ¡Sin remedio!

COLETA. (Separándose de la ventana.) Se salvó.

HUGO. No, todavía no.

DIANA. ¿Cómo? ¿decís que no?

HUGO. (Aparte á Diana.) (El salvo-conducto es falso.)

DIANA. (Irritada.) ¿Dudáis de mi palabra?

HUGO. Hasta la bendición nupcial.

DIANA. Eso me autoriza...

HUGO. A negaros si podéis.

DIANA. ¿Y si me niego?

HUGO. Esos dos hombres pueden morir. (Vase por la puerta del fondo.)

DIANA. ¡Ah, bestia humana, que has arrojado tu disfráz de hombre!

COLETA. Esos dos hombres, dijo. ¿Quién es el otro?

DIANA. Tu padre.

COLETA. ¡Dios nos asista! (Las dos se abrazan llorando y cae el telón.)

FIN DEL ACTO SEGUNDO

ACTO TERCERO

La misma decoración.—Es de día.—Encima del velador hay un vaso con agua, un reloj de arena y recado de escribir.

ESCENA PRIMERA

DIANA

¡Rápidas pasan las horas! ¡Si me parecen minutos! ¿Será posible que yo me despose con Hugo? ¡No, no! ¡Eso sería un horror, un sacrilegio! Sí, porque eso sería condenarme en vida y renunciar al cielo. ¿Yo esposa de tal hombre? ¡Nunca! ¡Si á su lado no podría ser buena! (Llora. Breve pausa.) Y pasa el tiempo y á nada me resuelvo, y, ¡sin remedio! ha de llegar el fatal instante. Lo he jurado, y debo cumplir mi palabra .. ó morir. ¡Morir! ¿Por qué no? ¡No... no, Dios mío! Ese mónstruo es capáz de todo... ¡Ni muerta yo, respetaría él mi memoria, y sacrificaría á esos inocentes! ¡Qué horror! Me zumba la cabeza, se me quieren salir los ojos y me abraso de sed. (Se lleva el vaso á los labios y lo vuelve á dejar en el velador. Mira el reloj y le da la vuelta.) ¡Ah! Me duele el alma, se me escapa

el pensamiento y el tiempo avanza, ¡avanza inexorable! Así cuentan los sentenciados á muerte los instantes de su vida, de la vida que se les va. ¡Pobre Juan Cabet, ahora te comprendo! El recuerdo de tus penas endulza las mías. Aquí está la carta que me dejó. ¿Será para mí? ¡Debe serlo! La desgracia atrae á los buenos unos á otros. ¡Dame treguas, dolor mío, para cumplir su encargo! ¡Dame treguas, desgracia mía, para que se aumente mi dolor, si en mí puso su cariño! (Rompe el primer sobre y lee.) «Este escrito es para vos, Diana.» (Representando. Muy abatida.) ¡Me lo daba el corazón! (Rompe el segundo sobre y lee.) «Os conozco hace un año y os amé, Diana; porque hay hermosuras como el imán, y porque el amor entra por los ojos y en el alma queda. Os amaba ya, convidado por vuestra virtud; os conocía ya, atraído por vuestra fama, y callé y padecí, porque fuera de tiempo es imposible llegar ante una mujer como vos.» (Deja de leer y declama.) Llegó tarde, sí; ¡llegó tarde! (Vuelve á leer.) «Pero os seguía discreto, y soñaba sin discreción, y adivinaron mi amor, y (perdonad por lo que os revelo) en cuanto mi amor supieron me encarcelaron, y en mí se cebó la calumnia y el rencor más enconado.» (Deja de leer y declama.) ¡Ah, fatal revelación! ¡Triste suerte mía! (Vuelve á leer.) «No sería por vuestro amor, no sería por eso; pero de un amigo logré un enemigo en el hombre que os visita, y con ese reñí, y ese fué mi delator, artero y falso.» (Deja de leer y declama.) ¡Señor! ¡Señor! ¿Por qué ponéis la ley y la autoridad de los hombres al servicio de los malvados? (Vuelve á leer.) «Y á la cárcel fuí. Allí íbais vos todos los días, y me consolábais... como á los demás presos. Consolábais al desgraciado, sin sospechar mi amor. ¡Bendije mis prisiones! Pero el Satanás que me odia quiso ir demasiado lejos. Me iban á matar, sin misericordia, calumniado y envilecido mi nombre. Entonces huí, pude huir, y el azar me llevó hasta

vuestra casa. Lo demás, ya lo sabéis. Os amo sin esperanza, pero os amo con toda mi alma. ¡Adiós... y bendita seáis!» (Deja de leer.) ¡Me ama! Este sería un hombre digno de mi amor, si no lo hubiese sido Rafael. Rompamos esta carta, porque está visto: amarme es un crimen. Rompamos esta acusación. (Rompe la carta y arroja los pedazos por la ventana, y asomada por ella queda un momento mirando hacia afuera.) ¡Me duele verla volar! ¡Paréceme que son pedazos de mi alma que se van. (Vuelve al lado del velador.) ¿Amaré á Cabet?... No; no le amo, ni debo amarle, ni deben amarme. ¿Qué alcanzan con amarme? Los buenos delinquen ante los hombres, y los malos pecan ante Dios. Tú has sido, Rafael mio, el único amador felíz. ¡Tú me esperas en el cielo! (Breve pausa. Mira con afán á la clepsidra.) ¡Cómo pasa el tiempo! Otra vez se colmó la medida, ¡otra vez! El mejor pensamiento es el primero. (Aparece Brígida en la puerta. Diana no la ve, y de un pomito que saca de la escarcela, vierte unas gotas en el agua del vaso.) ¡No tiembles, pulso cobarde! La muerte es una buena amiga. ¡Diós velará por esos inocentes! (Guarda el pomito en la escarcela.)

ESCENA II

DIANA y BRIGIDA

BRIG. Ya estoy de vuelta, señora.

DIANA. ¡Ah! ¿Eres tú? ¡Vete!

BRIG. (¿Qué es esto?)

DIANA. ¡Vete, ó no seré dueña de mi voluntad!

BRIG. (Ganemos tiempo.)

DIANA. ¡Vete, te he dicho! (Brígida se arroja á los piés de Diana.)

BRIG. Perdón, señora mía, perdón si en algo os he ofendido.

DIANA. ¡Me has vendido, me has calumniado!

BRIG. Perdón, perdón y escuchadme.

DIANA. Levanta, hipócrita: levántate y vete. (Brígida se pone de pié.)

BRIG. ¿Pero qué pasa? ¿qué sucede? Seguro es que ese mal hombre ha hecho alguna de las suyas.

DIANA. ¿De quién me hablas?

BRIG. Del señor Hugo.

DIANA. Aparta, mujer infame, aparta. ¿Vas á hablarme mal de tu cómplice? ¡Vete, ó no podré contenerme! ¡Vete!

BRIG. Bien, yo me iré; pero sin vuestro perdón, ¡jamás! (Vuelve á hincarse de rodillas, suplicante.)

DIANA. ¡Mi perdón! ¿Pides mi perdón? Te lo niego. Pero así estás bien, de rodillas, ¡vieja miserable! Así, verdugo de mi alma, así: á los piés de tu víctima.

BRIG. ¡Por Dios!

DIANA. ¡Mi perdón! Pues qué, ¿no me ves espirante? ¿No eres tú la causa de mi muerte y de mi oprobio? ¡Qué te estoy contando, si tú lo sabes mejor que yo!

BRIG. ¡Perdón, perdón!

DIANA. ¡Nunca!

BRIG. Es preciso que me oigáis. No caséis con el señor Hugo. Es un malvado. (Diana apoya sus manos en los hombros de Brígida, y bravía, fuera de sí, la sacude.)

DIANA. ¿Y eres tú quien me lo dice? ¿Tú? ¡aborto del infierno!

BRIG. ¡Que me ahogáis! ¡que me muero! (Diana se repone y la deja quieta.)

DIANA. Sería indigno de mí. (Brígida se pone de pié.)

BRIG. (Tú me lo pagarás.)

DIANA. Vive... vive.

BRIG. ¿Me culpáis? ¿Queréis que me vaya? Yo no debo abandonaros, y no os abandono. He sido miedosa, porque... sabedlo, he tenido y aún tengo mucho miedo. Ya estoy arrepentida: ¡lo juro! Remedio, remedio al mal, es lo que debemos buscar. Busquemos, que la Providencia acude en los días aciagos.

DIANA. ¡Blasfema!

BRIG. Vos sois buena, fuerte con vuestra virtud, y yo soy débil y cobarde. Vos sois joven, discreta y hermosa,

y yo anciana, pobre, ignorante. Vos podéis luchar y yo no puedo. Salióme al paso el señor Hugo, y me tentó y me venció. Ya estoy arrepentida. ¡Perdonadme!

DIANA. Que te perdone Dios. (Ya no vuelve á hacer caso de Brígida.)

BRIG. ¿Quién es este hombre que así me vence, y me subyuga y me llena de terror? ¿Quién es? me preguntaba... ¿No me atendéis, señora? Sin vuestro perdón voy á morirme de vergüenza, y no me marcho si no es perdonada. (Diana está al lado del velador, tiene en una mano el vaso y con la otra se oprime una sien. Brígida sigue hablando para sí.) (Va á beber: con eso tendría bastante. Lo cierto es que á no ser tan buena, me ahoga.)

DIANA. (¡Es imposible sufrir más! Busquemos el remedio.) (Se va acercando el vaso á los labios.)

BRIG. (¡Qué tontos son los buenos! Al fin perdonan; y si no, vamos á verlo.)

DIANA. (Oprimiéndose la frente.) (¡Así, así cuentan los sentenciados á muerte la vida que se les va! Así, por los latidos acelerados de la sangre.) (Entra Coleta, muy alegre por la puerta del fondo. La sigue Pedro, que se queda en el umbral de la puerta. En este instante va á beber Diana, pero al oir la voz de Coleta se detiene, y poco á poco, sin darse cuenta de lo que hace, deja otra vez el vaso encima del velador.)

ESCENA III

DIANA, BRIGIDA, COLETA y PEDRO

COLETA. ¡Albricias, señora, albricias!

DIANA. ¿Vienes contenta?

BRIG. ¿Qué?

COLETA. ¡El señor Cabet está salvado, y mi padre también! ¡Viva, viva!

DIANA. ¿Salvados? Explícate pronto.

Brig. ¡Si yo lo decía! (¿Qué será?)

Coleta. (Á Diana.) Dejad que os abrace. ¡La alegría me mata!

Diana. Habla, Coleta, habla.

Coleta. Hasta soy capáz de abrazar á la madre Brígida; pero no, no: sería demasiada benignidad.

Diana. ¡Coleta!

Coleta. Tenéis razón: soy muy loca y os tengo impaciente. Ese que está en la puerta, ese es un buen primo mío. Acércate, hombre: la señora te da su permiso. (Pedro se coloca al lado de Coleta.) Este primo mío, es correo de gabinete, en la casa del Virrey. Hace un cuarto de hora ha llegado de Bruselas con dos pliegos urgentes para el Gobernador. Es uno de ellos, el indulto amplio para el señor Cabet, y el otro es la orden para que se ponga á mi padre en libertad. Y como este primo mío nos quiere mucho, y sobre todo á mí, en seguida ha traído la noticia á mi casa, y hasta ahora sólo sabemos la novedad los presentes, mi familia y el Gobernador.

Brig. ¡Y aún hay quien dice que no hay clemencia!

Diana. Fáusta es la nueva para todos.

Coleta. (Á Diana.) (Ya no os casaréis.)

Diana. Es urgente que se corran las órdenes. Vamos en seguida á ver al Gobernador.

Coleta. Algo hay más urgente.

Brig. ¿Pero cómo ha sido eso?

Coleta. De sencillo modo. El señor Cabet tiene amigos y parientes. Se supo su sentencia de muerte, y corrieron dineros y caballos. El señor Obispo de Güeldres intervino, y el señor Cabet, que era inocente, se ha salvado. Mi padre ha quedado en libertad, pues se hallaba preso por su afecto hacia el señor Cabet. Hé aquí la historia. La cuestión era llegar pronto, y Pedro es un buen jinete. (A Pedro.) Ahora, amigo mío, vete á beber á la vecina hostería y espérame allí. (Pedro hace que se va y Diana lo detiene.)

DIANA. Esperad. Justo es gratificar á quien tanto bien nos ha traído.

COLETA. De eso me encargo yo, cuando Dios y padre lo permitan. Hice venir á Pedro para que fuese un testimonio vivo de mis declaraciones. Déjanos, Pedro: la señora te lo manda. (Pedro saluda y se va. Diana y Coleta se abrazan.)

DIANA. (¿Triunfará la inocencia? ¿Triunfará la virtud? (Aunque en esta escena Brígida toma parte en la conversación, es sin que Coleta y Diana le presten atención, y lo mismo acontece en la escena que sigue.)

ESCENA IV

DIANA, COLETA y BRÍGIDA

Diana toma su manto que quedó sobre un mueble en el acto anterior y se lo prende.

DIANA. Vamos, Coleta, vamos pronto á ver al Gobernador, que es buen amigo mío.

COLETA. Antes es vuestra felicidad. Vamos despacio. Yo quiero casarme, pero vos no, y es preciso que no os caséis.

DIANA. ¡No me recuerdes mi desdicha! Vamos á lo que he dicho y después á buscar á tu padre.

COLETA. Eso no corre prisa. Padre saldrá hoy en libertad y el señor Cabet no debe haberse ido todavía.

DIANA. Debe estar lejos.

COLETA. No lo creáis. El campo es muy peligroso para el que huye. En la ciudad estará.

BRIG. Capáz será de ello.

COLETA. (Á Diana.) Lo que corre prisa es libertaros á vos.

BRIG. Eso es lo importante.

DIANA. ¡Lo he jurado!

COLETA. Oíd, señora: cuando loca de dolor salí de aquí, hallé-me en casa con la buena nueva, y fuí á participar mi alegría á mi confesor que también lo es vuestro.

DIANA. ¿Hablaste con él?

COLETA. ¡Y se lo he contado todo! ¡todo!

DIANA. ¿Qué dijo?

COLETA. Se lo conté por desacreditar al señor Hugo. Yo quería denunciar á la justicia lo que hace ese fiero señor y...

BRIG. ¿Qué dijo?

DIANA. Sí: ¿qué te dijo?

COLETA. Se alegró por mi padre, se alegró por el señor Cabet, me dió el parabién y luégo se puso muy serio.

BRIG. ¿Muy serio?

COLETA. Y cada vez con mayor seriedad me dijo de este modo: «El señor Hugo puede mucho y es muy malo. Lo mejor que podría hacer Diana es huir hoy mismo; pero eso es difícil á una mujer Su juramento es nulo, como arrancado por la fuerza. Se ha portado bien: su virtud y su conciencia deben ser sus consejeros. ¡Que le inspiren el acierto!» —Callóse y yo exclamé:—Pero ¿quién es ese hombre terrible que así vence, asusta y logra?

BRIG. ¿Qué contestó su paternidad?

COLETA. Y así me dijo:—«Coleta, hija mía, oye, y aprende y sabe que todo no se puede decir. En cada aldea, en cada pueblo, en cada ciudad, donde quiera que hay seres humanos asociados civilmente, hay un hombre ó una mujer, un demonio como el señor Hugo, dueño de todas las voluntades y de todos los secretos, de todas las tentaciones y de todas las hipocresías, y por eso mismo de todos temido y respetado. El poder y la riqueza le sonríen; su aliento y su mirada envenenan. Esos seres están por encima de la ley humana. Fingen ser virtuosos y son enemigos de todo bien y de toda virtud, y sólo la virtud puede vencerlos. Procura ser discreta. Las flores delicadas de los campos se deshojan al primer soplo de la tormenta; no olvides, pues, que tú eres una florecilla y que el señor Hugo es una tempestad: huye de su camino, pero no le irrites.»—Calló, me dió la mano á besar y me despidió.

BRIG. ¿Lo veis, señora, lo veis? ¡Cómo había yo de resistirle!

DIANA. Juré. ¡No hay remedio!

BRIG. Pero... si el juramento es nulo.

COLETA. Fué arrancado por la fuerza.

BRIG. Y el señor Cabet está indultado.

COLETA. Y mi padre saldrá libre.

DIANA. (O ser suya ó morir. ¡Morir de todos modos!)

COLETA. Os autorizó á negaros si podíais.

BRIG. Y podéis.

DIANA. ¿Y si me niego?

COLETA. Su amenaza es ya imposible.

BRIG. ¡Casarse una mujer tan buena con un hombre tan malo! No puede ser.

COLETA. Consultad con vuestra conciencia.

BRIG. Al lado de ese hombre la vida os será un martirio.

DIANA. ¿Cómo casarme con él si no le amo? ¡Si le aborrezco! No debo casarme con él, no; la conciencia me lo grita, mi dignidad me lo manda. Sea como queréis, sea como yo quiero. (Se sienta y escribe dictándose en alta voz.) «Señor Hugo: puedo negarme, y me niego. Los dos se han salvado. Es inútil que insistáis, porque estoy resuelta á no volver á veros más.» (Cierra el escrito en forma de carta y lo entrega á Coleta.) Toma, Coleta, lleva tú misma el recado.

COLETA. Así os veis libre de tan tremendo dolor.

DIANA. No te detengas.

COLETA. Pedro llevará la carta á su destino. (Vase Coleta.)

ESCENA V

DIANA y BRÍGIDA

BRIG. No le ha de gustar al señor Hugo el recado, pero ¡que rabie! Después de todo, su amor es más un empeño que una pasión. Los hombres malos no tienen amor á nadie.

DIANA. ¿Todavía estás aquí? Te mandé salir; te despedí de mi casa.

BRIG. Dócil obedezco para probaros mi cariño y mi arrepentimiento Me iré; pero dejadme arreglar mi equipaje. Mientras, salís con Coleta... y cuando volváis, me despido.

DIANA. Antes de la noche has de irte.

BRIG. Sois muy injusta conmigo.

ESCENA VI

DIANA, BRÍGIDA y COLETA

COLETA. Ya fué Pedro con la carta, y le encargué también que averigüe algo sobre el paradero del señor Cabet. Ya podemos irnos, señora.

DIANA. Sí, vámonos.

COLETA. El paseo os ha de sentar bien.

DIANA. Vamos, vamos, no sea que Hugo se decida á replicar. No quiero verle.

BRIG. Como se atreva á volver, yo le diré cuántas son cinco. (Vanse Diana y Coleta.)

ESCENA VII

BRÍGIDA

Que ha de venir, es seguro: en cuanto se entere del recado ¡Ah, florecilla, expuesta á la furia del huracán! Si yo dicto la carta, no sale mejor. ¡Mujer odiosa! Has puesto tus manos sobre Brígida y te has perdido. Necesito vengarme y gozar en tu desventura. Pero ¿cómo? ¿por qué medio? (Queda pensativa. Aparece Centellas en la puerta del fondo.)

ESCENA VIII

BRÍGIDA y CENTELLAS

CENT. ¡Ah, de la casa!

BRIG. ¿Eh? ¿Quién es?

CENT. Un pobre viajero.

BRIG. Esta casa no es un mesón.

CENT. Pero ¿qué miro? ¡Tú eres Brígida!

BRIG. ¡Centellas!

CENT. El mismo.

BRIG. ¿Por dónde has entrado?

CENT. Por la puerta.

BRIG. ¿Forzándola?

CENT. Estaba abierta. Desde que forcé los remos de una galera, no me dedico á ese oficio. Están muy malos los tiempos.

BRIG. ¡Ay, Centellas, qué tiempos aquellos!

CENT. Eramos jóyenes. Yo era un bravo y tú... más vale callarlo; pero se ganaba dinero. Yo fuí á galeras y tú á la vergüenza.

BRIG. ¡Centellas!

CENT. No te incomodes: si eso es verdad.

BRIG. ¿Y qué quieres? ¿Por qué te atraves á entrar en esta casa?

CENT. El hambre es muy atrevida. Lo que quiero es comer. Pasé, ví la puerta abierta y entré, bien ageno de que te pudiese hallar á tí dentro de esta casa.

BRIG. (Aludiendo á un envoltorio que Centellas guarda debajo del brazo.) ¿Y qué es eso?

CENT. Mi equipaje

BRIG. Es bien reducido.

CENT. Menos tenía ayer.

BRIG. (Con ironía.) ¿Algún hallazgo?

CENT. Una herencia.

BRIG. ¿A quién has heredado?

CENT. Pobre y hambriento, vagaba yo anoche por el bosque,

cuando acertó á pasar un viajero no mal portado y de misteriosa apariencia. Aquí está mi negocio, me dije, y mi hambre le asaltó.

BRIG. ¿Le mataste?

CENT. Allí se quedó para pasto de los lobos. Recogí este fardo, que era todo lo que llevaba. ¡Qué desengaño tan cruel! El hombre no llevaba ni un escudo, ni esto se puede vender á nadie.

BRIG. ¿Tan mala es la herencia?

CENT. Dentro de este envoltorio hay una magnífica bandera holandesa, y en ella, bordado con mucho primor, el escudo del príncipe Guillermo de Orange.

BRIG. Mal lo puedes pasar.

CENT. Entre los pliegues de la bandera se esconde una biblia de Lutero y un paquete de cartas dirigidas á una persona desconocida, porque en los sobres sólo hay una inicial. Todos dicen: «para D*...» Las cartas están firmadas por los capitanes rebeldes que se han apoderado de Harlém.

BRIG. ¡Jesucristo! Vete, vete pronto.

CENT. Sin comer, nunca.

BRIG. Con esos efectos estás muy comprometido y me comprometes á mí también. ¡Pues ahí es nada! Heregía y conspiración. ¡Y en esta casa, donde todos los días viene el muy alto y poderoso juez, el señor Hugo!

CENT. (Azorado.) ¿Sí?

BRIG. Si llega, y te encuentra y barrunta lo que posees, te ahorca.

CENT. O me manda quemar. Mira, Brígida, dame algún fiambre y un vaso de vino, y me marcho en seguida.

BRIG. Vale más que te vayas ahora mismo.

CENT. Sin comer, jamás.

BRIG. (Este bribón me va á servir.)

CENT. Mira que me desmayo.

BRIG. ¿En cuanto comas te marchas?

CENT. Yo te lo juro.

BRIG. Pues sígueme. (Voy á ver si puedo emborracharlo.)

(Vanse por la puerta de la derecha. Al tiempo mismo entra Hugo por la del fondo.)

ESCENA IX

HUGO

¿Dónde estará Diana? Sin duda ya sabe que Juan Cabet está perdonado y ha ido á buscarle. ¿Qué otra explicación puede tener esta carta? (Trae en la mano la que le escribió Diana.) ¿Yo así burlado? ¡La ira me abrasa! ¡Ah, pasión maldita! ¡Ah, torpe deseo que así adormeces mi altivéz! ¡Diana! ¡Diana! ¿A mí una burla como esta? Mía has de ser, ó te hollaré (Aparece Brígida en la puerta de la derecha.) con mis plantas como huello los signos que trazó tu mano. (Arroja la carta al suelo y la pisa.)

ESCENA X

HUGO y BRIGIDA

BRIG. Muy buenos días, señor Hugo.

HUGO. ¿Dónde está Diana? ¿dónde está?

BRIG. Salió... porque ya sabréis que han perdonado al señor Juan Cabet.

HUGO. ¡Por mi torpeza! ¡Por mi bondad!

BRIG. Y sale libre el padre de Coleta.

HUGO. El infierno se revuelve contra mí, pero yo me vengaré. (Brígida recoge del suelo la carta, la rompe y arroja los pedazos por la ventana.)

BRIG. (Esto sería prueba en su favor.)

HUGO. ¿La rompiste? Bien has hecho. Así quebraré yo la vida de Diana.

BRIG. Está enamorada de Juan Cabet.

HUGO. ¡Desdichada de tí! ¿qué has dicho? ¡Dí que mientes! ¡Dílo!

BRIG. Y se casarán, no lo dudéis.

HUGO. Nunca: mía ó muerta.

BRIG. Diana os aborrece.

HUGO. Yo domaré su esquivéz.

BRIG. Por el terror. Eso puede mucho.

HUGO. Tienes razón. Probemos ese medio. (Saca un bolsillo con dinero y se lo da á Brígida.) El demonio te ha inspirado. Aquí hay cien doblas y te daré otras ciento, si Diana duerme esta noche en la cárcel.

BRIG. Ordenad que la prendan en seguida, sin perder momento.

HUGO. ¿Golpe seguro?

BRIG. Seguro. ¡Si todo lo tengo listo! Que registren bien en su dormitorio.

HUGO (Yéndose.) Pues no más dilaciones; pero ¡ay de tí si me engañas!

BRIG. Descuidad, que yo también trabajo por mi cuenta. (Vase Hugo, y Brígida queda por un momento en la puerta, viéndole ir. Entra Centellas en escena, con su fardo debajo del brazo.)

ESCENA XI

BRIGIDA y CENTELLAS

BRIG. ¿Ya saciaste el hambre?

CENT. Y la sed. ¡Qué buen vino me has dado!

BRIG. ¿Y te marchas?

CENT. En seguida.

BRIG. ¿Qué piensas hacer con ese lío?

CENT. Allá veremos.

BRIG. Con eso vas muy cemprometido. Debes deshacerte de esos objetos.

CENT. Sería lo mejor; ¡pero á un pobre le duele tanto deshacerse de una herencia!

BRIG. El señor Hugo ha estado aquí y ahora mismo acaba de irse.

CENT. (De eso ya me he enterado yo.)

BRIG. De buena has escapado.

CENT. Por eso quiero escapar de esta casa.

BRIG. ¿Por qué no me dejas ese fardo á mí, y así te vas libre de cuidados?

CENT. ¡Cuánta abnegación! ¡Y luégo dicen que no hay buenos amigos en la tierra! Yo debo corresponder á tanta generosidad huyendo sin más tardanza. ¿Cómo he de permitir que te comprometas tú por salvarme yo? Me marcho, me marcho. (Hace como que se va y Brígida lo detiene.)

BRIG. (Con resolución.) Te lo compro todo.

CENT. Eso ya es otra cosa, porque eso es señal de que necesitas estos objetos. Siendo así, te los vendo.

BRIG. Mi interés es por salvarte.

CENT. (Pues los vas á pagar caros.)

BRIG Por supuesto, que los vas á vender por poco dinero.

CENT. ¿Cuánto me ofreces?

BRIG. Tres doblas.

CENT. Ciento quiero, ni una menos.

BRIG. ¡Jesús! Eso es un tesoro. ¿De dónde iba yo á sacar tanto dinero? ¿Ni para qué?

CENT. El señor Hugo te ha dado un bolsillo con esa cantidad.

BRIG. (Como negando.) ¡Ave María Purísima!

CENT. Y te ha prometido otras ciento.

BRIG. Tú has bebido mucho.

CENT. Bastante; pero al mismo tiempo os escuchaba. ¿Cómo vas á vender y calumniar á tu señora, si no me compras todo esto?

BRIG. (Haciendo grandes protestas con el ademán.) Tú no has escuchado bien.

CENT. Entonces, adiós.

BRIG. Veinticinco doblas.

CENT. Ciento.

BRIG. Cincuenta.

CENT. ¿Y mi silencio y mi complacencia en servirte, no valen nada?

BRIG. (Hablando consigo.) Yo siempre fea... ¡ella hermosa! Yo siempre mala... ¡ella buena! (Transición.) Pero hombre, si lo que pides es mucho, ¡muchísimo!

CENT. ¡Pero si el señor Hugo dará mucho más!

BRIG. (Otra vez dominada por la envidia.) ¡Ella querida de todos, y yo vieja, aborrecida! Por entregarla al verdugo doy las cien doblas, y daría hasta mi alma. (Entrega á Centellas el bolsillo que le dió Hugo y le toma con precipitación el fardo.) Toma... dame... y vete. ¡Vete, que el llanto me ahoga! ¡Ay, qué cara es la venganza! (Vase por la puerta de la izquierda llevándose el fardo.)

ESCENA XII

CENTELLAS

¡Ay, qué lástima de soga! Aquí hay que huir el cuerpo, porque de mi lío, que es pequeño, esta gente va á hacer un lío muy grande. Ya tengo dinero. (Hace sonar las monedas del bolsillo y se va por la puerta del fondo.)

ESCENA XIII

BRÍGIDA

El fardo lo ha dejado en el dormitorio de Diana.

¡Qué sacrificio tan grande! ¡Me voy á morir de dolor! Menos mal si la queman. Ha puesto sus manos sobre mí, y no la perdono. ¡Qué virtud tan odiosa la de esa mujer! ¡Maldición sobre ella! (Vase por la puerta de la derecha. Por la del fondo entran Diana, Coleta y Dionís.)

ESCENA XIV

DIANA, COLETA y DIONÍS

COLETA. Ya hemos llegado. Hoy me parece que respiro mejor

que otros días. Al fin estáis en libertad, padre mío.

DIANA. A vuestra casa, Dionís, á vuestra casa en seguida. Allí os esperan con afán.

DIONIS. A mi casa voy, á abrazar á mi esposa y á mis hijos; pero Coleta ha de quedarse aquí.

DIANA. Hoy debéis reuniros en familia, y Coleta es vuestra hija querida.

COLETA. Brígida está despedida. ¿Cómo queréis que os deje sola? Un abrazo, padre; abrazadme y hasta mañana.

DIANA. Me duele el tiempo que habéis perdido acompañándome.

DIONIS. Era mi obligación. ¿Cómo? Vos habéis sido mi providencia y la de mis hijos, como lo sois de todos los necesitados; vos habéis hecho que la orden de mi libertad se comunique pronto; vos misma habéis venido á sacarme de la cárcel, ¿y no queréis que yo venga hasta dejaros en vuestra casa? Eso es lo menos que puedo hacer. Mi vida os ofrezco si de ella necesitáis.

COLETA. Y la mía y la de mis hermanos.

DIANA. Exageráis lo que hice.

DIONIS. ¡Qué hermoso es el bien, señora!

COLETA. ¡Qué hermosa es la caridad!

DIANA. Más hermoso es el agradecimiento. Id, buen padre, id con vuestros hijos y no os privéis por mí de la compañía de Coleta.

DIONIS. Coleta se queda. Adiós, hija mía, hasta mañana. Adiós, señora, y Dios os premie en el cielo por vuestras buenas obras en la tierra.

DIANA. A vuestra casa, Dionís, á vuestra casa.

DIONIS. Adiós, Coleta.

COLETA. Adios, padre. (Dionís y Coleta se abrazan.)

DIONÍS. ¡Dios os bendiga, hermosa señora! (Vase por la puerta del fondo.)

ESCENA XV

DIANA y COLETA

COLETA. ¿Habrá venido el señor Hugo?

DIANA. No quiero ni preguntarlo.

COLETA. ¿Aún tenéis puesto el manto? (Desprende el manto á Diana.) Permitid que os lo quite. ¡Que se os vea la frente! Así. ¡Qué bien os estaría una corona de flores!

DIANA. ¡Flores! ¿Flores con el alma dolorida?

COLETA. Ya no hay que temer. Ya todo nos sonríe.

DIANA. Mañana es el día de los Difuntos. Mañana cubriré de flores la tumba de Rafael.

COLETA. No se han de sembrar pocas en torno á vuestro sepulcro el día que vos muráis. Pero ¿quién piensa ahora en la muerte? Vivid mil años.

DIANA. Dios me dé vida para ceñirte la frente con olorosos azahares.

COLETA. Vuestra corona es mejor. Cada vez que os miro, creo ver en torno á vuestra cabeza una aureola de vivísima luz, así como el nimbo de los santos.

DIANA. Exaltaciones son de tu cariño.

COLETA. Dicen las gentes. comparando entre vos y el señor Hugo, que vos venís del cielo y él del infierno; que vos sois la luz y él es la sombra; que vos sois la bondad humilde y él es la soberbia satánica; que vos sois la pureza y él es el pecado. Y eso lo dicen sin saber que él y vos os conocéis y os tratáis.

DIANA. Con el fresco timbre de tu voz, ¡cuántas ideas has agolpado en mi mente! Yo no creo ser buena, porque ser buena sería ser perfecta, pero soy mejor que Hugo. Hugo es hijo de estos tiempos de transición en los que riñen su último combate las fierezas del ayer y el humanismo del mañana. ¿Quién vencerá? La victoria es, en esta batalla, para el soberbio que dispone de la fuerza en el momento de la lucha; pero la gloria es

para la bondad, que con su constancia y á fuerza de virtudes, prepara en la tierra un hermoso porvenir para la raza humana. En tiempos, quizás muy lejanos todavía, los libros y los sabios no serán perseguidos, y los hombres serán honrados por sus virtudes. (Se oyen unos golpes por la puerta del fondo.)

COLETA. Llaman, y fuerte.

DIANA. ¿Quién podrá ser? (Entra Brígida en escena.)

ESCENA XVI

DIANA, COLETA y BRÍGIDA

BRIG. Voy á ver quién es.

DIANA. ¿Aún estás en mi casa?

BRIG. Me iré en seguida.

DIANA. Averigua quién llama y luégo vete. (Vase Brígida por el fondo.)

COLETA. Pocas ganas tiene Brígida de irse.

DIANA. Pues ha de irse antes que la noche llegue. (Vuelve á entrar Brígida.)

BRIG. Señora: un señor Juez pide permiso para hablaros.

DIANA. Dí que puede pasar.

BRIG. Es que... viene acompañado.

COLETA. ¿Con quién?

BRIG. Trae Escribano, Alguaciles y Guardias.

COLETA. ¡Cielos! ¿Qué puede ser?

DIANA. (A Brígida.) Dí al señor Juez que le espero. (Vase Brígida por el fondo.)

COLETA. ¿Qué puede querer la justicia?

DIANA. Ya lo veremos.

COLETA. Estoy atormentada por la curiosidad.

ESCENA XVII

DIANA, COLETA, un JUEZ, un ESCRIBANO, ALGUACILES y SOLDADOS

El Juez entra delante, seguido del Escribano, ambos con el sombrero en la mano, y detrás entran los Alguaciles y Soldados, cubiertos. Brígida atraviesa la escena y se va por la puerta de la derecha. Diana queda en primer término entre el Juez y el Escribano. Coleta á la izquierda, los Alguaciles á la derecha, en segundo término, y los Soldados á uno y otro lado de la puerta del fondo.

JUEZ. Perdonad, señora, si vengo á turbar vuestra tranquilidad.

DIANA. Bien venido seáis. ¿Qué queréis de mí? ¿En qué puedo serviros? Pero... ¿á qué este aparato de fuerza, señor Juez?

JUEZ. En cumplimiento de mi penoso deber.

DIANA. ¿Venís á prender á alguien?

JUEZ. A vos.

DIANA. ¿A mí?

COLETA. ¿Qué dice?

DIANA. ¿De qué me acusan?

JUEZ. De hereje.

COLETA. ¡Jesús! ¡Si es casi una santa!

ESCRIB. Hay que ver si resulta cierta esta denuncia. (Muestra un papel que tiene en la mano.)

COLETA. ¡Miserables!

DIANA. ¿Una denuncia anónima?

ESCRIB. Se ofrecen testigos.

JUEZ. Y pruebas.

DIANA. Leedme esa calumnia. (El Escribano se cala las antiparras y lee.)

ESCRIB. «Acusada de sostener correspondencia con los sectarios de Lutero.»

DIANA. Eso, en mí, no hay quien lo crea.

JUEZ. Pero hay quien lo pruebe.

ESCRIB. (Leyendo.) «Acusada de conspirar á favor de Holanda.»

DIANA. ¡Mentira!

COLETA. ¡Impostura!

ESCRIB. (Leyendo.) «Acusada de dar asilo á herejes y conspiradores sentenciados á muerte.»

DIANA. ¡Las pruebas! ¿Dónde están las pruebas?

JUEZ. Dicen que en vuestra casa.

DIANA. Registrad, señor Juez, registrad. (Coleta se aproxima á Diana y las dos forman grupo.)

ESCRIB. (Al Juez.) ¿Se procede al registro?

JUEZ. (A Diana.) ¿Dónde está vuestro dormitorio?

DIANA. Aquí: esa es la puerta.

JUEZ. (Al Escribano.) (Dejad el dormitorio para lo último.)

COLETA. ¡Valor, señora! ¡Valor!

DIANA. ¡Que registren, señor Juez!

JUEZ. (Al Escribano.) Empezad por allí. (Le señala la puerta de la derecha. Vase por ella el Escribano y le siguen todos menos Diana y el Juez.)

ESCENA XVIII

DIANA y EL JUEZ

JUEZ. Señora: cuando no me miran los familiares de la justicia, antes que Juez soy caballero.

DIANA. Siempre debéis serlo.

JUEZ La ley es la ley; pero si algo os puede comprometer, entrad en el dormitorio, y lo que sea arrojadlo por la ventana. En el dormitorio dicen que están las pruebas...

DIANA. Tranquila está mi conciencia.

JUEZ. No basta eso para escapar en bien.

DIANA. ¿Siendo inocente?

JUEZ. Lo sois y vais á aparecer criminal.

DIANA. Entonces, ¿qué es la justicia?

JUEZ. La esclava de las leyes.

DIANA. (Muy exaltada.) ¡Mientras haya serviles, habrá tiranos;

pero sin tiranos, sin tormentos, sin verdugos y sin dóciles ó impasibles hechuras de los poderosos, ni habría héroes para la historia, ni mártires para los altares, ni energías para el alma, ni esperanzas para el cielo, ni progresos para la humanidad! ¡Que me juzgue Dios!

JUEZ. ¡Ha cumplido el caballero!

DIANA. ¡Haga justicia el Juez! (Entran en escena todos los que salieron en la anterior, y se situan como antes estuvieron.)

ESCENA XIX

DIANA, EL JUEZ, EL ESCRIBANO, COLETA, ALGUACILES y SOLDADOS

ESCRIB. (Al Juez.) ¡Nada hemos hallado!

COLETA. ¡Nada! ¡Si no es pesible!

JUEZ. Registrad en esa habitación. (Señala á la puerta de la izquierda y vanse por ella el Escribano y los Alguaciles.)

COLETA. (A Diana.) (¿Y estáis, señora, tranquila? ¿Nada teméis?)

DIANA. Soy inocente. ¿No lo sabes tú?

COLETA. (¡Tengo mucho miedo!) (Vuelven á entrar en escena el Escribano y los Alguaciles. Uno de ellos trae el fardo que Centellas vendió á Brígida; va sacando los objetos uno á uno, se los va entregando al Juez, éste los pasa al Escribano, que los examina y denuncia, como se indica en la escena que sigue. Aparece en la puerta del fondo Juan Cabet, vestido de caballero de la época; pero al pronto nadie repara en él, ni traspasa el umbral de la puerta hasta que es oportuno.)

ESCENA XX

DICHOS y JUAN

ESCRIB. Dimos con las pruebas.

JUEZ. Veamos.

ESCRIB. «Una Biblia de Lutero.»

DIANA. ¿Una Biblia?

COLETA. ¿A ver?

JUEZ. Indicio de la sospecha.

ESCRIB. «Varias cartas firmadas por Lázaro Müller, capitán rebelde.»

JUEZ. ¿Su fecha?

ESCRIB. De este mes y en Harlém.

DIANA. ¡Me calumnian!

COLETA. Todo eso es una farsa.

ESCRIB. «Otras cartas firmadas por Felipe Coninxo.»

DIANA. Esos papeles no son míos.

JUEZ. ¿A quién se dirigen esas cartas?

ESCRIB. A D*...: no hay sino esa letra.

JUEZ. Sospecha vehemente.

ESCRIB. (Extendiendo la bandera para que se vea.) «Una bandera con los colores y armas de Guillermo de Orange.»

JUEZ. Prueba plena.

DIANA. Falsedad notoria... criados comprados. (Juan Cabet baja al primer término.)

JUAN. Esos objetos son míos, señor Juez.

DIANA. ¡Ah!

JUEZ. (A Juan.) ¿Vos os llamáis Juan Cabet? (Juan muestra un papel al Juez.)

JUAN. Leed.

JUEZ. (Después de leer.) Este es un salvo-conducto á favor del capitán Diéguez.

JUAN. Ese era yo. Estaba perseguido.

JUEZ. ¿Cómo están en esta casa los objetos que por vuestros reclamáis?

DIANA. No son suyos.

JUAN. Míos son.

DIANA. Miente, señor Juez, miente.

JUAN. Míos son: por míos los reclamo. Aquí los dejé olvidados, aquí me oculté.

DIANA. ¡Jesús!

COLETA. ¡Mentira!

JUEZ. (A Diana.) Anoche era un reo de muerte y le ocultásteis á la justicia. (Se pone el sombrero y el Escribano también.)

JUAN. Mentí por salvarla.

JUEZ. (A los Alguaciles.) Prended á esa mujer. (Juan desenvaina la espada y hace cara á los Alguaciles; pero los Soldados le sujetan por detrás.)

JUAN. ¡Atrás, canalla! ¡Ah! ¡Maldición!

JUEZ. Así: desarmadlo y prendedlo también.

JUAN. (A Diana.) ¡Me vencen, señora! Os quise salvar y os he perdido.

JUEZ. A la cárcel los presos.

DIANA. (Con exaltación.) A la cárcel, al tormento, á la hoguera. Vamos allá. Con la sangre de los inocentes y las cenizas de los mártires, se amasan los horrores que fecundan las ideas del progreso y de la libertad. Vamos al martirio. (Vase con valentía por la puerta del fondo y tras ella todos. Juan va sujeto.)

COLETA. ¡Tened piedad! ¡Si son inocentes! (Mientras se van yendo, aparece Brígida y atraviesa la escena hasta la puerta del fondo como para cerciorarse de que Diana va aprisionada. Después baja al primer término, frotándose las manos de contento.)

ESCENA XXI

BRÍGIDA

Cayó la cierva en la trampa. (Cae el telón.)

FIN DEL ACTO TERCERO

ACTO CUARTO

Un patio de la cárcel. Al fondo una verja de hierro con puerta practicable, de doble hoja. La puerta está cerrada. Más allá de la verja un pasadizo, limitado por el telón del foro, que debe representar un grupo de edificios de la misma cárcel. En el costado lateral de la derecha hay dos puertas, y entre ambas, un nicho con una santa imágen y delante una lámpara ardiendo. Frente á la segunda puerta, casi en el centro del escenario, dejando libre la vista de la gran puerta del fondo, se eleva una cruz de madera pintada de negro. En el costado lateral de la izquierda, hay un pabellón saliente, con puerta practicable, que da sobre la cara lateral. Al frente del público tiene el pabellón una ventana con fuertes barrotes de hierro, quedando como un pasadizo entre la fachada de la ventana y el primer término. Debajo de esta ventana hay un asiento adosado al muro. Este pabellón es la prisión de Diana. La ventana-reja del pabellón tiene una contraventana que se cierra por la parte de la escena. Es de día, primeras horas de la mañana.

ESCENA PRIMERA

BRIGIDA

Creo que hoy terminarán mis angustias. De nadie se ha fiado el señor Hugo, sino de mí, para que esté al inmediato cuidado de Diana. Y ella se siente torturada con mi presencia, y yo me siento en tortura á la

presencia de mi víctima. ¡Cuántos deseos tengo de que muera! Pero es preciso fingir compasión para engañar al mundo. Es preciso disimular mucho. Vamos á contar mi dinero. (Se sienta en el banco debajo de la ventana, saca una bolsa y empieza á contar monedas, produciendo el consiguiente ruido metálico. Diana se asoma á la reja. Viste de negro y lleva el cabello suelto y destrenzado.)

ESCENA II

BRIGIDA y DIANA

DIANA. Ese debe ser el premio de su traición. Cercana debe estar mi muerte. (Diana se separa de la ventana y Brígida esconde el dinero al ver que llega gente.)

ESCENA III

BRIGIDA, HUGO, el JUEZ, el ESCRIBANO y cuatro ALGUACILES

Los que llegan entran por la primera puerta lateral de la derecha.

JUEZ. (Al Escribano.) Notificad la sentencia á la reo.

ESCRIB (Á Brígida.) Abrid y entrad. (El Escribano, Brígida y dos Alguaciles entran en el pabellón. Otros dos Alguaciles quedan en la puerta.)

ESCENA IV

HUGO, el JUEZ y dos ALGUACILES

JUEZ. (Á Hugo.) No debéis estar aquí. El suceso os tiene afectado.

HUGO. Daría mi vida por salvar la de Diana.

JUEZ. ¡Que no os oigan! Vuestro celo en su favor os puede comprometer.

HUGO. Sus confesiones se las arrancó el tormento.

JUEZ. Tiene cómplices, y ni aun á costa de su perdón quiere declarar sus nombres.

HUGO. (Cómplices imaginarios:)

JUEZ. Testigos en su contra, hay muchos.

HUGO. (Testigos falsos.)

JUEZ. Padece manías.

HUGO. ¿Quién dice eso?

JUEZ. La mujer que la guarda y otros muchos.

HUGO. (Miserables hechuras mías.)

JUEZ. Y pues que no la perdonan, mejor es que muera.

HUGO. ¿Mejor?

JUEZ. Mejor es morir que vivir loco.

HUGO. ¿Diana loca?

JUEZ. Prefiere morir á delatar

HUGO. Eso prueba su virtud y su entereza.

JUEZ. Esa mujer es el ídolo de las gentes sencillas.

HUGO. La tarde de hoy será de duelo.

JUEZ. Quizás la mañana. Se teme un motín. Pretenden salvarla, y si damos tiempo...

HUGO. No lo harán. Si es necesario, yo intercederé por ella.

JUEZ. Serían inútiles vuestros ruegos, si fuese preciso adelantar la ejecución. La leña está amontonada en la plaza.

HUGO. Haré que el pueblo se retire; haré que se doblen las guardias.

JUEZ. Es lo prudente. Y quedad con Dios, que mi deber me llama á la prisión de Diana. (El Juez penetra en el pabellón.)

ESCENA V

HUGO, COLETA, dos ALGUACILES y un SOLDADO

Entra Coleta corriendo por la primera puerta lateral de la derecha, y detrás de ella un Soldado, deteniéndola; pero ella lucha y arrastra al Soldado detrás de sí. Los Alguaciles siguen en su puesto.

COLETA. ¡Dejadme, dejadme! Son inútiles vuestros esfuerzos. O me matáis, ó la veo. ¡Soltad, soltad! (Al ver el Soldado á Hugo suelta á Coleta y se descubre. Hugo coge á Coleta con violencia por un brazo.)

HUGO. ¿Qué vienes á hacer aquí?

COLETA. (Desesiéndose por un movimiento brusco.) ¡No me toquéis! ¡Cuidado!

HUGO. Vete, ó mando que te azoten.

COLETA. Aquí mandan los jueces.

HUGO. No verás á Diana.

COLETA. ¡O la veo, ó me matan!

HUGO. (Al Soldado.) Llévatela por la fuerza. (El Soldado se apodera de Coleta, que se resiste, renovándose la lucha. Al fin el Soldado la arrastra hacia la puerta.)

COLETA. ¡No, no! ¡Si es inútil! ¡Si me haréis pedazos! ¿Y hay justicia en la tierra? ¡Padre, padre! ¡Socorro, socorro! (Á los gritos de Coleta, salen del pabellón el Juez, el Escribano, Brígida y los otros dos Alguaciles. Brígida cierra la puerta del pabellón. Los demás, todos acuden á donde está Coleta. Diana se asoma á la reja del pabellón. Dionís, vestido de soldado y con una pica en la mano, se deja ver por detrás de la verja del fondo. Brígida baja al primer término después de haber cerrado la puerta del pabellón.)

ESCENA VI

HUGO, COLETA, el JUEZ, el ESCRIBANO y BRÍGIDA; DIONÍS, detrás de la verja; un SOLDADO, cuatro ALGUACILES y DIANA, por dentro de la reja.

Rapidéz en las frases y en la acción en los primeros momentos.

COLETA. ¡Socorro!

JUEZ. ¿Quién pide favor?

DIONIS. (¡Rayos del cielo!)

COLETA. ¡No puedo más!

JUEZ. (Al Soldado, interponiéndose entre él y Coleta.) ¡Suelta! ¿No ves que es casi una niña?

COLETA. ¡Gracias, gracias, señor Juez!

DIANA. (Era Coleta.)

DIONIS. (¡Pobre hija mía!)

JUEZ. (A Coleta.) ¿Qué quieres?

COLETA. Quiero ver á mi señora.

DIANA. (¡Es ella!)

HUGO. Quiere ver á Diana.

JUEZ. (A Hugo.) ¿Y os oponíais?

HUGO. Ese Soldado cumplía con su deber. (Coleta se arrodilla y suplica al Juez.)

COLETA. ¡Ah, señor! ¡señor! Dadme permiso para verla, para hablarla, para besarla. ¡Si la quiero como á mi madre! Va á morir, y es el único consuelo que nos queda.

JUEZ. Levántate. ¿Eres Coleta?

COLETA. Coleta.

JUEZ. Yo te concedo el permiso que solicitas. (Coleta se pone de pié.)

HUGO. (Al Juez.) ¿Lo habéis pensado bien?

JUEZ. (A Hugo.) Acaba Diana de hacerme igual súplica.

HUGO. Si Diana lo desea, no se le puede negar ese consuelo.

COLETA. Pero ¿es verdad?

JUEZ. Vas á verlo. (Dionís, con la pica al hombro, se pasea por detrás de la verja.)

HUGO. (¡Si coleta sabe algo!... ¡Si lo revela!...)

JUEZ. (A Brígida.) Vais á permitir á esta joven que hable con Diana por allí, por la reja.

COLETA. (Al Juez, aparte.) (Esa vieja es muy mala, ¡muy mala! En cuanto os vayáis no ha de dejarnos hablar. Querrá escucharnos, ¡y estorba tanto un testigo á dos que se quieren bien!)

JUEZ. (A Brígida.) Vais á vigilarlas, pero no á escucharlas. Tenedlo bien entendido.

BRIG. Seréis obedecido, señor Juez.

HUGO. (Necesito hablar con Brígida.)

JUEZ. (Á Coleta.) Si la carcelera no cumple con mi orden, acude á mí.

COLETA. ¡Cuán bueno sois! ¡Cuán bueno es Dios! (Coleta se llega

hasta la cruz de madera, y queda á su pié en oración hasta el final de la escena.)

JUEZ. Ya es hora de salir de aquí.

HUGO. (A Brígida.) (Luégo he de hablarte.)

JUEZ. (A Hugo.) Vamos, señor.

HUGO. Vamos. (Vanse por la primera puerta lateral de la derecha Hugo primero y tras él los demás, menos Brígida y Coleta. Diana sigue asomada á la reja del pabellón y Dionís continúa su centinela. Coleta deja de orar.)

ESCENA VII

COLETA, BRÍGIDA, DIANA y DIONÍS

DIANA. Ya se van. ¿Y Coleta?

COLETA. (¡Por fin!)

BRIG. (No las perderé de vista.)

COLETA. (A Brígida.) Tú, aquí, madre Brígida, á este lado. Lejos de Diana, lejos de mí. ¡Cuidado con acercarte! (Poco á poco, y volviéndose para mirar á Brígida, se va aproximando á la reja del pabellón, pero Diana no la ve hasta que se presenta de lleno.)

BRIG. (Bueno es que me vean rezar por el alma de la sentenciada.) (Se arrodilla delante de la imagen del nicho y hace como que reza, pero se coloca de modo que pueda ver á Coleta. Por fin llega Coleta á donde está Diana. Explosión de afecto en ambas.)

COLETA. (Besándole á Diana las manos.) ¡Señora! ¡Señora mía!

DIANA. (Besando á Coleta.) ¡Coleta! ¡Coleta de mi alma!

COLETA. ¡Os quieren matar!

DIANA. ¿Y tu padre?

COLETA. Le veréis.

DIANA. ¿Y Juan Cabet? ¿Sigue preso?

COLETA. Le dieron por libre y está en Bruselas.

DIANA. ¿En Bruselas?

COLETA. Gestionando vuestro perdón.

DIANA. Dios se lo pague. Nada logrará. ¡Está mi muerte tan cercana!

COLETA. ¡Quién sabe! Yo no puedo creer en vuestra muerte.

DIANA. Hoy me queman. ¡Soy un moribundo en la agonía; pero veo á un sér querido, te veo á tí después de seis meses de misteriosa reclusión y de tormentos, y bendigo á Dios!

COLETA. (Bajando la voz y arrodillándose en el banco de piedra para que Diana la oiga mejor.) (Oíd, oíd todo lo que voy á deciros; oídlo sin moveros, sin hablar. Brígida nos está acechando y yo vengo á salvaros.)

DIANA. (¿Tú?)

COLETA. (La menor imprudencia puede perdernos á todos.)

DIANA. (Habla.)

COLETA. (Él señor Cabet obtuvo la libertad hace tres meses. Procuró veros. ¡Inútil afán! Yo también lo he procurado inútilmente.)

DIANA. (Lo creo, mis buenos amigos.)

COLETA. (Sabíamos los tormentos que os daban, las decisiones de los jueces, la sentencia recaída y aplazada en espera de vuestras denuncias. Nombraron Gobernador de la ciudad al señor Hugo.)

DIANA. (¡Ah!)

COLETA. (Y el señor Cabet decidió ir á Bruselas á procurar personalmente vuestro perdón. El caso urgía, podía llegar el duque de Alba y entonces no había remedio.)

DIANA. (No ha llegado, y ya lo ves, me matarán.)

COLETA. (Yo estoy aquí y os salvo. Mi padre ha comprado á un centinela y ocupa su puesto. Pedro espera cerca, tiene un buen caballo y es un buen jinete. En sus brazos y á todo correr, dentro de una hora estáis en salvo.)

DIANA. (¿Y Dionís? ¿y tú?)

COLETA. (Os seguiremos.)

BRIG. (Larga es la plática y ya me impaciento.) (Se pone de pié haciendo reverencias al santo.)

DIANA. (A Coleta.) (No puedo aceptar vuestro sacrificio. Ponéis en peligro vuestra vida.)

COLETA. (Esforzándose en convencer á Diana.) (En el peligro estamos. No se evita de ningún modo. El pueblo conoce ya vuestra sentencia y no se conforma con ella. ¡Cuánta sangre se derramará si estalla un motín! Ese generoso pueblo, de quien sois el ídolo, será acuchillado por las tropas de Hugo. Y luégo llegará el señor Cabet, enamorado, y os traerá el perdón, la vida, y morirá de dolor al hallaros muerta: porque vais á morir. (Cruza las manos en actitud de súplica.) ¡Morir vos! ¡Tan joven, tan buena, tan hermosa y tan querida! Morir inocente ¡en la hoguera! ¡Y morir en el mes de las flores, cuando todo convida á vivir! Morir vos es matarme.) (Diana besa con efusión la cabeza de Coleta.)

DIANA. (¡Hija de mi corazón!)

COLETA. (¿Os salvo?)

DIANA. (Hágase tu voluntad.)

COLETA. (Pues adentro... y Dios sea con nosotros.) (Indica á Diana, con el ademán, que se separe de la reja, y en seguida cierra la contra-ventana con cerrojo.)

ESCENA VIII

DIONIS, COLETA y BRIGIDA

BRIG. ¿Qué haces?

COLETA. Cierro esta ventana.

BRIG. ¿Para qué? Ya es hora de que te vayas. (Coleta se aproxima á Brígida.)

COLETA. Madre Brígida, escúchame un secreto. (La coge con fuerza por un brazo.)

BRIG. Suéltame ó grito. (Coleta saca un puñalito y amenaza á Brígida.)

COLETA. ¡Si gritas, te mato! (Dionís se acerca á la verja. Brígida se vuelve hacia él, invocándole para que la socorra.)

BRIG. ¡Favor, centinela, favor!

COLETA. ¡Calla!

BRIG. ¡Grita, soldado, grita!

COLETA. Padre, ¿qué hago?

DIONIS. Si se resiste, mátala.

BRIG. ¡Su padre! ¡Estoy perdida!

COLETA. ¡Obedece! (Brígida se arrodilla á los piés de Coleta, que no la suelta y la amenaza con el puñal hasta el fin de esta escena. Coleta la va obligando á acercarse á la puerta del pabellón.)

BRIG. Tú eres buena. Tú no puedes verter la sangre de una pobre anciana.

COLETA. Sígueme y obedece.

BRIG. ¡Perdón! (Llegan á la puerta del pabellón.)

COLETA. Si quieres vivir, abre esa puerta.

BRIG. ¡No, eso no!

COLETA. ¡Abre, víbora, abre, ó mueres! (Brígida saca una llave y abre la puerta del pabellón, dejando la llave en la cerradura.)

BRIG. ¡Ya está! ¡Sí, ya está! (Coleta empuja con fuerza á Brígida y la obliga á entrar en el pabellón, quedándose ella en el umbral; Dionís sigue todos sus movimientos.)

COLETA. (A Brígida.) Entra. (A Dionís.) Padre: ¡alerta! (Entra en el pabellón entornando las hojas de la puerta.)

ESCENA IX

DIONÍS, detrás de la verja.

¡Solemne momento! Por fortuna nadie pasa. No soy cobarde y tengo miedo. (Se quita el sombrero y lo mueve, como haciendo una señal, en dirección á la derecha.) Allí está... ya me vió.

ESCENA X

DIONÍS y PEDRO, detrás de la verja.

DIONIS. Coleta y Diana van á salir. Espéralas á caballo. Si la salvas, ¡cómo te va á querer mi hija! (Vase Pedro por

donde vino. Dionís, con la pica al hombro, vuelve á pasearse. Salen del pabellón Diana y Coleta. Diana lleva puesto el manto de Brígida. Coleta cierra con llave la puerta del pabellón, y se guarda la llave en un bolsillo.)

ESCENA XI

DIONIS, COLETA y DIANA

COLETA. Bueno es dejarla encerrada.

DIANA. ¡Si te sorprenden!...

COLETA. Imitad todo lo posible el modo de andar de Brígida. Encorváos un poco... así. Rebozáos bien, que no os vean el rostro. Todo va bien. Un poco de serenidad, un poco de audacia, y dentro de algunos minutos, en libertad.

DIANA. ¡Voy á salvar mi vida y tiemblo!

COLETA. (Señalando á la segunda puerta de la derecha.) Por allí saldréis. Cuando yo dé tres golpes en la puerta, abridla, y salid sin miedo y sin perder tiempo. Ahora, un abrazo y adiós.

DIANA. ¡Bendita seas!

COLETA. Yo me marcho por donde he entrado. Conviene que me vean salir, y es prudente una exploración. (Se abrazan y besan.)

DIANA. ¡Adiós!

COLETA. ¡Hasta luégo! (A Dionís.) ¡Padre, ayudadme! (Vase por la primera puerta lateral de la derecha, y Dionís por el mismo lado tras la verja.)

ESCENA XII

DIANA

Conforme declama se va aproximando á la cruz.

¡Soy inocente y me da miedo huir! Pero es necesario. Debo evitar que se derrame sangre por mi causa. Esa

es la puerta, esa es la barrera que derriban los corazones generosos para ofrecerme vida y libertad. Apedas puedo tenerme en pié. ¡Me faltan las fuerzas! (Ha llegado ya á la cruz y se sujeta de ella.) Tú me ofreces apoyo, santo signo de la redención humana. Bajo la sombra de tus abiertos brazos me siento revivir. (Se oyen tres golpes detrás de la segunda puerta lateral de la derecha. Diana se reboza bien en el manto y abre la puerta. Entra Hugo y la puerta se cierra otra vez. Creyendo que Diana es Brígida, la coge por una muñeca y la hace bajar al primar término.)

ESCENA XIII

DIANA y HUGO

DIANA. (Aterrada.) (¡Hugo!)

HUGO. ¿Qué ha dicho Coleta? ¿Qué le ha contado á Diana? (Diana se reboza todo lo posible.)

DIANA. (Sacrificio perdido. ¡Pobres amigos míos!)

HUGO. (Con violencia.) ¿No respondes? (Diana consigue desasirse de Hugo.)

DIANA. (¡Estoy maldita!)

HUGO. ¿No respondes? ¿Se lo dijo quizás? (Como si le gritara su conciencia.) ¡Llevas cubierto el rostro y me huyes con horror! ¡Lo sabes tú también, y te avergüenzas y te horrorizas á pesar de ser mi cómplice! Fué mi empeño dominar su virtud y hacerla mía, y quiero hablarle, porque si hoy se rinde á mis deseos aún puedo salvarla.

DIANA. (¿Qué dice, santo Dios?)

HUGO. Es grave mi secreto y me importa mucho saber si lo supo Coleta.

DIANA. (¡Mónstruo!)

HUGO. (En tono confidencial.) Hace un mes venía de Bruselas, y á toda rienda, un correo trayendo un pliego para mí, como Gobernador que soy de esta ciudad. Ese

pliego era para mí más que un tesoro; era mi felicidad; era el medio de rendir á esa soberbia mujer, y á eso vengo. Si aquí llegaba el correo y se sabía el contenido del pliego, mi esperanza se malograba. Hice asaltar y asesinar al hombre que le traía, y el pliego ha llegado á mi poder, pero nadie lo sabe, porque en el secreto consiste el que pueda yo conseguir mis deseos ó mi venganza. Aquí traigo ese papel. Si Diana acepta mis proposiciones, la llevo en triunfo á su casa; si se niega, la envío al suplicio. En ese papel, conseguido por los afanes de Juan Cabet, está escrito el perdón para Diana. (Se yergue Diana, se destoca el manto, que le queda sobre los hombros, y amenazadora se adelanta hacia Hugo. Este queda en el primer momento como anonadado y va retrocediendo, pero pronto recobra su audacia y su soberbia.)

DIANA. ¡Traidor!

HUGO. ¡Diana!

DIANA. ¡Mal caballero, alma depravada, engendro monstruoso! ¿piensas vencer con el terror? La bondad podría rendirme, la soberbia jamás. Y tanto se irrita mi alma al sentir el espoleo de tu empeño vil y tenáz, que ya sus energías me dan alientos para tomar venganza por mi propia mano.

HUGO. Imposible es tu salvación si no escuchas la voz de mi deseo.

DIANA. Prefiero los horrores del suplicio al horror de mirarte. (Se oyen tres golpes tras la segunda puerta lateral de la derecha. Al oirlos Diana, conmovida, comprendiendo que aquella es la señal para que huya, no puede contenerse y dice:) «¡Coleta!» (En seguida corre hacia la puerta para decir á Coleta que huya; pero Hugo, que se figura que Diana va á irse, se interpone entre ella y la puerta.) ¡Coleta! ¡Coleta, sálvate, sálvate!

HUGO. Tú, no.

DIANA. Me quedo. No queriéndolo tú, ¿cómo me iría? De golpe lo entendí: eres mi sino.

HUGO. Tú lo has dicho.

DIANA. A mi existencia va unida tu maldad como al cuerpo su sombra, y sólo nos separará la muerte. (Aparecen por detrás de la verja Coleta y Dionís, y al ver á Diana descubierta y á Hugo allí, demuestran su desesperación y se quedan escuchando.)

ESCENA XIV

DIANA, HUGO, COLETA y DIONIS

HUGO. ¿Por qué resistes, si soy tu sino?

DIANA. Me has de perseguir mientras viva, y si no te venzo en la lucha, con mi muerte se va á librar la humanidad de un enemigo. Mi muerte es tu muerte. Con el cuerpo que muere desaparece la sombra que le persigue.

HUGO. ¿Y cómo has de vencer? Hoy mismo y en ardiente pira se abrasará tu carne.

DIANA. Hoy, aquí mismo, he de publicar tus villanías, y has de morir de vergüenza.

HUGO. ¿Y las pruebas? ¿A quién han de creer entre una hereje que acusa sin pruebas y un caballero honrado?

DIANA. (Convencida y con desdén.) A la mentira, al dolo, al crimen: no me cabe duda.

COLETA. Al pueblo, padre, al generoso pueblo debemos acudir. (Vanse Dionís y Coleta por la derecha, corriendo. Diana y Hugo vuelven la cabeza y los ven al oir la voz de Coleta.)

HUGO. (Refiriéndose á los que se van.) ¡Deliran!

ESCENA XV

DIANA y HUGO

DIANA. ¡Quién sabe! El imperio de los malos está en la tierra; pero la humanidad por la tierra tiene que pasar para poder ir al cielo. Los buenos son los vencidos, y en sus mismas derrotas les anima la esperanza de su fu-

tura gloria: vale más ese divino consuelo que los laureles mundanos.

HUGO. No hables de esperanza cuando matas la mía. No hables de consuelos cuando desmientes tu bondad.

DIANA. ¿Qué entendéis por bondad los inhumanos? Para vosotros la bondad es la servil sumisión. Estáis acostumbrados á que el miedo y la adulación os bese las plantas, y es bueno nada más el que se humilla. Codiciáis una mujer y es la suma bondad si se doblega á vuestros deseos: si se resiste, vuestro furor la combate, y ó cede por la fuerza, ó se la mata.

HUGO. ¿Quién no codicia á la mujer á quien ama? Mi amor será empeño terrible; pero es amor. No me desesperes más.

DIANA. Amor es todo lo hermoso: lo que nos place; lo que dulce y sereno nos convida con la felicidad; lo que nos sonríe. No es amor lo fuerte y lo terrible, lo que asusta y atormenta, lo que hiere y mata. No es amor el deseo torpe, la calumnia vil, la cobarde impudencia y la venganza miserable.

HUGO. Basta ya: no más declaraciones. ¿Tú me quieres amar?

DIANA. Es imposible. Amé á Rafael y me espera en el cielo.

HUGO. Ibas á fugarte: tienes amor á la vida, y es porque prefieres ir en busca de Juan Cabet á ir en busca de Rafael. Tú amas á Cabet y los celos me abrasan.

DIANA. ¿Tú sentir celos? Envidia y despecho es lo que sientes.

HUGO. (Violento é imperioso.) ¡Basta!

DIANA. Sí, basta. Es gran locura perder el tiempo en oirte, cuando tu felonía me tiene sentenciada á morir. (Hugo saca un papel del jubón ó de la escarcela y se lo enseña á Diana.)

HUGO. Por última vez te lo pregunto.

DIANA. (Con arranque, arrojándose sobre Hugo y luchando por obtener el papel.) Ese es mi perdón, el perdón que has robado.

HUGO. O cedes, ó le quemo.

DIANA. Es mío... ¡es mi vida!

HUGO. Soy el más fuerte.

DIANA. ¡Quiero vivir! (Sin dejar de luchar se van acercando á la lámpara.)

HUGO. ¿Quieres ser mía?

DIANA. ¡Yo te abomino!

HUGO. (Aproximando el papel á la luz.) Sea antorcha de tu funeral.

DIANA. (Redoblando sus esfuerzos.) ¡No, no! (Al ver arder el papel.) ¡Ah! (Grito desesperado. Diana, como una loca, con la vista fija en el papel que se quema, se lleva las manos á la cabeza y permanece así un momento. Hugo queda interpuesto entre ella y el papel que arde, gozando en la desesperación de su víctima. Un instante después se oyen gritos lejanos por el foro, indicadores del principio de un motín popular, que se repiten dos ó tres veces. Estos gritos van volviendo á Diana en sí, y recobrando su razón, hace notar á Hugo que aún puede salvarse. En la lucha anteriormente sostenida, se le debe caer á Diana el manto, quedando como cuando se asomó á la reja.) ¡Gritos de esperanza! ¡Voces que imploran mi perdón!

HUGO. No hay perdón para tí. (Vase precipitadamente por la segunda puerta lateral de la derecha.)

ESCENA XVI

DIANA

En cuanto Hugo desaparece registra las dos puertas de la derecha por si están abiertas, pero resisten, y dice con desconsuelo: «¡Cerradas!» Poco á poco se va situando en el centro de la escena.

¡Cerradas! ¿Estos gritos que oí, serán los cantos de mi funeral? ¿Serán himnos de mi salvación? Mi juicio se transforma. No es posible que yo muera infamada en horroroso suplicio, quemada viva, siendo inocente, cuando las aún encendidas pavesas del papel que contenía mi indulto acusan la maldad y la traición de mi enemigo. (Breve pausa, durante la cual se vuelven á oir los

gritos, pero siempre lejanos.) ¡Otra vez! ¡Cómo sufres, corazón mío! (Cae de rodillas con las manos cruzadas.) ¡A tí, Dios mio, te invoco! Hágase tu voluntad. (Queda en oración con la cabeza baja y los ojos cerrados. Por las dos puertas de la derecha, simultáneamente, entran en escena el Juez, el Escribano, un grupo de Alguaciles y un Fraile. Se abre la puerta del fondo, y aparece en ella el Verdugo vestido de rojo con un pequeño haz de leña debajo del brazo izquierdo y una tea encendida en la mano derecha. Detrás del Verdugo, y en la parte de allá de la verja, se coloca un piquete de Soldados con un tambor destemplado. Algunos grupos de gente del pueblo llegan poco después, y quedan tras la verja con los Soldados. Diana no se mueve ni se apercibe de lo que pasa hasta que el Juez le dirige la palabra.)

ESCENA XVII

DIANA, el JUEZ, el ESCRIBANO, un FRAILE, el VERDUGO, ALGUACILES, SOLDADOS y GENTE DEL PUEBLO

JUEZ. (Al Escribano, indicándole que allí está Diana.) Miradla rezando.

ESCRIB. Está fuera de su prisión.

JUEZ. Iba á fugarse.

ESCRIB. Por eso adelantan la hora de su suplicio.

JUEZ. Pretenden salvarla por medio de un motin; pero esa empresa requiere bríos y tiempo, y antes de que puedan intentarlo Diana no existirá, á no ser que declare quiénes son sus cómplices.

ESCRIB. Poco falta para las diez.

JUEZ. Esa es la hora que ha de sonar para llevarla al suplicio. Vamos á interrogarla por última vez. (Dirige la palabra á Diana.) ¿Señora?...

DIANA. (Como si volviera de un letargo.) ¿Quién es? (Al reconocer al Juez se pone de pié, rápida.) ¡Ah! La Providencia os envía. He de revelaros un secreto muy grave.

JUEZ. Eso puede ser vuestra salvación.

DIANA. Es segura si hay justicia y piedad en la tierra.

JUEZ. De vos depende. Tengo el encargo de preguntaros por vez postrera, y en público, si queréis dar los nombres de vuestros cómplices.

DIANA. ¡Lo de siempre! ¡No, y mil veces he dicho que no!

JUEZ. Señora, pensadlo bien.

DIANA. Miradme bien, miradme todos. ¿Tengo yo cara de tener cómplices? ¡Ah, señor Juez! ¿Pues no veis que tener cómplices es prueba de la culpa?

JUEZ. Declarad, por vuestro bien. Dentro de breves instantes ya no será tiempo.

DIANA. ¡Declaro que muero sin culpa! ¡Declaro que mi muerte sería un crimen, porque en virtud de un decreto del Virrey Requesens, he sido perdonada!

JUEZ. ¡Eso es un sueño, un delirio!

ESCRIB. Una quimera.

DIANA. ¡Un sueño! ¡un delirio! ¡una quimera! ¿No sabéis, acaso, y lo sabe todo el mundo, que Hugo pretendió mi amor? Y aquí, ante esa santa imagen; aquí, ante ese sagrado signo de la humana redención, acaba de ofrecerme el perdón y la vida si doblegaba mi voluntad á sus deseos.

JUEZ. (Al Escribano.) (Su manía.)

ESCRIB. (Al Juez.) (Bien decía su carcelera.)

DIANA. Hace un mes venía de Bruselas un correo, siendo portador de un pliego, y en ese pliego estaba escrito mi perdón. El correo fué asesinado en el camino y el papel llegó á manos de Hugo, y creyéndose fuerte de ese modo, vino el cruel á exigirme amor á cambio de mi vida. De sus labios he oído la infamia que os relato. ¿Es posible mi suplicio?

JUEZ. ¡Pruebas, pruebas de lo que decís!

ESCRIB. ¡Testigos hacen falta!

DIANA. (Mostrando las pavesas del papel que se quemó.) Las pruebas que puedo presentar son estas cenizas.

ESCRIB. ¡Un papel quemado!

DIANA. Por testigos tengo esa santa imagen, esa cruz y esa

lámpara cuya llama ha servido para quemar el documento. ¡Dios os ilumine y tenga misericordia de mí!

JUEZ. Las pruebas nada dicen, y aunque los testigos son buenos, son mudos.

DIANA. ¿Y he de morir?

JUEZ. (Al Escribano.) (¿Qué opináis?)

ESCRIB. (Al Juez.) (Puede ser todo ello una fábula para demorar su suplicio.)

DIANA. ¿Y he de morir? Contestad.

JUEZ. A las diez. (Dan diez campanadas.)

ESCRIB. ¡Esa es la hora!

DIANA. ¡Oh! (Exclamación de horror. Breve pausa. Gira la mirada con extravío en torno de sí, y habla con exaltación.) ¡La hora! Hombres inhumanos y perversos, ¿así injuriáis á la justicia? Soy inocente, y me sentenciáis; me perdonan... no, no me perdonan, me hacen justicia los que mandan y me queman, los que, torpes y ciegos, obedecen á la maldad, despreciando lo justo del mandato. ¡La hora! Es el instante escogido, la víctima está indefensa y el suplicio preparado, ¿qué importa lo demás? Es preciso el escarmiento, el espectáculo, y urge martirizarme. Las pruebas de la inocencia, la evidencia de mi absolución, vendrán luégo, cuando convertidas mis carnes en ceniza se haya cumplido el fallo de mi bárbaro destino. ¡Ah, desdichada edad! (Va cobrando entereza y serenidad.) ¡Aquí el verdugo... allí la hoguera... la curiosidad en los rostros y el miedo en el corazón! ¡Dios no os ha de perdonar y la historia tampoco! ¡Prended, atormentad, sentenciad, quemad sin misericordia, avivad las llamas de las piras, y al rojo resplandor de las hogueras, llenad el mundo de luz que lo ilumine y de fuego que lo purifique! ¡Y veréis entonces cómo llegan tiempos de humanismo y de piedad, y cómo los que hoy son lugares de suplicio, se transforman en altares suntuosos que glorifiquen á las víctimas! ¡Esos tiempos llegarán, mi espíritu lo adivina, y la raza humana honra-

rá á los justos, á los buenos y á los mártires, haciendo imperecedera su memoria!

JUEZ. Ha sonado la hora.

DIANA. Pues vamos ya. (Asiéndose del Fraile.) Vamos, padre, vamos á esperar la justicia del cielo. (Vase por la puerta de la verja del fondo, precedida y rodeada de Alguaciles. El Verdugo va delante de todos, el Juez y el Escribano detrás de Diana, y cierran el cortejo los Soldados, haciendo sonar la caja. Las mujeres del pueblo siguen al piquete, pero los hombres se quedan tras la verja, cuya puerta se vuelve á cerrar. Entra Hugo en escena por una de las puertas de la derecha. Aparecen Coleta y Dionís detrás de la verja y unos hombres con haces de picas y espadas y las reparten entre los hombres del pueblo. El cortejo se va alojando y el tambor va poco á poco amortiguando el ruído de sus golpes.

ESCENA XVIII

HUGO, COLETA, DIONÍS y GENTE DEL PUEBLO

HUGO. (Aquí habrá soledad. Aquí he de ocultar mi vergüenza y mi derrota.)

COLETA. (Blandiendo una espada.) ¡Á salvarla, ó á morir!

DIONIS. ¡A salvarla!

HUGO. (Refiriéndose á los que hay tras la verja.) ¡Imbéciles! (Vanse todos menos Hugo.)

ESCENA XIX

HUGO

¡Por fin calló la destemplada caja! Sus golpes sentía yo aquí en lo interior del pecho, lo mismo que si sobre el corazón me descargasen ciclópeos martillazos. ¡Miseria humana! ¿De qué sirve el poder vencido por la voluntad de un sér débil? ¿De qué sirve el deseo

arrogante de la fiereza ante la apacible resistencia de la virtud? ¡Yo, humillado, y ni siquiera me queda el placer de matar su memoria! ¡Ni siquiera esa venganza! Ella, Diana, va al suplicio como á sus nupcias con Rafael. Un ¡ay! un pequeño dolor, la muerte... ¡y es feliz! Muere venerada, llena de piedad y amor. Flores sembrarán en la tierra que la sepulte y serán reliquias los huesos y los cabellos de la mujer que me desdeñó. ¡Y yo, aquí, vencedor vencido, silbado por el respeto, y el miedo y el terror que infundo! ¡Pero ¡no! ¡no! Bien muerta está. En el mundo de los vivos está Juan Cabet. El dolor de ese hombre, su condenación en vida, ¡esa es mi victoria!

ESCENA XX

HUGO y JUAN

Juan con botas de montar y espuelas entra en escena por la primera puerta lateral de la derecha. Llega afanoso con un pliego de papel en la mano. Al entrar no repara en Hugo, que en dicho momento ha de hallarse en segundo término cubierto por la cruz; pero Hugo sí ve á Juan desde el primer instante.

HUGO. (Al ver á Juan.) (¡Cabet! Satanás le trae.)

JUAN. Este es el patio... aquella es la prisión de Diana. Pero ¡qué soledad! No hay centinelas, ni carceleros, ni jueces. ¿Habré llegado tarde? (Se oye dentro, á lo lejos, un gran vocerío confuso y prolongado. Juan se asoma á la verja, por la parte de la izquierda, para oir mejor.)

HUGO. (¡Cómo voy á gozar en su desventura!) (Vase con sigilo, por la primera puerta lateral de la derecha, cerrando la puerta después de haber salido.)

ESCENA XXI

JUAN

Esos gritos... el silencio que aquí reina... (Se acerca á la puerta del pabellón y escucha.) Nada se oye. ¡Dios mío! ¡Dios mío! ¿Habrá muerto? ¿La estarán quemando? ¿Irá á morir cuando de nuevo tráigo su perdón, ese perdón misteriosamente robado? ¡Ah, no, no! Esos lejanos gritos son una revelación. Diana está en el suplicio. Quizás es tiempo de salvarla, si acudo diligente. (Corre hacia la puerta por donde entró, la encuentra cerrada y la golpea con desesperación. Después acude á la segunda puerta.) ¡Cerrada! ¡Abrid, abrid! ¡Maldición! La han cerrado tras de mí. ¿Y por dónde?... Otra puerta. ¡Cerrada también! ¡Hugo! ¡Hugo! Reconozco tu malmad. (Se dirige á la puerta central de la verja.) Esta es otra salida. No cede... se abre por fuera... ¡y otra vez se oye gritar! (Otra vez se oye el lejano vocerío.) ¡Diana! ¡amor mío! ¡no me acuses si mueres! ¡Yo también me muero de dolor! ¡Ah! Trepando por la verja, podré salir. (Empieza á trepar por la verja, cuando se abre la primera puerta lateral de la derecha y entra Hugo en escena seguido de un Soldado. A la voz de Hugo, Juan detiene su ascensión.)

ESCENA ÚLTIMA

JUAN, HUGO y un SOLDADO, que entra y se va en seguida.

HUGO. (Al Soldado.) Cierra por fuera y vete. (Vase el Soldado.)
JUAN. ¡Hugo!
HUGO. Antes que puedas traspasar la verja, he de matarte.
JUAN. (Dirigiéndose á Hugo.) ¿Y Diana?
HUGO. En el suplicio.
JUAN. ¡Asesino! ¡Abre, abre! ¡Manda abrir!

HUGO. Después del toque de agonía. (Se oye de nuevo el vocerío, lejano como antes, pero más fuerte y prolongado.)

JUAN. Tú fuiste, tú, el que interceptó el perdón de Diana, de esa mártir, de esa mujer cuya vida es mi vida; pero aquí le traigo otra vez. ¡Abre!

HUGO. Inútil porfía. Ese perdón que traes es mi denuncia. Ese perdón es la vida de la mujer que tú amas, y antes la quiero muerta que en tus brazos.

JUAN. ¡Abre, ó te mato! ¡Abre! (Desnuda la espada. Hugo hace lo mismo.)

HUGO. Cuando su alma suba al cielo.

JUAN. Cuando la suya suba al cielo, la tuya bajará al infierno. (Ataca con brío á Hugo, que se defiende.)

HUGO. Y tú quedarás en el infierno del dolor.

JUAN. ¡Muere, miserable! (Hugo cae herido.)

HUGO. No la verás... más.

JUAN. Todavía puedo llegar. ¡Ayudadme, Dios del cielo! (Corre hacia la verja. Dentro se oye ruído lejano como de lucha y gritos más fuertes y prolongados que las veces anteriores.)

VOCES. (Dentro.) ¡Hurra! ¡muera! ¡viva!

JUAN. Gritos de victoria.

HUGO. ¡Voces malditas!

JUAN. Aún es tiempo. (Va á trepar por la verja, pero una campana de iglesia da el toque de agonía. Juan cae de rodillas, deja caer la espada, se cubre el rostro con las manos y llora.) ¡Muerta!

HUGO. (Incorporándose por un gran esfuerzo.) He vencido. (Cae muerto y se baja el telón, oyéndose aún el lento y lúgubre toque de la campana.)

FIN DEL DRAMA